

FLOR M. URDANETA



El PELIGRO  
de Amarte

© 2017 El peligro de Amarte © Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico sin tener permiso escrito por el propietario del copyright.

Algunos hechos de esta novela están basados en la vida real. Otros, son obra de ficción.

Registrado en Safe Creative

Diseño de portada: Flor Urdaneta

**Para más información ingresa a:**

**[florurdaneta87.wix.com/flor](http://florurdaneta87.wix.com/flor)**

Porque fuerte es como la muerte el amor;  
duros como el Seol los celos;  
sus brasas de fuego, fuerte llama.  
Cantares 8:6

# Capítulo 1

Esa mañana no parecía diferente a las anteriores, todo transcurrió de la misma forma, me levanté a las seis de la mañana, tomé una ducha, me puse unos pantalones cortos, una camiseta y mis botas de montaña; bajé las escaleras y saludé a papá con un beso en el costado de su cabeza, estaba sentado en una silla frente a la mesa del comedor de la cocina leyendo la prensa. Hice café, preparé el desayuno –huevos, tocino y pan tostado– y serví todo en dos platos. Desde que mamá murió, a causa de una afección cardíaca cuando yo tenía ocho años, esa había sido nuestra rutina, con la diferencia de que antes él cocinaba para mí, y en lugar de ir a trabajar, asistía a la escuela. Pero las cosas habían cambiado mucho en los últimos años.

—Gracias, cariño —dijo mi padre con un guiño y luego comenzó a comer.

Papá no lo notó, pero mis ojos se quedaron sobre él por varios minutos, apreciando con nostalgia que se hacía cada vez mayor. Él siempre fue un hombre fuerte, pero cuando cumplió los setenta y cinco años, su cuerpo comenzó a pasarle factura por todo el esfuerzo al que lo había sometido a lo largo de los años. Su cabello, antes negro, se llenó de canas, al igual que su bigote y barba; arrugas profundas marcaron su ceño, debajo de sus ojos grises y en la comisura de sus labios finos. Y ahora, cuando sostenía su taza de café –esa que tenía una rotura en el borde pero que por nada del mundo cambiaría porque fue un regalo de mamá– su mano temblaba.

—Estaba pensando en contratar a un nuevo mecánico. ¿Qué opinas? — pregunté para que se siguiera sintiendo parte del taller que levantó con esmero, pero que tuvo que dejar un año atrás a causa de artritis degenerativa que afectó severamente sus manos.

—Suerte con eso —dijo entre risas.

—Sí, sí, sé que nadie estará a tu nivel, pero necesito un poco de ayuda.

—Entonces prepárate para enseñar, muñeca, porque nadie en *West* es tan bueno como yo, o tú. —Volvió a reír. Esa era su mayor cualidad, encontrar en cualquier cosa un motivo para reír. Yo era más seria, aunque él trató por

años de que no lo fuera, pero era luchar contra la corriente, mi carácter lo heredé de mamá y nadie puede cambiar la genética.

—¿Yo enseñando? —reí a manera de burla—. Creo que querrás ver eso.

—Puedes hacerlo, solo tienes que recordar cómo lo hice contigo. Hubo un tiempo en el que no sabías ni sostener una llave ¿recuerdas?

Asentí con una sonrisa. Tenía diez años cuando me llevó a su taller para enseñarme lo que hacía. Lo había visto muchas veces lleno de grasa y con la cabeza metida en un auto, pero esa vez no sería una simple espectadora, él quería que aprendiera. A partir de ese día, al salir de clases, lo ayudaba en el taller; primero, pasándole las herramientas, pero poco a poco fui aprendiendo y, a mis diecisiete años, era capaz de diagnosticar y reparar cualquier tipo de motor.

—Es distinto, papá, tú debías ser paciente conmigo por ser tu hija, pero no sé, sabes que yo soy demasiado... volátil. Así que, por el bien de todos, contrataré a alguien que sepa cuál llave usar y no a un aprendiz.

—Me gusta tu optimismo. —Se estaba burlando.

—Lo que sea —dije entre dientes—. Bien, volveré al mediodía para que almorcemos juntos. Te amo, papá.

—Yo más a ti, muñeca. Cuídate.

Le di un beso en la mejilla y salí de la cocina.

Hasta ese momento, todo seguía en el rango de lo normal, pero cuando puse un pie en el pórtico y vi a un sujeto sin camisa abriendo la puerta del garaje de la casa del frente —una que estuvo abandonada los últimos diez años—, mi mañana rutinaria dio un vuelco. ¿Quién era él y qué hacía ahí? No había escuchado que alguien hubiera comprado esa propiedad. Y créanme, en West —y más en nuestro vecindario— los chismes volaban. El hombre era alto, de cabello rubio y con grandes músculos que marcaban sus brazos, espalda y trasero. Sí, ese último lo pude apreciar muy bien a través de sus jeans gastados mientras caminaba al interior del garaje. No alcancé a ver su rostro, y menos su pecho, uno que imaginé esculpido como el resto de su cuerpo, pero ese sujeto desconocido sin duda llamó mi atención, algo incorrecto para una mujer que tenía un novio del que estaba enamorada y quien físicamente no tenía nada que envidiarle al *vecino misterioso*. Aarón era marine y estaba sirviendo a los Estados Unidos en Afganistán. Para esa fecha, tenía casi un año sin verlo, pero esperaba que volviera a casa pronto.

Cuando la distancia me impidió mirar más allá, abandoné el pórtico, me subí a la *Ford F-100* del año 61 estacionada frente a mi casa y la encendí sin problemas. La vieja camioneta conservaba el motor original y nunca fallaba, había pertenecido a mi padre desde antes de que yo naciera y siempre la cuidó muy bien, ahora era mi turno de hacerlo. Di marcha atrás y giré a la derecha para tomar la carretera principal, pero el sonido de un motor intentando ser encendido me sedujo como polilla a un farol. Era como música para mis oídos. Me estacioné a un costado de la calle, me bajé y caminé hasta el garaje de donde provenía el sonido.

—Es un gran auto el que tienes aquí. —Le dije al desconocido, asomándome por la ventanilla del copiloto. Era un *Ford Torino* negro del año 72 y estaba en perfectas condiciones de pintura y latonería. Por la capa de polvo que cubría el techo y el capó, asumí que estuvo guardado mucho tiempo en ese garaje. El sujeto apartó la mano de la llave y me miró disgustado. Tenía expresivos ojos celestes, cabello rubio cenizo cortado al ras, como un militar; labios rosados y simétricos —que sin duda serían generosos al besar—, pectorales fuertes, como dos rocas sólidas, y un abdomen delineado con un perfecto six-pack. Imaginé mis dedos recorriendo sus grietas y descubriendo si más al sur había otro perfecto gran paquete por apreciar.

*¿Qué carajos me pasa? No se supone que deba tener estos pensamientos eróticos por un hombre que ni conozco, y menos teniendo novio.*

—¿Qué haces aquí? —gruñó de mal humor.

Volví mi mirada a sus ojos y, lo que vi, me intimidó lo suficiente para pensar que fue una muy mala idea entrar ahí. Él tenía derecho a enojarse, irrumpí en su propiedad sin pedir permiso.

—Pensé que querías una mano—contesté sin inmutarme. Él podía mirarme como le diera la gana, pero no por eso correría como una niña asustada. Yo era de todo menos cobarde.

—¿Tú, ayudarme? —bufó—. ¿Acaso sabes cómo luce un motor?

Sonreí con suficiencia. El jodido machista no sabía con quién se había metido.

—Asumiendo que este auto estuvo guardado por una década, y que conserva el motor V6 de siete litros, necesita un cambio de aceite, verificar el filtro del carburador, recargar la batería y llenar el tanque de gasolina. Y por

lo que veo, lo único que has hecho es meter la llave en el *switch* e intentar prenderlo ¿o me equivoco?

El sujeto arqueó las cejas y separó los labios para contestar quién sabe qué, pero lo detuve.

—No lo digas, sé que tengo razón y que acabo de pisotear tu jodido ego. —Di media vuelta y comencé a caminar hacia el exterior del garaje con una sonrisa presuntuosa dibujada mis labios. Si había algo que me gustaba era humillar a hombres de su tipo. Había lidiado con muchos de su clase a lo largo de los años y sabía muy bien cómo demostrar que una mujer podía saber tanto o más de motores que un hombre.

—¡Espera! —gritó, bajándose del auto y cerrando la puerta con un azote fuerte que me dolió como si hubiera sido yo la golpeada. ¿Acaso no sabía que ese era un clásico por el que cualquiera mataría?

Me detuve y me giré hacia él, viéndolo caminar hacia mí como si lo hiciera en cámara lenta. Su andar era sexy, masculino, malditamente seductor... Y por si fuera poco, estaba esa intensa mirada que me atraía y repelía la vez. No sabía si aquella atracción se debía al tiempo de abstinencia al que me había sometido la ausencia de Aarón, o si esa mañana en particular mis hormonas decidieron volverse locas, pero sin duda mi vecino me gustaba mucho.

—Creo que te conozco —dijo cuando estaba a cinco pasos de mí. Su voz coincidía con su aspecto, era fuerte y poderosa como los músculos que ostentaba, esos que se habían llenado de polvo y que quería limpiar con mi lengua.

*¡Dios, Audrey! En serio. ¿Qué mierda pasa contigo hoy?*

—¿¡Ah, sí!? Espero que no me salgas con el viejo chiste de que soy Scarlet Johansson porque te juro que patearé tu culo. —No bromeaba.

—No, tú eres Audrey Gunnar, la hija de Jace —aseveró con una casi sonrisa que se esfumó cuando lo miré con el ceño fruncido.

—¿Quién eres tú?

*¿Cómo sabe quién soy, si yo no lo conozco a él?*

*Bueno, tal vez alguien le habló de la rubia del taller Gunnar, era la única mecánica en West.*

—Soy Noah Cohen —respondió con severidad. Sabía muy bien la razón, su nombre era sinónimo de peligro y nadie en West lo quería de vuelta, de

eso no tenía dudas. ¿Cómo no me di cuenta antes de que era él? ¿Estaba tan deslumbrada con su físico que olvidé por completo al chico de ojos claros que vivía en esa casa?

—No-Noah ¿Cu-cuándo...? —balbuceé. Sí, yo no era cobarde, pero nunca me había enfrentado a un brutal asesino cara a cara.

Noah se rio sin gracia y sacudió la cabeza en negación.

—¿Por qué entraste aquí si me temes? —preguntó enfocando sus ojos en los míos, provocando que el miedo se disparara en mi corazón y acelerara mis pulsaciones.

—No sabía que eras tú —respondí sin fallar esa vez. Estaba determinada a demostrarle que no lo tenía miedo, aunque lo hacía—. Tenía trece años cuando todo pasó, has cambiado —añadí.

—Sí, tú también. —Me miró de arriba abajo, apreciando cada parte de mi cuerpo; y sin importarme que supiera quién era él, el deseo se avivó en mí, como si sus ojos irradiaran fuego con el poder de calentarme sin necesidad de ser tocada.

—¿Crees que soy inocente o culpable? —indagó, cerrando la distancia entre los dos, empotrándome contra una pared del garaje y su cuerpo.

Mi respiración se aceleró, provocando que mi pecho se inflara y desinflara a un ritmo frenético, no supe si por el miedo o por el deseo, porque ambos corrían en mi torrente sanguíneo a la vez.

—Déjame ir o te lastimaré —amenacé. Sabía qué hacer para defenderme; ningún hombre, por muy grande que fuera, iba a someterme. Liberarme sería fácil, pero por muy enfermo que esto suene, su sometimiento me resultaba placentero.

—¿Culpable o inocente, Audrey? —insistió sin apartar su gélida mirada de mí. Y no, no por el color de sus ojos, sino por la carencia de sentimientos en ellos.

—No lo sé —respondí con la verdad. Todos decían que era culpable, pero yo no estaba segura. Noah siempre me pareció un chico dulce, cuidaba de su mamá y trabajaba duro para mantener su casa y llevar comida a su mesa cada día. ¿Cómo era capaz alguien así de asesinar a su novia de una forma tan violenta?

—Sí lo hice, asesiné a Dess con mis manos y luego la colgué del techo para que pareciera un suicidio. Fue fácil, no se resistió, solo... puse mis



manos en su cuello así —Rodeó mi garganta con sus largos dedos, pero mantuvo libres mis extremidades. Podía levantar la rodilla y golpear su ingle para inmovilizarlo, pero no lo hice porque sabía que él no me lastimaría. La forma en la que me sujetaba no era dominante—, y lo apreté con fuerza mientras la follaba hasta que dejó de respirar

—¿Por qué lo hiciste? —dije sin ninguna dificultad ni temor. Él estaba mintiendo, su lenguaje corporal me lo decía, y también su mirada. Ahí no había odio ni malicia, aunque sí rencor.

Su aliento se cruzaba con el mío entre respiraciones y el deseo de probar mi teoría, en cuanto a lo generosos que serían sus labios al besar, crecía con indecorosa ansiedad.

—Porque que quise —respondió antes de liberarme. Todo mi sistema estaba sobrecalentado como un radiador sediento por agua, y Noah era el vital líquido que mi cuerpo estaba ansiando. Aquel anhelo era ilógico e irracional, pero era irrefutable—. No vuelvas a entrar aquí —advirtió mientras caminaba de regreso a su auto.

—¡No la mataste! —grité desde la pared, donde seguía aplastada como insecto.

Noah se giró y me miró con los ojos entrecerrados. Esa era yo, jugando con fuego. No, mejor dicho, bailando sobre él.

—Sí lo hice, y te mataré a ti también si sigues jodiendo mi paciencia —amenazó con las manos empuñadas, marcando gruesas venas en los dorsos y en sus antebrazos.

—Tendrás que hacer más que amenazarme y sostenerme contra una pared para que te tenga miedo —espeté dando pasos seguros hacia él. No tenía idea de por qué lo hacía, pero ese era uno de mis grandes defectos, me gustaba el peligro, era mi adrenalina.

—Lárgate de mi propiedad, maldita sea —apuntó su dedo índice hacia fuera, su brazo temblaba.

—Y si no ¿qué harás? —Lo reté. Me acercaba a las flamas y estaba empapada en gasolina; un poco más, y me quemaría en el infierno que yo misma estaba desatando.

—Bajaré tus pantalones cortos junto con tus bragas y te follaré contra el maletero de mi jodido auto.

¿Pero quién mierda se creía? Nadie me hablaba así y él no sería el

primero.

—¿Y apretarás mi cuello hasta que muera? —dije con ironía.

—Vete de aquí. ¡Vete de aquí ahora! —gritó, dándole puñetazos a la pared, atravesándola. Parecía una bestia.

—¿Audrey? —me llamó papá desde el pórtico de nuestra casa—. ¡Audrey! ¿Estás bien?

—¡Mierda! —murmuré antes de salir corriendo del garaje de Noah.

## Capítulo 2

Mi corazón seguía agitado cuando me encontré con papá en la entrada de nuestra casa. Él me miraba con preocupación y expectativa a la vez. Esperaba que le diera una explicación de lo que estaba pasando en ese garaje, pero no sabía qué saldría de mis labios cuando comenzara a hablar. Me tomó un par de minutos articular palabra, la extraña experiencia que viví con Noah me desestabilizó de tal forma que era incapaz de hilar mis pensamientos.

*Miente, Audrey. No digas la verdad*, dije en mi cabeza para no meter la pata hasta el fondo. Si papá se enteraba de lo que él me había hecho, iría por su rifle y mataría a Noah sin dudar, o fallaría, dada la condición de sus manos, pero sabía que lo intentaría.

—Pretendía ayudar al tipo del frente con su auto. Tiene un *Ford Torino* del 72 —dije con una sonrisa demasiado entusiasta e irreal. Mentirle a mi padre no era lo mío, odiaba hacerlo, pero lo hacía por el bien de todos.

—¿Noah regresó? —preguntó con un ligero temblor en sus labios.

¿Le asustaba la idea de él en la ciudad? No, mi padre nunca le temió a nadie, y menos a Noah. Papá fue uno de los pocos en la ciudad que intercedió de alguna forma por él.

—Sí, lo hizo. —Mi sonrisa falsa se borró y una línea fruncida ocupó su lugar al recordar lo que pasó minutos atrás en aquel garaje. El olor a jabón que brotaba de su cuerpo, su aliento a enjuague bucal acariciando mis labios con la proximidad y la cálida sensación de sus pectorales desnudos empujando mis pechos, era algo que me tomaría mucho olvidar—. Espera, papá. No creo que sea buena idea ir ahora —advertí cuando comenzó a caminar hacia la casa de Noah.

—Tengo que hacerlo, se lo prometí a Juliet —murmuró sin detenerse. Juliet era la madre de Noah, murió dos años después de que lo condenaran a veinte años de prisión por asesinar a su novia. No sabía por qué lo liberaron antes, quizás por buen comportamiento o algo así.

Tomé a mi padre del brazo y lo ayudé a cruzar la calle; no era muy transitada, pero debía ser precavida con él. Una caída en su condición sería

muy mala para sus huesos.

Temblores involuntarios sacudieron mi estómago a medida que la brecha se cerraba. En cuestión de segundos, estaría de nuevo en presencia del peligroso Noah Cohen, y no porque fuera exconvicto, sino por la forma en la que mi cuerpo reaccionaba al estar cerca de él.

—¡Noah, muchacho! ¿Cuándo te liberaron?, ¿por qué no me llamaste? —preguntó mi padre, entre tanto caminaba más rápido de lo que había hecho en años, para poco después abrazar a Noah. Pero eso no me impresionó tanto como su pregunta. ¿Por qué tendría que llamarlo? ¿Hablaban con frecuencia?

Miré a Noah con suspicacia mientras él le devolvía con afecto el abrazo a mi padre, pero él apartó la mirada en seguida.

—Lo siento, viejo, pero sabes muy bien la razón —respondió cuando se separaron.

*Okey. Entre esos dos hay una historia desconocida para mí. Sabía que papá lo apreciaba, pero no que estuvieran en contacto y que se trataran con tanta confianza. Es como ver a un padre con su hijo. Mierda. ¿Eso en qué nos convierte a Noah y a mí?*

—Le prometí a tu madre cuidar de ti y yo siempre cumplo mis promesas —palmeó su hombro con su mano. Mi padre era más alto que Noah, pero la edad le restó varios centímetros y perdió altura—. Ven, vamos a casa, mi muñeca te hará una buena comida casera mientras me cuentas cómo lograste salir antes.

*¿Que yo qué? No, tengo tres autos en el taller. No tengo tiempo para cocinar.*

—Tranquilo, viejo, iré por ahí más tarde a comer algo —contestó, notando mi gesto de *no puedo hacerlo* en mi rostro.

No quería ser descortés, pero en mis planes para el día no estaba incluido cocinarle a Noah.

—¿Comer por ahí? Nada de eso. Encenderemos la parrilla y cocinaremos unas buenas piezas de carne para celebrar tu regreso, ¿verdad, Audrey? —Mi padre me miró por encima de su hombro y me dijo con la mirada «por favor». ¿Cómo podía decirle que no?

—Sí, claro. Llamaré a Manuel para decirle que no iré hoy al taller. —Mi tono fue dulce, pero en mi interior echaba chispas. ¿Qué pretendía papá? No dudaba de su buena intención, él era así de amable con todos, pero algo

tramaba y necesitaba averiguar qué.

—Gracias, muñeca.

—Los alcanzo en un par de minutos, debo ir por una camiseta —refirió Noah saliendo del garaje.

Estuve a segundos de gritar ¡no!, a nadie le haría daño ver un poco de piel expuesta... y menos a mí. Me lo debía al menos ¿no?, iba a cocinar para él.

—¿Qué fue todo eso? ¿Acaso hablaste con él mientras estuvo en prisión? —Le pregunté a mi padre mientras cruzábamos la calle de regreso a nuestra casa. Mi tono fue más duro de lo que pretendía, no estaba acostumbrada a que me ocultara cosas, y admito que estaba molesta. Mi relación con él era lo más importante de mi vida... y más desde que perdí a mamá, quince años atrás.

—Sí, y también lo visitaba, se lo prometí a Juliet —reiteró.

Era la tercera vez que mencionaba a la madre de Noah, junto con la palabra “promesa”, en la última media hora. ¿Acaso me había ocultado más cosas de las que pensaba?

—Papá ¿tú...? —titubeé. ¿Cómo le preguntaba algo así? No, no podía. Imaginar a mi padre con otra mujer era absurdo; él aún conservaba los mismos sofás que mamá eligió cuando se mudaron a nuestra casa, su ropa seguía colgada en su lado del closet, incluso su cepillo, perfume y joyas permanecían en la peinadora. Suponer algo como eso era insultar su amor por ella.

—¿Yo qué, muñeca?

—¿Piensas que él no lo hizo, por eso lo ayudas? —No era la pregunta que iba a hacerle, pero esa también estuvo rondando en mi cabeza.

—Lo ayudaría de todas formas, Audrey. Todo el mundo merece una oportunidad, hasta los exconvictos.

—Pero ¿crees que no lo hizo? —insistí.

—Te di esa respuesta en mi garaje —dijo Noah detrás de mí.

Erizos salpicaron mi cuello y se establecieron en cada parte de mi cuerpo por su proximidad. Me sorprendió tanto que hasta di un brinquito.

—Te dijo que era culpable ¿verdad? —Papá negó con la cabeza mientras sonreía.

—Algo así —rechisté, pugnando con la tentación de decirle que el idiota

de Noah hizo una puesta en escena del asesinato de Dess, usándome a mí como ejemplo.

Entré a casa, dejándolos a ellos detrás. Necesitaba cinco minutos a solas para intentar asimilar todo lo que mi *sexy vecino* despertaba en mí. Él me encendía como flama puesta sobre el cordel de una vela.

Subí a mi habitación y me metí a mi baño para mojar con agua helada mi rostro enrojecido. Habían pasado años desde la última vez que me sonrojé de esa forma por un hombre, tantos que no recordaba cuándo. Eso sin duda era un indicio de que algo estaba mal conmigo.

—¿Dónde está mi moral? ¿Por qué él me conmociona de esta manera? — reñí, mirándome al espejo.

¡Ahhhh!, pero es que lo sabía, claro que lo hacía. Noah Cohen había sido mi amor platónico de niña, lo miraba embelesada cuando podaba el jardín y gruñía cuando lo veía besándose con Dess; pero desde entonces, habían transcurrido más de once años y ya no era una pequeña enamoradiza sino una mujer. Además, tenía un novio que me llamaba cada vez que podía y me enviaba cartas. ¡Cartas! ¿Qué hombre, en pleno siglo XXI, enviaba cartas? Uno que estaba locamente enamorado, sin duda.

—¿Audrey, estás ahí?

¿Qué mierda? ¿Acaso Noah entró a mi habitación?

Me sequé el rostro con una toalla y salí del baño dispuesta a reclamarle al idiota de mi vecino por entrar sin permiso. Irónico ¿verdad? Eso fue justo lo que hice yo en su garaje.

No, era distinto, este era un lugar mucho más privado que un almacén de autos.

—¿Qué haces aquí? —Mis dientes crujieron. Estaba enojada con él, conmigo por mis incontrolables impulsos... hasta con papá, por dejarlo subir a mi habitación.

Noah cruzó sus brazos, incrementando el tamaño de sus ya enormes bíceps, se recostó contra el marco de la puerta y escaneó mi cuerpo con una mirada lasciva y hambrienta, transformando mi enojo en algo peligroso e incontrolable. Sus ojos eran la chispa que desencadenaba mi deseo.

—¿Por qué una mujer como tú está tan necesitada de atención? — preguntó con petulancia.

—Yo no...

—¿No? —Arqueó una ceja y sus labios se curvaron hacia un lado con una sonrisa arrogante—. Tu respiración desigual, las gotas de sudor brillando en tu cuello, ese color carmesí marcando tus mejillas, las dos protuberancias que comienzan a asomarse debajo de tu camiseta... Estás malditamente excitada, Audrey. Deseas que te tumbe en esa cama de sábanas color rosa y te folle hasta dejarte sin aliento.

—¿Cómo te atreves? —reclamé con furia. Era la segunda vez que me amenazaba con follarme, y esa no se la iba a dejar pasar. Puede que sí, que todo indicaba que quería sexo, pero eso no se significaba que lo tendría, y menos con él.

—Porque puedo. —De nuevo, su arrogancia salió a flote.

¿Acaso se creía un todopoderoso?, ¿un dios? ¡Ja! Sí, el dios del jodido infierno.

—¡Vete a la mierda, imbécil! —Caminé hasta la puerta, le di un certero empujón hacia un lado y me abrí espacio para salir de mi habitación. No iba a permanecer un segundo más delante de su engreído rostro. ¿Quién carajo se creía él para decirme que estaba necesitada?

—Más temprano que tarde, estarás rogando para que suceda —siseó, pasando por mi lado.

Una vez más, la ira se apoderó de mí y las ganas de robarle su arrogancia con eficaces puñetazos en el rostro recorrió mis venas, pero si lo hacía tendría que explicarle a mi padre porqué hice sangrar a Noah y a qué se debía mi furia, preguntas que odiaría tener que contestar.

Caminé detrás de él, pisoteando fuerte el suelo con cada paso que daba, y sintiendo cómo la ira aumentaba con cada segundo que transcurría. Ese idiota me sacaba de mis casillas. Cuando llegamos a la planta baja, el *visitante indeseable* se dirigió hacia la cocina y abrió el refrigerador como si fuera suyo.

—¿Qué crees que haces?

—Lo que tu padre me pidió, *muñeca*—dijo en tono burlón mientras mantenía su cabeza metida en el refrigerador—. Aquí está —cerró la puerta y vi que sostenía en sus manos una bolsa hermética que contenía carne roja—. ¿Dónde están los condimentos?

—¿Vas a encargarte tú de la carne? —Fruncí el ceño y crucé mis brazos por debajo de mis pechos.

—Sí. ¿O es que crees que por ser hombre no sé cocinar? —inquirió con un gesto presuntuoso.

—¿Así como tú pensaste que por ser mujer no sabía de autos? —repliqué con la barbilla elevada. No iba a perder la oportunidad de echárselo en cara.

—Sí, me merecía esa respuesta —dijo con una sonrisa ladina—. Entonces... ¿los condimentos?

Bufé y liberé mis brazos para acercarle la sal, el adobo, el ajo y la salsa parrillera que tanto le encantaba a mi padre. Puse todo en la mesada, sin mirarlo, y me giré hacia el refrigerador para sacar las verduras que usaría para preparar la ensalada cruda.

—¿Qué? —espeté cuando cerré la puerta y encontré la mirada de Noah sobre mí.

—Haces que cocinar sea jodidamente sexy —murmuró con voz gutural y se mojó los labios lentamente con la lengua. En su mirada había lujuria y deseo, lo mismo que ardía en mi ser.

—Eres un enfermo —reproché y le di la espalda para lavar las verduras en el fregadero. No iba a admitir que me atraía, no le diría lo caliente que estaba por él.

Noah siguió con su tarea de adobar el solomillo y luego dejó la cocina sin decir nada más.

—¡Ven aquí, muñeca! —gritó papá desde el patio unos minutos después.

—¡Estoy haciendo la ensalada! —respondí. Era una muy buena excusa para mantenerme lejos de mi sexy y atractivo vecino, pero no funcionó, mi padre no tardó en entrar y darme un pequeño pero efectivo sermón de la hospitalidad y de las buenas costumbres.

Fue humillante, me sentí de nuevo como una niña de diez años.

Metí las verduras en un bol y llevé un cuchillo y una tabla al patio para cortar las verduras sobre la mesa de picnic, que era tan vieja como todo en casa pero que, por ser de roble, seguía siendo tan fuerte y funcional como siempre. Me senté al lado de papá y vi a Noah cerca de la parrilla, tratando de encender las brasas. El sudor comenzaba a mojar la camiseta blanca que cubría su torso, marcando manchas húmedas en su espalda y pecho, convirtiendo una simple barbacoa en un momento excitante. No sabía qué rayos me pasaba, mi mente estaba sobrecargada de pensamientos indecorosos que no debía alimentar.



—Nos sentarían muy bien un par de cervezas —comentó mi padre. Aparté mis ojos del objeto de mi deseo y sacudí la cabeza con un *no* rotundo—. Muñeca, la ocasión lo amerita.

—Pues podría visitarnos el mismísimo Obama y aun así no te daría cerveza. Sabes que, por los medicamentos que tomas, el alcohol está prohibido.

—Apoyo la moción —intervino el *cretino sin filtro* de Noah Cohen. Aunque esa era la única cosa sensata que había dicho hasta ese momento.

—Limonada por cerveza —dije poniéndome en pie.

—Esto apesta. —Se quejó papá como un niño malcriado, y así actuaba en algunas ocasiones. Sabía que eso era normal para alguien de su edad, pero jamás diría en voz alta la palabra “vejez” delante de él. Ya tenía suficiente con la maldita artritis —que le costó su trabajo— para añadirle demencia temprana a su ficha médica.

—Igual que mis vitaminas cuando tenía nueve —repliqué bromista.

Noah esbozó una sonrisa triste antes de ocuparse de nuevo de la parrilla. Imágenes de él solo en una celda cada noche, durante diez años, estremecieron mi corazón. No debió ser fácil para él estar ahí, y mucho menos después de la muerte de su madre, su única familia. Noah no tuvo oportunidad de decirle adiós ni de lanzarle un ramo de flores en su funeral, como yo lo hice con mamá, y eso me entristecía. Yo más que nadie sabía lo que era perder a una madre, es como si una parte de ti fuera arrancada y enterrada junto con ella.

Sequé rápidamente las lágrimas que se aventuraron a escaparse de mis ojos y me puse en pie para ir a la cocina y preparar la limonada. Una vez dentro, busqué varios limones y los corté por la mitad para ponerlos en el exprimidor. Cuando llevaba cinco, la puerta que llevaba al patio se abrió, develando la silueta varonil de Noah. Sus pesados pasos hicieron chillar la madera a medida que se acercaba. Él también usaba botas de montaña, aunque las suyas estaban muy gastadas.

—¿Estás bien? —preguntó en tono conciliador.

—¿Por qué lo preguntas? —repliqué de mala gana. Mi actitud era defensiva, debía mantenerla de esa forma para protegerme de lo que sentía cuando él estaba cerca.

—Te vi llorar. —Mantuvo la misma inflexión en su voz.

Una risa nerviosa se escapó de mis labios cuando escuché su respuesta.

*¿Me vio? ¿Cómo pudo? Pasó muy rápido y solo fueron un par de lágrimas.*

—Fue la cebolla —mentí.

—No estabas cortando cebolla, *muñeca* —se acercó a mí lo suficiente para sentir el ardor de su cuerpo transfundiéndose con el mío. ¿Qué pretendía con eso? ¿Torturarme?— ¿Te asusté en mi garaje?

—No, pero eso querías —contesté con la misma actitud implacable. No iba a ceder, no iba a dejarle ver lo mal que me hacía tenerlo pegado a mí.

—Tú eres como una fiera indomable, Audrey, siempre lo fuiste; no le temías a nadie, y yo no seré la excepción. —Pronunció cada palabra cerca de mi oído, socavando mis barreras con el tono profundo de su voz.

—Tú no sabes nada de mí —dije arisca, apartándome de la zona roja de peligro. Abrí el refrigerador y saqué agua fría y unos cubos de hielo para preparar la limonada. Él se mantuvo en el mismo lugar, junto al fregadero.

—Sé lo suficiente como para advertir que tu actitud es una máscara, que estás tan interesada en mí como yo en ti —aseguró con su habitual prepotencia.

Puse la jarra con agua en la mesa junto con los cubos de hielo y caminé hacia él.

—Sí, Noah, me gustas —coloqué mis manos en sus hombros—. Eres atractivo, fornido y seguro de ti mismo, todo lo que me atrae de un hombre —me metí entre sus piernas separadas y pegué mi pelvis contra su bulto en aumento. Un gemido gutural se escapó de sus labios entrecerrados ante mi cercanía. Contuve un jadeo, su paquete era generoso, tal como imaginé, y lo quería dentro de mí, tanto. Pero eso no pasaría, tenía otros planes con él. Acerqué mis labios lo más que pude, y cuando sentí su aliento uniéndose con el mío, dije—: Pero hay algo que ignoras, Noah Cohen, existe un solo hombre que puede tenerme, y no eres tú.

Hasta ese momento, él estuvo inmóvil, pero en cuanto pronuncié la última letra, tomó mis muñecas, me giró contra su cuerpo y me empotró entre él y una de las paredes de la cocina, al lado de la puerta. Ubicó mis manos por encima de mi cabeza y, con sus piernas, unió las mías, inmovilizándome.

—Te equivocas, muñeca. No solo puedo tenerte, lo haré, y será tan jodidamente bueno que volverás a mí suplicando para que lo haga una y otra

vez. Y para cuando termine contigo, no recordarás qué se sentía estar con ese imbécil, olvidarás su nombre y hasta el color de sus ojos. —Después de tan impulsiva advertencia, deslizó su lengua por mis labios separados como un preámbulo del mejor beso que me dieron jamás. Sus labios se sentían suaves contra los míos y, a la vez, dominantes y codiciosos. Su lengua saboreó el interior de mi boca, la rozaba con la mía y la reclamaba para él como si fuera de su pertenencia. Mientras todo eso pasaba, su erección apretaba un punto sensible de mi pelvis, como si tuviera un GPS que lo dirigiera al lugar preciso.

*Jodido Noah, está probado su engreído punto. No solo quiero más, lo quiero ahora mismo.*

—¡Chicos! ¿Qué les toma tanto? ¡Aquí está haciendo un calor del infierno! —gritó papá desde el patio.

*¡Ja! No tienes idea de las flamas que se encendieron aquí,* contesté en mi cabeza.

—No he terminado contigo —indicó con arrogancia antes de liberarme de la prisión en la que me mantuvo cautiva a voluntad. Caminó hasta la puerta, y cuando la tuvo abierta, a punto de salir, objeté:

—Cualquier hombre puede excitar a una mujer, pero no todos son capaces de amarla.

Su mirada se tornó lúgubre y dolida, como si mis palabras hubieran tocado una herida sangrante. Sin embargo, respondió con su acostumbrada petulancia.

—Bien para mí entonces, porque quiero joder entre tus piernas, no ganarme tu corazón. —Después de su declaración, se fue, dejándome completamente aturdida.

## Capítulo 3

Su descaro era tan grande como su ego, pero él no sabía a quién se estaba enfrentando. En West no solo me conocían como una ruda mecánica, también por mi testarudez ante un reto, y Noah Cohen acababa de agitar el banderín bicolor, anunciando el inicio de una carrera en la que yo sería la vencedora. Nadie tomaba mi cuerpo sin ganarse primero mi corazón... y ese ya tenía dueño.

*¿Y por qué dejaste que te besara?*, acusó la voz de mi razón.

*Porque fui débil, pero nunca más permitiré que Noah me toque ni un pelo, Aarón no se lo merece. Y hasta esos pensamientos calienta bragas que surgen cuando lo tengo cerca quedan prohibidos a partir de ahora*, me dije con determinación. Tenía que construir un muro alto entre ese hombre y yo.

Cuando logré retomar el control de mis emociones, ya que el jodido de Noah me dejó acalorada y enojada, terminé la limonada y regresé al patio con papá y el *vecino de la discordia*. No hice contacto visual con él, estaba concentrada en la palabra que titilaba en mi cabeza como las luces de Navidad: «no».

No sentirme atraída por él.

No mirar sus ojos láser calienta bragas.

No pensar en el beso.

No más de su cuerpo acorralándome.

Pero él no lo hacía fácil, podía sentir su mirada clavada en mí como si fuera un delicioso plato de comida, y yo tenía una enorme idea de lo hambriento que estaba.

*¿Será tan talentoso en la cama como lo es besando?*

*No, Audrey. Basta. Si sigues por ese camino, el «no» se convertirá en un rotundo sí, el pensamiento en deseo y el deseo en tú en una cama con Noah, justo como él quiere.*

*¡Ja! Como si tú no quisieras*, acusó esa voz en mi cabeza, que era mi peor enemiga. Estaba ahí para “hacerme entrar en razón” y para burlarse de mí.

Ignorando la intensa mirada de mi vecino, o, mejor dicho, intentando

hacerlo, serví la ensalada y la carne en los platos —que él amablemente trajo de la cocina— y me senté al lado de papá, lo que me dejó justo al frente del *hombre prohibido*. Sus ojos se veían más claros a la luz del sol y hasta puedo decir que había cierta dulzura e inocencia en ellos. Noah era una mezcla de cuerpo sexy y varonil con rostro de ángel, pero no hay que olvidar que el diablo era un ángel, que bajó del cielo, desató el infierno y se volvió el príncipe de las tinieblas. Las apariencias engañan, nadie puede estar seguro de qué esconden las personas detrás de su mirada ni en lo más íntimo de su corazón. Él podía ser un lobo vestido de cordero y yo tenía que ser muy astuta.

—¿Te piensas quedar en West? —pregunté en tono áspero y cortante, tratando de enviarle un mensaje claro: No te quiero aquí.

—Qué bueno que lo preguntas, cariño. Justo de eso estuvimos hablando. Le dije a Noah que estás buscando mecánico, y ya que él necesita un empleo...

—¡No! —Me levanté de un salto del asiento y me sostuve del borde de la mesa con las manos, clavando mis uñas en la vieja madera. Primero, la idea de tener a Noah a mi alrededor ocho horas diarias sería masoquismo, y a mí no me daba eso de ser torturada; y segundo, él no sabía nada de mecánica. Le había dejado muy claro a papá que no quería a un aprendiz.

Mi padre tocó mi muñeca con suavidad, instándome para que lo mirase. Iba a convencerme, sabía que lo haría, pero no pude controlar el enérgico impulso de imponerme a ese absurdo de magnitudes astronómicas. Noah + Audrey no era una buena combinación, sería como ponerle agua al tanque de la gasolina. Pero antes de mirar a papá, cometí el error de ver los ojos claros de Noah, que transmitían desesperanza, y eso me conmovió hasta los huesos. ¿Y si ese trabajo era su única oportunidad? Sabía muy bien que nadie en la ciudad estaría contento con su regreso; y que, con su antecedente criminal, le sería muy difícil encontrar empleo. Además, tenía esa estúpida mirada de condenado al exilio que le ganaba a todos mis razonamientos.

—Él aprende rápido. Además, es muy bueno manejando.

—¿Pretendes ponerlo a competir? —grité alarmada. Ese era el colmo, papá no solo me lo imponía en casa y en el taller, ¿también lo quería en las carreras?

Noah frunció el ceño y apretó la mandíbula. ¿Acaso no tenía idea de los

planes de mi padre?, ¿o lo que le molestaba era mi actitud? Bueno, si se trataba de eso, me valía mierda. Lo que él pensara no me importaba, me preocupaba más saber por qué mi padre estaba tan interesado en meterlo a la fuerza en mi vida.

—Creo que debería irme —dijo Noah poniéndose en pie.

—Sí, deberías —afirmé al mismo tiempo que mi padre dijo «no».

El *invitado indeseado* miró a mi progenitor con un claro agradecimiento en sus ojos y luego se marchó, rodeando el costado de nuestra casa.

—¿Qué pasa contigo, Audrey? Yo no te crie de esa forma —recriminó.

—¿Me quieres culpar? —rechisté, sentándome frente a él con las piernas a cada lado del asiento y los brazos cruzados—. ¿Y desde cuándo tomas las decisiones tú solo? Porque, hasta esta mañana, nos consultábamos todo. Y desde que entraste a ese garaje, no has hecho más que imponerme a Noah, metiéndolo en casa, mandándolo a buscarme a mi habitación, queriendo que trabaje conmigo...

Mi padre endureció el rostro y miró hacia el camino por el que se había ido su protegido, antes de decir:

—No le pedí que subiera a tu habitación, me dijo que iría a su casa. ¿Hizo algo indebido? —su réplica me pilló desprevenida. ¿Por qué fingió que iba a su casa y subió a mi habitación?— Audrey, te hice una pregunta. —Su tono fue severo, estaba molesto.

—No, no me tocó ni un pelo —no en mi habitación, sí en la cocina—. ¿Crees que me lastimaría? —Ahora fue él quien guardó silencio—. ¿Papá...?

—No lo creo, si fuera así no lo permitiría acercarse a ti, pero él estuvo diez años en prisión y tú eres hermosa, sería normal que de sintiera... atraído por ti. —Lo último le resultó más difícil de admitir, pero no me sentí incómoda con su franqueza, nuestra relación siempre se basó en la confianza.

—Claro que puede, pero eso no significa que pasará algo. No olvides que no estoy disponible.

Papá rio fuerte, sosteniendo su estómago con sus manos.

—¿Qué es tan gracioso?

—Robé a tu madre de su boda —dijo entre risas. Me había contado la historia miles de veces y el recuerdo siempre lo hacía sonreír—. Lo que quiero decir es que no estás atada al Aarón ni a nadie, así lles un anillo en tu dedo y un documento que lo certifique.

—¿Estás diciendo que debería dejar a mi novio de cinco años por un exconvicto recién liberado? —Sí, sonó mal, y eso que no escucharon el tonito con el que hablé.

—No, solo que nadie debe condicionar tu vida, es tuya, solo tienes una, y ninguna persona puede decirte cómo vivirla ni con quién —aleccionó. Él siempre procuraba aconsejarme de la mejor manera, lo admiraba muchísimo por eso. Cuando mi madre murió, le tocó levantarme solo. No teníamos parientes cercanos, mamá migró desde Inglaterra cuando cumplió la mayoría de edad, y él era huérfano, se crio en hogares de acogida.

—Eso sin contar lo poco que te gusta Aarón —repliqué con reticencia. Mi padre y mi novio jamás se llevaron bien, para nadie era un secreto, pero él trataba de no involucrarse en mis decisiones, solo me daba consejos y quedaba de mi parte tomarlos o hacer caso omiso.

—Escucha, muñeca, no intento empujarte a Noah de ninguna manera, lo único que quiero es ayudarlo, sabes que nadie más aquí lo hará.

—¿Por qué regresar a West? ¿No sería mejor comenzar en otro lugar donde nadie lo conoce?

—Sin dinero ¿a dónde podría ir? —contrarió.

—Puede vender la casa y el auto y trasladarse a otra ciudad —insistí.

Él bajó la mirada y frunció los labios.

*¿Ahora qué?*

—¿Qué me estás ocultando, papá?

—Nada de eso es de él, Audrey, es tuyo —contestó sin entrar en detalles.

—¿Qué? ¿Cómo que mío? —grité alterada. Mi día “rutinario” iba de mal en peor.

—Noah no lo sabe, le dije que la casa estaba hipotecada y que estuve pagando los intereses, por eso quiere trabajar, para reunir el dinero y pagar la hipoteca. Pero yo la compré con un poder que él me había firmado y puse todo a tu nombre, pensé que sería lo mejor.

—Tienes que decirle, papá.

—Pensaba hacerlo más tarde, pero no tuve oportunidad. —Y la culpa era mía porque lo eché de nuestra reunión improvisada—. Sé que debí decírtelo antes, y que todo esto te toma por sorpresa, pero pensé que aún teníamos varios años para hacerlo, no sabía que lo liberarían antes.

Exhalé y luego invité a papá a entrar a casa, llevaba mucho tiempo sentado en ese asiento sin espaldar y sabía que debía estar cansado, aunque jamás lo admitiría. Tenía muchas dudas con respecto a Noah y su preocupación por él, pero me sentía exhausta y no quería seguir ocupando mi cabeza con ese asunto.

Una vez que estuvo en su sofá reclinable frente a la televisión, regresé al patio y recogí los platos y demás cosas que usamos para la comida. Lavé los platos, los sequé y luego salí de casa para ir al taller, necesitaba distraerme y trabajar era la forma más productiva de hacerlo.

—¡Mierda! —murmuré cuando salí al pórtico y vi mi *Ford* frente a la casa de Noah. Tenía que ir por ella para poder marcharme.

*¿Pero quién me mandó a dármelas de buenas e intentar “ayudarlo”? Debí seguir mi camino, me hubiera ahorrado un montón de eventos desafortunados. Pero no, tuve que ir derechito a la cueva del lobo, uno que no tenía garras ni colmillos, pero de quien sin duda debía mantenerme alejada.*

*Bien, él no está por ahí, puedo cruzar rápido la calle, subirme a la camioneta y conducir al taller, como debí hacer esta mañana.*

Bajé los tres escalones de la entrada y comencé a caminar a las andadas hacia mi auto, con los ojos fijos en su color rojo que relucía con los rayos del sol. Estaba a tres metros de la puerta cuando escuché su voz pronunciando mi nombre.

*¿De dónde carajos salió? No lo vi antes de cruzar y aparece como un fantasma, de la nada.*

Lo ignoré, no iba a detenerme a hablar con él y correr el riesgo de terminar acorralada entre su cuerpo y algo más.

—¿A dónde vas vestida así? —preguntó detrás de mí.

—¿Y a ti qué te importa? —Ataqué sin enfrentarlo. Abrí la puerta e intenté subirme al auto, pero él me detuvo, cargándome en su hombro sin ningún problema. Pataleé, tratando de golpearlo en la ingle, y aporreé su espalda con mis puños, pero el imbécil era jodidamente fuerte. Pude gritar y pedir ayuda, pero el único que me iba a escuchar era mi padre y no iba a darle un susto de esos por algo que iba a resolver en un par de segundos, cuando el bruto que me llevaba a la fuerza me bajara.

—Deja de luchar, *muñeca* —refirió una vez más. Solo mi padre me decía



muñeca y el muy idiota se había apropiado del apodo sin permiso ni derecho.

—No hasta que me bajes —contesté sin dejar de mover mis piernas frenéticamente, pero eso no estaba funcionando, así que levanté su camiseta y clavé mis uñas en su espalda, arañándola de abajo arriba. Eso tampoco sirvió —. ¿A dónde me llevas? —pregunté cuando subió las escaleras de la entrada. La pregunta fue tonta, sabía que me iba a meter a su casa —bueno, mi casa, pero él no sabía que lo era—.

—Te voy a bajar ahora, pero tienes que prometerme que no huirás — negoció cuando estuvimos dentro.

—Tú a mí no me pones condiciones, maldito imbécil —reñí.

—Joder, Audrey. No me provoques, ya estoy muy excitado y tu altanería lo empeora. Solo dime que te quedarás para bajarte de una puta vez.

Todas las luces de alerta comenzaron a titilar en mi cabeza a la vez cuando dijo la palabra «excitado». Se suponía que me mantendría lejos de él, y resultó que estaba sola, en su sala, con su peligroso asunto latiendo debajo de sus jeans. ¿Qué pasaría si intentaba besarme de nuevo... o si quería ir más lejos?, ¿lo detendría?, ¿sería capaz de hacerlo? No estaba segura de poder resistirme, porque desde el momento en el que me puso en su hombro, el deseo se estableció entre mis piernas.

—Me quedaré. —Accedí finalmente. Estar de cabeza comenzaba a marearme. Además, quería saber qué pretendía con todo eso.

Noah me bajó lentamente, deslizándose contra su cuerpo a propósito, y me mantuvo pegada a él sosteniéndome por mi espalda baja con sus manos anchas, propagando calor en mi piel, sin importar que siguiera vestida. El bulto de su erección comprimía mi pelvis, reclamando atención... y la tenía toda, completamente. Ya había olvidado quién era él y lo incorrecto de su cercanía. Mi cuerpo había hecho su elección y mi mente estaba demasiado obnubilada para batallar en contra del deseo.

—Comencemos de nuevo —susurró cerca de mi boca, a centímetros de ella.

Me humedecí los labios con la punta de la lengua.

Los ojos de Noah siguieron el movimiento y la bestia acorralada debajo de su ropa se tensó un poco más, incrementando mis ansias.

Un grueso nudo se formó en mi garganta, atrapando mi respiración y mis palabras detrás de él, y lo peor de todo era que no podía desbaratarlo para

decir algo.

—Me gustas mucho, Audrey, jodidamente demasiado, pero Jace me dijo que tienes novio y no soy del tipo que come de plato ajeno, a menos que él no signifique nada para ti, porque si es así, si me dices que puedo tenerte sin remordimientos, te llevaré a mi habitación y haré lo que he deseado desde que te asomaste en la ventanilla de mi auto.

*¡Buen Dios! ¿Por qué me presentas esta peligrosa tentación? Soy débil, como Eva en el Edén. ¿Noah es la manzana o la serpiente?*

Tragué con fuerza y contesté:

—No sé qué clase de mujer crees que soy, pero no acostumbro a tener sexo con cualquiera que me lo pida y tú no serás la excepción. —Lo dije todo de prisa, atropellándome con mis palabras, nerviosa, desesperada por separarme de él y deseando a la vez que me llevara a su cama—. Suéltame ahora —exigí.

—No quiero. —Me apretó más fuerte.

—Entonces lo haré yo —advertí antes de elevar mi rodilla y tratar de pegarle en la entrepierna, cosa que Noah intuyó y me giró con rapidez, recostando mi espalda a su pecho mientras sujetaba mis manos y mis piernas con las suyas, inmovilizándome una vez más.

—No tengo amor para dar, muñeca, me lo arrebataron, no sé cómo volver a querer, pero si tú lo deseas, si me lo pides, buscaré la manera de arreglar mi corazón jodido y te lo daré.

—¿Por qué lo intentarías? —Noah respiró profundo en mi cuello, liberando aire caliente con una suave exhalación, erizando mi piel expuesta, llevándome un paso más cerca de morder el fruto prohibido... Era una locura, lo que pasaba en esas cuatro paredes era tan absurdo como acelerar un carro sin frenos.

—Jace me hablaba de ti cada vez que me llamaba, pensar en ti hacía todo más soportable, y cuando te vi esta mañana... ¡Joder, Audrey! Eres preciosa, inteligente, tienes carácter y me vuelves loco. La lista es más larga, te sorprendería si te revelara punto por punto, pero creo que puedes entenderlo. ¿Lo haces?

Asentí, absolutamente imposibilitada para hablar. Eso explicaba muchas cosas, sobretodo la locura de colarse a mi habitación con falsas excusas y su arrebató en la cocina.

## Capítulo 4

Noah seguía sosteniéndome contra su cuerpo, respirándome, despertando emociones adversas en mi interior al mantenerme en custodia... Mi piel había sucumbido a la calidez de la suya, y mi corazón rugía acelerado, pero mi mente me avasallaba con razonamientos y sentimientos de culpabilidad, trayendo a mi memoria a Aarón, a la última vez que lo vi sonriéndome y mirándome con un brillo especial en sus ojos grises.

Él y Noah eran tan distintos como un auto híbrido y uno de combustión interna. Aarón siempre era dulce conmigo, a pesar de su rango de teniente en el cuerpo de la Marina de los Estados Unidos y lo intimidante que alguien como él podía llegar a ser. Era fuerte, fornido y alto, pero jamás me había tomado de la manera que Noah lo hacía, mucho menos diría que me follaría contra su auto o mencionaría lo duros que se volvieron mis pezones por mi excitación. Él me respetaba como mujer, me trataba conforme a ello, y no me veía solo como una pieza de carne follable. Entonces ¿por qué seguía siendo presa de un tipo como Noah? Por qué me excitaba al verlo, al escucharlo hablarme de una forma tan descarada... Y más todavía cuando me sostenía de esa forma bruta y dominante. ¿Acaso era un tipo de masoquista o alguna mierda de esas? No, yo no era así. Nunca permitía que nadie me subyugara y Noah Cohen no tenía derecho a tomar el título del primero.

—Aarón no lo significa algo, lo es todo. Lo amo y le pertenezco a él — dije lo que tuve que afirmar desde el minuto uno.

—Eres una gran mentirosa, Audrey Gunnar —pronunció con voz ronca. Su voz tentaba a mis sentidos, me hacía dudar de mis sentimientos, de mi moral, pero no bastaba para destruirlos por completo, seguían braceando, luchando por no ahogarme en el mar de deseos primitivos que prevalecen en todo ser humano.

—Me atraes, Noah, de eso no hay duda, pero eso no quiere decir que me entregaré a ti.

—Tu novio es un jodido afortunado —dijo antes de soltarme.

Caminé diez pasos lejos de él —sí, los conté, quería asegurarme de estar tan

apartada como pudiera— y me giré para enfrentarlo.

—Deberías ocupar tu tiempo en limpiar esta cueva en lugar de traerme en tu hombro como cavernícola —recriminé, cruzando los brazos sobre mi pecho. Las ventanas cubiertas con periódico y todo estaba cubierto con sábanas blancas que se encontraban llenas de polvo.

—Soy un hombre de prioridades. —Avanzó un par de pasos.

Retrocedí el mismo número, manteniendo la distancia que había marcado.

—No vuelvas a intentar tocarme o pagarás las consecuencias —advertí. Todavía no me había recuperado del primer asalto y no resistiría un segundo.

—¿Qué me harías? He demostrado tres veces que puedo inmovilizarte —refirió con una sonrisa socarrona. Los años en prisión no afectaron su ego ni un poco.

—Porque me tomaste desprevenida, pero puedo lastimarte. Mi novio es Marine y me ha enseñado a defenderme de hombres como tú —alardeé.

—¿Debería intimidarme que sea un Marine? —Se rio burlón—. Estuve diez años en el infierno, muñeca, no hay nada a lo que le tema.

—Nadie es tan valiente, Noah. Todos le temen a algo, hasta los engreídos que pretenden no hacerlo. —Le sostuve la mirada mientras le hablaba. Sus ojos se veían sombríos, llenos de turbación. En aquel momento, me sentí mal por cuestionarlo cuando no tenía idea del verdadero infierno que debió vivir, no solo por pasar años en prisión, sino por perder a la mujer que amaba de una forma tan trágica, y a su madre de manera inesperada.

—El miedo se aloja en el corazón de quien lo alimenta y en el mío no hay espacio para ese sentimiento. —El tono de su voz me causó calosfríos, había algo lúgubre detrás de su afirmación. Además, su mirada se tornó densa, sus brazos se flexionaron sobre su pecho y sus labios formaron una línea dura, como si los sellara para no decir más de la cuenta.

—¿Por qué regresaste realmente? ¿Buscas venganza? —No titubeé al preguntar. Noah no me intimidaba, aunque él intentara que lo hiciera, alardeando al referir que me había sometido sin dificultad tres veces.

—¿Estás asegurando que no lo hice? —debatí.

¿En serio iba a jugar de nuevo esa carta? Puede que fuera solo una niña, y que pasaran años desde la última vez que lo vi, pero no percibía malicia en sus ojos. Había rencor, dolor y tristeza, sí, pero no vileza. Él no pudo asesinar a Dess de esa forma tan atroz y conservar esa mirada.

—¿Y tú vas a insistir en decir que lo hiciste? —contraataqué.

Noah bajó la mirada al suelo, apoyó sus manos en cada lado de sus caderas y liberó una larga exhalación.

—Haces que reparar un corazón jodido no parezca tan difícil —murmuró sin mirarme.

*¡Dios! ¿Acaso dijo lo que creo que dijo? No, Noah. No te pongas romántico, que me matas. Apenas puedo contigo siendo tan perfectamente atractivo, no podré con tu versión dulce.*

—De-debo irme —farfullé.

Ahora si estaba terriblemente asustada, y no por lo fuerte que era y lo fácil que podía someterme, sino por lo peligroso que sería llegar a sentir por él más que deseo. Si apenas podía alejarme cuando solo se trataba de atracción ¿qué pasaría si lo llegaba a querer?

—¿A dónde? —Me miró de forma demandante, como si tuviera tal derecho.

—Dejé de pedir permiso cuando cumplí dieciocho —contesté de camino a la salida.

—Eres un pecado andante, Audrey Gunnar. Tú y esos pantalones cortos deberían recibir una multa por ser jodidamente atrevidos. ¿Acaso tu novio está ciego? ¿Cómo deja que salgas así por ahí?

—¿Dejarme? —Puse mi mano izquierda en mi cadera—. ¿Y qué crees, que Aarón es mi dueño?

—Eso lo dijiste tú, no yo ¿recuerdas? «Le pertenezco a él» —citó, con su particular arrogancia dibujada en sus labios.

—¡Vaya! ¿Te recuerdo en qué siglo estamos o que vivimos en un país libre? Porque tienes una mentalidad bastante retrograda. Y no uses tu encierro de excusa, no estabas en el exilio, sé que en las prisiones hay televisión, bibliotecas y hasta que puedes leer la prensa.

—No lo entiendes ¿verdad? ¿No eres consciente de lo que puedes despertar en un hombre luciendo así?

—Claro que lo sé, y también he pateado un montón de traseros por ello, pero me gusta vestir así; y si alguien tiene problemas con eso, me vale mierda.

Noah rio fuerte y sacudió la cabeza a la vez. Para ser alguien que acababa

de salir de prisión, tenía muy buen humor.

—Solo logras que me gustes más, *Scarlet* —bromeó.

Giré los ojos y di media vuelta para salir de *la cueva del lobo*. Ya había perdido la mitad de mi día por él, y no desperdiciaría el resto con conversaciones insustanciales.

Noah no dijo nada más, tampoco me siguió o me impidió salir. Me subí a mi auto y lo puse en marcha enseguida para ir al taller. No quedaba lejos de casa, a menos de tres kilómetros, y justo en la zona más comercial de la ciudad. En menos de diez minutos, estacionaba mi auto en mi puesto habitual en el taller, al lado del viejo *Jeep* de Manuel —uno de los mecánicos, quien se encargaba de todo si yo no podía llegar—. Como era mi costumbre, alcé la mirada hacia las letras *Taller Gunnar's* pintadas en amarillo pollito —que colgaban desde lo alto del techo triangular del viejo almacén que papá transformó en un taller, treinta años atrás— y sonreí. Mi padre amaba esas letras, verlas lo trasladaba al pasado, al día que inauguró el taller junto a mi madre. Ella fue su pilar, su motivación, la voz que decía a diario «vamos a lograrlo, amor», cuando nadie más creía en él y lo tildaban de loco. Según vi en las fotos, el lugar estaba hecho un asco, requirió de muchas reparaciones para hacerlo funcional, y mis padres no contaban con los recursos, así que lo hicieron con mano propia. En cada parte de ese lugar, había una anécdota de mis padres y por eso amaba trabajar ahí.

Me bajé del auto y caminé al interior con una sonrisa amplia dibujada en mis labios. Pocas cosas me hacían sonreír a plenitud, entrar al taller era una de esas. Aarón no lo entendía, decía que nadie era tan feliz trabajando, pero yo lo era.

La voz de Paul McCartney, cantando *Four Five Seconds*, predominaba en el amplio almacén de techos altos y paredes de ladrillos. La acústica ahí era genial y todos disfrutábamos de la música mientras trabajábamos, en especial Miguel, un fan acérrimo de *The Beatles* y de todos los grupos y cantantes de su época. Él era el empleado más antiguo del taller, y el más viejo, después de mi padre. Había cumplido sesenta años el mes pasado, pero parecía tener mucho menos. Su humor ligero encantaba a todos, menos a Paul, el hombre más obstinado que había conocido en mi vida. El tipo tenía un serio problema de ira, pero era el mejor electricista automotriz que puedas encontrar en Estados Unidos. Solo por eso no lo botaba a patadas, y porque era parte de la

familia. Todos lo eran.

—Bienvenida, alteza —bromeó Alex, el más joven del equipo. Él se encargaba de cambiar, alinear y balancear las llantas.

—Créeme, no estaba en una celebración precisamente —repliqué ante su burla. Mi plan jamás fue llegar a las tres de la tarde al taller, y mucho menos pensé en la posibilidad de que Noah Cohen cambiara el curso normal de mi día. Él solo apareció como el peor desastre natural jamás predicho. Y como todo hecho inevitable, no tenía fecha ni hora de culminación.

—¿Se trata de Jace? —preguntó, cambiando su gesto socarrón por uno nervioso.

—No, papá está muy bien. Anda, vuelve al trabajo, no hay nada de qué preocuparse.

—Sí, señora —contestó antes de irse.

Giré los ojos y negué con la cabeza. Estaba harta de decirle que no me llamara así, pero él insistía en envejecerme con el bendito “señora”.

Saludé al resto con un gesto de la mano y caminé a la oficina para comprobar que no tuviera nada pendiente antes de meterme en el taller a trabajar. Al entrar, vi a Cristal —la secretaria de Gunnar’s, y una de mis mejores amigas— sentada detrás del gran escritorio caoba que tenía los años de Matusalén. Mamá lo había comprado en una venta de garaje y no había forma de deshacerse de aquella *pieza invaluable*. No la odiaba, solo que era bastante anticuada y quería cambiarla por algo más moderno. Eso era algo que tenía que negociar con mi padre en los días próximos. El espacio no era muy grande, pero tenía todo lo que necesitábamos: un juego de cuatro sillas se alineaba contra la pared, en las que los clientes podían sentarse mientras eran atendidos; dos sillas delante del escritorio, una computadora portátil, teléfono con fax, impresora y otros artículos de oficina.

—Hasta que te dignas a aparecer —dijo Cris con una sonrisa, empujando con su dedo índice los lentes de pasta que la ayudaban con su problema de astigmatismo.

Cristal era hermosa, tenía bonitos ojos verdes y un delicado tono amarillo bordeando sus pupilas, como un girasol se hubiera dibujado en ellos; liso y largo cabello negro, labios carnosos, pómulos elevados y un cuerpo esbelto y bien trabajado. Trotaba todas las mañanas y hacía ejercicios cada tarde al salir del taller, algo que yo no hacía ni dormida. Odiaba ejercitarme, y por

suerte, mi metabolismo me permitía evitar tener que hacerlo. Podía comer lo que quisiera y no engordaba ni una onza.

—No tienes idea de lo que ha sido mi día —resoplé, dejándome caer en una de las sillas frente al escritorio.

—¿Me lo piensas decir o tengo que adivinar? —replicó enarcando una ceja.

—No lo adivinarías ni con magia —bromeé.

Cris entrecerró los ojos y frunció los labios. No era necesario que dijera más, quería toda la historia. Le relaté los hechos con lujo de detalles. Era mejor que lo dijera todo de una vez, me evitaría su interrogatorio de mil preguntas. Cuando terminé de hablar, se dejó caer contra el respaldo de la silla, se quitó los lentes y estrujó su rostro con sus manos. Entendía su frustración, había cometido un error garrafal al permitir que Noah me besara y ahora me tocaba lidiar con las consecuencias.

—Si Aarón se entera...

—No lo hará —intervine. Solo fue un beso, y su cuerpo pegado al mío, y mis bragas húmedas de excitación... Bueno, en fin. No lo sabría, punto.

—¿Y qué crees que pasará cuando vuelva a Estados Unidos y conozca a tu acosador personal? Aarón no es tonto, Audrey. Además, es el tipo más celoso y territorial del mundo. Apenas soporta que trabajes con un montón de hombres en el taller y que la mayoría de tus clientes también lo sean.

—Bueno, espero que cuando él regrese, Noah ya se haya ido de la ciudad, porque no creo que dure mucho por aquí.

—¡Ujumm! —murmuró no muy convencida.

—¿Qué?

—¡Ay, niña! Es que lo que sale por tu boca no concuerda con tu mirada. Tenía tiempo sin ver tus ojos tan... brillantes. Todo tu rostro resplandece cuando dices su nombre. ¿Acaso ese hombre te flechó?

—¡No! ¿De dónde sacas eso? Yo quiero a Aarón, lo sabes. Ese beso solo fue un desliz. Y la calentura, fruto de mis locas hormonas y el tiempo de abstinencia, nada más.

Cris se rio como si le estuviera contando un estúpido chiste. No necesitaba eso, requería de alguien que me empujara al lado contrario de Noah y no hacia él, y ella no era esa persona.



—Olvídalo, hablaré esta noche con Olive, ella me gritará como poseída, me dará una larga lista de lo incorrecto que fue todo eso y me dirá lo que debo hacer para no caer en la tentación.

—¡Oh! Yo también puedo hacerlo, pero no lo haré ¿sabes por qué? porque eso es lo que quieres escuchar, no la verdad.

—¿Y la verdad, según tú, es que Noah me flechó? Sí, y las vacas vuelan —ironicé.

—A las pruebas me remito. Una mujer “enamorada” —gesticuló comillas con los dedos— no se hubiera besado con el primer sujeto que se cruza en su camino.

—¡Él me besó! —defendí. Pero a quién quería engañar, yo correspondí ese beso con la misma ansiedad.

Cris agudizó sus ojos verdes sobre los míos, intimidándome. La mujer tenía un don para esas cosas. Sabía cuando alguien le mentía y por eso estaba sola, todos sus novios la habían engañado de alguna manera y no confiaba en los hombres.

—Bien, lo admito, yo también lo besé. Pero eso no significa que no quiera a mi novio.

—Estás en negación, Audrey. Y mientras eso sea así, no vas a comprenderlo. Solo te doy un consejo, ten cuidado con ese tipo. Sé que piensas que es inocente, pero no por nada fue condenado en un juicio. Tuvieron que existir pruebas suficientes para culparlo.

*Ella tiene razón, Noah puede ser responsable de la muerte de Dess y yo le permití someterme más de una vez, arriesgándome a sufrir el mismo final de esa chica. ¿Qué me está pasando? Yo no soy así, jamás había engañado a Aarón ni de pensamiento ni de hecho, y entonces aparece Noah y dejo que me bese, que me acorrale, que me provoque de una forma tan intensa que me olvido del entorno...Pero ¿y dónde queda mi padre en todo esto? Él parece muy convencido de que Noah es inocente. Incluso, lo llevó a casa y le ofreció un empleo en el taller. Papá no me expondría de esa forma si pensara que él es culpable.*

—¿Estás racionalizándolo, ¿verdad? —intuyó mi amiga.

Asentí, lo hacía. No podía evitarlo. Mi cabeza funcionaba como un reloj suizo, le gustaba engranar las piezas.

—Esto será interesante —sonrió con picardía.

Bufé. «Interesante» no era la palabra que usaría, una más acertada sería caótico.

—Me voy a trabajar, necesito un poco de distracción —anuncié abandonando la silla—. ¿Irás hoy a Holly's? —pregunté mientras caminaba hacia la habitación privada que quedaba detrás de la oficina. Contaba con una cama, Tv, nevera ejecutiva, escritorio, una computadora personal y un baño.

—Sí. ¿Tú?

—Hoy más que nunca —respondí con un guiño cómplice. Holly's era un bar que ofrecía música en vivo y las mejores bebidas de todo Texas. Necesitaba tomar algo fuertecito para sacar de mi sistema la mala semilla que sembró Noah en mi cuerpo. Sí, beber y divertirme, eso alejaría mi mente de mi *atractivo vecino*.

Me puse un overol sobre mi ropa de diario y entré al taller para trabajar en el motor de un viejo *Jeep* del año 76. Marshall, el propietario, era uno de los clientes más antiguos de Gunnar's y el mejor amigo de papá. Lo había llevado hacía unos días para un cambio de aceite, pero el motor necesitaba un servicio completo y él estuvo de acuerdo con que lo hiciera. Se lo regalaría a uno de sus nietos y quería asegurarse de que nada fallara.

*Forever Young*, de Jay-Z, sonaba fuerte en el taller, reemplazando a Paul McCartney. Teníamos un trato, dividimos el día en bloques y cada tres horas se podía escuchar la música que eligiera cada empleado. En ese momento, era el turno de Alex, y toda su música era R&B, Soul, Hip-hop o Rap. Era el único momento del día en el que Miguel no sonreía, pero bueno, no a todos le gustaban The Beatles y de todas formas lo tenían que escuchar. No había discusión.

Trabajé en el *Jeep* por dos horas y luego me cambié la ropa para volver a casa. Tenía que verificar a papá, servirle la cena, darme una ducha y vestirme para ir al bar. Estaba ansiosa por llenar mi sistema de alcohol y bailar como loca hasta perder la razón. No hacía esas cosas todo el tiempo, pero ese día lo necesitaba demasiado.

\*\*\*

—¿Dónde es la fiesta? —bromeó papá cuando bajé las escaleras. Vestía jeans ajustados, un top amarillo sin tirantes y botines marrones. Un look casual, nada extravagante como para que pensara que iba a una fiesta.

—Solo voy a Holly´s.

—Pero te hiciste rulos en el cabello y te maquillaste —replicó con el mismo tono socarrón.

—No es la primera vez.

—Es la primera vez en un año, muñeca —sonrió.

*¿Era cierto? ¿Había pasado tanto desde la última vez que me arreglé para salir? Mierda, creo que sí. ¿Por qué lo hice? ¿Tenía algo que ver Noah en esto?*

De nuevo, la respuesta fue sí. Pero no lo hice a conciencia, solo me duché, saqué la ropa y comencé a vestirme. Luego me miré en el espejo y decidí trabajar en mi cabello rubio. Siempre lo llevaba recogido, muy poco me lo soltaba, y pensé que esa noche podía ser distinto. Ya que toda mi rutina fue cambiada, también podía pasar con mi cabello. Tomé las pinzas y me hice rulos sueltos, como Cris me había enseñado, y me gustó el resultado. Después, maquillé mis párpados con tonos oscuros con la técnica de ahumado y delineé los bordes con crayón negro. Me puse un poco de colorete rosado en las mejillas y un brillo labial en los labios. Que fuese mecánica no significaba que no supiera arreglarme, era tan mujer como cualquiera.

—Adiós, papá. Nos vemos en la mañana. —Cuando iba a Holly´s a divertirme, me quedaba en casa de Olive, que vivía cerca del bar. No tomaría el riesgo de tener un accidente por volver ebria a casa. Le di un beso en la frente como despedida y luego salí, llevando en mis manos mi teléfono móvil y las llaves de mi *Honda NSX*, el auto deportivo que usaba para competir en las carreras. No era legal lo que hacíamos, pero sí divertido y peligroso, y disfrutaba mucho de la adrenalina de lo prohibido.

Abrí la puerta del garaje y quité la cubierta que protegía mi auto deportivo. Lo cuidaba mucho, había invertido una gran suma en las mejoras que le hice al motor y al diferencial para ganar potencia y lucirme en las carreras. Ese bebé me había generado muy buenas ganancias.

La voz de Carrie Underwood, cantando *Dirty Laundry*, se hizo presente cuando encendí el auto. Yo era fan del Country, aunque también disfrutaba de otros géneros. Era una ironía que sonara precisamente una canción que hablaba de infidelidad, tomando en cuenta lo que había pasado en la mañana con Noah.

Sacudí los pensamientos que me comenzaban a arrastrar a un lugar oscuro

y abandoné el garaje, manejando en retroceso hasta alcanzar la calle y enfrentando la casa en penumbras de mi vecino.

¿Qué difícil era encender una luz para que no pareciera la casa del terror?

¿Y si no estaba ahí? ¿Y si se había marchado después de que me fui de su casa en la tarde?

La duda provocó un doloroso espasmo en mi estómago, un claro signo de miedo. Miedo de no verlo otra vez.

*Reacciona, Audrey. Esto no es normal ni correcto*, me reprendió la voz de mi conciencia.

Dándole la razón, pisé el acelerador y me alejé de ese lugar como si mi vida dependiera de ello. De seguir ahí, me hubiera bajado a comprobar si Noah se había marchado o si solo amaba la penumbra y por eso todo estaba oscuro en su casa.

Me tomó solo minutos llegar a Holly's, quedaba cerca y las calles estaban bastantes solitarias. La mayoría de los habitantes de West se dormían temprano, el resto íbamos al bar por alcohol y buena música. Estacioné mi *Honda* junto al *Volkswagen Escarabajo* amarillo de Oli. Lo tenía bien cuidado, yo misma había reparado el viejo motor y le hice algunos arreglos para que corriera más rápido, algo innecesario, ya que mi amiga no aprovechaba todo su potencial. Conducía como una abuelita.

Me bajé del auto y entré al abarrotado local, abriéndome paso entre la gente mientras pronunciaba la palabra «permiso». Holly's era muy popular, y más los sábados. Jason, el *DJ*, se encargaba de hacer mezclas fabulosas que a más de uno invitaba a bailar. En ese momento, sonaba música electrónica con apariciones intermitentes de *Firework*, de Katty Perry. No estaba segura de cómo se llamaba técnicamente lo que hacía, solo sabía que estaba lista para tomar unos chupitos e ir a bailar.

—Hola, sexy. ¿Te vestiste para impresionar? —burló Cris junto con verme. Estaba sentada frente a la barra, sosteniendo una margarita en su mano derecha. Vestía similar a mí, con la diferencia de que no se peinó o maquilló de forma especial; su habitual cabello suelto y un poco de brillo labial, nada más.

—¿Tú también? —resoplé girando los ojos.

—¿Por qué lo dices?

—Papá. Según él, había pasado un año desde la última vez que me arreglé

—dije con una sonrisa forzada.

—Fue por Noah —murmuró entre risitas. No la refuté, era cierto, aunque lo hice de forma inconsciente.

—¿Tequila? —preguntó Olive cuando se detuvo frente a mí. Trabajaba detrás de la barra y tenía las manos bastantes ocupadas esa noche.

Sonreí al ver el color fucsia en su cabello en puntas y asentí. Cada mes, lo cambiaba de color, era una persona muy inquieta y extrovertida. Todo en su aspecto gritaba punk, pero su personalidad era muy dulce. Amaba la naturaleza, a los animales, a la vida...; iba a marchas para defender los derechos humanos, estaba en contra del aborto y del uso de armas, y tenía fuertes principios de fidelidad, tolerancia, respeto y amor, inculcados por su abuela Helen, quien la crio desde que era un bebé. Oli sin duda me señalaría con el dedo en cuanto supiera lo que pasó con Noah, pero estaría bien con eso, me lo merecía. Oli era la más delgada de las tres, apenas llenaba una copa "A" en su brasier y carecía de curvas y trasero. Al verla, podías pensar que tenía dieciséis años en lugar de veintisiete. Y no solo por su cuerpo, también por su bonito rostro en forma de corazón, con delicados ojos celestes, largas pestañas marrones y labios rojos, que le habían otorgado el apodo de *carita de ángel*.

—Gracias, Oli. —Le dije con un guiño cuando alineó tres chupitos de tequila, junto con sal y limón, delante de mí.

Ella me sonrió de vuelta y luego se alejó para atender al siguiente cliente.

—¿Le vas a contar lo de tu sexy vecino? —inquirió Cris. Las tres éramos mejores amigas, como hermanas, y nos contábamos todo.

—No sé, depende. —Alcancé el primer vasito de tequila y me tomé el contenido, poniendo antes un poco de sal en mi lengua y chupando la mitad de un limón después. El alcohol se deslizó en mi garganta y viajó de prisa hasta mi estómago vacío. Tomé un puñado de cacahuets del cuenco y los metí a mi boca.

—¿Depende qué?

—De si sigue en West. No tiene sentido ganarme un sermón de Oli si él se ha marchado. —Soné más desdichada de lo que pretendía.

Cris lo notó y frunció el ceño.

—¿Por qué crees que se fue? ¿No se supone que tiene que trabajar para ahorrar dinero antes?

—Me dio esa impresión cuando vi su casa oscura. Quizás siga ahí, no lo sé, por eso quiero esperar antes de decirle a Oli.

—Bueno, cambia entonces esa cara de desdicha si no quieres que sospeche algo. Te ves tan triste como la primera vez que Aarón fue a una misión fuera del país —atribuyó con gesto serio. Me estaba juzgando, lo sabía, yo también lo hacía. No tenía idea de cómo podía sentirme así por alguien que apenas conocía. Habían pasado solo doce horas desde que lo vi entrando a su garaje. Y sí, estuve enganchada por él cuando tenía trece años, pero era una niña, no podía tratarse de viejos sentimientos aflorando.

—Tienes razón. —Me levanté del taburete donde me había sentado al llegar, sostuve otro chupito en mi mano y lo vacié en mi boca de un solo trago, sin sal ni limón. Necesitaba un poco de valor líquido para salir a bailar, dejando atrás el tema Noah y todo lo que él implicaba.

Cris me acompañó a la pista y bailamos al ritmo de *Talk That Talk* de Rihanna ft. Jay-Z, que Jason mezcló con música tecno. Era una rara combinación, pero me ofrecía lo que necesitaba, una distracción.

Mientras me contoneaba de un lado al otro, a un ritmo un poco torpe y descuidado, comencé a sentirme observada. Era una tontería, ya que había un gran número de personas a mi alrededor que me miraban, pero la sensación estaba ahí y era un tanto perturbadora. Le comenté a Cris y, tanto ella como yo, miramos alrededor, tratando de dar con el responsable. No me tomó mucho tropezarme con los profundos e intensos ojos celestes de Noah. Estaba de pie en una esquina, con los brazos cruzados y las piernas ligeramente separadas. Era una postura defensiva y hostil, nada acorde con el ambiente ligero que había en Holly's. Mi corazón cobró fuerza desde el primer segundo que lo vi y un retorcijón fuerte se agudizó en mi estómago. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? No recordaba, tal vez a los diecisiete, cuando me fijé en Aarón. Pero incluso entonces, el efecto no fue tan... intenso.

—¡Mierda! No me digas que el tipo que te está mirando como si quisiera comerte es Noah —preguntó Cris por encima de la música.

Solo moví la cabeza con un asentimiento, mi concentración estaba en Noah, en lo sexy que se veía con aquella camiseta negra ceñida a sus músculos y en lo bien que colgaban de sus caderas aquellos jeans raídos. Si Cris tenía razón y él me miraba como a un cuerpo que quería devorar,

entonces yo lo estaba imaginando desnudo sobre mí, tomándome.

—Ahora todo tiene sentido. Es un bombón con todo y envoltorio.

# Capítulo 5

Una mezcla de felicidad y ansia se apoderó de mí de manera contundente conforme pasaban los segundos. La emoción recorrió mis venas como adrenalina pura, y el deseo se estableció en mis terminaciones nerviosas al notar aquellos ojos claros sobre cada tramo de mi cuerpo, como si me desnudaran. Ambas sensaciones escapaban de mi control. Y tan incorrectas como eran, debido a que tenía una relación significativa con un hombre que me quería, no podía empujarlas fuera de mí como debía. Incluso, deseaba más de lo que estaba experimentando. Mi cuerpo codiciaba su tacto, lo había anhelado desde la última vez que sus manos recorrieron una parte de mi piel.

—¡Ay, Dios! Viene para acá —gritó Cris por encima de la música, emocionada. Parecía que era a ella a quién había besado Noah y no a mí.

—Vamos. —Tomé a Cris por la muñeca y serpenteé con ella a través de la gente hasta llegar a una mesa al fondo del bar, donde siempre se sentaba mi amigo Brandon, el exnovio de Olive. Necesitaba crear distancia entre Noah y yo. Le temía a lo que podía consentir si él llegaba a tocarme, y más aún después de los chupitos de tequila que había tomado.

Me senté en una silla frente a Brandon. Cris rodeó la mesa y ocupó otra a mi lado, y fue entonces cuando Brandon miró hacia nosotras. Estaba idiotizado con su *Smartphone*, quizás acechando a Olive por mensajes, aunque ella no los leyera hasta que se acostara en su cama más tarde, o solo los borrara sin darle ninguna oportunidad. Habían roto y ella estaba negada a escucharlo. No sabía qué hizo él para enojarla, Oli no quería decirlo, pero no pintaba nada bien.

—¿Audrey? ¡Joder! No te había visto maquillada desde... —comenzó Brandon.

—Calla. —Lo detuve. Estaba harta de que me trataran como a *Cenicienta* después de que el *Hada Madrina* hiciera su magia. Sí, me arreglé más de la cuenta esa noche, pero no era para tanto—. Necesito que me hagas un favor. —Su ceño se frunció y sus ojos avellanos se concentraron en los míos, cargados de duda. Muy pocas veces admitía que necesita algo de alguien, y



menos de un hombre, por eso su gesto de preocupación.

—¿Cuál es el nombre de la víctima?

—Nada de eso —giré los ojos—. Lo único que tienes que hacer es quedarte justo ahí.

—Bien, puedo hacerlo —contestó elevando los hombros con ligereza y volvió a enfocarse en el teléfono celular.

—¡Qué cobarde eres! —Se burló Cris.

La fulminé con la mirada. Necesitaba cerrar la boca, no quería que Brandon supiera nada de lo que estaba pasando, y hubiera preferido no tener que recurrir a él, pero no tuve más opción.

—Déjala en paz, Brandon. Vas a empeorarlo todo —exhorté al ver que tecleaba como loco sobre la pantalla.

—¿Y qué más puedo hacer? No deja ni que le hable —rebatí, mirándome con desdicha y tribulación. Él era un hombre de rasgos duros, de textura robusta y de estatura promedio, pocas veces se mostraba vulnerable, a menos que discutiera con Olive.

—No imagino qué pudiste haber hecho para que esté tan enojada —apuntó Cris.

—¿No lo saben? —replicó Brandon.

Las dos nos miramos. No teníamos idea.

Él se rio tristemente, como si recordarlo le doliera profundamente, se levantó del asiento, metió su mano en el bolsillo y puso un anillo de compromiso en la mesa. Era sencillo pero hermoso.

—¡Oh mi Dios! —gritó Cristal—. ¡No puedo creerlo!

—Dijo que no —murmuró con tristeza.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y el ambiente se volvió denso a mi alrededor, de la misma forma que pasó cuando me sentí observada, pero esa vez sabía quién lo estaba provocando. Me resistí a mirar a los lados, por temor a encontrarme con los ojos de Noah, y mantuve mi mirada al frente, a sabiendas de que él me estaba observando.

—Tranquilo, Brandon, hablaré con ella esta noche —prometí, poniendo una mano sobre la suya. Había vuelto a sentarse en su lugar y sostenía entre sus dedos la fina joya que había comprado para Olive.

Él asintió cabizbajo y suspiró, dejando caer sus hombros hacia adelante.

—Asesino sexy a las once —murmuró Cris en mi oído.

Miré hacia el lugar correcto de forma automática y me estremecí al ver que sus ojos irradiaban oscuridad, rabia y maldad. Miraba a Brandon como si quisiera asesinarlo, haciéndome dudar de su inocencia. Sus retinas tenían una capacidad camaleónica, a veces se tornaban dulces y amables; otras, terribles y oscuras.

Instintivamente, aparté mi mano de la de Brandon y me senté erguida, sin dejar de mirar al primer hombre que me había intimidado en mi vida. Nunca me sentí así. Era extraño, inquietante e inexplicable lo que Noah hacía conmigo. ¿Tenía un poder místico sobre mí que me dominaba? No tenía la certeza, pero por alguna razón, la incompreensión de lo que estaba pasando me infundió un terrible miedo. No estaba segura de si le temía a Noah o a la sensación de pérdida que estaba experimentando. Sentía que le cedía espacios de mi vida que nadie más había logrado tomar.

Noah movió la cabeza a un costado, como una invitación a que lo siguiera, pero estaba tan aterrada con la idea de encontrarme a solas con él que no fui capaz de mover ni un músculo. Cris percibió mi tensión y apretó mi mano, susurrándome al mismo tiempo una pregunta al oído: «¿Llamo a la policía?». Mis entrañas se retorcieron propagando dolorosas punzadas en mi estómago al imaginar que se lo llevaran escoltado como a un criminal. No quería eso para él, y no había razón para hacerlo realmente. ¿Qué excusa usaría con el oficial? No podía admitir que estaba terriblemente asustada por la fuerte atracción que sentía hacia él, que se intensificaba cada vez que lo veía.

—No hace falta, él no me lastimaría —respondí con total seguridad. El que me preocupaba era Brandon y las conclusiones erradas a las que pudo haber llegado Noah al ver mi mano sobre la suya.

—¿Qué tanto miran? —preguntó Brandon, girando su cabeza por encima de su hombro, pero Noah ya no estaba ahí. No supe cuándo se fue, había dejado de mirarlo para hablar con Cris.

—La barra, deberíamos ir por unos tragos —contestó mi amiga.

Esa fue una buena excusa, y yo no tenía una mejor. En mi mente solo había espacio para un problema a la vez, y Noah era uno inmenso. ¿Seguía ahí? ¿Me esperaría al salir? Eso me inquietaba.

—Vamos, Drey —ordenó Cris, poniéndose en pie.

Asentí dos veces antes de levantarme de la silla para seguirla.

Brandon sujetó mi muñeca con suavidad y, mirándome con ojos de perrito abandonado, pidió:

—No olvides hablar con Olive, por favor.

—Haré todo lo posible —prometí.

Me dio las gracias y luego liberó mi mano.

Cris caminó delante de mí, abriéndose paso entre la gente sin ningún problema. Yo, por mi parte, por andar distraía buscando señales de Noah, tropecé con algunas personas y pedí disculpas el mismo número de veces. Al no hallarlo, traté de no sentirme desdichada por su ausencia, pero fracasé miserablemente. Esperaba chocar contra él y caer en sus brazos como una damisela en apuros que necesita ser rescatada por el *Príncipe Encantador*. Así de patéticos eran mis pensamientos. Pero segundos después, me estrellé contra la cruda realidad, transformando mis estúpidas ilusiones en coraje. El tipo en cuestión estaba coqueteando con una exuberante morena de pechos prominentes y mano suelta. Sí, la muy zorra toqueteaba sus bíceps como si nunca en la vida hubiera sentido unos. Y él, como todos los de su especie, estaba maravillado con ella.

—¡Olive! —grité desde la barra.

Mi amiga me encontró con la mirada y caminó hacia mí frunciendo el ceño.

—Necesito cuatro tequilas.

—¿Qué está pasando contigo? —Su tono era de reproche.

—Te diré luego. —Ella asintió y sirvió lo que le había pedido. Antes de volver a su faena, compartió una mirada interrogativa con Cris, quien solo elevó los hombros sin darle respuesta a su pregunta silenciosa.

—Ve con calma, Drey —advirtió Cristal.

Asentí, sin que eso significara aceptación.

Sostuve el primer vaso y lo llevé a mis labios previamente salados, vertiendo todo el contenido en mi boca, tragándolo después. Alcancé el limón cortado y chupé su jugo, lamiendo el líquido cítrico que se corrió en la comisura de mis labios. Repetí la acción poco después, ansiando que el alcohol consumiera el veneno de los celos que corría con ímpetu por mi torrente sanguíneo.

*Vine esta noche a Holly's a olvidar a Noah y el muy idiota se presenta delante de mí, me mira con deseo y luego se junta con la primera vieja que le*

*hace ojitos. ¡Lo odio! ¡No! Me odio a mí misma por sentir tanto por un cínico, salvaje, engreído y petulante como él. Me odio por traicionar a Aarón tan vilmente, mientras su vida peligra cada día. Me odio aún más por haber dejado que me besara y por desear que lo haga de nuevo...*

—¡Detente! —siseó con voz de mando el muy cretino cuando iba a tomar mi tercer tequila de esa ronda.

—Tú no me ordenas nada a mí —contesté altanera. Puse sal en mis labios y llevé el vaso de cristal a ellos, decidida a tomarme todo su contenido, pero él sostuvo mi muñeca justo antes y gran parte de la bebida cayó en mis pechos—. ¡Mira lo que hiciste! —grité ofuscada. ¿Quién carajos se creía él para impedirme nada?

—Terminarás ebria y no podrás conducir ese bonito auto que está allá afuera —advirtió. Pero a mí me importaba un comino lo que él pensara. Era una mujer adulta, independiente, y sabía lo que hacía. No tenía que darle explicaciones a él ni a nadie.

—Eso no es tu problema —reñí—. ¿Y cómo sabes cuál es mi auto?

Noah agudizó su mirada pétrea sobre mis ojos y apretó la mandíbula.

—Contesta, Cohen.

—Te vi saliendo en él —dijo entre dientes.

Cris se aclaró sonoramente la garganta, llamando mi atención.

Miré hacia ella, pero no era la única que tenía los ojos puestos en mí. Olive estaba justo detrás, mirando la escena con suspicacia.

—Él es Noah Cohen, mi vecino —dije a manera de presentación.

—Hola, un gusto. Soy Cristal. —Mi amiga extendió su mano hacia él, pero Olive intervino antes de que pudieran tocarse.

—¿Noah Cohen? ¿El Noah que fue condenado por asesinato? —Su voz flaqueó y su rostro se tornó pálido. Se veía terriblemente asustada.

Mientras tanto, los ojos de Noah se dilataron como los de un gato en la oscuridad y sus labios formaron una línea fina, sellándolos como compuertas de seguridad. Todo su semblante pasó de ser convincente y vigoroso, a débil y avergonzado.

—¿Algún problema? —inquirió Luca, uno de los guardias de seguridad del bar.

—Ninguno —respondí antes de que alguien más lo hiciera—. Vamos,

Noah. Busquemos un lugar más privado para hablar —pedí, entrelazando sus dedos con los míos. Un centellazo se propagó en las prolongaciones de mi mano cuando lo toqué, agudizándose a medida que los segundos trascurrían con lentitud a nuestro alrededor. Al menos, así lo percibía. Todo lo demás había pasado a un segundo plano; la música, las risas, los murmullos de conversaciones... Éramos solo él, yo y el deseo.

—¿Audrey? —gritó Olive con firmeza, regresándome al plano donde mis fantasías eran inmorales.

—¿Qué? —contesté de la misma forma.

—No te irás con él, puede lastimarte —aseveró sin miramientos.

¿Cómo decía algo así, sin importar que él la escuchara? ¿Acaso su lema de paz y amor estaba condicionado para algunas personas?

—No, no lo hará —repliqué a la defensiva. Sentí los dedos de Noah reteniendo los míos con mayor solidez, como un gesto de agradecimiento o contención, tal vez—. Habla con ella, Cris. Regresaré en un momento. —Y sin esperar que Olive dijera nada más, comencé a caminar hacia la salida del bar, sujetando en todo momento la mano áspera y tibia de Noah.

—No tenías que hacer eso —refirió cuando estuvimos fuera, soltando mi mano al mismo tiempo. Me dio la espalda y caminó varios pasos lejos de mí, respirando profunda y pesadamente.

Le di un momento para recobrar la compostura. Pensé que lo necesitaba, era mi caso cuando algo me perturbaba sobremanera. Me gustaba que me dieran mi espacio. Me apoyé contra la pared de ladrillo, cruzando los brazos sobre mi estómago, esperando por él, y concentré mi atención el astro nocturno que iluminaba la penumbra que se cernía detrás del bar. Había un par de bombillas amarillas que colgaban en cada esquina de la edificación, pero no bastaban para alumbrarlo todo.

Afuera, el clima era cálido —algo normal en la época de verano— en contraposición con el ambiente frío que proveía el interior del bar con los aires acondicionados, y mi cuerpo comenzaba a reaccionar a la temperatura. Gotas de sudor se condensaron en mi espalda y en mi pecho. Una muy traviesa se deslizó entre mis senos, y un pensamiento de Noah lamiendo el camino que trazó la húmeda partícula se condensó en mi mente, desencadenando más imágenes, todas de él consintiendo mi cuerpo.

—Para mañana, todos sabrán que regresé e iniciará la cacería de brujas. —

Su voz quebró el excusable silencio al que se había sumido.

Avancé a pasos lentos hasta su lugar y me detuve a su lado.

—¿Extrañas a Dess? —pregunté de repente. No estaba en mis planes incluir a su ex en nuestra conversación, pero mi subconsciente lo tenía más claro.

—¿Extrañas tú al Marine? —contrarrestó.

Estuve a segundos de mandarlo a la mierda, pero no lo hice porque sabía que él no estaba listo para hablar, y tal vez mi respuesta le daría la confianza suficiente para abrirse conmigo.

—Al inicio fue duro, pero aprendí a canalizar mi angustia y se hizo soportable. Más que extrañarlo, me preocupo por él. Me gustaría saber si está a salvo y no creer que cualquier día una comitiva de las Fuerzas Armadas vendrá a decirme que murió en batalla. —Aquel escenario me crispó la piel. No imaginaba el dolor que tendría que experimentar si ese temor se hacía realidad.

—¿Confías en él? —Fue su segunda pregunta.

—Sí —respondí sin tener que pensarlo. Aarón nunca me dio motivos para dudar de él—. ¿Por qué lo preguntas?

Noah me miró de súbito, reflejando emociones adversas en sus retinas. Pude vislumbrar la lucha interior con la que batallaba, tratando de decidir si podía confiar en mí o no.

Mi pecho se apretó dolorosamente y un raudo deseo de abrazarlo y decirle que estaba ahí para él cobró vida propia en mi corazón. En ese instante, dejé de buscarle el sentido a esa extraña conexión que se estableció entre nosotros desde que nuestros cuerpos se tocaron por primera vez en aquel garaje, no tenía explicación. Era tan poderosa e inexcusable que me consumía como fuego, fraguando en mi interior una intensa necesidad por reconfortarlo.

—¿Qué haces? —murmuró cuando mis brazos lo rodearon con ahínco y desesperación.

Hundí mi rostro en el hueco de su hombro y respiré profundo, inhalando el olor natural de su cuerpo, mezclado con la fragancia de un jabón de baño con esencia a limón.

No respondí. Sentí tal vergüenza que no era capaz de pronunciar palabra. Entonces él se asió de mi cintura y me estrechó aún más contra la calidez de su cuerpo, convirtiendo aquel momento en algo tan íntimo como abrumador.

—Noah... —pronuncié con voz gastada—. No debería...

—¡Chist! —Me silenció—. Dame unos minutos, muñeca. Regálame un poco de tu compañía para llenar el vacío que siento en mi pecho. No tengo a nadie más, lo perdí todo, Audrey.

Lágrimas se condensaron en mis ojos al escuchar el tono melancólico de su voz. Inclusive, podía sentir su corazón acelerado, golpeteando las paredes de su tórax. Él estaba sufriendo y no había nadie que comprendiera la magnitud de su dolor. Era más fácil señalarlo con el dedo como un vil asesino que intentar mirar más allá de su condena.

—Puedes hablar conmigo, Noah. No te juzgaré —dije con voz trémula.

Él guardó silencio por varios minutos y mantuvo su sujeción de mi cuerpo contra el suyo por el mismo intervalo de tiempo, pero de un momento a otro, se separó un poco de mí y me dijo, mirándome a los ojos:

—Dess me engañó, pero no la maté. Nunca lo hubiera hecho. Créeme, Audrey. —Mi cuerpo se estremeció a causa de su dolorosa súplica. Su mirada, su voz, el gesto de su rostro... Todo reflejaba desdicha y pesar.

Diez años en aquel infierno pagando una condena que no debía, sin nadie en que lo apoyara, sufriendo no solo la pérdida de Dess sino su traición. Y más tarde, la irreparable partida de su madre, la única persona en el mundo que no lo dejaría de amar, así hubiera cometido tal delito.

—Te creo, Noah. Sé que eres inocente —aseveré sinceramente.

—Pero no soy bueno, Audrey. No merezco el regalo que me das al dejarme tocarte —menospreció.

—¿Por qué lo dices? —repliqué frunciendo el entrecejo.

—Porque es la verdad —contestó tajante, soltándose al mismo tiempo—. Estar ahí te cambia, te obliga a hacerlo. Es como en la selva, sobrevive el más fuerte. Y me ves entero ¿verdad? —preguntó con una sonrisa triste.

Asentí.

—Cuando te vi en el bar tocando la mano de ese hombre, algo diabólico se apoderó de mí. Una voz iracunda gritaba en mi mente «mátalo». Y me asusté de mis propios pensamientos.

—Pe-pero te alejaste —balbuceé. No me equivoqué al presumir que tenía pensamientos oscuros hacia Brandon.

—Era eso o matarlo —respondió fríamente. Ya no había melancolía y

tristeza en sus pupilas, solo ira.

—No lo entiendo. ¿Por qué te molestó tanto que tocara a Brandon? No hay nada entre tú y yo, Noah. Existe una intensa atracción, pero nada más. Sabes que no puedo.

Su boca trazó una curva ascendente y su mirada se dulcificó, demostrando una vez su capacidad camaleónica, entonces retomó su sujeción de mis caderas y pronunció con cadencia, acercando sus labios peligrosamente a los míos:

—Porque eres la razón por la que sigo vivo.

—N-no lo entiendo —farfullé.

—Tu padre me habló de ti, Audrey. No había otra cosa que deseara más que salir de ese encierro para conocerte. Y lo hice, y ahora... no puedo alejarme.

—No podemos hacer esto, Noah.

—¿Qué? ¿Abrazarnos? —Me pegó más a él y respiró profundamente en mi cuello, liberando su aliento cálido en el mismo lugar.

Mis terminaciones nerviosas correspondieron a su incitación, provocando que el punto más sensible de mi sexo se desestabilizara, palpitando con demencia y ansiedad. Noah Cohen me excitaba sin tener que esforzarse... aunque lo hacía con toda la intención.

—Por favor, Noah —rogué. Mi carne era débil, la tentación era mucha, y él no lo facilitaba.

—¿Qué me estás pidiendo, muñeca? —preguntó con voz rasgada.

—No quiero que vuelvas a tocarme —mentí. No solo quería que me tocara, anhelaba que me desnudara para su completo placer y el mío, que sus manos recorrieran cada espacio sinuoso de mi cuerpo y gozar del mismo beneficio. Pero ¿dónde quedaba mi moral? ¿Qué pasaría cuando Aarón regresara? La última vez que lo vi le dije que lo amaba, algo que era cierto, y en sus cartas siempre me escribía que pensar en mí le daba un motivo para no flaquear. No podía traicionarlo, no lo merecía.

—¿Lo dices por él?

Asentí.

—¿Por qué me abrazaste entonces? Me diste esperanzas. No debiste hacerlo, Audrey. —De nuevo, la oscuridad se plantó en su mirada.



—Yo solo... actué sin pensar. Te vi tan triste y desolado que...

—Sentiste lastima —dejó caer sus brazos a los costados de su cuerpo—. No te preocupes, lo entiendo. Ojalá Dess me hubiera amado la mitad de lo que tú lo amas a él. Tal vez seguiría viva —dijo con rencor, confirmando aquel sentimiento oscuro con una mirada hostil, de esas que infunden temor y zozobra, y cerrando sus manos en dos puños apretados. Su respiración se aceleró y las fosas de su nariz se dilataron.

Instintivamente, retrocedí a pasos lentos y miré por encima de mi hombro hacia la puerta trasera, por donde salimos minutos antes.

—De-debo volver —musité temerosa. Estaba asustada. Temía que su ira recayera sobre mí por haberlo rechazado. Y sabía que él, como nadie nunca había podido, era capaz de someterme. Lo demostró muchas veces, y hasta se jactó de ello.

—¿Por qué? —siseó—. ¿Crees que voy a lastimarte?

Tragué el nudo que se formó en mi garganta antes de preguntar:

—¿Lo harías?

Él me miró impávido por varios segundos y luego respondió de forma contundente:

—Sabes que puedo hacerlo.

—Eso no fue lo que pregunté —reñí sin que me temblara la voz.

—No, Audrey. No quiero lastimarte, pero sé cómo hacerlo, tanto física como emocionalmente. Eres ruda, una leona salvaje que es capaz de defenderse, pero también eres vulnerable y fácil de descifrar. Y esa, muñeca, es tu mayor debilidad —afirmó con petulancia, cerrando el espacio que había intentado crear entre los dos.

Temblé involuntariamente cuando sentí su mano posarse en mi clavícula, acariciando el inicio de mi cuello con su dedo pulgar. Pero todo el temor y las dudas que se habían insertado en mi pecho pasaron a un plano carente de valor cuando sus labios se unieron a los míos.

Desenfreno y pasión.

Deseo y agonía.

Sentía todo a la vez mientras me consumía con un beso candente y desesperado. Trasladé mis manos a sus omóplatos y acepté las suyas en mi espalda baja, donde yacía mi piel desnuda y sudorosa, encontrando

placentero el tacto áspero y abrasador de sus fuertes palmas. Con hábiles movimientos, me encajonó entre la pared del bar y su poderosa anatomía, sosteniendo mis manos por encima de mi cabeza, para luego arrojar con desdén las terribles palabras que jamás hubiera querido escuchar.

—Eres tan zorra como ella.

Intenté clavar mi rodilla en la dura erección que presionó contra mi pelvis segundos antes, pero él era rápido, astuto y precavido, y lo impidió. Estaba inmovilizada una vez más. Me sentí furiosa, asqueada, humillada, débil... Un compendio de emociones que jamás había experimentado. No reconocía a esa Audrey. En mi vida me hubiera imaginado que un hombre sería capaz de hacerme sentir pequeña e indefensa, pero él lo logró, justo como advirtió que podía.

—¡Suéltame ahora, maldito imbécil! —grité alterada. Ya no me importaba si se lo llevaban a un oscuro calabozo con las manos esposadas.

—¿Qué tan lejos me hubieras dejado llegar, Audrey? ¿Estabas dispuesta a que te follara contra esta pared? ¿Tus bragas se empaparon tanto que traspasaron la gruesa tela de esos apretados jeans? —Sus ojos irradiaban lascivia y perversión, dejándome ver a la bestia que escondía detrás de una cortina de denso humo.

—¡Cállate! ¡Cierra tu jodida boca y suéltame ya! —exigí colerizada mientras me movía con intensa desesperación, raspando mi espalda contra la pared áspera a la que me había arrellanado el muy bruto.

—Lo haré si respondes mi pregunta —concordó—. ¿Qué hizo mal Aarón para que me desees a mí, cuando le debes fidelidad a él?

—¡Vete a la mierda! —Lo escupí en el rostro.

Él sonrió.

—Tienes agallas, muñeca, pero insultarme y escupirme no logrará que te libere, si eso quieres. O, por el contrario, si aún deseas que te folle, entonces grítame, dime cuánto me desprecias, y yo haré el resto.

—¿A qué estás jugando? ¿Qué pretendes con tu doble moral? —rabié. El círculo vicioso de sus incesantes amenazas comenzaba a hartarme. Si hubiera querido follarme a la fuerza ya lo hubiera hecho.

—Bienvenida a mi infierno, muñeca —enunció con arrogancia en lugar de contestar mi pregunta y luego me soltó. Dio media vuelta y comenzó a alejarse, pisoteando fuerte sus botas contra el pavimento. Pero cuando estaba

a menos de tres metros de mí, se giró y me dijo—: ¡Si no lo amas lo suficiente como para serle fiel, déjalo de una maldita vez!

Ya se había marchado para cuando me di cuenta de la humedad que resbalaba en mis mejillas. Estaba llorando. No lo había hecho desde que mi madre falleció y el maldito e insolente de Noah Cohen abrió el grifo de mi tristeza. ¿Cómo pudo? No, la verdadera pregunta era: ¿por qué se lo permití? Un día, un solo día le bastó para meterse bajo mi piel y desequilibrar mi mundo.

## Capítulo 6

Luego de un montón de maldiciones lanzadas al aire en contra del imbécil de Noah, volví al interior del bar con la intención de despedirme de las chicas antes de largarme a mi casa. Mi humor no iba a mejorar esa noche por mucho alcohol que tomara y tampoco estaba de ánimo para hablar con nadie.

—¡Aquí estás! Ya iba a ir por ti. Olive me tenía verde de lo que insistió para que fuera a comprobarte, pero no quería interrumpir nada. Además, tú sabes defenderte bien ¿verdad? Ese tipo no sería capaz de dañarte ¿o sí? —Cris no paró de hablar ni para respirar. Debió haber tomado muchos chupitos mientras estuve fuera con el idiota de mi vecino y ahora tendría que arrastrar su trasero borracho hasta su casa. Ella no tenía estómago para las bebidas y siempre terminaba como una cuba si nadie la controlaba.

—Hora de irnos —dije, interrumpiendo su perorata. Comenzaba a marearme.

—¿Tan temprano? —Hizo un mohín infantil que no cambió mi decisión. Necesitaba salir de ahí en ese mismo momento.

Me acerqué a la barra para despedirme de Olive y le prometí que iría al día siguiente a su casa para hablar de lo que estaba pasando. Ella no dijo nada, solo se limitó a asentir, dio media vuelta y siguió con su trabajo.

Solo eso me faltaba, que Olive se enojara conmigo por culpa del mismo tipo que arruinó mi día. Tenía la opción de quedarme hasta que su turno acabara e intentar aclarar las cosas con ella, pero preferí dejarlo pasar. Mi mente no estaba en óptimas condiciones como para enfrentar a nadie más. Con los eventos de las últimas doce horas, tuve de sobra.

Sacar a Cris de Holly's fue un gran problema. Ella insistía con que quería buscar a un tipo sexy con quien liarse, cosa que nunca hacía. Cris no era del tipo de chica que se acostaba con cualquiera, pero el tequila se le había subido a la cabeza y le hacía decir idioteces. Finalmente, logré empujarla fuera del bar y meterla en mi auto. Le advertí que no vomitara en mi *Honda* y cerré la puerta. Tomé una profunda inhalación y la liberé con un resoplido

cansado.

*Deseo tanto que este día de mil infiernos termine.*

Estaba a punto de abordar mi auto cuando sentí una presencia detrás de mí. Giré de súbito y vi a Noah recostado contra el poste de alumbramiento de la avenida, mirándome. La ira se apoderó de mí y eché a correr hacia su dirección. Cuando estuve frente a él, y sin darle oportunidad alguna, cerré mi mano derecha en un puño y le di un golpe en su jodida cara de mierda. Mis nudillos ardieron de dolor al instante, pero valió la pena.

—Nunca más vuelvas a tocarme. —Le advertí con un grito furioso.

Él ni se inmutó. Ni siquiera se quejó de dolor por el certero puñetazo que le clavé en la mandíbula. Solo me miró con sus profundos y misteriosos ojos celestes. ¿Acaso era tan insensible en el exterior como lo era en su alma?

Di media vuelta y caminé de regreso a mi auto sin prisa. No iba a echar a correr como *Caperucita* por miedo a ser devorada por el *Lobo Feroz*. Nunca más le daría esa satisfacción a Noah. Mi golpe le demostró que nadie que me insultaba salía ileso.

Me subí al auto y metí la llave en el *switch* con manos temblorosas. Recién comenzaba a ser consciente de lo que había hecho y los nervios se apoderaron de mí.

—¿Qué mierda fue eso? —preguntó Cris, provocando que diera un salto en mi asiento. Había olvidado que estaba ahí.

La miré por encima de mi hombro y negué con la cabeza, no queriendo contestar lo obvio. Volví mi atención al frente y encendí mi *Honda*. Retrocedí lo suficiente para salir de entre los autos estacionados a cada lado y giré a la derecha, al lado opuesto de donde se encontraba Noah. Curiosa por saber si seguía ahí, miré por el espejo retrovisor y descubrí que se había marchado. ¿A dónde? No supe, tampoco tenía idea de cómo llegó a Holly's.

*¿Logró encender su Torino para ir al bar?*, me pregunté mientras conducía hacia la casa de Cris. Hablando de mi amiga... Le di un vistazo rápido para comprobarla y se había quedado dormida.

\*\*\*

Pasé la noche dando vueltas en mi cama sin poder conciliar el sueño. No me había sucedido eso desde hacía mucho tiempo y el culpable tenía un nombre. Hice hasta lo imposible para sacar la secuencia de imágenes que se

repetían sin parar en mi mente, pero nada funcionaba.

Él sometiéndome.

Él besándome.

Él hiriendo mi dignidad.

¡Estaba harta de Noah Cohen!

Cansada de luchar con el recuerdo, salí de la cama y bajé las escaleras, tratando de no emitir ningún sonido que despertara a papá. Eran pasadas las cuatro de la mañana y no quería que se desvelara junto a mí. Al llegar a la cocina, abrí el refrigerador y saqué un envase de leche, serví un poco en un vaso de cristal y busqué en la alacena unas galletas *Oreo* de chocolate. Me senté delante de la barra y comencé a comerlas, humedeciéndolas en la leche fría antes de llevarlas a mi boca. El recuerdo de mi madre sirviéndome la leche y las galletas me abordó, provocando que erizos salpicaran mi piel y que mi corazón cobrara fuerza. En momentos como esos, era cuando más la extrañaba. Fue ella la que inició ese hábito en mí, lo hacíamos siempre que no podía dormir o cuando estaba triste. Muchas veces, papá nos encontraba en la cocina y se unía al saqueo nocturno.

Al terminar, lavé el vaso, lo sequé y lo guardé en el cajón correcto. Subí las escaleras con el mismo cuidado y me encerré en mi habitación. Esperaba que mi ritual surtiera efecto y lograra dormir al fin.

Dos voces masculinas me despertaron la mañana del domingo. Reconocí ambas. Una le pertenecía a mi padre y la otra al jodido de Noah Cohen. Abrí los ojos, entre continuos parpadeos, tratando de adaptarme a la luminosidad que inundó mi habitación. ¡Era tardísimo! Me levanté de un salto de la cama y me metí al baño para asearme antes de bajar. Eran más de las nueve y mi padre se despertaba religiosamente a las seis treinta. Al salir del baño, me puse pantalones cortos de mezclilla, una camiseta lila sin mangas y sandalias bajas. Me recogí el cabello en un moño descuidado y bajé las escaleras sin perder más tiempo. Tenía que darle de comer a papá, debía estar hambriento.

—Buenos días, muñeca —saludó mi padre con una sonrisa de oreja a oreja.

Miré de reojo a Noah y noté que también sonreía. ¿Acaso tenía la cara pintada de payaso o qué?

—Buenos días, papá. Lamento quedarme dormida —dije, ignorando el buen humor que ambos compartían. Mejor ni preguntaba a qué se debía.

Abrí el refrigerador, saqué un envase con jugo de naranja y lo puse en la mesada. Luego, alcancé unos panes y la mantequilla de maní y los puse al lado del jugo. Actuaba de forma mecánica, rutinaria, como si no hubiera nadie más que papá y yo. Estaba determinada a obviar la presencia de Noah lo más que pudiera.

—¿Qué? —siseé con brusquedad al percibir la mirada del par de hombres clavada en mí. Fue tanta mi incomodidad que sentí el impulso de buscar un espejo y comprobar mi cara para ver si algo estaba fuera de lugar.

—Tenemos *bagels* y café aquí para ti —contestó mi padre.

Miré hacia la mesa y vi que era cierto.

—Gracias, pero no —rechacé. No aceptaría nada que viniera de Noah Cohen, porque sin duda, fue él quien compró todo eso. Mi padre ya no conducía, no podía.

Di media vuelta y tomé dos panes, notando que mis manos temblaron al hacerlo. Las apreté en dos puños y tomé una inhalación profunda y silenciosa, que luego liberé lentamente mientras contaba del uno al diez. Era eso o gritarle a Noah todo mi enojo acumulado. No quería que estuviera en mi casa. Lo quería lejos de mí, a kilómetros, de ser posible.

—¿Qué pasa contigo, Audrey? —reclamó papá.

*Aquí vamos de nuevo.*

Necesité de mucha fuerza de voluntad, y de una cuenta que trascendió hasta el número cincuenta, para poder contestar aquella pregunta sin ser grosera con él.

—No estoy de humor para *bagels* y café. —Papá arrugó la frente y alternó la mirada entre Noah y yo, sospechando a qué se debía mi actitud de esa mañana. Mejor dicho, a causa de quién. Él no tenía idea alguna de todo lo que me hizo —y dijo— el sujeto que “amablemente” nos trajo el desayuno.

—¿Qué te pasó en la mano? —interrogó mi padre con su intensa mirada clavada en mis nudillos enrojecidos.

Giré hacia las alacenas de la cocina y procuré buscar un cuchillo de mesa para untar la mantequilla en los panes tostados, dándole largas al asunto. ¡Mi padre me tenía! Él no era tonto, no le fue difícil saber que el moretón de la mandíbula de Noah y mi mano hinchada tenían relación.

—¿Noah? —Le preguntó a él.

Mi estómago di un vuelco y luego se apretó. Temía lo que pudiera

contestar.

—Fue mi culpa, la tomé por sorpresa en la salida de Holly's y reaccionó a la defensiva. Estaba oscuro, no me reconoció —mintió sin descaro.

¿Por qué no le decía que me había instigado y que me llamó zorra? Claro que no lo haría. ¡Era un cobarde!

—¿No lo reconociste? —replicó dudoso.

—Él lo dijo, estaba oscuro y me tomó desprevenida. No iba a salir ileso por su estupidez —alegué, mirando con rabia a nuestro inoportuno vecino.

—Fue un buen golpe —admitió sonriendo de forma sarcástica.

Agudicé la mirada y apreté los labios, conteniendo la retahíla de insultos que tenía en la punta de la lengua. Estaba harta de que Noah estropeará mis mañanas.

—Lo que sea —bufé girando los ojos.

Urgida por salir de ahí, puse las tostadas en un plato, un poco de mantequilla de maní a un costado, serví un vaso con jugo y me llevé todo a mi habitación. No me apetecía desayunar con Noah inspeccionando mis movimientos.

Al final, solo me tomé el jugo. La comida no pasaba por mi garganta y el nudo apretado en mi estómago me impedía sentir apetito. Otra cosa más para agregar a la larga lista de reproches contra Noah. ¿Cuántas más serían?

Media hora más tarde, bajé de nuevo las escaleras y le dije a papá que pasaría el día con Olive. Él no tendría problemas con quedarse solo. Si quería comer, solo debía que elegir un restaurant con servicio de *delivery* y le llevarían lo que pidiera. Lo habíamos hecho un montón de veces y nunca tuvo problemas.

Por suerte, el idiota de Cohen ya se había marchado y no tuve que ver su arrogante rostro una vez más.

—Espera, Audrey —pidió papá cuando me aproximé a la puerta de salida. Di media vuelta y lo enfrenté—. ¿Noah dijo la verdad con respecto a lo de anoche?

Mi corazón se agitó sobremanera. ¿Le decía la verdad? ¡No! Si lo hacía, tenía que admitir que me dejé besar por él dos veces.

—Sí, lo hizo —respondí de buena gana.

—Dale una oportunidad, muñeca. No ha llevado una vida fácil —expresó



con nostalgia. Mi padre lo apreciaba, eso era evidente, pero no entendía la razón.

—Papá... ¿cuál es tu interés en él?

—¿Por qué lo dices?

—Es que no sabía que tenías contacto con Noah o que ibas a prisión a visitarlo. Y lo que más me inquieta es que le hablaras de mí ¿por qué lo hiciste? —Su mirada se tornó nerviosa, esquiva. No era típico en él—. Papá, si hay algo que deba saber...

—Noah necesitaba aferrarse a algo y hablarle de ti lo ayudaba. —Su voz se agravó con la última frase. Carraspeó con su garganta y luego dijo—: Él no tiene a nadie más, está solo y quiero ayudarlo a retomar su vida. Sé que es confuso, pero necesito que confíes en mí, Audrey. ¿Puedes hacer eso?

—Confío en ti, papá, pero no en él. Hay algo en su mirada que me perturba. No sé, creo que deberías reconsiderar muchas cosas. —Era momento de ser franca con él. No le diría todo, pero sí le revelaría mis inquietudes.

—¿Cómo cuáles?

—En primer lugar, contratarlo en Gunnar's. Él no sabe nada de autos y yo no tengo tiempo de enseñarle. —Papá sonrió como si recordara algo... y pronto supe la razón.

—Ayer lo hizo bien con su auto, yo lo guie y logró encenderlo sin problemas. Pero si enseñar es lo que te molesta, hablaré con Miguel para que se encargue de Noah.

—Bueno —resoplé—, veo que ya lo tienes claro.

—Audrey, cariño, no quiero imponerte nada. Si tanto te disgusta, entonces buscaré otra forma de ayudarlo. Algo podrá hacer ¿cierto? —Elevó los hombros.

—No, está bien. Sabes que nadie más le dará trabajo aquí. Solo espero que estés en lo correcto con él, odiaría que terminaras en un problema por su culpa.

—¿Por qué lo dices?

—¿En serio? ¿Te recuerdo que él no es la primera persona a la que ayudas? —Papá entornó los ojos.

—No vuelvas a mencionar eso, Audrey. Te lo dije entonces y te lo vuelvo

a pedir ahora. ¡Nadie debe saberlo! —demandó con severidad. Sus manos y labios temblaban como si le hubiera nombrado a Lucifer.

—Y sigo sin entender por qué tengo que guardarlo como un secreto. ¿Qué fue lo que pasó con ese muchacho, papá? —Él negó con la cabeza, dio media vuelta y caminó despacio hasta su sillón, evadiendo mi pregunta.

—¿Esto es en serio? —rechisté poniendo mis manos en jarras a cada lado de mis caderas—. Crees que ignorándome lograrás que lo olvide.

—Saluda a Olive de mi parte, muñeca —dijo mientras se sentaba.

—Papá...

—No insistas, Audrey. Dejemos el pasado en su lugar —sentenció tajante.

Giré bruscamente y salí de la casa, dando un portazo fuerte. Pocas veces me hablaba tan duramente, pero tocar ese tema en especial siempre sacaba lo peor de él. Odiaba cuando eso pasaba, no me gustaba enojarme con mi padre, y mucho menos que me ocultara cosas.

Aquella noche, papá y yo cenábamos en la cocina cuando golpearon la puerta con insistencia y salvajismo. De inmediato, mi cuerpo comenzó a temblar y mi corazón vibró junto con él con feroces y temerosos latidos. No era una niña pequeña, había cumplido trece años recientemente, pero estaba muy asustada. Nunca había pasado algo así en nuestra casa. ¿Quién era? ¿Por qué golpeaba con tanta rudeza nuestra puerta?

Papá se levantó de la silla y me ordenó que subiera a mi habitación y que no saliera de ahí hasta que él me buscara. Puse resistencia, no quería dejarlo solo, pero él me prometió que todo estaría bien. Le creí, él nunca incumplía una promesa. Subí las escaleras a trompicones nerviosos y me atrincheré en mi habitación, cerrando con seguro.

Cuando los golpes cesaron, una voz masculina y desconocida para mí le reclamó a mi padre por la demora. El tipo sonaba nervioso y alterado, decía incoherencias, le exigía a papá que lo ayudara, que se lo debía. Él trató de tranquilizarlo, le pidió que bajara la voz, que no tenía por qué gritar, pero él no refrenaba su lengua. Parecía poseído, nublado por la rabia y la desesperación. De todo lo que dijo, hubo una frase que jamás olvidaré, una que me hizo sufrir de pesadillas persistentes por muchos años: «ayúdame, si quieres que no me acerque a Audrey». Un estrepitoso golpe hizo vibrar las paredes, grité aterrorizada, temía que ese hombre hubiera lastimado a papá, pero luego escuché su voz y recuperé el aliento.

—¿Compras esos pantalones por docena? —dijo Noah con voz grave, sorprendiéndome. No lo vi llegar, el desgraciado se movía como un silencioso gato.

—¡Vete a la mierda, Cohen! —respondí con un resoplido exhausto. Estaba demasiado susceptible como para soportar sus idioteces.

Bajé los tres escalones de la entrada y caminé de prisa hasta mi camioneta, ansiosa por alejarme lo más posible de él. Me subí en ella y la encendí enseguida. Cuando levanté la vista, vi que Noah me observaba recostado contra una de las bases de madera que sostenía el pórtico, con los brazos cruzados sobre su pecho. Le mostré el dedo medio con inmadurez, pero con mucha satisfacción y luego me fui.

\*\*\*

Olive reaccionó como esperaba que lo hiciera cuando le conté lo que había pasado con Noah, obviando, por supuesto, la parte de él humillándome en el fondo del bar. Eso era algo que no quería compartir con nadie. Se enojó conmigo y desplegó una larga lista de lo incorrecto que fue que permitiera que me besara. Dejé que se descargara y que dijera todo lo que quisiera sin refutarle nada. Sabía que tenía razón y necesitaba que alguien lo reafirmara.

—No te preocupes, Oli, no pasará de nuevo.

—¿Y él lo tiene claro o necesita un incentivo? —enarcó las cejas.

—¿Por incentivo te refieres a Brandon?

Oli arrugó la cara y se levantó del *puff* fucsia donde se había sentado más temprano, luego de entregarme una lata de Coca-Cola. Yo ocupaba un espacio en un sofá color naranja, entre cojines multicolores. Su casa era bastante particular, luminosa y colorida, muy acorde a su personalidad disparatada. La quería mucho, pero estaba un poco chiflada.

—No, hablaba de Matheo —respondió a la defensiva. Él era uno de los guardaespaldas de Holly's.

—Hablé con Brandon anoche. Está desesperado, Oli. ¿Cuánto más lo harás sufrir? —intercedí como había prometido.

—Queremos cosas distintas, Drey, no vamos a funcionar. —Su voz se fragmentó y noté en sus ojos la tristeza. Ella lo amaba, ese no era el problema. Entonces, ¿cuál era?

—Hay algo que no me estás diciendo, Olive. ¿Qué pasa realmente? —

insistí. Ella era mi mejor amiga, la hermana que escogí con mi corazón. La amaba y haría lo que fuera por ayudarla.

—Él lo quiere todo, Audrey, y sabes que no puedo dárselo —respondió, mostrándome una profunda tristeza a través de sus ojos celestes.

—Oli... él te ama demasiado. No le importará...

—¡No! Nunca se lo diré, no quiero, y tú tampoco lo harás —advirtió, apuntándome con el dedo. Lágrimas de dolor surcaron sus mejillas y la fuerza abandonó sus rodillas, obligándola a caer hincada contra el piso.

—Lo siento, Oli. Lo siento muchísimo. No intentaba remover tus heridas —susurré, arrodillándome a su lado. Quería abrazarla, pero su posición de manos apoyadas sobre los tablones de madera y cabeza gacha no me lo permitía. Acaricié su espalda con mi mano mientras ella lloraba su pena.

—No las removiste, siguen abiertas, siguen doliendo y no las puedo sanar —pronunció entre sollozos. Guardé silencio durante aquel momento, esperando que derramara todas las lágrimas que le hiciera falta. Ninguna palabra sería capaz de darle consuelo, nunca lo hizo. Solo podía estar ahí para ella, apoyándola.

Cuando logró serenarse, la ayudé a ponerse en pie y fuimos por un par de cervezas, ambas las necesitábamos. Más tarde, pedimos una pizza y nos la comimos mientras veíamos un capítulo de *Scorpion*<sup>[1]</sup>. El plan era ver uno solo, pero se convirtió en un maratón y llegamos hasta el final de la primera temporada.

Era de noche cuando volví a casa, las luces del pórtico estaban encendidas y también las de la sala. Respiré hondo y me preparé psicológicamente para encontrar a Noah junto a mi padre, pero el alivio me colmó cuando descubrí que me había equivocado.

—Hola, muñeca. ¿Qué tal tu día con Oli? —preguntó papá como si nada hubiera pasado esa mañana.

—Bien —respondí cortante. Todavía estaba enojada con él por nuestra discusión.

—Audrey, mi amor. Odio esto, lo sabes. No me gusta que peleemos. —Su tono era de arrepentimiento, pero, a menos que me dijera la verdad, nada cambiaría.

—Y yo odio que me mientas.

—Pagaré las consecuencias entonces, porque tu seguridad es lo más

importante para mí.

—Ya no soy una niña, papá, puedo defenderme sola. Y tu secreto, en lugar de protegerme, me debilita. Él podría volver aquí y yo no lo reconocería. No vi su rostro, no sé cómo se llama.

—No va a volver.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? —renegué.

—Solo lo sé —contestó esquivo—. Esta es la última vez que hablamos de ese tema, Audrey. Buenas noches. —Se levantó de su sillón y se metió a su habitación en la planta baja.

De ninguna manera iba a olvidar ese asunto, buscaría la forma de averiguar quién era ese tipo y porqué mi padre estaba tan reacio a decirme la verdad. Puede que hubiesen pasado muchos años, pero sabía que ese hombre seguía siendo una amenaza, de lo contrario, no tomaría esa actitud.

## Capítulo 8

Fiel a su promesa, Noah no dejó de ir a casa ni un solo día. Contrario a ello, añadió más visitas inesperadas e inoportunas, que se extendían hasta medianoche. Mi padre estaba encantado con la compañía y me daba pena arrebatarse eso. Sin otra opción, comencé a ir a casa de Cris al terminar mi trabajo en el taller y volvía a casa a altas horas de la noche, esperando que él ya se hubiera marchado. De esa forma, transcurrió otro mes, cada día era peor que el otro, ya no lo soportaba y la única forma de liberarme de él sería diciéndole a mi padre que lo echara de casa y del taller y para ello debía admitir la verdad y no quería hacerlo, me avergonzaba admitirlo.

Ese fin de semana, decidí ir a *Holly's* para saludar a Olive. Nuestros horarios de trabajo pocas veces nos permitían vernos y esa sería la única forma de reunirme con ella, así fuera a través de la barra del bar. Me puse unos jeans ajustados, botas de cuero sin tacón y una camisa a cuadros amarrada a la cintura, dejando tres botones sin cerrar sobre un top blanco. Me sujeté el cabello en una cola de caballo y solo me apliqué un poco de brillo labial neutro junto con colorete tono coral en las mejillas. Al bajar las escaleras, me encontré frente a frente con el hombre que intentaba evadir a toda costa, pero que constantemente se cruzaba en mi camino. No le bastaba torturarme con su presencia cada día en el taller, también procuraba martirizarme en casa a todo momento. ¿Acaso era su plan para volverme tan loca que olvidara por completo qué me impedía caer en sus brazos como deseaba?

—¿A dónde vamos? —preguntó con una sonrisa burlona dibujada en aquellos labios rosados, que eran jodidamente bondadosos al besar.

—No vamos, voy —respondí secamente y lo rodeé de prisa y sin pausa hasta llegar al cuenco que contenía las llaves de mis autos. Tomé las del *Honda* y regresé en mis pasos hacia el pasillo. Él seguía ahí. Me escaneó con su mirada, de arriba abajo, y liberó un silbido apreciativo.

—¿Día especial? —indagó, recostándose contra la pared con sus brazos cruzados. Una sonrisa maliciosa se trazó en su boca.

—Sí, de hecho, día sin Noah Cohen merodeando en mi vida.

—Sabes cómo puedes deshacerte de mí. ¿Por qué no lo haces? —Me retó.

Giré los ojos y pasé de él, más interesada en irme que en mantener una conversación insustancial.

—Porque no quieres —respondió por mí. Sí, tenía razón, no quería admitirle a mi padre que el hombre que él amablemente ayudaba me hacía tener sueños húmedos, tanto despierta como dormida, y que necesitaba que se largara de nuestras vidas de una vez por todas.

*¿Te mientes a ti misma, Audrey?*, refutó una vocecita molesta en mi cabeza.

Está bien, no era precisamente ese «no quieres» al que Noah se refería, pero era el único que me permitía creer.

Me subí a mi auto y conecté el *iPod* al reproductor para viajar en compañía de la música que significaba algo en mi relación con Aarón. Estaba determinada a mantener su recuerdo vivo en mí, a traerlo de vuelta a mis pensamientos. *Be Me Forever* de Christina Perri y Ed Sheeran —la canción que me bailamos en nuestro primer aniversario de novios— comenzó a sonar. Subí el volumen lo más alto que pude e inicié el trayecto hacia *Holly's*. El recuerdo de aquella noche estremeció mi corazón y me robó una sonrisa. Ahí estaba la emoción que esperaba, latiendo aún en mi pecho de forma constante y real. Más real que la atracción carnal que sentía por Noah.

—¿Por qué a mí? —Me quejé de mala gana cuando vi el *Torino* de Noah por el espejo retrovisor.

*¿En verdad va a arruinar también esta noche?*

*No, de ninguna manera.*

Detuve el auto a un costado de la calle y me bajé para enfrentarlo. Él también detuvo el suyo y me imitó, encontrándome a mitad de camino. Una sonrisa presuntuosa delineó sus labios, pero planeaba borrarla como fuese, así requiriera de daño físico.

—¿Qué haces? —demandé, apoyando mis puños cerrados en mis caderas.

—Estoy de pie en medio de una calle oscura hablando con una rubia sexy. Bufé.

—¿Qué haces siguiéndome? —aclaré. Él necesitaba que le deletreara las palabras.

—No estoy siguiéndote, solo conducía.

—No te burles de mi inteligencia, Noah. Sé lo que haces y te pido por favor que te detengas.

—Si lo amaras como dices, no tendrías tanto miedo de mí —dijo con descaro.

—No te tengo miedo. —Él avanzó los pasos necesarios que lo colocaron tan cerca de mí que sentía su aliento caliente acariciando mi rostro.

—Entonces, si te toco, ¿no sentirás nada?, ¿no querrás que recorra tu piel con mis manos mientras redescubro a qué saben tus besos?, ¿no desearás que nos desnudemos y que haga realidad lo que imaginas y sueñas cada noche? —susurró cada palabra lentamente, con un tono seductor y desquiciante.

No me tocó ni un pelo, pero cada parte de mi ser anhelaba sentirlo.

¿Dónde quedó lo que, minutos antes, cuando escuchaba una canción de romance, mi corazón me recordó? No sabía. Simplemente, Noah sacudía mi mundo y desordenaba lo que con mucho esfuerzo acababa de juntar.

Trabajé rápido y duro por organizar todo en el sitio correcto, y luego respondí:

—Lo único que pasará si me tocas será mi puño en tu quijada. —No había lugar a dudas en el tono de mi voz. Haría justo eso.

—Ese día lo merecía, por eso no me defendí, pero hoy no llegarás tan lejos, muñeca —pronunció con burla el apodo que tan dulcemente mi padre me decía.

—Hazte un favor, Noah. Encuentra a una mujer que esté disponible y deja de seguirme a mí. ¡Ten dignidad! —Le grité y, con las mismas, di media vuelta y regresé a mi auto. Él seguía de pie en el mismo lugar cuando retomé la marcha. Desde mi posición, no vi su gesto, pero su postura me dijo lo que mis palabras le causaron a su ego. Me sentí mal, sin embargo, no me arrepentí. Él tenía que entenderlo, y si eso le abría los ojos, a Dios gracias.

Tan pronto llegué a *Holly's*, caminé a la barra y saludé a Olive con una sonrisa, ocultando el mal humor que me comía por dentro con aquel gesto. Ella me devolvió la sonrisa junto con un guiño y poco después puso una cerveza delante de mí. La tomé en silencio mientras mi amiga se ocupaba de atender al resto de los clientes.

Estaba perdida en mis pensamientos, en el recuerdo de lo que minutos antes le grité a Noah, cuando sentí vibrar mi teléfono en el bolsillo trasero de mis jeans. Saqué el aparato y, al mirar la pantalla, enseguida supe que era



Aarón. Un fuerte golpe sacudió mi corazón y rápidamente se propagó hasta mi estómago al darme cuenta de lo difícil que sería hablar con él y ocultarle, una vez más, lo que estaba sintiendo por otro hombre. Me levanté del taburete donde estaba sentada y respondí con un emocionado: «Hola, teniente», mientras me abría camino hacia la salida trasera del bar. La música sonaba fuerte y no sería fácil escuchar algo adentro.

—Hola, mi reina preciosa. ¿Dónde es la fiesta? Dime que en casa de una de tus amigas, lejos de la mirada morbosa de los idiotas de West. —Los celos eran evidentes.

—Vine a Holly's por unas cervezas. ¿Cómo estás tú? —pregunté, ignorando lo que acababa de mencionar.

—Bien, relajado en una piscina mientras miro las estrellas —bromeó, dejando de lado el asunto que pudo convertirse en una discusión. Él siempre se inventaba escenarios imposibles para escapar de la realidad—. Sería mejor si estuviera contigo.

—Lo siento. —Me disculpé por razones desconocidas para él.

—¿Tú lo sientes? —Rio—. Eres increíble, Audrey. Por eso es que te amo jodidamente tanto.

Sus palabras me golpearon con fuerza. ¡Amor! ¡Él me amaba! ¿Y yo? ¿Qué sentía por él?

No importaba, sintiera lo que sintiera, debía corresponder sus palabras. Hacer lo contrario sería cruel y hasta egoísta. ¿Qué haría si algo le pasaba allá por robarle la esperanza de lo nuestro?

—Yo también te amo —pronuncié con dificultad, atragantada por las lágrimas.

—Audrey, mi amor, no te pongas así, que me destroza. Odio hacerte llorar y más cuando estoy tan lejos de ti —dijo nervioso.

Mis manos y mis piernas comenzaron a temblar por el sentimiento de culpa que corroía mi interior. No lloraba por extrañarlo, lloraba porque, por primera vez desde que me hice su novia, mi «te amo» no fue sincero. Me dolía con el alma reconocer que mi corazón ya no era suyo.

—Tú no has hecho nada malo, amor. Solo estoy muy emocional, ya sabes cómo me pongo cuando mi ciclo está por comenzar.

—¿Dos semanas antes? —preguntó con reticencia.

*¡Mierda! Se me olvidó que él conoce mis fechas y que sabe que soy muy*

*regular.*

—Bueno, es que he tenido un poco de descontrol desde que dejé los anticonceptivos. Tomaré una cita con la especialista.

—¿Por qué las dejaste? —insistió con el mismo tono de sospecha. Eso de mentir no se me daba muy bien, y menos con él, que me conocía tanto.

—¿Para qué las tomaría? Estás al otro lado del mundo, Aarón. —No quise hablarle a la defensiva, pero no pude evitarlo.

—Volveré pronto, Audrey. Es tiempo que las retomes, a no ser que estés dispuesta a tener un bebé.

*¿Bebé? ¡No, no, no, no! Nada de bebés.*

—Las tomaré.

—Mierda, esperaba que dijeras sí —replicó desilusionado.

—Aarón... —Le reñí.

—Lo sé, lo sé. No es un tema para hablar por teléfono. —Ni en persona. No quería hablarlo, punto—. Me tengo que ir ahora, te llamaré mañana si es posible. No te diviertas mucho sin mí —advirtió sin ánimo.

—Lo prometo.

—Te quiero, mi reina.

—Y yo a ti.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y me quedé en el mismo punto, mirando hacia la densa oscuridad que cubría el fondo del bar. Bajé la cabeza a mis pies y liberé un profundo suspiro de derrota y decepción. Me desconocía, no comprendía cómo era posible que aquel sentimiento que latió por tantos años en mi corazón se hubiera diluido.

—No deberías estar sola, es peligroso —susurró una voz masculina detrás de mí, una que no tardé en reconocer. Un escalofrío recorrió mis vértebras erizando mi piel y mi corazón se desbordó en latidos acelerados, cargados de temor—. Tranquila, Audrey. No te haré daño.

—No, no lo harás. —Pisé su pie izquierdo con fuerza y moví mi brazo derecho, golpeando su mandíbula con mi codo. El hombre chilló de dolor, pero eso no limitó sus intenciones. Tomó mis brazos y los sujetó detrás de mi espalda con las suyas, sometiéndome. Luché en su contra e intenté pisarle el otro pie, pero fracasé rotundamente.

—Quédate quieta, no quiero lastimarte —ordenó con un gruñido enojado.

—¿Qué quieres entonces? —espeté con indignación.

—Quiero que me conozcas, princesa.

—No me interesa conocerte. ¡Suéltame ahora mismo! —grité con rabia e impotencia. No podía creer que de nuevo estuviera sometida por un maldito hombre.

—¿Jace no te habló nunca de mí? ¿No te dijo que soy...? —Sus palabras fueron interrumpidas cuando Noah intervino, golpeándolo con fuerza en el costado, lo que lo obligó a soltarme para defenderse. El sujeto desconocido era corpulento, casi tan alto como Noah, tenía el cabello castaño y ojos oscuros como la noche. Y aunque trató de golpear a Noah varias veces, no pudo. Noah era más ágil y listo, parecía conocer sus movimientos antes de que él los ejecutara. Fue un momento surrealista y atemorizante. Temía que el hombre sacara alguna arma y lastimara a Noah de alguna manera.

—¡Maldita sea! —gruñó cuando se vio en desventaja y salió huyendo.

Noah miró hacia donde él huía y luego a mí, quien no podía parar de temblar. Estaba cerca de perder las fuerzas en mis piernas y derrumbarme en el suelo.

—¡Mierda! —farfulló acercándose hacia mí para arroparme con sus brazos. Hundí mi rostro en su pecho y dejé escapar las lágrimas que había retenido mientras era testigo de su lucha—. ¿Te hizo daño?

—No. —Mis manos no paraban de temblar mientras se sujetaba de su cintura y mi corazón bombeaba duro dentro de mi pecho, robándome el aliento y las fuerzas. Mi más grande temor, la razón de mis pesadillas, me acechó esa noche, y eso era más de lo que podía soportar.

—Ya te tengo, muñeca. Nadie va a lastimarte —prometió Noah sin soltarme. Me aferré a él en todo momento, llorando a moco tendido sobre su pecho como aquella niñita temerosa que, una noche, subió las escaleras y se escondió en su habitación mientras su padre discutía con un hombre desconocido, el mismo que, minutos atrás, huyó despavorido de Noah. ¿Quién era? ¿Por qué quería conocerme?

Luego de un rato, no supe cuánto, me separé de él y lo miré a los ojos. Pese a la oscuridad, pude notar la ira y el miedo mezclados en sus retinas. Era como ser testigo del inicio de un ciclón que quería destrozarlo todo a su paso.

—¿Sabes quién es? —pregunté inquieta.

—No. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. No lo conocía, aunque sabía quién sí. Pero, por alguna razón, no compartí esa información con Noah.

—¿Qué hacías aquí? —Él me miró con cara de circunstancias, alargando con un silencio agobiante su respuesta, si es que pensaba decir alguna —. Noah...

—Buscando a una sexy mujer que es tan fiera como una potra salvaje y que está arruinando mi maldito ego.

Estaba tan agradecida de que estuviera cerca y me defendiera que quería abalanzarme sobre él, rodearlo con mis piernas y besarlo sin sentido hasta que mi boca se secara, pero el recuerdo fresco de la voz de Aarón diciéndome te amo pudo más que mis ganas.

—Noah, sabes que no...

—No me arrepiento de venir aquí, Audrey. Ese hombre pudo lastimarte —siseó apretando los puños. El ciclón estaba subiendo de escala, convirtiéndose en un terrible huracán.

Me reuní de nuevo con él y lo estreché en un abrazo.

—Gracias —susurré con sinceridad—. Gracias por estar aquí.

Él se mantuvo rígido, dejando sus brazos caídos a cada lado de su cuerpo, privándome del tacto que tanto ansiaba. Y aunque me moría por sentirlo, no se lo pedí, sabía que era injusto.

—¿Qué hacías sola aquí fuera? —Me aparté por segunda vez de él y, sin mirarlo a los ojos, respondí que estaba atendiendo una llamada. Él guardó silencio por largos minutos y luego preguntó con seriedad—: ¿Aarón?

—Sí —afirmé en tono bajo.

—¿Qué harás ahora? ¿Volverás al bar o te irás a casa?

—Tengo que entrar para despedirme de Olive, luego me iré. ¿Tú qué harás? —Busqué su mirada, la apartó.

—Te acompañaré a casa, ese hombre puede seguir cerca. —Me estremecí ante la posibilidad, llamando su atención—. No tengas miedo de él, Audrey, te voy a proteger hasta que tu novio vuelva.

—¿Y luego qué? —indagué nerviosa. Ese “hasta” tenía implícito algo más, lo vi en sus ojos.

—Me iré de la ciudad. Estar cerca de ti, y saber que nunca podrá ser, me está devorando. Es una tortura mayor que todos los años en prisión, mucho

más.

—¿Tanto así me deseas? —Lo miré atento. No quería perderme sus expresiones cuando respondiera mi pregunta.

Él avanzó hacia mí, acarició mi mejilla con sus dedos y, mirándome a los ojos, contestó:

—No solo te deseo, quiero algo más de ti.

Aclaré mi garganta y mojé la resequeidad de mis labios con mi lengua, deseando que fuera la suya humedeciéndolos.

—¿Y qué es eso quieres?

Él me miró quedamente, profundizando sus ojos claros sobre los míos, y poco a poco, como si midiera los segundos, deslizó la mano que acariciaba mi mejilla hacia mi corazón.

—Habitar aquí y luego poseer lo que resta de ti, eso quiero.

—Noah... —exhalé con las emociones a flor de piel. Pude pensar que se estaba aprovechando de las palabras que un día pronuncié en la cocina, pero su mirada, su voz, sus caricias suaves... me convencieron de la veracidad de sus palabras. En aquel momento, me olvidé del mundo, de la moral, del deber ser, y lo besé. Lo besé con tanta fuerza y determinación que casi caímos al suelo, pero él mantuvo el control y pudo evitarlo. Cuando nos estabilizamos, sus manos consiguieron su lugar entre mi nuca y mi espalda baja, y las mías se movían inquietas entre su pecho, cuello y cabello. Probé sus labios, su lengua, el interior de su boca. Lo besé como si el mundo se fuera a acabar y solo restaran segundos para decir adiós.

—Me matas, Audrey Gunnar. Me envenenas con tus labios y me torturas con tu piel. ¿Quieres acabar conmigo, muñeca? ¿Ese es tu plan? —pronunció entre respiraciones cansadas, apoyando su frente contra la mía. Sus dedos se movían lentamente por la piel desnuda que quedaba entre mis jeans y mi camisa, estimulando cada poro, cada diminuta célula de mi cuerpo.

—¿Crees que tengo un plan contigo? Todos mis planes se esfumaron desde que sentí tus labios por primera vez sobre los míos. Eres tú quien me está condenando al infierno, Noah Cohen. ¿Y sabes qué? Estoy disfrutando de las llamas. —Paseé mi lengua por la costura de sus labios y luego tiré del inferior, reiniciando nuestro beso.

Entre beso y beso, y caricias descontroladas, terminé colgada de su cuello y envolví sus caderas con mis piernas, sintiendo el gran paquete que, duro y

listo para la acción, friccionaba mi pubis.

—¡Tómame, Noah! —jadeé, olvidando por completo el lugar en el que me encontraba.

Él dejó de besarme.

Lo miré a los ojos preguntando silenciosamente qué pasaba.

—No.

—¿No es lo que quieres?

Noah dejó caer los brazos a los costados y negó con la cabeza. Desenvolví mis piernas de sus caderas y di un par de pasos atrás.

—Explícame.

—Tienes que dejarlo primero.

—¿Dejarlo? ¿Mientras está en Afganistán?

Asintió.

Abrí la boca, la cerré, y la abrí otra vez sin encontrar qué decirle.

—Me pediste que no permitiera que lo engañaras, te doy la oportunidad de que no lo hagas. No quiero ser ese hombre, y maldita sea si dejas que tú seas esa mujer.

—Pero no puedo terminar con él así. Tengo que esperar que vuelva.

—¿Y cuándo lo hará?

—No lo sé, dijo que pronto.

—¿En serio esperarás que regrese? ¿Y si tarda otro año? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo que hacerlo. Si le pasa algo allá por decirle esto, no podré perdonarme nunca. ¿Lo entiendes?

—¿Y tú entiendes que no puede haber nada entre nosotros hasta que Aarón regrese?, ¿y que me volveré loco cada vez que hables con él y le digas te amo?

—¿Cómo sabes qué...?

—Te he escuchado hablando con él más de una vez. Las paredes de tu casa son muy delgadas.

—¡Noah!

—Olvida eso y concéntrate en lo importante. ¿Él o yo, Audrey?

—No seas injusto, Noah. —Crucé mis brazos sobre mi pecho—. Él está en una jodida guerra y hablar conmigo es lo único que lo mantiene cuerdo.

—¿Y mi estabilidad mental no te importa?

Giré los ojos.

—No es un chiste, Audrey.

—¿Es que te estás escuchando? No son hechos comparables. Tú duermes cada noche tranquilo en tu cama, Aarón no sabe si verá el amanecer al día siguiente. Me preocupo mucho por él.

—¿Qué soy yo entonces? ¿El vecino con el que quieres follar mientras tu amor regresa? —reclamó de mala gana.

—¿Qué esperas que te diga? ¿Qué estoy locamente enamorada de ti? —grité sin medir mis palabras. Todo su semblante decayó. ¿En verdad esperaba que le dijera te amo? Pero si apenas no habíamos besado tres veces—. Noah, entiende que...

—No digas más, Audrey. Lo entiendo perfectamente —dijo cortante—. Despídete de tu amiga, te espero en el estacionamiento.

—Noah, espera. —Lo seguí—. No seas inmaduro, hablemos como adultos.

Le pedí de mil maneras que parase, pero no se detuvo. Terminamos rodeando el bar hasta llegar al estacionamiento donde se encontraba su *Torino*. Rodeé su torso con mis brazos y apoyé mi rostro en su espalda, siendo consciente de su respiración agitada.

—Suéltame, Audrey —pidió con severidad. Sabía que él podía apartarme sin esfuerzo, pero no lo hacía, ni siquiera procuraba tocarme.

—Esto no es fácil para mí, Noah. Hasta hacía unos meses, estaba convencida de que amaba a Aarón, y apareces tú y me haces dudar de mí misma. Me he reprochado cada emoción, cada pensamiento; he tratado de negar lo que despiertas en mí, de hacer lo correcto por Aarón, pero hoy descubrí que ya no lo amo como antes, y estoy convencida de que se debe a ti.

Noah no se movió por varios minutos, no emitió ningún sonido; hasta que, finalmente, habló:

—Muchas noches, más de las que quisiera admitir, me pregunté por qué lo hizo, qué hice mal, qué tenía él que no encontró en mí. Y ahora estoy aquí, dejando que me abrace, deseando que hagas más que eso, convirtiéndome en el hombre que he odiado por años. Es una puta ironía, Audrey. Lo que hacemos es incorrecto por muchas razones, pero lo peor de todo, lo que me

envenena la sangre, es que estoy muy cerca de cruzar la maldita línea de no retorno y, de manera egoísta, reclamarte para mí. Te quiero mía, nunca más de él.

Cuando asimilé sus palabras, comprendí que, como él, yo también tenía mucho qué reprocharme. Desde el primer beso, me convertí en una traidora.

—Tenías razón, soy como ella.

Noah dio media vuelta, manteniendo mis manos en torno a él, tocó mi mentón con su dedo índice y pulgar y elevó mi rostro para que lo mirase a los ojos.

—Nunca debí compararte con ella, Audrey. Estaba muy dolido por lo que había descubierto, necesitaba pagarlo con alguien y lo hice contigo. Pero no, nunca serás como Dess.

—¿Qué pasó? —farfullé nerviosa. Veía el dolor rasgando su mirada y quise saber qué lo atormentaba. Le tomó un par de minutos sincerarse, pero lo hizo, y cuando comenzó a relatarme lo sucedido, mi corazón dolió.

—Me engañaba con otro, lo hizo por mucho tiempo, y cuando murió, estaba embarazada. No lo supe hasta hace unos meses cuando el abogado que me defendió decidió investigar de nuevo todos los hechos, y con las pruebas suficientes, apeló mi veredicto y desestimaron los cargos. La prueba de ADN que le hicieron al feto, donde se establecía que yo no era el padre, fue determinante para mi liberación, porque coincidía con el ADN del semen del asesino.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué estuviste diez años en prisión, si tenían pruebas para liberarte?

Noah sacudió la cabeza y frunció los labios, conteniendo su impotencia.

—Manipularon todo, Audrey. Alguien sembró pruebas en mi contra que me señalaron como culpable y por eso me condenaron. Además, Marshall, mi abogado, recién se había graduado en Leyes y no tenía la experiencia suficiente para llevar mi caso, pero fue el abogado que el sistema ofreció y lo tomé.

—Entonces fue su culpa —siseé llena de rabia.

—No, él luchó hasta el último minuto. Incluso, más allá del final. Él no se rindió conmigo ni un solo día. Y después de diez años, finalmente, logró que me liberaran.

—¿Y sabes quién asesinó a Dess?



—No, pero lo voy a encontrar, y cuando lo haga, le haré pagar con sangre por mi encierro, por las lágrimas de mi madre, hasta por el asesinato de Dess... Porque, a pesar de su traición, no merecía que le hiciera lo que le hizo. —Todo en él irradiaba rencor: su mirada, el tono de su voz, lo fuerte que apretó sus puños, marcando gruesas venas en sus brazos y cuello.

—Entiendo tu frustración, sé que ese hombre te arrebató todo, pero la venganza no te devolverá nada de lo que perdiste, Noah. Al contrario, te condenará.

—No, Audrey, nada de lo que digas me hará cambiar de parecer. Lo encontraré y lo voy a matar con mis propias manos. A él y a todos los que me hundieron en la maldita prisión. Todos lo van a pagar —rugió con determinación.

—¿Y dónde quedaré yo cuando te condenen por asesinato?

Eso lo hizo reaccionar. Soltó los puños y dulcificó la mirada de esa forma camaleónica que solo él lograba. Noah era un completo y absurdo enigma, pasaba de la rabia a la dulzura en un parpadear. Una de sus manos se adhirió a mi espalda y la otra acarició mi mentón.

Mi cuerpo vibró en respuesta a su cercanía y se me escapó un gemido.

Él sonrió, sabiendo lo que provocaba en mí, y acercando sus labios peligrosamente a los míos, susurró—: Tú eres la razón de que siga aquí. Alteraste mis planes y ahora estoy tan jodido que no sé qué hacer.

—¿Cu-cuáles son tus planes? —balbuceé. Quería que me besara, sin importar las líneas que tuviera que cruzar.

—No puedo decirte. —Mis ojos apuntaban a sus apetecibles labios. Estaba sobrecalentada, ansiosa, terriblemente excitada—. Y dejarán de importar si logro que me quieras como yo te quiero a ti.

*¿Qué me quiere? ¿Eso dijo? ¡Ay, Dios! ¿Se volvió loco?*

Noah enseguida notó mi incomodidad. Pasé de sentirme deseosa a enferma. ¿Y cómo no? El hombre me echó un balde de agua fría que detuvo mi calentamiento corporal y me dejó petrificada.

—Creo que debería... yo... mi auto... —dije con torpeza, tratando de escaparme de sus brazos.

—Audrey —me retuvo—, sé que asusta, yo soy el primero aterrado con esto que siento, pero es la verdad. Te quiero, me gustas, me encantas, me tienes hecho un lío con todo lo que despiertas en mí... Y no es normal,

supera lo razonable, pero no puedo obviarlo ni negarlo más. Desde que te vi en mi garaje aquella mañana, el sentimiento se ha hecho más profundo.

Su declaración, en lugar de calmarme, me asustó más. ¿Y si todo era más obsesión que otra cosa? Nadie se enamoraba así, de la noche a la mañana, y menos de alguien que no ha visto en una década.

—Noah, por favor, déjame ir —pedí con la voz temblorosa.

Él frunció el ceño y agudizó sus ojos sobre los míos, intimidándome más. Temblé de la misma forma que lo hacía cuando aquel hombre me atacó, y entonces, en vez de soltarme como pedí, me abrazó; y de alguna forma extraña e incoherente, eso me calmó.

—No me tengas miedo, Audrey, te lo ruego. Necesito que calmes mis demonios y no que los multipliques —suplicó.

*¡Pero bueno! Que diga eso no ayuda en nada. ¿En qué me estoy metiendo?*

Solo pude asentir. Si hablaba, mi voz delataría mis emociones y no quería empeorar las cosas. Mi actitud no era normal. Yo me jactaba de ser ruda, fuerte y cabal, pero mi vida dejó de ser típica desde que Noah apareció. Ahora, parecía más una pequeña asustadiza que una mujer fuerte y decidida, y eso tenía que cambiar.

## Capítulo 7

La mañana del lunes, nada —o, mejor dicho, nadie— estropeó mi rutina. ¡Fue refrescante! Amaba mi vida tal como era y no le daría la bienvenida a ningún cambio, al menos no en los siguientes años. Aarón siempre había hablado de casarnos y de formar una familia, pero eso no estaba en mis planes inmediatos. Tenía muchas cosas por hacer antes de intentar jugar a la casita con él. Y, además, para que eso pasara, él tenía que darse de baja. No iba a tener hijos con un hombre que podía morir en combate. Sufrí mucho viviendo sin una madre, no quería ese destino para nadie más.

A las siete y treinta, estacioné mi *Ford* en mi puesto habitual, entre el *Jeep* de Miguel y un *Torino* negro del 72. El auto de Noah. Y, por primera vez en mi vida, no sonreí al llegar a Gunnar's. Inclusive, quería retroceder y conducir hasta Alaska, bien lejos del *sujeto indeseable*. Pero no le daría aquella satisfacción, le iba a demostrar que su presencia me resbalaba, que para mí, era menos que nada, una pelusa insignificante que podía desaparecer con un soplo.

Me bajé de mi camioneta e ingresé al taller con actitud indiferente, pero al adentrarme en el interior, y escuchar música rock por los altavoces, supe que nada volvería a ser normal en Gunnar's, no mientras Noah formara parte del equipo. Esa música tenía que ser de él, ninguno de los chicos escuchaba ese estilo. El intruso estaba al fondo del taller de pie junto a Alex, vistiendo jeans viejos, botas montañeras y una camiseta negra con las palabras AC/DC en color rojo dibujadas en el pecho. El idiota lucía sexy sin tener que esforzarse. Despegué mis ojos de mi atractivo empleado y miré los alrededores en busca de Miguel, tenía que hablar con él con respecto a Noah. Lo estuve pensando durante la noche y llegué a la conclusión de que lo mejor era que él se encargara personalmente de Noah. Yo no tendría cabeza ni paciencia para enseñarle un carajo. Cuando lo hallé, le hice una seña con la mano para que me siguiera a la oficina y me adelanté a él.

—Buenos días —saludó Cris con una sonrisa que no podía ser más amplia.

—Deja eso ya —advertí. Mi humor no estaba para sus bromitas. Se lo dije la noche anterior cuando la puse al tanto de la situación con “el nuevo empleado”. Ella se encargó de recibirlo esa mañana y de presentarlo con el resto del equipo.

—¿Y yo qué hice? Solo dije hola. —Se hizo la desentendida.

—Por favor, Cris, no hagas mi vida más difícil —resoplé desanimada. Los acontecimientos de los últimos días me dejaron malhumorada, exhausta y pesimista. Y no solo por lo que pasó con Noah, también por el asunto con mi padre. Quería recuperar mi normalidad, los días en los que todo se resumía a cocinar, trabajar y reunirme con mis amigas, y en esas noches solitarias en las que, tendida en mi cama, añoraba el regreso de Aarón. Mi vida estaba cambiando y no encontraba la forma de detener su acelerado curso.

*Ojalá Aarón estuviera aquí y me llevara lejos de toda esta locura.*

—Sé lo que me vas a pedir —aseguró Miguel cuando entró a la oficina.

—¿Papá te llamó?

—Sí, ya me puso al tanto de todo, me encargaré de él. Solo espero que no resulte un fiasco, no soporto la incompetencia —dijo con un gruñido.

—Según papá, aprende rápido. Pero si no, lo pones a barrer pisos o a lavar los sanitarios. Tú decides, lo dejo en tus manos.

—¿Y Jace te mencionó algo de... ponerlo a competir? —carraspeó la última palabra.

—Algo dio a entender, pero sabes que no lo permitiré, las carreras son cosa mía, de nadie más. Y el tipo acaba de salir de prisión, lo menos que necesita es meterse en problemas, y papá lo sabe. A menos que...

—¿Qué? —indagó Miguel, curioso. Y no era el único ansioso por escuchar el final del hilo de mis pensamientos, Cris también me miraba con atención.

—Que a Noah no le importe —establecí, aunque eso no era lo que estaba pensando. No sabía la razón, pero se me ocurrió que mi padre quería justo eso, meter en un lío a Noah que lo alejara de West, una especulación bastante absurda, dado su interés por ayudarlo a toda costa.

—No entiendo las razones de Jace para meter a un exconvicto a trabajar en el taller, sabe que ese muchacho no es bien recibido en la ciudad, pero confío en tu padre, Audrey, él no tomaría una decisión a la ligera —consintió serio. Su frente, como la de mi padre, estaba llena de líneas de expresión, y

sus ojos cafés reflejaban la experiencia y la madurez de los años vividos. Le tenía mucho cariño y lo respetaba de la misma forma que a papá.

—Sí, lo sé —murmuré, sumergida todavía en mis cavilaciones—. Gracias por lo de Noah. Espero que no se convierta en un problema para ti.

—Somos dos —convino antes de marcharse.

—¿Hay algo que quieras decirme? —sugirió mi amiga, agudizando sus ojos sobre los míos como si quisiera meterse en mi cabeza para conocer la verdad.

—Sí, beber te hace daño. Mencionaste a Marcos de camino a tu casa —respondí burlona.

—¡Oh, vamos! ¿En serio? —Se rio histéricamente.

—Sí, preciosura, lo hiciste. Creo que tu corazón sigue palpitando por él.

—¿Qué? ¡No! Ese nunca “palpitó” en mi corazón. Me dio buenos orgasmos, nada más.

—¡Por Dios, Cris! No seas tan explícita.

—Sí, hazte la mojigata, *señorita escandalosa*.

—¿Lo vas a olvidar alguna vez? —Le reproché. Una vez me escuchó teniendo sexo con Aarón, pero no tenía que echármelo en cara cada dos por tres.

—¡Oh, sí! ¡Más duro, Aarón! ¡Sí! ¡Sí! —escenificó, exagerando la escena. ¡Ella siempre tan teatral!

La sonrisa burlona que dibujaban sus labios se borró en un parpadear. Miré hacia donde apuntaban sus ojos y mi corazón se detuvo.

—Lo siento, no quise interrumpir —musitó Noah, sin saber a dónde mirar... y no era el único, me sentía tan avergonzada que solo quería desaparecer. Y Cris pasó de verse sonrojada, a pálida como fantasma—. El señor González me envió por mi overol.

Cris se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cuál es tu talla?

—L —respondió Noah muy serio.

Lo noté porque cometí el error de hacer contacto visual con él, logrando que mis ojos se profundizaran sobre los suyos por más tiempo del moralmente permitido. Es que eran enigmáticos, poderosos como un imán y, ante su presencia, los míos se convertían en acero.

Me disgusté conmigo misma por ser tan débil delante de él. Y más después de lo que me hizo el muy patán en Holly's. Tenía que controlar mis impulsos, podía hacerlo. Sin mediar palabra, me metí a mi oficina privada y me puse el overol. No tardé más de cinco minutos en salir y pasar por su lado sin mirarlo, pero no pudiendo ignorar su presencia, que llenaba el espacio de una forma casi ridícula. Su olor masculino, sus torneados brazos cruzados sobre su pecho, aquella postura arrogante, sexy y excitante que me erizaba la piel... ¡Todo en él me atraía! ¿Cómo evitarlo?

*¡Maldito Noah! ¿Por qué hace temblar mi mundo? ¿Acaso no tuve suficiente con su maltrato? ¿Me estoy convirtiendo en masoquista?*, me reproché durante el trayecto de la oficina hacia el taller.

Estaba tan distraída que no saludé a nadie de camino al *Jeep* en el que trabajaría esa tarde. Busqué mi caja de herramientas y elegí una llave 7/16 para ajustar los tornillos del ventilador, acoplándolo con el dámper. El fin de semana, había instalado el motor ya probado y la siguiente fase era armar el resto de las piezas. De vez en cuando, mientras trabajaba en el auto, escuchaba las risas de Alex por encima de la música, haciendo sus bromas usuales, y a Miguel, mandándolo a callar. De Noah no oí ni pío. Desde mi lugar, no podía ver qué estaba haciendo, y fue lo mejor.

Al mediodía, salí del taller sin mirar atrás, no quería encontrarme a Noah ni por asomo. Conduje a casa y cociné espaguetis con salsa bolognesa; serví dos platos y comí con papá alrededor de la mesa. Hablamos como lo hacíamos siempre, de mi trabajo en el taller y de lo que haría al regresar. Cuando me preguntó por Noah, le dije que Miguel estaba a cargo de él, que no tendría que ver conmigo. Mi padre solo asintió y siguió comiendo, ya había entendido que mi relación con Noah nunca sería cordial.

Al salir de casa para volver al taller, Noah me estaba esperando recostado contra la puerta del conductor de mi *Ford*. No me extrañó, en realidad lo esperaba, él tenía la costumbre de acecharme todo el tiempo.

—Quítate —espeté exasperada. Era verlo y sentir crecer la indignación. Tuve suficiente de él el fin de semana, no quería más.

—Te debo una disculpa —dijo, obteniendo toda mi atención. Estuve evadiendo sus ojos, más interesada por ver a un costado que a él, pero ahora los miraba y reflejaban honestidad. Aunque con él, nada era seguro.

—¿Una sola? —reproché cruzando los brazos. No iba a bajar la guardia

nunca más con él, había demostrado que no era de fiar.

—Tienes razón, más de una. —Se separó de la puerta y se separó de la puerta. No me moví, no huiría—. Lamento todo lo que he hecho, y dicho, desde que nos conocimos.

—Ya nos conocíamos —apunté a la defensiva. Él me escolarizaba tanto que hacía imposible que lo tratara de otra forma.

Noah negó con la cabeza.

—No, Audrey, no lo hacíamos. Ya no soy más el muchacho que espiabas mientras podaba el jardín.

Mi corazón dejó de latir. ¡Juro que así fue! ¿Él siempre lo supo? ¿Me vio cuando, escondida detrás de mi ventana, lo observaba?

—No sabes lo hermosa que te ves sonrojada —aludió, dando dos pasos más hacia mí.

Retrocedí, tenía que hacerlo, estaba demasiado cerca de permitir que me besara de nuevo. Tan, tan cerca.

—¿Qué quieres de mí, Noah? ¿Por qué sigues buscándome? —Era momento de que me hablara de sus intenciones. No iba a ser su juguete de ninguna manera.

—¿En verdad quieres saberlo? —tanteó, dibujando un gesto de presunción en su rostro.

—No, solo estoy buscando conversación —respondí sarcástica—. Vamos, Noah, pon tus cartas en la mesa y revela tu jugada, porque ya tu soberbia está comenzando a hartarme.

—Está bien —accedió con un asentimiento—. De ti, quiero lo que cualquier hombre desea cuando te mira. Y te busco, porque estoy malditamente obsesionado contigo. Estás en mi mente cada jodido segundo del día, me acuesto en mi cama y pienso en ti y en todas las formas en las que me gustaría tomar tu cuerpo. Me levanto y camino a la puerta luchando con la idea de cruzar la calle y joderte de todas esas maneras, pero me regreso porque sé que no debo, porque sería un hipócrita, porque hay un hombre que te ama y espera que, al volver, sigas siendo suya... Y no quiero, Audrey, odiaría que fueras igual que ella.

Me tomó varios minutos asimilar todo lo que acababa de decir, y un par más formar una frase que al expresarla sonara coherente; porque, tanto como él había pensado en mí, yo también había pensado en él, y eso era tan injusto

para Aarón...

—Ya estableciste que soy igual a ella. —Le reclamé, en tanto que mi corazón latía a un ritmo anormal. Las emociones que él despertaba en mí eran tan fuertes que nada, ni sus acciones ni su mal juicio, los consumía. Al contrario, cobraban más fuerza.

—No, no lo eres. Y lo siento tanto, Audrey. Jamás debí decirte eso. —Me miró a los ojos en todo momento sin titubear. Incluso, los mantuvo sobre mí a través de mi silencio, ese que utilicé para pensar en lo que me estaba diciendo entre líneas. Dess era la clave y quería descubrir qué hizo para que el chico de mirada dulce y gesto amable se convirtiera en un ser tan hostil y amargado.

—¿Qué pasó con Dess? —Mi pregunta logró que apartara su mirada de la mía y la dejara caer a sus pies.

—No tendremos esa conversación.

—¿Y cuál tendremos? ¿Esa en la que me pides que deje a Aarón para que puedas follarme sin remordimientos? Porque eso es lo que entiendo, Noah, que lo único que te limita de no hacerlo es que tengo novio —resoplé la última palabra—. Es que eres tan arrogante que no has procurado preguntarme qué quiero.

—No hago preguntas innecesarias —aseveró con su acostumbrada petulancia.

—¿Ves? ¡Lo haces de nuevo! —grité, pasando por su lado, decidida a subir a mi *Ford* y alejarme de él lo más posible.

—Audrey, espera —pidió en tono conciliador, no autoritario. Y tampoco me arrinconó entre su cuerpo y la puerta, eso ya era un avance.

Di media vuelta y le concedí su amable petición. Estaba un poco curiosa por descubrir sus siguientes palabras.

—Quiero que hagamos las paces, no soporto que esquives la mirada o que me ignores como lo hiciste toda la mañana.

—Lo merecías, aún lo haces —dije reacia.

—Lo sé, pero quiero cambiar eso y no sé cómo. Dime qué puedo hacer para que me perdones. —Su tono una vez más fue austero, humilde, pero no era suficiente para enmendar su error. Necesitaría más que una dulce mirada y palabras contenidas para confiar en él. Mientras tanto, podía intentar ser menos odiosa con él. Solo eso.

—Mientras no vuelvas a intentar someterme o insultarme, estaremos bien.



—Bien es bueno, bien me gusta. —Una sonrisa comenzó a formarse en sus labios, una que logró que un aleteo extraño retozara en mi estómago.

—Pero eso no significa que te he perdonado. —Que ni pensara que seríamos amigos ni nada por el estilo. Solo había aceptado tener un trato civilizado mientras él no cruzara las líneas que acababa de dibujar—. Tengo que irme, nos vemos en Gunnar's.

Me subí a la camioneta y Noah cerró la puerta, sin que eso fuera necesario. No le reclamé por su gesto, intentaba ser amable solamente, y no tenía problemas con él comportándose así. Era mucho mejor, de hecho.

\*\*\*

Dos meses después, habíamos establecido una nueva rutina que incluía a Noah desayunando y almorzando cada día con nosotros, incluyendo los fines de semana. Él se mostraba amistoso y amable todo el tiempo, había dejado atrás las insinuaciones y procuraba no decir nada que me molestara. Procuraba, pero a veces lograba irritarme. Él y mi padre tenían una forma peculiar de hacerme enojar. Pero a pesar de las semanas que transcurrieron, seguía siendo incómodo verlo a diario en casa y luego en el taller. Algunas noches se aparecía con pizza o hamburguesas para la cena. Puedo decir que me molestaba su presencia, y eso sería algo más fácil de sobrellevar que la verdad, pero sin duda alguna, me gustaba que estuviera alrededor. Más que eso, me fascinaba verlo a todas horas. La atracción seguía ahí, era real y profunda, pero ninguno estaba haciendo algo con eso. Al menos, yo no pretendía hacerlo.

—Buenos días —saludé al entrar a la cocina. Noah estaba ocupado con el sartén y papá distraído con el diario. Ese era uno de los grandes beneficios de su recurrente presencia en casa, sabía cocinar, y lo hacía bien.

—Buenos días, cariño —respondió papá mirándome por encima de sus lentes de lectura—. Llegó correspondencia para ti.

—¿Sí? ¿Dónde está? —pregunté con una enorme sonrisa. Había pasado tiempo desde la última vez que recibí algo de Aarón y estaba emocionada.

—Toma —dijo Noah, tendiéndome el sobre.

Mi sonrisa se borró de golpe. ¿Por qué tenía que ser él quien me lo diera?

—Un gracias estaría bien —susurró bromista cuando lo recibí, pero no había buen humor en sus ojos.

—Es lo menos que podías hacer ¿no? —Mi padre y yo lo ayudamos cuando los demás le dieron la espalda, la mayoría de los vecinos lo repudiaban. La primera semana fue la más caótica, la policía tuvo que intervenir para prevenir el motín de manifestantes que se apostaron frente a su casa con carteles que decían: «Asesino» «Degenerado» «Escoria humana» «No te queremos aquí». La historia se repitió días más tarde frente al taller. Las mismas personas, con una petición repetitiva, «Vete». Perdimos algunos clientes ese día, pero papá lo tomó como una oportunidad de apartar mala hierba que creció junto al trigo.

—No la leí —aclaró como si hiciera falta.

—¿Y esperas que te felicite por no cometer un crimen federal? —gruñí de mal humor. Recibir cartas de Aarón siempre me alegraba. Noah estaba arruinando eso, para variar.

Él dio media vuelta y volvió a ocuparse de la comida sin comentar nada más.

Mi padre se rio por lo bajo y me giré hacia él desafiante, pero el muy cobarde se escondió detrás del diario y se salvó de mi reclamo.

Sin dar explicaciones, subí las escaleras y me encerré en mi habitación en busca de privacidad. Me senté en la cama con las piernas cruzadas y abrí el sobre que contenía la carta de mi novio. No olía a él ni a nada que pudiera recordármelo, pero era suya, y eso me hizo sonreír.

*Para mi reina preciosa.*

*Hola, amor. Te extraño jodidamente mucho. Estoy desesperado por tenerte en mis brazos y cuento los minutos que me separan de ti, que cada vez son más. No sé cuánto más soporte lejos de ti y espero que tú también pienses en mí de la misma forma. Odio la idea de que las cosas sean distintas cuando vuelva. Odio la distancia que nos separa. Odio estar sin ti, mi reina. La misión no está cerca de terminar, pero cuento con ir en las próximas semanas a Estados Unidos para estar pegado a ti todos los días, cada segundo. No pienso en nada más. Mi único alivio es poder verte a través de las videollamadas, pero cada vez son menos las veces que puedo comunicarme y son muy pocos los minutos que me dan. Nada basta cuando se trata de la mujer que amas. Porque te amo, Audrey Gunnar. Nunca lo dudes. Hay muchas cosas que me gustaría decirte, pero no quiero que sea a través de un papel o una pantalla. Necesito que suceda estando a tu lado,*

*sintiendo el calor de tu piel, mirando tus hermosos ojos, con tu respiración soplando mi pecho. Tú conmigo es una imagen recurrente y la única cosa que me obliga a luchar cuando todo parece difícil. Espero verte pronto, mi reina.*

*Con amor, Aarón Villa.*

Doblé la carta y la puse de regreso en el sobre mientras mis manos temblaban. Los pálpitos de mi corazón ascendieron a medida que leía las letras cargadas de sentimientos que Aarón plasmó en aquel papel, y seguía acelerado mucho después de leer la despedida. Había hablado con él varias veces desde que Noah apareció, pero era la primera vez que sentía el peso de la traición cerniéndose en mi pecho. Parecía como si cada frase escrita fue susurrada por alguien en su oído y que todas me señalaran con un dedo acusatorio. Y no, no se trataba solo de los dos besos que compartí con Noah, sino del pensamiento persistente de él haciendo más que besarme. Fantaseaba con él antes de dormir. Y en las mañanas al despertar, saber que lo vería al bajar las escaleras, me robaba una sonrisa. Pensaba más en Noah de lo que recordaba a Aarón, y eso se traducía a una sola palabra: engaño. ¿Cómo podía traicionar al hombre que me amaba, deseando a otro?

*Solo estoy confundida, es eso. Cuando él regrese, todo será claro para mí. Mi atracción por Noah es algo físico, no trasciende a algo emocional. Nunca se podrá comparar a lo que tengo con Aarón.*

—Necesito parar esto, no puedo seguir permitiendo que Noah forme parte de mi rutina —susurré con las manos en mi pecho, tratando de contener el dolor que se esparcía en mi tórax a causa de los frenéticos latidos de mi corazón. Aquella conmoción se debía a que acababa de comprender la magnitud de mi traición, o porque iba a buscar la forma de alejar a Noah de mí. Ambas opciones eran terribles.

Volví a la planta baja y me senté frente a la mesa, entre papá y Noah. Mi desayuno estaba servido en un plato de porcelana: huevos, pan tostado y tocino, junto a un gran vaso de jugo de manzana. Y aunque todo olía bien y lucía apetitoso, no tenía ganas de comer. Mi estómago se sentía demasiado pesado como para asimilar los alimentos.

—¿Malas noticias? —preguntó papá, rompiendo el silencio que se había instalado en la cocina. Solo se escuchaban los sonidos normales de cubiertos chocando contra la porcelana y de los vasos siendo colocados sobre la mesa

después de beber. Sonidos que no eran en absoluto míos, yo apenas toqué la comida.

—No, él está bien, solo que su misión aún no concluye. —Mi voz sonó triste, apagada, tan baja como un murmullo. Y de nuevo, la culpa latió en mi corazón. La razón de mi estado de ánimo no era la ausencia de Aarón, era mi desapego hacia él lo que me estaba martirizando.

—Volverá, siempre lo hace —dijo papá, apretando mi mano con la suya.

La culpa se hizo mayor. Mi padre me consolaba sin saber las verdaderas razones de mi tristeza.

*¡Soy una persona horrible!*

—Gracias, papá. —Le ofrecí una sonrisa—. Bueno, ya tengo que irme al taller. Nos vemos a la hora del almuerzo. —Me levanté de la silla sin hacer contacto visual con Noah —aunque logré percibirlo con mi vista periférica y noté severidad en sus gestos—, y le di un beso a mi padre en la mejilla como despedida.

Recogí mi plato y lo guardé en el microondas con los restos de la comida. Noah también se levantó y llevó el suyo y el de papá al fregadero, junto con los vasos, y los comenzó a lavar de inmediato. Sin intentar ayudarlo, como hacía siempre, tomé las llaves del cuenco que estaba sobre la nevera y caminé rápido hacia la puerta principal, demasiado urgida por encontrar un momento a solas que me diera la oportunidad de respirar con normalidad. Sentía que todo el oxígeno se había acabado en aquella cocina.

Tan pronto estuve fuera, corrí a mi camioneta y me metí en ella como si fuera mi salvación, mi sitio seguro, libre de Noah Cohen. Pero mis demonios me seguían a cualquier lugar, no había escape. Pensaba en él incluso entonces, en lo que sintió cuando me mostré desdichada por la ausencia de Aarón, en lo que sus gestos significaban, en lo que tendría que pedirle más tarde... Y fue así como, en lugar de salir despavorida, me quedé como estatua en el asiento, sujetando el volante con mis manos con tanta firmeza que mis nudillos dolieron. Lo que dio tiempo para que él me alcanzara y me hiciera compañía en la camioneta. Una compañía que no había solicitado.

—Necesito que te vayas —siseé sin mirarlo.

—Entiendo que estés enojada conmigo, pero no me bajaré hasta asegurarme de que estás bien para conducir —dijo con determinación.

Apreté más el volante y pasé el gran nudo que se había formado en mi

garganta antes de poder decir:

—Necesito que te vayas de la ciudad, Noah. Compraré tu casa y tu auto para que tengas dinero y puedas recomenzar en otro lugar lejos de aquí. —No lo miré ni una vez, no podía, pero de igual forma, su presencia me perturbaba. Toda la cabina olía a él, una mezcla de suavizante de lavanda y algún perfume cítrico muy masculino e hipnótico que me incitaba a acercarme, a olisquearlo a profundidad hasta impregnarme de su aroma. Era por ese tipo de pensamientos que necesitaba que se marchara.

—¿Por qué me pides eso? —Sonó acabado, como si lo hubiera herido físicamente—. ¿Qué hice mal? ¿Acaso no he cumplido con tus reglas?

—No se trata de lo que hayas hecho, se trata de lo que siento cuando estás cerca —admití entre susurros roncos—. No puedo más, Noah. Necesito que te vayas. Por favor, vete. Por favor —supliqué, dejando caer mi frente contra el volante, derramando lágrimas amargas al mismo tiempo.

Mi pecho dolía.

Respirar dolía.

Dejarlo ir dolía.

—Audrey... —Mi nombre en su boca se escuchó dulce y melancólico. Y luego añadió una caricia a mi espalda con su mano, subiendo y bajando contantemente, provocando que el dolor fuese mayor, porque, a medida que los segundos se acumulaban, mi deseo por sentirlo en cada parte de mi cuerpo se intensificaba, de la misma manera que lo hacía la culpa.

—No me toques. Vete. ¡Vete! —grité, golpeando el volante con las manos una y otra vez, esperando que el dolor físico mitigara el de mi corazón.

—Detente, Audrey. Te vas a lastimar —pidió Noah sujetando mis muñecas.

—No. Me. Toques —pronuncié cada palabra con los dientes apretados. Sentirlo era insoportable. Sus manos eran como fuego consumidor, como las mismas llamas del infierno.

—No, Audrey. Quieres que lo haga, que mis manos recorran tu hermoso cuerpo, que te tome entera... Me anhelas tanto como yo te deseo a ti. Y ahora que sé que no lo he inventado, que no se trata de ilusiones forjadas entre largas noches y días interminables en las que te he imaginado conmigo, ten por seguro que no me iré —dijo todo eso a medida que se acercaba a mí. Para cuando la última palabra fue pronunciada, me había sentado a horcajadas

sobre él y sostenía mi cintura entre sus manos. Sus ojos me observaban con cautela y apreciación, calando en lo más profundo de mis pensamientos, queriendo revelarlos.

—Él me ama, me adora, y no puedo fallarle. Por favor, Noah. Por favor, no permitas que lo engañe —rogué entre lágrimas, que él secaba a medida que fluían. Nunca fui alguien sentimental, jamás me mostraba delante de nadie tan frágil y débil, pero no podía contenerme. Sentía como si una tormenta hubiera colapsado en mi pecho y necesitaba dejarla salir.

—No llores, muñeca. Me mata verte así. —Me abrazó hacia él y retomó las suaves caricias que me daba en mi espalda cuando estaba sentada sobre el asiento. Era lo más cerca que había estado de él en semanas, y fue hasta que estuve contra su cuerpo que supe lo mucho que deseaba sentirlo.

—No quiero herirlo, no lo merece —farfullé con un sollozo.

—¿Lo amas? —La mano que mantenía en mi espalda tembló y su pecho se expandió entre respiraciones forzosas. Le temía a mi respuesta. yo también temía contestarla.

—Noah, yo... —titubeé, enfrentando su profunda mirada, una que no podía leer con claridad. ¿Por qué le importaba si lo amaba? ¿Qué diferencia haría? Yo no iba a dejar a Aarón por él. Le había hecho cientos de promesas que no rompería por algo físico con Noah—. Sí —dije al fin.

—¿Sí lo amas? —Su sujeción se hizo más fuerte, a un punto cercano al dolor. Me estremecí, recordando la última vez que me retuvo—. No te haré daño, Audrey. No más del que tú me haces a mí.

—¿Cuándo te he herido? —repliqué sin que mi voz reflejara mis emociones.

—Justo ahora —musitó sin dejar de mirarme de esa forma fiera y caliente que derretía todos los circuitos de mi cerebro. Resistirme era tan doloroso como sentir su tacto.

—No lo entiendo. —Él sonrió de manera triste y gastada, como si todas sus ilusiones se hubieran esfumado.

—Eres tan dulce e inocente, Audrey —pronunció mientras paseaba sus dedos por mi mandíbula, escalando por mi oreja hasta detenerse en mi nuca.

Mis poros reaccionaron ante su toque, al igual que el resto de mi cuerpo. Mis miembros perdieron su constitución y se volvieron blandos y dóciles, sometidos a lo que sus caricias provocaban.

—¿I-inocente yo? —balbuceé afectada por su tacto.

—Es eso, o eres endiabladamente malvada, porque has logrado meterte en partes de mí que no deberías. ¿Dime qué eres, Audrey? ¿Un ángel que puede salvarme, o un demonio que me destruirá?

—Ninguna de las dos.

—O ambas —rectificó con la voz descompuesta. ¿Sufría de la misma forma que yo al estar tan cerca y no poder tener más?

—Bien sea que te salve, o que te hiera, jamás estuvo en mis planes.

—¿Aún quieres que me vaya? —Humedeció sus labios al concluir la pregunta y movió los dedos que mantenía en mi espalda baja por mis caderas, posándola en mi muslo. Para ese momento, mi deseo palpitaba con apetito carnal.

¡Debía alejarme de él de inmediato!

—No quiero, lo necesito. Y lo vas a hacer. —Me aparté de él—. Bájate, tengo que ir al taller.

—No lo haré, tú no gobiernas mi vida y mucho menos me das órdenes. Si prefieres vivir en el engaño de un amor inexistente, hazlo, pero no me pidas que deje atrás el único hogar que conocí solo porque “necesitas” que me aleje. Vete tú, si quieres.

Mantuve mis ojos fijos hacia el frente; demasiado nerviosa para mirarlo, demasiado cobarde para soportarlo.

Con mi vista periférica, noté que Noah se deslizó en el asiento, abrió la puerta y se bajó.

—Ya no eres bienvenido en casa —dije antes que cerrara la puerta.

—Dejaré de ir si Jace me lo pide —contrarió en tono altanero y luego se alejó, presionando tan fuerte sus pies contra el suelo que oí cada uno de sus pasos hasta que cruzó la calle.

Liberé un suspiro cansado y recosté mi frente sobre mis manos afianzadas al volante.

—Extraño mi vida aburrida y rutinaria —expresé entre murmulos.

## Capítulo 9

Noah me esperó en la entrada mientras me despedía de Olive. Ella, al verme, rodeó la barra y me llevó de la mano a una esquina apartada, como si fuera una niña pequeña que hizo una travesura y recibiría su castigo. Y sí, me porté mal ¿pero acaso ella lo sabía?

—¿Qué crees que haces? —Su mirada y el tono de su voz fueron acusatorios.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la tonta. Liam te vio con Noah cuando salió a fumar y me dijo que estaban cerca de tener sexo en cualquier momento. ¿No te da vergüenza?

Mis mejillas se calentaron. ¡Claro que me daba vergüenza! No estaba pensando en nada cuando me lancé a los brazos de Noah. Pero no tenía tiempo de reprocharme nada, estaba más preocupada por lo que Liam haría con esa información.

—¡Mierda! ¿A quién más le dijo?

El gesto de Olive se endureció aún más y sus ojos me fulminaron como si quisieran quemarme viva.

—¿Eso es lo que te importa? ¿Y qué me dices de Aarón?

—¿Por qué crees que lo pregunto? No quiero que nada de lo que pasó llegue a oídos de otros. Si la madre de Aarón se entera, se lo dirá a él y no quiero que lo sepa mientras esté en una jodida guerra, a kilómetros de aquí.

—Debiste pensarlo antes de besarte con ese tipo —espetó con desagrado. Noah no era santo de su devoción, no podía ni verlo, tanto así que decidió no ir más a mi casa mientras el *vecino indeseado* se mantuviera cerca.

Ignoré su comentario y di media vuelta para ir por Liam. Necesitaba hablar con él.

Olive me siguió, diciendo que no podía entrar ahí, que solos los empleados tenían permitido cruzar esa puerta, pero poco me importó. Hablaría con él a toda costa.

—¿Sigues aquí? Creí que, para esta hora, estarías en un motel follando con



el exconvicto. —Se burló el muy imbécil. Liam era muy atractivo, tenía hermosos ojos verdes, cabello castaño oscuro y rasgos proporcionados. Pero ni eso ni sus músculos definidos importaban cuando abría su jodida boca. Era un patán.

Me tragué mi orgullo con amargura y esbocé una sonrisa. Estaba en sus manos y de mí dependía que mantuviera lo que vio en secreto.

—Lo que viste, no pasó. ¿Entiendes?

—¿Y qué gano yo con eso? Soy un hombre de negocios, Audrey.

—No seas cretino. —Le reprochó Olive.

—Tú calla, esto es entre tu sexy amiga y yo. Es más, vete de aquí si no quieres perder el empleo.

Olive me miró con tristeza, no queriendo dejarme sola con su jefe, y luego se fue. Renunciar a su trabajo en *Holly's* y a las propinas que ganaba cada noche no era una opción para ella.

—Te escucho —dije con altivez y crucé mis brazos sobre mi estómago para cubrir la piel expuesta que él miraba con lascivia.

—Sin altanerías, Gunnar. Recuerda lo que está en juego.

Apreté la mandíbula y volví a callar, sumisa. Era eso, o meterle un puñetazo en la quijada.

—A ver, estoy pensando en lo que pudiera pedirte. —Recorrió mi cuerpo con la mirada, sin dejar nada a la imaginación. Me deseaba, no tenía dudas. Se me había insinuado miles de veces, y aunque el tipo estaba como le daba la gana, me valía muy poco. Él era como un perfume de bonito empaque, pero con fragancia barata y asquerosa.

—Saca eso de tu cabeza porque no pasará.

—¿Ahora lees mentes? —Se mofó—. ¡Vaya! Eres una cajita de sorpresas.

Giré los ojos y sacudí el pie con impaciencia. No tenía tiempo para sus juegos, Noah me estaba esperando en la entrada y lo último que necesitaba era que me buscara.

—¿Sabes qué? Di lo que quieras, a fin de cuentas, hacer tratos con el diablo nunca termina bien.

—¿Segura? —Enarcó una ceja y sonrió con malicia—. ¿No te importa que el infeliz de Aarón sepa que su mujercita es una zorra?

—¡Vete a la mierda! —Salí de su oficina como una bala después de

gritarle aquello. Nadie me iba a amedrentar y menos él.

Estaba tan ofuscada que no me fijé por dónde iba y choqué contra un cuerpo macizo. El de Noah.

—¡Eh! ¿Qué pasó? ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Asentí de forma automática y luego, sin pensarlo mucho, lo tomé por la muñeca y lo conduje hasta el centro de la pista, mezclándonos con el conglomerado de cuerpos que bailaban al ritmo de *Si te Vas* de Marc Anthony. Conocía algunas de sus canciones, el DJ era latino y se aseguraba de que cada noche ese estilo de música se dejara escuchar, y el público la disfrutaba. Apenas comenzaba a sonar salsa, la pista se llenaba.

—Baila conmigo. —Tomé su mano izquierda y posicioné la derecha en mi cintura. Noah parecía desconcertado y tuve que ayudarlo un poco—. Relájate, yo te enseño. —Le dije al oído, la música sonaba fuerte y quería asegurarme de que me escuchara.

—Sé bailar —afirmó, apretándome contra su cuerpo—, pero estoy bastante confundido por tu repentino interés.

—No le des vueltas, Cohen. Solo disfruta.

Sonreí con picardía y moví mis caderas sobre las suyas, incitándolo a bailar. Eso fue suficiente para que él irguiera su postura y, con total maestría, se moviera con soltura al ritmo de la salsa boricua, tomando el control de todo el asunto. Debo decir que me sorprendió muchísimo con sus movimientos de cadera, que nada tenían que envidiarle a ningún bailarín profesional. Él era atractivo, sexy y peligrosamente caliente; la receta perfecta para dejarme alucinada y deseosa por descubrir en qué más era talentoso. Al momento que el tema *Vivir mi Vida* —del mismo cantante— se mezcló con *Si te Vas*, la locura se instaló y moverse con soltura se hizo cada vez más difícil. Sin espacio suficiente, nuestros cuerpos sudorosos se estrecharon y sucedió lo inevitable: nos besamos. Lo hicimos como si fuera la primera vez, como si la espera se hubiera alargado por largos años, como un par de moribundos que solo sobrevivirían uniendo sus labios... Mi cuerpo se encendió, él suyo igual... Y tuvimos que detenernos.

Aún cerca, nos miramos por lo que pudieron ser segundos o minutos, totalmente hechizados por lo que ambos sentimos al calor del momento, compartiendo a través de nuestros ojos lo que sobraba decir con los labios.

—Lo lamento —pronuncié con un quejido ronco, escondiendo mi rostro

en el hueco de su clavícula. Sus manos temblaban en mi cintura y su pecho fornido se sacudía intempestivamente al ritmo de su respiración.

Me dominó el deseo, el frenesí de mi errático y repetitivo comportamiento, y de nuevo, fallé.

—No lo hagas, Audrey. No desprecies nuestros besos, ninguno de ellos. Por hoy, olvidemos lo incorrecto de esto. Por esta noche, seamos solo tú y yo.

¿Cómo le decía no a esa dulce petición? ¿Cómo rechazar lo que yo misma deseaba con la misma desesperación? No pude, me era imposible.

Me despegué de él lo suficiente para mirarlo a los ojos, y con una sonrisa que no pude disimular, le dije: —Salgamos de aquí. —Si esa noche sería solo para los dos, no quería seguir en *Holly's*, donde todos podían ver lo que hacíamos.

Él también sonrió ampliamente y entrelazó sus dedos con los míos. Entre empujones y codazos, comandó la misión de escape que nos llevó a la salida. Una vez fuera, me besó de nuevo. Fue un beso que involucró más que labios. Hubo un baile juguetón entre nuestras lenguas y un montón de caricias de él en mi espalda y de mí en su pecho... un lugar que comenzaba a adorar. Requería de muy poco cuando se trataba de Noah, me tocaba y me derretía como hielo sobre las brasas, tan fácil y soluble como el agua expuesta al calor.

—¿A dónde vamos? —preguntó, cuando nos despegamos, no por querer hacerlo, sino por las risitas que escuchamos detrás de nosotros, que nos devolvieron a la realidad. Estábamos dando un espectáculo que seguro terminaría en boca de todos. Apenada, bajé la mirada y olvidé por completo mis planes. Y no, no porque nos vieran besándonos, fue por lo ruin de mi traición—. Audrey... —pronunció desalentado.

—¿Qué estoy haciendo? Él lo sabrá y luego... y entonces... —No pude terminar la frase. Era muy doloroso.

—Si es un buen soldado, hará su trabajo; y al volver aquí, me matará como merezco.

—¡Noah! —Lo reprendí. ¿Cómo podía decir eso?

—Yo lo haría, Audrey. Mataría a cualquiera que intentara tocarte un pelo —reafirmó con cara de malote. Odiaba esa faceta de él, era como estar en presencia del monstruo verde de *Marvel*. Se transformaba con la misma velocidad de un suspiro.

—Aquí nadie va a matar a nadie ¿me escuchas? Y deja de hablar así, que me indigna y me provoca dejarte solo. —No iba a alentar su actitud agresiva, y mucho menos a soportarla.

Mansito como una paloma, se acercó a mí y me abrazó. Hasta pena me dio haberle gritado así, pero él mismo se lo buscó. Eso de andar amenazando con matar a diestra y siniestra no era sano ni sensato.

—Perdóname, ¿sí? Soy un bruto cabeza hueca.

—Y un energúmeno, pedante y fanfarrón que me vuelve loca —añadí bromista, aunque cada adjetivo le cuadraba a la perfección.

—Insúltame todo lo que quieras, me lo merezco, pero no vuelvas a decir que te alejarás de mí. —No había imposición ni amenaza en el tono de su voz. Sonó más cercano a un ruego que a otra cosa.

Enternecida por sentir tal vulnerabilidad en él, le prometí que no lo haría, siempre que cumpliera con su parte. Pero él me hizo una promesa mayor.

—Por ti, muñeca, haré cualquier cosa que me pidas, así tenga que ponerme de rodillas y suplicarte como un desgraciado que no me dejes.

—No te pido que te humilles ni que hagas ningún sacrificio, solo que dejes de actuar como alguien que no eres —alegué, aún en sus brazos—. No imagino lo que fue de tu vida en esa prisión ni lo que tuviste que enfrentar, pero ahora eres libre, tus culpas fueron eximidas y tienes la oportunidad retomar tu vida. ¿Quieres desperdiciarla con una venganza infructuosa o con asesinatos innecesarios?

Negó con la cabeza.

—Entonces no es a mí a quien debes prometerle algo sino a ti mismo. Sea conmigo o sin mí, debes procurar ser el hombre que Juliet crio, aquel que se desvivía por ella y que, sin ningún interés, cargaba las bolsas de la señora Sonia, esa viejecita que vivía sola en su casa, a la que también le podabas el césped y le limpiabas las canaletas sin cobrar ni un centavo.

Él sonrió, recordando aquello.

—Su tarta de chocolate valía más que cualquier moneda.

—Algunos dicen que le echaba hierba.

—¡Mierda! Mataría por... quiero decir, me gustaría probar algo igual de bueno —corrigió de inmediato.

—Bueno, conozco en lugar en el que se acercan mucho.

—¿Me llevarás? —solicitó con carita de niño bueno.

Acaricié su mejilla y le di un beso tan dulce como su gesto.

—Ya veremos.

Después de eso, finalmente nos fuimos. Él en su auto y yo en el mío. Antes de partir, le dije que me siguiera, que había un lugar al que quería llevarlo. Un brillo extraño iluminó sus retinas ante mi petición, pero no iba por ahí la cosa. Él no se imaginaba lo que tenía planeado para los minutos próximos. Con los vidrios bajos, y la inconfundible voz de Demi Lovato cantando *Give Your Heart A Break* conduje hasta la intersección entre *Cottonwood Rd* y *Heritage Pkwy*. Una vez ahí, detuve mi *Honda* y esperé que Noah detuviera su auto al lado del mío.

—Prepárate, Cohen. Es hora de probar el viejo motor de tu *Torino* —dije con una sonrisa maliciosa. Él no tenía oportunidad alguna de ganar esa noche, por eso, aumenté la apuesta—. Si gano, tomaré tu turno de escuchar música en el taller. Si ganas tú, te daré lo que me pidas.

—Hecho —respondió, pisando el acelerador con ansiedad. El motor rugió y las llantas chillaron, preparadas para la acción.

—La meta está al cruzar *Mynat Road*. Salimos a la cuenta de tres —determiné, manteniendo mis ojos fijos en los suyos. Con mi pie presionando el embrague, y mi mano derecha posicionada en la palanca de cambios, inicié la cuenta regresiva hasta llegar al uno. Rápidamente, cambié a primera, pisé el acelerador y, a medida que avanzaba, guie la palanca hasta la tercera posición, aumentando la velocidad de forma proporcional. Noah me seguía de cerca, a un metro de traspasar mi auto, pero estaba segura de que no le había exigido la total capacidad a su motor. Podía dar más. De hecho, esperaba que lo hiciera. Quería saber si era tan buen conductor como mi padre aseguraba. La adrenalina se esparció por mi sistema y una sonrisa entusiasta se apoderó de mí conforme pasaban los segundos. Amaba la velocidad, lo llevaba en la sangre, y competir contra Noah resultó más excitante de lo que esperaba.

—Vamos, Noah. ¿Qué esperas? —pronuncié con impaciencia.

Quedaban pocos metros para llegar a la meta cuando hizo el último cambio que le permitió rebasar mi velocidad. Sonreí complacida, y hasta le concedí unos segundos de ventaja, antes de llevar la palanca de cambios a la penúltima posición. Con eso sería suficiente.

—¡Te veo en la meta, Cohen! —grité al pasar por su lado, segura de mi victoria. Segundos después, se hizo real.

—Sin duda, eres una Gunnar —dijo Noah cuando se detuvo a mi lado, una gran sonrisa se dibujó en sus labios, parecía feliz.

—Con todas sus letras. —También sonreí—. ¿Quieres la revancha?

—Nah, tal vez otra noche. ¿Qué me dices de ir a comer? Mi estómago ruge de hambre.

—Umm, sí. Quiero una apetitosa y grasienta hamburguesa de Cheo's Burger, con un enorme vaso de Coca-Cola fría y papas crujientes.

—Te sigo, muñeca. —Me dio un guiño seductor e hizo un gesto con su cabeza que indicaba ve adelante.

Puse en marcha el auto y, luego de un corto trayecto de no más de cinco minutos, llegamos a mejor lugar de comida rápida de Texas. El dueño era cliente de Gunnar's y un buen amigo de papá, lo que se traducía a un buen servicio y a papas extras, gratis. Al entrar, le señalé a Noah la cabina de la esquina a la izquierda y caminé a la caja para hacer mi pedido. Bueno, no tenía ni que decir "A", Xavier, el encargado de la caja, lo conocía al pie de la letra.

—Esta vez serán dos, una sin cebolla y con extra ketchup. —Él miró hacia la esquina donde estaba sentado Noah y luego a mí, sospechando quién era el personaje que me acompañaba esa noche.

—No lo digas —advertí antes de que mencionara alguna estupidez, me tenían cansada con eso del asesino exconvicto al que no le era permitida la entrada en ciertos lugares. Estaba considerando seriamente pedirle a Noah una copia del documento que lo absolvió y empapelar la maldita ciudad con ello.

—¿Decir qué? —Se hizo el idiota.

—De eso estaba hablando. —Puse unos billetes sobre la barra y caminé hacia Noah sin esperar el cambio. Me sentía un poco disgustada por la actitud de Xavier, pero antes llegar a Noah, cambié el gesto y fingí que todo era color de rosas a nuestro alrededor. Me ubiqué delante de Noah y puse las llaves del auto y el teléfono sobre la mesa.

—Bonito lugar —comentó, dándole un rápido vistazo al local. No tuve que mirar para apreciar a lo que se refería, estaba demasiado familiarizada con el sitio para necesitarlo, pero comprendí su interés. Cheo's combinaba

lo moderno con el estilo retro de una forma particular. Potentes luces fluorescentes iluminaban el amplio espacio en el que, diez cabinas con asientos forrados en cuero rojo—situadas a cada extremo de las paredes-, y al menos, ocho mesas con cuatro asientos cada una, ofrecían el acceso a unas cien personas. La noche del sábado era muy popular, pero como pasaban de las once de la noche, estaba bastante solitario. Lo sabía de antemano, por eso decidí ir ahí con Noah. Lo menos que quería era un aquelarre en medio de nuestra comida.

Los pisos eran lucidos, coloridos y muy vistosos, combinando el tono fucsia, verde y el amarillo sobre la base de un beis pálido, con figuras geométricas y otras no tan definidas, estableciéndose en cada tramo visible. Era algo muy cercano al arte abstracto o alguna cosa de esas; yo de arte sabía lo mismo que de tailandés. Pero lo que llamaba más la atención era la vieja rockola de luces de neón ubicada en la pared central del establecimiento; y lo más asombroso: todavía funcionaba. En ese momento, reproducía *Steady As the Rain* de *Dolly Parton*.

—Y buena música —añadí a su comentario.

—Eso es algo discutible —rebatí de buena gana.

—Mejor dejémoslo así, no quiero pelear más por hoy.

—¿En serio, Audrey? ¿Dolly Parton?

Giré los ojos y bufé, fingiendo un disgusto que no sentía.

—*Si usted quiere disfrutar del arcoíris, tendrá que soportar la lluvia*<sup>[2]</sup>.

—¿En serio, Noah? ¿Dolly Parton? —Me burlé cuando citó una frase de la cantante.

—Mi madre la adoraba, no me preguntes la razón. O sí, hazlo, y te diré esto: no tengo puta idea.

Reí sonoramente y con gusto por primera vez en semanas. Me sentía ligera y muy contenta, obviando a propósito el chaparrón que me caería encima la mañana siguiente, cuando me tocara enfrentar las consecuencias de mi locura.

Seguíamos hablando de música cuando Jennifer, una de las mesoneras del lugar, llegó con nuestra comida. Enseguida, deslizó una bandeja para cada uno sobre la mesa blanca de acrílico y, sin pronunciar palabra, se marchó. Se comportaba de forma extraña, ella siempre fue una chica muy conversadora, pero, al parecer, también tenía un problema con la estancia

de Noah en el local. Oculté mi decepción con una sonrisa y actué lo más natural posible, conservando el buen humor que reinaba entre los dos antes de que Jennifer apareciera.

—Me aseguré de que tu hamburguesa no tuviera cebolla —comenté mientras hundía una larga y crujiente papa frita dentro de un vasito con ketchup. Había notado que él siempre apartaba la cebolla cuando comía en casa —que era a diario— y por eso pedí la suya sin esa verdura.

Noah me regaló una sonrisa complacida, pero antes de sostener su hamburguesa, frunció el ceño, y susurró:

—¿Crees que hayan escupido en ella?

Mi estómago se hundió. ¡Él lo había notado!

Me molesté muchísimo por la actitud delatora de los empleados de Cheo's. Noah era inocente, pagó una jodida condena que no le correspondía, ¿y también tenía que soportar esa mierda?

—Larguémonos de aquí —dije levantándome como un tornado.

Noah desplazó su mano por mi muñeca, la acarició, y con una mirada tierna de esas que te ablandan hasta los huesos, me pidió que me sentara de nuevo.

—Es muy injusto.

—Tranquila, Audrey, peores cosas pasé en la prisión, y ni en mis jodidos sueños la comida olía como esta. —Al final de sus palabras, soltó una sonrisa que solo pude catalogar como hipócrita, de esas que emites cuando quieres ocultar tu dolor.

—Lo siento, quería que pasáramos un buen momento —murmuré, paseando mi dedo pulgar por el interior de su mano.

—Entiende algo, muñeca. Me importa muy poco lo que los demás piensen de mí, puedo con eso, lo que me jode es que te aflijas por su culpa.

—Claro que lo hago, me indigna que la gente tenga esos tipos de prejuicios.

—Y tienen motivos de sobra, Audrey. Fui condenado.

—Pero eres inocente.

—Yo lo sé, tú lo sabes... hasta Jace lo hace, pero ellos no me conocen. ¿Por qué creerían en mi inocencia?

Tenía razón, nadie iba a confiar en él tras aquel terrible suceso, para el



resto, resultó más fácil aceptar que Noah fue un asesino sanguinario que creer ahora en su inocencia, y lo peor del caso era que él no se defendía de ninguna manera. No lo entendía, Noah tenía pruebas que demostraban su absolución, pero no parecía preocupado por demostrar nada.

—Olvida eso y come tu hamburguesa —pidió, empujando hacia mí la bandeja que contenía los alimentos que tanto ansié disfrutar de camino ahí, pero que ya no me apetecían—. Vamos, hazlo por mí. —Me miró atento.

Yo titubeé entre él y el plato de comida.

—Bien. —Acepté con un resoplido—. Comeré la estúpida hamburguesa y luego nos iremos.

Mastiqué con desgano el primer bocado, pero mis papilas gustativas se activaron con el delicioso sabor de la mejor hamburguesa de todo Texas, y dejé de combatir. Comer era uno de mis placeres culposos, y Cheo's, el lugar en el que se hacían realidad.

—¿Con una será suficiente? —preguntó Noah con una sonrisa torcida. Él también estaba devorando la suya, pero no apartaba la mirada de mí, como si verme comer fuese todo un *show* que no quería perderse.

—¿Te sorprende? Me has visto comer por semanas. —En mi plato solo quedaban algunas papas y un bocado de pan.

—Por eso lo decía.

—Estoy bien así. ¿Tú?

—También, comí algo más temprano.

—¿Así que tienes comida en tu casa? ¡Vaya, no lo hubiera imaginado! —ironicé.

—Y una cama muy grande, por si quieres pasar la noche conmigo —pronunció con voz ronca, sensual, provocadora...

Sentí que la glicemia se me bajó, que el aire se escurrió del local, que perdía la conciencia... Esa propuesta era... ¡uff! Me acaloró de tal forma que comencé a abanicarme con la mano frenéticamente. En ese momento, mi teléfono comenzó a sonar y, tan nerviosa como estaba, lo contesté sin verificar el remitente. Era Aarón. ¡Quería morirme! Hablar con él teniendo delante a Noah sería muy incómodo.

—Audrey ¿estás ahí? —preguntó, escuchándose preocupado.

—Sí, dame un momento. —Me levanté del asiento sin hacer contacto

visual con Noah, estaba tan apenada que no fui capaz, y salí del establecimiento para tener un poco de privacidad.

—Escucha, mi amor, me permitieron hacer esta segunda llamada porque mañana tenemos una misión importante y quería decirte algo por si todo sale mal.

—No te atrevas a despedirte de mí, Aarón. No lo hagas —dije con la voz rasgada. A Seguí queriéndolo, me preocupaba por él, y me llené de miedo al imaginar que su vida terminara a causa de una guerra que seguía sin encontrarle el sentido.

—No quiero hacerlo, mi amor, pero...

—¡No!

—Es que necesito decirlo, necesito que sepas que pienso en ti a cada momento, que te amo, que saber que estás esperándome es lo único que me da fuerza en medio de este infierno. Tú me salvas cada día, eres mi ángel, mi más grande amor, mi mayor tesoro... Te extraño, te necesito, y sueño cada maldita noche por tenerte entre mis brazos. No sabes lo difícil que es estar tan lejos de ti, las dudas que me atormentan, el miedo de que encuentres a otro hombre y te pierda. Eso me asusta más que las jodidas balas, bebé, me paraliza.

*¡Dios! ¿Acaso alguien le dijo algo? ¿Y si me estaba probando?*

*Mis pálpitos se incrementaron y todo mi cuerpo entró en tensión. ¿Qué carajos iba a decirle? ¿Cuánto más debía fingir? ¿Cuánto más mentir?*

—¿Audrey? ¿Sigues ahí?

—Sí, lo siento, es que cuando llamas para decirme que algo puede salir mal... yo... Te amo y quiero que regreses a salvo. ¿Me lo prometes? —Si bien era cierto que no lo amaba como antes, aún me preocupara por él. Aarón seguía siendo alguien muy importante para mí.

—No puedo hacerte esa promesa, Audrey, solo puedo asegurarte que esté donde esté siempre voy a amarte, y que tú... mi vida... —Su voz comenzó a perderse, había interferencia y se cortaban las palabras.

—¿Aarón? ¿Sigues ahí? —Miré la pantalla y vi que llamada había terminado.

—Ahora sé que lo eliges a él. ¿Fui una opción alguna vez? —dijo Noah detrás de mí y luego pasó por mi lado a toda velocidad en dirección al estacionamiento.

—¡Noah, espera! —grité mientras lo seguía. No se suponía que él escuchara nuestra conversación—. Él llamó para despedirse, tiene una misión...

—Me importa una mierda. —Se subió a su *Torino*, lo encendió y arrancó como un demente, haciendo chillar las llantas contra el pavimento.

# Capítulo 10

Ingresé al local para ir por las llaves de mi auto y corrí de regreso al estacionamiento para intentar alcanzar a Noah, tenía que explicarle porqué le hablé así a Aarón. No sabía a dónde iba, pero la ruta que tomó conducía a casa, así que seguí la misma dirección y, en un par de minutos, vi el *Torino* frente a la puerta de su garaje. Frené a un costado y me bajé, cerrando la puerta con un azote. Enojada, caminé hacia el interior del garaje donde Noah, con un humor del quinto infierno, golpeaba un saco de box que colgaba del techo mientras gruñía palabras ininteligibles. Los músculos de su espalda se distendían y flexionaban, y una gruesa línea de sudor formaba una mancha desproporcionada en su camiseta gris claro por el esfuerzo que empleaba con cada embate, y por la calidez que reinaba en el garaje. Sin ningún ventilador, y con el verano anclado en el calendario, aquel lugar parecía un horno. Era tanta su determinación y su furia que no notó mi presencia. Consciente de eso, minimicé mi propia ira y le hablé en tono sereno.

—Noah, habla conmigo. —Sus golpes cesaron al escuchar mi voz, pero no me habló ni volteó a mirarme. Solo se quedó ahí, sosteniendo el saco entre sus manos y respirando de forma irregular.

Yo también callé, era lo mejor.

En medio de su silencio, y con una paciencia que no conocía poseer, esperé que estuviera listo para hablarme.

Cinco minutos pasaron antes de que soltara el saco.

Cinco más para que diera media vuelta y me enfrentara.

Y de ahí en adelante, perdí la cuenta. Era imposible cronometrar algo mientras me miraba con aquellos ojos que conjuraban un hechizo sobrenatural y poderoso sobre mí. Nunca creí en las almas gemelas ni en leyendas fantasiosas, pero él me hacía dudar de mis convicciones, de la lógica, de mi moral...

—Tú no entiendes, no tienes ni puta idea de lo duro que es para mí mantener la distancia y no hacer lo que mi sangre, mi cuerpo y mi maltrecho corazón suplica cada segundo del día. —Se golpeó el pecho con la palma

abierta—. Quiero besarte mil veces al día, quiero dormir contigo cada noche y despertar con tu calor pegado al mío, quiero ser el único en tu vida, Audrey. El único al que le digas te amo, el único hombre que te haga el amor. Y hoy me diste ilusiones, me hiciste creer que te importaba al menos un poco, pero ahora sé que lo amas a él, a él y no a mí, maldita sea. —Le propinó un nuevo golpe al saco de box y me dio la espalda.

—Noah, yo no... —Puse una mano en su espalda, pero él se apartó y me interrumpió, gritando.

—¡No me mientas! Te escuché, estaba ahí cuando le dijiste casi llorando que lo amas, que lo quieres de regreso. ¿Qué soy yo entonces? ¿Qué mierda significo para ti, Audrey? ¡Respóndeme! —Estaba furioso, fuera de sí, y odiaba cuando se ponía en modo energúmeno.

—¡Si me hubieras dejado hablar, lo sabrías! —Me giré para irme del garaje, pero él me tomó del brazo, obligándome a enfrentarlo.

—¿Lo amas? —Hizo la pregunta en un tono más calmado, aunque sus ojos seguían reflejando impaciencia.

—No, ya no. —Desvelé. Apenas murmuré la respuesta, selló mi boca con un beso rudo y lleno de ansiedad. Mi cuerpo reaccionó de forma automática y pronto me encontré devolviéndole el beso con la misma intensidad que él demandaba. No había nada dulce en lo que estaba sucediendo entre nosotros, éramos todo pasión y desenfreno, lujuria en su máxima expresión. Él ya no solo me besaba, también me acariciaba, paseando sus manos entre mi espalda baja y mi trasero, empujando mi pelvis contra la erección que creció en cuestión de segundos.

—El único, Audrey —murmuró antes de trazar un camino de besos de mi boca hasta el escote de mi pecho. Segundos después, desabotonó mi camisa y, por encima de mi top, —la única prenda que quedaba por quitar pues no estaba usando sostén— ahuecó mis senos y tocó mis pezones con sus pulgares.

—Noah... —jadeé extasiada. Mi excitación cobraba más fuerza con cada minuto que pasaba sintiendo sus manos en mí—. Quiero... quiero más.

—¿Mis labios aquí? —preguntó, pellizcando con sus dedos las protuberancias de mis pechos.

*¡Ah! ¡Qué delicia!*

—No solo besos, quiero... quiero que me tomes —declaré sin vergüenza. Lo deseaba tanto que comenzaba a perder el juicio.

—No —rechazó, dando enérgicos pasos hacia atrás—. No hasta que tu corazón me reconozca, hasta que me ames tanto que no tenerme te duela... hasta que sientas que sin mí no puedes vivir.

Resté el espacio que volvió a crear entre los dos y, mirándolo a los ojos, pregunté:

—¿No te basta con saber que pienso en ti todos los días?

—No, no es suficiente. Quiero todo de ti, Audrey Gunnar. Todo. Tu cuerpo, tu mente, tu alma y tu corazón —respondió sin apartarse.

—¿Por qué? Tú lo dijiste aquella vez, solo querías joder entre mis piernas.

—Mentía, Audrey. Yo no soy el tipo de hombre que solo jode, yo necesito más.

—¿Y si nunca llegara a amarte?

—Reafirmarías mi creencia —musitó con una tristeza tan profunda que fue difícil de ignorar.

—¿Cuál creencia?

—Que no fui hecho para ser amado.

—Noah, no... —Me lancé sobre él y lo abracé con fuerza—. Voy a amarte, te lo prometo. Solo dame tiempo ¿sí?

—Joder, Audrey. No me prometas nada, no quiero mendigarte un cariño que no puedes sentir. Por favor, no lo hagas —dijo tenso.

—Pero sí te quiero —afirmé mirándolo a los ojos.

—No, no lo haces, solo te resulto jodidamente atractivo —sonrió con fanfarronería.

—¡Claro que te quiero! No del modo obsesivo que describiste minutos antes, pero te quiero.

—¿Obsesivo? ¿Así le llamas a lo que siento por ti?

—¿Sí?

—¿Eso es una pregunta, muñeca?

Enarqué una ceja.

Él sonrió con guasa. ¿Pero en qué momento pasó de ser *Hulk*, a Bruce Banner?

—Obsesión, frenesí, locura, devoción, amor, deseo, pasión, brío... Eso y más, Audrey —declaró, acercándose hacia su cuerpo, torturándose con su proximidad.

—¿Y los besos? ¿También están condicionados? —pregunté, rogando que su respuesta fuera no, pero él encontró una mejor forma de contestarme, una que no requirió ninguna palabra: me besó, esta vez de una forma dulce y cariñosa.

—Esto está tan mal, pero se siente tan jodidamente bien —musitó dirigiendo sus labios una vez más a mis pechos. Bajó mi top hasta mi cintura y tomó uno de mis senos con una mano mientras lamía la protuberancia del segundo. Lo hizo varias veces, cada vez sintiéndose mejor y más intenso. Me estaba volviendo loca, me encontraba a segundos de arrancarle la ropa, subirme sobre él y hacer lo que estaba postergando por su estúpido ego masculino.

—A la mierda todo, yo también quiero más. —Me sujetó de la muñeca y me condujo hasta el interior de su casa, accediendo por la puerta lateral que comunicaba el garaje con la cocina. Cruzamos la sala en penumbras y, cuando llegamos a la sala, me pidió que me sentara. Apoyé mi cabeza en el descansabrazo mientras él encendía una lámpara que reposaba en una mesita de madera. Mi corazón estaba alterado, todo mi cuerpo se encontraba en estado de ebullición, ansioso, anhelante. Había aguantado mis ganas por mucho tiempo, desde aquel primer momento en el garaje, y juro que nunca estuve tan excitada en mi vida.

—¿Dónde están tus sexys pantalones cortos cuando más los necesito? —rechistó, tirando de los cordones de mis botas.

—Pensé que odiabas que los usara —repliqué sin aspereza.

—No, odio que los uses delante de alguien más —respondió sin abandonar su tarea. Las botas cayeron sobre el suelo de madera haciendo un sonido hueco; primero la derecha, luego la izquierda. Resuelto el primer obstáculo, se inclinó sobre mi estómago y lamió el orificio de mi ombligo con movimientos circulares. Mi pelvis palpitaba dolorosa y rítmicamente, alentada por sus incitaciones. Estaba famélica por sentir su boca, sus dedos, su hombría... Lo que me quisiera introducir en mi sexo. ¡Pero lo quería ya!

—Estoy tan duro, muñeca. Sería tan fácil bajar tus pantalones y embestirte de una sola estocada —pronunció sobre mi pelvis.

¡Sí, hazlo!, grité en mi interior. Era todo lo que quería, todo lo que necesitaba.

Mi corazón se detuvo cuando sentí sus dedos en el borde de mis jeans. ¡Él

iba a hacerlo! Y no tardó mucho en deshacerse de mis jeans y dejarme semidesnuda de la cintura para abajo. No estaba sucediendo de una forma romántica ni en el mejor lugar del mundo, pero me importaba muy poco, lo único que quería era sentirlo dentro de mí.

—Eres perfectamente hermosa —murmuró y se arrodilló en el suelo para besar mis tobillos, uno a uno, escalando con suaves besos por mis piernas, rodillas, muslos... hasta llegar al lugar donde más lo ansiaba.

—Malo. —Me quejé cuando no me besó ahí, sino que avanzó a mi abdomen.

Noah se rio y continuó besando mi torso con devoción y lentitud agónica. Me estaba matando.

—Déjame disfrutarte, preciosa —susurró contra mis labios y en breve penetró mi boca con su prodigiosa lengua, esa que quería recorriendo el espacio entre mis muslos.

—Yo también quiero disfrutarte. —Llevé mis manos al borde de su camiseta y comencé a empujarla hacia arriba. Quería tocarlo, acariciar su piel con mis manos, apreciar las sinuosidades de sus pectorales y las líneas que convergían en su maravilloso torso... sentirlo. Y eso fue justo lo que hice cuando su camiseta salió, toqué su pecho con suaves caricias, recorrí su abdomen marcado, me deleité con su piel...

—No esta noche, *chica traviesa* —advirtió, subiendo mi mano de regreso a su estómago cuando la llevé muy cerca del bulto que marcó su miembro. Pataleé en mi interior como una niña malcriada a la que le negaron una paleta... ¡Uff! Y estaba ansiosa por lamer esa en particular.

Él siguió disfrutándome, viajó por mi cuello con besos y lamidas estimulantes, encontró su camino hacia mis pechos, se apropió de mis senos, turnando entre ellos con su boca y manos.

—Preciosos —musitó antes de pellizcar con sus dientes mi pezón derecho.

—¡Ah! ¡Ay! —exclamé, arqueando la espalda. Sentí un estallido de dolor y placer a la misma vez.

—Lo siento, muñeca —dijo con mimo, suavizándolo con su dedo índice y pulgar.

—Me gustó —admití. Quería más de eso, muchas veces, y él me lo concedió, mordisqueando el segundo. Después, repartió besos suaves debajo de mis pechos, costillas, vientre... hasta encontrarse con el borde de mis



bragas. Esperaba que esta vez no lo omitiera.

Noah respiró profundamente sobre mi Monte de Venus y de inmediato exhaló, inundándome con la calidez de su aliento—: Hueles divina, Audrey Gunnar, y debes saber mil veces mejor —aseguró, encontrando mi mirada desde su posición entre mis piernas.

*¡Sí! ¡Pruébame ya!*, estuve por gritar, pero no quería anticiparle mi desesperación.

—Dime cuánto lo deseas.

*¡Mierda! ¿Me hará rogar?*

—Noah, no juegues conmigo. —Traté de no sonar ansiosa, pero mucho hice con hilar cuatro palabras.

—Dímelo, Audrey. Dímelo ahora y prometo que no te haré esperar más— insistió, paseando sus dedos por el bordillo de mis bragas.

—Solo tócame y verás cuánto. Lo que encuentres entre mis piernas, se debe a ti, solamente a ti. —Mi respuesta lo convenció. Y con un tirón fuerte, rompió mis bragas de encaje y hundió sus dedos en mi interior.

—¡Mierda, Audrey! Estás empapada. Me deseas jodidamente tanto. — Separó mis piernas e inclinó su rostro en el interior de mis muslos, acomodando antes mis extremidades sobre sus hombros. Contuve el aliento los primeros segundos... dos o tres, a lo sumo, y luego, liberé mi respiración y me desplomé en gemidos. Noah era un dios de la felación, lamía el espacio entre mis pliegues con su lengua, al tiempo que incitaba mi punto sensible; aquel que, tan hinchado y necesitado como estaba, no requería más que roces para deleitarme de placer.

—¡Oh, Noah! ¡Sí! ¡Sí! —grité cuando su boca se cerró sobre mi montículo, succionándolo insistentemente hasta que alcancé el máximo potencial de mi orgasmo. Era la primera vez que un hombre me llenaba de tanto placer. Tuve mis momentos con Aarón, no diré que era un mal amante, pero Noah fue... magnífico.

Mis piernas cayeron como peso muerto a los costados del cuerpo de Noah cuando la tensión del orgasmo me abandonó. Él se cernió sobre mí y me dio un beso suave en la boca para luego abrazarme, colocándome de costado en el sofá. No pude ignorar el inmenso bulto que colisionó contra mi pelvis cuando me estrechó hacia él, y me pregunté por qué no me permitía encargarme de ello.

—¿Te asustaría mucho si te digo que te amo? —susurró en mi oído—. No tienes que decir nada, sé que es muy pronto, que no debería...

—No me asusta. —Lo interrumpí.

—¿No?

—No, me hace quererte más.

—¿Sí?

—Sí, Noah Cohen, te quiero más a cada segundo. —No mentía. Y hasta creo que, en ese momento, ya lo estaba amando, pero no iba a pronunciar aquella palabra mientras siguiera atada al embrujo de lo que acababa de pasar. Lo haría solo cuando estuviera segura.

—Vas a amarme —profetizó, sonriendo más de lo que creí que era posible.

—Te amaré. —También sonreí.

Eran más de las dos de la mañana cuando nos despedimos entre besos y mimos. Él no quería dejarme ir tanto como yo no quería marcharme, pero tenía que hacerlo. Mi padre no estaba enterado de nada de lo que estaba pasando y lo menos que quería era que, al despertar, descubriera que pasé la noche en casa de Noah y no en mi cama. Y se lo diría, pero de una forma menos abrupta. Entré a mi habitación para intentar dormir, porque lo más probable era que no pegaría ni un ojo después de lo que pasó en la sala de Noah, que fue intenso y sumamente placentero. Recordarlo me ponía caliente, quería volver con él y suplicarle que lo hiciera de nuevo... mil veces más, de ser posible.

Acalorada por aquellos pensamientos pecaminosos, me desvestí de camino al baño y me metí debajo de la ducha, abriendo el grifo del agua fría... la temperatura que requería para intentar aplacar mis deseos. Pero más que el agua helada, lo que logró empujar a segundo plano lo que experimenté con Noah fue el recuerdo del hombre que me abordó detrás de Holly's. ¿Quién era? ¿Por qué quería conocerme? ¿Y si venía a buscarme mientras dormía? ¿Qué tanto sabía mi padre de él? ¿Era peligroso? Esas y muchas más interrogantes me abatieron, provocando que mi cuerpo se sacudiera con un pasmoso temblor, que nada tenía que ver con la temperatura del agua, estaba acostumbrada a ducharme así. Cerré el grifo y me sequé con una toalla limpia que colgaba del toallero de mi baño y luego me cubrí con ella para volver a mi habitación. Una vez ahí, le puse seguro a la puerta y fui a comprobar la

ventana. Quizás estaba siendo paranoica, pero mi instinto me decía que fuese precavida. Observé con apreciación el terreno llano que formaba parte de nuestra propiedad y lo hallé solitario y silencioso, como cualquier otra noche. Aunque, dada la escasa iluminación de las luces exteriores que colgaban a cada extremo de la casa, solo podía vislumbrar unos pocos metros de la explanada, cualquier persona podía esconderse detrás del roble anclado al oeste del terreno y observarme desde las sombras. Me estremecí una vez más. Sin perder más tiempo, cerré las cortinas y caminé hacia el buró donde guardaba mis pijamas y mi ropa interior. Saqué un conjunto blanco de algodón de pantalón corto y camiseta de tirantes y me lo puse enseguida. Cuando estuve vestida, me debatí si debía o no tomar el revólver que guardaba en el último cajón, entre las medias.

Un par de minutos después, sostenía en mis manos la *Smith & Wesson 625*<sup>[3]</sup> que mi padre me obsequió cuando cumplí la mayoría de edad y verificaba que estuviera cargada. Lo estaba. Apagué la luz de mi habitación y me acosté en la cama, escondiendo el revólver debajo de mi almohada. Si ese hombre se aparecía en casa, estaría preparada.

Me disponía a apagar mi teléfono móvil cuando recibí un mensaje de *WhatsApp* de Noah.

*«Duerme tranquila, chica traviesa. Yo te cuidaré».* Sonreí. Él estaba pensando en mí y prometía cuidarme. ¿Podía ser más dulce?

**«Gracias por preocuparte, chico sexy. Trataré de hacerlo»**, añadí un emoji de un beso.

*«Sexy ¿eh? ¿Alguna otra cualidad que posea?».*

**«¿Quieres una lista? Mmm... mejor otra noche. Necesito tratar de dormir y pensar en eso me quitará el poco sueño que tengo».**

*«Yo no dormiré, aún conservo tu sabor en mi boca y tu imagen en mi mente».*

Un ardor me recorrió desde la cabeza a los pies al recrear en mis recuerdos la escena que protagonizamos sobre aquel sofá. ¡Uff! ¡Cómo me excitaba ese hombre! Para mi desgracia, pasarían horas antes de que pudiera estar a solas de nuevo con él para repetirlo y, si tenía suerte, ir más lejos que eso.

Pensando en las horas siguientes, me pregunté qué pasaría cuando viera a Noah en la mañana, ¿sería capaz de resistir la tentación de besarlo como tanto ansiaba? No estaba segura y no iba a dejarlo al azar.

«**No vengas a desayunar en la mañana**», le escribí. Necesitaba hablar con mi padre a primera hora, no solo de él, también del hombre desconocido, y con Noah presente, no sería posible.

La palabra *escribiendo* apareció en el borde superior del chat y pronto su respuesta se hizo visible.

«*¿Te arrepientes de lo que pasó? ¿Hice algo mal?*».

«**¡No! Todo fue perfecto. Solo necesito aclarar las cosas con mi padre antes de verte de nuevo. Temo que tu presencia me ponga en evidencia delante de él y no quiero que se entere de esa forma**».

«*¿Qué le dirás?*».

«**Que terminaré con Aarón y le hablaré de lo que siento por ti. ¿Acaso pensabas que le contaría lo que hicimos en tu casa?**».

Escribir el nombre de Aarón me turbó, lo había engañado con Noah y, aunque disfruté del momento, no podía dejar de cuestionarme lo incorrecto que fue. Solo con pensar lo duro que sería para él conocer la verdad me llenaba de incertidumbre. En el calor del momento, me olvidé de todo; incluso, fue necesario que Noah me hiciera esa pregunta para que lo recordara. ¿En qué clase de mujer me convertí? ¿Y si Dess y yo éramos más parecidas de lo que Noah afirmaba? Mi corazón se contrajo y mis ojos se llenaron de pesar. Me sentí fatal.

«*Mierda, no. Solo quería saber si le dirás de lo nuestro. No quiero mentirle a Jace*», respondió mientras yo intentaba contener las lágrimas.

«**Créeme, lo sabría de cualquier forma. Dimos un pequeño espectáculo en Holly's que estará en boca de todos a primer hora de la mañana**».

No le comenté lo que pasó con Liam por temor a que tomara represalias en su contra. Y también guardé para mí lo mucho que me preocupaba que la noticia llegara a oídos de Aarón antes de que pudiera hablar con él. Tendría que enfrentar sola las consecuencias de mis acciones.

«*Me importa una mierda lo que digan de mí, pero si llegan a atacarte... no sé de lo que sería capaz*».

Lo imaginé furioso, con los puños apretados y las venas sobresaliendo en su cuello, y mi corazón se desalentó. Eso era lo que menos quería, que se enojara por esto.

¿*Acaso siempre haré todo mal cuando se trata de Noah?*, me cuestioné

disgustada.

**«Me sé defender sola, Noah. No necesito que hagas nada por mí. Soy una mujer independiente y fuerte, no me trates como a una muñeca de cristal»**, dije a la defensiva. Tenía que demostrarle que no iba a romperme solo porque alguien me señalara con el dedo.

*«Sé que eres fuerte, Audrey. Pero odio que te veas en la posición de tener que defenderte por mi culpa. Nadie tiene derecho a decir una mierda de ti; y si lo hacen, me encargaré de que sea la última cosa que salga por sus jodidas bocas»*.

**«¡No comiences! Sabes lo mucho que me irrita que hables como un matón»**, añadí un *emoji* furioso y le di enviar. Antes de que obtuviera una respuesta, escribí otro mensaje.

**«Voy a tratar de dormir, tengo que levantarme en un par de horas. Buenas noches, Noah»**.

Apagué el teléfono y lo puse sobre mi mesita de noche. Le había advertido que no me gustaba que se expresara de esa forma y no iba a hablar con él mientras mantuviera esa actitud volátil.

Conciliar el sueño no fue tarea fácil, pero al final, entre vuelta y vuelta, me quedé dormida.

A las seis de la mañana, el insistente sonido de mi alarma me despertó. Lo apagué con un manotazo y me senté en el borde de mi cama, aún con los ojos cerrados. Estiré los brazos a los lados mientras bostezaba, y luego, con la punta de mis dedos, estrujé mis párpados para intentar abrirlos. Batí mis pestañas varias veces hasta que fui capaz de mantener los ojos abiertos, y fue cuando vi a Noah sentado en mi sillón orejero color púrpura, ubicado en una esquina de mi habitación, al lado de la ventana.

—Buenos días, preciosa. —Me saludó el muy atrevido.

—Pero cómo entraste, puse el seguro antes de dormir —pregunté indignada. Me emocionó verlo ahí, pero también me perturbó.

—Con la llave. —Se levantó del sillón y caminó hacia mi cama—. Te prometí que te cuidaría.

—No debiste hacerlo, te dije que quería hablar antes con mi padre. —Le reclamé, levantándome de la cama con un salto.

Él, sin tomar en cuenta mi enojo, me rodeó con sus brazos y besó el costado de mi cabeza.

—Perdóname, ¿sí? No quiero que estés enojada conmigo. Vine porque quería verte, porque odiaba que nuestra conversación tomara ese rumbo, pero te prometo que me iré sin que Jace lo note.

Relajé los brazos y los ubiqué alrededor de su cuerpo.

Noah exhaló y me estrechó más a él.

La dicha enseguida emplazó a la ira y el incesante palpitar de mi corazón me hizo sentir como una chiquilla enamorada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí tan plena y feliz.

—Noah... —pronuncié varios minutos después.

—¿Sí?

—Necesito hacer pis y cepillarme los dientes. —Estaba muy a gusto entre sus brazos, pero ya no podía aguantar más.

—¡Sí, claro! Lo siento. —Me soltó de inmediato.

—Dame cinco minutos.

—Te daré todos los que pidas, *chica traviesa* —dijo con un guiño.

—Mmm... creo que no me comporté a la altura de ese apodo. Tendré que buscar la forma de merecerlo —insinué en tono sugerente. Caminé lenta y sensualmente hasta el baño y cerré la puerta con seguro, prohibiéndole la entrada.

# Capítulo 11

Cuando salí del baño, encontré a Noah sentado de nuevo en el sillón, hojeando las páginas de una revista de mecánica que antes estaba sobre mi buró. Al notar mi retorno, me observó con detenimiento, saboreando mi silueta con una mirada profunda y notablemente excitada. Mis labios se curvaron hacia arriba cuando aprecié el bulto que, sin demora, se manifestó entre sus piernas.

—¿Mi padre sigue dormido? —pregunté, apoyándome contra el marco de la puerta, cruzando los brazos y las piernas.

Asintió enérgicamente sin apartar sus ojos de mi rostro. Era domingo, ese día papá dormía un par de horas más, era parte de su rutina y muy pocas veces la cambiaba.

—¿Eres silencioso?

—¿Qué? —Frunció el ceño.

Me acerqué a él y, arrodillada entre sus piernas, añadí—: Si abro la cremallera de tus pantalones y me pongo muy traviesa con esto —paseé mi mano por su miembro—, ¿vas a guardar silencio?

El rostro de Noah se tornó rojo, hasta sus orejas se ruborizaron. Y sus ojos, esos hermosos y expresivos ojos celestes como el agua clara del océano, se ampliaron como nunca antes vi.

—Audrey... no creo que... —Tragó un nudo a través de su garganta—. De-debería irme —balbuceó nervioso.

Verlo tan afectado incrementó mi libido y forjó mi determinación. Lo haría. ¡Claro que sí!

Desabotoné sus pantalones y bajé la bragueta sin esperar su aceptación. Noah se sujetó del asiento con ambas manos y, con ojos apreciativos, observó cómo liberaba su miembro erecto y lo tocaba desde la raíz hasta su hinchada cabeza. Era un grueso, largo y rosado.

—Audrey... —expresó con voz estrangulada. Solo lo estaba tocando, no hacía más que estudiarlo con ojos ávidos y dedos inquietos, y eso comenzaba a enloquecerlo.

—No olvides guardar silencio. —Le advertí sin dejar de tocarlo.

—Sí, sí —contestó alentado.

Lamí su miembro desde la base hasta su capullo y cerré mi boca en torno a él, succionando la cima y circundado el orificio con la punta de mi lengua.

—Sí. Así, mi amor —susurró, acatando mi advertencia de ser silencioso. Sus palabras me estimularon e intensifiqué el ritmo de mi felación. No mucho después, el calor de su cimiento inundó mi boca y me la bebí entera.

—Muy bien, *chico sexy*, te portaste muy bien. —Me levanté del suelo. Noah me miró a través de sus rizadas pestañas rubias y, con una sonrisa complacida, tiró de mí y me recostó sobre él.

—Te quiero tanto, Audrey Gunnar —musitó antes de posar su boca en la mía y besarme con fervor.

Me entregué a su arrebató y, sin darme tiempo a reaccionar, se abrió camino por debajo de mi pantalón y mis bragas y me penetró con sus dedos hasta que mi propia liberación me alcanzó. En mi caso, requerí de su hombro, y una extenuante mordida, para amortiguar mis gemidos. Yo era muy ruidosa cuando se trataba de sexo.

—¡Huy! Te dejé marcado —musité apenada cuando verifiqué su hombro.

—Sí, muñeca, tatuaste mi piel y también mi corazón. Cuando llegué aquí, lo estaba demasiado roto para volver a sentir algo tan fuerte y peligroso como el amor, pero te conocí y descubrí que eras más de lo que Jace me contaba, recordé a la niña ordinaria que no le importaba ensuciarse de polvo en un partido de béisbol, conocí a la hija que cuida y adora a su padre con todo su corazón, me enamoré perdidamente, Audrey Gunnar. —Besó mi sien y me recostó en su pecho. Su cuerpo emanaba calor, el aroma de su perfume se desprendía de su piel y me llenaba de calma. Me encantaba estar entre sus brazos.

—Me gustaría quedarme todo el día así, pegadita a ti —murmuré sintiendo mi cuerpo relajarse cada vez más.

—Y a mí, pero Jace está por despertarse.

—Sí, cierto. Mejor vete antes de que lo haga, te escribo cuando hable con él. —Me incorporé de su regazo y me quedé de pie cerca de él.

Noah se apresuró a recomponer su paquete dentro de su ropa interior y pantalones. Lo miré mientras lo hacía y sentí una imperiosa necesidad de volver a tocarlo, de devorarlo con mi boca una vez más.



—¡Umm! Mi chica traviesa tiene pensamientos impuros —manifestó, descubriendo en mi mirada y en mi rostro sonrojado lo que estaba pensando.

—Vete ya. —Lo rechacé cuando intentó acercarse a mí.

—Tranquila, muñeca. Solo quiero un beso.

—Bueno, uno pequeño y te vas —intenté sonar amenazante, pero no pude borrar mi sonrisa.

—Así. —Me dio un toqucito con sus labios en la mejilla.

—Bien, no tan chiquito e inocente.

—¿Cómo este? —Apenas rozó mis labios.

Giré los ojos y, apretando su camiseta en mis puños, lo acerqué a mi boca y le di un beso de esos que te dejan sin aire y con ganas de más.

—Creo que tienes un problema con la definición de pequeño —bromeó entre risitas.

—Ya, sal de aquí. —Lo empujé hacia la puerta.

—Pero que conste quien fuiste tú la que me atacó en primer lugar —dijo muy seriecito.

—Y tú, ni corto ni perezoso, te dejaste.

—Han sido diez años sin nada de sexo, Audrey. Ningún hombre puede soportar tanta tentación.

*¿No estuvo con nadie desde que salió de prisión? ¡Ay!, pero que calorón. Soy su primera en diez años. Siento como si acabara de tomar su virginidad.*

—Pero, pero... pudiste estar con cualquier otra.

—Sí, pero solo pensaba en ti, y no estoy tan jodido como para estar con otra imaginándote a ti. Seguro es una estupidez, pero... —Lo callé con un beso. No salvaje, no ansioso, un beso... cándido y amoroso.

—Te amaré mucho antes de lo que esperas —susurré abrazándolo.

—¿Mañana? —bromeó con una expresión divertida en sus labios.

—Tal vez esta noche —ironicé con el mismo tinte humorístico que él había utilizado—. Ahora sí debes irte, ya hemos tonteado demasiado con esto.

—¿Estás segura? —Lo empujé hacia la puerta—. ¿No quieres darme otro beso pequeño? —murmuró cuando ya estaba en el pasillo.

—¡Shhs! —Lo silencié—. Te llamo más tarde.

Cerré la puerta, sacudiendo la cabeza y sonriendo como no había hecho en

mucho, mucho tiempo.

\*\*\*

Mi padre leía la prensa mientras yo, diligentemente, lavaba los platos y demás utensilios que habíamos ensuciado con el desayuno. No supe si fueron los nervios por la conversación venidera o por cumplir un antojo que decidí hacer *hot cakes*, una opción que tomó más tiempo de lo que conllevaría preparar huevos y pan tostado. Sequé cada taza, plato, cuchara y vaso que lavé y los puse meticulosamente en su lugar. Luego, serví café en su taza y le coloqué crema encima —como a papá le gustaba— y lo situé delante de él. Nerviosa, me mordí las uñas y esperé impacientemente hasta que terminara su bebida caliente.

—Escucho desde aquí el ruido que hace tu mente. ¿Qué pasa? —Dobló el periódico en su regazo y puso toda su atención en mí.

—Bien —suspiré, colocando mis manos en el respaldo de una de las sillas de madera del comedor, otra de las piezas invaluables que conservaba mi padre de la época más feliz de su vida, cuando mi madre aún no nos había dejado—. Ayer, cuando estaba en *Holly's*, un hombre alto, fornido, de ojos oscuros y cabello castaño y rizado me abordó sorpresivamente. Creo que es el mismo tipo que, hace años, vino aquí y discutió contigo.

Los ojos de mi padre se agudizaron sobre los míos y su semblante decayó a un nivel fantasmal. Él era de piel pálida de por sí, pero ahora lucía cadavérico. Sin embargo, se comportó de manera consecuente y me preguntó si el hombre me había lastimado. Le dije que no, pero le comenté que el tipo estaba interesado en conocerme y que, de no ser por la intervención de Noah, me habría revelado su identidad.

—Creo que llegó la hora de que me digas quién es ese sujeto y por qué quiere conocerme —insté con fervor. No me iba a convencer con su reiterada excusa.

—No es necesario que lo haga, él no volverá a buscarte nunca más, me aseguraré de ello. —Se levantó de la silla y emprendió camino hacia su habitación.

—¡Claro que lo es! Necesito saber quién es él. Y si no me lo dices tú, buscaré la forma de descubrirlo. —Mi advertencia lo hizo detenerse, aunque no hizo nada por saciar mi curiosidad.

—Heredaste el arrojo de tu madre; y de mí, la insensatez. —Y sin decir más, se enclaustró en su habitación y no salió de ahí durante todo el día, a pesar de mi insistencia.

Preocupada por el tiempo que tenía sin comer ni beber, recurrí a Noah para que intentara hacerlo razonar. Le envié un mensaje pidiéndole que viniera a casa con urgencia y apareció frente a mi puerta mostrándose ansioso. Cuando le conté lo sucedido, se acercó a la puerta de la habitación de mi padre y le dijo:

—Jace, soy Noah. ¿Quieres hablar conmigo? Audrey está muy preocupada por ti. —Yo estaba sentada en el tercer nivel de la escalera para que, si abría la puerta, no se cohibiera de dejarlo pasar—. Vamos, viejo. No estás solo ¿recuerdas?

Minutos después, escuché la puerta abrirse y la voz de mi padre diciendo «pasa». Cerré los ojos y las lágrimas fluyeron por mis mejillas. No podía concebir que mi padre, la base que le daba estabilidad a mi vida, no confiara en mí. ¿Qué era tan grave como para que me dejara fuera? ¿Por qué aceptó a Noah y a mí no?

Pasada media hora, la puerta volvió a abrirse y los dos abandonaron la habitación. Mi padre, al verme sentada en la escalera y notando mis ojos enrojecidos por el llanto, se acercó a mí y extendió su mano temblorosa hacia mí para que me levantara. Le tendí la mía y me incorporé, sin ejercer fuerza en su mano.

—Lo siento, muñeca. Lo siento mucho —murmuró una vez que estuve en sus brazos. La última vez que lo vi tan afectado fue cuando mi madre murió.

Mi corazón se saltó un latido y mis entrañas se apretaron.

*¿Qué está pasando?*

—Papá... —musité, buscando en sus ojos algún indicio de lo que acontecía.

—Es momento de que conozcas la verdad, Audrey —pronunció con desgano. Esa no era una conversación que quería tener a voluntad, pero, como él dijo, el momento había llegado.

—Iré por algo de comer para todos —ofreció Noah, dándonos la posibilidad de conversar a solas. Compartió una mirada condescendiente conmigo y luego se fue.

En los siguientes minutos, mi padre y yo nos dirigimos a la sala y nos

sentamos uno frente al otro, él en su sillón reclinable y yo en el sofá. Estuvo varios minutos en silencio antes de ser capaz de pronunciarse.

—Tu madre era muy joven cuando llegó a Estados Unidos, eso lo sabes, pero lo que no sabías es que tuvo un hijo antes de venir aquí.

—¿Un... hijo? —La pregunta escapó de mi boca con una dicción apenas audible. Estaba absoluta y totalmente conmocionada. Nunca se cruzó por mi cabeza esa idea.

Mi padre respondió a mi interrogante con un asentimiento desanimado, esbozando una mirada triste y melancólica. Tratando de controlar sus emociones, infló su pecho con una inhalación profunda y la liberó quedamente, requiriendo de una serie de tres repeticiones antes de ser capaz de continuar.

—Sin los recursos ni la estabilidad para criarlo, tomó la dolorosa decisión de darlo en adopción. Larissa siempre lloró por aquel pequeño de cabellos castaños y ojos oscuros que dejó atrás. Lamentaba a diario su mala decisión y nunca llegó a perdonarse por eso. —Lágrimas cristalizaron sus ojos, pero él se negó a derramarlas. Y con la misma velocidad del suspiro que se originó en mi garganta, la comprensión llegó a mí.

—¿Ese niño... es el sujeto de anoche?

Mi corazón se sintió chiquito y arrugado, reduciéndose al menos a la mitad de su tamaño real, al suponer que el sujeto que me asustó terriblemente la noche anterior, el mismo que se coló en mis pesadillas durante años, podía ser mi medio hermano.

*Por favor, di no. Por favor,* rogué inútilmente. Era más que obvio que de hecho lo era. Después todo, toda la conversación se originó por preguntarle a mi padre quién era ese tipo.

—Sí. —confirmó finalmente.

—¿Cómo me ocultaste algo así? —Exploté y me levanté de un salto del sofá, no pudiendo mantenerme sentada ni un segundo más—. ¿Sabes lo horrorizada que viví, pensando que ese hombre volvería por mí para hacerme daño?

—Lo siento tanto, cariño. —Su locución rasgada y destruida, acompañada de lágrimas surcando sus mejillas arrugadas, me resultaron tan dolorosas como la misma verdad—. Sé que debí decírtelo antes, Audrey. Y muchas veces estuve cerca de admitirlo todo, pero solo intentaba evitarte el dolor y la

desesperanza que ahora mismo estás sintiendo.

—Sí, me duele, me duele que me ocultaras que ese muchacho desesperado que irrumpió una noche en nuestra casa era mi medio hermano. Me lastima muchísimo que no confiaras en mí para decírmelo.

—Muñeca, no...

—No lo digas. —Levanté mi palma abierta hacia él—. No quiero escuchar que confías en mí, porque no lo haces. Que me mintieras por tantos años es la prueba de ello.

—¡Intentaba protegerte! —increpó, afianzando sus manos sobre la anchura del descansabrazo de su sillón. Impotencia y severidad destellaban de sus ojos—. Él es un mal hombre, Audrey. Vino esa noche porque estaba metido en un lío, nada más. Se apareció aquí una tarde diciendo que buscaba a tu madre, que quería conocerla, pero no era así.

—¿Y cómo supo dónde estaba?

—Sus padres adoptivos se mudaron desde Inglaterra y lo criaron en este país, en la ciudad de Denver, Colorado. Y cuando tuvo la edad suficiente para saber la verdad, le hablaron de su madre biológica. Varios años después, él llamó a mi puerta y se presentó como Connor Phielps. —En ese punto, sus palabras sonaron crudas y rencorosas, dejando atrás aquella actitud dolorida que mostró cuando habló de mi madre—. Como te dije, él estaba metido en problemas y necesitaba dinero, fue por eso que vino a buscarla. Tuvo su dirección por años, ella se aseguró de actualizar su domicilio en la agencia de adopciones para que, si un día su hijo quería hallar, pudiera hacerlo. Y no fue hasta que estuvo en aprietos que decidió conocerla.

—¿En qué lío?

—Consumía drogas y tenía un serio problema de apuestas —dijo con desdén—. Esa noche, cuando lo escuchaste discutir conmigo, necesitaba dinero y yo acepté dárselo con la condición de que no volviera más por aquí. No lo quería cerca de ti. Cada cierto tiempo, me llamaba y me decía que necesitaba más, y yo, con el interés de que mantuviera la distancia, le hacía un depósito. Tres años atrás, las llamadas cesaron y pensé que estaba preso, o muerto, pero ahora sé que no. Pero no tengas miedo, Audrey, lo hablé con Noah y él te va proteger. Te prometo que ese hombre no te lastimará.

Negué con la cabeza reiterativamente.

—Esa decisión no te corresponde. Si él quiere conocerme, dejaré que lo

haga, es lo que mamá hubiera querido. —Mi medio hermano no me dejó una buena primera impresión, al contrario, le temía, pero necesitaba comprobar por mí misma que era el hombre vil que mi padre describía antes de tomar una decisión tan drástica como alejarlo.

—No, Audrey, no permitiré que se acerque a ti. Connor es interesado, rastrero y malintencionado. Su corazón está lleno de maldad —afirmó con beligerancia—. Prométeme que te mantendrás lejos de él.

La preocupación reinaba en cada milímetro de su ser. Si mi padre estaba tan resuelto a mantenerme alejada de él, sabía que no iba a ceder en ello. Por tanto, le prometí que lo haría, pero estaba determinada a conocer a Connor y nadie me lo iba a impedir.

En ese momento, Noah entró por la puerta principal, anunciando con un tono demasiado entusiasta que compró pollo frito. Escuché cada uno de sus pasos encaminados hacia la cocina, y el sonido de las bolsas siendo puestas en la mesa, pero yo no estaba a punto de dar saltitos emocionados solo porque trajo mi comida favorita. Lo menos que me importaba entonces era comer, sentía una opresión tan cruda en mi estómago que no hubiera soportado ni el primer bocado.

Mi padre respiró un profundo aliento y se frotó las sienes como un gesto de preocupación. Me levanté del sofá y, como si fuese una chiquilla, me senté a su lado y lo abracé. No podía enojarme con él por intentar protegerme. No compartía sus maneras, pero estaba cien por ciento segura de que sus intenciones fueron nobles.

Él giró su cabeza y puso un beso en mi frente.

Cerré los ojos y suspiré suavemente para intentar deshacerme del agudo apretón de mi estómago. No bastó, la sensación seguía aferrada a mí con fuerza, obstinada y persistente como mi terquedad.

Cuando finalmente me despegué de mi padre, me puse en pie y caminé hacia Noah, quien observó la escena en educado silencio. Al llegar a él, le di las gracias por su gesto amable y enseguida me apresuré a buscar los platos para servir los alimentos. Mis acciones fueron mecánicas y desanimadas, tan sosas como mi estado de ánimo.

A los pocos segundos, la voz de un comentarista deportivo llenó el silencio que reinaba en nuestra casa, típicamente ruidosa las tardes de domingo. Eso le devolvió un poco de aire a mis pulmones comprimidos,

necesitaba de esa normalidad para no caer en depresión.

—Hola —susurró Noah en mi oído, surcando mi espalda con su mano derecha mientras paseaba la otra por mi brazo izquierdo.

—¿Qué haces? —musité entre dientes. Mi padre estaba a escasos metros de nosotros, y con todo el tema de Connor, no fui capaz de hablarle de nosotros.

—No puede vernos —contestó, dejando un camino de erizos en mi cuello al hablar tan cerca de mi piel— y tú me necesitas.

—No... no sé lo que yo... —Mierda. Noah tiró del lóbulo de mi oreja en ese momento, logrando que las palabras que iba a pronunciar se esfumaran por completo. ¿Qué intentaba? ¿Acaso pretendía ponerme caliente en presencia de mi padre? —. Basta —siseé.

—Tengo apetito —gruñó, persistiendo con su juego de seducción.

Tomé un breve respiro y, con la poca determinación que quedaba en mi interior, me escapé de él y creé una brecha de al menos dos metros de distancia.

—¿Quieres té helado o una gaseosa? —Le pregunté a mi padre, gritando más de lo que requería para que me escuchara, y todo por culpa del instigador de Noah Cohen.

—Me conformaría hasta con agua, muñeca —bromeó como lo haría en cualquier otro momento.

—Compórtate —cuchicheé cuando pasé por el lado de Noah, estaba en mi camino hacia el refrigerador. Saqué una lata de Coca-Cola para papá y dos *Coronas*, una para mi sexy *acosador* y otra para mí. Destapé la lata de gaseosa y se la llevé a papá junto con un plato repleto de muslos de pollo frito. Al volver, Noah había servido un tercer plato con pollo y se había sentado en una de las sillas del comedor.

—¿No vas a comer? —preguntó, cuando vacié el contenido de mi plato en el recipiente en el que se lo entregaron.

—No tengo hambre, me tomaré una de estas —alcancé la lata de cerveza — y luego subiré a mi habitación.

—Tienes que comer, Audrey —estableció en un tonito demasiado mandón para mi gusto.

—No si no tengo hambre —respondí en voz baja para que solo él escuchara—. Mejor ve a sentarte con papá y disfruta del partido.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Es lo que haces siempre ¿o no? —dije con un resoplido.

—Porque era la única forma de verte —replicó insolente—. ¿Intentas deshacerte de mí? ¿A dónde vas? —Su gesto se endurecía con cada pregunta.

—Te dije que a mi habitación. Y sí, intento que te alejes antes de que haga algo incorrecto como besarte sin pudor y arrancarte la ropa.

Eso lo hizo sonreír, mucho.

Maldije en mi interior por decir más de la cuenta y que él se regodeara con una sonrisa presumida.

—Adelante, abusa de mí... de nuevo. —Aún conservaba su histrionismo cuando soltó su descarada acusación.

—Imbécil —espeté y salí de la cocina con rumbo a las escaleras. Las patas de la silla en la que él estaba chillaron contra linóleo cuando la echó atrás y esa fue mi señal para apresurarme arriba y encerrarme en mi habitación. No iba a permitirle que me alcanzara, y tampoco que se retractara por lo que había dicho. No estaba de humor para sus majaderías.

Un minuto después, el hombre del que intentaba escapar llamó a mi puerta e insistió con que le abriera. Yo, tan terca y enojada como estaba, me negué. No quería verlo. Pero él, sin renunciar a su férrea obstinación, amenazó con derribar la madera si no lo hacía en los minutos próximos. Mi respuesta fue un indiferente «hazlo», pero él no obró de esa manera, sino que siguió suplicando que lo dejara entrar. Así estuvimos por un rato, ninguno cedía, hasta que Noah se rindió finalmente. Cuando escuché sus pasos alejándose por el pasillo y, luego, bajando las escaleras, me levanté del suelo —donde estuve sentada todo ese tiempo— y me dejé caer en mi cama, exhausta. Entre la confesión de mi padre, y la osadía de Noah, me sentía completamente agotada.

La soledad y el silencio pronto jugaron en mi contra y fui presa de pensamientos confusos, alimentando duda, desconfianza y ansiedad en mi corazón. Fue duro descubrir que mis padres, las personas que más respetaba y adoraba, me ocultaron algo tan significativo como un medio hermano. Entendía que era muy chica cuando mamá murió y que no tuvo tiempo de decirme, pero papá sí debió confesarlo; y más cuando Connor apareció esa noche atacando nuestra puerta a golpes. La verdad me habría ahorrado un montón de pesadillas, porque, ahora que sabía quién era él, podía asumir que



«ayúdame, si quieres que no me acerque a Audrey» no significaba que me lastimaría.

Entre tanto pensar y pensar, caí en un sueño comatoso que se extendió hasta horas de la noche. Fue tan profundo que no me di cuenta en qué momento entró Noah a mi habitación y se metió conmigo en la cama. ¡Sí! Estaba durmiendo a mi lado, mejor dicho, abrazándome en cucharita; y yo, muy comodita sobre su grueso bíceps y bastante a gusto con su brazo arrojando mi estómago. Si no di un salto mortal lejos de él cuando abrí los ojos fue porque su perfume lo delató. De lo contrario, el grito que hubiera expulsado se habría escuchado en toda la ciudad.

—Buenas noches —pronunció con voz ronca apenas me moví. No fue un frotamiento ni nada tan notorio como para despertarlo, lo que me hizo suponer que no estaba dormido en absoluto.

Me debatía entre darle un empujón que lo sacara de la cama o pegarme más hacia su calidez, cuando él tomó la decisión de deslizar su mano por mi abdomen y abrirse camino por debajo de los pantalones de chándal que me había puesto esa mañana. Sin demora, mi cuerpo reaccionó a su estímulo y el calor emergió de mis entrañas, condensándose en mi punto más íntimo. Cuando su dedo medio acarició el bulto hinchado que me llenaba de placer, me estremecí de pies a cabeza. Todas mis terminaciones nerviosas se alteraron y comenzaron a arder.

—Tan cálida y húmeda para mí —afirmó mientras trazaba un trayecto recto, descendiente y ascendente, entre los labios de mi sexo, deteniéndose sobre el nudo nervioso y codicioso que me volvía débil. Desplacé mis caderas a su encuentro y le rogué que me dejara llegar. Él, tan petulante y odioso como a veces se comportaba, dijo que no. La Audrey libidinosa hizo una rabieta, pero la mujer terca y obstinada que también habitaba en mí tomó cartas en el asunto.

—Lo haré yo entonces —comencé a tirar de su mano para introducir la mía, pero Noah lo impidió.

—De ninguna jodida manera —rechazó, sonando extrañamente molesto. Pero eso perdió toda importancia cuando su dedo medio, con movimientos rápidos y vibrantes, bombearon mi clítoris hasta llevarme al punto de no retorno, ese por el que había rogado minutos antes.

Me mordí el labio inferior con fuerza para no gritar. Mi padre podía

escucharnos y eso sería demasiado vergonzoso. Noah, mientras tanto, besaba mi hombro y cuello, sin dejar de mover su dedo mágico sobre mi sitio feliz. Y cuando menos lo esperaba, apretó mi vulva entre sus dedos y me empujó a un nuevo espiral de placer que me dejó sin aliento.

Cuando recuperé el aire en mis pulmones y fui capaz de hablar, expresé con acidez:

—¿A esto es a lo que tú le llamas abusar?

Noah extrajo su mano de mi pubis y me abrazó tiernamente, inhalando a profundidad sobre el hueco de mi clavícula antes de responder:

—Sabes que bromeaba, mi amor. Yo por ti hasta recibiría una bala.

—¿Ah, ¿sí? —Moví mi mano debajo de la almohada, buscando mi revólver, y lo saqué—. Veamos si es cierto.

—¡Joder, Audrey! —murmuró, apartándose de mí. El pobre casi que se cae de culo contra el suelo—. ¿Por qué tienes eso ahí?

—¿Qué? ¿Le tienes miedo a estas? —La sostuve en mi mano en dirección a él como si fuese a dispararle.

—Solo... No me gustan. Tener una de esas es un arma de doble filo. Te puede salvar tanto como te puede perjudicar. ¿Y qué si alguien entra desarmado, la encuentra y la usa en tu contra?

—Créeme, Noah, no le daría tiempo de quitármela —presumí con una sonrisa de satisfacción.

—¿No? ¿Acaso olvidas que me metí en tu cama y tú ni cuenta te diste?

*Mierda, tiene razón.*

—Guarda esa cosa en un sitio seguro y vamos abajo, que tu cena te está esperando.

—Oye, oye, oye. Deja de ser tan mandón, que soy bastante mayorcita.

Él me miró empecinado y se cruzó de brazos, redoblando el grosor de sus músculos. Mi parte baja, aún húmeda y tierna, palpitéo desquiciada, pidiendo un segundo *round*... o cuarto, si contaba las veces anteriores. Pero la cara de Noah denotaba impaciencia y rigor, muy lejos de querer otorgarme ningún placer en ese instante. Por tanto, dócil y dispuesta a caldear los ánimos, me levanté de la cama y escondí el arma en el último cajón de mi buró. Noah negó en desacuerdo y relinchó como caballo alebrestado por el “sitio seguro” que escogí. Pero siempre lo había guardado ahí y eso no cambiaría solo

porque al señor *no me gustan las armas* lo desaprobaba.

# Capítulo 12

Mi padre estaba dormido cuando bajé a cenar con Noah, había preparado canelones y comimos juntos bajo la luz de las velas. Parecía una cita romántica, aunque yo vestía pijama y tenía el cabello enmarañado. La comida estuvo deliciosa y la compañía de Noah hizo de la cena un momento especial. Después de comer, nos acurrucamos en el sofá de la sala e intentamos ver juntos la primera entrega de Rápidos y Furiosos, pero Noah se puso todo juguetón y me hizo cambiar mi atención de la pantalla a él. No hicimos nada más que besarnos, besos ardientes, besos con sabor a más.

—Deberías irte ya —murmuré cuando tuve un respiro.

—Sí, debería, o podría dormir contigo —dijo, mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

—No, no lo harás. Papá aún no sabe lo nuestro y no quiero... Noah... — Lo reté en voz baja, estaba metiendo su mano por debajo de mi blusa, tratando de alcanzar mi seno.

—No puedes culparme por intentarlo. —Me dio un beso en el costado de la cabeza y se levantó del sofá.

También me levanté y lo acompañé a la puerta, donde nos volvimos a besar con fervor. No teníamos suficiente el uno del otro, queríamos más, queríamos todo. ¿Por qué esperar? ¿Por qué aguantarnos? Si ya habíamos llegado tan lejos, detenernos ahora no tenía ningún sentido.

—En cuanto tú me ames... —susurró con voz ronca y posó su frente sobre la mía.

—Noah, yo...

—¡Shh! Está bien, muñeca. Estamos bien. —Besó mis labios suavemente y se apartó de mí. No parecía molesto, su gesto era neutral, no mostraba ninguna emoción, algo extraño en él, Noah era muy expresivo—. Nos vemos en el desayuno —añadió cuando bajó los peldaños del pórtico.

—Espera —bajé los escalones de prisa y pasé mis brazos por su cintura—. Estoy en esto, Noah. Lo que siento por ti traspasa lo físico. Lo siento muy dentro de mí, en cada latido. —Noah se había metido tan dentro de mi piel

que arrojé por tierra mi relación con Aarón para estar con él.

—Es que soy irresistible —dijo en tono bromista y se giró hacia mí, posando sus manos en mi cintura—. ¿Me extrañaste? —sonrió y paseó su nariz por mi mejilla.

—Tonto —golpeé su pecho con mi mano abierta—. Solo no quería que te marcharas pensando que no te quiero, porque lo hago, Noah, te quiero mucho. Hasta creo que...

—No lo digas ahora. —Me silenció, llevando uno de sus dedos a mis labios—. Dilo cuando estés segura, cuando lo sientas tan fuerte en tu corazón que necesites gritarlo. —Acomodó un mechón de cabello que se salió de mi coleta y la puso detrás de mi oreja—. Ve a dormir, preciosa. Estamos bien.

—¿Seguro? —pregunté con el ceño fruncido, no quería que se fuera sintiéndose triste.

—Sí, muñeca. —Pasó su dedo pulgar por mi frente, borrando mi línea de expresión, y me dio un beso en la boca—. Buenas noches.

Nos separamos lentamente. Él dio media vuelta y se marchó a su casa y yo entré a la mía, sintiendo mi corazón latiendo rápido. Subí a mi habitación y me acosté en la cama pensando en él y en todo lo que vivimos, en cada emoción que experimentaba al sentir su tacto, al verlo, al tocarlo... Y descubrí que mis sentimientos por Noah eran más profundos e intensos que lo que sentí por Aarón alguna vez. No tenía ninguna duda, yo amaba a ese hombre, y lo hacía desde mucho antes de saberlo, solo que no quería admitirlo, estaba tan empeñada en apartarlo de mí que oculté mis sentimientos, pero después de todo lo que había pasado, no podía ignorarlo más.

Esa noche no pude dormir, no fui capaz de conciliar el sueño, solo podía pensar en Noah y en lo que sería de nosotros a partir de entonces. Me levanté de la cama antes de que la alarma sonara y tomé una ducha corta, quería preparar algo especial para comer, pero Noah ya tenía servido el desayuno cuando bajé las escaleras. Llegó más temprano ese día. Mi estómago se llenó de cosquillas y mi corazón dio un saltito de emoción, pasaba cada vez que lo veía. Él sintió mis pasos y se giró hacia mí, sonriendo.

—Buenos días, chica traviesa. —Se acercó a mí y me dio un beso suave y rápido en los labios—. Ven siéntate aquí, prepararé *waffles* y mermelada de mora para ti, también hay tostadas, huevos, *bagels* y *croissant*. ¿Qué

te gustaría comer? —Habló rápido y nerviosamente mientras echaba hacia atrás una silla, invitándome a sentarme en ella.

—Dios, ¿en qué momento hiciste todo esto? —dije impresionada y me deslicé en el asiento.

—No podía dormir, lo hice en casa. También hay café negro, malteada, jugo de naranja y de fresa. ¿Cuál prefieres? —preguntó, pasando su mano derecha por su cabello.

—¿Qué pasa contigo hoy? Te ves nervioso, ansioso. No pareces tú. —Me levanté y me acerqué a él.

—No pasa nada, muñeca. Vuelve a la silla, come, Jace está por salir. — Miró hacia la puerta y luego de regreso a mí—. ¿Qué vas a tomar?

—Noah...

—El jugo de fresa está muy bueno, tiene poca azúcar, como a ti te gusta. —Caminó hacia el refrigerador y sacó la jarra con el jugo.

—Me estás asustando, Noah. ¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza y suspiró.

—Tienes correspondencia, es de él. —La tomó de la nevera y la tiró en la mesa—. ¿Vas a romper con Aarón o lo seguirás esperando? —Su ceño se frunció y una vena gruesa sobresalió en su frente.

Negué con la cabeza, decepcionada. Pensé que le había quedado claro la noche del sábado que no rompería con Aarón a través de un teléfono.

—Tengo que esperar que vuelva, no puedo...

—¡Bien! —Avanzó hacia la puerta pisoteando el suelo con furia y salió de la casa, cerrándola con un portazo.

*¡Dios, Noah! ¿Por qué tienes que ser tan terco?*

Me exasperaba cuando se ponía así, él tenía que comprender mi situación, apoyarme...

—¿Qué fue eso? —preguntó papá, saliendo de su habitación.

—Eso fue Noah siendo Noah. El tipo tiene un carácter del demonio.

—¿Van a llevarse bien alguna vez ustedes dos? —dijo mientras se acercaba a mí y me daba un beso en la cabeza.

*Sí, nos las llevamos muy bien cuando nos estamos besando.*

—¡Guao! Pero sí que se esmeró esta mañana —mencionó cuando vio la variedad de alimentos en la mesa.

—Sí, pero lo que hace con las manos lo destruye con los pies —rechisté, cruzándome de brazos.

—¿Qué fue esta vez? —cuestionó antes de llevarse un trozo de waffle a la boca.

Podía decirle lo que estaba pasando, pero lo vi tan a gusto comiendo que no quise arruinarle el desayuno como Noah arruinó el mío.

—Que el hombre es más testarudo que tú y yo juntos.

—¿Tanto así? —Abrió los ojos de par en par, pero sabía que estaba bromeando.

—Tú no cambias, papá. —Él se rio y siguió comiendo muy animado, al menos alguien disfrutaría del banquete que sirvió Noah.

Subí a mi habitación, busqué mi bolso y mi teléfono y bajé las escaleras para ir por las llaves de mi auto. Tenía que ir al trabajo, no dejaría de hacerlo solo porque Noah tuvo un berrinche.

—¿No vas a comer, cariño?

—Buscaré algo camino al taller —Le di un beso en la sien y salí de casa antes de que intentara convencerme de que tomara algo de lo que había allí.

El auto de Noah ya no estaba cuando salí, se había ido, lo que me molestó sobremanera. Creía que estaría afuera esperándome para hablar de lo que pasó, pero para él era más fácil huir. Me subí al auto y conduje directo al taller, no tenía hambre, lo que le dije a papá fue solo una excusa. Al llegar, vi a Cris delante de su auto, apoyada en el capó, usaba gafas oscuras y sostenía un gran vaso de café en la mano.

—¡Al fin llegas, mujer! Me está matando la curiosidad, Olivia me llamó anoche alterada, dijo que te fuiste con Noah, que se besaron, que Liam los vio. ¡Dímelo todo! —dijo quedándose sin aire, había hablado apresuradamente.

—¿Vas a tomarte eso? —Señalé el vaso y ella negó con la cabeza. Se lo quité de la mano y comencé a tomarlo de camino a la puerta. El taller aún estaba cerrado, éramos las primeras en llegar.

—¿Entonces? ¿No me vas a decir nada? No seas así, Drey. Dime —rogó, siguiéndome.

—No, mis labios están sellados.

—¿Pero por qué? Tú siempre me has contado todo, Audrey. No es justo

que Oli sepa y yo no...

Me detuve y la enfrenté.

—Oli solo sabe lo que Liam vio, nada más. No le he contado a nadie y no quiero hablar de ese asunto en este momento. ¿Puedes entender eso?

Cris liberó un suspiro y murmuró un «está bien», ella sabía que no obtendría nada más de mí, cuando no quería hablar con nadie, no había manera de sacarme información. Puse el vaso de café en el suelo y me dispuse a abrir el taller, tenía las llaves dentro de mi bolso. Mientras las sacaba, escuché un auto acercándose y poco después una puerta abriéndose y cerrándose con fuerza. Mi estómago se cerró en un puño y mi pecho se agitó de golpe. Reconocí el sonido del motor, era el del auto de Noah.

—Hola, hola. ¿Cómo está el hombre más sexy de Gunnar? —Saludó Cris con su particular entusiasmo.

—Hola, Cris —dijo secamente y caminó los pasos que restaban para situarse a mi lado—. Tenemos que hablar —murmuró en tono cauteloso, sabía que había cometido un error y ahora venía con el rabo entre las piernas.

—Sí, pero no aquí —contesté sin mirarlo. Su perfume danzaba en el aire, invadiendo mis fosas nasales, seduciéndome, pero no iba a caer, no cedería, así me estuviera muriendo de ganas de besarlo.

—Vamos a otro lado entonces —insistió, usando el mismo tono. Estuve a segundos de aceptar, pero luego recordé que se marchó sin mirar atrás, aventando la puerta, y mi ira se hizo más implacable.

—No puedo, necesito trabajar. Si tengo tiempo más tarde, te aviso —establecí en tono altanero. Las cosas se harían a mi manera, cuándo y cómo yo quisiera.

Abrí la puerta y entré al taller, seguida de Noah y Cris. Me dirigí al interruptor principal y encendí las luces. El galpón cobró vida y observé los autos que se encontraban en el interior. Había cinco, dos los iba a reparar Manuel con Noah y el resto debía repararlos yo. esa mañana trabajaría en un *Mazda 3* azul, lo habían llevado la tarde del sábado por una falla en el motor y debía revisarlo. Caminé hacia la oficina y abrí la puerta de la habitación con el propósito de ponerme el overol y dar comienzo a mi jornada laboral, pero Noah se metió a mi habitación, le puso seguro a la puerta y me atrapó entre sus brazos, tomándome por la espalda.

—Suéltame y vete, te dije que no tenía tiempo de hablar —gruñí y



forcejeé, tratando de escaparme de él, pero Noah era más fuerte y, por la forma que me sujetaba, no tenía ninguna posibilidad de lograrlo.

—Entonces no hablemos. —Me dio un giro rápido y llevó sus labios a los míos, besándolos con desesperación y sujetando con fuerza mi cintura, como si temiera que me esfumara de entre sus brazos. No lo rechacé, no pude, deseaba ese beso más que a mi próximo aliento, era así de débil entre sus brazos.

—Noah, no podemos... resolverlo todo... así —dije entre pausas.

—Lo sé. —Apoyó su frente contra la mía y aflojó un poco el agarre en mi cintura—. Siento haberme ido así, sé que hice mal, pero es duro aceptar que hay alguien más en tu vida, alguien que puede alejarme de ti.

—¿Por qué piensas que me va a alejar de ti? Te dije ayer que ya no siento lo mismo por Aarón. —Me separé un poco de él para verlo a los ojos—. Pensé que luego de lo que pasó entre nosotros te había quedado claro.

—Sí, tienes razón, me comporté como un completo idiota, esto no debe ser fácil tampoco para ti y yo no te lo estoy facilitando. ¿Me perdonas, muñeca?

—Tienes que recompensarme por esto de alguna manera, no te la pondré tan fácil, Cohen. Ponte creativo. —Caminé hacia la puerta y abandoné la habitación, dejándolo detrás.

\*\*\*

A las seis treinta, salí del taller y me encontré con Noah en el estacionamiento. Habíamos acordado a la hora del almuerzo que nos iríamos a esa hora para hablar con papá de lo que estaba sucediendo entre los dos, era mejor decirlo antes de que otra persona llegara con el chisme. Él se acercó y me robó un beso que me puso caliente, no habíamos estado solos ni una vez desde la mañana y las ganas pudieron más. Ninguno quería esperar. Me hubiera quedado muy a gusto besándome con él toda la noche, pero alguien podía vernos y no quería dar otro espectáculo, así que me despegué de Noah y cada uno se subió a su auto. Un par de minutos después, detenía mi camioneta frente a casa, al lado del Jeep de Mario, un viejo amigo de papá. Eso cambiaba mis planes completamente, cuando él iba a casa, se quedaba hasta tarde y Noah lo sabía.

—Podemos ir a mi casa hasta que se vaya —dijo cuando estuvo a mi lado.

—Suenan tentador, pero necesito una ducha y un cambio de ropa. —Oía a gasolina y grasa y eso no era nada sexy.

—Tengo una ducha y ropa limpia que puedes usar. ¿Qué dices? —Estaba por responderle cuando papá se asomó a la ventana que daba al garaje y gritó:

—¡Noah, ven aquí! El partido va a comenzar.

—¡Ahora voy, viejo!

Papá asintió y se alejó de la ventana.

—Mierda, no quiero ver el partido, quiero estar contigo —dijo con el gesto entristecido.

—¿Sirve de algo si me siento a tu lado?

Noah sonrió.

—Sirve de mucho. Pero como no podré besarte hasta que la reunión termine... —Me tomó de la mano y me llevó contra la pared, donde nadie podía vernos, y me dio un beso de esos que te dan y te quitan todo—. Nunca tengo suficiente de ti —susurró contra mis labios y paseó sus manos por los costados de mis caderas, provocándome.

—Ni yo de ti.

—Esta noche... —dijo como una promesa y me dio un último beso antes de alejarse hacia su casa. Me mantuve contra la pared hasta calmarme un poco, estaba muy acalorada y si me padre me veía se daría cuenta.

Una hora después, nos encontrábamos en la sala con papá y Mario. Me senté junto a Noah como había prometido, pero no hubo ningún contacto entre nosotros, estábamos limitados, aunque nada me impidió mirarlo y recordar lo mucho que me gustaban sus besos, sus manos tocándome, su voz ronca susurrándome palabras al oído... no veía la hora de salir de estar a solas con él.

—Voy yo —dije cuando escuché el timbre. Habíamos pedido una pizza para la cena y necesitaba distraerme con algo, mirar a Noah era adictivo y me costaba apartar mis ojos de él. Recibí la pizza y la llevé a la cocina para servirla en varios platos; Noah se unió a mí y se ofreció a ayudarme con las gaseosas, pero eso solo fue una excusa para arrinconarme a un lado de la cocina y besarme. Era experto en empotramientos y besos robados. Aunque ese fue rápido, solo un suave roce en mis labios que me dejó con ganas de más. Volvimos a la sala poco después y comimos con papá y Mario mientras el partido de fútbol entre Alemania y España se seguía disputando, que iba

empatado cero a cero hasta el momento.

—¡Nooo! —gritó papá cuando España anotó su primer gol, él iba por Alemania, al igual que Noah y Mario.

Cuarenta minutos después, el juego terminó y España fue el vencedor, ganaron 1 a 0. Todos estaban molestos y decepcionados, quería que el equipo que apoyaban ganara, pero así es el juego, siempre hay un ganador y un perdedor.

Me levanté del sofá y me dispuse a recoger la caja de pizza y las latas vacías de gaseosas cuando escuché a mi padre decirle a Noah que se quedara para ver una película con ellos, la última de *Transformers*. Noah me miró de reojo y yo dije no con la cabeza, no quería estar atrapada por dos horas más sin poder tocarlo.

Noah dijo que lo sentía pero que estaba muy cansado y que debía levantarse temprano. Papá no puso reparo y le dijo a su amigo que solo serían ellos dos solos. Noah se levantó del sofá y recogió las latas que quedaron en la mesa, mis manos estaban llenas y no podía cargarlas todas. Nos dirigimos a la cocina y botamos los desechos en el contenedor de basura.

—¿Qué haremos ahora? Papá no se moverá de la sala en horas —pregunté en voz baja.

—Sube a tu habitación y espérame ahí, volveré por ti más tarde.

—¿Volverás por mí? —Lo miré con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—Ya lo verás. —Me dio un beso rápido y se fue, dejándome confundida. ¿Qué estaba tramando ese hombre?

Estuve esperando a Noah en mi habitación como él dijo durante dos horas. No me escribió ni un mensaje durante todo ese tiempo y no respondía mis llamadas, ya estaba comenzando a pensar que no vendría cuando escuché un sonido en mi ventana. Abrí las cortinas y casi pego un grito cuando lo vi a él detrás del cristal.

—¡Estás loco! —chillé, modulando la voz para no hacer un escándalo, y le abrí la ventana.

—Te dije que vendría por ti —dijo con una gran sonrisa—. ¿Lista para irnos?

—¿Pretendes que baje por ahí? —Señalé la escalera en la que estaba montando.

—Sí, muñeca. ¿Le temes a las alturas? —Su tono fue burlón.

Giré los ojos.

—Muévete, Cohen, voy a bajar.

—Esa es mi chica. —Guiñó un ojo y bajó peldaño a peldaño.

Cuando estuvo en el suelo, pasé sobre la ventana y me giré para descender por la escalera. Noah la sostenía desde abajo, evitando que se tambaleara.

—No puedo creer que esté haciendo esto —murmuré mientras bajaba. En toda mi vida jamás había salido a hurtadillas por mi ventana, y lo estaba haciendo a mis veintitrés años. ¿Una locura, ¿no? Aunque también era muy romántico. Noah tenía sus momentos dulces y ese era uno de ellos.

—Te tengo. —Me tomó por la cintura y me cargó en sus brazos cuando solo restaban cuatro peldaños de la escalera—. Hola otra vez. —Sonrió, un brillo especial cubrió sus ojos.

—Hola. —También sonreí, aún entre sus fuertes brazos, sintiendo su perfume varonil invadiendo mis fosas, seduciéndome como lo hacía siempre—. ¿Cuál es el plan?

—Es un secreto. —Me dio un beso cálido en los labios y luego me bajó al suelo, tan a gusto que estaba con él.

—Secreto ¿eh?

Noah volvió a sonreír y me sujetó de la mano, besando mis nudillos con ternura.

—Sí, mi lugar secreto. Vamos. —Tomados de la mano, rodeamos mi casa y cruzamos los linderos donde terminaba el terreno de nuestra propiedad y seguimos más allá, transitando un pasaje escabroso, lleno de maleza, hasta llegar a una explanada que colindaba con una pequeña laguna, la luna se reflejaba en el agua y varias estrellas brillaban a su alrededor. Nos tomó al menos quince minutos o más llegar ahí, pero valió la pena.

—Noah... esto es tan bonito. —Me colgué de su cuello y lo besé. Él me recibió gustoso y profundizó el beso hasta que el aire escaseó—. Nunca estuve en este lugar. ¿Cómo es posible? He vivido aquí desde que nací.

—Porque estabas esperando por mí. —La nostalgia se reflejó en su mirada—. Siempre venía aquí cuando necesitaba pensar o quería estar solo, la última vez que lo hice fue la noche del asesinato de Dess, habíamos discutido porque desapareció por dos días y no supe nada de ella, estaba preocupado y, cuando volvió, no quiso decirme dónde estaba ni con quien. Salí de ahí

furioso y vine aquí, me quedé unas horas y cuando regresé, ella... —Guardó silencio y apartó la mirada.

—Lo siento mucho, Noah. —Acaricié su rostro con dedos temblorosos. Él la amaba, recuerdo que la miraba como si no existiera ninguna otra, que todo su rostro se iluminaba cuando estaba a su lado. Debí ser muy duro encontrarla muerta en su casa y luego ser culpado por su asesinato.

—No, yo lo siento, no te traje aquí para hablar de ella. —Pasó su mano derecha por su cabello crecido y liberó una ráfaga de aliento. Parecía disgustado.

—Está bien, puedes decirme lo que sea, estoy para ti. —Entrelacé nuestros dedos y sostuve su mano con fuerza.

—Gracias, muñeca —dijo esbozando una pequeña sonrisa.

—No me las des, Noah. —Mi voz sonó apagada, pensar en lo que tuvo que pasar esa noche y las siguientes, durante diez años, me afectó sobremanera. Lo que le pasó fue tan injusto...

—Oye... No quiero verte triste, y menos por causa mía. Tú mereces todo lo bueno, todo lo que te haga feliz, y eso es lo que debes tener. ¿Sí?

Asentí, tratando de borrar la tristeza de mi gesto y demostrarle con una sonrisa que todo estaría bien.

Él tocó mi mejilla sutilmente y luego acercó sus labios a los míos, rozándolos suavemente, acariciándolo con los suyos con toques pequeños que me estaban desquiciando. Poco a poco, esos ligeros roces se convirtieron en un beso ansioso y febril, un beso que encendía mi piel, que me estaba dejando sin aliento, un beso que invitaba a la lujuria, uno que se rompió de repente cuando Noah me soltó y dijo que debíamos sentarnos. Sabía que me deseaba, su erección rozó mi pelvis mientras nos besábamos, pero él no parecía tener intenciones de ir más lejos esa noche. ¿Por qué? ¿Seguía con la misma idea de que debía decirle te amo antes de tener sexo conmigo? La duda me consumía, sin embargo, no le hice ninguna pregunta, no quería arruinar la noche con una nueva discusión, y me senté sobre la manta de cuadros con las piernas extendidas, cruzadas una sobre la otra a nivel de los tobillos. Poco después, él se ubicó frente a mí, con su pierna izquierda descansando de lado, reclinada en la manta; y la derecha, flexionada delante de su pecho. Las flamas que chisporroteaban a su lado marcaron sombras espesas en su rostro y extremidades, brindándole un extra atractivo que

aceleró mis pulsaciones. Todo en mí pedía por él. Quería sus manos en mi piel y sus labios sobre los míos. Ansiaba deshacerme de su ropa y de la mía y...

—¿Lista? —preguntó con las manos sobre la canasta, inocente de mis pensamientos lascivos.

—¿En serio, Noah? —Giré los ojos, impaciente. Tenía mucha hambre, apenas había probado un trozo de pizza mientras veíamos el juego.

—Ya, ya, gruñona. —Se rio mientras sacaba un paquete blanco que contenía una jugosa hamburguesa de *Cheo's Burger*.

Le arrebaté el pan de las manos y comencé a comer.

—¿Qué? —dije a manera de reclamo cuando noté que me miraba fijamente.

—Nunca me había excitado tanto solo con ver a alguien comer.

Calor inundó mi pelvis.

—¿Lo dices por mis *ummm*?

—Mierda —masculló, mordiéndose los nudillos. Su mirada recorrió mi cuerpo, iniciando por mis piernas y deteniéndose en el movimiento de mi lengua, que lamía los restos de la salsa que ensuciaron mis comisuras.

—¿Y tú no piensas comer? —Enarqué una ceja.

—¿Qué? ¿Ah? —parpadeó desubicado.

—Qué si no vas a comer. —Moví una de mis piernas hacia mi pecho y la separé lo suficiente para ser tan descarada como evité al inicio.

—Audrey... —resopló.

—¿Ummm? —gemí, y no por la hamburguesa.

—Audrey, no te muevas. No importa lo que diga o lo aterrador que pueda ser, no te muevas ni un milímetro.

—¿De qué mierda...?

—¡Shh! —Me silenció.

Fruncí el ceño y, cuando estaba por descargar mi furia sobre él por mandarme a callar, dijo:

—Hay una serpiente justo detrás de ti y está lista para atacar.

¿Y pues qué creen que hice? Me moví, gateando desesperadamente hacia Noah. Él maldijo y me levantó del suelo, pero la jodida cosa clavó sus dientes en mi pantorrilla.

—¡Quítala! ¡Quítala! —grité, sacudiendo la pierna.

—¡Maldita sea! —gruñó Noah y, no sé cómo, liberó mi carne de los filosos dientes de la víbora y la lanzó hacia el fuego. Sin perder tiempo, me cargó en sus brazos y corrió conmigo en medio de la oscuridad, limitado por el terrero desigual, escabroso y lleno de maleza, pero sin detenerse ni un segundo. Mi pantorrilla derecha dolía y hormigueaba y desagradables náuseas anidaron en mi estómago durante el trayecto, pero no dije nada, Noah estaba bastante asustado como para preocuparlo más—. Estarás bien, muñeca, te llevaré al hospital y... todo saldrá bien —dijo entre jadeos.

—Lo sé —murmuré, no siendo capaz de hablar más fuerte por el agotamiento que se cernió sobre mi cuerpo.

—Soy un idiota —musitó entre dientes. Negué ligeramente con la cabeza, queriendo decirle que no lo era en absoluto, pero ese pequeño movimiento fue totalmente insignificante. Sus pies se detuvieron un momento después y escuché el sonido chirriante de la puerta de mi *Ford* abriéndose. Con cuidado, me recostó en el asiento y prometió que volvería enseguida. Yo solo fui capaz de liberar un cansado *¡ujum!* en respuesta. Noah maldijo por lo bajo mientras cerraba la puerta detrás de mí. Abrazaba mi estómago, tratando de contrarrestar las náuseas y de controlar los escalofríos, cuando la puerta del piloto se abrió.

—La ayuda está a un par de minutos, muñeca —susurró dulcemente a la vez que recostaba mi cabeza sobre su regazo.

Apreté los ojos y asentí.

Noah puso en marcha el motor de mi camioneta y condujo por encima del límite permitido en línea recta hasta tener que bajar un poco la velocidad para tomar el cruce a la izquierda; luego otro a la derecha y un último a la izquierda, hasta detenerse frente al hospital. Conocía la ruta a la perfección y, a pesar de estar batallando con todos los síntomas que una mordida de serpiente venenosa conllevaba, estaba consciente del entorno.

Sin apagar el motor, Noah se bajó del auto, lo rodeó y me deslizó fuera del asiento con suavidad, acomodando mi cuerpo tembloroso entre sus brazos. Reposé mi cabeza en su pecho y suspiré cansada. Toda mi fuerza vital se había convertido en polvo en los últimos minutos y la fatiga y los escalofríos habían aumentado, haciéndome sentir totalmente acabada y enferma. Muy pocas veces me enfermaba, tuvo algunos resfriados y la varicela cuando niña,

pero no más de eso. Ni siquiera sufría de dolores menstruales, como era el caso de mi amiga Cristal, que hasta vomitaba en medio de sus ciclos y lloraba como bebé por las doloras punzadas que la debilitaban. Entonces sí, me sentía como la mierda.

—Un doctor, por favor. ¡Ella necesita ayuda! —gritó Noah, desesperado.

Revoloteé mis pestañas para que viera que seguía despierta y se calmara un poco, pero la intensa iluminación de los fluorescentes de la clínica penetró mis pupilas, lastimando mis ojos, y me obligó a apretar los párpados.

—Sígame —indicó una voz femenina que me pareció un poco familiar, aunque no pude reconocerla en ese momento.

Noah caminó algunos pasos más y luego, siguiendo las órdenes de la mujer, me recostó en la camilla.

—¿Audrey, me escuchas? ¿Puedes abrir los ojos? —interrogó la misma voz.

Definitivamente, la conocía, y ella a mí. ¿Pero quién era?

—La mordió una serpiente Cascabel en la pantorrilla derecha. No ha hablado en los últimos minutos, no sé si la escuche. ¡Tiene que ponerle el jodido antídoto ahora mismo! —demandó Noah, más desesperado que antes.

—Sí —murmuré—, sí l-la escu... —Fue lo máximo que pude pronunciar.

—Laura, lleva al señor afuera para poder atender a Audrey. —Su tono fue autoritario y chocante, como si odiara la presencia de Noah en la habitación.

—¡Joder, no! Yo de aquí no me muevo hasta que ella despierte.

—¿Quién es usted?

—¿Qué mierda importa? ¡Atiéndala!

—Laura, llama a seguridad para que saque a este señor de aquí —ordenó con desdén antes de comprobar mis signos vitales, palpando mi muñeca.

—Sí, doctora Morgan —respondió una voz suave y temerosa.

*¡Morgan! Mierda, mierda, mierda. ¡Era la mamá de Aarón! ¿Por qué tenía que ser ella precisamente?*

—¡Está bien! No pierdas tiempo buscando a los de seguridad, voy a salir, mejor ve de una maldita vez por el antídoto para Audrey.

—¿Doctora? —preguntó la enfermera con voz temerosa. Parecía que Noah la estaba intimidando.

—Ve por el suero antiofídico. —La escuché decir, aunque su voz sonó



lejana, como si estuviera a metros de mí.

\*\*\*

Mis pestañas se batieron un par de veces antes de ser capaz de mantener los ojos abiertos y distinguir a la persona que dormía en una silla, con la cabeza echada atrás, las piernas extendidas y los brazos cruzados sobre su pecho. Noah.

¿Cuánto tiempo llevaba dormido? ¿Cuánto lo estuve yo? No tenía idea. Pero transcurrió el tiempo suficiente para que me cambiaran mi ropa por una bata de hospital y me pusieran una intravenosa en el antebrazo. Y... ummm... vendaran mi pierna. Todo eso comprobé antes de recordar mi último pensamiento consciente. Milie, la madre de Aarón, pidiendo el antídoto.

*¡Mierda! Nada bueno pudo pasar entre esos dos mientras estuve ausente. Lo más seguro es que le hizo mil y una preguntas a Noah, tratando de descubrir quién era él y por qué estaba conmigo.*

La angustia me hizo exhalar, provocando que Noah diera un salto de la silla para comprobarme. El miedo se evidenció en sus ojos y en la dura expresión de su rostro, pero él trató de ocultar sus emociones detrás de una sonrisa demasiado exagerada para ser real, y recorrió el costado de mi rostro con la yema de sus dedos.

—¿Cómo te sientes? —murmuró con la voz tan suave como lastimada.

—Bien —sonreí, esperando que eso fuera suficiente para que dejara de un lado su preocupación, pero el sentimiento seguía ahí, reflejándose pupilas—. Estoy bien, Noah. Se necesita más que un par de colmillos para vencerme —bromeé y hasta reí, pero él seguía serio. Sentí el impulso de pararme de la cama para demostrarle lo bien me sentía, pero no estaba muy segura de cuál sería el resultado. Mi pierna dolía y mi cuerpo aún se sentía pesado como para intentarlo.

—Tú... Audrey... no... —farfulló—. Lo siento tanto —dijo bajando la cabeza.

—No fue tu culpa sino mía por no escucharte. Dijiste «no te muevas» y fue lo primero que hice.

—Sí, pero...

—Ven aquí. —Le pedí, abriendo un espacio en la camilla para que me

hiciera compañía.

—Audrey, no creo que...

—Ven. Aquí —repetí, haciendo énfasis en cada palabra. Él, a regañadientes, se metió en la camilla junto a mí. Levanté la cabeza de manera que él pudiera desplazar su brazo por debajo de mí y luego la recliné sobre su pecho. Enrosqué mi pierna derecha sobre las suyas, asegurándome de atraparlo completamente. Noah estaba extremadamente tenso, demasiado nervioso como para moverse o respirar; tan tieso como si estuviera hecho de concreto y no de carne y hueso.

—Abrazame. —Fue mi segunda petición. Una que, como la primera, él estaba renuente a acatar—. Noah, por favor, abrazame. No voy a romperme —prometí.

Con extremo cuidado, se recostó de lado y rodeó mi cintura con su brazo libre, reduciendo el espacio que nos separaba. Poco después, apoyó su barbilla en la cima de mi cabeza y liberó una respiración cansada—. Mucho mejor.

—Si no te amara tanto... —musitó con aflicción.

—Mejor que sí lo haces —agradecí, disfrutando de la tibieza de su cuerpo y de la esencia masculina que manaba de su camiseta y se filtraba por mi nariz, trasladándome a los besos, a las caricias, a esos pocos pero significativos momentos que me hacían perder la razón... Sentirlo me enloquecía, drenaba mi voluntad, la hacía añicos. Y ya no solo se debía a la intensa atracción que surgió entre nosotros en ese garaje, sino a la forma nada sutil y poderosa que él se estaba aferrando a mi corazón. La sensación me infundía un profundo temor, porque nunca, ni siquiera con Aarón, había experimentado una necesidad tan feroz y desquiciante de prenderme a su cuerpo y no separarme jamás de él.

Alcé mi rostro hacia el de Noah y le robé un beso, sorprendiéndolo. Al principio, no reaccionó, no parecía muy dispuesto a corresponderme, pero cuando mi lengua lamió el borde de sus labios, pidiéndole acceso, cedió y se convirtió en todo lo que necesitaba. Hasta olvidé el palpitante dolor de mi pantorrilla y el lugar en el que nos encontramos.

—¡Audrey! —gritó Milie, capturándonos *infraganti*. Mi primer instinto fue empujar a Noah lejos de mí. El de él, protegerme. Se aferró a mí como si temiera que Milie me pudiera atacar de alguna manera, y eso fue tan dulce.

Lo hubiera valorado aún más de no ser por la mirada furiosa que la madre de Aarón arrojaba hacia mí.

—Milie, yo...

—Así que es cierto, estás engañando a mi hijo con ese... sujeto —Agitó la mano con desaire, menospreciando a Noah. No esperaba menos, ella no iba a dar saltitos de satisfacción ni a felicitar me por traicionar a su *hijo adorado*. Milie veía por sus ojos, pisaba el suelo por donde él pasaba, y encontrarme en una posición tan comprometedor, sabiendo lo doloroso que sería para Aarón descubrir mi infidelidad, debió ser un duro golpe para ella—. Siempre supe que eras una puta —espetó, ardiendo en furia.

—Oiga, señora, no le permito que insulte a Audrey de esa manera. Si quiere reclamarle a alguien, aquí estoy yo —defendió, incorporándose de la camilla. Noah rumiaba como toro embravecido y mantenía los puños apretados con tanta fuerza que todas las venas de sus manos y antebrazos resaltaron.

Milie dio un paso atrás y negó con la cabeza repetidas veces.

—Aarón no lo merece, mi hijo te ama y esto le partirá el corazón. Si a él le pasa algo, si no vuelve a salvo a casa... —Sus ojos brillaron y le tomó un par de minutos ser capaz de hablar de nuevo—. Por favor, Audrey. Termina esto ahora, por favor —suplicó sin contener el llanto.

Su ruego caló en mis huesos e intensificó el sentimiento de culpa que estaba tratando de ignorar. Y aunque sabía que me estaba manipulando, no podía negar que tenía razón. Su temor no era infundado. Igual que ella, sabía lo que pasaría si Aarón descubría mi romance con Noah, estando en Afganistán, y si algo le pasaba, jamás me podría perdonar por ello.

—Está bien —accedí. Noah dio un feroz paso atrás y, aunque no miré hacia él, sentía sus ojos clavados en mí—, esperaré que vuelva a Estados Unidos para decirle.

—¿Qué? ¡No! —rechazó Noah enseguida.

—No te metas en esto, asesino —disparó hacia él.

—¡Milie! —recriminé—. Noah no es ningún asesino.

—¿No? —Se rio—. ¡Claro que lo es! Mató a esa pobre chica y la colgó del techo de su propia casa. Él es un demonio, Audrey. No te dejes engañar por su aspecto —desairó—. Cuando llegó contigo, no lo reconocí, pero ahora que sé quién es no permitiré que esté aquí ni un minuto más, y mucho menos

cerca de ti.

—Me vas a disculpar, Milie, pero tú no tienes ninguna autoridad para decidir quién está conmigo y quién no. Accedí a esperar que Aarón vuelva para hablar con él en persona y es lo único que te concederé, en honor al cariño que le tengo.

—¿Cariño? ¡Eres increíble! ¿Lanzas por la borda tu relación de años por un exconvicto sin futuro solo porque no eres capaz de mantener las piernas cerradas?

—¡Basta ya! No vuelva a insultar a Audrey o yo...

—¿O tú qué? ¿Me matarás como a Dess? —Se le enfrentó sin demostrar ni una pizca de temor. En su mirada solo había odio y prepotencia.

Noah resopló, bajando la cabeza e intentó controlarse con continuas inhalaciones y exhalaciones, pero la mujer tenía más veneno y fue capaz de ir más lejos al decir—: Hasta tu madre sabía la clase de monstruo que eras, murió de dolor y tristeza por tu culpa.

—¡Ahhh! —gritó Noah y golpeó el suelo una y otra vez con su puño cerrado.

—Noah, para. Noah, por favor, detente. ¡Noah! —grité y grité, pero él no se detenía. Parecía poseído por mil demonios.

—Ahí lo tienes, ese es el verdadero Noah, el monstruo que te negabas a ver.

—¡Cierre la maldita boca! —arremetí en su contra. Y sin pensarlo dos veces, me quité la intravenosa que había en mi antebrazo y abandoné la camilla para intentar contener a Noah. El frío penetró mis pies desnudos y liberó un tembloroso escalofrío desde las plantas hasta la punta de mi cabeza, pero no me importó, necesitaba llegar a él. Me arrodillé a su lado y, con temor, pero con convicción, le pedí que se detuviera; el dolor evidenciándose en mi voz quebrada. Él asintió una sola vez, acatando mi clamor, y dejó de golpear su puño contra el suelo. Jadeé devastada por el daño que sufrieron sus nudillos a consecuencia de sus furiosas arremetidas, golpes que hubiesen sido destinados hacia Milie si Noah fuera el monstruo que ella mencionó; pero no lo era, él jamás lastimaría a una mujer de esa forma tan salvaje y brutal. Toda esa rabia no era más que la exteriorización de su dolor por la muerte de su madre.

—Lo siento —susurró de rodillas en el suelo, con el puño clavado sobre

un charco de su propia sangre. Su cuerpo temblaba y su respiración era un resoplido brusco, fatigado, tan maltratada como su alma...

Me acerqué más a él y con una cálida y lenta caricia, que inició en su hombro, recorrí su brazo izquierdo hasta tomar su muñeca. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver sus nudillos en carne viva, supurando sangre a borbotones. Incliné mi cabeza contra su hombro y lloré en silencio, pero sin poder evitar que mi cuerpo se sacudiera.

—No, muñeca. No —pidió, uniendo nuestras frentes—. Esto no es nada, estaré bien.

—No es tu culpa, Noah. Juliet no...

—¡Es él! Tiene que sacarlo de aquí —ordenó Milie, señalando hacia nosotros. Junto a ella, un hombre de seguridad alternó la mirada entre nosotros y el charco de sangre a un costado.

—¡No! Él no hizo nada malo, ella lo estuvo provocando y él solo...

—¡Dios mío, Audrey! Deja de defenderlo, todos aquí sabemos qué clase de persona es Noah Cohen y lo que es capaz de hacer. ¡Abre los ojos, cariño!

—Señor, póngase en pie y abandone la habitación —pidió el guardia de seguridad, era alto y corpulento, identificado como E. Mayer en su uniforme.

—No, él necesita que revisen su herida. ¿No lo ven? Está sangrando.

—Lo siento, pero la doctora Morgan dijo que...

—¡Y una mierda! Él es un ciudadano con todos sus jodidos derechos — exploté ofuscada.

Mayer miró a Milie, quien asintió ligeramente como aprobación, y luego expresó una disculpa con una mirada condescendiente. Eso me enervó más. ¿Por qué tenía que pedirle permiso a Milie? Los derechos de Noah no eran negociables, y menos debían ser medidos por la misma persona que provocó su ira.

Poco después, Milie abandonó el cubículo murmurando algo que no alcancé a escuchar, y su escolta la siguió.

—Levántate, haremos que revisen tu mano.

—Estoy bien —siseó.

—Noah, estás sangrando y puede que tengas algún hueso roto.

—Lo vendaré en casa, no te preocupes —aseveró sin mirarme—. Mejor vuelve a la camilla, necesitas descansar.

—No, lo único que necesito es que alguien cure tu mano. Noah, por favor.

—Bien, lo haré por ti —accedió, apartando sus ojos del espacio vacío donde antes estaba Milie mirándonos—. Mierda, Audrey. ¿Te lastimé?

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté confundida. No entendí de qué hablaba hasta que seguí la línea de su visión y vi la sangre que corría en mi antebrazo—. ¡Oh, no! Esto fue por quitarme la intravenosa.

—¡Joder! —masculló resentido, paseando su mano sana por su cabello hasta establecerla detrás de su nuca. La culpa y la turbación se reflejaban en sus ojos. Me sentí terrible. No quería que sufriera más. Milie punzó una herida sangrante, hiriéndolo; y aunque su reacción fue bastante agresiva, lo entendía. Solo alguien que sabía lo que era perder a su madre podría comprender el dolor y la devastación que dejaba su ausencia—. No debí llevarte a ese lugar.

—Ya te dije que no es tu culpa —giré los ojos, realmente cansada de seguir con la misma discusión, y me levanté del suelo, seguida de él. En ese momento, una enfermera ingresó al cubículo, nos observó con una mirada acusatoria, primero a Noah y a su mano sangrante, y luego a mí.

—No debería estar de pie. —Me riñó en tono arisco.

—Sí, lo sé. Solo que...

—Y mucho menos debió quitarse la intravenosa. —Su actitud no estaba por mejorar, parecía bastante molesta—. Vuelva a la camilla, tengo que arreglar el desastre que hizo.

Me tragué las ganas de mandarla a la mierda y volví a la cama como ordenó. Discutir con otra persona esa noche no estaba en mis planes inmediatos y, además, la mujer tenía argumentos válidos para estar enojada.

—Ve por esa revisión ahora. —Le pedí a Noah esbozando una sonrisa inquieta. Estaba más preocupada por su pérdida de sangre que por la mía. Pero él no se movió y mucho menos parecía tener la intención—. Lo prometiste —insistí con un puchero estúpido e infantil. La última vez que hice gestos tan tontos tenía diez años y le pedía a papá una bicicleta.

—Está bien. —Liberó un resoplido resignado. Antes de irse, depositó un beso en mi frente y susurró «te amo» en mi oído.

La enfermera negó con la cabeza y frunció los labios. ¿Acaso Milie les dijo a todos en el hospital lo que pensaba de Noah?

*Nunca imaginé que la madre de Aarón tuviera un corazón tan negro. Es*

*una perra despiadada.*

## Capítulo 13

Noah se había ausentado por espacio de dos horas y estaba preocupada. No tenía forma de saber de él y de la razón de su demora. La enfermera se marchó minutos después de que él lo hiciera y regresó una hora más tarde para quitarme la intravenosa. Cuando le pregunté por Noah, no supo decirme nada. Para colmo, tanto en el cubículo como en el pasillo reinaba un silencio perturbador, casi sepulcral, lo que significaba que no había nadie cerca a la que pudiera pedirle algún tipo de información.

Cansada de esperar, me bajé de la camilla y puse mis pies sobre el piso frío, sintiendo cómo mis plantas se helaban al contacto, pero importándome muy poco, y caminé de espacio hasta la puerta. Al abrirla, la luz del pasillo perturbó mi visión, en contraste con la escasa iluminación que había en la habitación desde que la enfermera apagó las luces al salir. Parpadeé hasta lograr adaptarme y fue entonces cuando vi a Milie hablando entre susurros con el guardia de seguridad que había entrado a mi habitación más temprano. Se encontraba al fondo del pasillo, al menos a cinco metros de distancia, imposibilitando que mis oídos percibieran su charla, pero algo me dijo que mi nombre y el de Noah estaban involucrados en esa conversación.

Cerré la puerta y encendí la luz para buscar mis pertenencias. Mi ropa estaba al borde de la camilla, me desnudé y me la puse. Mi pantorrilla seguía un poco adolorida, pero eso no impediría que me saliera de ahí para buscar a Noah, estaba convencida de que su ausencia era culpa de mi *queridísima suegra*. Mis botas estaban debajo de la camilla, aunque me hubiera ido descalza de no ser así. Me las puse y abandoné el cubículo. Milie ya no estaba en el pasillo y el guardia tampoco. Transité el pasillo hasta la recepción, ahí debían saber dónde se encontraba Noah.

—Disculpe, ¿me podría decir si ha visto a un hombre alto, de cabello rubio cenizo y ojos celestes que tenía una herida en su mano derecha? —Le pregunté a la enfermera que se encontraba detrás del mostrador.

—No, lo siento.

—¿Está segura? Se llama Noah Cohen. ¿Será posible que esté en la sala de



cura? ¿Podría verificar?

—Ya le dije que no lo sé.

—Gracias por nada —rechisté y di media vuelta, encontrándome a Milie frente a frente.

—¿Qué haces, Audrey?

—Busco a Noah. ¿Dónde está?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —rebatí con las cejas y los labios fruncidos.

—Porque asumo que, estando de guardia en urgencias, sabrías dónde se encuentra un paciente herido.

—Lo sabría si él hubiera venido por ayuda, pero no lo hizo y no sé dónde está, y mucho menos me importa. Pero antes de preocuparte por él, deberías pensar en mi hijo y en cómo se sentirá a causa de tu... desliz con ese asesino.

Giré los ojos y bufé una maldición en voz baja, controlado mi temperamento solo porque había testigos cerca. Milie estaba tensando demasiado la jodida cuerda y apenas un par de pelos evitaba que se rompiera; un poco más, y no me contendría más. Obviamente, ella tenía razones de peso para sermonearme, mi comportamiento era reprochable, pero nada de eso tenía que ver con Noah y su precedente delictivo. Que me señalara a mí todo lo que quisiera, pero que lo dejara a él en paz.

—Escucha, Milie, sé que sientes que te debo alguna explicación y que tienes derecho a cuestionarme en defensa de tu hijo, pero no es así, y no permitiré que te metas en mi vida. Te prometí no decirle nada a Aarón hasta que vuelva a Estados Unidos, sano y salvo, y lo haré; te doy mi palabra.

—¿Y debería creerte? —desairó con un gesto despreciativo.

Claro, mi moral era cuestionable y mi palabra valía un comino para ella, eso era entendible, pero, aunque Milie pensara que no, quería a Aarón y no haría nada que amenazara su vida mientras estuviera en Afganistán.

—Sí, debes hacerlo. Ten cuidado tú con lo que vayas a decirle cuando te llame —dije en un tono de advertencia.

—Me decepcionas, Audrey. Creí que amabas a mi hijo realmente. Y lo que más me duele es que él te venera. ¿Cómo pudiste traicionarlo así? ¿Por qué? —Sus ojos se tornaron vidriosos, quebrantados por un dolor que no sabía si era real o fingido, pero su actitud era tan contundente que logró que me cuestionara uno a uno los eventos prohibidos que experimenté con Noah,

menospreciando el amor de Aarón al darles oportunidad.

—Yo... no lo planeé —comencé a excusarme, pero escuché a Noah gritando mi nombre ferozmente desde el exterior y corrí hacia la salida. Apenas crucé la puerta, lo vi en el estacionamiento forcejeando con dos guardias de seguridad.

—¡Suéltelo ya! —demandé con rigor mientras avanzaba hacia ellos en un trote rápido.

Cuando Noah escuchó mi voz, dejó de luchar y resopló una palabra de alivio.

Los hombres compartieron una mirada antes de darle una advertencia, si volvía a dar problemas, llamarían a la policía. Noah asintió y lo liberaron.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con la voz agitada y cargada de preocupación.

—¿Qué pasó, Noah? ¿Por qué estabas luchando con los guardias? —interrogué en lugar de contestar.

—Ellos me sacaron de la clínica cuando me fui de tu habitación y me prohibieron la entrada. No sabía cómo avisarte y fui al bar por tu amiga Olive, pero tampoco no me dejaron pasar. El dueño del bar no me quiere ahí por alguna mierda que no sé. Regresé aquí e intenté explicarle a esos imbéciles que necesitaba volver contigo, pero ellos...

—¡Dios! Lo siento tanto, Noah. —Lo interrumpí, rodeándolo con mis brazos. Un resuello escapó de su boca y su pecho se infló y desinfló fatigado, al tiempo que sus manos se cernían a mi espalda.

—Nunca debí dejarte en primer lugar. Estaba jodidamente angustiado por ti. ¿Cómo te sientes?

—Bien, estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo está tu mano? —Me despegué de él y recorrí su brazo con mis dedos, buscando su mano lesionada, pero él la apartó y emitió un poco convincente «no es nada».

Pronuncié su nombre con un resoplido que lo hizo desistir y, finalmente, me dejó examinarlo.

—Está muy hinchada y sigue sangrando. Necesitas que alguien la vea.

—No, nadie lo hará. Tendré que explicar cómo pasó, y soy un exconvicto, Audrey. Van a asumir que herí a alguien y todo empeorará.

—Pues eso no debería ser así, mereces ser atendido sin importar tu pasado.

—Eso piensas tú, muñeca, pero los demás no. Y no te preocupes, estaré bien, no es la primera vez que mis nudillos se inflaman.

—Está bien, pero me dejarás curarte cuando llegemos a casa, y no hay pero que valga.

—¿Casa? ¿Puedes irte ya?

—Sí, no pasaré ni un segundo más ahí, así me esté muriendo.

—¿Pero los médicos lo aprobaron? ¿No requieres algún análisis o alguna mierda para comprobar si está todo bien? —insistió, mostrándose muy turbado.

—¿Me ves muriendo? —pregunté con ironía.

Él me miró con apreciación y luego batió la cabeza de un lado al otro, negándolo.

—Entonces podemos irnos.

Noah tomó mis dedos entre los suyos, besó mis nudillos con ternura y luego caminamos de la mano todo el camino hasta mi *Ford*. Al llegar ahí, me abrió la puerta y me ayudó a subir con cuidado, siendo cauteloso con no lastimar mi pierna herida. Mientras Noah rodeaba el auto, miré por la ventana hacia el cielo oscuro y aspiré el oxígeno de la madrugada, haciendo un cálculo mental de la hora que podía ser. Predije que eran más de las cuatro o cinco de la mañana.

—No estoy muy convencido de esto, deberías volver y comprobar si puedes irte realmente —reiteró Noah como un disco rayado. Pero no, no volvería a entrar ahí mientras Milie Morgan estuviera dentro. Por su culpa, él no fue atendido como merecía y lo sacaron de la clínica como una escoria. Noah no había hecho nada malo, no ante mis ojos.

—Pues es lo que haremos, no volveré ahí, al menos no mientras siga consciente.

—Eres testaruda, Audrey Gunnar —murmuró antes de encender el motor y poner el auto en marcha.

Observé atenta su expresión, esperando que hiciera algún gesto de dolor por la lesión en su mano mientras la usaba al conducir, pero él no parecía afectado de ninguna manera.

*¿Será que es inmune al dolor? Considerando la forma en la que golpeó el suelo hasta sangrar, y en lo tranquilo que se veía pese a la terrible herida que abrió la carne de sus nudillos, soy capaz de asumir que lo es. ¿O será*

*costumbre? Él mencionó que no era la primera vez. ¿Qué clase de vida llevó en esa prisión? He escuchado historias terribles de lo que pasa en esos lugares. Solo de pensarlo me causa escalofríos y un agudo dolor en mi pecho.*

—Voy a regresar, estás temblando y eso no debe ser normal —anunció con toda la disposición de hacerlo al bajar la velocidad para retornar.

—¡No! Solo tengo frío. Me siento bien, lo juro.

—No me mientas, preciosa. Si sientes cualquier síntoma, el más mínimo, te llevaré ahí y...

—¡Con una mierda, Noah! Te digo que estoy bien. —Lo interrumpí enfurecida—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Bien, si tienes la fuerza para gritarme de esa forma, debes estarlo —sonrió al decirlo—. Ven aquí, mi cuerpo está tibio para ti —ofreció después.

Me arrimé a su lado, dejé caer mi rostro en su hombro y reposé mi brazo en su regazo.

—Gracias por cuidarme.

—Pude hacerlo mejor —masculló frustrado.

—¡Bendito Dios! Hablando de testarudez... —resoplé sin terminar la frase. Volver a culparse por lo que pasó era improductivo.

Minutos después, Noah detenía la camioneta frente a mi casa. Fue una noche larga y agotadora para ambos. No veía la hora de escurrirme en mi cama y dormir al menos diez horas seguidas, pero aún tenía una mano que curar.

—Creo que papá está dormido —comenté cuando llegamos a casa. Todo estaba oscuro y silencioso.

—Mario estaba saliendo cuando vine por ti, seguro se fue a la cama después de eso.

—¿Qué? ¿Entonces no era necesario que bajara por la escalera? —dije con los ojos muy abiertos.

—Sí lo era. Me dio un gran vistazo de tu trasero —respondió con cara de pícaro.

—Idiota —golpeé su brazo con mi puño cerrado. Él se rio por lo bajo y susurró «valió la pena»—. Si no tuviera que curarte, te negaría la entrada.

—No tienes que curarme, yo puedo...

—Dije que te curaría y lo haré, así que mejor subes sin rechistar.

Él no puso objeción y entró conmigo a casa. Subimos a mi habitación en silencio y luego nos metimos al baño, donde lo curaría—. Ven aquí. —ordené en voz baja.

Noah se acercó al lavabo y me permitió tomar su mano. Abrí el grifo y asee su herida con agua limpia, que terminó mezclándose con el color rojizo de la sangre que se había secado en sus nudillos hasta perderse en el desagüe. Dolor y culpa golpearon mi pecho al recordar la ira de Noah cuando Milie, de forma maliciosa, lo culpó por la muerte de su madre. Esa herida simbolizaba lo que había en su corazón, la desdicha de haber perdido a su madre inesperadamente.

—Estaré bien, muñeca —dijo con voz apacible. Debió notar en mi gesto la preocupación, él era demasiado perceptivo con mis emociones.

—No fue tu culpa. ¿Sabes eso, cierto? La muerte de tu madre no fue tu culpa. —Lo miré a través del espejo que estaba delante de nosotros.

Él asintió lentamente y luego despegó sus ojos del espejo, rompiendo el contacto, aislándose.

—Puedes hablar conmigo, Noah. Estoy aquí para ti.

—Cuando esté listo ¿sí? —pidió en tono sereno, volviendo sus ojos a los míos con marcada melancolía.

—Sí —susurré en tono llano y consecuente. Esa noche había sido un cúmulo de acontecimientos y ni él ni yo nos encontrábamos en capacidad de profundizar en el tema, así que solo me limitaría a curar su herida física y nada más, ya tendría ocasión de hurgar en las marcas de su interior. Le pedí que se sentara sobre el asiento del sanitario, busqué el antiséptico y una venda en el bolso de primeros auxilios, que guardaba detrás del espejo, y comencé a curarlo con cuidado. Él me observó en todo momento, inquietándose al mantener toda esa atención en mí, pero no fracasé en mi tarea y hasta me sentí orgullosa de haberlo logrado.

Al terminar, simulé una sonrisa, le di dos golpecitos amistosos en el hombro y le dije—: Todo listo, campeón.

—Oye... —murmuró Noah tomándome por la cadera con su mano ilesa—. Confío en ti, Audrey, lo hago. —Me miró con franqueza y ansiedad, batallando con la necesidad de admitir todo, en contra de su temor a exponer sus demonios. Su lucha era comprensible, él había estado solo por diez años,

con nada más que la intermitente compañía de mi padre, que debió cesar en algún punto de los últimos años, cuando su condición empeoró.

—Sé que lo haces, Noah, no tengo ninguna duda. —Liberé un suspiro cansado y apoyé mis manos en sus hombros. Él me atrajo hacia su cuerpo y me sentó en su muslo izquierdo. Él estaba siendo tan cariñoso conmigo que era imposible no quererlo.

*Nadie que se comporte de esa forma puede ser un feroz asesino. Él nunca me lastimaría.*

Mientras aquellos pensamientos se registraban en mi mente, sentí el calor de su respiración acumulándose en mi cuello y el delicado barrido de sus dedos en la piel expuesta de mi brazo. Era un toque sutil, cariñoso... uno que estaba volviéndome loca.

—Deberíamos dormir —musitó con voz grave.

—Sí, deberíamos —repetí con un bostezo.

Noah acomodó mi cabello detrás de mi oreja con una leve caricia y puso su boca en mi mejilla para darme un beso.

Cerré los ojos y volví a suspirar. Podía dormir tranquilamente en su regazo, respirando su esencia a hombre y seducción. O no, lo pensé mejor, no sería capaz de hacerlo, la tentación sería mucha; lo mejor era ir a mi cama, sola, e intentar descansar. Y eso hice, no sin antes cambiarme la ropa por un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes en el baño mientras Noah me esperaba en la habitación. Pude desvestirme delante de él para provocarlo, pero no quise ser tan cruel. Eso, y que ambos estábamos demasiado cansados.

—Buenas noches, *chica traviesa* —dijo Noah como despedida cuando estuve acostada en mi cama.

—Buenos días, sería mejor decir.

—T tecnicismos, muñeca —replicó con un guiño seductor y me dio un minúsculo beso en la boca antes de ponerse en pie para abandonar mi habitación. Mantuve mis ojos en él hasta que la puerta se cerró, lamentando su partida, pero muy cansada como para alargar mi inconformidad. Me aferré a mi almohada, sonriendo, y pronto mis párpados cedieron al cansancio y me quedé dormida.

\*\*\*

La voz de mi padre gritando mi nombre me hizo saltar de la cama. Abrí

los ojos de golpe y mis retinas ardieron al impactar con los rayos de sol que se filtraban por mi ventana. Murmuré una maldición, parpadeando, y cuando mi visión dejó de ser un borrón de luces y destellos, me deslicé fuera de la cama y abandoné la habitación de inmediato. Asustada por lo que sus gritos podrían significar, bajé las escaleras, saltando cada dos peldaños, hasta que llegué a él. Se encontraba en la sala, sentado en su sillón habitual; pero no estaba solo, la madre de Aarón ocupaba un espacio en el sofá. La observé con disgusto y luego dirigí mis ojos hacia mi padre.

—¿Es verdad, Audrey? ¿Fuiste herida por una serpiente anoche? —interrogó enojado.

Le lancé una mirada despectiva a Milie, a la que ella respondió alzando el mentón con altivez y prepotencia. Luego, volví mi rostro a mi padre, respondiendo a su pregunta con un simple «sí»

—¿Y cómo es que no creíste que debía saberlo?

—Es que todo pasó tan rápido... Además, ¿qué podías hacer de todas formas? Tú no puedes conducir y llamarte a esa hora solo te daría angustia.

—¿Cómo pasó eso? ¿Dónde estabas? —añadió a su cuestionario, y no dudaba de su preocupación, era evidente que lo estaba, pero no quería contestar a ninguna de sus preguntas mientras una víbora más ponzoñosa que la Cascabel que me atacó estuviera presente. Por tanto, una vez más, clavé mis ojos en la madre de Aarón y dije:

—Gracias por preocuparte por mi salud, Milie, pero me encuentro muy bien. No tenías que venir a comprobarme.

—Estás equivocada, querida, no vine aquí a verificar tu estado de salud. Si estoy en tu casa es para hablar con tu padre y ponerlo al tanto de lo que has estado haciendo con ese... sujeto, a espaldas de mi hijo.

—¿A qué te refieres? ¿Cuál sujeto? —procuró papá, mordiendo el anzuelo.

*Mierda, no planeé que mi padre se enterara de esta forma de mi relación con Noah. Sé que le dolerá descubrir que no fui sincera con él desde el principio. Aunque ¿no fue él deshonesto conmigo durante todos estos años?*

—Me llena de consuelo que no lo sepas, Jace. Temía que estuvieras apoyando a Audrey en esta locura. —Puso una mano en su corazón y lo miró con desventura, como su vida pendiera de un hilo roto, uno que yo manipulaba.

—Bien, esta conversación termina aquí. Tú no vas a hablarle de mi vida a mi padre y mucho menos le pondrás etiqueta a lo que hago o dejo de hacer — encaré, liberando mi ira. No iba a permitir que pronunciara una palabra más en contra de mí ni de Noah.

—¡Audrey, por Dios! ¿Qué significa esto?, ¿por qué le gritas de esa forma a Milie? —Su voz vibraba, decepción brillaba en sus ojos.

Me enojé aún más. Milie había elegido una época demasiado frágil de mi relación con papá para destilar su veneno, empujándome a admitir algo que igualmente le diría en las horas próximas. Pero no quería que pasara así, no porque me sintiera entre la espada y la pared.

—Engañé a Aarón con Noah —confesé avergonzada. Sí, no me sentía orgullosa de lo que había hecho, y mucho menos de ocultárselo a papá. Podía estar dolida con él por haberme mentido todos esos años, pero él todavía era el hombre que conocía lo bueno y lo malo de mi vida, la base que sostenía mi vida...

Un silencio ensordecedor reinó en la habitación por espacio de varios minutos. Yo miraba mis pies desnudos, negada a encontrar los ojos de papá con los míos y leer en ellos la decepción. Él permanecía sentado en su sillón, inerte, sin reacción. Y Milie, ella estaba disfrutando del espectáculo en primera fila.

—Milie, podrías darme privacidad con Audrey —solicitó de manera formal y respetuosa, aunque atisbé en el tono de su voz severidad y molestia. ¿Conmigo? ¿Con Milie? No lo sabía, pero su petición aligeró un poco el peso se alojó en mi estómago desde el segundo que la vi sentada en el sofá. Él no la quería en casa, eso era un hecho.

—Sí, por supuesto —aceptó poniéndose en pie—. Espero que puedas encarrilar a tu hija, Jace, por el bien de todos —añadió, descolocándome por completo. ¿Acaso eso era una amenaza? ¡Ese era el colmo!

—Audrey... —Nombró mi padre, descubriendo mis intenciones. Sabía muy bien quién era yo y las dañinas palabras que le iba a gritar a la víbora de dos patas que tenía delante, una que estuvo camuflada en un traje de cordero, siendo siempre amable y respetuosa conmigo a lo largo de mi relación con su hijo.

Sin escupir ninguna otra palabra, Milie emprendió camino hacia la salida. El sonido de la puerta cerrándose confirmó un minuto después que se había



marchado.

Mi padre se aclaró la garganta de forma audible, llamando mi atención.

Aparté mis ojos del espacio por donde se había alejado Milie y los puse sobre él, encontrando tristeza en su semblante. Mi corazón se violentó y toda la cólera que sentía por Milie se transformó en un golpe de vergüenza. ¡Lo había decepcionado!

—P-papá, yo... —tartamudeé nerviosa. No sabía ni qué decirle.

—¿Desde cuándo? —intervino cuando ninguna otra palabra salió de mi boca.

Analiqué su pregunta y hasta me formulé a mí misma varias interrogantes. ¿Desde cuándo? ¿El primer beso contaba como engaño, cuando fue Noah quien lo inició? ¿Qué tanto debía decirle? —. Audrey... —insistió.

—Desde el inicio existió atracción, pero yo sabía que era incorrecto, los dos lo hacíamos; sin embargo, ninguno pudo evitar que los sentimientos se establecieran y... solo pasó. Tenía planeado decírtelo, pero sucedió lo de Connor y no pude hablar contigo de nada de esto.

Mi padre asintió distraído, como si aquel gesto hubiera surgido de forma casual, no planeada, y entonces la puerta principal se abrió, anunciando la llegada de Noah.

Un estremecimiento sacudió mi ser y mi corazón se contrajo en un puño apretado ante la tormenta que se avecinaba. No sabía qué esperar ni cuál sería la actitud de mi padre con Noah. Lo más sensato sería evitar el encuentro, correr hacia la entrada y decirle que no era un buen momento, pero mi padre tenía otros planes.

—¡Noah! —gritó desde el sillón, requiriendo su presencia.

—¿Qué pasa, viejo? —preguntó al llegar a la sala.

—¡Mi hija casi muere, maldito imbécil! —vociferó, levantándose de golpe de su sillón e irguiendo la postura. Había pasado mucho tiempo desde que lo vi tan regio y enojado—. Confié en ti, Noah. ¿Cómo pudiste permitir que saliera lastimada?

—¡Papá! —grité con firmeza. ¿Por qué lo estaba culpando? Él me cuidó, estuvo toda la maldita noche conmigo, peleó con un par de guardias de seguridad para regresar a mí... ¡Mi padre no podía señalarlo con su dedo acusador! Él no.

—Jace, lo siento. Créeme cuando te digo que lo último que quiero es herir

a Audrey. Ella lo es todo para mí, yo la amo —manifestó sin titubear, pero con la mirada desecha. Mi padre había tocado la vena más sensible de Noah, la de la culpa.

—¿La amas? —Replicó con disgusto—. No, no lo haces. Si la amaras, si en verdad lo hicieras, me lo habrías contado y no la mantendrías oculta como tu sucio secreto.

—Yo no... —comenzó Noah, batiendo su cabeza de lado a lado, negándolo.

—Vete de mi casa y no vuelvas más. Ya no eres bienvenido aquí, Noah —rugió mi padre señalando hacia la salida; su mano temblaba y sus ojos ardían en cólera.

## Capítulo 14

Los eventos de los últimos meses pasaron veloces por mi memoria; los intentos de mi padre por juntarme con Noah desde el mismo día que llegó, la charla que tuvimos, cuando dijo que nadie debía condicionar mi vida y que ninguna persona podía decirme cómo vivirla ni con quién, su insistencia para que Noah trabajara en *Gunnar's*... Él siempre estuvo interesado en meterlo en mi vida. ¿Y ahora lo echaba? Eso no tenía sentido, algo tuvo que haber cambiado para que tomara esa postura tan intransigente e injusta. Comprendía su molestia, debí ser honesta con él y poner sobre la mesa lo que estaba pasando, pero al menos merecía una oportunidad. Él no estaba exento de pecado como para arrojarnos piedras. No, al contrario, lo había demostrado el día anterior cuando me rebeló el secreto mejor guardado de nuestra familia.

—No te muevas —demandé cuando Noah comenzó a alejarse. Él había sido severamente golpeado una y otra vez y no permitiría que pasara de nuevo. Nosotros éramos lo único que tenía, no dejaría que fuera condenado al exilio.

—Está bien, Audrey. Lo entiendo, un hombre como yo no merece a alguien como tú. —Sus ojos miraban hacia el suelo, cohibido, distante, y mis entrañas ardieron.

—Pues yo no opino igual. Tú no eres lo que los demás piensan de ti, no eres lo que todos opinan, eres un buen hombre, Noah. Uno que quiero junto a mí.

Mi padre resopló y se dejó caer en el sillón reclinable, derrotado. Sabía que no valía la pena luchar en contra de lo que Noah y yo habíamos construido a través de nuestros encuentros y desencuentros. No sería fácil, pero si nos manteníamos unidos, si nos aferrábamos el uno al otro, ganaríamos todas las batallas.

—¿Qué pasará con Aarón? —procuró mi padre. Sabía que Aarón no era santo de su devoción, pero ningún padre estaría orgulloso de que su hija fuera una infiel.

Antes de responder, hice contacto visual con Noah, buscando su aprobación, y él me concedió un asentimiento retraído, pero asentimiento al fin, y entonces le expliqué a mi padre el acuerdo al que había llegado con la víbora de Milie. No utilicé ese apodo, pero el tono agrio de mi voz le debió dar un indicio de cuánto estaba despreciando a mi exsuegra. Papá no mostró conformidad o aceptación; al contrario, se mantuvo en silencio y fui testigo de la batalla que se libraba en su mente. Algo le preocupaba mucho, algo que no quería manifestar. ¿Pero qué era? ¿Qué lo cohibía? ¿Se trataba de Noah o de Aarón? ¿De mí? De pronto, me sentí como una niña pequeña e indefensa a la que habían atrapado haciendo una travesura. Pero ese no era el caso, hice algo tan cuestionable y ruin que hasta a mi propio padre le resultaba oscuro. Pasé de ser la hija buena, a una zorra que no era capaz de mantener las piernas cerradas bajo el techo en el que convivía con él.

—Escucha, Jace, sé que estás enojado conmigo, que defraudé tu confianza al involucrarme con Audrey, pero ella no merece que la ignoren o la señalen, y menos tú. Ella es una mujer maravillosa, genuina, hermosa, con un corazón precioso, que te adora con su vida, y más allá de ella, y no permitiré que la lastimes, que nadie lo haga, primero tienen que acabar conmigo antes de llegar a Audrey —dijo Noah en mi defensa, haciendo que mi corazón se derritiera. Juro por Dios que en ese momento pude sentir cómo se incrustó dentro de mi pecho, como un flechazo de amor.

*¡Un momento! ¿Desde cuándo mis pensamientos son tan cursis?*

Mientras yo cuestionaba aquello, mi padre le lanzó una mirada de mil infiernos a Noah, y toda mi emoción se convirtió en un temblor que comenzó en las uñas de mis pies y culminó en la coronilla de mi cabeza. Estaba en un campo de batalla, Noah acababa de lanzar las municiones y no sabía si papá se defendería o soportaría el ataque.

—Maldito idiota. ¡En verdad te enamoraste de ella! —profirió mi padre con una sonrisa.

Sí, estaba sonriendo. *¿¡Qué mierda!?*

—Si hubieras cruzado la jodida puerta, juro por Dios que habría seguido tu trasero para golpearte lo más duro que esta maldita enfermedad me permitiera.

Noah fue el primero en reaccionar, gritando «¡Espera...! ¿De qué hablas?». Mientras yo no era capaz de procesar lo que estaba pasando.

—Que pasaste la prueba, idiota, que defendiste a mi hija como ella merece, que no me hago más joven y necesito que el hombre que esté a su lado la ame tanto que no dude ni un minuto en dar su corazón por ella. Y ese hombre no es Aarón, nunca lo fue, pero tú... hay coraje y pasión en tu alma, Noah. Confío en ti para que cuides a mi muñeca cuando yo no esté.

—¡Dios, papá! Creí que tú... —Un sollozo cubrió mis palabras y me resultó imposible decir más, solo pude acercarme a él y abrazarlo.

—Está bien, cariño. Sabes que nunca te juzgaría —susurró mientras acariciaba mi cabello cariñosamente. Y ahí, doblada en mis rodillas delante de él, volví a ser su niña.

—Gracias, papá —dije entre lágrimas. Todo lo que pasó las últimas horas despertó a mi yo vulnerable y sentimental; porque, aunque siempre trataba de mostrarme dura e implacable, en mi interior era frágil.

—Pero dime algo, Audrey. ¿Cómo fue que esa serpiente te atacó?

—No es lo que piensas—respondí a la defensiva.

—¿Y qué piensas que estoy pensando? —preguntó a son de broma.

—¡Ajá! Sigue con tu jueguito, papá, yo tengo cosas más importantes que hacer, como ir a vaciar mi vejiga. —Me levanté del suelo y caminé hacia el corredor para subir a mi habitación. Necesitaba orinar y también cepillarme los dientes. Con todo el alboroto de papá gritando, ni tiempo me dio.

—¡De verdad, muñeca! ¡Quiero escuchar la historia! —gritó desde la sala.

—¡Noah también estuvo, que él te cuente!

Subí las escaleras y me metí derecho al baño para hacer mis necesidades habituales, pero luego pensé que me vendría bien una ducha, así que me desnudé y entré en ella, corriendo a un lado la puerta de vidrio esmerilado que separaba el área en dos. Moje mi cabello y lo lavé, queriendo deshacerme del olor a hospital que se había impregnado en él. No estuve mucho allá, pero sí el tiempo suficiente para no querer regresar.

Estaba enjabonando mis piernas cuando Noah pronunció mi nombre desde la habitación. Debió haberse preocupado por mi demora, no tenía planeado tomarme tanto tiempo en el baño, pero fue justo y necesario.

—Aquí —anuncié en tono despreocupado. Él podía entrar si quería, no sería capaz de ver nada más que mi sombra detrás del vidrio, o hacerme compañía si también lo deseaba. ¡Umm, sí! La segunda opción era mi favorita.

—¿Todo bien ahí dentro? —Su voz sonaba un poco más cercana, pero no lo suficiente para que pudiera pensar que se encontraba a punto de entrar al baño.

—Podría estar mejor contigo aquí —propuse.

—Imagino que sí, pero dudo que Jace opine lo mismo. Te espero en la cocina, te estaré haciendo el desayuno.

—Bueno, tú te lo pierdes, campeón.

—Y no tienes idea de cuánto lo lamento. —Las palabras se escurrieron de su boca con letanía. Y yo tan dispuesta a socorrerlo... Pero bueno, eso tendría que esperar.

Minutos después, salí del baño con una toalla envuelta en mi cuerpo y saqué un vestido holgado de flores que no usaba a menudo pero que sería lo más práctico de vestir considerando mi herida. A esa hora, debía estar en el taller trabajando y no en mi habitación eligiendo ropa que se ajustara a la consecuencia de una estúpida reacción; de haber hecho lo que Noah pidió, mi pantorrilla estaría en perfectas condiciones, pero no, tuve que saltar sobre él como una cobarde.

—¡Audrey Gunnar! —chilló una voz familiar desde el pasillo y, poco después, entró a mi habitación como un vendaval, haciendo que la pieza de madera golpeará la pared. Olive era menuda y pequeña, pero tenía un carácter fuerte, autoritario, que a cualquiera haría temblar; los golpes de la vida la obligaron a serlo—. La ciudad está ardiendo en llamas a causa tuya, y tú aquí, campante y sonante, dándote una ducha. Y para colmo, no respondes el puto teléfono.

—¿Ardiendo en llamas? —pregunté sin entender de qué hablaba.

—Sí, Aarón es el héroe de West. ¿Qué creías que pasaría cuando todos se enteraran de tu aventura con Noah?

—Pero cómo...

—Pudiste morir, Audrey, y todo por culpa de él. —Su voz se quebró y un diluvio de lágrimas llenó sus ojos. Esa era Olive, tan temeraria como sentimental, y por eso la amaba.

—Estoy aquí, Olive. Se requiere más que un poco de veneno para matarme —expresé como un intento de broma, pero no le hizo gracia. Su cuerpo temblaba como si estuviera expuesta al frío; lucía pálida, asustada. Me acerqué a ella y la abracé para intentar calmarla, eso funcionaba cuando

comenzaba a entrar en pánico, algo que no era tan frecuente desde que buscó ayuda, pero que sin duda seguía siendo un problema para ella—. Lo siento ¿sí? —Le pedí, alejándome lo suficiente para mirarla a los ojos—. Lamento que te enteraras de esa forma. Noah fue a buscarte anoche, pero no lo dejaron entrar al bar, imagino que por orden de Liam. El muy cabrón debe seguir enojado porque no cedí ante su chantaje.

—¿Fue por mí? —Parpadeó con incredulidad y dando por terminado nuestro pequeño momento emotivo al separarse de mí. Su aversión hacia Noah no era de gratis, Olive había tenido una muy mala experiencia en el pasado y todos los hombres que eran considerados “malos” los incluía en su lista negra. Pero era momento de que dejara de pasar a Noah por el mismo tamiz, y se lo hice saber relatándole con pelos y señales lo que había vivido los últimos días.

—¡Dios! Esa mujer es una víbora. Nunca la consideré así, créeme —dijo con un resoplido.

—Ni yo, estoy tan sorprendida como tú. Pero olvida a Milie, si te conté todo eso es para que comprendas que Noah no es el monstruo que todos señalan. Él fue condenado injustamente y estuvo en el infierno, sí, pero eso no lo convierte en un demonio automáticamente. Él, como tú, tiene una historia, un pasado que siempre lo va a atormentar, pero el suyo está expuesto al escrutinio de todos y la gente puede ser muy despiadada si se lo propone.

—Fui una completa perra ¿no? —Sus mejillas se sonrojaron. Esa era otra particularidad de Olive, sus gestos la delataban. Enojo, pena, celos o cualquier emoción fuerte, la hacían ruborizar.

—Tal vez un poco, pero no te podría culpar por eso, Oli. Sé que solo querías cuidarme —abogué a favor de su propia crítica. Pero ella, en lugar de recuperar la palidez de su rostro, se enrojeció más—. Oli. ¡Ay, Oli! ¿Qué hiciste?

—Es que... estaba enojada con Noah por el accidente con la serpiente, que todo el mundo asegura sucedió porque estaban teniendo sexo en la intemperie, y entonces vengo aquí y él me abre la puerta y yo como que... exploté.

—¡Dios, Olive! —espiré—. Milie anoche, luego papá esta mañana... ¿Y ahora tú? Noah no ha tenido un maldito descanso —murmuré mientras caminaba a mi cajón para tomar un conjunto de ropa interior, vestirme y bajar

las escaleras. Tenía que remediar de alguna forma el daño que mi amiga había causado con su “explosión”:

—Audrey él... se fue.

—¿Qué? ¿A dónde?

—No lo sé. Solo se fue... Lo siento tanto, Audrey. Perdóname por complicar las cosas para ti. No tenía idea de lo mucho que significabas para él hasta que me contaste todo, pero te prometo que lo arreglaré. Hablaré con Noah y le diré que cometí un error...

—¿Qué le dijiste exactamente? —pregunté mientras me vestía rápido.

—No, Audrey. No quiero repetirlo —repuso nerviosa.

—Pues tendrás qué, Olive. Necesito saber cuánto daño causaste —reproché furiosa, y con toda razón. Yo siempre estuve para ella, la apoyé a través de todo, y no era justo que descargara su rabia en contra de Noah sin él merecerlo.

Olive asintió pesarosa y, luego de breves e inestables titubeos, admitió:

—Le dije que estaba arruinando tu vida, que lo mejor para ti era que se largara de West y que jamás regresara, que tú tenías algo bueno con Aarón y que él estaba estropeando eso, y que eras demasiada mujer para un asesino como él.

—¿Qué demonios, Olive! Eso fue cruel e injusto. Muy injusto. —Batí la cabeza, exacerbada, y me apresuré a calzar mis pies para buscar a Noah a donde fuese que se hubiera ido. Ahora más que nunca debía verlo. Imaginaba la clase de dolor que estaba experimentando, era fácil estimarlo, yo misma estaba sufriendo a causa de aquellas palabras, que fueron como sal lanzada a una herida abierta.

—Audrey, por favor, perdóname por eso. Yo solo...

—Ahora no, Olive, tengo que ir por Noah. —Y sin decir más, abandoné mi habitación y recorrí el camino que me llevó a la planta baja. Encontré a mi padre en la cocina, frente a la mesa, tomando tranquilamente una taza de café —que seguro Noah le sirvió— y leyendo el periódico, como siempre. Segundos después, Olive se aproximó a la cocina y, en silencio, apoyó la cadera contra la mesa, cruzando los brazos sobre su pecho. Sabía que la culpa la atormentaba, y debía estarlo, fue demasiado lejos con lo que le dijo a Noah.

—Estará bien, muñeca. Él entiende —intercedió papá.

¡Ah! Es que él fue testigo del arrebató colérico de Olive. Y claro, como la



adoraba, quería minimizar el asunto. Pero no, Noah no tenía que “entender” nada. Él no era saco de boxeo para que le lanzaran golpes.

—¿Y quién lo entiende a él? —pugné. Tenía que decirlo—. Iré a su casa para ver si está ahí. —Pasé por un lado de Olive sin mirarla y pronto estuve en el exterior de la casa, donde el aire era cálido y la luz del sol me obligó a estrechar los ojos. Me tomé un minuto antes de proseguir a mi destino, rogando en mi interior porque Noah estuviera ahí. No sabría dónde buscarlo de lo contrario.

Al cruzar la calle, lo primero que hice fue mirar hacia el garaje. La puerta estaba abierta y su *Torino* se encontraba ahí. Ese era un gran indicio. Logré recuperar un poco el aliento, mis pulmones se habían cerrado desde que Olive expuso su equivocación. Pero en cuanto lograba recomponerme, escuché un sonido estruendoso proveniente del interior de la casa de Noah. Sin detenerme a pensar, corrí dentro del garaje y utilicé la puerta que lo comunicaba con la casa.

—¡Noah, detente! —Mi grito hizo eco en las paredes.

Muebles, sofás, mesas, lámparas, cuadros... todo estaba desperdigado en el suelo, roto, evidenciando el dolor con el que Noah convivía día a día. Él estaba de espalda a mí, respirando agitado, con los puños cerrados y una mancha roja cubriendo la venda que le había colocado más temprano ese día.

—Vete, Audrey. No quiero que me veas así de nuevo —demandó sin hacerme frente.

—No, no me iré. Vine aquí por ti. —Me impuse. La única forma de marcharme era si él me sacaba y, aun así, daría pelea.

—Ella tiene razón, estoy arruinando tu vida. Lo mejor es que...

—¡No te atrevas a decirlo! No lo digas, Noah, o te golpearé, prometo que lo haré. Porque si no te has dado cuenta, la única opinión que vale es la mía y yo te quiero conmigo.

—¿Para qué? ¿Qué sentido tendría? —Seguía sin mirarme, oculto, así que sorteé los obstáculos que tenía enfrente —queriendo hacer lo mismo con los conflictos que no eran tangibles, esos muros invisibles que nos podían separar más que las ruinas que dejó su ira— y llegué a él. Las venas de sus brazos sobresalían, al igual las de su cuello y frente, y mantenía la cabeza baja, evitándome a toda costa, pero mi obstinación me llevó más lejos de lo que alguna vez pensé que podría a causa de un hombre, y me arrodillé delante

de él. Si sus ojos miraban al suelo, ahí me tendría. Si los cerraba, usaría mi voz, pero nada me iba a impedir intentar reparar lo que se rompió cuando Olive invocó a sus demonios.

—No, no. No, por favor —suplicó, clavando sus rodillas delante de mí—. No te merezco, Audrey. Mira alrededor, mira lo que provoqué, observa mis manos estropeadas por la maldita furia que habita en mí, que es como una llama que no se apaga, que se aviva día con día. Mírame, Audrey. ¡Soy un verdugo!

Tomé las manos temblorosas que me enseñaba y besé sus nudillos, uno a uno, pintando mis labios con la tinta roja de sus heridas, y luego las puse en mi cintura. Noah las mantuvo en mi cintura, aunque sin mucha fuerza. Me arrojé hacia él, en el espacio que quedaba entre sus muslos, y le acaricié el rostro, repasando con mis yemas la barba creciente que cubría su mandíbula, esbozando sus labios, su nariz, sus pómulos..., y las reposé a cada lado de sus facciones.

Noah cerró los ojos y liberó un resoplido grave y luego dijo mi nombre. No se escuchó dulce o ansioso, sino penoso y triste, como si me estuviera diciendo adiós. ¿Por qué? ¿Solo por las absurdas declaraciones de una persona que no tenía idea de lo que él y yo habíamos compartido?

—Mírame, Noah Cohen. Abre los ojos, que por eso me incliné en el suelo, para que me miraras, para que vieras por qué no puedo permitir que te alejes de mí. —En mi vida me había humillado de esa manera, nunca había rogado por atención. Las veces que discutí con Aarón, siempre fue él quien volvía a mí con el rabo entre las piernas; así la culpa fuera mía, yo no daba mi brazo a torcer, a ese nivel llegaba mi terquedad. Pero no con Noah, con él tenía esa loca y desmedida necesidad de resolver los problemas antes de que el sol se pusiera, como recita la Biblia. A él lo amaba como jamás quise a nadie más, de una forma abrumadora, temible, peligrosa... sumamente peligrosa. ¿Por qué? Por lo que él mismo dijo: había ira en su alma, mucha ira, y coexistía con el dolor, la pérdida, la soledad y la inseguridad. Dos muertes dolorosas, y una década encerrado, provocan eso y más. Sin embargo, a pesar de todo ese fuego que refulgía en su interior, también habitaba en él bondad, amor, esperanza... y sí, coraje y pasión, como describió papá. Solo que él no les permitía sobresalir entre toda la oscuridad. Y para eso estaba yo ahí, suprimiría el infierno de su interior o me consumiría en él. Huir no era una

opción.

—¿Por qué no? —interrogó, abriendo al fin las cortinas que ocultaban la tormenta que pugnaba en sus ojos, una que esperaba vencer con mi confesión.

—Porque me enamoré de ti, Noah Cohen. —No me costó decirlo, no fue difícil exponer mis sentimientos, no lo fue porque lo sentía en mi torrente sanguíneo, latía en mi pecho, vibraba en mi piel... Era un hecho absoluto, tan tangente como mis manos tocándolo.

Él mantuvo sus ojos en mí, no parpadeó, no emitió ningún sonido, su única reacción fue el agarre en mi cintura, que se tornaba más fuerte con cada segundo que transcurría, hasta que, de un momento a otro, disolvió el espacio que separaba nuestros labios y me besó. Y no fue como un beso que alguna vez me hubiera dado, en ese había algo que jamás experimenté. Se sentía no solo en mis labios sino también en lo íntimo de mi ser, como si al unir nuestros labios selláramos algún pacto secreto irrompible.

—Tú alejas la neblina, Audrey. Mis heridas dejan de sangrar cuando te sostengo, o con mucho menos; solo con verte, dimiten. Pero no es justo para ti, tocarte debería ser un privilegio y no la cura para mis tormentos. Y, aun así, a pesar de saber que mis manos corrompen el templo de tu piel, no quiero alejarme de ti. No puedo hacerlo porque te amo —desveló, exponiendo su corazón como lo había hecho otras veces; pero esa vez, sintiéndome como la hacía, con las emociones a flor de piel y mi corazón palpitando frenético, significó más. En ese instante, comprendí que lo mío con Aarón nunca fue amor; lo quería mucho, él siempre tendría una parte de mi corazón, pero no lo amaba de la forma correcta, no como amaba al hombre que tenía delante de mí.

—Permite que sea ambas, Noah, un privilegio y una cura. Úsame, toma de mí lo que necesites. Mientras que te quedes conmigo y me ames, nada más importa.

—Dios, eres tan preciosa. —Tocó mis labios con su dedo pulgar y prosiguió con el resto de mi rostro, delineando mis facciones como lo hice yo con las suyas. Su tacto se sentía íntimo, reverencial, como el mejor de los halagos. Y mientras me acariciaba, sus ojos transmitían lo que estaba sintiendo; ya no había tormenta en ellos, ya no parecía tan perdido como cuando me incliné en el suelo para obligarlo a mirarme, encontré en sus ojos

al Noah que habitaba detrás de toda la oscuridad, y lo amé más.

En algún momento, entre una ronda de besos divinos y peligrosos, de esos que encienden tu piel y te hacen desear el fruto de lo prohibido, Noah me preguntó si había comido algo, le dije que no. Él frunció el ceño y me levantó del suelo como peso ligero, murmurando entre dientes que debía haber comido hacía horas, y guiándome de la mano hasta la cocina. Me senté en un taburete detrás del desayunador mientras él se ocupaba de lavar la sangre de su mano y volver a vendar la herida. Me ofrecí a ayudarlo, pero no aceptó, dijo que él se hacía cargo y no insistí. Minutos después, se dispuso a prepararme algo de comer. Pero llenar mi estómago era lo menos en lo que pensaba para aquel entonces, había partes de mí más hambrientas de atención. Estando ahí, recordé las palabras que se convirtieron en promesa «... no tendré sexo contigo hasta que tu corazón me reconozca, hasta que me ames tanto que no tenerme te duela, hasta que sientas que sin mí no puedes vivir». Y lo hacía, había declarado que estaba enamorada de él. ¿Cumpliría con su palabra?

—Audrey, ¿estás bien? —interrogó Noah acercándose a mí. Había estado ocupado con los huevos revueltos que preparaba para mí mientras mi mente deambulaba entre pensamientos obscenos.

—¿Ah? ¿Por qué lo preguntas?

—Estás sonrojada. ¿Tienes calor? ¿Fiebre? —Tocó mi frente con el dorso de su mano, luego mi cuello.

—No es nada, doctor. Me siento bien —bromeé.

—¿Segura? —Giré los ojos—. Lo siento, preciosa. Solo intenta entenderme, ayer pasé un susto de mierda que todavía me tiene nervioso —dijo serio. No había duda de que la pasó muy mal la noche anterior.

—Te prometo algo: si me siento mal, serás el primero en saberlo. ¿Te parece?

—Bien. —Me dio un beso suave en la boca y luego retomó su labor de chef.

# Capítulo 15

Después de comer, regresé a casa por dos razones: la primera, debía llamar a Cris para informarle que no iría al taller ese día; y la segunda, necesitaba dormir. Con todo el alboroto que armó Milie, y las pocas horas de sueño que obtuve, estaba molida. Invité a Noah a hacerme compañía, pero él iría a trabajar, pese a que le dije que podía tomarse el día, ya que yo no fui la única que se desveló; pero él de terco, no aceptó. Para cuando volví a casa, Olive ya se había ido y papá se encontraba en su sillón.

Fui por mi teléfono a mi habitación y noté que tenía varios mensajes de Cristal, de Olive, de algunos proveedores, y un montón más en el buzón de voz. Obvié todo eso un momento y llamé a Cris en primer lugar. Su contestación fue un alarido, seguido de una retahíla de preguntas y comentarios de lo que la gente estaba diciendo de mí y de Noah. Todo el sueño y el cansancio abandonó mi cuerpo y la ira ocupó su lugar. ¿Por qué tenían que meterse en mi vida? Yo no lo hacía con nadie. ¿Qué les daba el derecho de juzgarme, o a Noah? Y, por último, ¿cómo era que todo el mundo estaba hablando de nosotros? Debí preguntarle eso a Olive cuando vino a casa diciendo que la ciudad ardía en llamas, pero no cometería el mismo error.

—Explícame algo, Cris. ¿Cómo lo supiste?

—¡Ay, amiga! Están circulando fotos de ti en la clínica, de Noah con los guardias de seguridad, del beso que se dieron frente a Holly's, otras más de los dos comiendo en Cheo's... Y la gente saca sus propias conclusiones.

—¡Mierda! Debo advertirle a Noah, él no sabe nada de esto y va de camino al taller; temo que la gente tome represalias en su contra, ya viste lo que pasó hace un tiempo.

—No creo que suceda así, Drey. La noticia es que tú eres una perra infiel, nadie está señalando a Noah ahora mismo. Ya sabes, la sociedad es una mierda en cuanto a la infidelidad, la mujer es etiquetada como ramera y al hombre lo admiran.

—Eso empeora las cosas, Cris. ¿Qué crees que pasará si alguien le habla

mal de mí a Noah? El infierno se desatará, no lo dudes. Él vive con demasiada rabia contenida, es como una mina de pólvora que se enciende solo con una chispa. Tengo que ir con él. Cuando llegue al taller, lo llamas a la oficina y no dejes que nadie le hable. ¿Entiendes, Cristal? Nadie.

—Sí, no te preocupes. Voy a esperarlo en la entrada.

—Te lo agradezco mucho, Cris.

Terminé la llamada con ella y marqué el número de Noah mientras bajaba las escaleras, pero de inmediato saltó al buzón de mensajes. Llegué a la planta baja y le dije a papá que iría al taller, sin darle detalles de por qué. Él asintió pensativo y luego me pidió que le avisara cuando llegara a *Gunnar's*, una solicitud poco usual pero comprensiva, dada las circunstancias. Parecía que había pasado más tiempo, pero solo transcurrió un día desde que mi padre confesó que el hombre que me acechó en Holly's era mi medio hermano, y él fue muy categórico al decir que no quería que me acercara a Connor, que era peligroso. ¿Pero en verdad lo era, o había algo que no me estaba diciendo? Ese enigma tendría que resolverlo después, no tenía tiempo de detenerme a hablarlo con mi padre en ese momento, mi prioridad inmediata era Noah.

Con las llaves de mi *Ford* en las manos, salí de casa y me subí a la camioneta. Pero antes de ser capaz de ponerla en marcha, cerré los ojos y tomé un profundo respiro, preparándome para lo que tuviera que enfrentar una vez encontrara a Noah. Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido tan emocionantes como agotadoras. Me encontraba tensa, cansada, somnolienta, enojada, frustrada..., y las cosas no estaban por mejorar. Lo sabía, hecho se materializó más temprano de lo que esperaba, con la repentina aparición de Connor.

—Hola, Audrey. ¿Te acuerdas de mí? —dijo, asomando su cabeza por la ventanilla del copiloto.

Mi mirada se disparó hacia él y mis pulsaciones se descontrolaron a partir del «Hola». Reconocí su voz, nunca pude olvidarla.

—Connor... —Nombré sin aliento.

Él ensanchó sus labios con una sonrisa complacida, mostrando una línea de dientes color marfil, tan rectos que parecían haber sido alineados con ortodoncia, y me encontré buscando algún parecido de él con mi madre. Pero no, no había nada. Su cabello era castaño oscuro y sus pupilas color café, los

de mi madre eran grises y tenía el cabello rubio, como el mío. Sus rasgos eran asimétricos, nariz ancha, labios gruesos, ojos pequeños, cejas pobladas y pestañas largas. Tampoco hallé similitud en su estatura y complexión, mi madre era delgada y bajita, Connor era alto y corpulento.

—¿Ya lo sabes, ¿verdad? ¿Al fin tu padre te dijo quién soy? —Su voz interrumpió mis cavilaciones. Él seguía sonriendo, pero en sus ojos no había la misma simpatía.

Me tensé, cada músculo y ligamento de mi cuerpo reaccionó negativamente a su proximidad, y en mi cabeza una palabra se repetía como un eco: «Huye». Me era imposible desligar el terrible recuerdo de su voz, que me atormentó durante años, y aceptar que su sangre y la mía estaban emparentadas.

—Sí, lo supe ayer. Papá me contó todo —respondí inquieta.

—¿Todo? —Se echó a reír—. Lo dudo mucho, princesa. Jace nunca habla con la verdad, tu padre no es el hombre que crees. Y recuerda algo, las historias siempre tienen dos caras. —Se expresó con malicia, con doble intención, y no quería creerle, pero algo en mi interior me decía que sí, que mi padre me seguía guardando secretos. ¿Sería Connor quién me los revelara? ¿Podía confiar en él?

—¡Aléjate de esa puerta ahora mismo! —gruñó con tono autoritario y furioso alguien a quien también reconocí.

*¡Mierda!*

Mi reacción inmediata fue bajarme del auto y correr hacia ellos, sabía que nada bueno pasaría si esos dos se enfrentaban. Pero no fui tan veloz como la situación ameritaba, porque al rodear mi *Ford*, Noah ya había empujado a Connor contra la camioneta y empuñaba su camiseta a nivel de su pecho.

—Suéltalo, Noah. Él no estaba haciendo nada malo.

—Te hablé, eso es lo suficiente malo para mí. No lo quiero cerca de ti, Audrey. Y Jace tampoco.

Connor liberó una sonora carcajada y luego murmuró una frase que no fui capaz de escuchar, pero, por la reacción de Noah, él sí que lo hizo y le propinó un certero golpe en el estómago que le robó el aliento. Connor se mantuvo de pie contra el auto, pero respiraba forzosamente. Mientras tanto, yo miraba la escena con incredulidad.

—No vuelvas a buscarla, maldito imbécil.

—Esa no es tu puta decisión —renegó el agraviado con dificultad.

Noah arremetió una vez más en contra de él, sujetando su pecho con una mano y golpeándolo con la otra, a un costado, sobre las costillas.

¿Por qué Connor no se defendía? Él podía, había demostrado su fuerza en *Holly's*. ¿O era que acaso solo estaba provocando a Noah?

—¡Basta! —grité cuando Noah se preparaba para golpearlo por tercera vez—. Si vuelves a pegarle, se termina todo entre nosotros. ¿Me escuchas, Noah? ¡Se acaba!

Eso lo hizo bajar las manos y separarse de él como si el hombre estuviera hecho de azufre y tocarlo le quemara la piel.

—Y tú. —Le hablé a Connor—. ¿Qué estás buscando aquí? —Él me miró unos segundos luego dirigió sus ojos hacia Noah brevemente y retornó a mí.

—Solo quiero conocer a mi hermanita, es lo que siempre he deseado.

—¿No intentas dañar mi relación con papá o con Noah? —interrogué.

—No, princesa, no podría estropear lo que jamás ha funcionado —refirió con una sonrisa cruel.

—¡Eres un miserable! —gruñó Noah apretando los puños y mirando a Connor con una furia de mil infiernos, pero se mantuvo en su lugar, conteniendo toda la ira que quería descargar en mi medio hermano.

—Tienes que dejar de provocarlo, Connor. No habrá una oportunidad para nosotros si te comportas de esa manera. ¿Lo entiendes? —Mi advertencia obtuvo su atención.

—Está bien, Audrey. Haré que funcione entre nosotros. —Un destello malicioso cruzó su mirada, pero me hice la desentendida. Tenía que hacerle pensar que creía sus palabras hasta descubrir cuál era la verdadera razón para venir a West, porque dudaba de que lo hiciera por mí. Ahí había gato encerrado.

—Audrey... —comenzó Noah. Lo miré con los ojos entrecerrados, trasmitiéndole un claro mensaje: «No digas una mierda», y él lo entendió, porque cerró la boca como si la hubieran soldado con fuego.

—¿Tienes teléfono? —Le pregunté a Connor.

Asintió.

—Dámelo.

Él se separó del auto, sacó el aparato de su bolsillo trasero y me lo tendió.



Era un *iPhone* de los más costosos y tenía de fondo de pantalla una fotografía de mi madre, de cuando era joven.

Mi corazón se estrechó.

*¡Dios! Esto es real.*

Me tragué las lágrimas y la ola de emociones que se desplegó en mi pecho, y luego del tercer intento, guardé mi número en su agenda y me envié un mensaje para obtener el suyo.

—No me escribas, yo te contactaré cuando esté lista para verte. Mientras tanto, no vuelvas por aquí. ¿Sí? Evitemos estas confrontaciones.

No miré a Noah mientras interactuaba con mi medio hermano, pero no hacía falta que lo viera, sabía que no estaba aprobando nada eso, que la furia lo estaba devorando de adentro hacia afuera, y por eso di por terminado aquel inesperado encuentro. Era lo mejor para todos. Connor se alejó sin dar más problemas al momento que le pedí que se marchara, dejándome sola con el ciclón categoría cinco llamado Noah Cohen.

—¡Esto es una puta mierda, Audrey! ¿En verdad piensas que él vino a “conocer a su hermanita”? ¡No! No lo hace. Ese imbécil es un manipulador mentiroso de mierda que extorsionó a tu padre durante años. ¿Y pones tu número en su maldito teléfono? ¡Es que no lo puedo creer! —bufó y se llevó las manos a la cabeza, paseándolas por su cabello como lo hacía cuando estaba frustrado.

No hubiera querido que tuviera que atravesar ese trago amargo, otro más, y mucho menos deseaba que Connor se convirtiera en un foco de conflicto, pero no pude evitarlo; uno no planea esas cosas, solo pasan. Y lo más terrible, lo que me mataba realmente, era que nada estaba por mejorar. La aparición de mi medio hermano solo era una de las adiciones a nuestra cada vez más larga lista de problemas por resolver.

—Tienes razón, Noah. Puede ser que Connor tenga otra intención, pero no es sano que reacciones así todo el tiempo. Debes buscar la manera de canalizar esa ira de otra manera que no sea a los puños. Hieres a otros, te lastimas a ti mismo... a mí.

—¿Cómo, Audrey? ¿Cómo te he lastimado? —inquirió nervioso, odiando por completo la idea de que me hubiera herido de alguna forma. Lo vi reflejado en sus ojos, en la densa oscuridad que siempre se asomaba en ellos cuando algo lo perturbaba.

Nos separaba una pequeña brecha, de seis o siete pasos, y la cerré, acercándome él. Tomé sus manos, las herramientas que utilizaba cuando le era imposible controlar a la bestia que convivía en su interior, y junté nuestros dedos, formando una alianza con ellos, un símbolo de lo que quería que nuestra relación pudiera llegar a ser: sólida y fuerte.

—Me lastimas cuando te causas daño, cada vez que lo haces... Me dueles, Noah. Me dueles aquí. —Toqué mi pecho, llevando nuestras manos anudadas hacia él.

—Audrey, mi vida, lo siento tanto... —Me estrechó hacia su cuerpo tembloroso, posicionando mi rostro sobre su tórax —donde pude captar el sonido de su corazón latiendo acelerado— y desplazando sus manos sobre mi espalda, asiéndose de mí como si fuese su ancla, la base que sostenía toda su humanidad. Miedo, ira, frustración..., no sabía lo que estaba sintiendo y no tenía idea de lo que debía hacer para amansarlo. Tampoco me dio tiempo de intentar descifrarlo, porque Noah comenzó a proferir mil disculpas, manifestando su temor de que diera marcha atrás y renunciara a lo nuestro. Odiaba la vulnerabilidad que lo asolaba, sufría cuando el hombre rudo, fuerte y temible se desvanecía, dejando solo las ruinas de lo que la vida lo empujó a ser.

Aparté mi rostro de su pecho y lo miré a los ojos, dispuesta a derrumbar cualquier duda que le impidiera creer en lo nuestro, con una declaración sincera y definitiva.

—Noah, no será la primera vez que te diga esto, lo voy a repetir hasta la saciedad si con una no te basta: te amo, lo hago desde que fui una niña de trenzas y rodillas raspadas, solo que no sabía que eso era lo que sentía. Te amo tanto que la palabra en sí es poca cosa, incapaz de describir la magnitud de lo que contiene mi pecho, mi alma, todo mi ser. Y sí, hace dos noches no fui capaz de decirlo, porque hace dos noches no había tenido una prueba de lo que ser amada por ti significaba. Y no, no hablo de lo sexual, me refiero a lo que hiciste en esa sala, ganándotela admiración de Jace Gunnar y mi amor eterno.

—¡Dios, Audrey! —Apoyó su cabeza en mi frente y espiró una ráfaga de su aliento contra mi boca, despertando mi instinto, ese que nunca se saciaba de sus labios, de su tacto, de sentirlo tan cercano a mí...

Llegué a creer que, de alguna manera, nuestros destinos estaban sellados,

unidos como los eslabones de una cadena. Pero esa conjetura resultaba demasiado infantil e inocente, algo que pensaría una niña enamorada y no una mujer.

—Hace diez años hubiera sido inmoral e incorrecto, pero hoy no. Hoy puedo amarte libremente y sin temor a decirlo. Hoy, Audrey Gunnar, te reclamaré como mía, marcaré tu piel con mis besos y mi amor.

—¿E-estás diciendo que... que tendremos sexo? —balbuceé atolondrada. Entiéndanme, el hombre acababa de hacer pública sus intenciones.

—No, Audrey, te haré el amor. Te darás cuenta cuando esté sobre ti y mires mis ojos, lo sabrás cuando tu boca no pueda enunciar otro nombre más que el mío, lo comprenderás cuando nuestros corazones se junten en una sola petición... ¿Estás dispuesta, Audrey? ¿Quieres sentir realmente la diferencia entre tener sexo y hacer el amor? —Lo preguntó confiado, aplastando bajo sus pies a la sombra parasitaria que amenazó con derrumbar al Noah fuerte, noble y decidido que habitaba en él.

Colgando mis manos alrededor de su cuello, junté nuestras bocas hasta que las separaban centímetros—: No, *ogro rabioso*. No quiero. Estoy desesperada por ello. ¿Vamos ya?

Noah sonrió. Se veía tan precioso cuando arqueaba sus labios con aquel gesto.

—Paciencia, mi vida. Te acabo de decir que lo haré especial para ti.

—Lo que lo hará especial eres tú.

—No me tientes, muñeca, que estoy jodidamente cerca del borde. Tan mal... —suspiró.

—Pues caigamos juntos —sentencié antes de asaltar su boca.

Él no me rechazó, sino que deslizó su lengua en el interior de mi boca y reforzó su agarre en mi espalda, haciendo chocar nuestras pelvis, dejando muy en claro que estaba tan necesitado de mí como yo de él.

—¡Eso es caliente, Gunnar! —gritó una voz proveniente de un *Mustang* rojo que circulaba lentamente por la avenida.

Reconocí su voz, se trataba de Julian, uno de los tantos corredores que competía en las carreras clandestinas. El tipo era un jodido imbécil follador, a quién le valía mierda los sentimientos. Había roto algunos corazones en West, y eso que no pasaba de los veinte años.

—¡Mierda! —masculló Noah y me ocultó detrás de su cuerpo como si me

encontrara desnuda y quisiera protegerme de Julian.

—¡Púdrete! —Le grité, extendiéndole el dedo medio.

Él se rio burlón, aceleró el motor de su auto, haciéndolo rugir como si estuviera por iniciar una carrera, y luego se fue a toda velocidad por la calle.

—¿Ese idiota te molesta a menudo? —gruñó Noah de mal humor.

¡Aquí vamos!

—No, cariño, no vas a dejar salir a *Hulk* de nuevo. Quédate manso. —Palmeé su hombro—. Mejor dime qué hacías por aquí si, según tú, “ibas a trabajar”

Noah tensó la mandíbula, y en lugar de responder, cuestionó:

—No, mejor dime tú a dónde pensabas ir. ¿No estarías “durmiendo”?

¡Buen Dios!

Responder a esa pregunta sería como abrir la *Caja de Pandora* y no estaba lista para enfrentar sus consecuencias.

—Oye, yo pregunté primero —defendí, cruzando mis brazos sobre mi estómago.

—Fui al baño. Tu turno.

Bajé la mirada a mis pies y moví mis dedos, apreciando el color fucsia de mis uñas y pensando en que era tiempo de tomar una pedicura.

—Audrey... ¿Qué es?

—Iba a buscarte —murmuré cabizbaja, no queriendo decir el resto. Noah tomó mi mentón entre sus dedos y guio mi mirada hacia la suya. No tuvo que decir nada, sabía lo que quería—. La gente está hablando, dicen que soy... una zorra infiel.

—¿Qué? ¡Joder! —Paseó ambas manos por el costado de su cabeza, nervioso—. ¿Qué mierda sucede con la gente de esta ciudad? ¿No tienen sus putas vidas? —recriminó enojado. Era eso lo que quería evitar, estaba hastiada de tantos conflictos. Pero no tenía sentido ocultar el resto, era mejor que pusiera todo sobre la mesa de una vez.

—Y eso no es todo, están circulando fotos de nosotros, de nuestro beso en el bar, de ti en el estacionamiento del hospital, algunas más en la clínica.

—¿Qué demonios? Eso es un delito, Audrey —gesticuló, dando manotazos al aire, y luego las apoyó en sus caderas—. En serio ¿qué carajo pasa con la gente?

—Lo sé, es una mierda, pero me importa un bledo lo que digan o piensen de mí. Lo único que me preocupa eres tú y lo que puedas intentar hacer para “defenderme”. —Hice comillas con los dedos para que le quedara muy en claro que no necesitaba que resguardara mi integridad. Yo sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando le permití besarme en Holly’s, a la vista de todos. Y lo que decían era verdad, era infiel, traicioné a Aarón con Noah; aunque eso no justificaba que invadieran mi privacidad al tomarme fotos y publicarlas, era cierto, pero yo propicié la cacería de brujas y yo debía hacerme cargo de mis actos.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Aplaudirlos por hablar mierdas de ti y por hacer un festín con esas imágenes? Joder no, Audrey. Si escucho a alguien diciendo algo de ti, si veo a alguien mirando esas fotos, juro que yo...

—¡Detente! —Elevé mi mano derecha sobre su rostro—. Te he dicho hasta el cansancio que odio que hables como un matón. Debes cambiar eso, y debes hacerlo a partir de ahora. Incluso, pensar de esa forma debe estar excluido de tu cerebro. ¿Entiendes, Noah? Lo que pasó con Connor no se puede repetir con nadie más. Escuches lo que escuches, veas lo que veas, tus puños no deben cerrarse en contra de nadie. Tienes que prometérmelo si quieres que esto funcione. De lo contrario...

—¿Prometerlo? ¿Quieres que sea un espectador, que no te defienda? Y si alguien intenta lastimarte ¿debo dejar que lo haga? ¡Con una mierda, Audrey!

—¡Sé defenderme!

—Sí, claro que lo haces —dijo en tono sarcástico.

—¡Sí que puedo! Las veces que tú me sometiste dejé que pasara, pero no soy una mujer débil e indefensa que necesita ser rescatada.

—¿Y qué estaba pasando la noche del sábado en Holly’s cuando el jodido de Connor te sujetó? ¿También dejaste que pasara? —acusó, los celos invadieron sus ojos.

—¿¡Ehhh!?! ¡Este es el colmo! —grité furiosa—. ¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda, Noah!

—¡Audrey, espera! —Me tomó por la muñeca.

—Suéltame, Noah, no voy a soportar tu mal genio ni tus estúpidas acusaciones.

—No quise decir que...

—Sí, sí lo hiciste, idiota. —Me solté de su agarre y lo enfrenté—. Y no

debería extrañarme ¿verdad? Después de todo, soy la zorra infiel más grande de West, Texas.

—Audrey, no... —pronunció con la respiración forzada.

—¿No? —Enarqué una ceja.

—¡No, no lo eres! Y no vuelvas a llamarte así, mi corazón también duele cuando te insultas.

—Bueno, tú lo propiciaste diciendo que me dejé apresar por Connor voluntariamente.

—¿Yo dije eso? —replicó, arrugando la frente.

—En pocas palabras... —Elevé un hombro, manteniendo mis brazos cruzados sobre mi cintura.

—¡Dios, muñeca! —Me rodeó con sus fuertes brazos.

Lo empujé, intentado liberarme, pero el muy bruto sabía cómo someterme.

—Solo intentaba hacerte ver las cosas desde mi perspectiva, que recordaras que estuve ahí para ti. Y no, no reo que seas débil e indefensa, pero me gusta saber que puedo protegerte.

—Eres un manipulador —protesté con un puchero malcriado. Noah hacía aflorar una fase infantil de mí que desconocía—. Y un bruto idiota que quiere usar los puños para resolverlo todo. —Lo volví a empujar, tratando de escapar de él, pero me retuvo y ejecutó un plan malévolo para que no quisiera apartarme de su cobijo, me besó; primero en el cuello, viajando desde ahí por el contorno de mi mandíbula hasta encontrar mi boca. Fruncí los labios, negándole el acceso, pero Noah hábilmente me envolvió cual pitón a su presa y no me pude resistir. Mi organismo cedió a su incitación, entregándose al beso y a la pasión que desbordaba su ser, y olvidé por completo el motivo que me había impulsado a querer alejarme de él. Lo que estaba pasando era justo lo que ansiaba.

—Basta de pelear, *chica traviesa*. Este problema lo arreglaremos en mi cama.

—¡Noah! —chillé sorprendida cuando me tomó entre sus brazos, sin ninguna dificultad, y encaminó sus pasos hacia su casa para, según había entendido, arreglar nuestros problemas en su cama. No sabía si patalear disgustada por su atrevimiento, o aplaudir emocionada por su disposición. En cualquiera de los casos, mi cuerpo ya había reaccionado positivamente a sus intenciones. Calor y excitación se proyectaron en cada zona erógena de mi

anatomía, dominando a mi razón y a la ira que, con sigilo y traición, le cedió paso a la lujuria. En mi vida había deseado con tanta intensidad que un hombre invadiera mi intimidad, que explorara cada parte de mí y me colmara de placer. Y no podía ser de otra manera, sus besos, sus caricias, la forma en que sus dedos tomaron mi interior, los hábiles movimientos de su lengua entre mis pliegues... Todo lo que Noah hacía conmigo me empujaba hacia un entrañable y placentero éxtasis. Por tanto, sabía que cuando me hiciera el amor, sería extraordinario, y estaba a punto de comprobarlo.

## Capítulo 16

Esperaba que Noah me permitiera poner los pies en el suelo cuando llegamos a su casa, pero estaba equivocada. Entró por el garaje, cruzó la puerta lateral, y esquivó cada cosa que había tirada en el suelo, a causa de la demolición que había provocado con su ira, hasta encontrar la escalera. Entonces pensé, «ahora sí me va a bajar», pero no fue así. Él me llevaría hasta el final en sus brazos, como un par de recién casados. La comparación me fascinó y asustó de la misma manera, todo estaba aconteciendo demasiado rápido, pensar en nosotros como esposos era una locura; apenas iniciábamos lo que pudiera definir como una relación inestable, con más debilidades que fortalezas, y debíamos trabajar muy duro para lograr estabilizarnos.

—Bienvenida a mi habitación, muñeca. El lugar donde te demostraré lo que es ser realmente amada.

—¡Wow! Desconocía el tamaño de tu ego —bromeé mientras miraba con fingido desinterés la alcoba de Noah. Era del mismo tamaño que la mía, pero en el centro había una cama matrimonial cubierta con una sábana azul océano, dos almohadas con fundas del mismo color, dos mesitas de noche color caoba, una a cada lado de la cama; en la derecha, reposaba una lámpara de escritorio; en la izquierda, un reloj despertador antiguo y algunos libros. Dos puertas de madera, a la izquierda, recubrían lo que asumí era el clóset. Y una, en el extremo opuesto, sin duda era la del baño. Las paredes estaban pintadas en tono marfil y no había nada colgando de ellas. Todo estaba impoluto, demasiado ordenado, tratándose de un hombre. Sin decir nada, me llevó a su cama y me depositó con extremo cuidado—: ¿Estás bien? ¿No te duele la herida? —preguntó, acariciando mi mandíbula con sus dedos. Se había sentado a un costado de la cama dejándome a mí en el centro.

—¿Herida? Ya la había olvidado —contesté despreocupada.

—Yo no, todo lo que tenga que ver contigo es relevante para mí. Todo —remarcó, continuando con su caricia, pero esta vez en mi cuello. Mi piel



expuesta reaccionó con erizos, encontrando muy placentero aquel contacto—. Entonces... ¿te duele?

Negué con la cabeza. ¿Me dolía? Tal vez, pero el único dolor que quería calmar era el que se escondía entre mis muslos.

Noah me concedió una sonrisa, luego un beso en la boca, suave, corto, y se levantó de la cama. Mis ojos se mantuvieron en él, atenta a su próximo movimiento, que fue quitarse la camiseta. Y ¡oh, cielos! Se veía mejor de lo que recordaba. Quería recorrer los canales que marcaban sus músculos pectorales y abdominales, lamerlos, palparlos, sentirlos sobre mi piel...

—Vista, oído, olfato, gusto y tacto. Cinco sentidos, y exploraremos cada uno —anunció con voz gutural, profunda, pervertida... mientras se quitaba sus zapatos. Y en breve, continuó develando su escultural figura, para mi entero deleite. Desabrochó el botón de su jeans, bajó la bragueta, y deslizó la tela de mezclilla hacia abajo, junto con su bóxer. Mi garganta se secó y mi corazón rugió potente, como el de un motor que quiere tomar carretera y solo... correr, al ver su magnífica erección apuntando presumida hacia mí. Me relamí los labios, ansiosa por degustar su virilidad, completamente fascinada por la erótica visión que me regalaba el cuerpo de mi deseo.

¡Vista! Primer sentido.

—Desvístete, Audrey —ordenó sin quitar su mirada de mí. Sus pupilas relucían brillantes como dos pozos de plomo líquido, cargadas de deseo y lujuria.

Mi ser se impacientó. Quería que él me desnudara, que sus manos fueran las que me quitaran cada prenda, sentir sus dedos raspando mi piel..., pero este era su juego y yo acataría las reglas. Coloqué mi teléfono en una de las mesitas de noche y me puse en pie, quitándome poco después el calzado. El siguiente paso era deshacerme de mi ropa, algo fácil que no requería de gran esfuerzo pero que se dificultó por el inconsistente temblor de mis dedos. No sería la primera vez que me desnudaría delante de un hombre; incluso, Noah y yo habíamos compartido algunos encuentros íntimos. ¿Por qué no podía cumplir con la simple tarea de desnudarme? No lo comprendía. Sin embargo, armándome de valor, me deshice de mi blusa y mis shorts, quedando solo en ropa íntima.

Noah exhaló y acarició mi silueta con ojos ávidos y cautelosos, provocando que mi clítoris palpitará. Deseaba que sus manos remplazaran su

mirada, que transitaran cada recoveco de mi piel con sus dedos y, de ser posible, con su lengua. ¡Sí!

—Eres preciosa, Audrey. Perfecta y preciosa —aduló sin apartar su avariciosa mirada de mi cuerpo. Estaba usando un conjunto de ropa interior sencillo, sostén y pantys blancas. Mis pechos no eran prominentes, pero las copas del sostén los hacían destacar, y ahí era donde estaba prendida la atención de Noah—. Descúbrete toda, mi amor. Quiero verte. —Su tono, aunque demandante, también se escuchó dulce. Era esa forma tan suya de llamarme «mi amor» lo que me consumía. Y no lo decía solo por hacerlo, lo sentía, podía verlo en sus ojos. Él realmente me amaba.

Llevé mis dedos a mi espalda y desabroché mi sostén. Corrí los tirantes hacia el frente y dejé caer la pieza a un lado de mis pies. La erección de Noah se sacudió y su respiración se hizo audible con el espectáculo que se encontraba admirando, porque así me veía, como si formara parte de un evento sin precedentes. Nos miramos, deleitándonos el uno con el otro, y mi anatomía reaccionó al estímulo visual. Las puntas de mis senos se endurecieron y la humectación que había comenzado a crecer en mi sexo se multiplicaba con cada segundo que transcurría. El sentido de la vista estaba siendo todo un éxito, pero yo ansiaba saltarme el resto y avanzar hasta el último.

—Te queda una más —advirtió, su voz agravada por lo que tanto deseaba hacer pero que postergaba intencionalmente.

—¿Estas? —Tiré de la elástica del panty y luego la solté.

Noah asintió, expectación brillando en sus pupilas.

—¡Ummm! ¿Y si me las quitas tú?

—Un paso a la vez, *chica traviesa* —contestó entre sonrisas seductoras—. Mientras más demores, yo también lo haré.

Eso me animó a acelerar el paso. Metí mis dedos pulgares a cada lado de mis pantys, di media vuelta y me incliné hacia adelante mientras bajaba el trozo de tela de algodón, exponiendo mi trasero y mi parte más íntima.

—¡Joder! —expresó entre dientes.

Sonreí complacida, lo había hecho a propósito.

—Voltéate, preciosa. Necesito que me mires para pasar a la segunda etapa.

—Oído —murmuré, mordiéndome el costado de mi labio inferior mientras volvía a mi posición inicial.

—Así me gusta, mi amor. Ahora quiero escucharte, dime qué quieres que suceda, qué deseas que haga contigo.

Mi corazón se saltó un latido, o dos. ¿Decirle lo que quería que me hiciera? ¡No! Eso era algo que jamás había hecho. ¿Qué se suponía que debía decir?

—Noah, yo no... no puedo —balbuceé como una tonta.

Él avanzó tres pasos, quedando a menos de un metro de mí, y luego dijo:

—No se vale tocar, solo hablar. Me acercaré más a ti y te diré algunas cosas, pero no me toques. ¿Comprendes? —asentí. Noah cumplió con su parte, pegándose a mí lo suficiente para percibir la tibieza de su cuerpo pero sin llegar a tocarme por completo, y comenzó a susurrar cerca de mi oído—: Quiero enterrar mis dedos en tu cabello, soltarlo y llenarme de su perfume con un profundo respirar; besar tu boca color fresa y ondular mi lengua en tu interior hasta que la tuya la encuentre, tocar tu piel tersa, toda; mimar tus pechos con mis palmas y el calor de mi boca; lamerte de los pies a la cabeza y beberme el contenido de tu excitación; devorar tu sexo hasta que grites mi nombre por el éxtasis que te provoque y luego empujar mi erección en tu interior y embestirte una y otra vez hasta que el delirio nos deshaga a ambos.

—¡Sí! —gemí, envuelta en la fantasía que él acababa de describir.

—Ahora dime tú, Audrey. ¿Qué harás cuando puedas tocarme?

—¿Por qué esperar? Puedo hacerlo ahora. —Mi voz era una súplica, me encontraba al borde.

—Créeme, muñeca, quiero empujarte sobre la cama y hacerte el amor como una bestia.

—No te detendré si lo haces —insistí, dejando mi orgullo en algún lugar desconocido.

Él no respondió, solo aspiró fuertemente, pasando a la tercera etapa: olfato. Olfateó mi cuello, viajando por mi pecho y abdomen hasta encontrarse sobre sus rodillas, en un punto cercado a mi pelvis.

—Dulce, candente y sensual. Hueles a sexo, Audrey. Hueles tan bien. —No me tocó, solo se mantuvo ahí, oliendo y mirando mi pubis depilada, y mis nervios se retorcieron.

—Noah, por favor... —Volví a rogar.

—Llegó la hora de probar. Y para probar, también tengo que tocar —aseveró segundos antes de separar mis labios y lamer el interior con la punta

de su lengua—. Eres una delicia, mi amor —halagó, y enseguida continuó probando mi esencia.

Clavé mis uñas en sus hombros desnudos y me removí inquieta mientras él lamía y penetraba mi sexo con su lengua y dedos.

—¡Oh, Dios! ¡Ahhhh! —grité cuando su pulgar presionó mi nudo nervioso—. ¡Noah! ¡Oh, Noah! —Mis piernas comenzaron a flaquear, mi cabeza daba vueltas. Estaba por colapsar, tan, tan cerca... pero él se detuvo. Se levantó del suelo y llevó sus labios a los míos para besarme, penetrando mi boca con la lengua que aún conservaba mi sabor. No me importó.

—Te amo. Te amo con mi vida, Audrey —recitó contra mis labios y volvió a besarme. Con su mano derecha, soltó mi cabello y hundió sus dedos como había descrito antes. Y la izquierda, la empleó para tomar mi pecho, rondando mi pezón con su dedo pulgar. Hacía eso sin dejar de besarme.

Paseé mis manos por su pecho duro y, lentamente, tracé un camino descendente, que pronto me llevó a tocar su potente erección. Me apoderé de ella y moví mi mano de arriba abajo, una, dos... tres veces, y un gemido gutural surgió de su garganta, complacido por mi tacto.

—No quiero que termine así. —Me tomó entre sus brazos y me tendió sobre su colchón con cuidado. Recostada en el colchón, totalmente desnuda, vi que caminaba hacia la mesita de noche de la derecha y abría un cajón. Sacó un juego de condones y un envase pequeño, que no pude descifrar desde mi lugar, y lo trajo consigo a la cama. Mirándome, abrió la tapa del envase y lo vertió en mi vientre y sobre mis pechos. Era chocolate líquido.

—Me salté un par de pasos, lamerte iba antes. De hecho, los invertí todos... menos uno. —Pasó su mano por la extensión de su pene, volviéndome loca. Ese hombre iba a matarme, realmente matarme—. Empezaré por aquí. —Vertió chocolate en mis muslos y lamió cada tramo hasta que no quedó rastro del líquido marrón. Luego, prosiguió con mi abdomen, envolviendo mi ombligo con su lengua a la vez que establecía un movimiento similar en mi clítoris con su dedo pulgar. La sensación era demencial, exquisita, y mi mente comenzaba a comprender que todo ese juego previo en verdad era importante. Jamás había anhelado con tanta fuerza que alguien me penetrara. Me sentía famélica.

—¡Ummm! —jadeé cuando su boca abordó mi pecho derecho. Lo estaba devorando con placer y codicia, sustrayendo el dulce que los había bañado,

mientras su mano izquierda seguía trabajando en mi entrepierna.

—Abre los ojos. Mírame para que nunca olvides a quién le perteneces ahora. Di mi nombre, solo el mío.

Abrí los ojos, los había cerrado de forma involuntaria, y encontré su mirada cargada de pasión y devoción. Complacido, penetró mi entrada con dos de sus dedos mientras movía el pulgar en el botón hinchado que sobresalía entre mis pliegues, manteniendo sus ojos en mí en todo momento.

—¡Noah! —manifesté con un grito ahogado. El placer era mucho, era demasiado. Sentía que mis neuronas terminarían fritas.

—Te amo, Audrey. Tienes todo mi corazón —enunció con ternura.

—Y yo a ti, Noah Cohen. Te amo como prometí que lo haría —pronuncié con la voz quebrada.

Noah bajó su rostro a mi entrepierna y succionó mi nudo abultado entre sus labios.

Apreté las sábanas con los puños y clavé mis talones en el colchón con fuerza, elevando mi pelvis como una petición de lo que quería, que me llevara a la culminación. Él no vaciló ni un momento y continuó con la deliciosa tortura de alimentarse de mi sexo hasta que el orgasmo abordó cada terminación nerviosa de mi anatomía.

Mi cuerpo se relajó poco después, aunque pequeñas réplicas de mi orgasmo continuaron palpitando en mi entrepierna de forma intermitente, deliciosa.

—¿Última fase? —pregunté atrevida. Eso apenas fue el preámbulo, yo quería más.

En silencio, Noah alcanzó el preservativo, abrió el empaque y desenvolvió el látex por la prolongación de su erección. La imagen por sí sola me provocó un pequeño orgasmo. Él exudaba masculinidad, dominio... era un hombre con todas las letras, y yo me encontraba maravillada de saberlo mío. Sus manos no habían tocado a nadie más en una década, no estuvo en el interior de ninguna otra. Su cuerpo, perfecto y trabajado, no había sido palpado por otra persona en mucho tiempo. El privilegio era mío, su corazón me pertenecía, él me lo entregó.

Pude tomar mi turno para lamer cada pliegue y ondulación de su anatomía, pero estaba demasiado ansiosa por sentir su carne clavada en mi interior, saliendo y entrando, tocando mis puntos sensibles. Fui egoísta... de las

peores.

—Dime si en algún momento te lastimo, me detendré en ese mismo momento —estableció mientras me posicionaba con cuidado al borde del colchón.

—¿Lastimarme, dices? ¡Mierda, Noah! Rómpeme en mil pedazos si quieres —dije impaciente.

—No, mi amor. Mi intención es colmarto de placer, nunca herirte. Y si lo hago, si un día te lastimo, será mi fin.

—Noah, no... —intenté refutar, pero él me acalló con una inesperada embestida. Su arrebato me sorprendió tanto que mi mandíbula cayó abierta sobre mi pecho.

—Puro y completo placer —recalcó, dando marcha atrás y volviendo a embestirme de una sola estocada. Sus manos apresaban mis piernas en torno a sus caderas, elevando mi pelvis a su disposición. Él controlaba los movimientos, usando mis extremidades como palanca para entrar y salir. Yo gimoteaba su nombre entre embates, y en ocasiones, el de la mayor deidad conocida por el hombre. Gemía al tiempo que recibía gustosa cada una de sus penetraciones. Nos miramos todo el tiempo, entregados al acto de amor más extravagante y sublime del que había formado parte, comprendiendo de una vez por todas que eso... que eso realmente era hacer el amor. No se lo dije, él no volvió a mencionarlo, pero los dos sabíamos que nuestros corazones estaban en ello.

—¡Audrey! ¡Mi Audrey! —aulló cuando se encontraba cerca de su liberación. Mi vagina se aferró a su longitud y lo retuve a voluntad, apresando sus caderas con mis piernas envueltas, ignorando el dolor que palpitaba en mi pantorrilla. Él empujó lo más profundo que pudo y segundos después se dejó ir, los dos lo hicimos—. Te amo, mi vida. Te amo hoy más que nunca —murmuró abrazándome. Seguíamos unidos, negados a romper el enlace de lo que significó nuestra primera vez, y nos quedamos uno contra el otro, respirando forzosamente y sonriendo mientras nos mirábamos.

—¿Quién lo diría?

—¿Qué, muñeca?

—Que después de tanto discutir, terminaríamos así. Que te amaría tanto como lo hago ahora.

Noah suspiró.

—No tienes idea de lo que significa para mí. Te imaginé tanto... Jace siempre me hablaba de ti, pero nunca me llevó alguna fotografía. Solo tenía en mi mente tu recuerdo y me aferré a esa imagen. No sabía si tú me mirarías si quiera, pero la esperanza de verte me mantuvo cuerdo a través de los años.

—¿Por qué crees que lo haría?

—¿Jace?

Asentí.

Noah se separó de mí, se deshizo del preservativo y acostó a mi lado al volver. Cuando me tuvo recostado en su pecho, y mientras trazaba una caricia en mi hombro, contestó—: Me estaba hundiendo, Audrey, y él solo encontró una balsa para mí, tú. Toda mi vida le agradeceré por ello.

—¿Cuándo comenzó a hablarte de mí?

—Después de la muerte de mamá, fue entonces cuando estaba tocando fondo. Perder a Dess fue duro, mucho, y más por la forma en que pasó; pero lo de mi madre... No lo esperaba. Ella era todo lo que me quedaba —confesó con la voz apagada.

Me conmovió tanto que mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloré; Noah me estaba contando algo importante y debía estar para él.

—Juliet era especial, amorosa. Y quizás no sepas esto, pero ella siempre te recordaba con cariño. La visité muchas veces y siempre hablaba bien de ti. No creo que lo que dijo Milie sea verdad, no creo que tu madre muriera por tu culpa.

—¿Y qué crees que pasó? —preguntó tenso.

—Tú lo sabes, Noah. Se enfermó.

—Sí —resopló con desgano.

—Soy una tonta, no debí preguntar nada.

—¡Ehhh! Nadie le dice tonta a la mujer que amo —repuso intranquilo—. Y claro que puedes preguntar, está bien. Es solo que... sigue doliendo.

—Lo sé, yo también extraño a mi mamá.

—La vida puede ser una gran perra, Audrey. Pero no todo es malo, porque ahora te tengo a ti.

—Y yo a ti. —Unimos nuestros labios en un beso que llevó a caricias y terminamos haciendo de nuevo el amor. Hubo un momento hilarante en el proceso, sucedió cuando Noah abrió el cajón de su mesita de noche y vi el

arsenal de preservativos guardado ahí. «Un hombre puede soñar», mencionó relajado. Y claro que podía, mientras todas sus fantasías se hicieran realidad solo conmigo. Y se lo dejé bien clarito.

Más tarde, el cansancio por todo lo que había pasado, y las pocas horas de sueño de la noche previa, me dejaron *knockout*<sup>[4]</sup>. Pero un sonido perturbó mi estado de inconsciencia y me hizo despertar de golpe. Me tomó un momento comprender dónde me encontraba, pero pronto me ubiqué y sentí el vacío de la ausencia de Noah. ¿Dónde estaba? Me pregunté mientras me sentaba en la cama, envuelta en una sábana blanca que seguro él había colocado para cubrirme, y tomaba mi teléfono celular de la mesita de noche.

—Hola —saludé cuando respondí, todavía somnolienta. Ni siquiera me percaté de quién me estaba llamando, solo contesté.

—Hola, amor. ¿Te acuerdas de mí?

—Aarón —murmuré, sintiendo mi corazón acelerarse.

—Perdóname por no llamarte ayer, pero aquí las cosas no están bien. Tuvimos que movernos y solo hoy fui capaz de comunicarme. ¿Cómo estás? ¿Sigues extrañándome? Porque yo sí, estoy volviéndome loco.

—Aarón, yo... —No sabía qué decir. Solo hacía unas horas me entregué a Noah y la culpa corría por mis venas como veneno. ¡Vaya ironía! Y eso sin decir que seguía desnuda, en la cama del hombre con el que lo había engañado. ¡Era imposible hilar una frase coherente!

—Audrey, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te encuentras enferma? ¿Es Jace?

—Estoy bien, papá también. —Lo interrumpí antes de que su lista de interrogantes aumentara—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Físicamente, sí. Pero ya sabes, te echo de menos. —La tristeza se filtró en su voz, incrementando mi sentimiento de culpa. ¿Cómo pude engañarlo así? No podía decirle, había hecho un trato con su madre. Además, si algo le pasaba por estar distraído o deprimido, todo el peso de la responsabilidad pesaría en mis hombros. Tenía que guardar silencio y fingir que todo estaba bien.

—También te extraño.

¡*Mentirosa!*, señaló mi conciencia. Pero no tenía opción.

—Audrey, amor, tienes que decirme qué está pasando, tú no eres así. Me respondes con palabras cortas, te escuchas triste. Por favor, habla conmigo. No estaré tranquilo si no admites lo que está sucediendo.



Suspiré de forma audible y pensé en una excusa que calmara su incertidumbre.

—Tengo un medio hermano, se llama Connor. Lo descubrí hace dos noches. Papá siempre lo supo y lo ocultó. Y yo... sabes que amo mucho a mi padre y esto es... decepcionante y confuso.

—¡Sabía que algo estaba mal! ¿Por qué no querías decirme? ¿Pasó algo más?

—No es eso, es que es muy reciente y estoy tratando de asimilar todo. Hay muchas cosas que aún no entiendo y necesito espacio para pensar en ello. Pero no te preocupes, estoy bien. Cuídate tú y vuelve a casa pronto ¿sí?

—Lo haré, amor. Tengo que irme. Si puedo, haré una videollamada más tarde, quiero verte.

—Me gustaría mucho eso, amor.

—Te amo, Audrey. Y te extraño como un loco.

—También te amo.

El teléfono se quedó en silencio segundos después y me dejé caer contra el colchón, expulsando una ráfaga de mi aliento. Fingir que nada había cambiado entre Aarón y yo hacía más grande la brecha de mi traición. ¿Sería capaz de hacerlo hasta que él regresara?

—¡Vístete y vete de aquí, Audrey! ¡Ahora! —gruñó Noah con furia y cerró la puerta con un azote que hizo vibrar las paredes.

¡Dios! ¡Él no debió escuchar esa conversación! ¿Por qué tenía que pasar de nuevo?

Me estremecí y lágrimas fluyeron de mis ojos. Al intentar no herir a Aarón, lastimé a Noah. ¿En qué clase de mujer me había convertido?

# Capítulo 17

Busqué mi ropa en el suelo y me vestí, aún llorando. Estaba tan enojada por haber sido tan débil, tan impulsiva, y permitir que mi vida se convirtiera en un desastre. Todo cambió desde que vi a Noah. Sabía que nada sería igual desde ese momento y debí tomar cartas en el asunto, alejarme, poner mil y un barrera para que la atracción no se transformara en sentimiento, pero no pude, fue imposible impedirle a mi corazón que se enamorara de ese hombre tan impulsivo como apasionado. ¿Y todo para qué? Para lastimarlo, para herir a Aarón también, para sentirme como un montón de estiércol... El daño ya estaba hecho, no había vuelta atrás. El pecado se había consumado, los corazones se entregaron y el castigo sobrevino.

Abandoné la habitación como Eva cuando fue desterrada del *Edén* y bajé las escaleras, recordando con nostalgia el momento en el que Noah las recorrió conmigo en brazos.

—Noah, yo... —murmuré a su espalda. Estaba en la sala, recogiendo los sofás que había tirado más temprano.

—Vete, Audrey. Vete sin decir una palabra. No puedo escucharte ahora mismo, no soy capaz ni de verte sin sentir que el mundo se cae en pedazos.

—Pero, Noah, entiende qué...

—¡Sal de aquí, Audrey! ¡Hazlo, por favor! —Su voz tembló, todo su cuerpo lo hacía. Estaba conteniendo la furia, el dolor, y me pedía que lo dejara solo, que le diera espacio ¿para qué? ¿Para destruir todo a su paso de nuevo? Sin embargo, y a pesar de mi impotencia por no poder estar con él y, de alguna manera, remediar las cosas, tuve que irme. Decir algo más lo lastimaría y era lo menos que quería hacer.

Transité el espacio que separaba su casa de la mía de forma automática, sin siquiera mirar a los lados si un auto se aproximaba en la avenida. Cuando me di cuenta, estaba en la sala mirando a papá roncar en el sillón frente al televisor, su lugar habitual. Liberé un suspiro cansado y caminé hasta mi habitación, dejándome caer en la cama cuando estuve dentro.

—¿Por qué? —gemí—. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? —Mis ojos

se anegaron en lágrimas y lloré, lloré como no había hecho en años, lloré de impotencia, rabia, dolor y agotamiento. Lloré por mí, por Noah y por Aarón. Lloré pensando en mi madre y en lo que me diría si estuviera viva. Pero ninguna de esas lágrimas calmó el punzante dolor que atravesó mi pecho desde el momento que vi la mirada herida de Noah. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Decirle la verdad a Aarón y cargar con la presión de lo que podría pasarle en Afganistán y así poder estar con Noah, o mantener mi promesa y perder a Noah. ¡Ambos escenarios eran malditamente injustos!

Estaba enjugando mis lágrimas al momento que una llamada de Cris ingresó a mi teléfono móvil. Contesté con un saludo neutral y ella me dijo que esperó a Noah en el taller pero que nunca llegó. La sola mención de su nombre provocó un siniestro en mi pecho, era mi corazón respondiendo al sentimiento que lo lastimaba, pero hice de tripas corazón y le dije que lo había interceptado antes de que se fuera, que me perdonara por no haberle avisado.

—Drey, cariño, ¿todo está bien? —preguntó preocupada.

—No, Cris, nada está bien —gimoteé. Quise mentirle, decirle que no había de qué preocuparse, ¿pero qué sentido tendría? Necesitaba a alguien con quien drenar mi dolor, lo necesitaba tanto.

—Dame cinco minutos y estoy contigo.

—Gracias, Cris.

—No me las des. ¿Soy tu hermana o no?

—Sí, lo eres.

—Bueno, ten eso en mente mientras me esperas.

Me levanté de la cama y fui al baño para refrescar un poco mi rostro antes de que Cris llegara. Y ahí, delante del espejo, me encontré con el reflejo de la mujer que Noah no fue capaz de mirar, esa que la gente señalaba con el dedo por ser una ramera, esa que Aarón repudiaría de la misma manera cuando descubriera su traición. Volví a llorar, afianzando mis dedos al lavabo los primeros minutos, pero mis piernas fallaron y caí de rodillas en el suelo. Nunca antes había sentido tal devastación, nunca mi alma se había perturbado de una forma tan dolorosa e implacable.

—¡Audrey! ¡Oh, cariño! —pronunció Cris y se inclinó en el suelo junto a mí—. Todo estará bien, Drey. Ya verás —susurró mientras paseaba su mano por mi espalda.

—No, Cris. No lo estará.

—¿Qué pasó?

Negué con la cabeza.

—Está bien, no tienes que decirlo ahora. Ven conmigo. —Tomó mi brazo y me ayudó a ponerme en pie. Me apoyé en ella y caminamos hasta mi cama. Me senté en el colchón y guardé silencio por varios minutos.

—Noah y yo... Él... —Bajé la mirada a mis dedos entrelazados—. Lo hicimos.

—¿Apenas?

Alcé mis ojos y vi en los suyos la incredulidad.

—¿Por qué te asombra?

—Bueno, es que... el tipo está para comérselo, y creí que tú y él, ya sabes, habían cerrado el trato hacía un tiempo.

—Pues no, recién hoy sucedió —admití con una exhalación de derrota.

—¡Oh Dios! ¿Lo hizo mal? ¿Sufre de eyaculación precoz? ¿Tiene una ETS, lo hicieron sin condón y te lo dijo después?

—¡Para, Cris! No es nada de eso. ¡Dios! ¿De dónde sacas esas ideas? —Ella entornó los ojos y se ruborizó un poco—. ¿Todo eso te ha pasado alguna vez?

—Las dos primeras; la última, ni con la mierda, nunca lo hago sin condón —Hizo un gesto de horror—. Pero entonces ¿qué pasó? ¿Qué puede ser tan malo para que lloraras así? No me digas que te forzó.

—¡No! Él no hizo nada malo, Cris. Fui yo la que arruiné todo. No sabes lo dulce que fue, lo bien que me hizo sentir... Nos quedamos dormidos, él se levantó en algún momento y yo me desperté por el sonido de mi teléfono. Era Aarón. Contesté y Noah escuchó nuestra conversación. Hablé con él como si nada hubiera pasado, lo llamé de formas cariñosas, ya sabes, como siempre lo hacía, y él... lo herí, Cris. Herí a Noah como lo hizo Dess.

—Pero él sabe que tienes una relación con Aarón. ¿Por qué disgustarse?

—Porque me escuchó hablar con Aarón de la misma forma que lo hacía siempre y fue un duro golpe a sus sentimientos. No lo juzgo, de verdad. En su lugar, estaría igual de dolida.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé, él no quiere verme, me echó de su casa sin... poder mirarme

—balbuceé. Me dolía tanto...

—¿Sabes qué? ¡Qué se vaya a la mierda! Él sabía, desde el principio ha sabido que tenías novio, y eso no limitó a acostarse contigo ¿o sí? ¿Le molestó eso cuando te folló? No, verdad.

—Pero es que...

—Pero nada, Audrey. Sabes que tengo razón. Deja que se le pase el enojo y que piense las cosas con la cabeza fría. Y si no lo hace, pues es un reverendo idiota. A ti es la que están señalando, eres tú la que tendrá que enfrentarse a Aarón cuando vuelva por estar con él. ¿Qué está perdiendo Noah? Dime, Audrey.

—¡No lo sé! —grité—. No estoy segura de nada ahora, Cristal. Solo quiero que pare, que el dolor que siento aquí termine. —Toqué mi corazón.

—Ya, tranquila, estoy aquí. —Me recostó en su regazo y acarició mi cabello como mi madre hubiera hecho. No volví a llorar, había sido suficiente, solo me quedé ahí, sintiendo sus dedos peinando mi cabello, por lo que pudo ser mucho o poco. La verdad, no era consciente de nada—. ¿Tienes hambre?

—No, pero papá sí debe tener.

—Bueno, pediré una pizza y comeremos con Jace. Luego te irás conmigo a casa y veremos un maratón de películas o series, lo que tú elijas, y consumiremos todo el helado que nos quepa, aunque tenga que correr más kilómetros mañana por las calorías extras. ¿Qué dices?

—Suená bien, pero antes... ¿Crees que podríamos hacerle una consulta a tu cuñado? Mi pantorrilla está doliendo un montón y no quiero ir a la clínica. —El esposo de su hermana era médico, especialista en cardiología, pero debía ser capaz de recetarme algo para mi problema.

—¿Qué? ¿Y apenas lo dices? ¡Audrey, por Dios! Eso es delicado.

—No me retes, Cris. Es lo último que necesito, solo dime si puedes o no.

—Sí, claro. Ya lo llamo.

Esperé en silencio mientras Cris hablaba con su cuñado y lo ponía al tanto de mi situación, pero él requirió hablar conmigo y tuve que hacerlo. Me sugirió unos analgésicos, que aseara la herida con algún antiséptico y que me quitara la venda. Le di las gracias y le pasé el teléfono a Cris.

A las nueve de la noche, después de haber cenado en la sala con papá, salí de casa con Cris para irme con ella a su apartamento. Mi vista se movió

automáticamente hacia el pórtico de Noah; todas las luces estaban encendidas, pero no pude verlo. No voy a negar que estuve esperando que fuera a mi casa para intentar arreglar las cosas, pero fui demasiada ilusa al pensar que eso sucedería, él lo dejó claro, no podía verme. Me subí en el *Mazda* plateado de Cris y me mantuve en silencio durante todo el trayecto. No tenía ánimos para nada. Veinte minutos después, ella detuvo el auto frente a un *Wal-Mart* para comprar lo que su cuñado me había recetado y el resto de las cosas que necesitaríamos para nuestra “noche de chicas”. Pudimos ir a una tienda más cercana, pero no quería que alguien me reconociera y me apuntara con el dedo.

—¿No te parece una cantidad exagerada de helado? —comenté cuando Cris puso cuatro botes de distintos sabores en el carrito de compras.

—No existe eso de una cantidad exagerada de helado —replicó, añadiendo uno más.

—¡Eso es demasiado!

—Ya verás que no. —Me dio un guiño, y ahí concluyó todo; no iba a insistir en lo contrario, no tenía ganas.

Una vez que Cris pagó la compra, volvimos al auto y regresamos por el mismo camino hasta llegar a su casa. Esa vez, el viaje no fue silencioso; mi amiga decidió que era una buena idea escuchar música y eligió que *Ellie Goulding* era una buena opción, pero escuchar la letra de *Beating Heart* no le hizo ningún favor a mi estado de ánimo, sino que le empeoró. Sentía que era yo la que pedía escuchar su corazón, sacarles partido a las horas, abrazarlo fuerte... Y ese fragmento, en el que decía “No puedo hacerle frente a esto, ahora que todo ha cambiado, solo quiero estar a tu lado”, me robó algunas lágrimas. Cris no lo notó, ella estaba muy enfocada en conducir y en cantar como desquiciada, y fue mejor así, no quería que sintiera más pena por mí de lo que ya lo hacía.

Al llegar a su pequeño apartamento estilo *loft*, ubicado a los límites de West, nos recostamos en su sofá y optamos por ver la primera temporada de *Games of Thrones* por enésima vez. Nunca era suficiente para nosotras. Cris se encargó de servir los helados, poniendo un poco de los cinco sabores – chocolate, fresa, vainilla, pistacho y café– dentro de dos tazas, a los que añadió cacahuete y *sirope* de chocolate. Al terminar el primer capítulo de la serie, ya había consumido todo el helado sin siquiera darme cuenta y le pedí

otra ración a Cris, por lo que me gané un enorme «te lo dije» que no pude refutar. No diré que algo en ese ritual aminoró mi tristeza, pero me distrajo un poco, solo un poco, porque, cada cierto tiempo, revisaba mi teléfono celular por algún mensaje de Noah.

—Es un idiota, todos los hombres lo son —masculló disgustada.

—¿Todos? Creí que habías dicho que Kevin era un buen hombre.

—Bien, corrijo, todos los demás son idiotas. Mi hermana es una de las pocas afortunadas que encontró a su príncipe azul. Aunque, quién sabe, puede ser uno de esos que en algún momento se destiñen.

—Noah no es idiota —murmuré con desgano—. Él no ha tenido una vida fácil, Cris. Es un hombre herido, con profundas inseguridades, con mucho rencor... Debí frenar esto, debí ser más fuerte.

—Oye, no, nada de eso. No permitiré que te echas la culpa de algo que los dos hicieron. ¿O es que acaso tú lo forzaste?

—Bueno, no, pero...

—¿Pero? ¡¿Pero?! Ese hombre te mira siempre como si estuvieras desnuda, lo he visto, ¿y me vas a decir que él no quería que pasara lo que pasó? —No era una pregunta—. Ambos son adultos, hicieron lo que querían. ¿Por qué analizarlo? Me vas a disculpar, Audrey, pero esto no tiene sentido. Si tanto odiaba la idea de que tú hablaras con Aarón, no debió llevarte a su cama, así de simple.

Cris tenía razón, Noah estaba al tanto de que mantendría comunicación con Aarón hasta que él volviera a Estados Unidos, lo reiteré esa mañana cuando lo hablé con mi padre. Y sí, entendía que no debía ser fácil para él que le dijera te amo a otro hombre, pero él lo sabía, estaba consciente de la decisión que había tomado. Pero a Noah le resultó mejor echarme de su lado, apartarme de él después de lo que había sucedido, permitiendo que su enojo fuera más grande que todo lo demás. Entonces pasé de estar triste a enojada, muy enojada con él por haberme menospreciado de esa forma. Y estaba muy equivocado si esperaba que fuera tras a él a pedirle perdón o que cambiaría de decisión, poniendo en peligro la vida de Aarón solo para complacer sus caprichos.

Más tarde esa noche, después de ver cuatro capítulos más de *Games* y haber consumido mi peso en helado, decidí irme a la cama. Estaba cansada y los analgésicos que había tomado comenzaban a hacer efecto, por lo que no

me tomó mucho quedarme dormida.

A las cinco y treinta de la mañana, mi alarma se encendió. Desperté a Cris y le pedí que me llevara a casa, necesitaba buscar un cambio de ropa y prepararle el desayuno a papá. Ella puso un poco de resistencia, nos habíamos dormido tarde y tenía el sueño un poco pesado, pero al final se levantó y me dejó en mi casa a diez para las seis. Esperaba encontrar a Noah en la cocina, como cada mañana, pero no estaba. Todas mis ilusiones cayeron a un profundo precipicio y mi enojo cobró más fuerza. Ni mensajes ni llamadas ni desayuno... ¡Noah era un idiota obstinado!

Subí las escaleras, me duché, aseando mi herida con el antiséptico según había indicado el cuñado de Cris, y me puse mi ropa habitual para ir a Gunnar's: botas, pantalones cortos y una blusa holgada. Recogí mi cabello en una coleta alta y bajé de regreso a la cocina. Para ese momento, papá ya estaba en su silla leyendo la prensa.

—Buenos días, cariño —saludó tranquilamente.

—Buenos días, papá. —Me acerqué a él, puse un beso en su frente y luego encendí la cafetera.

—¿Está todo bien? ¿Por qué Noah no ha venido?

—No sé, papá. Ve y pregúntale a él —respondí cortante.

—¿No lo sabes? —Soltó una risa irónica—. Sé que soy un viejo senil, pero eso no me ha hecho tonto. No todavía.

—Pelemos. ¿Estás conforme? —encaré, poniendo mis manos a cada lado de mis caderas.

Papá frunció el ceño.

—No, no lo estoy. ¿Qué pasó? Ayer parecía que todo estaba en su lugar.

—Las apariencias son engañosas —espeté de mal humor. No quería hablar de ese tema, y menos a esa hora de la mañana.

—Espero que lo puedan solucionar, cariño. Odio que sufras —dijo en tono condescendiente, lo que me hizo sentir sumamente culpable. Él no debía pagar los platos rotos.

—Lo sé, papá. Lo siento. Toda esta situación me sobrepasa. Mi vida siempre fue fácil, tranquila, y no ha sido así desde que Noah apareció.

—Siempre hay que luchar por las cosas que valen la pena, mi amor. Y sé que entre los dos pueden construir algo bueno, algo duradero, pero amerita



esfuerzo. *Roma no se construyó en un día...*

—Sí, es cierto. —Liberé un resoplido.

—Me tienes, Audrey. ¿Recuerdas? —Asentí con una sonrisa. Aquella fue una frase que me dijo el día del entierro de mamá. Llegamos a casa y nos sentamos en el comedor de la cocina, como hacíamos normalmente a esa hora, cuando mamá nos servía la comida. Los dos estábamos tristes, sintiendo el enorme vacío de su ausencia, y solo nos quedamos ahí, mirando al espacio que ella debía ocupar. Entonces, mi padre tomó mi mano, me pidió que lo mirara y me dijo: «me tienes, muñeca. Siempre estaré para ti, no importa lo que pase, así tu camino se desvíe y sientas que no hay retorno, te encontraré y te enseñaré cómo regresar». Ese es solo una porción de su discurso, uno bastante profundo para una niña de ocho años, pero se quedó grabado en mi corazón. Yo era lo único en su vida, tanto como él en la mía; nos teníamos el uno al otro. Y debo reconocer que Jace Gunnar —con todas sus virtudes y sus fallas— era un gran padre. No perfecto, porque nadie en la vida lo es, pero sí uno que admiraba y valoraba con todo mi corazón.

—Sí, y tú me tienes a mí, papá. —Tomé su mano y le di un leve apretón. Sus dedos se sentían frágiles, por la enfermedad degenerativa que padecía, pero eso no le restó valor a lo que mi gesto significaba. Y aunque había cosas por aclarar, a partir del descubrimiento de Connor, entre mi padre y yo siempre existiría un nexo irrompible.

Saber que, en medio de todo, tenía el amor y el apoyo de mi padre, hizo que mi humor mejorara. Preparé el desayuno y comí junto a él en la mesa, solos, como no habíamos hecho en mucho tiempo. Charlamos un poco, más que todo del taller y de los planes de remodelación que estaba trazando con Guss, uno de los mejores contratistas de la ciudad. Mi padre fue un hueso duro de roer con respecto a los cambios, pero al final accedió. Sabía que era lo mejor para el taller. Al terminar de comer, lavé los platos, los sequé y los puse en su lugar, encontrando muy ameno aquel pedazo rutinario de mi vida que Noah me había robado. Y no era que no lo extrañara, lo hacía, pero también echaba de menos lo tranquila que era mi vida antes de que él apareciera. Aunque, si ponía en una balanza ambos aspectos, sin duda el peso se inclinaría a favor de Noah Cohen en mi vida.

Salí de casa diez minutos después y me subí a mi *Ford*. Dudé un minuto entre encenderla e ir por Noah y, al final, me decliné por la opción uno. No

iría tras él, esperaría que me buscara por decisión propia, después de todo, fue él quien me desechó como basura, desvalorizando lo que para mí significó muchísimo. Entregar mi cuerpo no era algo que hacía sin pensar. Incluso, me llevó más tiempo estar con Aarón que con Noah; pero, en los dos casos, lo hice porque había sentimientos involucrados.

*I Run To You* –de Lady Antebellum– comenzó a escucharse cuando encendí el reproductor de música. Quería una distracción para el camino, pero terminé cayendo en la trampa de aquella letra que decía “corro hacia ti, cariño”. Todo me recordaba a Noah, hasta conducir mi propio auto me llevaba a él. ¡Me sentía tan frustrada! Una pareja normal habría amanecido en la misma cama, agotados por hacer el amor hasta la saciedad, tomando después una ducha juntos antes de ir al trabajo. Una pareja normal no tendría esos conflictos. Pero Noah y yo no éramos convencionales, nada en nuestra relación lo era... si es que aún teníamos una. En ese punto, no tenía certeza alguna de lo que seguía a continuación.

La canción no había terminado al momento que detuve el auto frente al taller; la distancia entre mi casa y Gunnar’s no era mucha. Hubiera deseado que quedara a kilómetros, necesitaba más tiempo antes de estar lista para entrar, sin embargo, ahí estaba y no podía quedarme como estúpida mirando al frente mientras los minutos se acumulaban. Me bajé del auto y recorrí el camino desde la entrada hasta mi oficina. Era una de las primeras en llegar, solo Cris y Manuel estaban ahí, tomando su acostumbrado café. Los saludé a ambos y luego me fui a la habitación. Necesitaba un par de minutos para controlar mis emociones. Me sentía nerviosa, impaciente. Noah llegaría en cualquier momento y no sabía con qué actitud.

—Drey. ¿Estás bien? —preguntó Cris, entrando a la habitación.

—No, ni un poco. Esperaba que estuviera en la cocina cuando llegué esta mañana, creí que lo resolveríamos antes de venir al trabajo.

—Ese idiota —espetó—. Pero tú ni te inmutes. Cuando él se aparezca por aquí, hazte la desentendida, que sea él quien se arrastre a tus pies, como debe ser. Y métete esto en la cabeza: tú no hiciste nada malo.

—¿Y por qué siento que sí?

—Porque eres demasiado buena, Audrey.

—¿Buena? ¡Já! —Me burlé—. Una buena persona no traicionaría a su novio.

—Pues no eres la primera ni la última. Además, nunca estuviste realmente enamorada de Aarón, estabas con él por las razones incorrectas.

—¿Por qué dices eso? —cuestioné.

—¿En serio lo preguntas? —bufó—. ¿Te tengo que recordar cómo se dio la relación entre ustedes?

Analiqué su pregunta unos minutos y luego sacudí la cabeza. No tenía que hacerlo. Aarón tenía veintitrés años cuando lo conocí, yo acababa de cumplir los diecisiete. En esa época, lo único seguro para mí era mi trabajo de mecánica en *Gunnar's*, nada más. No pensaba en romance ni en tener novios. Ni siquiera me preocupé por ir al baile de graduación ni me molestó no tener una cita para ese día. No sabía porqué, pero tenía algo que intimidaba a los chicos. Ninguno se acercó a mí con segundas intenciones. Una de las teorías de Cris era que todos pensaban que era lesbiana, y quizás lo hacían. La sociedad sigue siendo muy cerrada en cuanto a una mujer desempeñando un trabajo “masculino”. Y están tan equivocados, muchas mujeres tienen más pelotas que algunos hombres. En fin, volviendo a mi historia con Aarón. Él era nuevo en la ciudad, no lo conocía, pero había escuchado de boca de algunas chicas que era muy sexy. No me importó, nunca fui el tipo de mujer que se deslumbraba por un par de músculos y ojos candentes... hasta que lo vi de pie frente a mí. Era alto, de cabello oscuro. Sus ojos eran de un gris profundo y tenía prominentes músculos en su pecho y bíceps. Era un sueño húmedo andante. Había entrado al taller para hacer una pregunta, la cual no escuché en absoluto, y la tuvo que repetir una vez más. «¿Puedes ayudarme con mi auto? Me han hablado muy bien de ti». Y luego sonrió. ¡Jesús bendito! Era la sonrisa más hermosa que vi alguna vez. Y que se acercara al taller y me pidiera a mí que lo ayudara con su auto, catapultó mi euforia a la estratosfera. Ese es el motivo que menciona Cris, Aarón alimentó mi ego y fue por eso que me apegué a él. Quizás lo nuestro no habría trascendido de no ser así. Era el primer hombre —aparte de mi padre— que reconocía mis capacidades como mecánica, aunque años más tarde me diera cuenta de que él mismo averió su auto solo para ligar conmigo.

—No hay excusa, Cris. Engaño es engaño, no hay otra forma de llamarlo. Lo justo era que esperara que él volviera antes de relacionarme con Noah. Entonces sí, hice algo malo y no hay razonamientos que valgan para justificarlo.

—¿Será así entonces? ¿Te vas a castigar por hacer algo que deseabas? — insistió con obstinación.

—Sí, Cris. Esa será mi cruz. ¿Pues dejarme sola un momento? —Mi amiga liberó un resoplido y salió de la habitación.

Con el peso de nuestra conversación en mis hombros, mi ánimo decayó y necesité más de diez minutos para reponerme lo suficiente y salir de ahí. Pasado ese tiempo, me puse el overol y, recitando un mantra en mi mente, que decía «puedes con esto», abandoné el lugar que había sido mi refugio los últimos minutos, pero me encontré frente a frente con la realidad, y aquel argumento se fue a pique. Él estaba ahí, de pie detrás del escritorio, luciendo divino con una camiseta gris oscuro que se amoldaba a su musculatura, el cabello crecido y desordenado, y sus preciosos ojos celestes avasallando mi cordura.

—Audrey ¿puedo hablar contigo? —pronunció con voz grave, esa que conjuraba mis deseos, y sentí que mi corazón estalló.

## Capítulo 18

—Sí, claro. ¿Qué necesitas? —contesté sin inmutarme, aunque mi corazón daba tumbos, empujándome al borde de un colapso nervioso.

Noah dio un vistazo rápido hacia a un lado, donde estaba sentada Cris, y luego volvió su mirada a mí, inquieto. No tuvo que añadir más, sabía que pedía que habláramos a solas, pero no estaba segura de querer hacerlo. Me molestó mucho que esperara hasta el día siguiente para buscarme. Y más aún que se me acercara en *Gunnar's* y no en casa.

—Creo que se acabó el café, iré por más a la tienda —comentó Cris mientras sacaba su bolso de un cajón del escritorio y se levantaba del asiento. La miré con ojos de asesina serial, pero ella lo ignoró por completo y, de igual forma, se fue.

Cuando la puerta se cerró, Noah dio un paso al frente, manteniendo su mirada anclada a la mía. Por un instante, contuve el aliento, incapaz de reaccionar de ninguna manera, pero luego, cuando añadió más pasos, aproximándose a mí como lo haría en cualquier día normal, reaccioné.

—No te acerques más. —Él se detuvo de súbito y se relamió los labios, nervioso. Una vez más, contuve la respiración. Pensé que se lanzaría sobre mí y me besaría, pero no lo hizo.

—Audrey, mi amor. Sé que tienes derecho a estar enojada conmigo, que actué como un imbécil otra vez, que te lastimé al pedirte que te fueras después del momento más perfecto y hermoso que viví alguna vez, pero tienes que saber porqué lo hice, la razón por la que no fui capaz de mirarte...

—Lo sé, Noah. No necesito que lo digas —expresé con enojo y vergüenza a la vez. No hacía falta que manifestara a viva voz lo que yo asumí sin palabras.

—No, no lo sabes, muñeca. Crees hacerlo, pero no es así. Estaba enojado, muy enojado, eso fue evidente, pero no contigo.

—¿No? —solté una risa sarcástica.

—No, Audrey. Estaba enojado conmigo por no esperar a que fueras libre antes de hacerte el amor. Fui egoísta, solo pensé en mí, sin considerar lo que

tú tendrías que enfrentar cuando hablaras con Aarón. Y entrar a esa habitación y escucharte decirle te amo, fue como un certero golpe en mi pecho, uno que tenía grabado una frase: eres como él... —Su última frase se escapó de sus labios con un tono bajo, gastado, pero eso no limitó la crudeza de ella. Sabía lo que significaba, arrepentimiento. Lamentaba haber estado conmigo, lo lamentaba porque ahora se sentía como el hombre que le arrebató a Dess.

—Y yo soy como ella —enuncié en un murmullo.

—No, no lo eres —afirmó, posicionando sus manos en mis hombros. Me estremecí, su tacto me remontaba al ayer, a las caricias de sus manos sobre mi piel desnuda, a los besos derramados en mi cuerpo por su boca... Debía alejarme.

—¡No mientas! No intentes justificarme. —Di marcha atrás, renunciando a su contacto—. Fue un error, Noah. Un error que no volverá a pasar.

—¿Qué? ¡No! Déjame terminar de decirte...

—¡Nada, Noah! Aquí todo está más que dicho. Ni yo quiero ser como Dess ni tú como él, así que la solución es obvia.

—Eso pensaba yo, pero dejé de importarme en el momento que mi corazón comenzó a doler, extrañándote. Lo hice desde que la puerta se cerró, pero necesitaba calmarme, enfriar mis pensamientos antes de venir por ti y pedirte mil veces perdón, de rodillas si es preciso. Intentó tomar mis manos, las aparté.

—Audrey...

—Lloré por horas, sintiéndome terriblemente mal por haberte herido, aun cuando tú sabías de la promesa que le había hecho a Milie. Y te esperé, te esperé cada minuto, pero no fuiste por mí...

—Audrey, lo siento, mi amor. Perdóname por...

—Espera. —Lo interrumpí.

Él calló, devolviéndome una mirada contenida.

—Ese tiempo me sirvió para pensar y llegué a la conclusión de que debemos permanecer separados hasta que resuelva mi situación sentimental con Aarón.

—No, Audrey. No lo acepto. Yo no quiero que estemos separados ni un minuto. Te necesito, te amo... Te amo demasiado para renunciar a ti —supliqué, ciñendo sus manos a mis caderas y reposando su frente contra la mía.

Lágrimas se juntaron en las cornisas de mis ojos, pero las aguanté. No iba a llorar, ya no más. La Audrey sentimental y sufrida no volvería. Debía recuperar a la mujer fuerte, decidida y con aplomo de siempre, así mi interior se estuviera demoliendo.

—Entonces me esperarás, Noah. Si me amas como dices, respetarás mi decisión y guardarás la distancia —pedí, con todo el dolor de mi alma.

—Muñeca, por favor, no lo elijas a él.

—No lo entiendes, Noah. No lo elijo a él, me elijo a mí, a lo que me da paz, a lo que es correcto... —dije con determinación, aunque mi corazón gritaba lo opuesto con cada pálpito. Era doloroso sentirlo tan cerca y tener que aguantar mis ganas de sostener su rostro entre mis manos y besar aquellos labios, que se encontraban peligrosamente cerca de los míos.

—No puedo, Audrey. Te quiero conmigo, siempre conmigo —insistió, suavizando mis mejillas con sus pulgares.

—Sí, sí puedes. Lo hiciste ayer, te quedaste lejos de mí, puedes hacerlo cada día —murmuré, a punto de ceder. Tenerlo tan cerca me intoxicaba—. Necesito que dejes de tocarme, Noah. Tienes que soltarme.

—No —rechazó. Y sin previo aviso, me besó. Fue un beso lleno de anhelo, desesperación y tristeza; uno que amé y odié con la misma medida. El último beso que le daría hasta pudiéramos estar juntos sin nada que reprocharnos.

—No vuelvas a hacer eso, Noah. —Lo empujé, en contra de mis deseos, de esos que gritaban por más de lo que sabía que él me podía brindar.

—Esto es absurdo, Audrey. Tú me quieres, correspondiste a ese beso, tu piel vibraba con mi tacto... No tiene sentido parar ahora.

—Para mí sí lo tiene. Y no voy a ceder en esto, así insistas y ruegues, nada va a pasar entre nosotros, Noah. No mientras siga atada a Aarón. Ni tú ni él merecen que los tenga a ambos.

—¡Soy un idiota! —gritó, ejerciendo presión en su cabeza con ambas manos hasta desplazarlas a su nuca—. De no haber reaccionado como lo hice, de haber ido detrás de ti...

—Detente, Noah. No lo analices, no busques los porqués. Sabes muy bien que esto es lo correcto, que cada beso, que cada caricia, que todo lo que pasó entre nosotros está enlodado por la traición. Y no quiero, no acepto que suceda nada más bajo esas condiciones —confesé, pese al dolor que estaba

anclado en mi pecho. No sería fácil mantener la distancia día con día, pero tenía que ser capaz de hacerlo. Si quería un futuro para nosotros, debía luchar.

Noah alzó su vista hacia mis ojos y lo que vi en sus ojos duplicó mi aflicción. Expresaba un profundo dolor, tanto que estuve a punto de echar por tierra todos mis argumentos, olvidarme del resto del mundo y solo pensar en él, en cómo podía borrar de sus ojos toda esa desdicha, pero no cedí, fui fuerte, me mantuve firme y no le di lugar a dudas.

—Lo siento, pero tengo que ir a trabajar —dije, manteniendo mi semblante estricto, carente de emociones. Así tenía que ser.

—No me rendiré, Audrey. Sabes que no lo haré —pronunció con voz ronca, nerviosa.

—Si insistes, me iré de West. Me iré y no sabrás a dónde —advertí. Y sin darle espacio a que añadiera nada más, salí de la oficina y caminé rápido por el solitario espacio del taller —pues nadie más había llegado— y me subí al auto en el que trabajaría ese día.

Todo mi cuerpo temblaba cuando me senté en el asiento del *Mercedes-Benz* para abrir el capó desde el interior y poder trabajar en el motor. Incluso, olvidé por completo dónde se encontraba la palanca que lo desbloqueaba. Me encontraba muy nerviosa, conmocionada. No podía creer lo que había hecho ni de dónde surgió toda mi resolución. Obviamente, mi conversación con Cris fue un detonante, pero apenas estaba asimilando que había roto con Noah. Cerré los ojos y tomé un profundo suspiro. Exhalé pausadamente, volví a inhalar, pero eso no estaba funcionando. El temblor seguía en mi cuerpo y los palpitos de mi corazón no me daban tregua alguna. Quería correr de regreso a la oficina y adherirme al cuerpo de Noah hasta que la calma retornara a mi sistema, pero también quería que no existiera razón alguna para no poder ir y hacer justamente eso... Estaba hecha un lío.

Permanecí en el interior del *Mercedes* por mucho tiempo, convirtiendo aquel vehículo en un nuevo refugio, uno al que no quería renunciar. Pero entonces *Band On The Run* —de Paul McCartney— rezumbó desde los altavoces del taller y me regresó a la realidad. Los chicos habían llegado, era momento de trabajar.

No sé ni cómo, recordé dónde se encontraba la traba del capó, lo liberé y abandoné el auto. Cuando me ubiqué delante del auto, mis ojos chocaron con



unos iris celestes, profundos y penetrantes, los de Noah. Se encontraba justo delante de mí, mirándome, robándome todo gramo de mi aliento con su irrefutable presencia.

*¡Esto será más difícil de lo que creí!*

—No es lo que piensas —dijo, antes de que pudiera advertirle cualquier cosa, y se acercó hacia mí—. Habíamos quedado en que trabajaríamos juntos con este bebé —palmeó el techo del auto—, ¿recuerdas? —Ilusión brilló en su mirada.

—Noah, no creo que sea lo mejor ahora mismo. Esto no es fácil para mí.

—No sé de qué hablas. —Me dio un guiño desenfadado, simulando que todo estaba normal.

¡Loco! Noah Cohen se había vuelto completamente loco.

—Entonces ¿por dónde comenzamos? —Se frotó las manos y se posicionó delante del capó del auto.

—No vamos a trabajar juntos, Noah. No puedo concentrarme contigo cerca.

—No estoy tan cerca, no tanto como quisiera —insinuó en tono seductor.

¡Era el colmo! No solo pretendía que no había roto con él, sino que me coqueteaba, el muy imbécil.

—Te lo dije en la oficina. Te dije que...

—No vuelvas a mencionarlo, Audrey. No quiero ni pensar en lo que pasó hace unos minutos. Solo, por favor, déjame trabajar contigo. Déjame respirarte, al menos. —Su ruego provocó que mi estómago se apretara y que, nuevamente, lágrimas se establecieran en mis ojos. Era duro, muy duro mantener la distancia. Y él lo dificultaba aún más.

—Lo siento, pero no —reiteré—. Apenas soporto estar de pie. Ve con Miguel. Hazlo, por favor.

—Tu empeño me hace amarte más, Audrey, a pesar de que me rompieras el corazón. ¿Cómo puede ser eso posible? ¿Eres una hechicera que ató mi alma a ti?

—Ojalá lo fuera, ojalá tuviera algún poder mágico que resolviera nuestros problemas, pero no es así, no existe encantamiento que nos pueda ayudar —contesté cabizbaja, odiando tener que alejarlo de mí.

—Así nos separen centímetros, metros o kilómetros, no importa, te estaré

amando, Audrey. Cada segundo del día, te amaré, y te estaré esperando — declaró antes de marcharse como había pedido. Mis ojos se quedaron en él hasta que su silueta se perdió detrás de una minivan. Sus palabras se repitieron como un eco en mi conciencia hasta establecerse en mi corazón como una promesa. Él me esperaría, lo haría porque me quería, y esa creencia sería la que me mantendría cuerda a través de la distancia, que no tenía certeza de cuánto duraría.

\*\*\*

Al mediodía, después de pasar varias horas con la cabeza metida en el motor del *Mercedes*, salí con Cris del taller y comimos juntas en un *lunch* cercano. No quería ir a casa por temor a que Noah se uniera a papá y a mí, como hacía siempre. Por suerte, aún quedaban algunas piezas de pollo en el refrigerador que papá podía calentar en el microondas. Él no me lo decía, pero sabía lo feliz que lo hacía disfrutar de un poco de independencia, valerse por sí mismo; por eso, cuando lo llamé para ponerlo al tanto, no puso reparo alguno. Para un hombre como él, quien siempre fue trabajador, inquieto y vivaz, no era fácil aceptar su condición. Fue todo un reto hacerlo entender que no podía trabajar más en *Gunnar's*, estuvo deprimido por semanas.

Mientras intentaba comer, no pasaron por alto para mí las murmuraciones y las miradas acusatorias que me lanzaron algunos de los clientes del *lunch*, hasta noté que veían sus teléfonos y luego asentían, reafirmando que yo era la chica de las fotos. Me enojé mucho, y estuve muy cerca de vociferar como poseída «ocúpense de sus putas vidas», pero no quería darles nuevo material y tampoco tenía el ánimo suficiente para alzar la voz. Mi pensamiento recurrente era Noah, no podía sacarlo de mi mente. ¿Cómo se suponía que podría mantenerme lejos de Noah? ¿Cómo, si sentía que una parte de mí estaba incompleta sin él?

—¿En serio vas a seguir adelante con esta absurda tortura? —preguntó Cris mientras conducía de regreso al trabajo.

—Tortura sí. Absurda, no. La absurda fui yo al pretender que podría vivir una doble vida. Mi madre estaría tan decepcionada de mí...

—¿Por qué? ¿Por seguir a tu corazón como lo hizo ella, según cuenta Jace? Lo dudo, Audrey.

—Es que no lo entiendes, Cris. No puedes hacerlo mientras seas solo una

espectadora. Y espero, de verdad deseo, que nunca te encuentres en una posición como la mía.

—Pues yo sí quiero tener a dos *Adonis* peleándose por mí. ¿Te imaginas? Pero qué te digo, si no tengo ni a uno babeando por mis huesos.

—¡Qué exagerada! Has salido con más tipos de los que puedo recordar.

—Umm, sí, pero ninguno por el que pierda la cabeza. Han sido más experimentos fallidos que otra cosa. Y ya conoces ese refrán, *mejor sola que mal acompañada*.

—No, nunca lo escuché.

—¡Ahhhh!, es que lo mencionó una venezolana que conocí en el *gym*. Me va a enseñar a hablar español. ¿No te había contado? No, no lo hice —respondió sin dejar que dijera algo—. Es divina, deja que la conozcas. Tiene unas ocurrencias..., haría una buena adición a nuestro pequeño círculo de amistad. Hablaré con Oli para planear una reunión.

—Sí, Oli —murmuré sin mucho ánimo.

—¿Qué? ¿Acaso vas a estar enojada con ella por siempre? No, Drey. Olive y tú tienen que arreglarse pronto. Si es posible, esta misma noche.

—Lo sé, pero no hoy, por favor. No tengo fuerza ni cabeza para pensar en nada. De ser por mí, me metería en la cama y no saldría de ahí hasta que todo esté resuelto.

—O simplemente, metete en la cama con Noah y ten sexo con él hasta que te importe una mierda “la moral y las buenas costumbres”.

Resoplé. Definitivamente, Cris no me estaba ayudando con “sus consejos”.

Al llegar al taller, volví a trabajar con el auto hasta que terminé con él. Me tomó más de lo que pensaba, y no por su mal estado sino por lo distraída que estaba con todo lo que pasaba a mi alrededor. No pude ignorar la selección musical de Noah de esa tarde. *Si te Vas* y *Vivir mi Vida*, de Marc Anthony. Fue escucharlas y revivir aquella noche en Holly’s; el baile, los besos, la carrera, la cena..., Era imposible concentrarse en alguna cosa, y más con Noah enseñándole algunos pasos de salsa a Alex. Mi piel hirvió solo con verlo, y hasta tuve que abandonar el garaje e internarme en la habitación para bajar mi temperatura.

—Audrey...

—¿Qué? —grité, dando un salto delante de la puerta de mi *Ford*. Estaba

por abrirla cuando Noah me nombró.

—Lo siento, muñeca, no quería asustarte. Solo me preguntaba... —Se rascó la nunca con su mano derecha—, cómo sigues de tu herida. Ya sabes...

—¡Eh! Bueno... yo... —divagué, nerviosa. No había delimitado cómo sería nuestro trato. ¿Mantendría la distancia absoluta o seríamos amigos como antes de volvernos íntimos? No estaba segura de nada, pero quería despejar su preocupación—. Consulté a un médico por teléfono, me recetó analgésicos y me dijo cómo asear la herida.

—¿Por teléfono, Audrey? —Apoyó uno de sus brazos en el techo de mi camioneta, marcando sus bíceps, para mi completa tortura. Recordaba lo que era poner mis manos en aquellos músculos macizos mientras me penetraba a un ritmo desquiciante.

Tragué el nudo de emoción que se enredó en mi garganta y luego le expliqué que se trataba del cuñado de Cris y que no estaba tan mal como para requerir que me examinara. Eso lo tranquilizó lo suficiente para no preguntar nada más al respecto. De hecho, no emitió ni una palabra por varios minutos; solo se quedó ahí, mirándome con codicia, como si estuviera recordando cada uno de nuestros besos y caricias, cada cosa que habíamos experimentado... Al menos, eso era lo que yo hacía.

—Tengo que irme —emití con voz ronca y abrí la puerta.

Él no me detuvo. Al contrario, cerró la puerta cuando subí al asiento.

—Adiós, *chica traviesa* —murmuró con un sexy y caliente guiño que me dejó patidifusa. ¡Amaba demasiado a ese hombre!

*¿Por qué hacer lo correcto se siente tan mal y hacer lo malo se siente tan bien?*

*Es que esa la razón por la que Eva mordió la manzana en el Edén; la fruta prohibida se veía succulenta, preciosa, invitaba a ser comida. Y sí, sabía bien, era deliciosa al extremo de no sentirte saciada, pero ¿a qué costo? Al final, el juicio llegó y Eva fue desterrada al exilio junto con Adán.*

*Esta es mi prueba, la voy a superar y mi recompensa será el paraíso con Noah.*

Él ya se había alejado para cuando llegué a aquella resolución. Confieso que no esperaba que se fuera sin intentar nada más, pero me quedó claro cuán seria se tomó mi amenaza de marcharme sin decir a dónde, al mantener la distancia. Desde que hablamos delante del *Mercedes*, no procuró acercarse a

mí. Y cuando finalmente lo hizo, me trató de forma casual, como a cualquier otra persona. Bueno, exceptuando un detallito, me llamó “chica traviesa”, un apodo que tenía un significado sexual, que me incitaba a caer en el pecado.

Encendí el auto y lo puse en marcha con destino a casa, segura de mí misma, determinada a no ceder ante la tentación que era Noah Cohen... convicción que cayó a un hondo precipicio cuando vi por el espejo retrovisor su *Torino*.

*¡Bendito hombre! Creo que el mago es él, que me puso bajo un hechizo que doblega mi voluntad. Mi ansia por querer estar a su lado no es normal. Y sé que estar separados es lo correcto, lo que debo hacer, pero mi corazón sigue batallando en defensa de los sentimientos que lo agobian. Solo espero que, al llegar a nuestro destino, él no se acerque a mí o no responderé de mis actos.*

—¡Sí! —celebré cuando vi el auto de Olive frente a mi casa. Ella me salvaría de un posible *momento pecaminoso* con Noah.

Detuve mi *Ford* a un lado de su auto y, mirando al frente, evitando todo contacto con mi *tentación*, entré a mi casa. Un dulce y delicioso olor a tarta invadió mis fosas nasales al instante en el que puse un pie dentro. Mi estómago gruñó como el de una bestia. Olive era una excelente cocinera, gané un par de kilos por su culpa cuando vivía con nosotros.

—Hola, cariño. Olive preparó pastel de manzana y también horneó pastel de carne —dijo mi padre, muy contento. Él amaba a Olive como si fuera una hija, y también a Cristal.

—Y huele increíble. No recuerdo cuándo fue la última vez que cocinaste algo aquí —comenté mirando a mi amiga. Ella se encontraba sentada en una de las sillas de madera del comedor, con las manos apoyadas en la mesa y los dedos entrelazados; sus pulgares se movían inquietos uno contra el otro, como si lucharan.

Ladeé una sonrisa, Oli también sonrió, y luego me ubiqué en una silla frente a ella.

—Debió ser hace más de un año —respondió inquieta. Puse mi mano sobre las suyas y les di un apretón. No quería que siguiera sintiéndose mal por nuestra discusión. Para mí, ya era agua pasada.

Olive liberó un suspiro y asintió, entendiendo que la había perdonado.

—¡Oh! Ese debe ser Noah. Ya me parecía extraño que no hubiera

aparecido por aquí —comentó papá cuando la puerta del frente se abrió y se cerró.

*¿¡Noah!?* No, no, no. *Se suponía que esta sería una zona libre de tentación. ¿Se suponía que él no se acercaría a mí! ¿Por qué? ¿Por qué tenía que venir?*

—Espero que me gane la simpatía de Noah con la cena —susurró Oli.

—¿Qué dices? ¿Tú lo invitaste? —pregunté en tono bajo.

—Sí, Cris me dio su número y lo llamé. ¿No te molesta, cierto? Es que me porté tan grosera con él que esta es mi forma de pedirles perdón a ambos. ¿Hice mal? —preguntó frunciendo el ceño. Mi gesto debió advertirle que la idea no me encantaba.

*¡Ahhhh! Esto es culpa de Cris. Ella sabía que Noah y yo rompimos y no le advirtió a Olivia.*

—Oli, es que Noah y yo... —intenté decirle, pero el hombre en cuestión hizo acto de aparición, interrumpiéndome.

—Traje la bebida como prometí.

Puso una botella de vino en la mesa y luego se sentó a mi lado. Se comportaba de forma natural, como había hecho a lo largo del día. No lo entendía, yo estaba que me salía de mi piel, mi corazón también parecía querer desertar de mi tórax, pero él se veía... relajado.

—¡Es perfecto, Noah! Muchas gracias —aduló Oli con una sonrisa amplia y exagerada. No sabía si estaba nerviosa o si solo intentaba ser cortés. Me importaba muy poco, a decir verdad, había algo más relevante sucediendo. Tenía a Noah a centímetros y era más de lo que podía soportar.

—¡Te ayudo a servir! —grité, dando un salto de la silla como si me hubiera quemado con agua hirviendo, algo nada lejos de la verdad, porque todo mi cuerpo se había recalentado desde el instante en el que Noah pronunció la primera palabra. Parecía que habían pasado años desde la última vez que nos besamos y comenzaba a sentir un tipo de abstinencia. Necesitaba una dosis de Noah, aunque fuese una probada.

*Sí, una probada nada más...*, burló mi subconsciente.

Es que no era justo que estuviera ahí, tentándome con su presencia. ¡Ni un poco!

Oli me miró con suspicacia, pero se guardó los comentarios o preguntas que pudieron surgir en su cabeza y se dedicó a sacar el pastel de carne del

horno y comenzar a cortarlo en porciones. Yo, por mi parte, me dispuse a sacar los platos y cubiertos de la alacena mientras trataba de empujar mis emociones a un lugar seguro de mi interior. Lo logré por un minuto, el tiempo que demoró Noah en unirse a mí y posar su mano en mi espalda baja, trasmitiéndome calor con su toque, un fuego que se esparció por todo mi cuerpo.

*¡Oh, buen Jesús! ¡Líbrame de todo mal! Amén.*

Tomé una leve respiración, intentando que no fuese obvia para papá y Oli, y dije en voz baja y contenida una palabra que iba en contra de mis verdaderos deseos—: Apártate.

—Dame esta noche, Audrey. Permite que, mientras esto dure, pueda tratarte como mi novia, como lo que no has dejado de ser para mí ni un maldito segundo desde nuestra dolorosa separación. Por favor, muñeca —susurró con voz ronca, pausada, insegura... Y no fui capaz de decirle que no. Acepté porque era lo mismo que yo deseaba, porque mi corazón gritó un «sí» con un palpito fuerte.

—Lleva los platos a la mesa. —Los puse en sus manos y luego usé la excusa de que debía ir al baño para huir unos minutos de aquella situación. Necesitaba recobrar el aliento y parte de la cordura que su cercanía me robó. Debía preparar mi mente para simular delante de Oli y de papá lo que no podíamos ser mientras siguiera atada a Aarón.

Subí las escaleras como si alguien me estuviera siguiendo y me encerré en el baño. Conocía a Noah y su manera de proceder, no tomaría más riesgos de los necesarios. Cuando estuve frente al espejo, sentí la culpa asentarse en mis hombros. Dije sí viciada por su voz, por su proximidad, por sus palabras, por mis estúpidas emociones, que me volvían tan frágil como una hoja seca... Fallé, y lo peor de todo, le di esperanzas a Noah.

Debía dar marcha atrás, no tenía sentido simular que todo era color de rosa si, al fin de cuentas, tanto Oli como papá descubrirían que Noah y yo habíamos roto. Con eso en mente, abandoné mi escondite en el baño y salí de la habitación, para luego tropezarme con Noah en el corredor.

*¡Hoy no es mi día! Cada vez que logro convencerme de que soy capaz de resistir, él se aparece frente a mí y toda mi valentía y determinación se disuelven. Es verlo y todos mis nervios se descontrolan a un nivel desesperante.*

—No lo digas —interpuso tajante, mirándome con una mezcla de frustración y tristeza.

Mi corazón dolió, odiaba ver tristeza en sus ojos, y más cuando era yo quien lo provocaba.

—¿Qué es lo que no debo decir? —Me hice la desentendida. No podía pronunciar lo que había pensado, no después de ver construirse la ansiedad en su cara.

—Serán solo unas horas, Audrey. ¿Qué daño puede ocasionar? No será más de lo que pasó ayer en mi casa, cuando te hice el amor, entregándote mi vida entera en ese acto, tomando también la tuya; porque no fue solo algo pasional, Audrey, en esa habitación, nos convertimos en uno, y no hay nada en este mundo que vuelva a hacernos dos. Nos pertenecemos. —Pasó la yema de sus dedos por mis labios y trazó una línea recta hacia el centro de mi pecho—. Lo veo en tus ojos, lo siento en los pálpitos de tu corazón... Me quieres, preciosa. Quieres estar conmigo.

—Nunca dije que no —musité con la voz descompuesta. Sentirlo me doblegaba.

—Te necesito, Audrey, eres parte de mí. Odio la distancia, odio no poder abrazarte ni besarte, odio que apartes la mirada, odio que me rechaces. —Me acercó hacia él, desplazando sus manos por mi espalda, y respiró en mi cuello—. Odio no poder amarte sin restricciones.

—Yo también lo odio, Noah, pero es lo que debo hacer. Así que, por favor, no lo hagas más difícil, no me tortures de esta manera —pedí entre susurros ahogados. No podía soportarlo más, quería meterlo a mi habitación y que me hiciera el amor una, dos, tres veces... todas las que él quisiera.

—¡Chicos, la comida se enfría! —gritó Oli desde la cocina.

Me zafé de Noah, dando un traspié que por poco me manda al suelo, pero pude evitar aquel desastroso final al estabilizar mis piernas.

—Audrey... —invocó con esperanza.

—Solo mientras dure la cena —concedí una vez más. Ya lo dije, era una frágil hoja delante del arrebatado huracán Noah. Y estoy segura, que de no ser por el llamado de Olive, le hubiera cedido más que eso.

Me adelanté a Noah y bajé las escaleras. Él venía detrás. Al llegar a la cocina, nos ubicamos en los mismos puestos que ocupábamos antes y comenzamos a cenar. La comida estaba deliciosa, como era de esperarse, y



los halagos para Oli no faltaron. El más sorprendido era Noah, que no dejaba de repetir lo buena que estaba la carne y lo feliz que lo haría comer aquella delicia todos los días. Eso me hizo pensar en sus años en prisión, en todo lo que perdió al estar recluido en ese lugar, y entonces sentí remordimiento por lo que estaba haciéndole, por haber permitido que las cosas se salieran de control y resultara lastimado de nuevo. Ya él había perdido demasiado ¿cómo era capaz de quitarle más?

—¿Quieres más vino, mi amor? —preguntó Noah con dulzura cuando mi copa quedó vacía.

—Mi corazón se apretó. ¡Adoraba cuando me decía mi amor!

Así se había comportado desde que nos situamos en la mesa, siendo atento y cariñoso conmigo en todo momento. Me miraba cada vez que podía y mantenía una caricia perenne en mi muslo descubierto. Su tacto me tenía alucinada, caliente, ansiosa... Muy pocas veces despegó su mano de mí, usando la derecha para comer y beber, y la izquierda para volverme loca.

—Sí, gracias —contesté con una sonrisa. Me sirvió el vino y luego siguió su charla con Olive. Le decía que le gustaba mucho cocinar y que, sin duda, el pastel de carne sería uno de los platos que le gustaría aprender a hacer. Ella, amablemente, se ofreció a enseñarle y quedaron en reunirse en su casa el domingo.

—Muñeca, creo que tu aparato está sonando —comentó papá. Le decía “aparato” a mi *Smartphone*. Él y la tecnología no se llevaban bien.

Lo había escuchado, pero estaba fingiendo que no por temor a que se tratase de Aarón. La situación era de por sí incómoda para mí, y lo sería más si respondía la llamada y hablaba con la única persona que impedía que estuviera con Noah.

—¡Ummm, sí! Debe ser Cris, ahora la llamo. —Le resté importancia y seguí comiendo con fingida tranquilidad, como había hecho a lo largo de la velada.

Diez minutos después, los platos estaban vacíos sobre la mesa. Oli preguntó si queríamos comer el postre enseguida y todos estuvimos de acuerdo en dejarlo para más tarde. En mi estómago no cabía nada por el momento; y en el de los demás, igual. Comimos como si no lo hubiéramos hecho en días.

—Yo me encargo de eso, Olive —indicó Noah cuando mi amiga

comenzaba a recoger los platos.

—No es necesario, no son muchos—replicó ella.

—Tú cocinas, yo lavo, así de simple —insistió él.

Oli no tuvo más opción que aceptar y volvió a sentarse mientras Noah se encargaba de recoger la mesa y de lavar los platos.

—Bueno, señoritas, su servidor va a ir a su santo lugar. Hay un partido que no quiero perderme —anunció papá, abandonando su lugar en la mesa.

—¿Cuándo no hay uno? —repliqué girando los ojos. Él se rio y caminó a paso lento hasta la sala, sentándose luego en su sillón reclinable.

—Drey... —musitó Oli—. ¿Qué pasa entre Noah y tú? Te noto tensa cuando está cerca. Aunque claro, no los he visto interactuar mucho antes de hoy, pero igual, parece que algo no está bien.

Liberé un suspiro cansado—: La historia corta es que terminé con él esta mañana.

—¿Qué? —gritó, llamando la atención de Noah.

—¿Qué pasa? —interrogó él girándose hacia nosotras.

—Ya lo sabe —confesé. No quería seguir mintiendo.

—Audrey, me prometiste que...

—No puedo más, Noah. Lo siento mucho, pero no puedo seguir fingiendo que todo está bien cuando no es así. —Mi voz se quebró en la última frase.

—¿Fue por lo que dije ayer? Porque fueron un montón de estupideces, en serio. Puedo ser muy venenosa cuando me lo propongo. Y lo siento, lo siento mucho...—expuso nerviosa.

—No fue por eso, se trata de algo que no viene al caso ahora.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué fingir? —preguntó sonrojada. Esto era tan incómodo para nosotros como para ella. ¡Debí cerrar mi boca!

—Porque yo se lo pedí —contestó Noah—. Porque me niego a aceptar que rompa conmigo cuando sé que me ama tanto como yo la amo a ella.

—Noah, por favor...

—No, Audrey. No me puedo callar esto que me está matando. Tú quisiste romper, tú intentas alejarme, pero yo no estoy dispuesto a perderte. No por esto. —Sujetó sus manos en el espaldar de una silla y bajó la cabeza, ocultando la tristeza que reflejaba su rostro.

—No me perderás, Noah. Solo te pido que esperes, que me permitas

concluir mi relación con Aarón como es correcto, y luego tú y yo...

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que esperar que él vuelva para estar contigo? Él no merece ese sacrificio —expresó con enfado y desdén.

—¿Por qué dices eso? Tú no lo conoces —recriminé.

Noah sacudió la cabeza, cerrando los ojos, y liberó un resoplido.

—¿O sí lo conoces?

—No, solo digo que no tienes que esperar a que él vuelva. Si no te importó antes ¿por qué ahora sí? ¿Será que no me amas como dijiste? ¿Acaso solo lo dijiste para que yo...?

—¡Detente, Noah! No te atrevas a decir el resto de esas palabras.

—¿Qué está pasando allá? —gritó papá desde la sala.

—¡Nada! ¡Qué Noah es un idiota y que ya se va!

—Espera, Audrey...

—¡Dije que te vas! No te quiero aquí. Y con respecto a tu estúpida acusación, piensa lo que te dé la gana. ¡Me tienes harta, Noah!

—Es que yo...

—¡Dios! ¡Pero qué hombre tan necio! —Me levanté de la silla y busqué las llaves de mi auto para irme de ahí. Necesitaba crear distancia entre nosotros antes de decirle cosas peores. Me enojó, me enojó muchísimo que pusiera en entredicho mis sentimientos. ¿Acaso creyó que fingí todo?

—Está bien, me voy —accedió cuando vio las llaves en mis manos—, pero no hemos terminado de hablar, Audrey.

—Claro que no —dije en tono sarcástico—, entre tú y yo las discusiones nunca terminan.

Mi comentario sembró más desdicha en su mirada, pero él mismo había cavado la fosa donde había caído y yo no lanzaría una cuerda para rescatarlo, que se las arreglara para salir por sí solo.

## Capítulo 19

—¿Estás bien? —preguntó Oli cuando Noah se fue.

—¡Excelente! Mi corazón nunca había estado más feliz que ahora —ironicé.

—Oye, disculpa si me preocupo por ti —reprochó con desgano.

—No, yo lo siento. Es que no sabes el sube y baja de emociones que ha sido mi vida en los últimos días. Noah es demasiado intenso. No es fácil, Oli, nada fácil lidiar con todo esto. Sabes muy bien que con Aarón todo siempre fue tranquilo, monótono. Discutíamos algunas veces, pero no así. Y me siento tan cansada... —suspiré, dejándome caer en la silla.

—No creo ser la indicada para dar algún consejo, has sido testigo de mi relación Brandon —pronunció triste—, pero puedo ofrecerte mi apoyo y un hombro, por si quieres llorar.

—¡No, Oli! No quiero llorar más. Me he vuelto una chillona de las peores.

—Todas alguna vez lo somos, viene incorporado en nuestro ADN femenino —bromeó—. Aunque los hombres no se quedan atrás. Y cuando lloran, te hace trizas el alma. Tenías que ver a Brandon llorando cuando lo dejé.

—Pobre Brandon. Te ama tanto...

—Y yo a él, pero mi situación es mucho más complicada que la tuya.

—Es que eres muy terca, Oli. Sé que él lo entenderá si se lo dices, y hasta quizás te ayude a resolver tu problema.

—¡No! ¿Estás loca? ¿Y si resulta lastimado?

—Físicamente, querrás decir, porque el corazón ya lo tiene roto.

—Mejor no te acerques a la hoguera, porque tienes rabo de paja —rechistó cruzando los brazos sobre su pecho.

—Noah es un exagerado. No le dije que terminaríamos por siempre, solo hasta que hable con Aarón. En cambio, tú rompiste con Brandon definitivamente, y ni lo dejas acercarse a ti.

—¡Ajá, sí! —Se miró las uñas y frunció los labios, diciendo con ello que no quería seguir hablando del tema. No insistí, sabía lo molesto que era que

alguien intentara convencerte de algo de lo que estás segura. Me encontraba exactamente en el mismo punto que ella.

—¿Qué tal si comemos pastel? Necesitamos un poco de dulce entre tanto amargo —propuse, limando asperezas.

—¿Un poco, ¿eh? —Se rio—. Conociéndote, será más que un poco.

—Debiste hacer dos entonces —bromeé.

Oli giró los ojos e intentó ocultar una sonrisa, pero falló.

Una vez que tres trozos de pastel terminaron en pequeños platos de porcelana, nos dirigimos a la sala y nos sentamos junto a papá para “ver” el partido de béisbol mientras devorábamos el postre. Nosotras no éramos fanáticas de los deportes, pero sí que disfrutábamos de los sexys jugadores moviéndose en el campo de juego.

Oli se marchó una hora más tarde, tenía que levantarse temprano para trabajar en la peluquería, donde hacía medio turno de lunes a sábado. Lo que ganaba en Holly’s no era suficiente para costear todos sus gastos y le tocaba tener dos empleos.

—Buenas noches, papá. —Me despedí, dándole un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cariño. Te amo —dijo con mimo.

—Yo más a ti —correspondí, dándole un abrazo.

—Oye, muñeca... —pronunció cuando comenzaba a alejarme de su sillón. Lo miré.

—No seas tan dura con el chico.

—¡Ufff! Si te contara las que me ha hecho pasar ese “chico” ...

—Lo imagino, mi amor. Noah me recuerda mucho a mí cuando tenía su edad, era igual de tozudo y gruñón que él, y fui un verdadero dolor de cabeza para tu madre, pero ella tomó mi corazón y mi vida cambió para siempre —expresó con nostalgia. Fui testigo del amor que le profesaba a mi madre, la clase de amor que te hace desear uno igual.

—Pero yo no soy como mi madre, papá. Me faltan muchas de sus cualidades para parecerme a ella, entre esas, la paciencia... y él me la hace perder con tanta facilidad que ni te cuento.

—Está enamorado, Audrey. Y cuando uno ama así, sientes mucho miedo, y ese miedo te hace actuar a veces de forma irracional.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

Papá sonrió con discreción y se reclinó contra el sillón—: Miedo a no ser correspondido, muñeca. Puedes decirle que lo amas, estar con él y demostrarle que es real, pero el miedo siempre permanece ahí, latente y perpetuo, y nunca se va.

—Eso es ser inseguro, papá. El amor debe basarse en la confianza.

—No es falta de confianza, mi amor, es miedo simple y puro. Yo lo sentí cada día mientras tuve a tu madre. Traté de extinguirlo, de buscar un porqué, pero no hubo manera de que aquel sentimiento me abandonara. Incluso después de su muerte, trato de ser el hombre que ella amó, por miedo a fallarle.

—Papá... no sabía que nada de eso. Pero créeme, ella nunca se sentiría decepcionada de ti, eres un gran hombre.

—No soy perfecto, Audrey —repuso triste.

—¿Y quién lo es? Lamento que te sintieras así, pero si ese es el caso de Noah, tendrá que buscar la forma de superarlo. No es fácil mantener una relación con alguien tan inseguro.

—Bueno, en eso tienes razón, yo nunca le demostré a tu madre mi miedo. Al contrario, jamás la di por segura y siempre procuré darle lo mejor de mí. Pero recuerda, cariño, Noah no ha tenido una vida fácil, su inseguridad proviene de la pérdida. Y si tú lo amas, si en verdad crees que es el hombre de tu vida, deberías apoyarlo.

—Sí, eso intento —suspiré cansada—. Gracias por tus consejos, papá.

—Gracias a ti por escuchar a este viejo enfermo. —Lo dijo sonriendo.

—¿Viejo, ¿eh? Comenzaré a buscarte un asilo —bromeé.

—Muy graciosa, Audrey Lily Gunnar.

—¡Papá!

—¿Qué? Ese es tu nombre, cariño.

—Audrey Lily... no sé en que estaban pensando —murmuré mientras me alejaba de la sala para ir a mi habitación.

\*\*\*

A las cinco treinta de la mañana, la alarma de mi reloj anunció con un sonido perturbador que era hora de levantarme. Pero no había podido dormir casi nada, apenas logré cerrar los ojos a las tres de la mañana, entre vuelta y vuelta, pensando en Noah y en todo lo que había pasado, y estaba cansada.

Sin embargo, y pese a mis ganas de querer quedarme en cama todo el día, me levanté y me metí al baño para darme una ducha fría que me espabilara. No podía darme el lujo de faltar al taller, tenía varios autos en espera y no me gustaba quedarles mal a los clientes.

Media hora después, estaba vestida y lista para bajar a la cocina y preparar el desayuno. Haría huevos, tocino y pan tostado, comería con papá y me iría al trabajo, ese era mi plan, pero Noah tenía otros que incluyeron *hot cakes* bañados en miel de maple, jugo de naranja y fresas cortadas. Todo estaba servido en la mesa y, junto a los platos, había una nota que decía: «¿Me perdonas por ser tan idiota? Posdata: Te amo y sé que tú a mí». Mi corazón se convirtió en gelatina. ¿Cómo no amar a ese hombre? Es que, si hubiera estado delante de mí, me lo comía a besos.

—¿Madrugaste, cariño? —preguntó papá mientras se acercaba a la mesa y tomaba su puesto habitual.

—Noah lo hizo —respondí en tono bajo, aún absorta con tan bello detalle—. Pensé que lo habías escuchado.

—Pues no, ese chico debe ser sigiloso como gato porque no escuché nada —contestó tranquilamente a la vez que cortaba un trozo de *hot cake* para llevárselo a la boca.

Yo, por mi parte, no sabía si correr a buscar a Noah o si sentarme a devorarme el desayuno que él había hecho para mí. Al final, me decliné por la segunda opción, ya podría ir por él luego de comer. Sabiendo cómo eran las cosas entre nosotros, no tendría ocasión de regresar a casa para comer.

Después de desayunar y lavar los platos, tomé mi bolso bandolero, que había dejado en la mesa del corredor cuando llegué el día anterior, y salí hacía un cálido y soleado día de septiembre. Por suerte, me había puesto unos lentes oscuros y no terminé encandilada por el sol.

Emocionada por ver a Noah, crucé la avenida, sintiendo como mi corazón y estómago se retorcían inquietos. No tenía planeado nada en especial, solo darle las gracias por el desayuno y decirle que estaba perdonado. Mi charla con papá puso las cosas en perspectiva y me ayudó a comprender la reacción de Noah.

—¡Qué raro! —murmuré cuando vi la puerta del garaje cerrada. Él siempre la mantenía abierta cuando estaba en casa, a menos que hubiera salido.

Saqué mi celular para ver la hora y comprobar si, para ese momento, ya estaba de camino a Gunnar's. Eran las siete, probablemente ya se había ido. Luego de comprobar la hora, revisé mis notificaciones; tenía varias llamadas perdidas y algunos mensajes de texto. Uno de los números era internacional, debió ser Aarón tratando de hablar conmigo. Sentí mi pecho arder, evadí su llamada para no herir a Noah. ¡Era un ser despreciable! Luego verifiqué los mensajes y encontré algunos de Cris diciendo que me quería mucho, que tuviera eso en mente cuando llegara al taller en la mañana, que solo procuraba mi felicidad y *bla bla*. Bufé. Necesitaría más que un mensaje para amansarme. No le respondí y pasé al mensaje que me había dejado Noah. Me daba miedo leerlo y, a la vez, me sentía muy ansiosa por hacerlo.

«Buenos días, mi amor. Espero que hayas disfrutado de mi ofrenda de paz. No sabes lo duro que fue para mí no subir esas escaleras y meterme a la cama contigo. No tienes idea de lo difícil que fue no escurrirme a tu habitación anoche y suplicarte de rodillas que me perdonaras. Pero lo logré, lo hice porque quiero demostrarte que te amo, cumpliendo con tus deseos. Y por esa misma razón, decidí irme por un tiempo. Necesito sanar, tengo que buscar la manera de calmar a los demonios que me atormentan y dejar la inseguridad a un lado. Si me necesitas, llámame, no estaré lejos. Llámame en cualquier caso, muñeca. Escuchar tu voz me hará bien. Con amor, Noah».

—¿Se fue? —Mi cuerpo se conmovió. No podía creer que se hubiera ido así, sin despedirse de mí. Pero dijo que estaría cerca. ¿Quería decir en la misma ciudad? ¿A dónde? La duda me estaba matando y solo había una forma de responder mis interrogantes, llamándolo. Y lo hice, marqué su número, pero no respondió.

*Quizás está conduciendo, o tal vez no quiere hablar conmigo.*

*No, él dijo que lo llamara cuando lo necesitara. Y lo hago, necesito escuchar su voz y saber si está bien y dónde se encuentra.*

Insistí, el resultado fue el mismo. Le dejé un mensaje de voz pidiéndole que me llamara en cuanto lo escuchara.

Caminé de regreso a casa y me subí auto para ir al taller. No podía cambiar mis planes a partir de la repentina desaparición de Noah. Él debía estar bien. No se fue sin dar aviso y eso era un indicio de que nada malo estaba pasando. Si necesitaba tiempo a solas, era entendible, solo esperaba que no se ausentara por mucho tiempo. Odiaba no poder verlo, y lo peor del



caso, era que yo misma había propiciado su alejamiento. Lo eché de casa, lo aparté de mí con mi intransigencia por querer “hacer lo correcto” después de haber metido en el lodo, no solo una pata, sino las dos.

\*\*\*

Diez días transcurrieron sin noticias de Noah. Su teléfono salía apagado y no había recibido ni un mensaje de su parte. Me sentía frustrada, asustada, nerviosa y enojada. ¿Y si algo le había pasado? ¿Y si no regresaba? Era una tortura no saber nada de él. Aarón, en cambio, me había llamado a diario y hasta se comunicó conmigo por *Skype* la noche anterior. Su rostro se veía tostado y grandes manchas violáceas se marcaban debajo de sus ojos, pero eso no le impidió mostrarme una amplia sonrisa. Estaba pletórico de emoción y yo tuve que fingir el mismo entusiasmo. Y no es que no me alegrara saber que estaba a salvo, lo hacía, pero odiaba mentirle. Sentía la presión de la infidelidad en mis hombros y temía que él pudiera notarlo. Ya suficiente tenía con estar en un país de Oriente, luchando por una causa que seguía sin entender, exponiendo su vida a cada segundo, como para confesarle que la mujer que amaba, la que lo mantenía cuerdo –según él expresaba– lo había traicionado.

La mañana del sábado comenzó como cualquier otro día, tan rutinario como antes de que Noah apareciera. Pero, al igual que aquella vez, cuando vislumbré su sexy silueta en el garaje al salir de mi casa, mi mañana “normal” sufrió un vuelco cuando lo vi junto a una mujer bajándose de su *Torino*.

*¿¡Qué mierda, Noah!?*

*¿Desaparece por diez malditos días, no me llama ni me escribe –aun cuando dijo que estaría cerca y que me comunicara si lo necesitaba– y vuelve a casa con una mujer que desconozco, sin tener la decencia de ponerme al tanto?*

Como si mi mirada lo hubiera atraído, Noah alzó la vista y me miró con cara de circunstancias. Podía estar a varios metros de distancia, pero vi la palidez formarse en su rostro y sus rosados labios separarse con un gesto de asombro. ¿Qué? ¿Acaso había olvidado que vivía justo frete a mi casa?

*¡Idiota! ¡Mil veces idiota!*

Mi corazón latía con la fuerza de mil caballos a galope y la sangre fluía

por mis venas con ímpetu, como el circular del agua en el caudal de un río embravecido.

La mujer de cabello oscuro y silueta de modelo porno, que vestía apretados jeans lavados y un top sin tiras color fucsia, destacando sus enormes pechos, miró a Noah y luego dirigió sus ojos hacia el punto que él observaba atónito, es decir, yo. Acto seguido, posó su mano en el hombro de Noah, le susurró algo al oído y luego caminó hacia la entrada de la casa y cruzó el umbral como si fuera algo familiar para ella entrar en la vivienda de Noah. Hablando del Rey de Roma... Trotó hacia mí y, sin darme tiempo de reaccionar, me tomó en vilo entre sus brazos y me dio un beso en la boca. Sí, así como si el tiempo no hubiera pasado, como si no me hubiera mantenido en una jodida agonía con su ausencia.

Le mordí los labios hasta que el sabor metálico de su sangre invadió mi boca y me escapé de sus brazos. Él no tenía derecho alguno de tomarme y besarme a su conveniencia después de haber guardado silencio durante diez infernales días.

Succionó su labio inferior, absorbiendo la sangre que fluía de ellos, y luego lo liberó para hablarme—: Puedo explicarlo todo, Audrey.

—¿Puedes? ¡Puedes! —grité enojada—. Te largas, despidiéndote a través de un puto mensaje de texto, me dices que te llame cuando te necesite, pero no respondes. Apareces con una mujer que parece modelo de *Playboy*, y ahora me sales con que “puedes explicarlo” ¡Vete a la mierda, Noah!

—¡Joder, Audrey! Déjame decirte lo que pasó —insistió, intentando alcanzar mi muñeca. Marqué distancia con varios pasos atrás.

—¡No me da la gana, Noah! Si a ti no te importó encontrar la manera de hablar conmigo, a mí tampoco me interesa escucharte ahora. Hasta Aarón, que está en el otro lado del puto mundo, me llamó a diario. ¿Y qué hiciste tú? ¡Ignorarme! —Le eché en cara.

Su rostro se tintó de rojo y las venas de su frente y cuello saltaron. ¿Estaba celoso? Pues bien por él. ¡No era el único!

—Vete a tu casa, ve con tu modelo de revista erótica y fóllala si quieres. ¡Me vale un carajo!

Di media vuelta y caminé hacia mi *Ford*, hundiendo mis botas de montaña con fuerza en el suelo para hacer más dramática mi salida. Sí, actuaba como una histérica, pero estaba furiosa. Me sentía herida y traicionada, tenía

derecho de hacer el berrinche que me diera la gana. Pero antes de que pudiera subirme a la camioneta, una confesión fue lanzada al aire por Noah, una que me desestabilizó por completo.

—¡Tengo una hija!

Sentí que la tierra debajo de mis pies temblaba y que en cualquier momento se abriría y me tragaría entera.

*¿Hija? ¿Tiene una hija? ¿Con quién?*

—Una hija —murmuré con desaliento, apoyando mis manos en el capó de mi auto—. ¿Y esa mujer es... su madre? —interrogué, sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—No, su madre murió de forma repentina por un aneurisma hace menos de un mes. Ella era su mejor amiga —contestó con voz pausada y temerosa.

Se acercó a mí y desplazó su mano por mi espalda hasta colocarla en mi cadera.

Temblé, al mismo tiempo que una fuerte opresión aplastó mi pecho, cortándome el suministro de oxígeno. La sensación era abrumadora. Ni en mis más rebuscados pensamientos hubiera imaginado que su explicación incluiría a una hija.

—No quería que lo supieras así, Audrey. Y tampoco me atrevía a decírtelo por teléfono, por eso no te llamé. Pensaba que debía darte la cara mientras te lo contaba. Y lo siento, mi amor, siento mucho la ausencia, lamento haberte provocado angustias...

—¿Dónde está ella? ¿Qué edad tiene? —indagué, sintiendo mi corazón acelerándose con brío.

—Quince años, vive con su abuela y estoy intentando obtener su custodia —respondió serio mientras paseaba su mano de mi cadera a mi cintura.

Me aparté de súbito, impactada.

—¡Dios mío, Noah! ¿Quince años? ¿Tienes una hija adolescente?

Él me miró con tristeza y asintió como si tuviera un resorte anclado al cuello.

—¿Quién era su madre? ¿La conocí? —interrogué nerviosa, percibiendo una inestable sacudida en mis manos y piernas.

—Necesitamos sentarnos, muñeca. Estás temblando —dijo atento, tomando mi codo para darme un poco de estabilidad.

—Está bien —musité entre alientos. Noah me guio hasta el patio y nos ubicamos en la mesa de picnic. Reposé mi espalda contra la tabla y crucé mis brazos alrededor de mi cintura. Él se quedó de pie delante de mí.

—Se llamaba Gracie, estudiaba conmigo en la escuela secundaria y fue mi pareja en el baile de graduación. Tuvimos relaciones esa noche, y dos veces más después de eso, pero luego se fue sin despedirse y no supe más de ella. Después conocí a Dess, y ya sabes el resto.

—¿Y no usaste protección? —Noah se rascó la cabeza y tensó sus hombros—. ¿En serio, Noah?

—Una de esas veces, habíamos fumado hierba y creo que... lo olvidé.

—¿Y estás seguro de que ella es tu hija? —Aún no daba crédito.

—Gracie dejó una carta donde lo dice. Estamos esperando los resultados de ADN para estar seguros, pero no tengo dudas de que Alice es mi hija. Tiene mis ojos, mi color de cabello y un lunar característico en la cadera.

No estaba segura de a qué lunar se refería, no le vi ninguno cuando hicimos el amor, pero si él lo decía, debía ser cierto.

¡Era real! ¡Noah tenía una hija!

—Esto es... yo no sé cómo sentirme. ¿Debería alegrarme? ¿Debería estar preocupada? No lo sé, Noah. Es tan confuso...

—Lo sé, mi amor. Lo entiendo —pronunció, arrodillándose en el suelo delante de mí—. Y puedes sentirte como quieras, yo aún sigo conmocionado, me parece tan irreal... Estoy asustado y feliz a la vez. Hasta hace unos días, tú eras lo único que tenía, pero ahora está Alice y yo... —suspiró una ráfaga de su aliento—. Tengo una hija, Audrey. Y es hermosa, inteligente, creativa, talentosa... Es perfecta.

Lágrimas se agolparon en mis ojos y se escurrieron por mis mejillas como una silenciosa llovizna. Noah usó sus pulgares para secar mi rostro y luego presionó su frente sobre la mía.

—Te extrañé muchísimo, Audrey. No te imaginas lo mucho que me has hecho falta.

—Y yo a ti, idiota —dije entre sollozos—. Debiste llamarme, debiste escribirme al menos un mensaje donde me dijeras que estabas bien.

—Lo sé. Lo siento, preciosa.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

Noah me contó que la misma mañana que había decidido ir a un centro de control de la ira, Spencer, la amiga de Gracie, tocó a su puerta. Ellos estaban hablando en la sala cuando fui por él. La puerta del garaje estaba cerrada desde la noche anterior porque quería evitar que un gato, que estaba merodeando por el vecindario, invadiera su garaje, por eso pensé que ya se había marchado. El mensaje lo envió antes de que ella apareciera. Según contó Spencer, Gracie descubrió que estaba embarazada cuando tenía doce semanas de gestación. No había estado con otro hombre desde Noah y supo que él era el papá de la criatura, pero sus padres la convencieron para que lo criara bajo su tutela, alegando que Noah era solo un niño y que no sabría cómo ser un padre para su bebé. Ella aceptó, después de todo, no estaba enamorada de él y lo había dejado atrás al irse de West.

Su rostro se llenó de dolor al contar esa parte de la historia y hasta necesitó una pausa. Acaricié su cabello y esperé hasta que fuera capaz de continuar. Le tomó unos minutos y algunas respiraciones profundas retomar su relato. Me dijo que Gracie le hablaba de él a su hija, que le describió a un hombre bueno y atractivo, y que fue sincera al decirle que Noah no sabía de su existencia, pero siempre repetía que no lo necesitaba, que la tenía a ella y a sus abuelos. Pero cuando Gracie murió, Alice le dijo a Spencer que deseaba conocer a su papá y ella vino a él con la verdad, encontrando su dirección por medio de su primo, que es policía. Noah le dijo que él también quería conocer a su hija y condujo hasta Memphis, Tennessee para reunirse con Alice. Pero su abuela no quería que lo hiciera y eso demoró el encuentro. Finalmente, ante la insistencia de Alice, Noah pudo conocer a la niña que le fue negada desde su concepción.

—¿Crees que te den la custodia?

Él se había levantado del suelo y estaba sentado a horcajadas en la banca. Yo asumí la misma postura, quedando frente a él.

—Creo que sí, la abuela de Alice es mayor y está enferma. Su esposo falleció hace unos años y no tiene familiares cercanos que puedan hacerse cargo de ambas. Lo más seguro es que, al inicio, me den una custodia compartida, ya sabes, por mis antecedentes.

—¿Compartida con quién? —Él bajó la mirada a los dedos que mantenía apoyados en sus muslos y guardó silencio—. Noah...

—Con Spencer. Ella... deberá vivir con nosotros hasta que el Estado me

dé la custodia completa.

Me levanté de la banca con un salto involuntario y entorné los ojos a tal grado que llegué a pensar que se saldrían de mis cuencas.

—¿Qué? ¿Ella vivirá contigo? ¿Por eso la trajiste?

—Necesito acondicionar una habitación para Alice, y como ella la conoce mejor que nadie...

—¡Eres increíble! —Puse mis manos a cada lado de mis caderas—. Traes a una mujer a vivir a tu casa y lo dices así, como si no fuera nada.

—No es que quiera, Audrey. Es la única forma de que mi hija viva conmigo.

—¿Y ella no tiene vida propia? ¿Un novio, acaso? —expuse con ironía.

—Mi amor, no tienes que estar celosa de Spencer. Yo te amo a ti, lo sabes —dijo con voz melosa, moviéndose hacia mí para intentar endulzarme con su atractivo y carisma.

—¡Ajá, sí! —Me aparté—. ¿Y ella no está interesada en ti de ninguna manera? ¿No te tocó el brazo y te susurró algo al oído delante de mis narices? No seas tonto, Noah. Ella te desea, y usará a Alice para tenerte. No soy tan estúpida.

—Pero ella no me importa... —comenzó a decir.

Lo interrumpí.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras, de igual manera, tú y yo rompimos. Eres libre para meter en tu casa a todas las mujeres que desees. Además, ¿con qué moral te impongo algo? ¡Tengo novio!

—Eso fue cruel —resopló con la mirada pétrea y los músculos tensos.

—Quizás, pero es la verdad —repliqué cruzándome de brazos.

—Eres un fosforito, Audrey Gunnar —dijo burlón—. Ven aquí. —Extendió los brazos hacia mí.

—No —respondí con disgusto.

—Por favor, mi amor. Ven conmigo, dame un abrazo de esos que calman a mi bestia interior. Ven aquí y dime que me amas. Ven y bésame como desees, como yo también anhelo.

—No, no, y ¡no! ¡Terminamos, Noah! Nada cambió porque te marcharas y nada va a cambiar porque regresaste. Así que no me pidas algo que no haré. Mejor ocúpate de tu nueva familia y déjame a mí en paz.

Luego de gritar todas esas sandeces, corrí hacia mi camioneta y me subí en ella sin mirar atrás. Para cuando Noah me alcanzó, ya la había encendido y daba marcha atrás.

—¡Audrey! —gritó mi nombre. Lo hizo una y otra vez, siguiendo mi auto a toda carrera, hasta que me alejé lo suficiente como para no escucharlo ni verlo más.

## Capítulo 20

Conduje sin ningún rumbo establecido, sin fijarme mucho a dónde me dirigía. Estaba tan furiosa y dispersa que no era capaz de pensar con claridad. Las palabras de Noah zumbaban en mi cerebro como el resonar de una sirena policíaca. Me aturdí, volviéndome loca. ¡Tenía una hija! ¡Una hija adolescente! Y viviría con una mujer, una mujer que no era yo, una mujer sensual que compartiría cada noche su mismo techo, una mujer con la que había viajado de Tennessee de ida y vuelta, con la que había compartido las últimas noches, cuando yo me encontraba muerta de la angustia por él...

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! —golpeé el volante con la palma de las manos, descargando la furia que me estaba consumiendo el corazón.

*Me merezco esto. Es el jodido karma cobrando lo que le hice a Aarón. ¡Y vaya que se apresuró conmigo!*

Conducía por la carretera *Old Dallas*, hacia el sur de la ciudad, cuando mi teléfono celular comenzó a sonar dentro de mi bolso. Asumí que era Noah y por eso ni me preocupé en mirar.

*¡Qué le den por imbécil! No quiso hablar conmigo en diez días ¿y ahora sí le apetece? Pues a mí no. Cuando de testarudez se trata, yo me llevo la corona universal.*

Escuché al menos una ronda de tres llamadas antes de tomar un desvío hacia un sendero de arena, ubicado a la izquierda de la carretera. Apagué el motor y suspiré, reposando mi frente sobre las manos que mantenía adheridas al volante.

—Cálmate, Audrey. Piensa con cabeza fría y serénate. Tienes que conducir de regreso, ir al taller y llevar tu día como cualquier otro. Puedes hacerlo —murmuré como un mantra que ni yo misma creí. Ese no era un día cualquiera. Esa mañana, el regreso de Noah y la noticia de que era papá, marcó un antes y después. El presente era un caos y el futuro, incierto. Antes, nuestro conflicto más grande era Aarón; ahora, con Alice y Spencer en el mapa, no tenía idea de qué rumbo tomarían las cosas.

El teléfono volvió a sonar y decidí que era hora de dejar el berrinche y



mirar quién llamaba con insistencia. Abrí el bolso, sintiendo como si estuviera por lanzarme al vacío sin arnés ni paracaídas, pero mi pecho se llenó con un repentino alivio al ver en la pantalla el número de Cris. No estaba lista para hablar con Noah después de todo lo que le grité sin ningún tacto. Fui cruel, tenía razón, pero no hay nada peor que una mujer celosa, y más tratándose de alguien tan volátil como yo. Discutir con él sacaba lo peor de mí.

—¿Dónde estás? —interrogó Cris cuando respondí.

—Hola, buenos días. ¿Bien y tú?

—Déjate de bobadas, Audrey. Noah vino a buscarte nervioso y pálido. Parecía que había visto al ángel de la muerte. ¿Qué pasó?

—Qué no pasó... —resoplé—. ¿Sigue ahí?

—No, dijo que intentaría encontrarte y me suplicó como borrego a punto de degollar que le avisara si sabía algo de ti. Debí grabarlo —soltó una risita—. Entonces... ¿dónde estás?

—Cerca, estaré en el taller en cinco minutos.

—Bueno, aquí te espero ansiosa para que me cuentes todo.

—No esperaba menos —rechisté—. Oye, Cris, no le digas a Noah que hablaste conmigo ni que iré a Gunnar's. No quiero verlo.

—¡Ay! Esto pica y se extiende...

—¡Ufff! Ni te imaginas.

\*\*\*

Al llegar al taller, Cris me esperaba en la entrada y se subió a mi camioneta. Me pareció extraño que lo hiciera y le pregunté qué pasaba. Ella frunció el ceño y se mordió los labios inquieta. Parecía nerviosa.

—Hay alguien en la oficina esperándote. Es tenebroso. —Se estremeció—. Dice que es tu hermano.

—¿Connor está aquí?

—¿Lo conoces? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Sí, con todo lo que ha pasado, se me olvidó hablarte de él. Es hijo de mi madre, ella lo tuvo muy joven y lo dio en adopción.

—¡Increíble! Tienes un medio hermano. Lamento eso que dije de él, pero en serio me asusta.

—Lo sé, siento lo mismo, tiene algo en la mirada que te crispa la piel.

—En la mirada, en el tamaño de cuerpo, en la voz... Es terrorífico, Audrey.

—No debió venir aquí, le dije que lo contactaría cuando pudiera verlo — repudié—. Es una suerte que Noah no esté ahora.

—¿Por qué? —indagó arrugando la frente.

—Es una larga historia que ya te contaré. Tengo que ir con él para saber qué quiere.

—¿Estás segura? Puedes dar una vuelta mientras yo me deshago de él.

—No, está bien. Tarde o temprano, teníamos que vernos.

—¿Y eso por qué? Si no quieres, nadie te obliga, Drey. El tipo tiene aspecto de matón, todo en él grita “precaución, alto voltaje”.

—Sí, sé que es así, pero tengo curiosidad. No pierdo nada al hablar con él. Además, sé que mi madre hubiera querido que le diera una oportunidad.

—Bueno, solo ten cuidado, Audrey. No te metas en camisa de once varas solo por andar de “curiosa”.

—Lo tendré.

Nos bajamos del vehículo y entramos juntas al bullicioso taller, donde sonaba a todo volumen *Yesterday* de *The Beatles*. En una esquina, Alex batió la cabeza, odiando que fuera el turno de Miguel de escuchar su música, y se fue hacia su área de trabajo, donde lo esperaba un *Honda Civic*.

—Bienvenida a la jungla —murmuré con una mueca. La dinámica era la misma todos los días. Alex le decía a Miguel que había más música que la que siempre escuchaba y él le respondía que aquello no podía llamarse música. Era una eterna discusión. A veces se comportaba como niños pequeños y me tocaba tirar de sus orejas.

Cuando estuve delante de la puerta que llevaba a la oficina, titubeé unos segundos, nerviosa e inquieta por enfrentarme de nuevo a mi misterioso y escalofriante medio hermano. Le temía por una razón: él era el dueño de la voz de mis pesadillas.

Respiré hondo y exhalé, llenándome de valor, y luego empujé la madera que me dio paso a la oficina. Connor estaba sentado en una de las sillas pegadas a la pared, con las piernas extendidas, cruzadas en sus tobillos, y en sus manos sujetaba una de las tantas revistas de autos que reposaban en una

mesita al final de la hilera de sillas. Al notar que entramos, alzó sus ojos oscuros hacia nosotras y ladeó su boca al costado derecho, esbozando una sonrisa. Su rostro se iluminó e irguió su postura, recogiendo las piernas y cuadrando sus hombros.

—Hola, princesa —dijo con un guiño seductor.

Sentí un nudo formarse en mi estómago. No me gustaba que coqueteara conmigo de esa forma. Era enfermizo y perturbador, ya que nuestra sangre estaba vinculada.

—Hola, Connor. ¿Qué haces aquí? —expresé sin miramientos. No estaba en mi mejor día y su actitud no favorecía mi trato.

—Vine a verte, es obvio —respondió, incorporándose de la silla. Su cuerpo fornido, y su estatura de un metro noventa y tantos, me hizo sentir inferior, como una pequeña hormiga que podía ser pisoteada sin ningún esfuerzo, pero no me inmuté y mantuve mi actitud de hierro—. Quedaste en llamarme, pero no lo has hecho, y la paciencia no es una virtud de la que pueda alardear.

—Sé que dije eso, pero no he podido, he estado ocupada con el trabajo y cuidando a papá.

Él asintió apretando la mandíbula. Metió su mano derecha en uno de los bolsillos de sus jeans raídos y sacó una cadena de oro de la que colgaba la inicial de mi nombre en letra cursiva.

—Vi esto y pensé en ti —mencionó mientras extendía su mano hacia mí.

—No tenías que comprarme nada, Connor.

—¿Por qué no? —dijo medio gruñendo.

Fruncí los labios y pensé en una buena excusa, pero no encontré alguna que lo explicara. No era tan absurdo que me comprara un obsequio.

—Anda, tómalala. O si quieres te ayudo a ponértela —ofreció, dando un paso al frente.

—No hace falta, gracias. —Tomé la cadena y la metí en el bolsillo de mi pantalón. Sus ojos siguieron el movimiento y escuché el crujir de sus dientes. No le gustó mucho que guardara su regalo, pero no pensaba colgarla en mi cuello de buenas a primeras. Teníamos un largo camino por recorrer antes de que se ganara mi confianza, si era lo que lo lograba alguna vez—. Sabes, tengo que trabajar en unos autos, pero podemos reunirnos más tarde para hablar.

—Sí, entiendo. Dime la hora y el lugar y estaré ahí.

—Pueden ir a *Holly's* —intervino Cris, quien se había mantenido en silencio durante nuestra conversación. Los dos estuvimos de acuerdo y quedamos en reunirnos a las siete en la entrada del bar. Después de eso, Connor se marchó, sin intentar darme un abrazo o un beso de despedida. Y mejor así, no estaba lista para ese tipo de acercamiento.

—Eso fue extraño —musité con un suspiro.

—Él es extraño. Y te mira con... deseo.

—¡Asco, no!

—¡Es cierto! ¿Tú estás segura que él es tu medio hermano? ¿Lo comprobaste con un examen de ADN?

—Ummm, no, pero papá me lo dijo, no lo hubiera hecho de no estar seguro ¿no crees? —pregunté dubitativa.

—Pues no sé, Audrey, deberías comprobarlo antes de reunirte con él.

—Bueno, algo se me ocurrirá. Ahora debo trabajar, lo que le dije de los autos no era una falsa excusa.

—¡Ah, no! Tú de aquí no te mueves hasta que me digas qué pasó con Noah y dónde estuvo todos estos días —exigió con sus manos en sus caderas.

—Te lo diré a la hora de la comida ¿sí? Necesito drenar mis emociones con trabajo duro.

—Bueno —resopló—, pero será tu culpa si me quedo sin uñas.

—¡Qué exagerada! —giré los ojos.

\*\*\*

Al mediodía, pedí comida china y comí con Cris en la oficina. No quería ir a casa y encontrarme con mi *vecino del frente*. El muy idiota no había intentado contactarme más, ni fue a buscarme en Gunnar's en las horas transcurridas. Eso me tenía molesta e irritable; solo imaginaba lo que la *morena pechugona* y él podrían estar haciendo en su casa. ¡Me moría de celos!

Cuando le conté a Cris lo que Noah me había dicho, se quedó pasmada por varios minutos, con la mandíbula abierta y los ojos desorbitados. «¡Una hija!», gritó cuando salió de su estupor, y a partir de ahí, comenzó a formular cada pregunta que se le vino a la mente. Algunas las pude responder, otras no, pero todas me agobiaron. Ella, al igual que yo, dedujo que la tal Spencer

podía intentar meterse en la cama con Noah. Mi digestión se detuvo cuando escuché aquello y no pude comer más a partir de ahí. Incluso, unos minutos después, vomité.

—¿Será que estás...?

—¡No! —La interrumpí antes de que terminara esa pregunta—. Usamos protección y tuve mi período hace unos días.

—Está bien, Drey, no es para tanto —dijo desde la puerta, elevando los hombros.

—Lo siento, Cris. Todo esto me tiene malhumorada —chasquéé la lengua—. Creo que fue una terrible idea quedar hoy con Connor.

—Hoy, mañana, en un mes... Es una terrible idea, punto.

—¡Ajá!

Tomé mi cepillo de dientes y le puse pasta dental. Cris me observó a través del espejo, negó con la cabeza y luego se fue, dejándome sola con mi mal humor. Me cepillé los dientes, me lavé el rostro y después salí del baño. Estaba por abandonar la habitación cuando escuché la voz de Noah. Mi corazón se paró en seco y luego retomó sus palpitos, contrayéndose con emoción.

*¡Vino por mí!*

En los segundos siguientes, no escuché su voz, y hasta llegué a creer que todo fue producto de mi subconsciente, pero luego el cerrojo de la puerta giró a la izquierda y Noah entró a la habitación, mirando el espacio con ojos angustiados hasta que me vio; su pecho se desinfló en un largo suspiro de alivio y luego caminó rápido hacia mí, como hizo en la mañana.

—Ni un paso más —advertí con vehemencia. Mis emociones estaban demasiadas disgregadas y no sabía cuál sería mi reacción si me llegaba a tocar.

—¿Por qué te empeñas en hacerme a un lado, Audrey? —preguntó con profunda tristeza.

—No es que quiera, Noah, es lo que debo hacer.

—¡No! ¡No es así! Sé sincera, Audrey, admite lo que en verdad sientes —exigió ansioso.

—¿De qué hablas?

—Me comparaste con él esta mañana, lo nombraste, dijiste que es tu

novio... ¡Lo amas!, amas a Aarón y por eso lo eliges a él sobre mí. —Con cada palabra, la furia crecía en sus ojos y se evidenciaba en el tono áspero de su voz.

Cerré los ojos y respiré hondo, calmando mis propias emociones. Mentir era una opción, decirle que sí, que amaba a Aarón y que lo elegía a él, eso lo alejaría mientras Aarón volvía. Pero, ¿y si con eso lo enviaba directo a los brazos de Spencer? ¿Y si cuando Aarón volviera ya era demasiado tarde para nosotros?

—No.

—¿No? ¿No qué, Audrey? —gruñó como un animal con rabia.

—¡Idiota! Que te amo a ti, que te amo tanto que estoy aterrada, que la simple idea de que estés con ella me divide el corazón en miles de pedazos, que no pude dormir una noche entera pensando en ti, que lo lograste, Noah, lograste que mi corazón te reconociera, lograste que no tenerte me provocara un dolor profundo en el pecho, lograste que no desee estar sin ti... ¿Lo entiendes ahora?

Flaqueé, dejé que mi corazón desertara de mi pecho y lo puse delante de él.

—¡Dios, Audrey! —pronunció con una sonrisa inquieta y, sin dudarlo ni titubear, caminó hacia mí y me estrechó entre sus cálidos brazos—. Por un momento, creí que... ¡Qué imbécil fui! Pero esto no volverá a pasar, mi amor. No volveré a dudar —prometió mientras regaba tiernas caricias en mi espalda con sus manos.

No dije nada, solo me quedé ahí, quieta entre sus brazos, disfrutando de su olor, de su calidez, de sus mimos... Lo había echado mucho de menos, tanto que me desesperaba, tanto que las horas transcurrían lentas y los días parecieron semanas. Una parte de mí seguía furiosa con él, pero quedó rezagada por mi yo enamorado. Lo amaba. ¡Dios, cuánto lo amaba! Aún me era difícil asimilar la magnitud de mis sentimientos, también temía y dudaba como él lo hacía, de esa forma que mi padre describió hacía tantas noches. Y lo entendí, comprendí que el amor es terriblemente aterrador, como también es increíblemente poderoso. Es una fuerza, un tsunami, un enigma sin descifrar... Lo sientes, lo vives, lo sufres, lo anhelas, te lleva al paraíso o te lanza al infierno. Y yo, en ese instante, me encontraba en mi *Edén* con mi *Adán*.

—¿Si te beso, vas a mordirme? —preguntó con un susurro ronco en mi oído, provocando que un cosquilleo delicioso recorriera cada vértice de mi anatomía.

—No —susurré embriagada.

—¿Y si intento hacerte el amor, vas a detenerme? —Puso un beso húmedo en mi cuello y movió sus manos a cada lado de mis caderas. Lamenté estar usando el overol y no poder sentir sus manos en mi piel.

—¿A-aquí? —pregunté con un balbuceo torpe.

—Sí, aquí y ahora, Audrey. No creo que pueda esperar más. —Su voz transmitió lujuria y anhelo, vibró al igual que el toque que repartían sus manos en mis costados, provocándome.

Aceptando su invitación, desplazé mis manos por su pecho, ascendiendo lentamente por su cuello hasta establecerlas en su nuca. Él se movió un poco más hacia adelante, pegándose a mí, y situó su fibroso músculo sexual sobre mi pelvis, donde mi ansiedad palpitaba con vehemencia.

Liberé un vergonzoso jadeo y un temblor inesperado recorrió mi cuerpo en respuesta a su placentera incitación. Nunca antes sentí tanta euforia y desesperación, quería arrancar su ropa y rogarle que me hiciera el amor con más fervor que la primera vez. Mi hambre era voraz, infame y maliciosa.

—¿Qué somos, Audrey? —susurró sobre mis labios. Abrí los ojos y encontré los suyos dilatados y ansiosos, aguardando por mi respuesta para dar el siguiente paso.

Me tomó un respiro responder.

—Somos dos enamorados que van en contra de los principios morales, somos dos amantes desesperados por tener cada parte del otro, somos tú y yo, Noah. No hay nadie más entre nosotros.

—Somos dos que volverán a ser uno —musitó con suavidad antes de besarme. Sus labios se sentían esponjosos y cálidos sobre los míos; su aliento olía a menta y a hierbabuena, y comprobé que su lengua sabía igual cuando la rozó sobre la mía. Me entregué a la pasión, me di entera a aquel beso, moviendo mis labios y lengua al ritmo que él dispuso, a la vez que desplazaba mis manos entre sus hombros, nuca y cabello.

Un gemido gutural emergió de su garganta cuando ejercí presión entre nuestras pelvis.

—Te amo tanto, Audrey —farfulló con voz trémula y volvió al acecho,

capturando cualquier respuesta que pudiera pronunciar—. Esto estorba — mencionó, poniendo sus dedos en el cierre del overol, bajando por completo segundos después.

Saqué los brazos de las mangas y bajé el overol hasta mis pies, maldiciendo en voz baja cuando mis botas impidieron que me lo quitara por completo. Noah me tomó entre sus brazos y me recostó en la cama matrimonial que se encontraba en el centro de la pequeña habitación y me quitó las botas rápidamente, siguiendo después con mis jeans.

—Lindas —aduló cuando vio mis bragas de algodón amarillas. No eran las más sexys ni nuevas que tenía, pero no estaba pensando en tener sexo cuando me vestí esa mañana.

—Bobo —bromeé, torciendo los labios en una sonrisa estúpida.

—Me gustan en verdad. —Se arrodilló en la cama, uniendo mis piernas entre las suyas—. Eres preciosa, *mi chica traviesa*. La más preciosa de las mujeres. —Se inclinó hacia mi rostro y besó mis labios con calma. Pero yo no quería pasividad, deseaba arrebato.

—Noah, por favor —pedí cuando su boca se movió a mi cuello.

—Te daré lo que quieres, mi amor. Solo espera. —Repartió besos por mi garganta, se paseó por mi clavícula y pronto encontró mi escote. Ahí, lamíó la hendidura que separaba mis pechos mientras sus manos los masajearan de forma circular, provocando que mis pezones se pusieran erectos y sensibles—. Esto también estorba. —Me quitó la blusa deportiva que cubría mi tórax y se deshizo también de mis sostenes negros. Sí, no estaba usando ropa interior a juego, pero, de nuevo, no imaginé que Noah aparecería ese día, y mucho menos que me desnudaría.

—Desvístete —siseé en tono de protesta. Yo también quería disfrutarlo, lo añoraba.

Noah ladeó sus labios en una sonrisa sexy y matadora, y luego, acatando mi orden, se sacó la camiseta negra por encima de su cabeza y expuso la mitad de su cuerpo delante de mis ojos. Impaciente, toqué su tórax y recorrí las grietas que demarcaban sus músculos, bajando, bajando más, hasta encontrar la pretina de sus jeans y sacar el botón. Noah se bajó de la cama y, en menos de un minuto, se había quitado los jeans, el bóxer y los zapatos y se encontraba de nuevo sobre mí, completamente desnudo.

—¿Complacida? —Su miembro se encontraba en el vértice de mis muslos



y sus manos estaban apoyadas a cada lado de mis brazos, evitando que todo el peso de su cuerpo cayera sobre mí.

—En parte —contesté.

—¡Qué delito! Usted merece ser complacida completamente —dijo con un chasquido de lengua—. Quizás si hago esto. —Mordisqueó sutilmente mi pezón derecho a la vez que llevaba su mano al borde de mis bragas. Había cambiado de postura y ahora sostenía la mitad de su cuerpo con una rodilla y su mano derecha, de manera que pudiera tocarme con su extremidad libre.

—¡Sí! —proclamé cuando sus dedos encontraron mi humedad, abriéndose paso entre mis pliegues. Me embistió con los dedos mientras mimaba mis pechos, alternando entre uno y otro. Se mantuvo así por varios minutos, y no cesó hasta que un liberador orgasmo me hizo vibrar.

Poco después, buscó un preservativo en el bolsillo de sus jeans, rompió el empaque y deslizó el látex por su envergadura, mandando mi libido a la estratosfera. Verlo tocarse era tan estimulante como sentir sus manos en mí. Noah era hermoso, varonil y fuerte, exudaba hombría y lujuria. Era imposible resistirme a él, y más amándolo de una forma tan categórica e incalculable como lo hacía. Noah se instaló en el interior de mi corazón como una semilla que extiende sus raíces y retoña como un árbol frondoso.

—Dilo —alentó. Sus ojos escrutaron los míos al tiempo que se establecía entre mis muslos, flexionando mis piernas con sus manos y separándolas con sus rodillas.

—Te amo —expresé sin duda. Aquel sentimiento palpitaba en cada azaroso movimiento de mi corazón, corría en mi torrente sanguíneo, se escurría por mis poros...

—Dilo con mi nombre, Audrey. —Puso sus manos en mis rodillas y separó más mis piernas.

Tragué el apretado nudo que envolvió mi garganta y volví a declarar—: Te amo, Noah Cohen. Solo a ti.

Él asintió complacido y, con un certero desplazamiento adelante, ciñó su masculinidad en mi interior.

Gemí ruidosamente.

—¡Shh, muñeca! Te van a escuchar —advirtió sin moverse—. ¿Serás silenciosa?

—Sí —musité, rebotando mi cabeza con un asentimiento desesperado.

Una sonrisa ladeada curvó sus labios con mi respuesta, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, me embestía con un ritmo delicioso y constante que enviaba destellos del más extraordinario y abrumador dolor a través de mis terminaciones nerviosas.

Me mordí los labios para contener los sonidos que mi garganta quería liberar. Él también limitó sus gemidos, tensando la mandíbula, pero aquel silencio no perturbó nuestro placer. Ambos nos movíamos en armonía, intensificando las sensaciones, pidiendo más, queriéndolo todo... Como la primera vez, mantuve los ojos abiertos, no queriendo perderme ni un segundo de la imagen del hombre que, con fervor y amor, me llenaba de intenso placer. Noah también me miraba como si delante de él estuviera la más hermosa de las mujeres, como si no pudiera ver nada más que a mí. Odiaba tener que compararlos, pero nunca sentí esa conexión con Aarón. Jamás una mirada suya penetró mi ser de manera categórica como lo hacía Noah. Nuestra comunicación era extrasensorial, iba más allá de una mirada, de una palabra o una caricia. Era... inexplicable.

—¡Oh, Dios! Noah, yo... voy a... —jadeé con el aliento entrecortado. Y no porque intentara contenerme, no me importaba una mierda si alguien me escuchaba a esa altura del partido, sino porque él me estaba matando de placer entre sus incesantes penetraciones y las inquietas pulsaciones que marcaba su pulgar en mi nudo de nervios.

—Sí, mi amor. Lo sé, bebé —murmuró, también agitado.

Metió sus manos debajo de mi espalda baja y elevó mi pelvis, profundizando su virilidad hasta lo último de mi interior, y me penetró dos veces más, hasta venirse en mi interior al mismo tiempo que yo.

Noah se inclinó hacia mí y me dio pequeños besos en la boca, respirando pesadamente. Puse mis brazos sobre su cuello y lo abracé, aún sintiéndolo unido a mí. Aflojé las piernas y las distendí mientras él me acomodaba de costado. Nos miramos, lo hicimos por varios minutos sin emitir palabra, y nos comunicamos a través de nuestros ojos. Había felicidad y complacencia en su mirada y una línea semicurva esbozaba sus labios. Yo, por mi parte, sonreía a diente limpio, me sentía plena, no tenía conciencia de pecado o de infidelidad. Solo sentía una fascinante felicidad que aceleraba mi ritmo cardíaco a un punto cercano al dolor.

—Te veo y te siento, Audrey —declaró entrelazando nuestros dedos.

Llevó mi mano izquierda a su boca y besó mis nudillos uno a uno—. ¿Entiendes que no iré ningún lado a partir de aquí, mi amor? Somos uno, uno para siempre.

—Lo sé —musité, aunque interiormente cuestionaba la posibilidad de un “para siempre”. Nada en esta tierra es eterno, era consciente de ello. Él también lo era. Los dos sufrimos la pérdida de nuestras madres, descubrimos muy temprano que la muerte es inevitable y desoladora. Pero no sacaría a colación nuestros dramas, me quedaría con aquel momento y lo atesoraría el resto de mis días.

En el calor de aquella declaración, juntamos nuestros labios y nos besamos sin ningún afán. No teníamos apuro alguno por separarnos el uno del otro. Me quedaría gustosa bajo el calor de su cuerpo recibiendo sus besos y caricias hasta el final de los tiempos y sería completamente feliz.

# Capítulo 21

Noah y yo salimos de la habitación tiempo después, no supe cuánto; estaba demasiado contenta como para que me importara algo más que lo que pasaba entre esas cuatro paredes. La última vez que mencioné algo nos estábamos besando ¿cierto? Bueno, terminamos haciendo el amor una vez más y fue igual o más sorprendente que las anteriores.

La mirada que nos lanzó Cris cuando cruzamos la oficina decía «sé lo que hicieron» y me sonrojé como fresa madura. Noah ni se inmutó ni disimuló la sonrisa que cubría la mitad de su rostro. Hice al hombre feliz. Y él a mí.

Sin perder más tiempo, nos fuimos al taller y trabajamos en una minivan hasta que el reloj marcó las seis. Esa vez, no tuve que esquivar la mirada ni mantener la distancia con Noah. Al contrario, me acerqué, rozándolo con cualquier estúpida excusa: una llave por alcanzar, una pieza por revisar... También le robaba besos, algunos profundos que provocaron chiflidos por parte de Alex.

—¡Oh mi Dios! ¡Tuviste sexo sucio justo detrás de mí! —exclamó Cris cuando entré a la oficina sola, Noah quedó en esperarme fuera.

—¡Cállate, tonta! No quiero que todos lo sepan —dije, comenzándome a sonrojar de nuevo.

—¡Ummm, ya veo! Y por eso tú y Noah disimularon allá afuera cada vez que se besuqueaban como adolescentes —recriminó con una risita cómplice.

—¿Y cómo es que sabes eso? ¿Alguien abandonó su trabajo para espiar?

—No, yo no abandono, yo salgo a estirar las piernas.

—¡Ajá, sí! —giré los ojos.

—Entonces, ¿ya no más Noah y Audrey separados? —preguntó pícara.

—Espero que no —contesté resoplando. Entre nosotros nada podía darse por sentado.

—Y... ¡Ehhh! ¿Le vas a decir lo de *el espeluznante hermanastro*? —Se estremeció como si nombrara a un ser oscuro.

—¡Mierda! —Me llevé una mano a la frente—. Olvidé por completo nuestra cita.

—Y no te culpo, nena. Si a mí me hiciera el amor un hombre como él, hasta se me olvida mi apellido y mi fecha de nacimiento. —La miré con ojos asesinos—. Okey, sé que no es momento de bromas, pero, ¡padre del cielo! Noah es ardiente, Audrey. —Se abanicó con la mano.

—¡Oye!, un poco de respeto aquí, amiga. Estás hablando de mi novio — defendí fingiendo molestia. No podía enojarme con Cris por reconocer los atributos de Noah, cualquier mujer en su sano juicio se daría cuenta.

—Uno de ellos, querrás decir —replicó con guasa. Pero eso sí me molestó, no estaba encantada por lo que le estaba haciendo a Aarón, ella lo sabía. No necesitaba que lanzara dardos a la diana cuando el blanco estaba pintado en mi pecho—. ¡Ay, no, Audrey! Yo no quise...

—Vete a la mierda, Cris. —Le mostré el dedo corazón y me encerré en la habitación para cambiarme el overol y buscar mi bolso. Al abrir la puerta, Cris me esperaba con cara de ángel y ojitos suplicantes—. No —advertí pasando por su lado y salí de la oficina.

—¿Tienes hambre? Estaba pensando en llevarte a Cheo's por una grasienta hamburguesa y papas fritas —sugirió Noah agarrándome por la cadera mientras caminaba a mi auto.

—Quisiera, pero no puedo, me veré con Olive —contesté rápidamente. Odiaba mentirle, pero no quería generar tensión mencionando mi reunión con Connor.

Frunció el ceño.

—¿En Holly's?

—No, en su apartamento. Está deprimida y necesita una noche de chicas —dije con una risa nerviosa.

—¿Dormirás allá? —No parecía feliz con la idea.

—No, no, solo serán unas horas —rehusé—. Y hablando de dormir... ¿Qué opinas de quedarte esta noche conmigo? —Pasé mis manos por sus brazos y las detuve en sus hombros. La idea de él durmiendo bajo el mismo techo que la *pechugona* no me gustaba ni un poquito.

—Tentador, pero no sé si a Jace le emocione tanto.

—¿A papá? —Me reí—. No soy una niña, Noah.

Sus músculos se tensaron y algo oscuro atravesó sus ojos. ¿A dónde lo llevaron sus pensamientos? No lo supe. Lo que fuese, lo guardó para él. No quise preguntar, todo estaba resultando relativamente estable como para

alborotar el avispero.

Nos despedimos con un beso suave y quedé en llamarlo cuando estuviera en casa. Le pedí que pasara a comprobar a papá y, si era posible, hacerle algo de comer. No hablamos de su inoportuna “visitante” más de lo que ya habíamos hecho en la habitación. Me había dicho que se quedó limpiando la antigua alcoba de su madre, la que posteriormente sería de Alice y de ella hasta que el Estado le otorgara la custodia completa de su hija. No mencioné nada entonces porque no tenía sentido hacer un berrinche por algo que no tenía otra salida, pero en mi interior la amargura tiñó mi felicidad.

Conduje hasta el apartamento de Olive con el propósito de buscar un cambio de ropa y usar su ducha antes de reunirme con mi medio hermano. Había cometido el error de despedirme de Noah en el taller y no podía ir a casa.

Cuando detuve mi camioneta al lado del VW Escarabajo de Oli, vi a Brandon sentado en la acera con la cabeza gacha y las manos entrelazadas detrás de su nuca. Me acerqué a él y susurré su nombre para llamar su atención; pero antes de que pudiera responderme, escuché un gemido felino. Miré a un lado, buscando al gato que hizo ese sonido, pero lo escuché de nuevo y fui consciente de que provenía de Brandon.

¡Estaba llorando!

—Se fue. Oli... me dejó.

—¿Qué? —Me sobresalté—. ¿A dónde se fue?

—No lo sé —dijo entre sollozos, manteniendo oculto su rostro—. Me escribió un mensaje diciendo que me amaba, pero que no podía estar conmigo, que debía irse de West y que nunca más... No va a volver, Audrey. —Alzó su rostro hacia mí y me mostró sus ojos enrojecidos.

El miedo recorrió mis venas y llenó de erizos mi piel. ¡Eso no pintaba nada bien! Que Olive se fuera así, sin despedirse, dejando su auto y el apartamento sin más, no era un buen indicio. Algo malo estaba pasando y tenía que buscar la forma de contactarla.

Me senté junto a Brandon en el suelo y paseé mi mano por su espalda, consolándolo. Su llanto había cesado, pero seguía muy afectado. Cuando me preguntó si sabía a dónde pudo marcharse, le dije que no, lo que era cierto. Olive nunca mencionó ningún lugar al que ir, no sabía su paradero en absoluto.

Brandon espiró con fuerza y llevó sus manos a su cabeza, tirando de su cabello con impotencia. El pobre estaba muy angustiado y, lo peor del caso, no tenía idea de cómo calmarlo. No pude hacer más por él que quedarme ahí y acompañarlo.

Pasada una hora, Brandon se levantó del suelo, dio varios pasos al frente y, con un susurro de derrota, dijo «ella tiene que volver» y luego se marchó.

Me subí a la camioneta y, sin importar lo enojada que seguía con Cris, la llamé y la puse al corriente de la situación. Ella se sorprendió tanto como yo por la repentina desaparición de Oli, aunque, a diferencia de ella, yo conocía parte del pasado de Olive y el motivo por el que huyó, pero no tenía permitido compartirlo con nadie. No era mi secreto para contar.

—¿Cuándo pasó? —preguntó Cris, justo al abrir la puerta de su apartamento. Decidí ir con ella para obtener el cambio de ropa que fui a buscar a que Oli.

Cris estaba usando ropa deportiva y sostenía una botella de agua en su mano derecha. Asumí que acababa de llegar del gimnasio. Iba todos los días sin falta.

—Debió irse temprano, le escribió a Brandon en la tarde —contesté mientras me adentraba a su apartamento—. El pobre está devastado, no te imaginas. Estaba llorando, Cris, sollozando como un pequeño bebé. Me partió el alma.

—¿Es que cómo nos hace esto? Fue egoísta y desconsiderada. Somos sus hermanas ¿no? No lo entiendo —resopló, dejándose caer con desgano en el sillón orejero de su sala—. ¿Será que eso de esfumarse sin dejar rastro es contagioso? Primero Noah, ahora ella...

—Temo que el caso de Olive no es como el de Noah. Puede que ella nunca regrese —murmuré casi para mí, pero Cris me escuchó.

—¿Por qué lo crees? ¿Sabes algo que yo no? —Me miró con suspicacia. Negué con la cabeza.

—Eso fue lo que dijo en el mensaje de Brandon, que no volvería.

—¡Eso es absurdo! Somos su familia, Drey. —Su voz se quebró y comenzó a llorar con profunda tristeza; era la más emotiva de las tres, tenía un corazón blando, como ella misma decía. Hasta habíamos renunciado a ver las pelis basadas en libros de Nicholas Sparks, o cualquiera que tuviera un final triste, para que no se deprimiera.

—Ya, no llores tú también. Sé que Oli me llamará en cualquier momento, solo necesita un poco de tiempo. Créeme, ella nos quiere, no nos dejaría en las tinieblas por siempre.

—Menuda forma de querernos —gimoteó, secándose las lágrimas con dedos temblorosos.

—Pues sabes cómo es Oli de impredecible. Cuando algo se cruza por su cabeza, va y lo hace. Y luego, cuando analiza sus acciones, recapacita.

—Bueno, si es así, espera que la vea, le daré un regaño tan grande que se le quitarán todas las ganas de ser “impredecible”. Esa enana ingrata... —refunfuñó entre dientes.

—Odio tener que dejarte sola en este momento, pero tengo que ir con Connor. Quedé con él y no quiero que se aparezca en casa enojado porque lo dejé plantado en Holly's. ¿Me puedes prestar algo de ropa? —Cris clavó sus expresivos ojos aceitunados sobre los míos y negó con la cabeza—. No seas egoísta, Cris. No voy a dañar tu ropa.

—No seas tonta, puedes usar lo que quieras. Lo que no vas a hacer es ir sola a Holly's a encontrarte con *El Innombrable*. —Se estremeció—. Y pensé que serías sensata y desistirías de la idea, pero ya veo que el sexo te atrofió las neuronas.

—Sí, Cris, tuve sexo dos veces y mis neuronas se frieron. —Fui sarcástica—. Ya te expliqué el porqué me reuniré con Connor, no seas molesta —chasquéé la lengua.

—Si insistes en seguir adelante con esto, entonces iré contigo. Sin Oli ni Brandon ahí, terminaré calva y sin uñas de la preocupación.

Accedí, no había forma de que Cris dejara de insistir. Y la verdad, me aliviaba un poco saber que no estaría sola.

Mientras Cris se daba una ducha, le envié un mensaje a Connor diciéndole que me demoraría un poco; enseguida respondió que ya estaba esperándome en una mesa al fondo del bar, que le emocionaba saber que llegaría en cualquier momento. No respondí nada, no sabía qué decir. Entré a la habitación de Cris y busqué en el closet algo que pudiera ponerme. Faldas y vestidos quedaron descartados enseguida, no era algo que quisiera usar para mi reunión con Connor. Al final, me dejé mis jeans y elegí una blusa a cuadros manga larga para sustituir la blusa deportiva que llevaba puesta. Mi plan original era ducharme, pero el reloj marcaba las siete treinta y no quería



demorar las cosas con Connor y llegar más tarde a casa. Le había dicho a Noah que estaría con Oli dos horas y quedarme más lo preocuparía.

*Hablando de Oli... ¿Qué se supone que le diga ahora a Noah? Ella era mi coartada.*

*Bueno, puede seguir siéndolo. Le diré que huyó y que estuve buscándola con Cris. Sí, eso haré. Esto de calcular excusas se me está dando muy bien. ¿Acaso me convertiré en una mentirosa compulsiva?*

—¿Audrey, por Dios! ¿Estás en otro planeta? —gritó Cris, haciéndome saltar en el sitio.

—¿Qué carajos, Cris?

—¿Yo? Serás tú. Te llamé tres veces antes de gritarte, pero estabas como monumento de museo, mirando a un punto perdido. ¿Estás bien?

—Sí, solo estaba pensando.

—¿Pensando, ¿eh? Creí que estabas en hipnosis.

—Ya, deja de bromear y vístete, que es tarde. —Cris cruzó los ojos de camino al closet y luego se tomó un tiempo excesivamente ridículo en elegir un atuendo. Amenacé como irme sola y fue así que apuró el paso.

Veinte minutos más tarde, nos subimos al auto de Cris para ir a Holly's. Preferí dejar la camioneta frente a su apartamento y no tomar riesgos innecesarios; si Noah pasaba cerca del bar y veía mi auto, lo más seguro era que buscaría la forma de entrar para comprobarme, lo que resultaría en un desastre. Tanto él como mi padre detestaban la idea de que me acercara a Connor; y los dos, tan testarudos como eran, harían hasta lo imposible por evitarlo.

La distancia entre la casa de Cris y el bar no era mucha, cinco minutos o menos, dependiendo de la velocidad, pero a mi amiga le tomó diez minutos completos llegar. Estaba manejando lento a propósito, quizás pensando que Connor se cansaría y se iría. Pero eso estaba lejos de suceder, él había esperado casi la mitad de su vida para acercarse a mí y un período de cincuenta minutos de retraso no era nada en comparación.

El estacionamiento de Holly's se encontraba relativamente vacío, aunque los mejores puestos ya estaban ocupados; incluso, el que siempre utilizaba Olive para estacionar su VW. Mi estómago se estremeció, sería raro entrar al bar y no verla sirviendo tragos.

*¿Dónde estás metida, pequeña chiflada?*

—¿Tú también lo sientes? —Se estremeció.

—Sí, no será fácil estar ahí sin pensar en ella.

—¿Crees... que Oli... volverá? —preguntó vacilante.

—Espero que sí —dije, manteniendo los ojos en el lugar donde quería ver un VW amarillo detenido y no un viejo *Jeep* que le hacía falta una capa de pintura.

Ambas nos bajamos del auto, sintiendo el peso de la preocupación en nuestros hombros. Eran casi las ocho y Oli no se había contactado con ninguna. Pese a mi ansiedad, crucé la entrada, saludando al portero con un asentimiento, y de inmediato mis oídos se llenaron de música *techno* mezclada con *dance*. Sonaba fuerte, como siempre, pero esa noche me resultaba fatigante y exagerada. El lugar estaba lleno, parejas bailaban en el centro de la pista al ritmo de la música, otro puñado de personas estaba delante de la barra pidiendo bebidas; y una que otra, se besaba en rincones “escondidos”.

Utilicé un pequeño pasadizo que quedaba entre el bar y la pista y caminé sin dificultad por él hasta que Liam se interpuso en mi camino.

—¡Vaya, vaya! Si es la novia infiel en carne y hueso. —Se mofó con petulancia, mirándome como si no llevara nada puesto encima. Cuando sus ojos volvieron a los míos, sonrió.

—¿Novia infiel? Me impresiona tu creatividad —ironicé.

—Créeme, soy muy creativo en el lugar en el que debo serlo. ¿Y sabes qué? No me importa una mierda ser tu tercero —dijo con un guiño que me causó repulsión.

—En tus jodidos sueños, Liam Green. —Intenté pasar de él, pero apresó mi mano bruscamente, obligándome a dar un paso atrás—. Suéltame, imbécil.

—No deberías ser tan fiera conmigo, cariño. Recuerda dónde estás parada —dijo en tono amenazante.

Tiré de mi mano hacia atrás y me zafé de su agarre, odiando que mi muñeca latiera dolorida. El muy imbécil logró lastimarme, pero no le daría oportunidad a que lo hiciera de nuevo.

—¡Eres un idiota, Liam! —espetó Cris, furiosa. Hasta tuve que meterme en medio de los dos para que no hiciera algo estúpido como intentar golpearlo.

—¡Fuera de aquí las dos! —gritó señalando la salida—. Y desde hoy, ninguna tendrá permitida la entrada.

—¡Já! Para lo que me estoy perdiendo... —replicó Cris con osadía.

—¡Audrey! ¿Qué pasa aquí? —preguntó Connor por encima de la música.

Liam se giró en pleno y enfrentó a mi medio hermano, dando un traspié cuando lo vio a la cara.

—Ahí estás —dije con una sonrisa falsa y desenfadada, ignorando su pregunta. No iba a decirle lo que Liam me había hecho para no propiciar un pleito innecesario—. Salgamos de aquí, encontraremos un mejor lugar para hablar.

—¿También estás follando con este? —acusó Liam con los ojos abiertos.

—¿Qué mierda acabas de decir? —gruñó Connor avanzando hacia él.

Liam elevó las manos, se echó atrás y miró a los lados, buscando apoyo en los guardias de seguridad que estaban regados por el local.

—Era una broma, viejo.

—Mantén tus jodidas bromas lejos de mi hermana, maldito imbécil —exigió en un tono autoritario.

Los ojos de Liam se ampliaron con la noticia que le arrojó Connor. Hasta yo quedé pasmada unos segundos por la ligereza de sus palabras. No tenía planeado decirle a nadie de nuestro vínculo, aún trataba de asimilar que tenía un medio hermano como para estar anunciándolo de una forma tan... imprudente.

—Vamos, Connor. Salgamos de aquí —ordené, haciendo un gesto con la cabeza. No me sentía en confianza para agarrar su mano y sacarlo del “territorio” de mierda de Liam. Sin Olive en *Holly’s*, el lugar perdía todo su encanto.

Connor miró con odio a Liam y luego pasó por su lado, haciendo chocar su hombro con el suyo con toda la intención de buscar pelea. No me gustó su actitud, pero no me iba a parar a decirle nada. Mi meta era cruzar la puerta del bar y salir de ahí sin generar ningún conflicto.

—¿Ahora a dónde lo piensas llevar? —murmuró Cris en mi oído cuando nos encontramos fuera.

—Tengo una idea, dame tus llaves.

Cuando las tuve, le indiqué a Connor que subiera al puesto trasero del auto

de Cris. Él lo hizo sin preguntar mientras Cris ocupaba el puesto de copiloto.

Ubicada detrás del volante, encendí el motor y puse en marcha el auto. Mientras conducía, la tensión flotaba en el ambiente como humo que invade tus fosas y te obliga a contener el aliento. Ninguno se animaba a hablar; Cris por obvias razones, no soportaba a mi medio hermano. Yo, porque no sabía realmente qué decir. Y Connor... su silencio era un misterio. No lo conocía en absoluto como para leer sus gestos.

Una que otra vez, mis ojos se encontraron con sus pupilas oscuras a través del espejo retrovisor; y siempre que lo hacía, un pequeño tirón asustadizo sacudía mi estómago. ¿Estaba cometiendo un error al permitirle estar cerca de mí? ¿Y si era tan peligroso como dijo papá? ¿Y si Cris salía lastimada por culpa de mi insensatez? Sacudí aquellas preguntas y me concentré en el camino.

Un par de minutos después, detuve el auto frente a Cheo's Burger y le pedí a Cris que entrara al local y pidiera tres hamburguesas con aros de cebollas, papas fritas y bebidas para llevar. La mirada que me lanzó mi amiga cuando le entregué el dinero para pagar la cuenta no dejó lugar a dudas: odiaba la idea. Sabía que no quería dejarme sola con *El Innombrable*, pero no quería que me vieran con él en Cheo's y que el chisme llegara a oídos de papá o de Noah.

—Estaré bien —articulé a la vez que le daba un apretón a su mano.

—Cuídate —contestó de la misma manera y luego abandonó el auto.

—No te lastimaré, princesa. Nunca le haría daño a alguien de mi sangre —pronunció Connor detrás de mí.

La piel de mi cuello, que recibió su aliento caliente, se erizó de forma negativa. No me gustaba su proximidad, y su voz seguía desfasándome, invocando a mi yo temeroso y frágil.

—¿Le has hecho daño a alguien que no lo sea? —interrogué, después de desatar el nudo que trababa mi garganta.

—Si lo hice, seguro se lo merecía —respondió tranquilamente, curvando sus labios hacia a un lado con una sonrisa tétrica.

Mi ritmo cardíaco se disparó en consecuencia.

Connor tenía una capacidad increíble de infundirme temor, al punto de hacerme sentir pequeña e indefensa. ¿Por qué era así? ¿Por qué me minimizaba ante su presencia? Nunca antes me pasó, incluso con Noah y su

intento de ser temible y despiadado en nuestro primer encuentro en aquel garaje.

—¿Por qué estás aquí, Connor? ¿Te metiste en un lío? ¿Necesitas dinero?

—¿Eso dijo Jace que vine a buscar? —contraatacó a la defensiva.

—La verdad, sí. No es un secreto que mi padre te desprecia. —Lo miré a través del espejo.

Su mandíbula se apretó, provocando que sus dientes chillaran, y su mirada se tornó más oscura y tenebrosa que antes. Ambos gestos enmarcaban una profunda ira, que sin duda iba dirigida a mi padre. No comprendía porqué sentían tanto desprecio el uno por el otro, y siendo honesta, temía preguntar. Saber que mi padre me ocultó la existencia de Connor durante toda mi vida aún dolía; descubrir que había más cosas encubiertas empeoraría el sentimiento.

—No estoy aquí por dinero, vine por ti. Eres lo único real que tengo en esta vida, princesa. Vales más que cualquier cosa para mí. Te protegeré, nadie te lastimará —dijo con determinación, manteniendo su férrea mirada sobre mí.

De nuevo, un tirón sacudió mi estómago como una señal de advertencia. Había una insinuación escondida entre su declaración, solo debía descifrarla. «Vine por ti» «eres lo único real que tengo», «vales más...», «te protegeré...», «nadie de lastimará» ... Se refería a mí como alguien a quien poseía, como un objeto valioso que debía proteger de cualquier persona. Y eso incluía a mi padre y a Noah. ¿Sería capaz de lastimarlos si los veía como una amenaza? ¿Debía preocuparme por ello?

En ese instante, Cris abrió la puerta del auto y se deslizó sobre el asiento, cargando en sus manos dos bolsas de papel con la comida, razón por la que Connor se reclinó en el asiento y retomó su postura estoica y reservada, aunque en su mirada seguía evidenciándose aquella malicia perturbadora que lo caracterizaba.

Encendí el motor del auto y conduje por la ciudad, sin estar muy segura de a dónde me dirigía, y terminé deteniéndome en el estacionamiento de la escuela local; un lugar bastante extraño para pasar el rato con mi medio hermano, pero fue el sitio al que mi mente me llevó. El viaje fue fatigadamente silencioso, dándome a lugar a seguir forjando pensamientos en mi cabeza que señalaban a Connor con luminosas flechas y una palabra

titilante de «¡precaución!».

Connor y yo nos bajamos del auto. Cris se quedó en el interior, no queriendo formar parte de mi pequeña reunión “familiar”. Cargando nuestra provisión de alimentos, nos sentamos en una banca con las piernas abiertas a cada lado del asiento de cemento y nos dispusimos a comer en silencio. Connor mantuvo sus ojos en mí mientras masticaba y bebía, haciéndome sentir muy incómoda. Sin embargo, no me cohibí y también lo miré, no tan fijamente, pero sí le sostuve la mirada un par de veces como una forma de decirle «no te tengo miedo».

—¿Cómo era ella? —preguntó, cuando ya no quedaba nada en sus manos para comer. Yo aún tenía papas fritas y un trozo de hamburguesa. Metí los restos en una bolsa y sorbí un poco de *Coca-Cola* por la pajilla.

Connor me observaba atento y ansioso, como un perrito que retoza a la llegada de su dueño.

Lo compadecí, no era capaz de comprender lo que debió sentir cuando supo que fue dado en adopción.

—Ella era dulce y muy amorosa. No recuerdo que me hubiera gritado alguna vez, aunque sí me corregía cuando hacía algo malo, cosa que no era muy a menudo, yo era una santa. —Me reí. Connor se mantuvo serio, pero me instó a continuar con un asentimiento—. Le gustaba mucho cocinar, más que todo hornear tartas, *brownies* y *cupcakes*, y lo hacía muy bien. No sé qué más podría decirte.

—¿Cómo la trataba tu padre? ¿Discutían? ¿Alguna vez le pegó?

—¡No! —contesté con un jadeo—. Él nunca le haría tal cosa. ¿Por qué crees eso?

—Caleb le pegaba a Lisa, y también discutían —murmuró bajando su mirada a sus dedos entrelazados.

—¿Quién es Caleb?

—El imbécil que me adoptó. Por suerte, murió en un accidente. Su cerebro se salió de su cabeza y quedó regado en la carretera —describió sin inmutarse.

—¡Oh mi Dios! —gemí—. ¿Tan malo era?

—¿Define malo? —Lucía abatido y sus manos se cerraron en dos puños.

—¿Te... lastimaba a ti también? —pregunté indecisa. No estaba segura de si ahondar en ese tema sería sensato de mi parte.

Connor asintió dos veces y dijo que no solo a él, también a su hermano adoptivo Emerson. Me relató una historia de terror en la que el tal Caleb los castigaba a ellos y a su mujer severamente, negándole el acceso a la comida por días enteros si lo desobedecían en cualquier cosa. Muchos de los golpes que recibió Lisa fueron por defenderlos a ellos. Hablar de ella hacía brillar sus ojos con nostalgia y devoción; mencionar a Caleb lo llenaba de ira, cosa que era comprensible. Eso me hizo entender el porqué de su aprensión con papá. Pero él no era como ese tipo, mi padre nunca me puso un dedo encima, y mucho menos a mi madre. Jamás escuché que alzara la voz o que la insultara. Discutían como cualquier pareja, pero no de forma escandalosa y grosera.

Mi corazón se estremeció al ser consciente de la clase de vida que llevó Connor. Y dolió doblemente al pensar en mi madre, quien lo entregó pensando que llevaría una vida mejor, ignorando que se lo había entregado a un demonio. Ella había sufrido a lo largo de los años pensando en él y murió sin ser capaz de verlo una vez más. Eso era triste.

—Todo quedó atrás, princesa. Mejor háblame de ti. ¿Sigues saliendo con *Hulk*? —bromeó con una risa falsa. Connor tampoco apreciaba a Noah, eso era evidente.

—Su nombre es Noah. Y sí, estoy saliendo con él. ¿Y tú? ¿Tienes novia, esposa, hijos...?

—Nah, ya te lo dije, tú eres lo único que tengo. —Acercó su mano derecha sobre la mía, que reposaba en mi muslo, y la acarició con su pulgar. La eché atrás de forma automática y él apartó la suya, murmurando por lo bajo algo que no alcancé a comprender.

—Creo que deberíamos volver. No he visto a mi padre en todo el día.

—Sí, entiendo. ¿Podemos reunirnos mañana de nuevo? —preguntó esperanzado.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad? —Me mordí el interior de la mejilla, nerviosa. No estaba segura de querer verlo cada día. Nuestra charla estableció un tipo de nexo, pero no uno tan profundo que me hiciera desear repetir esas reuniones muy seguido.

—Me estoy mudando aquí en realidad —contestó con una sonrisa ladeada.

—¿Qué? ¿Mudándote aquí? —grité agitada.

*Se suponía que hablaríamos un par de veces y luego se iría. Pero mudarse*

*a la ciudad complica todo.*

—Sí, Audrey. Quiero recuperar los años, conocerte. ¿Acaso tú no? —  
Entrecerró los ojos.

—Sí, claro. Es solo que... no esperaba que te mudaras aquí —contesté  
nerviosa. Quería conocerlo, sí, pero no que estuviera tan cerca de mí.

—No te daré problemas con Noah ni Jace, te lo prometo. Solo quiero  
mantenerme cerca de ti y que puedas... quererme —musitó perdiendo el  
aliento.

¿Quererlo? Eso era lo que buscaba, mi cariño. ¿Sería capaz de hacerlo?  
¿Podría quererlo como una hermana?

—Está bien, Connor. Nos daré una oportunidad, pero mantén tu promesa  
de no armar lío con papá y Noah.

—Gracias, Audrey. Me haces jodidamente feliz, no sabes cuánto —esbozó  
una sonrisa amplia, que alcanzó sus ojos oscuros. Parecía un pequeño niño al  
que le acababan de ofrecer un paseo a *World Disney*—. Mañana puedo  
mostrarte dónde vivo, si quieres. Ah, y también estoy necesitando un auto.  
¿Puedes ayudarme con eso? —preguntó entusiasmado.

—¡Umm, sí! ¿Qué clase de auto buscas?

—Uno clásico pero potente. Me gusta correr, como a ti —comparó, aún  
sonriendo.

Lo miré dudosa. ¿Cómo era que sabía que me gustaba correr?

—Todos aquí te conocen, Audrey. Fue fácil saber de ti —aseveró, leyendo  
la sospecha en mi mirada.

—¡Pueblo chico, infierno grande! —Odiaba que mi vida estuviera al  
alcançe de todos—. Bien, Connor, es hora de irnos. Te llamaré cuando sepa  
de un auto.

—¿En serio lo harás? —dudó. La última vez que le dije que le escribiría  
no lo hice.

—Sí, lo haré. Pero no me apresures, ¿sí? Todavía intento adaptarme a lo  
que sucede aquí.

—Lo sé, princesa. No te molestaré, solo intenta no dejarme en la  
oscuridad por mucho tiempo, por favor —pidió con una sonrisa ladeada,  
marcando un hoyuelo en su mejilla que antes no lo había notado.

—Está bien.



\*\*\*

Eran un poco más de las diez de la noche cuando regresé a casa. Noah me estaba esperando en la entrada, sentado en las escaleras. Solo unos minutos atrás, había dejado a Cris en su casa y tomado mi camioneta para ir a casa. Connor se bajó también en lo de Cris y dijo que iría caminando a su casa. El peso de la mentira se alojó en mi pecho, acelerando mis latidos. Aunque el hecho de ver a Noah también desataba una oleada de mi emoción incontrolable en todo mi cuerpo. Sentía que habían pasado días desde que nos despedimos.

Me bajé de la camioneta y caminé a su encuentro, sonriendo. Gesto que se borró cuando él evitó mirarme. Mantuvo la cabeza baja y sus manos apretadas en puños sobre sus rodillas separadas.

*¡Oh, oh! Problemas en el paraíso.*

—¿Dónde estabas? —siseó cuando estuve delante de él.

Desinflé mis pulmones en una espiración cansada y me senté a su lado.

—Fui a lo de Oli y descubrí que se ha ido de la ciudad, no sé a dónde y eso me tiene angustiada. Después, me reuní con Cris en su casa para ir al bar donde me encontré con... Connor. —Apreté los ojos luego de decir la última palabra. Esperaba gritos o exaltación, pero obtuve un...

—Gracias —murmuró mirándome por encima del hombro—. Si me hubieras mentido de nuevo, habrías roto mi corazón.

—¿Lo sabías? ¿Esto era una prueba? —pregunté, en parte indignada, en parte apenada por haber sido pillada.

—Fui por unas hamburguesas para Jace y Spencer y te vi saliendo del bar con Cris y con... él —titubeó, no queriendo decir su nombre.

Mi aliento se congeló, al igual que los latidos de mi corazón. ¡Él nos vio y no se acercó! No podía creerlo.

—Iba a seguirte, pero decidí darte un voto de confianza y esperar que me dijeras la verdad. No fue fácil, Audrey. La ira me sigue consumiendo y mis manos se sienten ansiosas por destrozar todo a mi paso, pero tu sinceridad me da un pequeño alivio que evita que lo haga —resopló—. Ahora dime ¿por qué me mentiste?

Me miró directo a los ojos. Su mirada reflejaba la ira que acaba de describir, pero también vi decepción.

—Lo siento, Noah. Hice mal en mentirte, pero no quería crear más tensión

entre nosotros —admití con sinceridad. Recién nos acabábamos de reconciliar y traer a colación a Connor empañaría nuestro momento feliz—. Sé que lo desprecias, papá también lo hace, y si decía que iría con él, inventarían mil excusas para no permitirlo.

Noah negó con la cabeza y pateó con la punta de la bota una piedrecita que se encontraba en el escalón.

—No confío en él. Si no te seguí fue porque Cris estaba contigo y, porque si lo veía cerca de ti, iba a perder mi mierda y no quería decepcionarte de nuevo al actuar como un *matón*. —Pasó sus manos por su cabello y luego ahuecó su rostro, ocultándolo mientras bufaba.

Temerosa, puse mi mano en su espalda y la acaricié. Sus músculos se tensaron al inicio, pero luego se relajaron.

Un minuto más tarde, descubrió su rostro y me miró a los ojos—: Nunca me mientas, Audrey. Así duela, así me enoje, dime siempre la verdad.

—Lo prometo —susurré, apoyando mi frente en su hombro. Estuvimos en silencio un par de minutos, que resultaron tediosos y eternos—. ¿Spencer? —pregunté con voz cansada. Estaba exhausta, mi cuerpo rogaba por estar en mi suave y mullido colchón.

—En mi casa, no la he visto desde que le llevé la cena —contestó sin emoción.

—¿Será fácil alguna vez? —Lamenté al pensar en todo lo que se nos avecinaba.

—¿Qué? —replicó Noah desconcertado.

—Nosotros.

Él levantó un brazo y me acurrucó a su costado, depositando un beso casto en mi sien—: Honestamente, sé que no lo será en el futuro próximo, pero estoy dispuesto a todo por ti, Audrey. Nunca me rendiré contigo, sin importar lo difícil y cuesta arriba que sea el camino, lo haré porque tú lo vales. Lo haré porque te amo.

—Yo más a ti —correspondí. Nuestros labios se encontraron y nos besamos sin pudor y con desenfrenada pasión, esa que se desataba siempre que estábamos cerca—. Deberíamos entrar —dije en la primera oportunidad que mi boca estuvo libre.

—¿Podrás guardar silencio cuando te esté haciendo el amor? —interrogó, barriendo mi mejilla con su dedo pulgar mientras con su otra mano

acomodaba una porción de mi cabello detrás de mi oreja.

—Me pondré una mordaza de ser preciso.

—Lo tendré en mente —guiñó un ojo y acercó una vez más sus labios a los míos. Tiró de mi labio inferior con sus dientes y luego hundió su lengua en mi cavidad, besándome afanosamente, como un preludio de lo que sucedería al subir las escaleras.

## Capítulo 22

*¡Ummm! Eso se siente bien.*

Noah acariciaba la piel expuesta de mi cadera con el pulgar mientras paseaba la punta de su nariz entre mi nuca y oreja, provocando que erizos se formaran por el camino que transitaba. Nuestras piernas estaban entrelazadas y su miembro erecto se encontraba en mi trasero, orgulloso y demandante. Me moví contra su bulto y pronuncié su nombre con una petición. Él, muy complaciente, trasladó su mano a mi vientre y descendió a un ritmo desquiciantemente lento hasta hallar la cremosa humedad que comenzó a construirse desde que susurró en mi oído la palabra «buenos días».

La noche anterior, luego de saludar a papá y de darle las buenas noches con un beso y un abrazo, subimos las escaleras e hicimos el amor con calma y pasión, siendo lo más silenciosos que pudimos. Noah fue dulce, me llenó de mimos y de palabras cariñosas, me hizo sentir como la más hermosa y especial de las mujeres... Me enamoré más de él.

Después, tomamos una ducha en la que ambos nos encargamos del otro, desde un lavado de cabeza con espumoso shampoo hasta enjabonar nuestras pieles, para luego meternos en mi cama e intentar dormir; Noah en nada más que su bóxer y yo vistiendo una camiseta de tiras finas y unas no muy sexys bragas de algodón que él mismo eligió de mi cajón. Lo reñí por hurgar en mis cosas, pero él ni se inmutó e igual lo hizo.

Una vez en el colchón, estableció un brazo alrededor de mi cintura, otra debajo de mi cabeza, y mezcló nuestras piernas. Nos tomó bastante tiempo quedarnos dormidos; hablamos mucho, más que todo de Alice y de los planes que tenía de traerla a su casa. Noah se escuchaba emocionado y ansioso. Le ofrecí mi apoyo y le dije que todo estaría bien, que sería un papá estupendo. ¡Papá! Sí. Noah tenía una hija. Seguía un poco escéptica con la idea, pero no podía exponer mis inquietudes sin afectar a Noah. Él ya tenía suficiente con sus propias preocupaciones como para cargarlo con las mías.

Noah agradeció mi apoyo con un beso en mi hombro y pronunció las palabras que convertían mi corazón de gelatina: «Te amo».

—Hora del desayuno —murmuró en mi oído y se levantó del colchón, situándose sobre mí. Sus labios encontraron los míos y me besó, ignorando que no había lavado mis dientes. A mí tampoco me importó. Poco después, abandonó mi boca, bajó hasta mi pelvis con besos húmedos y mimó mi montículo con su lengua, apartando la tela de algodón de mis bragas sin quitármelas.

Arrugué las sábanas con mis puños y apreté mi mandíbula, ocultando mis jadeos. Eso de ser silenciosa me estaba matando, pero valía la pena la tortura si el resultado era él “alimentándose” de mí.

—¡Oh, Noah! —gemí en contra de mi voluntad y de inmediato volví a cerrar la boca. Mi padre estaba justo en el piso bajo nosotros y escuchar a su hija nombrando a su novio de esa forma sería vergonzoso. Por suerte, no grité tan fuerte como para que lo llegase a escuchar... esperaba que no.

Su estimulación no cesó hasta que las llamas de la pasión me convirtieron en cenizas.

—Todos tus orgasmos son míos ahora, Audrey. Todos. Dilo, mi amor —pidió cerniéndose sobre mí.

—Soy tuya, todo de mí —jadeé. Seguía agitada y vuelta gelatina.

Noah sonrió complacido, puso un beso en mi frente y luego se levantó de la cama. Su erección era prominente y formaba una carpa en su bóxer, pero no hizo nada por desahogar su necesidad, sino que se metió al baño y salió pronto usando sus jeans.

—¿Y tú? —pregunté con ojos curiosos.

—Haré tu desayuno —respondió con un guiño.

—¡Ummm! Si yo soy tu desayuno, ¿por qué tú no eres el mío? —Me incorporé de la cama y caminé hacia él.

—Jace despertó.

—¿Cómo sabes que lo hizo? —Fruncí el ceño.

Noahladeó una sonrisa.

—Es uno de mis superpoderes.

—¿Uno? ¿Y cuáles más tienes? —repliqué burlona.

Él pasó su lengua por sus labios y elevó las cejas de forma juguetona.

—¡Oh, vamos! Eso no es ningún superpoder.

—¿No? Creí que sí. ¡Mierda! He vivido engañado toda mi vida —bromeó.

—Tonto. —Le di un puñetazo en el estómago que no le hizo ni cosquillas. Era como intentar golpear concreto—. Entonces... ¿vas a prepararme el desayuno con eso... así? —Miré su bulto.

—No, muñeca, “eso” estará muy lejos de la comida. Usaré mis manos. — Jugaba conmigo.

—¡Como sea! —espeté y pasé por su lado para meterme al baño. Noah se rio detrás de mí y me dio un apretón en el trasero que me tomó por sorpresa. Chillé y di un salto, sorprendida, pero también sentí un delicioso latigazo de deseo en mi pelvis.

—Lo siento, me provocó. —Elevó los hombros como un niño inocente.

Sonreí maliciosamente y me quité la camiseta, exponiendo mis pechos delante de él. Noah tragó grueso y mantuvo sus ojos en mi piel desnuda.

—Quiero huevos, tocino y jugo de fresa. —Di media vuelta y me metí al baño. Dejé la puerta intencionalmente abierta y, segundos después, fue cerrada por Noah, quien no resistió la tentación de unirse a mí en el baño.

\*\*\*

Spencer estaba delante de mí, sonriendo con sus rectos y perlados dientes y mirándome con sus ojos chocolate a través de risadas y perfectas pestañas. Se había maquillado ligeramente, marcando sus pómulos altos y haciendo lucir más carnosos sus labios con aquel brillo labial tono natural. Sus enormes pechos sobresalían en el escote que proveía la ajustada blusa de algodón negra que había elegido, y sus piernas parecían interminables en aquella falda de mezclilla. Yo vestía pantalones de chándal, una musculosa azul con un top blanco debajo, mi cabello sujeto en una cola de caballo y nada de maquillaje en el rostro. De pronto, la idea de ella yendo a casa para desayunar con nosotros no era tan atractiva como me pareció cuando Noah lo propuso. No me sentía cómoda con su presencia y lo más seguro era que terminaría con una indigestión. Pero ya estaba ahí y no la iba a tratar mal.

Noah se hizo cargo de las presentaciones cuando nuestra invitada llegó y luego nos sentamos alrededor de la mesa en espera del desayuno que mi novio —sí, mío—preparaba. Lucía increíblemente apuesto con jeans lavados y una camiseta gris humo que se ajustaba a sus músculos. Su cabello seguía húmedo por la ducha y tenía una barba incipiente, que recordaba raspó mis muslos cuando se sirvió de mí en la habitación. Calor se esparció en mi punto

sensible ante el recuerdo. Apreté mis muslos y volví la mirada a Spencer, quién seguía sonriendo animosamente. ¿No le dolía el rostro?

—Noah me habló mucho de ti —comentó con ligereza mientras le daba un rápido vistazo a mi hombre. Si hubiera mantenido sus ojos en él más tiempo, habría saltado sobre sus huesos.

—¿Sí? Espero que nada malo —bromeé, soltando una risa teatral.

Mi padre me miró por encima del periódico y esbozó una sonrisa conocedora.

¡Ay!, es que yo era muy celosa, y con Noah más. Sentía la necesidad de tatuar mi nombre en su frente con las palabras «pertenece a Audrey Gunnar, no tocar».

—¿Malo? No, mujer. Ese hombre mataría por ti —dijo a son de broma, pero mi piel se crispó al punto de hacerme estremecer. Spencer se mordió el labio inferior y bajó la cabeza, siendo consciente de su error—. Lo siento, no quise...

—No pasa nada, Spens —aseguró Noah, poniendo una mano en su hombro con familiaridad.

Mi corazón golpeó mi pecho con fuerza y comencé a imaginarlos tocándose, besándose, durmiendo juntos...

*¡Para, Audrey! No vayas por ese camino.*

Noah, al ver la conmoción dibujada en mi rostro, apartó la mano de ella como si se hubiera quemado y me miró con una disculpa en sus ojos.

Le ofrecí una pequeña sonrisa y entonces retomó su trabajo en la cocina.

Minutos después, el desayuno estaba listo —huevos, tocino, pan tostado y jugo de fresa, como había pedido—. Me levanté de la silla y ayudé a Noah a poner la mesa. Él me dio un beso en la mejilla cuando me encontraba frente a la alacena sacando los platos, y susurró te amo en mi oído. Sonreí y mi corazón se agitó con calidez.

Una vez estuvo todo servido, nos dispusimos a comer en un incómodo silencio que, en algún punto, Noah rompió hablando de los cambios que haría en su casa para recibir a Alice. Su hija tenía su propia habitación en casa de su abuela y él quería que contara con el mismo beneficio en la suya, así que decidió trasladarse al ático y dejar su habitación libre para ella, la otra la ocuparía Spencer. No me gustó la idea, pero mantuve la boca cerrada, simulando estar muy ocupada con el desayuno como para decir algo. No tenía

ni voz ni voto en sus decisiones, yo no viviría con él, Spencer sí. Ella tenía muchos planes para la casa de Noah, tantos que la flama de los celos reverberó. La mantuve a raya lo más que pude, repitiendo un infalible mantra en mi cabeza: «Noah me ama».

Papá tampoco comentó nada, ya había manifestado su impresión cuando Noah reveló que tenía una hija, antes de ir por Spencer. La noticia lo tomó por sorpresa, logrando que balbuceara palabras ininteligibles, hasta que pudo formar una frase coherente. «Aquí estoy para lo que necesites, chico». Noah se lo agradeció con un apretón de mano y una sonrisa aliviada. Sabía que le preocupaba su reacción, me lo dijo antes de dormirnos la noche anterior; lo respetaba mucho y no quería decepcionarlo. Pero, dadas las circunstancias, no había nada que reprochar. Gracie, la madre de Alice, nunca le dijo que tenía una hija. ¿Quién podría culparlo por no estar en su vida?

—Déjame eso a mí, tú cocinas, yo lavo —dije cuando Noah se disponía a recoger la mesa.

—No, tú lavas, yo seco —contestó con un sexy guiño que podría derretir un témpano. O tal vez estaba demasiado enamorada y cualquiera de sus gestos me descomponía.

Una parte de mí esperaba que se ofreciera, ya era como un ritual para nosotros lavar los platos juntos, y me hubiera decepcionado que se quedara con Spencer en lugar de pararse a mi lado y tontear, como solíamos hacer.

En vista de nuestros planes, papá invitó a Spencer a la sala mientras nosotros nos quedamos en la cocina. Poco después, Noah se deshacía de los desperdicios de los platos y luego me los pasaba para que los lavara. Luego, los secaba y los ponía en su lugar, asegurándose siempre de rozarme y, en ocasiones, besar mi hombro o cuello. Cuando terminamos, me arrinconó al lado de la puerta de la cocina y llevó sus labios a los míos, besándome.

Ese beso significó *te amo*.

Ese beso prometió *soy tuyo*.

Ese beso me dijo *solo te veo a ti*.

\*\*\*

En la tarde, Spencer, Noah y yo nos encontrábamos en el ático sacando todo lo que estorbaba para acondicionar el espacio como una habitación. Había mucho polvo, cajas, muebles viejos, una cuna de madera —que debió



ser de Noah cuando era bebé—, y un montón de libros regados en el suelo, la mayoría textos de secundaria. El lugar necesitaba ser pintado y los pisos reparados; había varias tablas rotas que crujían cuando caminábamos sobre ellas. Cada minuto ahí, me sentía más inconforme. Noah no tendría que renunciar a su comodidad de no ser por Spencer. ¿Por qué tenía que compartir la custodia con ella? Era tan injusto.

En uno de los descansos que tomamos, llamé a Brandon y le pregunté si tenía noticias de Olive. Me dijo que no, que estaba muy preocupado y nervioso, que la había buscado por la ciudad, dónde él creía podía estar, y no obtuvo resultados. Yo también estaba muy preocupada, sentía una extraña sensación en mi pecho, como un mal presagio. Me despedí de Brandon, pidiéndole que me llamara en cuanto supiera algo, y luego me acuclillé en un rincón del ático, rogando en silencio porque mi mejor amiga estuviera bien.

—¿Qué pasa, muñeca? —preguntó Noah acercándose a mí. Estaba sudado y su rostro lleno de polvo, pero eso no impidió que me recostara en su pecho buscando consuelo.

—Olive sigue sin aparecer. Creí que me llamaría ayer y no lo hizo. Lo que es más perturbador que no lo haya hecho hoy, presiento que algo malo le ha pasado, Noah —dije lo último casi sin aliento.

—Tranquila, mi amor. Ella estará bien.

Negué con la cabeza. Yo no lo creía, ella no sería tan cruel como para no comunicarse conmigo si estaba a salvo.

—Vamos a dar un paseo, eso te ayudará a despejar un poco ¿sí? —ofreció con un tono cauteloso.

—Pero aún no terminamos aquí —dije, mirando el desastre que seguía siendo el ático. Spencer estaba en el rincón opuesto llenando una caja con libros.

—Ni lo haremos hoy, está peor de lo que creí —murmuró decepcionado. Me acerqué a su boca y le di un beso suave.

—Lo resolveremos.

Puso su frente contra la mía y suspiró—: Te amo, muñeca.

—Yo más a ti, mi amor.

Nos quedamos juntos un par de minutos en silencio y luego nos pusimos en pie, Noah ayudándome a parar. Estiré las piernas, que se me habían entumecido por la mala posición. Los tres abandonamos el ático y, después

de un rápido aseo, y un cambio de ropa para mí, porque no pensaba salir en esas fachas, viajamos en el auto de Noah hasta el *KFC* más cercano de West, a media hora de distancia en auto. Él sabía cuánto me gustaba el pollo frito y no le importó ir hasta allá para hacerme feliz. ¿Podía ser más tierno?

No hubo silencios incómodos ni conversaciones fingidas durante el viaje, gracias a la música de James Morrison, iniciando con *I Won't Let You Go*, que contenía en sus letras una frase repetida: «No te dejaré ir». Canté y mantuve contacto con Noah todo el trayecto, tomando su mano y besando sus nudillos cuando no la tenía sobre los cambios. Fue una pena que estuviéramos en su *Torino* y no en mi *Ford*. Habría sido muy feliz recorriendo el camino pegadita a él.

Noah detuvo el auto de espalda al establecimiento, los puestos del frente estaban tomados, típico en un día domingo. Hacía un día precioso y soleado, con un cielo despejado en un tono celeste, moteado del blanco de las nubes. Mis labios se curvaron en una sonrisa y mi estómago gruñó. ¡Estaba hambrienta! Abrí la puerta y me bajé del auto; eché el asiento adelante para que Spencer se bajara y luego cerré la puerta. Noah ya estaba a mi lado para ese momento. Entrelazó nuestros dedos y caminamos juntos por el estacionamiento hasta ingresar al restaurant.

Miré por encima de mi hombro y noté con tristeza que todas las mesas estaban tomadas. Casi lloré. No quería comer en el auto, pero si tenía que hacerlo, lo haría. Aún con nuestras manos juntas, Noah me condujo hasta el fondo del local, Spencer venía detrás, e hicimos una fila detrás de las personas que esperaban para ser atendidas.

—Quiero el puré de patatas con salsa *gravy*, pollo frito con la receta original, biscuits y ensalada de col. Pides la salsa de mostaza y miel y la *Summertime BBQ*. —Le indiqué rápidamente a Noah.

—Espera. ¿A dónde vas? —Me tomó por la muñeca cuando solté su mano.

—A sobornar a alguien para obtener una mesa.

Me alejé en cuanto dije la última palabra, y para mi suerte, una pareja se estaba levantando de la mesa que se encontraba al lado de una ventana, junto a la galería de fotos en blanco y negro del *Capitán Sanders*, fundador de *KFC*. Avancé entre los estrechos pasillos que formaban las mesas y me ubiqué en el asiento justo después de que quedara libre.

Desde mi ubicación, veía perfectamente a Noah y a Spencer charlando muy a gusto. Agudicé la mirada y el oído, pero escuchar algo iba a ser imposible. El lugar estaba lleno y nos separaban al menos tres metros.

*¡Estúpida! Debí enviarla a ella a cazar una mesa*, lamenté arrepentida. Aunque era una forma muy tonta de pensar, ellos tendrían miles de momentos a solas, podrían hablar y hacer todo lo que quisieran en mi ausencia. ¿Para qué molestarme? Claro, celos, benditos celos...

En algún punto de su conversación, Noah me buscó con la mirada y, al verme, sonrió ampliamente y me guiñó un ojo. La mujer enamorada dentro de mí se derritió como mantequilla sobre *hot cakes*. Debía dejar de celarlo con Spencer, ella no significaba nada para él, yo sí. Le devolví la sonrisa y lo saludé con la mano. Él articuló «te amo» y luego se giró para tomar el pedido, era su turno.

Mientras esperaba, le escribí a Cris por *WhatsApp* y le dije que seguía sin tener noticias de Olive. Ella respondió con un *emoji* lloroso y un corazón roto. Luego escribió «espero que esté bien».

**«Yo también lo espero. Te quiero, Cris».**

«Y yo a ti, Drey. Te hablo más tarde, me acabo de tomar un calmante, me duele el vientre horrores».

**«¡Ouch! ¿Has comido?»**, pregunté preocupada. Cris no la pasaba bien con su período. A veces, hasta vomitaba de dolor.

«¿Una galleta salada cuenta como comida?».

**«No, te llevaré algo más tarde. Descansa».**

«Intentaré :( ».

—¡Eh, muñeca! ¿Por qué tan triste? —dijo Noah sentándose a mi lado. Ni cuenta me di de cuándo se acercó.

Suspiré y negué con la cabeza.

—No es nada. —Le di un beso en la mejilla y esboqué una sonrisa.

Noah acarició mi mejilla y me dio un beso en los labios.

—Es un bonito lugar —comentó Spencer, mirando el local.

La verdad, era un establecimiento sencillo, lo más llamativo era la lámpara central en forma de vaso —con franjas verticales blancas y rojas— y la caricatura del capitán. Las paredes estaban pintadas de un rojo llamativo y las sillas y mesas eran de madera.

—¿Nunca habías entrado a un *KFC*? —curioseé.

—No, soy vegetariana —respondió serena. No parecía molesta por haber sido arrastrada a un restaurant donde la especialidad era el pollo frito.

—¡Uh! Lo siento —Me disculpé—. ¿No lo sabías, Noah?

—Sí, claro, pero aquí no solo sirven pollo. Spencer estará bien con puré, *biscuits* y ensalada —contestó despreocupado.

Ella asintió sonriéndole.

*¡Él sabe lo que come! ¡Sabe que estará bien con «puré, biscuits y ensalada»! Odio tanto esto, pero tengo que calmarme, tengo que dejar de sentir estos celos infernales. Y debo hacerlo ahora mismo.*

—¿Y no te molesta que comamos pollo delante de ti? —Mantuve un tono cordial y despreocupado.

—No, tuve un novio que comía carne como una bestia y nunca me molestó. Cada quien es libre de alimentarse como quiera, que yo sea vegetariana no tiene que ser un problema para los demás.

*“Tuvo”, en pasado. ¿Tendrá uno vigente?*

—Bueno, siendo así... —Elegí un muslo de pollo y le di una mordida. Noah y Spencer también comenzaron a comer y continuamos hasta que no quedó nada. Entre charlas, descubrí que ella era una heredera millonaria y que no tenía novio. Había terminado con él unos meses atrás al descubrir que estaba con ella por interés; estuvieron comprometidos por un tiempo, pero cuando le habló de acuerdo prenupcial, el tipo la dejó.

*¡Genial! Es hermosa, está soltera y no tiene que trabajar para vivir. Eso la mantendrá metida día y noche en la casa de Noah.*

Salimos del restaurant después de pedir un poco de comida para Cris y regresamos a la ciudad con el reproductor apagado. En lugar de música, escuché el incesante parloteo de Spencer, quien habló en todo momento de Alice, cosa que tuvo fascinando a Noah todo el trayecto. Solo por eso fue soportable, por la sonrisa que se dibujó en su rostro al escuchar del nacimiento de su hija y de las mil cosas graciosas que una niña puede hacer mientras crece. Había momentos en los que nuestras miradas se cruzaron y, aunque sonreía, vi tristeza en sus ojos. Era comprensible, no debía ser fácil para él descubrir todo lo que se había perdido con los años de ausencia.

Al llegar a la casa de Noah, Spencer se bajó del auto y nosotros seguimos adelante hasta el apartamento de Cris. Nos bajamos del vehículo, Noah

cargando la comida, y subimos las escaleras hasta el segundo piso, donde vivía mi amiga. Toqué su puerta un par de veces y esperé. Cris no tardó mucho en abrir e invitarnos a pasar. La pobre apenas podía caminar erguida, su cabello estaba revuelto y su rostro demacrado por el dolor. Se sentó en el sofá y abrazó una almohada esponjosa que estaba sobre el asiento de al lado.

—Traje pollo. ¿Quieres que lo caliente o lo guardo para más tarde?

—Tengo hambre —murmuró con los ojos entrecerrados.

—Yo me encargo, muñeca. —Ofreció Noah, tomando el envase con pollo y dirigiéndose a la cocina.

—Es un divino. —Halagó Cris con una media sonrisa—. Quiero un Noah para mí. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—Ni idea, solo te advierto que este ya está tomado. —Fingí estar molesta, aunque seguía un poco aprensiva por todo el asunto de Spencer estando cerca de Noah.

—Tranquila, Drey, no te quitaré a tu hombre... a menos que él quiera conmigo —bromeó guiñando un ojo.

—¡Escuché eso! Y no, lo siento, mi corazón es de Audrey —declaró desde la cocina.

Cris puso una mano en su pecho, a nivel de su corazón, y suspiró como una enamorada.

—Lo dicho, necesito un Noah en mi vida.

—Tienes a un Noah en tu vida —dijo él, poniendo la comida delante de Cris. Había colocado la ensalada y el puré en un plato, junto con dos piezas de pollo.

—Oh, cállate, harás que en verdad te ame.

—¿No me amas ya? —Arqueó las cejas—. ¡Vaya! Esto es vergonzoso —añadió, pasándose la mano derecha por el cabello.

Ambas nos reímos, Cris quejándose al mismo tiempo por el dolor.

Dos horas después, mi amiga estaba alimentada y recostada en su cama. El dolor había cedido y fue capaz de dormir. Cuando salí de la habitación, ataqué a Noah a besos y le di las gracias por su apoyo y comprensión. Con Aarón, nunca tuve ese tipo de solidaridad; pocas veces compartía con mis amigas y cuando lo hacía se la pasaba quejándose y preguntando si podíamos irnos. Era molesto. Me disgustaba mucho cuando tomaba esa actitud. Para

mí, Olive y Cris eran mis hermanas, las amaba, así discutiéramos algunas veces, y eso era algo que él no entendía. Pero Noah sí lo hacía. Nunca, ni cuando Olive fue grosera con él, la trató mal.

—¡Noah! —Lo empujé cuando sentí su erección contra mi pelvis.

—¿Qué? Tú iniciaste esto. —Se quejó con una sonrisa de picardía—. No puedes besarme sin esperar que reaccione de alguna forma, muñeca. Si solo con verte, me excitas. Tocándome... pues, ya ves. —Empujó su paquete contra mi pelvis una vez más.

—Noah... —jadeé. Solo estaba usando un vestido floreado de tela muy fina.

—¿Qué quieres, mi amor? —Besó mi cuello a la vez que desplazaba su mano por debajo de mi falda

—No podemos... aquí... —balbuceé. Sus dedos ya habían surcado mi interior—. ¡Oh, Dios! —Rozó mi clítoris con su pulgar.

—¡Shhhs, bebé! No quieres despertar a Cris. —Me silenció el muy cretino.

—Entonces no me hagas gritar —inculpé.

—¿Estás segura? ¿Quieres que pare? —Asentí, aunque cada nervio de mi piel pedía lo contrario—. Bien. —Besó mi cuello suavemente al mismo tiempo que apartaba su mano de mi entrepierna. Y ante mi mirada atónita, llevó los dedos que estuvieron bailando en mi humedad y los lamió uno a uno, haciendo sonidos guturales al chuparlos. Imaginé su boca repitiendo la acción en mi sexo y eso fue todo lo que pude soportar. Tiré de su mano y nos encerré en el baño de Cris.

—Ponte creativo, Noah Cohen —demandé, quitándome el vestido.

Él sonrió con petulancia, pero no me importó su gesto triunfante, lo deseaba y lo tendría.

—Desnúdate —ordenó al tiempo que desabrochaba su jeans.

Me quité las bragas y el sostén y los puse sobre el lavabo. Noah caminó hacia mí y tomó uno de mis pechos con su mano, pasando el pulgar por mi pezón erecto, que a su toque se puso más duro. Su boca se encargó del otro, succionándolo con hambre y mordisqueando la cima después. Todo lo que hacía se reflejaba en la parte baja de mi pelvis, que palpitaba ansiosa por ser llenada por su hombría.

—¿Vas a ser una chica buena? ¿No vas a gritar?

Asentí.

—Date la vuelta y sujétate del lavabo.

Cuando lo hice, Noah separó mis piernas y acarició mis glúteos con movimientos circulares. Repitió la acción una, dos, tres veces..., para luego explorar la parte más sensible de mi cuerpo, haciéndome temblar de puro placer. Con su mano libre, acunó mi pecho, rozando la punta con su pulgar una y otra vez, al tiempo que penetraba mi sexo con dos dedos. Mi pelvis se contrajo con ansiedad, deseando que la tortura acabara y que solo... me embistiera. Pero cuando creí que no podía excitarme más, Noah se inclinó sobre mi espalda, besó mi nuca, susurrando la palabra «preciosa» con voz gutural, y pulsó mi clítoris.

*¡Mierda, mierda... oh, mierda!*

Un maravilloso e intenso dolor se propagó en mis nervios, desestabilizándome, robándome el aire y las fuerzas. Solté el lavabo y mis piernas se flexionaron. De no ser por Noah, quien me sujetó a su cuerpo, habría caído de rodillas al suelo.

Ya no tenía dudas de que eso de sus “superpoderes” era cierto. ¿De qué otra forma era capaz de tocarme en tantos lados al mismo tiempo? Parecía tener cuatro brazos en lugar de dos.

—Sujétate de nuevo, mi amor —pidió con la voz agitada.

Regresé mis manos al lavabo y estiré las piernas, retomando la postura inicial. Segundos después, escuché el característico sonido del empaque del preservativo abriéndose y miré por el espejo cómo Noah desplazaba el látex por su miembro. Mi garganta se secó y un fuerte latigazo agitó mi pelvis por la anticipación. Sabía lo bien que se sentiría su masculinidad dentro de mí. ¡Estaba desesperada por experimentarlo de nuevo!

—Me encanta escucharte, pero tienes que ser silenciosa, muñeca.

—Sí, Noah. Solo... hazlo ya —demandé sin sentir vergüenza. Todas mis inhibiciones se convertían en polvo cuando se trataba de él.

Sin hacerme esperar, llevó su glande a mi entrada, separando mis pliegues, y con un certero empujón, la totalidad de su longitud abarcó mi interior. Jadeé entre mis dientes apretados y me sujeté con más fuerza del lavabo, previendo lo que sucedería después, cuando empezara a abalanzarse dentro y fuera de mí.

—Te sientes tan bien, Audrey —aulló con voz vibrante y áspera.

Posó sus manos a mi cadera e inició un rítmico vaivén que me llenaba y vaciaba continuamente. Con cada empuje, su miembro tocaba un punto extra sensible en mi interior que dolía deliciosamente. Eso podía contar como otro de sus superpoderes, porque con nadie más sentí algo tan intenso, indescriptible y desesperante como lo que experimentaba cada vez que me hacía el amor. En medio de mi frenesí, olvidé dónde estaba. Me entregué por completo al momento, sumergida en la pasión y en lo que sentía, y grité su nombre con un vigoroso alarido de complacencia, cediendo al orgasmo. Pronto él alcanzó su propia culminación y pronunció mi nombre en tono reverencial y amoroso. Solo Noah podía ser pasional y tierno a la misma vez.



## Capítulo 23

Los siguientes tres días, creamos una rutina de dormir juntos en mi habitación, desayunar en la mañana con papá —y con la invitada añadida—, ir al taller, almorzar en la oficina y volver a casa, al terminar la jornada laboral, para trabajar un par de horas en el ático de la casa de Noah junto a Spencer. No me seguía gustando la idea de él durmiendo ahí, y tampoco terminaba de acostumbrarme a la presencia de *la entrometida*, pero no podía hacer nada más que tragarme mi disgusto.

Obviando a Spencer y la tensión que ella generaba, entre Noah y yo todo iba de maravilla. No, rectifico, olvidaba que, cada vez que Aarón se comunicaba conmigo, la tensión se hacía tan cruda que la podía palpar con los dedos; y sucedía cada noche, cuando mi teléfono sonaba con una llamada suya que, para mi mala suerte, pasaba cuando Noah estaba en mi habitación. Era sumamente incómodo conversar con Aarón mientras él escuchaba, porque lo hacía, así se metiera al baño o saliera al pasillo, sabía que nos oía. Su mala actitud a la hora de dormir me lo advertía. Evitaba tocarme y se recostaba de espaldas a mí, lo que se traducía a nada de sexo. Al principio, me enojé con Aarón por llamarme —siendo bastante injusta con él, ya que era yo la que lo estaba traicionando—. Después, me enfurecí con Noah por ser tan temperamental e inmaduro, aunque luego reflexioné y comprendí sus celos, yo misma ardía en llamas cuando Spencer estaba cerca o cuando sabía que se encontraban solos en su casa. Y al final, estaba encolerizada conmigo misma por meterme en esa situación.

—Buenos días, mi amor. ¿Tienes noticias de Oli? —preguntó papá cuando bajé las escaleras. Noah ya se encontraba en la cocina preparando waffles. Spencer no había aparecido aún, para mi suerte.

—No, papá, nada —respondí cabizbaja y me acerqué a él para darle un beso.

Oli seguía sin dar señales de vida, por lo que Brandon decidió ir a la policía y denunciar su desaparición. No le dije que eso no serviría de nada, no

lo hice porque eso implicaría tener que admitir toda la verdad.

—¡Dios! Me preocupa mi niña. ¿Dónde estará? —murmuró preocupado.

—No lo sé, pero espero que, dónde sea que se encuentre, esté bien.

—Y yo, mi amor. —Me incliné hacia él y lo abracé. Antes de separarnos, me dio un beso en la cima de la cabeza y me dijo que me amaba. Yo respondí que lo amaba mucho más. Fue uno de esos momentos padre-hija que llenaban mi corazón.

Spencer no fue a desayunar esa mañana con nosotros. Y yo feliz. No pregunté la razón, no quería que Noah fuera por ella para que se uniera a nosotros. Ya me estaba cansando de su diaria intromisión, arruinando uno de los mejores momentos de mi día. Y debo decir, que nunca disfruté de unos waffles como lo hice esa mañana. No supe si por lo feliz que me hacía estar a solas con Noah y papá o porque en verdad estaban deliciosos. Fue un inicio de jueves casi perfecto. Y digo “casi” porque Noah, tan bondadoso y atento como era, le llevó el desayuno a Spencer. Él podía ser todo lo tierno que quisiera, pero solo conmigo. ¿Era egoísta?, sí. ¿Infantil?, también. Pero no podía evitarlo. Me disgusté tanto que no esperé que él se subiera a su auto para arrancar el mío e irme. Siempre lo esperaba, Noah me seguía hasta el taller y entrábamos juntos tomados de la mano.

—¿Qué fue eso? —reclamó, entrando enojado a mi habitación de Gunnar's.

—¿Qué? —Me hice la desentendida.

—¿Por qué te fuiste así? Estabas conduciendo por encima de los límites, Audrey. Pudiste salir lastimada o herir a alguien —dijo en tono condescendiente.

Me reí.

—Sé conducir. Y no te hagas el tonto, sabes mi motivo —espeté mientras metía mis piernas dentro del overol.

Noah se pasó las manos por el cabello y suspiró.

—Fue una cortesía, Audrey. Te he dicho una y otra vez que ella no es nadie para mí, que te amo a ti.

—Así como yo te lo he dicho a ti y de igual forma me das la espalda cada noche después de que hablo con Aarón.

—No es igual —rechistó—. Él te tuvo primero, te sigue teniendo de alguna manera.

—No es así.

—Audrey... preferiría que tú vivieras bajo mi techo y no ella, pero su presencia me garantiza tener a Alice —habló con cautela y avanzó lentamente hacia mí—. No será para siempre, mi amor. Lucharé por la custodia de mi hija y luego ella se irá.

—Lo sé, entiendo eso...

Él dio dos pasos más hacia mí, acunó mi rostro con su mano derecha, acariciándola, y la otra la desplazó por mi cadera. Humedeció sus labios con su lengua y luego confesó:

—Me asusté. La idea de que algo malo te pase me desespera. No soportaría perderte a ti, el dolor me mataría.

—Entonces no deberías ir a la carrera la semana que viene, será bastante ruda.

Noah frunció el ceño.

—Es lo que hago, Noah. Amo correr y lo seguiré haciendo.

—Odiaré cada segundo de eso, pero iré —sentenció serio.

—¡Qué dulce! —dije con voz melosa y rodeé su cuello con mis manos, sabiendo que esa sería la mejor forma de cambiar su estado de ánimo—. Te amo ¿sabes eso? Te amo muchísimo, Noah Cohen.

—Te amo más, Audrey Gunnar. —Reforzó su agarre a mi cadera e inclinó su rostro hacia el mío para besarme. Al inicio fue suave y tierno, pero pronto la hoguera de la lujuria cobró vida propia y nos entregamos el uno al otro sin limitaciones, amándonos intensa y apasionadamente, como no lo habíamos hecho en muchas noches.

\*\*\*

Ese día en la tarde, decidí que era momento de comunicarme con Connor. Ya lo había ignorado lo suficiente y sabía que la paciencia no era una virtud que él poseyera. Noah no estaba saltando de emoción por eso, pero debía apoyarme, no tenía más opción. Le escribí un mensaje diciéndole que había encontrado un auto para él y que, si era posible, se acercara al taller a las cinco para que lo viera.

Su respuesta no tardó en aparecer.

«¡Sí! Estaré ahí a la hora puntual, princesa».

Cuando le informé a Noah que Connor había confirmado que estaría en

Gunnar's a las cinco, dio media vuelta y salió del taller, enojado. No lo seguí, era mejor no estar cerca de él cuando estaba furioso. Y si lo hacía, terminaríamos discutiendo y no tenía ganas de pelear.

Las siguientes horas, se las dediqué al viejo motor de un *Chevy Nova* del año 1972 que le pertenecía a Jacobo, uno de los tantos clientes de mi padre. El auto estaba en perfectas condiciones de latonería y pintura, pero el motor me ponía a sudar cada cierto tiempo. Y su dueño, tan testarudo como un niño malcriado, se rehusaba a cambiarlo por uno mejor.

—Es hora de comer, Audrey —anunció Noah en tono neutral detrás de mí.

—No tengo hambre —respondí de la misma forma.

—Sé que no es así. Siempre estás hambrienta al mediodía —aseveró—. Ven, pedí *Chow Mein* y rollitos primavera del restaurant que te gusta.

Aparté las manos del motor y puse la llave que estaba usando dentro de la caja de herramientas, evitando su mirada en todo momento. No intentaba iniciar una nueva pelea, solo quería que supiera que estaba molesta por su actitud y que me debía al menos una disculpa.

—¿Qué es esto? ¿La ley del hielo? —Rio, en un intento de ser bromista, pero nada en mí decía “ja, ja, ja”—. ¿Qué quieres que diga, Audrey? Me cabrea saber que él vendrá aquí, no lo soporto. ¿Pretendes que aplauda o lance papelitos al aire? —preguntó irónico.

Cerré la caja y comencé a caminar hacia la oficina, ignorándolo por completo. Noah me siguió mientras decía que solo salió por un poco de aire fresco, que no podía enojarme con él porque él se enojara conmigo. Casi me reí por la ironía, pero no lo hice. Seguí con mi “ley del hielo”.

—Audrey, deja de ser tan infantil —demandó como un autómatas.

Me detuve y lo encaré, notando que todos empleados observaban la escena con interés y sin ningún disimulo. ¡*Qué hombres para ser chismosos!* Les lancé una mirada de «méntense en sus asuntos» y todos dejaron de mirar.

—Y tú, deja de actuar como un fosforito y asume de una maldita vez que Connor será parte de mi vida, te guste o no —reproché altanera.

—¿Como tú asumes que Spencer es parte de la mía? —gritó en el mismo tono.

—¡Guao! —Sacudí la cabeza sonriendo. Y no era una de esas sonrisas buenas que brotan del corazón, era una sarcástica y odiosa—. Pensé que habíamos superado ese punto esta mañana, pero ya veo que tu necesidad por

darle un puesto a Spencer es urgente.

—Espera, muñeca. No quise...

—Déjame en paz, Noah. Y agarra tu *Chow Mein* y llévaselo a Spencer, sino es que ya le enviaste un pedido especial. —Me giré, dándole la espalda, y pisoteé el suelo hasta alcanzar la puerta. Pero antes de que pudiera abrirla, sentí un tirón hacia atrás y pasé de estar de pie en el suelo, al hombro de Noah—. Bájame ahora mismo. —Pataleé y golpeé su espalda con mis puños, pero eso no supuso ninguna molestia para él.

Siguió caminando hacia la puerta de salida, conmigo en su hombro como un energúmeno, hasta que estuvimos fuera, delante de su auto. Fue ahí cuando me bajó y, mirándome con determinación, ordenó que entrara en él. Yo, tan testaruda y malcriada como siempre, me negué a hacerlo.

—Audrey, por favor, entra al auto —exhortó empeinado.

—No quiero ir contigo a ningún lado. —Lo empujé hacia atrás, aunque no se movió ni un centímetro.

—Eres demasiado testaruda, Audrey. ¿Por qué lo haces tan difícil? Te comportas como una adolescente —increpó.

—Tienes razón, Noah. Haré que las cosas sean más fáciles para ti a partir de ahora —enuncié en voz baja.

Noah respiró aliviado y abrió la puerta para que me subiera a su auto.

No lo hice.

—Audrey...—Invitó una vez más.

—No se hará más fácil si seguimos juntos, tengo que dejarte ir —añadí para que entendiera mi resolución. Su vida se iba a complicar a partir de la llegada de Alice y yo, con mi actitud de malcriada y mis líos con Aarón y Connor, solo iba a ser una carga para él.

—¿Qué mierda, Audrey? No, no vas a hacerme esto de nuevo. —Puso sus manos a cada lado del techo del *Torino*, acorralándome entre su cuerpo y el auto. Respiraba de forma errática y sus pupilas se tintaron de un azul tenebroso—. ¿Intentas romperme el corazón? ¿Quieres desatar el infierno en mí?

—No, yo no quiero lastimarte —farfullé inquieta, lamentando haber puesto en su mirada tanta angustia. ¡Fui una idiota!

—Entonces no vuelvas a pensar que dejarme facilitará mi vida, Audrey,

porque no lo hará. Podemos discutir, podemos enojarnos mil veces, pero nunca, escucha bien, jamás dejaré de quererte junto a mí. ¿Lo comprendes, muñeca?

Asentí.

—Dilo, dime que entiendes que te amo y que siempre te amaré.

—Sé que me amas y que siempre me amarás —recité con la voz apagada—. Y yo te amo a ti y quiero lo mejor para tu vida, así ese “mejor” no me incluya a mí y a todo mi drama —añadí.

—No hay nadie mejor para mí en este mundo que tú, *mi pequeña altanera*. —Bajó sus manos a mis hombros y acarició mis brazos hasta encontrar nuestros dedos y entrelazarlos—. ¿Vas a subir al auto ahora?

—Sí —contesté con la respiración entrecortada. Su declaración, y el tono grave y provocativo de su voz al pronunciar cada palabra, me empujaron al límite de la razón. En ese instante, hubiera hecho cualquier cosa que me pidiera.

Noah sonrió satisfecho, o tal vez petulante por el triunfo, acercó sus labios a los míos y me besó de forma ruda y primitiva. No me había besado así desde la primera vez en su garaje, y quise comprender por qué lo hacía. ¿Seguía enojado? No creí que lo estuviera antes de que me besara. Entonces, ¿por qué estaba siendo tan áspero?

—Noah, me lastimas —advertí, echando la cabeza atrás. Mis labios ardían y los huesos de mis dedos pedían clemencia, me sujetaba tan duro que sentía que iban a romperse.

Él amplió los ojos y soltó mis manos de súbito. Parecía severamente perturbado.

—¡Mierda! —masculló, tomando un puñado de su cabello con cada mano—. Perdóname, Audrey. No sé qué pasó.

—E-estoy bien —balbuceé nerviosa. No voy a mentir, me asusté un poco. Noah no había actuado de esa forma predatoria desde hacía mucho tiempo y odiaba pensar que sus sombras estuvieran regresando.

—Ve adentro —pidió, dando un paso atrás para que pudiera pasar.

—Pero querías que subiera al auto —contrarié confundida.

—Audrey, por favor, hazme caso en esto. Solo ve a dentro —rogó, dibujando una sonrisa triste y lastimada en sus preciosos ojos.

—¿Y tú? —intercedí. No quería apartarme de él mientras se viera tan desdichado.

—Necesito estar solo —respondió, tragando un nudo en su garganta, manteniendo la misma mirada de derrota.

—No, no es así, me necesitas a mí. —Me acerqué a él y rodeé su cintura con mis brazos. Puse mi cabeza en su pecho y cerré los ojos, suspirando a la vez. Su corazón marcaba un apresurado *bum, bum, bum* que incentivó al mío a palpar igual. No sabía lo que estaba pasando por su cabeza, pero no lo dejaría solo. Lucharía por él de la misma forma que él luchaba por mí.

Al final, los dos entramos al taller y almorzamos con Cris en la oficina. Ella fue muy precavida al no preguntar qué había pasado y decidió que hablar de sí misma era una buena forma de distracción, algo que agradecí en ese momento. Nos contó que conoció a un tipo en el gimnasio y que la había estado invitando a salir cada día, apareciendo con flores y chocolates, pero que no se animaba a aceptar porque pensaba que era un acosador.

—¿Y si él es el Noah que estabas buscando? —intercedí. El hombre se merecía al menos el beneficio de la duda.

—Nah. ¿Acaso Noah te conquistó con flores y esas tonterías? —menospreció vilmente—. Eso es de la época pasada. Yo quiero pasión, fuego... Quiero a un hombre que solo al hablarme me encienda. No cursilerías románticas.

—Okey, creo que debería irme antes de que expliques más —dijo Noah apenado.

—¿Ahora te avergüenzas? Tú y Audrey se la pasan teniendo sexo en todos lados. No te hagas el inocente ahora. —Se rio con descaro.

—¡Cristal! —reñí. Ella nunca fue tan directa. ¿Dónde quedó la Cris precavida que se usó de excusa para aligerar el ambiente?

—Oh, vamos, Drey. ¿Crees que no sé lo que pasó esta mañana en esa habitación, o el otro día en mi baño? Y, por cierto, tienes que cambiar ese colchón, chilla cada vez que se mueven —añadió como si hablara de cualquier trivialidad.

—¡Jesús! —resoplé cubriéndome el rostro.

—¿Sí? No lo había notado. Vamos, bebé. Quiero probar si es cierto —invitó él, siguiéndole el juego.

Giré los ojos y me levanté del asiento para botar en la basura mi

contenedor vacío mientras aquellos dos se reían de algo que a mí no me daba gracia. Al contrario, me parecía de muy mal gusto.

Entré a la habitación y pasé hasta al baño para cepillarme los dientes. Noah se sumó cuando le ponía la pasta dental al cepillo. Su mano izquierda rodeó mi cintura, la otra apartó mi cola de caballo a un lado, y sentí un beso en mi nuca. Mi piel reaccionó al contacto, haciendo brotar mis poros, y emitió réplicas al resto de mi cuerpo.

—¿Estás enojada? —preguntó, coincidiendo conmigo a través del espejo.

—No. —Llevé el cepillo a mi boca y comencé a asear mis dientes. Noah se mantuvo a mi lado y siguió cada uno de mis movimientos a través del espejo. No me molestó, no era la primera vez que me miraba mientras me cepillaba. A veces lo hacíamos al mismo tiempo. Recordando eso, lavé su cepillo de dientes y le puse pasta dental, enjuagué mi boca y le cedí el turno.

—Gracias, muñeca —dijo con un guiño.

Me paré en el umbral de la puerta y esperé hasta que terminara.

—Ven aquí —ordené cuando ponía su cepillo en la base. Noah me siguió sigiloso hasta la cama—. Siéntate en el colchón y haz que chille.

—¿Qué?

—Solo hazlo —insté. Al minuto siguiente, Noah estaba saltando sentado encima del colchón. El chillido apareció y fue cuando comencé a gemir como si estuviera teniendo sexo. «No pares, Noah» «Sí, así», decía mientras caminaba hacia la puerta. La abrí de un tirón y Cris cayó sobre sus rodillas, apoyando sus manos en el suelo—. Toma esa cita, Cris. La necesitas con urgencia. —Pasé por su lado y salí de la oficina hacia el taller para seguir trabajando en el *Chevy*.

—Eso fue cruel —comentó Noah cuando me alcanzó en el auto.

—Ella se lo buscó. No creo que vuelva a espiarnos después de eso. —Sonreí complacida. La cara de Cris fue todo un poema cuando se descubrió pillada.

—Mala, mala. Eres una chica muy traviesa. —Su voz fue áspera y sexy, de la forma que se escuchaba cuando estaba excitado.

—¿Merezco un castigo? —murmuré por encima de mi hombro.

Noah se pegó a mi espalda y emitió una frase en mi oído que me dejó absorta y caliente a la vez—: ¿Un orgasmo cuenta como castigo? Porque eso te daré si me lo pides.



Humedad se estableció entre mis muslos de forma intrépida y descarada y mi deseo latió vigorosamente. No era difícil recordar que él era capaz de colmarme de un placer tan intenso que me hacía perder la noción del espacio y el tiempo, que en sus manos era como arcilla maleable, moldeada a su antojo.

—Pásame la... la llave inglesa —balbuceé, mi voz delatando mis deseos.

—Más tarde —prometió, dejando un beso en mi mejilla antes de separarse de mí y buscar lo que le había pedido—. Aquí. —Me entregó la llave y luego se marchó. Ese día trabajaba con Manuel y seguro lo estaba esperando para seguir adiestrándolo. Él era mejor instructor que yo; las veces que intenté enseñarle algo, perdí la paciencia y le grité. Manuel también le gritaba, pero él no era su novio y no iba a herir sus sentimientos por reprenderlo.

Sin darme cuenta, el reloj avanzó silencioso hasta las cinco de la tarde, la hora en la que Connor llegaría al taller. Por eso me sorprendí al verlo de pie a mi lado cuando di la vuelta para cambiar de herramienta.

—Hola, princesa. —Me saludó con una sonrisa que no podía crecer más.

—Hola, Connor —contesté con cautela y sin demostrar ninguna emoción, ni buena ni mala. La conmoción inicial por el asombro de su repentina aparición se había desvanecido; solo sentía inquietud, y no por él realmente sino por la reacción de Noah cuando lo viera.

—Te traje *pretzels* y rosquillas. ¿Te gusta el dulce? No te lo pregunté ese día. —Habló con nerviosismo mientras me tendía una bolsa de papel.

—Sí, gracias, me encanta el dulce. Te dije que mamá cocinaba tartas y brownies. ¿No lo recuerdas? —Tomé la bolsa que me ofrecía y percibí un olor delicioso que hizo gruñir mi estómago.

—¡Sí! ¡Es cierto! —Golpeó su frente con su puño cerrado—. No sé dónde tengo la cabeza.

—No pasa nada, yo olvido un montón de cosas siempre —dije con empatía—. Ven, veamos qué te parece el auto.

Rodeé el *Chevy*, seguida por él, y de inmediato mi vista chocó con la de Noah, quien estaba de pie, diagonal a nosotros, con los brazos cruzados y un marcado rictus en sus labios. Le esboqué una sonrisa para calmar las turbulentas aguas que oleaban en su pecho, pero él ni se inmutó y volvió a trabajar en el *Corvette* que reparaba con Manuel. Obvié su actitud y transité el pequeño el camino que nos condujo al inicio del taller, donde estaba

estacionado un *Mustang Shelby GT350* de 1968 color negro que le ofrecería a Connor.

—¿Te gusta? Tiene el motor original 428 *Cobra Jet* y transmisión manual de cuatro velocidades. Conserva también la tapicería original y, como ves, no requiere de pintura ni de reparaciones en absoluto.

Connor pasó la mano por el techo y siguió la curva hasta el maletero. Caminó detrás del auto y lo rodeó hasta detenerse delante de la puerta de piloto.

—Es perfecto. ¿Puedo subirme? —Lucía genuinamente emocionado, no supe si por el auto o por mí.

—Sí, claro. —Abrió la puerta y se ubicó detrás del volante. Le dio un rápido vistazo al interior y estableció sus manos en el mando.

—¿Puedo conducirlo? —preguntó, ladeando la cabeza hacia mí.

—Por supuesto, déjame ir por las llaves y damos un paseo. —Le contesté de la misma forma que lo haría con cualquier cliente.

En el momento en el que me alejé del *Mustang*, Noah siguió mis pasos y entró detrás de mí a la oficina. No dijo nada mientras buscaba las llaves en el cajón donde las tenía, solo se quedó ahí, cauteloso y a la espera de lo que pudiera decirle.

—Daremos una vuelta, Cris puede rastrear mi teléfono por el GPS y también al auto —anuncié sin dar más detalles.

—¿Por qué tienes que ir con él? —replicó en un tono arisco y cortante.

*¡Aquí vamos!*

—Es lo que haría con cualquier cliente, Noah. —Giré los ojos.

—Iré detrás, y no hay pero que valga —advirtió antes de salir de la oficina como un furioso vendaval.

—Tu vida es tan excitante —comentó Cris con más entusiasmo del que debería.

—Hablares después de mi “excitante” vida —contesté con ironía. Ella necesitaba un estímulo que le permitiera vivir sus propias experiencias y no que lo hiciera a través de las mías. Si no era con el tipo de las flores, con alguien más, pero era un asunto impostergable—. Lo que hay en esa bolsa es mío, no te lo comas —advertí señalando la bolsa de papel que había puesto en el escritorio, y luego salí de la oficina.

Hice mi camino de regreso al *Mustang* y me subí en el puesto de acompañante junto a Connor. Le entregué las llaves y él no tardó en encender el motor, haciéndolo rugir. Una sonrisa curvó sus labios y noté en sus ojos una emoción casi infantil e inocente cuando me miró. Entonces lo imaginé como un pequeño niño asustado que solo quería amor, pensé en mamá y en las lágrimas que derramó por haberlo dejado atrás, y aquellas cavilaciones provocaron que mi estómago se ahuecara y mi pecho se agitara, dejándome una extraña e inquietante sensación.

—¿Estás bien? —preguntó cambiando su gesto risueño por uno preocupado.

—Sí, adelante, prueba a este bebé. —Palmeé la guantera del *Mustang*.

Él asintió y retrocedió en el auto hasta sacarlo del taller. El *Torino* de Noah se encontraba detrás, encendido y listo para seguirnos. Connor lo atisbó por el retrovisor y rio sonoramente.

—Me gusta ese sujeto —aseveró mientras ponía el auto en marcha.

—¿En serio? —Reí sarcástica—. Dudo que sea así.

—Bueno, no esperes que seamos grandes amigos, pero saber que te cuida me hace respetarlo.

—No lo espero, solo deseo que puedan llevarse civilizadamente —suspiré.

—De mi parte, será así, el resto va por su cuenta —contestó con la mirada anclada a la carretera. Conducía por la vía principal, hacia el Este de la ciudad, la misma dirección que tomé unos días atrás cuando discutí con Noah.

Miré a mi novio por el espejo lateral y rogué en silencio que cambiara de actitud con respecto a Connor. No pedía que lo aceptara de brazos abiertos, pero sí que al menos le diera una oportunidad.

—Tenemos un ganador —dijo Connor, sacándome de mi aturdimiento.

Miré hacia él y fruncí el ceño.

—Aún no te digo el precio.

—El dinero no es problema, princesa. El maldito no fue avaro y me dejó una gran tajada de su fortuna.

La forma en que se refirió al hombre que lo crio me crispó la piel, a pesar de conocer sus antecedentes. No me gustaba que guardara tanto rencor, ese sentimiento es como una plaga que envenena el alma y ensombrece tu vida.

Meditando en eso, un pensamiento estremecedor destelló en mi mente. ¿Y si Connor tuvo algo que ver en su muerte? Fue muy descriptivo al decir cómo falleció su padre adoptivo.

—No lo hice. —Me sorprendió al decir.

—¿Qué? —repliqué sin estar muy clara de qué hablaba.

—No soy un asesino, Audrey, no lo maté; aunque sí fantaseaba con su muerte cada día. —Su tono fue neutro, sin mostrar remordimiento o vergüenza por admitir sus oscuros pensamientos. Y también me resultó perturbador que leyera mis gestos.

—No dije que lo hicieras —murmuré recelosa. El ambiente se había tornado denso y escalofriante, tanto, que agradecí que Noah nos siguiera.

—No hizo falta, sé que lo piensas, sé que me temes y que no confías en mí, y no te culpo por eso. Toda tu vida pensaste que era un monstruo, tu padre te dice que lo soy, Noah lo piensa... —La sujeción de sus manos al volante se apretó y aceleró el auto unos treinta kilómetros por encima del límite.

—No creo que lo seas, ya no —aseveré con reserva. Él necesitaba escucharlo para calmarse. Decirle que bajara la velocidad solo lo enfurecía, lo sabía porque yo era igual de temperamental que él. Odiaba cuando alguien me decía cómo manejar.

—¿Ya no? —Me vio unos segundos por encima de su hombro y volvió a mirar al frente, aminorando la velocidad.

—No, sé que no lo eres. No soy una persona que se deja llevar por las opiniones de otros, Connor. De otra forma, no estaría ahora con Noah.

—Es cierto —aceptó asintiendo—. Él fue acusado de un brutal asesinato y eres su novia.

—Es inocente —defendí—. Lo incriminaron, estuvo preso por diez años, pagando una culpa que no era suya.

—Inocente —murmuró entre dientes.

—¿Crees que es culpable? —cuestioné con el ánimo caldeado.

—¿Qué importa si lo creo? Lo que vale es lo que tú pienses ¿o no? Es lo que me acabas de decir —reprochó con acritud.

—Sí, eso dije —espeté de mal humor.

De ahí en adelante, se instaló entre nosotros un incómodo silencio que

ninguno estuvo dispuesto a romper. Los dos éramos similarmente testarudos, algo que, sin darme cuenta, me hizo sonreír. ¡Tenía un hermano! Bueno, medio hermano, pero lo tenía. Estuvo en el vientre de mi madre, compartíamos ADN y la capacidad de enojarnos como fosforitos.

—Nuestra primera discusión de hermanos. ¿Imagina lo que hubiéramos sido de niños? —comenté, retomando el buen humor.

—Quizás hubiera sido menos cruel contigo que con Emerson —dijo entre risas.

—¡Oh, Jesús! ¿Qué le hiciste al pobre chico?

—No quieres saber. —Volvió a reír.

En una interjección, giró el auto a la izquierda, dio media vuelta, y se dirigió al Oeste, de regreso al taller. Miré por el retrovisor y noté que Noah también había girado y nos seguía a dos metros de distancia.

Al llegar a Gunnar's, Connor y yo nos dirigimos a la oficina y le pedí a Cris que se encargara de la venta del vehículo; le pertenecía a uno de mis clientes, quien me dio pase libre para la negociación. Había hecho de intermediaria muchas veces, las personas confiaban en mí lo suficiente para dejarlo en mis manos.

—Volveré en un minuto —dije, dirigiendo mi mirada a Cris, quien lucía un poco aterrorizada por la presencia de Connor.

—Hola —saludé a Noah. Se encontraba recostado a la pared de al lado de la puerta de la oficina, sus brazos cruzados sobre su pecho.

—Hola, muñeca —contestó con una sonrisa ladeada—. ¿Y bien? ¿Le gustó?

—Sí, Cris se está encargando del papeleo. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás bien?

—Ahora lo estoy. —Liberó sus brazos y se apropió de mis caderas. Puso su frente contra la mía y suspiró—. Estuve asustado todo el tiempo, ese idiota conduce como un demente.

—¿Te recuerda a alguien? —La ironía fue evidente.

—Joder, sí. Viví un extraño *déjà vú*. —Su expresión decayó un instante, pero enseguida se repuso—. No hagas planes para esta noche, hay un lugar al que quiero llevarte.

—¿A dónde? —pregunté casi gritando de la emoción.

—A mi fortaleza —bromeó.

—¿*Superman*, ¿eh? ¿Cuál sería tu *kryptonita*?

—Tú. —Me dio un beso breve y dulce y luego se marchó hacia su puesto de trabajo. Lo había dejado tirado por seguirme a mí y Manuel estaría muy enojado por eso.

## Capítulo 24

Noah seguía sin revelar a dónde me llevaría esa noche, solo me dijo que usara algo cómodo y que me buscaría a las siete treinta. Entré a casa y saludé a papá con un sonoro beso. Le pregunté si tenía hambre y dijo que no, que Spencer le había llevado pan casero y jugo de zanahoria con naranja hacía media hora y que quedó satisfecho, mencionando además que *la intrusa* – como la bauticé a partir de entonces– era una excelente cocinera. Luché con la urgencia de girar los ojos y rechistar como una malcriada y simplemente sonreí. Odiaba que Noah tuviera razón, pero debía admitir que no exageraba cuando dijo que me comportaba como adolescente.

A la hora puntual, bajé las escaleras y me encontré con mi atractivo novio en el último escalón. Me recibió de brazos abiertos y me dio un beso que deshizo mi perfecto delineado y borró mi brillo labial. Me había esforzado en lucir hermosa para él, usando un poco de maquillaje y formando ondas sueltas en mi cabello rubio. De vestir, elegí jeans ajustados hasta la cintura, un top rojo sin mangas –que dejaba una parte de mi vientre al descubierto– y botas de cuero corte alto. Él usaba jeans lavados, botas de montaña y una camiseta de algodón cuello “V” en tono azul océano.

—Mejor nos quedamos aquí —sugirió Noah mirándome con lujuria.

—Umm, no me parece. Tardé casi hora y media arreglándome. —Hice un mohín infantil.

—Se nota lo mucho que te esforzaste —dijo con un guiño juguetón por el que se ganó un puñetazo en su estómago—. Es broma, *pequeña altanera*. Tú eres hermosa, incluso cuando babeas mi pecho al dormir.

—¡Yo no babeo! —rechisté.

—Sí lo haces —siguió su burla—, pero ya lo dije, amo hasta tus babas.

—Eres un pesado. ¿Lo sabías?

—Sí, y también soy algo más —insinuó seductor. Sus dedos se movieron inquietos por el fragmento de piel desnuda de mi cintura, inmiscuyéndose debajo de la tela de mi top con un camino ascendente. Mis pechos se apretaron dentro del sostén y las puntas se erigieron, ansiando el tacto de la

piel rugosa de las yemas de sus dedos sobre ellos.

—¿Y... qué será? —farfullé.

—Un hombre de palabra. ¿Recuerdas que te daría un castigo?

Asentí mecánicamente. Era eso o gritar ¡Oh, sí!, como quien gana el premio mayor de la lotería.

—Mantenlo en mente —respondió, llevando su boca al ras de la mía. Ansiosa, pasé mi lengua por mis labios, mojándolos para recibir los suyos, pero el muy cretino no me besó. Me dejó con las ganas.

Malo, malo. Fue cruel y mezquino. Y buscaría la forma de hacerlo pagar.

—Nos vamos, Jace. No nos esperes despierto —gritó Noah de camino a la puerta, tomando mi mano y guiándome hasta la salida frontal como si no supiera el camino.

—¿No nos esperes despierto? —repetí a modo de pregunta.

—Ya escuchaste, muñeca. Esta noche eres solo mía. Dame tu teléfono —pidió, extendiendo la mano hacia mí.

—¡No! ¿Y si Olive llama?

—Desviaremos las llamadas a Cris, ya lo hablé con ella.

—¿Tú qué? ¿Cuándo pasó eso? —No estaba disgustada, solo asombrada.

—En algún momento entre las seis y la siete treinta. Ser hombre puede ser muy beneficioso.

—¡Ja, ja! Estás muy bromista hoy, Noah Cohen. —Escondí mi sonrisa mordiéndome el labio inferior.

Él me envolvió entre sus fuertes brazos y trazó con besos tiernos mi mandíbula, alcanzando mi cuello y soplando su aliento cálido sobre mi piel sensible, incitándome una vez más. Pero si le ocurría dejarme plantada de nuevo, me enfadaría mucho.

—¿Sabes por qué? —Me miró a los ojos cuando hizo la pregunta—. Porque soy muy, muy feliz. Es que estoy enamorado de una chica traviesa, sexy y altanera. Ella es mi vida, la mujer que hace que mi corazón duela al palpitar y la única con la que quiero dormir y amanecer cada día.

*¡Ay, qué bello!*

Noah podía ser muy dulce cuando se lo proponía y en ese instante lo era tanto como un panal de miel.

—¡Qué afortunada esa chica! —Me reí nerviosa.



—No, el chico afortunado soy yo. —Dicho eso, me soltó. Sí, sin besarme... de nuevo.

—¡Oye, *chico afortunado!* —Lo seguí, bastante indignada. Estaba caminando a largas zancadas hacia su auto—. ¿A qué estás jugando? —pregunté cuando finalmente lo alcancé, aunque él se encontraba del lado del chofer y yo al otro extremo.

—No quiero manejar dolorido, muñeca. —Me dio un guiño petulante y se metió al auto.

*¿Dolorido? ¿Cómo que...? ¡Ah, ya!*

¡Uh!, bueno. Si de dolor se trataba, ya yo tenía cierta área bastante comprometida. Y por el bulto que sentí cuando me abrazó, él también lo estaba.

Me subí al auto y, junto con hacerlo, me pidió de nuevo mi teléfono. Lo saqué de mi bolsillo y se lo di. Noah se movió a través de las opciones, escribió unos datos y luego me lo regresó.

—Listo, solo seremos tú y yo. —Encendió el auto y lo puso en marcha hacia el lugar que él había elegido y que decidió ocultar como una sorpresa. La verdad, era emocionante que guardara el misterio, me gustaba ser sorprendida, como aquella vez con el picnic, aunque esperaba que esta excursión no terminara en ningún accidente que nos llevara al hospital.

—Tú lo haces real —dijo Noah tomando mi mano y besando mis nudillos. No entendí qué significaban sus palabras hasta que me percaté de la voz masculina que cantaba “*cuando toda mi fe se ha ido en ti, tráemela hacia mí. Lo haces real para mí*<sup>[5]</sup>”. Estaba tan ensimismada que no noté que había encendido el reproductor. Le sonreí mientras escuchaba cada estrofa de la canción y sentí mi corazón vibrar con frases como “*tú eres la única que me salva*” y “*cuando no puedo encontrar las palabras, le enseñas a mi corazón a hablar*”.

Antes de que la canción terminara, Noah había dirigido el auto hacia la interestatal y conducía al Este, en dirección a Waco. Me pregunté si me llevaría de nuevo a KFC, pero luego descarté esa idea. Él estaba siendo especialmente romántico con todo esto de la música como para llevarme a comer pollo frito.

—No quiero vivir sin ti —citó cuando *Can't Stop*, de *One Republic*, comenzó a reproducirse. Y de nuevo besó mis nudillos. Se las había

arreglado para no tener que soltar mi mano al hacer los cambios.

—Ni yo sin ti. —Besé el dorso de su mano.

—Me equivoqué, estoy adolorido y ansiando el beso que no te di —  
mencionó, dándome una rápida mirada.

Me reí en tono burlón y victorioso.

Noah negó con la cabeza y sonrió.

¡Éramos dos locos! Dos locos enamorados.

\*\*\*

—Primera parada —anunció cuando detuvo el auto en un estacionamiento. Lo miré confundida, pero me guardé mis preguntas. Confiaba en él; si decía que esa era nuestra parada, le creía.

Me bajé del auto según me indicó y caminamos tomados de la mano hasta un establecimiento en penumbras. Noah puso sus nudillos sobre una puerta de metal oxidada y dio dos toques, luego otro y tres más al final. Era un código.

La puerta se abrió segundos después y un guardia de seguridad nos dio acceso. Era alto y robusto, no tenía un pelo en la cabeza y lucía una barba tipo candado muy prolija. Saludó a Noah con un abrazo fraternal y le sonrió como si le diera mucho gusto verlo.

—Mason, ella es Audrey, mi novia. Muñeca, él es mi amigo Mason, estudiamos juntos en la secundaria.

—Un gusto conocerte, Mason. —Le estreché la mano, emocionada. Mason era la primera persona que me presentaba como su amigo y estaba feliz de conocerlo. Entre tantas desavenencias, no me había detenido a pensar si había dejado amigos detrás cuando fue injustamente encarcelado.

—El gusto es todo mío, Audrey. No veía la hora de conocerte, ese bastardo me habló mucho de ti. —Le propinó un puñetazo de camaradería en el hombro mientras sonreía.

Miré a Noah y también estaba riendo. Me gustaba eso, amaba ver una sonrisa dibujada en los labios tanto como lo amaba a él.

—¿Sí? Pues déjame decirte que a mí no me habló de ti, pero estoy encantada de conocerte.

—Muy mal hecho, *novato*. —Lo reprendió poniendo mala cara y negando con la cabeza, pero solo bromeaba con él.

—¿Novato? —pregunté curiosa.

Mason sonrió pícaro, guiñando un ojo, y dijo que esa era una historia para otra noche. Noah estuvo de acuerdo con dejarlo para después y se despidió de él, prometiendo que se reunirían pronto en un lugar donde pudieran hablar tranquilamente.

Me despedí de Mason con un gesto de la mano y avancé con Noah por un pasillo estrecho y oscuro, que nos llevó hasta un *pub* en el que estaban tocando música salsa. La agrupación se encontraba al fondo del local sobre un escenario alto, y una gran cantidad de personas bailaban al ritmo de la contagiosa música. De ese género, conocía muy poco, solo a Marc Antony y a Celia Cruz, y eso porque el DJ de Holly's acostumbraba a poner sus canciones en las "noches de salsa".

—¿Baile o bebidas primero? —preguntó Noah por encima de la música. Me tomó un minuto responder «bebidas», porque encontraba sumergida en el recuerdo de nuestro primer baile; un momento emocionante, inolvidable y caótico a la vez. Parecía que había pasado mucho tiempo desde ese día.

Noah me llevó de la mano hacia el bar y nos sentamos en dos taburetes libres; había varios disponibles porque la mayoría de las parejas estaban bailando. Noah pidió dos *Coronas* y, no mucho después, el *bartender* puso dos vasos de vidrio delante de nosotros con nuestras bebidas; chocamos los vasos y consumimos todo el contenido. Después de una segunda ronda, nos dirigimos a la pista. ¡Era hora de bailar!

Mis hombros y caderas se balancearon ligeramente, motivados por la música que el grupo en vivo interpretaba, una salsa en español que nunca antes escuché pero que sonaba muy bien e invitaba a moverse a su ritmo. Mientras tanto, Noah me abrazaba por la espalda y repartía excitantes besos en mi cuello, enervándome como solo él era capaz de hacer.

¡Fuego!

¡Calor!

Sentía que ardía en llamas. Y no, no era por la temperatura cálida que reinaba en aquel abarrotado local, se trataba de él, de sus manos en mi cintura desnuda, de su lengua saboreando la piel salada de mi cuello...

¡Dios! El hombre me tenía al borde.

Me giré hacia él y lo besé con ansias. Noah correspondió el beso con el mismo éxtasis y hundió sus yemas en mi piel, sintiéndose como brasas

ardientes que me quemaban. En algún momento, rompimos nuestro apasionado beso y comenzamos a bailar pegados el uno al otro. Su erección, dura y orgullosa, rozaba mi pelvis; su aliento cálido se liberaba en mi cuello y su mano libre se movía por el interior de mi top. Ese no era un baile, era un ritual de seducción, un juego previo, una deliciosa tortura.

—“Que a besos yo te levante al rayar el día, y que el idilio perdure siempre al llegar la noche. Y cuando venga la aurora llena de goce, se fundan en una sola tu alma y la mía...<sup>[6]</sup>” —Cantó en mi oído, traduciendo para mí la letra de la canción.

—Sigue —pedí emocionada, y debo admitir, más excitada que antes. Su voz sonaba muy sexy cuando cantaba.

En el siguiente verso, repitió la frase anterior dos veces. Luego cantó: “soñando, contigo, queriendo que se cumpla nuestro idilio...”.

Cuando la canción terminó, Noah puso un suave beso en mis labios y me abrazó fuertemente, como nunca había hecho antes. Un sentimiento de pérdida se instaló en mi pecho, provocando que mi corazón latiera a un ritmo inquietante. Era ilógico sentirme así, lo que estaba pasando en ese momento era especial, precioso. Nos declaramos amor minutos antes, nos besamos con pasión... ¿por qué un abrazo me dejaría esa extraña emoción?

—Quédate conmigo —susurró con súplica.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Qué estaba pasando con él? No lo podía entender. Parecía que el miedo corría por sus venas, un miedo que me transmitió desde que me rodeó con sus brazos y que fue confirmado por su petición.

—Estoy contigo, Noah. ¿A dónde podría ir? —dije en su oído, hablando fuerte para que pudiera escucharme.

—No solo hoy, no solo aquí, Audrey. Quiero tenerte siempre, que nunca más vuelvas a decir que me dejarás. ¿Puedes prometerlo?

¿Podía hacerlo? Lo amaba con todo mi corazón, ya le pertenecía en cuerpo y alma. ¿Sería muy descabellado hacer esa promesa?

—Sí, Noah —contesté sin temor. Con él estaba segura, a su lado tenía todo lo que no sabía que necesitaba, y haría todo lo posible para mantenerlo conmigo. Era momento de dejar atrás las dudas, de vivir nuestro amor sin miedo ni incertidumbre.

Nos quedamos abrazados por un tiempo incierto, olvidando nuestro

entorno y lo que se suponía debíamos estar haciendo en esa pista de baile. Era como si el mundo se desvaneciera, como si no importara nadie más que nosotros. Y fue esa sensación de aislamiento la que nos motivó a entregarnos a un beso apasionado que nos puso justo en la línea roja, donde el deseo lo dominaba todo.

—Salgamos de aquí —dijo Noah y se apropió de mi muñeca para guiarme fuera del local. Transitamos una vez más el estrecho pasillo en penumbras y nos reencontramos con Mason en la salida. Al vernos, sonrió con simpatía, notando nuestra urgencia por salir de ahí, y nos abrió la puerta enseguida.

—No te ausentes demasiado, *novato* —gritó detrás de nosotros.

Noah elevó su mano libre y le mostró el dedo medio. Me hubiera reído, pero estaba demasiado avergonzada para hacerlo. Tenía mil signos de “quiero que me folles” dibujado en el rostro, y Mason me vio. ¿Qué iba a pensar de mí?

—¿Alguna vez lo has hecho en un auto? —preguntó Noah mientras me abría la puerta para que me subiera.

¿Le respondía con la verdad o lanzaba una mentirilla piadosa? Porque, vamos, decir sí podría terminar con su libido en cuestión de segundos. Pero, por otra parte, le había prometido ser sincera.

—Sí. —Me mordí el interior del labio en espera de su reacción.

—Súbete —pidió un tanto arisco. Cerré los ojos y esnifé por la nariz, odiando haber arruinado su buen ánimo. Pero no podía retractarme. Me subí en silencio al auto y di un pequeño brinco en el asiento cuando Noah cerró la puerta, mascullando la palabra «idiota». Caminando furioso, rodeó el *Torino* por delante y ocupó su puesto detrás del volante.

—¿Tomó tu virginidad en su maldito auto, cierto? —interrogó, apretando el volante con sus manos hasta que sus nudillos perdieron el color.

—No responderé a eso, Noah. No necesitas saberlo —contesté indignada. Eso no era de su incumbencia. Y no, no fue en su auto, fue en la cabina de mi *Ford* en una noche de camping.

—¡Bien! —Encendió el motor y arrancó a toda velocidad, con un humor del infierno.

Crucé mis brazos y miré por la ventana. La fuerte brisa hacía ondear mi cabello y refrescaba mi rostro acalorado. Todo el fuego y la excitación se esfumaron con su actitud, arruinando lo que parecía una noche perfecta.

—Lo siento, muñeca. —Se disculpó minutos después, bajando un poco la velocidad.

—¡Ajá! —espeté de mala gana.

—Audrey...

—No me hables. Estropeaste todo con tu mal humor, como siempre —reproché—. Llévame a casa.

—No.

—¿No? —Me reí—. ¿Vas a secuestrarme?

—Sí —afirmó sin titubear.

—¿Sin opción a pataleo, ¿eh? —ironicé, chasqueando mi lengua.

No contestó, en cambio, encendió el reproductor y *She Sets The City On Fire*, de *Gavin DeGraw*, llenó el silencio. No conocí sus canciones hasta que Noah comenzó a trabajar en Gunnar's. Su selección lo incluía a él, a *Maroon 5*, *AC/DC*, *One Republic*, *James Morrison* y otras bandas de rock alternativo.

La canción no había terminado cuando Noah detuvo el auto frente al *Fairfield Inn & Suites*, ubicado al Norte de Waco. No sabía si era una parada planificada o una idea espontánea, duda que se disipó cuando él se giró hacia el puesto de atrás y alcanzó un bolso negro que se encontraba en el asiento.

—Tengo aquí todo lo que necesitamos —anunció, rebosante de felicidad, y estampó un beso en mi boca.

—¡Guao! Tu capacidad para cambiar de humor me sigue asombrando —rechisté, todavía muy molesta con él como para estar dándole besos y sonrisitas.

Noah mantuvo su expresión de felicidad en el rostro, se bajó del auto y lo rodeó para abrirme la puerta.

—*Madame* —dijo en tono reverencial y con una inclinación histriónica que me hizo sonreír. Me deslicé fuera del asiento y tomé la mano que me ofrecía con caballerosidad.

Noah bajó su rostro hacia nuestras manos unidas y besó la mía con delicadeza, siguiendo con su payasada.

—Necesitarás más que gestos “nobles” para contentarme —advertí con aires de suficiencia. No se la pondría fácil. Si quería anotar, debía marcar un hit o mejor un *home run*. Sí, sabía de béisbol. Crecí viendo los partidos con

papá y conocía las reglas del juego y todo lo relacionado con él.

—No necesito de nobleza para “contentarte”, muñeca. Tengo una herramienta más infalible. —Se regodeó, altivo y seguro de sí mismo.

—Hombres, todo lo quieren solucionar con su pene —rechisté mientras intentaba sacar mi mano de su firme sujeción. Él no lo permitió.

—Cierto, tengo dos herramientas infalibles. —Se mojó los labios con la lengua, lenta y provocativamente, para luego esbozar una sexy sonrisa ladeada y acercarme hacia él—. Vamos, mi amor. No dejes que mi estupidez afecte nuestra primera noche solos. Sabes que soy celoso y territorial contigo, que me resulta insoportable saber que alguien más te tuvo. —Acarició mi espalda con sus pulgares mientras repartía suaves besos en mi mandíbula hasta rozar la comisura de mis labios.

—Está bien —cedí, comprendiendo su sentimiento. Yo también odiaba saber que alguien más estuvo entre sus brazos, que otra mujer tuvo el privilegio de llevar en su vientre a su hija.

—¿Ves? Ni siquiera tuve que ponerme en mis rodillas —alardeó.

—Fanfarrón —rebatí de buen humor. Su capacidad camaleónica era contagiosa.

Aclarado nuestro pequeño conflicto, nos dirigimos al hotel y cruzamos el lujoso lobby hasta llegar a la recepción, donde Noah pidió las llaves de la *suite* que había reservado para nosotros. Fue una verdadera sorpresa descubrir que se había tomado tantas molestias y que eligiera una suite en lugar de una habitación. En verdad se había esforzado, planeó esa noche con antelación y yo no podía sentirme más dichosa. Mi sorpresa fue mayor cuando, al entrar a la habitación de la suite, Noah sacó de su bolso un vestido tono coral tipo coctel, zapatos de plataforma en tono piel y ropa interior blanca de encaje, muy sexy.

—Tienes diez minutos para cambiarte de ropa. —Dicho eso, tomó el bolso que estaba en la cama y se metió al baño.

Me quité la ropa y la doblé en la cama, pero mantuve mi ropa interior. Era un conjunto sencillo de algodón tono piel, de brasier y bikini, que había elegido especialmente para esa noche. No era nada atrevido, aunque sí sexy. Tomé el vestido y lo metí por encima de mi cabeza. No tenía cierre ni botones. La tela se ciñó a nivel de mi busto —con un escote semiprofundo que mostraba la cima de mis pechos—, y caía libre desde mi cintura en una falda

abierta que terminaba cinco centímetros por encima de mis rodillas.

Cuando tomé los zapatos para ponérmelos, la puerta del baño se abrió y Noah salió, luciendo algo totalmente opuesto a lo que llevaba esa noche. Pantalón de vestir gris oscuro, camisa de cuadros azules y blancos, arremangada hasta los codos y con el primer botón abierto, y zapatos marrones casuales.

—Te queda un minuto —advirtió, sin detenerse a mirarme, y abandonó la habitación rápidamente.

Agarré un zapato en cada mano y lo seguí, dispuesta a tirárselos a la cabeza cuando lo alcanzara por ser tan pedante y odioso, pero al cruzar la puerta, ambos se deslizaron fuera de mis manos y repicaron contra el suelo haciendo un sonido sordo.

—¡Oh mi Dios! —Cubrí mi boca con manos temblorosas. Todo mi cuerpo temblaba.

—No se suponía que pasara así, pero no veía la hora de arrodillarme delante de ti para ofrecerte mi vida entera y pedirte a cambio que me entregues la tuya —pronunció con voz quebrada y nerviosa.

Mis ojos se colmaron de lágrimas y mi corazón se inundó de incesantes y enloquecidos latidos. ¡No podía creer lo que estaba pasando!

—Audrey Gunnar, te amo con todo mi ser, eres la mujer que me hace feliz y la única a la que deseo a mi lado. Y a pesar de saber que no te merezco, me atrevo a preguntarte: ¿quieres compartir el resto de tu vida conmigo?

Mi cabeza rebotó tres veces, dándole la respuesta antes de que mi boca fuera capaz de pronunciar un trémulo «sí». Estaba demasiado emocionada y aturdida como para formar una frase completa.

Noah se puso de pie y tomó mi mano temblorosa entre la suya, que también vibraba de emoción, y colocó en mi dedo anular una sortija de oro sencilla, sin piedra ni adornos que ostentar. ¡La amé!

Cálidas manos acunaron mi rostro en el siguiente segundo y esponjosos y suaves labios se aproximaron a los míos para darme el más dulce y amoroso de los besos. Para ese momento, las lágrimas ya habían desertado de mis ojos y mojaban mis mejillas. Noah las secó con sus dedos, sin dejar de besarme como quien toca a una flor. Mis brazos —que permanecían inertes a los costados de mi cuerpo— cobraron vida y se desplazaron lentamente por su abdomen hasta situarlos en su pecho, sintiendo los agitados pálpitos de su



corazón.

—Te amo tanto, Audrey —expresó sobre mis labios.

—Yo también te amo, Noah.

Nuestros labios volvieron a encontrarse y nos besamos con pasión y frenesí, completa y absolutamente entregados el uno al otro, envueltos en la promesa de un futuro que sellamos con una sortija y un sí... Ansiosos y desesperados como nunca, nos desvestimos de camino a la habitación y dejamos una estela de ropa desde la puerta hasta el borde de la cama. Fue una completa demencia. Nos besábamos por momentos y en otros nos deteníamos y seguíamos desnudándonos.

—Eres preciosa —pronunció en tono cadencioso mientras sus manos recorrían la curva de mi cintura. Su viaje culminó en mis caderas y utilizó sus pulgares para desplazar mi ropa interior desde mis muslos hacia mis pies. Arrodillado en el suelo, lamió mi tobillo izquierdo y ascendió hasta encontrarse en el punto sensible y húmedo que aclamaba por atención. Las yemas de sus dedos se adosaron a cada una de mis caderas y una ráfaga de aliento se propagó en mi sexo antes de que sus labios se deleitaran con los míos.

Clavé mis uñas en sus hombros al momento en el que separó mis piernas, sabiendo que su siguiente paso me debilitaría.

—¡Noah! —invoqué, completamente perdida en el éxtasis que sentí cuando su lengua tocó mi abultado nudo de nervios y dibujó círculos en él, empujándome a un estado indómito de demencia. Al fin era libre de expresar mis emociones, de exclamar su nombre hasta la saciedad.

Su estimulación fue constante e impetuosa. No se detuvo hasta que quedé envuelta en el bucle de un asombroso orgasmo que me hizo proclamar su nombre en un potente grito. Quizás por saber que nadie podía oírnos, o tal vez por llevar una promesa en mi dedo en forma de anillo, lo cierto es que, sentí un furor que jamás había experimentado.

Un delicioso cosquilleo se mantuvo entre mis muslos durante la pequeña tregua que me otorgó Noah mientras se quitaba el bóxer y se colocaba un condón. Él me había recostado en el colchón cuando mis extremidades perdieron toda capacidad de sostén. Se cernió sobre mí y besó mi boca con excitación y ansiedad. Sus labios sabían a mi esencia y a su aliento, una poderosa combinación que me resultó estimulante.

Abrí mis ojos y me encontré con los suyos. Sus pupilas estaban dilatadas, destellaban deseo carnal y primitivo, pero también proclamaban amor y pasión. Y así, mirándonos, enajenados el uno en el otro, nos fundimos en un acto de entrega en el que se involucraron tanto nuestros cuerpos como nuestros corazones.

## Capítulo 25

No podía dejar de mirar el anillo que Noah puso en mi dedo, era simplemente perfecto.

El primero en saber la noticia fue papá, lo llamé esa misma noche desde el teléfono del hotel, mi celular seguía siendo un objeto prohibido. Para mi sorpresa, papá lo supo antes que yo. Noah le había pedido mi mano mientras me vestía más temprano en mi habitación. Cris también lo sabía, ella fue quien ayudó a Noah a elegir la ropa que llevó para mí, pero se hizo la sorprendida cuando la llamé. Sus gritos fueron tan altos que tuve que apartar el teléfono de mi oído antes de sufrir un rompimiento de tímpano. Eso no la delató, ella actuaba así por naturalidad, fue su «sabía que dirías que sí» lo que lo hizo. Me gustó esa complicidad entre ellos, pero me recordó a Olive y su desaparición. Sin ella, mi felicidad no podía ser completa.

Noah comenzó a fruncir el ceño al ver la preocupación dibujarse en mi rostro. Sacudí la cabeza y sonreí, esa era nuestra noche, debía disfrutarla con él y dejar las preocupaciones para más tarde. Me despedí de Cris con un cariñoso te quiero y me dejé llevar hasta la cama, donde mi prometido estaba sentado poniéndose los zapatos. Me metí entre sus piernas y me incliné hacia su rostro para besarlo. Él tomó mi cintura entre sus manos y correspondió a mi beso, pero rompiéndolo antes de que llegáramos muy lejos.

—Más tarde —prometió con un guiño.

—Lo estás tomando por costumbre ¿no? —desdeñé, aunque con buen humor. Sabía que sus planes incluían una cena y, para ser honesta, tenía mucha hambre. No había comido nada desde el almuerzo y, con todo el baile y la acción en la cama, mi apetito cobró fuerza.

Dejamos el hotel para ir al *135 Prime*, un restaurant ubicado a siete minutos de distancia. El ambiente era muy agradable y elegante, y la comida deliciosa. Optamos por filet, patatas horneadas y ensalada verde con rebanadas de queso azul y manzana, acompañado del vino recomendado por el mesonero. De postre, comimos un delicioso Tiramisú.

Me encantó disfrutar ese momento tan especial con Noah. Ahí nadie nos juzgaba o nos miraba como a bichos raros. Compartimos una charla amena, sin ninguna discusión, algo bastante inusual en nosotros, que parecíamos como perros y gatos. Noah se veía feliz, más de lo que lo vi alguna vez. Y yo lo era en igual medida. El compromiso significaba entrega, solidez, algo que ambos necesitábamos para afianzar nuestra inestable relación. Ninguno planteó una fecha cierta, los dos sabíamos que quedaban cosas por resolver antes de dar realmente el paso, pero la promesa estaba hecha y el momento llegaría.

De regreso al hotel, Noah me alzó en sus brazos y cruzó el umbral de la suite como si fuera una novia. Me burlé de su innecesaria entrada triunfal, esa no era nuestra noche de bodas ni estaba cerca de serlo, pero él lo llamó «práctica prematrimonial». Y bueno, tuvimos más de esa “práctica” en la enorme tina que había en el baño, donde hicimos el amor y nos quedamos sumergidos en el agua tibia hasta que nuestros pies se arrugaron.

—Muñeca, estaba pensando en que deberíamos buscar otro método anticonceptivo. Esto de estar parando por un preservativo mata un poco la pasión, ¿no crees? —dijo Noah muy serio.

Recordé cuando se fue corriendo desnudo fuera del baño y volvió con el envoltorio plateado en la mano, con cara de triunfo, y comencé a reír. Hice lo mismo en aquel momento y no pude parar hasta que él entró al agua y transformó mis carcajadas en gemidos. Esta vez, Noah rechistó entre dientes y me mordió el hombro. Me tenía envuelta entre sus brazos y piernas, su miembro reposando semierecto en mi trasero como una invitación que no estaba segura si quería tomar. Me sentía demasiado cansada, lo único que demandaba mi cuerpo en ese instante era una cama y dormir.

—Sí, pediré una cita con mi ginecóloga —contesté con un bostezo.

—Esa es mi señal —murmuró Noah con cadencia. Besó con mimo el punto que había mordido minutos antes y me separó de él para abandonar la tina. Me mordí el interior de la mejilla mientras observaba su cuerpo brillante

y desnudo, admirando con embeleso la forma en que su fibroso y firme trasero se movía con cada paso que daba hacia el toallero. Deseé tenerlo entre mis manos para darle un apretón, o tal vez un par de azotes—. ¿Disfrutando de las vistas? —burló Noah con una sonrisa torcida que me devolvió a través del espejo.

Mis mejillas se tintaron de vergüenza. ¡Me vio mirándolo!

Llené mis pulmones de oxígeno y me hundí en el agua. Quería amansar el golpe de calor que se produjo en mi cuerpo y recuperar el color pálido de mi rostro. Cuando emergí, Noah me esperaba con una toalla limpia extendida y la misma sonrisa pícaro dibujada en sus labios.

—Lo que sea que estés pensando, no lo digas —amenacé, aún torturada.

—Levántate —ordenó con una mueca divertida.

Entrecerré los ojos y lo pensé un momento, algo estaba tramando.

—Arriba, *chica traviesa* —insistió, dándome uno de sus calientes guiños. ¿Él sabía lo que ese gesto provocaba en mí?

Dejé aquella duda sin resolver mientras me levantaba en la tina; filamentos de agua corrieron por mi piel empapada. Noah me miró lentamente, con admiración y lujuria, asimilando cada sinuosidad de mi cuerpo a través de una mirada penetrante y sugestiva.

—No hay nada malo en admirar el cuerpo desnudo de la persona que amas —esbozó con voz ronca—. Puedes mirarme todo el tiempo que quieras, puedes tener todos los pensamientos pecaminosos que se crucen por tu mente sin ninguna vergüenza. Yo lo hago, lo he hecho desde aquella bendita mañana en la que entraste a mi garaje. Me torturaste desde que te vi, Audrey. Me torturas ahora y lo harás siempre —concluyó en tono reverente.

—¿Y si mis pechos se ponen flácidos y mi vientre se hincha?

—Si soy capaz de ver lo que el pasar de los años le hará a tu cuerpo, de permanecer a tu lado mientras ocurra, seré el hombre más dichoso del mundo. —No dudó en contestar—. Ahora ven aquí, preciosa, te llevaré a la cama.

Saqué mis piernas de la tina y me dejé envolver por la toalla que sostenía entre sus manos.

\*\*\*

La mañana siguiente, Noah me despertó con caricias y besos en mi cuello.

Nos habíamos quedado dormidos en la posición que adoptamos desde la primera vez que pasamos la noche juntos, él detrás de mí, abrazándome por la espalda. Sentir su calor constante en las noches y mantenerlo cerca de mí hasta el amanecer se convirtió en necesidad. Quería eso cada día, lo quería con todas mis fuerzas.

Estiré los brazos y las piernas mientras bostezaba, aún somnolienta. Sentía que no había dormido las horas suficientes y que necesita al menos cinco más. Noah le sacó partido a mi movimiento y empujó su erección matutina contra mis glúteos, a la vez que movía escrupulosamente la palma de su mano hacia mi vientre. Solo usaba bragas y su camiseta, por lo que era un blanco fácil.

—Buenos días, futura señora Cohen —ronroneó como león en celo. Mi piel se crispó y un delicioso escozor se estableció entre mis muslos. Apreté las piernas y las friccioné ligeramente, intensificando la sensación. Eso alentó a Noah a abrirse paso entre la ropa interior de encaje que me había entregado la noche previa y establecer sus dedos en mi cálida abertura. Jadeé pesadamente, presa del placer que me otorgaba con sus dedos, al mismo tiempo que besaba mi garganta con húmedos besos y rasposos roces por su barba.

—¡Qué buena manera de despertar! —dije con una sonrisa complacida cuando mi cuerpo cayó vencido sobre el colchón. Él había remplazado sus dedos por su boca y, a partir de ahí, comencé a volar libre como un globo lleno de helio... hasta que exploté.

Noah estiró sus labios en una sonrisa juguetona y se cernió sobre mí, flexionando sus brazos a cada lado de mis hombros y uniendo mis piernas con sus rodillas. Levanté mis brazos y rodeé su cuello, acercando su rostro hacia el mío para besarlo.

—No me canso de sentirte unida a mí —expresó en tono decadente.

—No lo hagas nunca. —Mi voz fue una súplica que no me avergonzó en absoluto. Lo amaba como nunca quise a nadie, y cuando uno siente tanto, nada más importa.

Abrazamos aquel glorioso despertar y nos entregamos una vez más a la pasión que enardecía nuestras pieles al contacto. Ninguno tenía suficiente del otro, y esperaba que esa flama de pasión, amor y entrega jamás se extinguiera.

Más tarde, pedimos servicio a la habitación y desayunamos en la cama. Luego, bajamos a la piscina –que se encontraba inhóspita, por suerte–. Noah me sorprendió al sacar un sexy traje de baño negro de una pieza, con abertura a cada lado de la cintura en forma circular. Pensó en todo. Estuvimos una hora sumergidos debajo del agua, la mitad del tiempo nadando y la otra besándonos y jugueteando como adolescentes.

Al regresar a la suite, llamé a papá y le pregunté si había tomado sus medicamentos. A veces, se los saltaba porque, según él, no los necesitaba. Pero sí que lo hacía. Él padecía artritis reumatoide degenerativa y requería tratamiento permanente. Gracias a Dios, había respondido bien a los medicamentos y no se encontraba en etapa crónica, y esperaba que nunca cruzara ese umbral, pero no me gustaba descuidarlo. Me dijo que sí a regañadientes y luego me despachó con la excusa de que estaba viendo un partido importante. ¿Pero cuando no lo hacía?

A las tres de la tarde, abandonamos el hotel y comimos en un restaurant mexicano que Mason le había recomendado a Noah; le pertenecía a su cuñado, un hombre muy amable que nos trató como de la realeza en cuanto Noah nombró a su amigo. Después de leer el menú, pedí enchiladas rojas, las había probado antes y sabía que me gustarían, aunque las de ahí no tenían comparación con nada que hubiera comido antes. Estaban deliciosas, una total exquisitez. Me gustaron tanto que me comí tres, dos rojas y una verde. Noah ordenó un plato de pozole, un tipo de caldo que olía muy bien y sabía mucho mejor. Probé un poco cuando él me ofreció. Me gustó mucho.

El viaje de retorno fue corto, demasiado para mi gusto. Quería quedarme por siempre en aquella fantasía y no tener que volver a la cruda realidad. Sabía a ciencia cierta que el camino que nos esperaba delante no estaba despejado, que habría más pruebas por enfrentar, pero dependería de nosotros fortalecer nuestra relación a través de ellas o dejar que nos destrozaran.

—¿Qué carajo? —gritó Noah, deteniendo el auto en el arcén y mirando con escepticismo la escena a lo “*Extreme Makeover*<sup>[1]</sup>” que se desarrollaba frente a su casa. Bueno, no era tan extremo como el show, donde derribaban la casa y la reconstruían desde sus cimientos, pero había todo un equipo de trabajadores cargando tablonés de madera al interior de la casa.

Aquello me dejó sin palabras. No podía creer que Spencer se tomara tales atribuciones con la casa de Noah. Aunque, técnicamente, no era suya sino

mía, pero él no estaba al tanto de ese detalle y ese momento no era el propicio para aventarle la noticia a la cara... aunque debía hacerlo pronto.

Di un salto en el asiento cuando Noah cerró la puerta con rudeza. Ni cuenta me di en qué momento abrió la puerta y abandonó el auto. Me bajé y caminé detrás de él, quedando rezagada. Noah estaba dando largas zancadas hacia su casa y mantenía los puños fuertemente apretados, marcando líneas venosas en sus dorsos y antebrazos.

No quería estar en el pellejo de Spencer, él podía ser muy infame cuando estaba enojado.

—¿Qué mierda estás haciendo con mi casa? —gruñó al encontrar a la causante de su enfado entre el lío de trabajadores uniformados con overoles azules y cascos blancos de seguridad.

Spencer se giró de súbito, sorprendida. Miedo en estado puro y absoluto destelló en sus grandes ojos oscuros y sus dientes mordían con inquietud su labio inferior. Pero pronto cruzó los brazos sobre su pecho de manera protectora y susurró una respuesta que me enfadó.

—Tu ático no está en condiciones, Noah. Y tú no querías escucharme.

—Te dije que lo resolvería —espetó con desagrado.

Spencer bajó la mirada a sus pies, suspiró un vaho cansado y luego añadió:

—Alice debe estar aquí pronto. Ya no tenemos tiempo, lo sabes.

*¿Pronto? ¿No tenían tiempo? ¿Cómo es que no sabía nada de esto?*

Me sentí excluida, que sobraba en esa pequeña discusión. Y como Noah tenía toda su atención en la figura desdichada de Spencer, decidí marcharme. Seguro no lo notaría hasta mucho tiempo después.

Crucé la calle y me interné en mi casa, caminando derechito hasta el sillón donde se encontraba papá. La televisión estaba encendida y, a un lado, en una mesita antigua de madera que restauró mamá luego de comprarla en una venta de garaje, había un vaso y un plato hondo, ambos vacíos.

—Hola, papá. —Lo saludé con un beso y un abrazo. Él retribuyó mi afecto y me dio un sonoro beso en la mejilla, añadiendo un cariñoso «felicidades, mi amor». Mi pecho se inundó de calidez, y sonreí, pese a la escenita que dejé atrás. Moví mi anillo con el dedo pulgar, recordando que era el símbolo que me mantenía unida a Noah.

Le di las gracias, seguido de otro beso.

Amaba a mi padre y apreciaba que me diera su apoyo a través de todo sin juzgarme. Cualquiera en su lugar hubiera estado decepcionado de mí por la traición que suponía comprometerme con Noah cuando otro hombre creía que tenía mi corazón. Peor aún, cuando yo actuaba como si aún lo tuviera. Pensando en eso, reflexioné unos instantes y concluí que, más temprano que tarde, tendría que decirle la verdad a Aarón. O, al menos, prepararlo para la noticia, para que al volver, no lo tomara por sorpresa.

Saliendo de mi estupor, le pregunté a mi padre por el origen de aquel plato vacío, que tenía restos de salsa de tomate en el fondo. Su respuesta fue una total sorpresa. Spencer había ido a casa y cocinó para él, tanto el desayuno como la comida. Mi padre debió notar el disgusto en mi gesto y abogó por ella diciendo que solo intentaba ser amable, que le diera un poco de crédito. Aquella aseveración incrementó mi descontento. ¿A qué se debía tanto interés? ¿Por qué Spencer estaba luchando con tanta fuerza por integrarse, no solo en la vida de Noah, sino también en la mía?

—¡Audrey, muñeca! —Llamó Noah a voz en cuello, entrando por la puerta principal. Señalé que estaba en la sala y enseguida llegó a mí. Sus ojos expresaban inquietud y malestar, pero percibí rápidamente que no estaba molesto conmigo cuando sonrió y dulcificó la mirada—. Lamento haberte ignorado allá afuera. —Señaló hacia su casa con la cabeza y formó algo muy parecido a un puchero en sus labios. Noah haciendo mohín era algo nuevo para mí y me resultó tan encantador...

*Contrólate, no te pongas caliente en presencia de tu padre*, me retó mi yo moral.

—No estoy enojada —contesté tranquilamente.

—¿Qué me estoy perdiendo aquí? —intervino papá. Noah lo miró, reconociendo su presencia, y lo saludó con su habitual «hola, viejo». Me extrañó que no lo viera junto con entrar, pero quizás estaba preocupado porque estuviera furiosa con él por dejarme fuera de lo que estaba pasando con Spencer. Y sí, me molestó en su momento, pero ya lo había dejado ir.

—Spencer se adueñó de mi casa y trajo un contratista con todo su equipo para remodelarla —respondió Noah con desagrado.

—¡Vaya! La chica tiene agallas —dijo papá entre risas.

—Sí —murmuró Noah entre dientes.

Observé su gesto y noté que comenzaba a enojarse de nuevo, lo que me



dio a entender que el asunto aún no se había arreglado. Quería saber en qué términos quedó con la *intrusa*.

—Audrey, ¿puedes venir conmigo un momento? Quiero hablarte de algo —preguntó Noah, vacilante.

Mi estómago se anudó. Sabía que ese “algo” no sería nada sencillo, lo que me diría era importante.

—Sí, claro. Ahora vuelvo, papá. —Mi padre asintió, con su atención puesta en el juego de béisbol que se proyectaba en la gran pantalla de 32 pulgadas. Su relación con la televisión era una cosa seria.

Noah sujetó mi mano y me condujo al exterior, hacia la mesa de picnic. La sombra de la casa se proyectaba sobre ella, apaciguando los rayos del sol que aún se atisbaban sobre el cielo, aunque no hacía nada en contra de la cálida temperatura que danzaba en el aire y te hacía desear un buen vaso de té helado. Nos detuvimos frente a la mesa en la que, extrañamente, se habían llevado a cabo importantes acontecimientos, como la primera vez que comí con él, cuando recién apareció en West, y la inolvidable mañana en la que me reveló que tenía una hija.

Temerosa por lo que vendría a continuación, me senté a horcajadas en la banca, imitándolo, y puse mis manos sobre mis muslos. Él me observó por espacio de uno o dos minutos, con inquietud y reserva, manteniendo una postura de hombros caídos y puños apretados que incrementaba mi nivel de ansiedad.

—Tengo que permitir que se haga la remodelación.

—¿Qué? ¿Por qué? Es tu casa, Noah. Ella no tiene derecho a...

—Audrey... —Me interrumpió—. La abuela de Alice no puede cuidarla más, está enferma. Tengo que ir por ella y traerla aquí. Y aunque Spencer se precipitó y tomó decisiones que no le concernían, tiene razón, la casa requiere esas mejoras.

La ira bulló en mi sangre. Odiaba que le diera la razón a esa... *intrusa*.

—¿Por qué no me dijiste que necesitabas traer a tu hija pronto? Y no me digas que no tuviste tiempo, Noah —advertí cuando él comenzaba a articular la primera palabra.

—Iba a hacerlo hoy. No quería estropear nuestro momento a solas con mis problemas.

—Soy tu prometida, la mujer que debe apoyarte en todos los momentos de

tu vida, malos o buenos. Debes confiar en mí, expresarme tus inquietudes.

—Lo sé, muñeca —pronunció, alcanzando mi mano con una leve y consistente caricia.

—Dime el resto. —Solicité cuando vi en sus ojos una llamarada de temor.

—Yo no puedo costear la remodelación y Spencer... quiere pagarlo —titubeó y exhaló con pesar.

—Yo puedo pagarlo también —aseveré, intentando no hablar con desprecio, pero el malestar se escurrió en mi tono áspero.

—No, voy a vender el auto y costearé todos los gastos. Ni ella ni tú tienen que pagar nada. Yo soy el hombre, yo tengo que resolver esta mierda —expresó airado, soltando mi mano.

*¡Oh mi Dios! Llegó la hora de admitir que nada de eso es suyo, que me pertenece a mí.*

—No puedes. —Se me escapó entre susurros.

—Tengo que hacerlo —insistió un poco más calmado, pero manteniendo una mirada enardecida.

*Esto va a salir muy mal, pero tengo que decirlo, no tiene sentido ocultarlo más.*

—No lo entiendes, Noah, no puedes venderlo tú, tengo que hacerlo yo. Tu *Torino* me pertenece legalmente, papá lo compró cuando el Estado intentó embargar tus bienes, al igual que tu casa.

—¡No! —Saltó de la banca, como si lo hubiera salpicado con agua hirviendo—. No, no, no. Si no tengo nada, si todo está a tu nombre, ellos no me la darán. No tendré a mi hija. ¡Maldita sea! —gritó y pateó la arena, levantando una nube de polvo y de piedras al aire.

Me levanté de la banca y avancé sigilosos pasos hacia él.

—Noah, tranquilo. Lo vas a resolver, ella vendrá aquí y tú...

—¡No sabes de lo que hablas, Audrey! —Gruñó enloquecido y mirándome con una furia tan férrea que me hizo temblar de horror y dar certeros pasos hacia atrás.

Mis ojos se anegaron de lágrimas, pero las mantuve en mis ojos, negada a demostrar debilidad.

—Joder, muñeca, lo siento. —Se acercó, tratando de cerrar la brecha que creé al alejarme.

Retrocedí.

—Hablaré con mi abogado y tendrás todo de vuelta —dije tajante y me dirigí hacia mi casa, pasando por su lado sin tener intenciones de prolongar aquella conversación. Tenerlo delante de mí me resultaba decepcionante. No merecía su maltrato ni la mirada que me dio.

—Audrey, por favor, permíteme disculparme —rogó siguiendo mis pasos.

—No quiero tus disculpas, Noah. No ahora. Solo quiero que me dejes sola. No fue una petición. Abrí la puerta y entré a mi casa.

Él respetó mi voluntad y se quedó fuera.

\*\*\*

Abrí los ojos entre la penumbra de mi habitación. Me había quedado dormida en mi cama y desperté en medio de la noche. El reloj marcaba las 20:03. ¡Estuve ausente por más de tres horas! Yo no era una persona que tomaba siestas, pero no era de extrañar que me quedara dormida. El cansancio acumulado y la discusión con Noah me dejaron vencida.

Urgida por la necesidad de orinar, me levanté de la cama y caminé a oscuras hacia el baño. Una vez ahí, hallé el interruptor y encendí la luz. Me desabroché los jeans, los bajé por mis muslos y me senté en el sanitario, suspirando de alivio cuando mi vejiga quedó vacía. Estaba aseando mis manos en el lavabo, sintiéndome desdichada al ver el símbolo brillante en mi dedo —que horas antes me llenó de alegría— cuando escuché dos toques en mi puerta acompañados por la voz de Noah diciendo mi nombre. Me tensé, no estaba lista para verlo.

—Audrey. ¿Puedo pasar? —interrogó por segunda vez.

Salí del baño y me apresuré a la puerta de la habitación para comprobar que tuviera seguro. Lo tenía. Aunque, en otras ocasiones, él había utilizado una llave para ingresar. Algo me dijo que ese no sería el caso; al preguntarme si podía pasar, estaba dejando en claro que no lo haría sin mi permiso.

—No. Y vete de mi casa —ordené detrás de la puerta.

—Muñeca, por favor, necesito verte. Me está matando saber que te herí de esa manera. —Su voz sonaba franca, dolida, pero yo no estaba preparada para enfrentarlo. Le temía a mi reacción, a la emoción que podía experimentar cuando lo tuviera frente a frente.

—Hoy no, Noah. Y no sé mañana.

—Está bien —aceptó en tono derrotado, algo que no pude ignorar y que provocó un dolor tremendo en mi pecho—. ¿Puedo traerte algo de comer? Debes estar hambrienta.

—No, gracias, no necesito que lo hagas. —Me aparté de la puerta y regresé al baño. Tomaría una ducha y luego me encargaría de alimentarme como mejor me pareciera.

Pasada un poco más de media hora, bajé las escaleras, vestida con un pantalón de chándal oscuro y una camiseta de algodón blanca con pequeños dibujos de herramientas estampados en ella, y me dirigí a la cocina. No me atreví a mirar hacia la sala por temor a encontrarme con la mirada de Noah, si era que estaba ahí. Y tampoco quise ir a ver a mi padre. Él sin duda tuvo que haber escuchado cuando Noah me gritó y no tenía ganas de hablar de eso.

Abrí el refrigerador y miré hacia el interior por varios minutos, sin observar nada realmente. No tenía ánimos de cocinar, mucho menos de decidir si quería algo. Cerré la puerta y fui por mi teléfono, se encontraba en el bolso que dejé en la mesa del pasillo cuando llegué a casa más temprano. Lo saqué y busqué el número de la pizzería. Pedí una napolitana con extra queso y hongos.

Cinco minutos después, me encontraba sentada en una silla frente a la mesa del comedor con las piernas abrazadas y el mentón apoyado en mis rodillas. Había descubierto que Noah no estaba ahí, que solo mi papá disfrutaba del partido de fútbol europeo que transmitía *Fox Sport* y, debo admitir, me deprimió. Pensaba que lucharía con más fuerza por mí.

Jugueteaba con mi anillo de compromiso, odiándolo y amándolo de la misma forma, al momento que la pantalla de mi teléfono se iluminó sobre la mesa. Por el número, supe que se trataba de Aarón. No quería hablar con él ni con nadie, pero debía hacerlo. Él no podía llamar cada vez que se le antojara; y si no respondía, se preocuparía.

—Hola, Aarón —contesté en voz baja y deprimida.

—Hola, princesa. ¿Por qué tan triste? ¿Estás enferma? —Su tono denotó preocupación.

—No, estoy muy bien —contesté más animada—. ¿Y tú cómo estás?

—De salud, bien, sigo en una pieza, pero mi corazón está muriendo de amor. Te extraño mucho, Audrey. ¡Dios! Creo que no lo voy a soportar mucho más.

—Yo también. —Sí, extrañaba lo fácil que era estar a su lado, sin dramas ni complicaciones. Con Noah, todo era demasiado intenso, inestable y volátil. Requería de mucho esfuerzo y energía. Pero, pese a ello, con él me sentía viva, apasionada, plena... Podía enojarme con él, podía odiarlo en sus momentos, pero lo amaba muchísimo.

Aquel momento era propicio para comenzar a soltar las riendas que me mantenía atada a Aarón, de enviarle señales claras de que lo nuestro no tenía futuro alguno, pero no pude; no tuve fuerzas, valor, ni corazón. Por tanto, fingí de nuevo. Fue más fácil pretender que nada había cambiado entre nosotros, engañándome a mí misma ante una fantasía menos dolorosa que mi realidad, que serle sincera.

Hablamos por varios minutos. Él, de sus hazañas y padecimientos en medio de aquella absurda guerra. Yo, de cosas triviales como mi día a día en el taller —obviando a Noah, por supuesto— y de mi convencional y para nada riesgosa rutina, si la comparaba con la suya. Pude mencionarle que el próximo sábado iba a competir, pero ese era un tema escabroso entre nosotros y preferí omitirlo. Mi mente no soportaría otra discusión más.

Nos despedíamos con nuestros mimos acostumbrados al momento en el que escuché tres toques en la puerta principal. Le di un último adiós a Aarón antes de terminar la llamada y caminar por el pasillo hasta la salida. Abrí, creyendo que era el repartidor de pizza, pero no, era Cris, con un gran bote de helado de chocolate en sus manos. Miré atrás de ella y atisbé a Noah parado frente a su casa, entre los trozos de maderas y andamios que habían dejado los trabajadores. Tenía los brazos cruzados sobre su pecho y un gesto devastado en su rostro.

—Él me llamó —susurró mi amiga, con una disculpa en su mirada.

—No tenías que venir —dije, apartando mis ojos del hombre que suplicaba por mí desde la distancia.

—¿No? —Enarcó una ceja y desfiló por mi lado sin esperar una invitación. Y no la necesitaba, ella tenía pase libre a mi casa. Incluso, rara vez tocaba la puerta, lo que me hizo suponer que su propósito era que viera a Noah al momento de abrirle.

*¡Pequeña traidora!*

Hablando de él, mis ojos se quedaron sobre los suyos por dolorosos y eternos segundos, en los que luché con fuerza por no cruzar la calle y

estrecharme a su cuerpo. Rompí el contacto y cerré la puerta, negándole la oportunidad que pedía a través de aquella penosa y arrepentida mirada. Seguía sin estar lista.

No mucho después, llegó la pizza. Comimos junto a papá frente a la televisión y, más tarde, subimos a mi habitación, donde consumimos la tarrina de helado en su totalidad mientras le narraba a Cris los últimos hechos, iniciando por todo el asunto romántico y concluyendo con la discusión que tuvimos en el patio. Cris ni defendió ni acusó a Noah, solo me escuchó en silencio y discreción —algo rarísimo en ella—.

—¿No vas a decir nada? —protesté con el ceño fruncido.

—No sé qué decirte, Drey —suspiró—. No tengo experiencia en relaciones, lo sabes. Lo mío con los hombres no ha trascendido a más allá del sexo. Y en algunos casos, mal sexo —dijo con un mohín.

—¿Qué pasó?

—¿Recuerdas al acosador?

Asentí.

—Salí con él anoche, una cosa llevó a la otra, y terminamos teniendo sexo en su casa. ¡Y fue horrible, Drey! Su pito era pequeño y no lo sabía usar. —Hizo un gesto despreciativo y negó con la cabeza—. Obvio que no llegué ni cerca del orgasmo, el tipo no sabe que los dedos no se hicieron solo para sostener objetos, y que hay otros labios que se pueden besar, pero él sí obtuvo su liberación... después de dos minutos. ¡El peor sexo de mi vida!

—Lo siento, Cris.

—Sí, tienes que sentirlo, y mucho; porque tú, pequeña pilla, has estado teniendo sexo ardiente con *Mr. Sexy*.

—¡Ajá! —Me levanté de la cama y me fui derechita al baño para lavarme las manos.

Cris me siguió.

—¿Vas a perdonarlo? —Me miró a través del espejo.

Bajé la mirada a mis manos y miré en anillo en mi dedo con nostalgia. Sentía que había transcurrido mucho tiempo desde que Noah lo puso ahí.

—Lo haré cuando esté lista.

## Capítulo 26

Me desperté muy temprano en la mañana, antes de que el sol saliera. En realidad, no dormí mucho. Mis ojos estuvieron abiertos la mitad del tiempo; la otra mitad, los cerré, pero mi mente seguía activa. No era capaz de conciliar el sueño sin Noah estrechándome a su cuerpo. Era absurdo lo rápido que me acostumbré a él. Aunque no estaba sola, Cris durmió a mi lado, pero no era Noah.

Aseé mis dientes y me vestí con mis clásicos jeans, botas y una camiseta marrón holgada cuello en “V”. Bajé las escaleras, haciendo el mínimo silencio, como una ladrona que teme ser pillada, y caminé con el mismo sigilo hacia la puerta trasera. Temía usar la frontal y que Noah pudiera verme. Era muy temprano, quizás no estaba despierto, pero quise ser precavida. Me subí a mi *Ford* y conduje en inquietante silencio hasta Gunnar’s. Abrí la pequeña puerta que conducía al interior y me interné al oscuro y solitario galpón que, en las próximas horas, se llenaría con los sonidos de la música, las herramientas y las discusiones de los trabajadores. Entré a la habitación y me puse el overol, decidiendo en último momento que era mejor guardar el anillo en un sitio seguro, lejos de la grasa y el maltrato que pudiera sufrir mientras trabajara en el auto. Sí, esa fue una buena excusa, pero una parte de mí quería desligarse de la sensación agri dulce que se anidaba en mi corazón cuando lo veía en mi dedo.

Durante dos horas, trabajé sin parar en el mantenimiento del motor de un *Toyota Corolla* que ingresó el día anterior. Lo vi en la ficha que llevaba Cris en la computadora. Supe el tiempo que había demorado porque, como cada día, Miguel llegó a las siete en punto al taller. Él se encargaba de abrir el galpón y de recibir a los primeros clientes.

—¿Trabajando desde temprano? —dijo, parándose a mi lado.

—Así parece —respondí sin quitar mi atención en el motor.

—¿Está todo bien, pequeña? —preguntó con cariño. Él era como de mi familia, me vio crecer y me enseñó junto a papá todo lo que sabía de mecánica.

—Sí, tuve una discusión con Noah, pero se va a solucionar. Solo necesitaba... esto. —Miguel entendió a qué me refería. Él me conocía tan bien que no requería de más explicaciones. Desde chica, usé el trabajo para drenar mis emociones.

—Hablando de Noah... —murmuró mirando hacia el frente.

Mi abdomen se tensó y el incesante latido de mi corazón se hizo angustioso.

—Buenos días, Miguel. —Saludó Cris desde la distancia con una sonrisa destellante y un ánimo de mil soles. Envidiaba su carisma y felicidad, ella siempre parecía demasiado contenta, sin importar qué.

—Buenos días, lucerito —dijo con afecto y se dirigió hacia ella. Cris lo tenía mal acostumbrando, le preparaba café cada día y se lo servía con crema y azúcar. Lo convirtió en su pequeño ritual matutino.

Aparté mi vista de aquella escena y me encontré con los ojos de Noah. Estaba a menos de un metro de mí, sostenía una bolsa de papel en la mano y, en la otra, —no me lo van a creer— un ramo de lirios amarillos.

Cris tuvo que decirle, ella sabía que me encantaban esas flores, eran las que le llevaba a mamá cuando visitaba su tumba.

—Hola, Audrey, te traje flores y el desayuno —pronunció con una sonrisa breve y tímida y acercó sus manos cargadas hacia las mías. Me limpié la grasa y el aceite con el overol y tomé ambas cosas.

Él detalló mis dedos y luego dirigió una mirada turbada hacia mí. La pregunta destellaba en sus ojos. Por un instante, consideré mentirle para infringirle la clase de dolor que sentí cuando me gritó en el patio. Pero no, yo no era tan ruin, no le pagaría con la misma moneda. Yo era mejor que eso.

—Lo guardé para que no se ensuciara.

—Claro, claro, la grasa puede dañarlo, sí —expresó nervioso y aliviado a la vez—. Respecto a lo de ayer... —comenzó, rascándose la nuca con los dedos.

—No hablaremos de eso aquí, Noah, estoy trabajando. —Lo corté. Si acepté su ofrenda de paz fue porque tenía hambre y porque las flores no merecían mi desprecio, él sí.

—Solo te pido unos minutos...

—Dije no. —Pasé por su lado y me fui a la oficina. Cris no estaba sentada en su puesto, a esa hora se encontraba en el pequeño comedor ubicado a un



lado de la oficina preparando el café y no vería las estúpidas lágrimas que descendían por mis mejillas.

Por culpa de Noah, me había convertido en una llorona de primera. Yo, que me jactaba de ser dura e inmovible. Pero hasta los diques más fuertes se agrietan, y más cuando son golpeados en el punto más débil, en mi caso, mi orgullo. Pude perdonarle con facilidad sus gritos y agravios en el pasado, pero no ahora, no después de la preciosa declaración que me llevó a darle el sí.

Con el ánimo revuelto, el hambre que sentía antes se convirtió en inapetencia y no fui capaz ni de abrir la bolsa para ver su contenido. Me metí al baño y me lavé las lágrimas, prometiéndome mientras lo hacía que serían las últimas que enjuagaría a causa de Noah. Volvería a ser dura e impenetrable, la mujer que no se conmovía por nada ni nadie, la Audrey ruda que maquillaba sus sentimientos detrás de una careta de arrogancia. Así sería.

Cuando salí de la habitación, Cris estaba sentada detrás del escritorio. Al verme, sonrió con discreción y regresó su vista a la pantalla. Ella sabía cuándo hablarme y cuándo no, y en ese momento, el duro gesto en mi rostro decía «no me hables».

Abandoné la oficina y caminé derecho al *Toyota* sin mirar a ningún lado ni responder el saludo de Alex y seguí con mi trabajo, ejecutando movimientos mecánicos y precisos. Si Noah estaba cerca, ni cuenta me di. No quería verlo, no lo iba a soportar. Sentía las mismas ganas de estamparle una sonora bofetada en el rostro que de besarlo, así de inestables eran mis emociones. Podía fingir toda la arrogancia que quisiera, pero en mi interior estaba rota. ¿Por un grito? Sí, por el grito, por lo que dijo, por la mirada de odio que lo acompañó... Noah me hirió, me lastimó con su aspereza, y no estaba en mí perdonarlo. Lo haría en algún momento, pero no todavía.

Al mediodía, fui a casa y comí con papá. Preparé salsa bolognesa y espaguetis, mi especialidad. Mi madre me había enseñado a cocinar desde pequeña y lo hacía bien, pero no era una fan de la cocina; lo mío no era lo doméstico en absoluto. Por eso, cuando Aarón comenzaba a hablar de casarnos y de tener niños, rechazaba la idea. No fue hasta que vi a Noah de rodillas delante de mí que imaginé todo el cuento del esposo, los niños y la mascota –un perro tal vez, porque no me gustaban los gatos–, y me sorprendí al concluir que, sin duda, quería eso en mi futuro, con él.

Eran las dos de la tarde cuando retorné a Gunnar's. El auto de Noah no estaba fuera y tampoco lo vi frente a su casa antes de ir al taller. ¿Dónde estaba? ¿Y si se había marchado de nuevo sin decirme adiós? Si era eso, me enojaría mucho, más de lo que ya estaba.

Luché con la idea de enviarle un mensaje para saber de él, y vencí, sintiéndome orgullosa por mi entereza. Pretender ser de hierro era duro; actuar en consecuencia, aún más. Sin embargo, no me sentía tan fuerte como para enfrentar a Cris y evité pasar por la oficina, como hacía al volver de casa. Por lo general, ella comía ahí o iba a algún *lunch* por un sándwich o algo ligero, y su auto estaba fuera, lo que significaba que se había quedado.

A las tres de la tarde, una canción que reconocí sonó a través de los altavoces. Era la salsa que me cantó Noah al oído mientras bailábamos pegaditos. *Idilio*, dijo que se llamaba. Mi piel se crispó y sentí que mi corazón se emocionaba, acelerando sus rítmicos latidos, traicionándome... Negada a exteriorizar mis emociones, seguí trabajando en el motor como si nada estuviera pasando, aunque siendo torpe y descuidada a causa del incesante temblor de mis manos. Me resultaba imposible ignorar esa canción y los sentimientos que se desbordaban en mi interior a medida que los recuerdos se aglomeraban, debilitando mi voluntad.

Minutos más tarde, la canción terminó sin ninguna señal aparente de Noah y se volvió a escuchar *Jay-Z*. Era la hora de Alex y el chico era un fan absoluto del rap. Comenzaba a pensar que era hora de cambiar las reglas e instaurar el totalitarismo. No más igualdad, solo se escucharía lo que yo quisiera.

\*\*\*

Noah no se apareció por el taller esa tarde. No supe dónde estaba y seguí en la ignorancia cuando me fui a la cama para intentar dormir, fracasando como la noche anterior. Di tantas vueltas en el colchón que, de haber estado caminando, habría recorrido un kilómetro de distancia.

Cansada de no poder conciliar el sueño, decidí bajar a la cocina por un vaso de leche y galletas *Oreo*. Para mi mala suerte, no había nada de eso. Las alacenas se encontraban casi vacías y la leche estaba rancia, culpa mía por no hacer mercado cuando debía.

*Mañana iré de compras y me aseguraré de tener tantas galletas que no*

*tendré dónde guardarlas.*

Entre tanto buscar, encontré un empaque de palomitas, lo metí en el microondas y, cuando estuvieron listas, las puse en un bol de vidrio. Saqué una lata de *Coca-Cola* del refrigerador y llevé mi provisión a la sala.

Sentada en el sofá, encendí la TV y busqué en *Netflix Agents of S.H.I.E.L.D.*<sup>[8]</sup>, sería la tercera vez que la vería y no me molestaba en absoluto. Era una fan.

Cuando el tercer capítulo inició, mis párpados pesaban y, por momentos, me quedaba dormida y me despertaba cabeceando. Era momento de ir a la cama, lo sabía, pero mi cuerpo no respondía a mis demandas, por lo que decidí recostarme en el sofá, usando los cojines de almohada, y caí rendida.

—Pequeña traviesa —dijo una voz ronca y familiar delante de mí.

Abrí los ojos de súbito y vi a mi padre de pie frente al televisor con una sonrisa nostálgica esbozando sus facciones. Una barba de días cubría sus mejillas. Cuando la dejaba crecer, significaba que estaba sintiendo dolor y que no era capaz de tomar la navaja.

Debía estar más pendiente de él, lo había descuidado por todos los dramas con Noah y eso tenía que cambiar. Mi padre siempre fue mi prioridad, y lo seguiría siendo.

—Hola, papá —dije, estirando mis brazos y descubriendo que el sofá no era un lugar cómodo para dormir. Me dolía el cuello y la espalda.

—Había pasado mucho desde la última vez que te encontré en el sofá. ¿Tenías cuánto, quince años? —preguntó, aún sonriendo.

Asentí bostezando. Estaba somnolienta y cansada, como si mi cuerpo hubiera sido paleado durante toda la noche.

—No podía dormir y... —Otro bostezo—. Vine por galletas y leche, pero no había.

—Sube a tu habitación, cariño, duerme un poco más que hoy es domingo y no tienes que trabajar.

—¿Y tu desayuno? Necesitas comer temprano para tomarte los medicamentos.

—Hay bollos y jugo de naranja en el refrigerador, mi amor. Soy capaz de servirlo. Anda, ve a dormir.

—Está bien. Pero cuando despierte, irás conmigo a comer fuera de aquí.

Tienes un mes sin salir, papá. Pareces un ermitaño.

—Sí, sí. Iremos, cariño.

Subí a mi habitación y me dejé caer boca abajo sobre mi suave y mullido colchón, quedándome dormida al poco tiempo. Cuando volví a abrir los ojos, el sol entraba a raudales por la ventana y la temperatura había subido varios grados, tanto que me desperté empapada de sudor. Mientras me levantaba, escuché ruido en el exterior de la casa, parecían risas; también percibí el indudable olor a asado, lo que hizo gruñir a mi hambriento estómago. Me había pasado el desayuno y me encontraba famélica. ¿Acaso seguía dormida y todo eso era un sueño? Me metí al baño y, gracias a la ducha que tomé, comprobé que estaba bien despierta.

Me puse unos shorts de mezclilla, una camiseta sin mangas y sandalias bajas de tiras. Recogí mi cabello en una cola alta y busqué un par de lentes oscuros. Sabía que en el patio se estaba dando una reunión improvisada, orquestaba por mi padre; era lo que hacía cada vez que quería sacarlo a pasear, llamaba a sus amigos y los invitaba a venir a casa.

*Me la jugó sucio, el muy listillo.*

Cinco minutos más tarde, estaba saludando a Ingrid, la esposa de Miguel. Era una mujer muy dulce a la que quería mucho; fue como una segunda mamá para mí después de que mi madre murió, y quería a sus hijos como hermanos. Ya todos eran adultos y vivían en otras ciudades con las familias que habían formado.

Todos los del taller se encontraban ahí, incluyendo Cris y Noah. Los dos estaban cerca del asador; ella diciéndole algo, a lo que él asentía.

Cuando fui consciente de su presencia, mi sistema sufrió un bajón de energía. No podía creer que Noah estuviera ahí, campante y sonante, después de haberse desaparecido toda la tarde de ayer y sin si quiera reportarse en la noche. Tampoco fue en la mañana a preparar el desayuno, como cada día. Simplemente, se esfumó y reapareció cuando le dio la gana, una vez más.

Cris me vio y agitó la mano como un saludo, diciendo a la vez mi nombre en un decibel demasiado elevado para la poca distancia que nos separaba.

Noah se giró como un resorte y me halló con la mirada. Su gesto pasó de la sorpresa a la alegría en un parpadear. Lo odié por eso. Y también lo amé. Su sonrisa era fulminante y cautivadora. Cualquiera mujer caería a sus pies tan solo por esa sonrisa, entre esas, yo. No, yo más que todas. Pero no le

concedería el placer de verme derretida debajo de sus talones. Por dentro, podía parecer chocolate derretido; pero por fuera, sería una roca, la más grande de todas. *El Monte Everest*, si era preciso.

Di marcha atrás y me escabullí al interior de la casa. Mi plan era ir por las llaves de mi *Honda* y conducir sin rumbo hasta alejarme lo suficiente de Noah. No iba a darle oportunidad alguna de hablar conmigo a su conveniencia.

¿Acaso no sabía que si una mujer estaba herida debía buscarlas mil y un maneras de redimirse con ella? No, el muy idiota no lo sabía. El muy imbécil decidió darme espacio.

Mientras alcanzaba las llaves dentro del cuenco sobre el refrigerador, la puerta que conducía al patio se abrió y se cerró. Mis fosas nasales percibieron el olor a humo que producían las brasas, mezclado con el perfume característico de Noah.

Tardé demasiado en ejecutar mi plan de escape. ¿Lo hice a propósito?

—Perdóname, Audrey. Por favor, perdóname por haberte gritado, por haber sido un total y absoluto imbécil, por herirte... Te juro que aprendí la lección, que estas dos noches sin ti han sido un castigo, que no poder tocarte me está consumiendo el alma. —Estaba detrás de mí, a pocos centímetros. Sentía el calor que brotaba de su cuerpo y la calidez de su aliento chocando con mi nuca. Si daba tres pasos hacia atrás, estaría en sus brazos. Y quería moverme, quería ir hacia él, pero sentía una fuerza invisible que me empujaba al lado opuesto—. Te di el espacio que me pediste, lo hice en contra de mi voluntad, luchando con cada fibra de mi ser por no venir aquí y rogarte, hincado en mis rodillas, que me des el perdón que sé que no merezco pero que necesito como al maldito aire. Por favor, mi amor, perdóname.

Un dolor punzante atravesó mi abdomen y se instaló en mi interior al escuchar su ruego. Comprendía su angustia, la vivía en carne propia, y por eso debía ser sincera.

—Me robaste algo esa tarde —dije sin mirarlo—. Heriste mis sentimientos. Y no puedo, no encuentro cómo volver a confiar en ti. Me aterra tu rabia, me da pánico ver de nuevo esa mirada sombría y cargada de odio sobre mí, cuando lo único que quiero es que me veas con amor. Estoy lastimada, Noah, y las heridas requieren de tiempo antes de volverse cicatrices, para que dejen de doler.

—¿Odio? ¿Dices que te miré con odio, Audrey? —Soltó una risa lacónica —. Cómo podría odiarte, mi amor, si eres el motor que mueve mi vida.

Lo sentí aún más cerca, enervando mi sistema nervioso al punto de que cada poro de mi piel reaccionó.

—Sí, Noah, me miraste como si desearas exterminarme, como si te hubiera condenado al infierno solo porque mi padre, con bondad y desinterés, compró tus bienes para que al volver aquí tuvieras un maldito techo en tu cabeza. —Seguía de espaldas a él.

—Te juro que mi ira no era contigo. Todo eso que viste en mis ojos es lo que siento por el maldito hombre que me puso tras las rejas. Él es el culpable de todo lo malo que pasó en mi vida. Por él estuve diez años preso, por él mi madre murió de tristeza, sola; por él tu padre tuvo que comprar mi casa y mi auto. Es por su culpa que el Estado cuestionará todos los aspectos de mi vida y tendré que conservar a Spencer hasta que Alice cumpla la mayoría de edad. Y no quiero eso, Audrey. Tres años son demasiado. No quiero que nadie más que tú y Alice habiten mi casa, porque ustedes son mi hogar, mi nuevo comienzo.

Si lo que decía era cierto, y así lo creía, su grito fue un reflejo de lo que su alma albergaba: rencor. Y no sentía eso por mí, su ira estaba dirigida al hombre que le arrebató todo.

Di media vuelta y lo observé con reserva, pero él no se contuvo y me abrazó. Sus manos se desplazaron a mi espalda mientras sus labios besaban de forma constante la cima de mi cabeza.

—Te amo, Audrey. Eres elemental en mi vida. Sin ti, estoy incompleto, soy nadie. Recuérdalo, mi amor. Recuérdalo siempre —murmuró con voz vibrante. Su corazón latía acompasado y veloz, marcando la cadencia de sus emociones. Y el mío se conjugó con el suyo.

\*\*\*

Esa noche, cuando la reunión terminó y todos se fueron a sus casas, subí a mi habitación con Noah y, en silencio, hicimos el amor con deseo y pasión, de la forma en la que solo las personas que se aman son capaces de entregarse.

El lunes en la mañana, me desperté bajo el cobijo de sus brazos. Acalorada pero feliz. Mi aire acondicionado se había averiado hacía mucho y no le di

importancia. Pensé que era una forma de contribuir con la naturaleza y de bajar el consumo eléctrico, pero comenzaba a considerar que era hora de ir por uno nuevo.

El Sol no se ponía aún, pero la alarma de mi celular anunció que era hora de despertarse. Zarandé a Noah, que estaba dormido como tronco, hasta que abrió los párpados con pereza. Me había girado hacia él, de modo que tenía su rostro muy cerca del mío. Su boca curvó una sonrisa breve antes de sellar mis labios con un beso aturdidor.

El hombre quería fiesta y yo ya estaba inflando globos.

Trasladamos nuestra celebración al baño y, siendo cautelosos, sucumbimos al frenesí que nuestros cuerpos codiciaban. Saciados y contentos, entramos a la ducha y nos limpiamos el uno al otro. Mientras Noah se encargaba de mi cabello, me recordó la cita con mi ginecólogo. Estaba muy interesado en deshacerse de la barrera que nos limitaba.

Más tarde, ya vestidos y desayunados, viajamos juntos en el auto de Noah hacia el taller. Aproveché el trayecto para decirle que me reuniría esa tarde con mi abogado para resolver que, tanto el auto como su casa, estuvieran a su nombre. Él no estaba de acuerdo, dijo que mi padre había pagado por ambos, y tenía razón, le debía un montón de dinero a papá, pero sabía que él buscaría la forma de pagarle más adelante. La prioridad era obtener la custodia completa de Alice y deshacernos de *la intrusa*. Aunque, por razones obvias, me referí a ella por su nombre y no por el mote que le atribuí... uno de tantos.

Noah tomó mi mano, besó la alianza de nuestro compromiso, y me dio las gracias por estar para él, por ser el pilar que fortalecía su vida. Me sentí tan conmovida y feliz que mis ojos se aguaron y desecharon un par de lágrimas, que él limpió con besos cuando detuvo el auto frente al taller. Inmersos en aquel emotivo momento, compartimos un beso dulce que dejó una huella en mi corazón. Solo con él era capaz de sentir los besos en el alma, solo a él le querían pertenecer mis labios.

Separando nuestros rostros, nos sonreímos el uno al otro, diciéndonos a través de la mirada lo que palpitaba en nuestros corazones. A veces las palabras no hacen falta. No entre nosotros. Minutos después, abandonamos el vehículo y entramos al taller para iniciar nuestra jornada laboral.

Noah me ayudó con el motor de un *Jeep* al que se le había roto una tapa de

compresión. Desmotamos el motor e iniciamos el trabajo de desarme, que nos llevaría un día entero. Usé esa oportunidad como una manera de enseñanza para Noah. Él había aprendido algunas cosas, pero nunca había desmontado un motor como lo estábamos haciendo.

Al mediodía, pedimos comida china, nos reunimos en el comedor con todos los trabajadores del taller y almorzamos con ellos. Luego de eso, llamé a papá para saber cómo estaba. Esa mañana se había despertado con buen ánimo y hasta se había rasurado la barba, lo que significaba que se sentía mejor. Sin embargo, no estaba de más verificarlo. Hablamos solo un par de minutos, los suficientes para darme cuenta de su buen estado de salud y para descubrir que, una vez más, Spencer se encontraba en casa con él. Iba siempre que yo no estaba, evitándome, a pesar de que nunca la traté mal... aunque ganas no me faltaban.

A las dos, volvimos a trabajar en el motor, hasta las seis de la tarde, cuando llegó la hora de ir a casa. Me despedí de todos y me fui con Noah en su auto. Pero supe que no iríamos a casa cuando, en lugar de dirigirse a la izquierda, cruzó a la derecha.

La música de *AC/DC* se escuchó desde que Noah encendió el motor, haciendo imposible llevar una charla con él. Y no tuve dudas de que esa era su intención. Se comportaba de una forma distante, manteniendo un gesto serio y la mirada hacia el frente. No buscó tomar mi mano, sino que mantuvo las suyas ocupadas entre el volante y los cambios. La tensión era extrema, tan filosa como la hoja de una guillotina que, pendiendo en un hilo delgado, amenazaba con cortados en dos.

Incapaz de soportar un minuto más de tirantez, le bajé el volumen a la música y le pregunté qué estaba mal. Su actitud no era normal. Durante todo el día, lo vi tranquilo, sonriente, hasta le jugó algunas bromas a Alex. ¿Qué provocó su cambio de humor?

—Es Alice —murmuró sin mirarme—. Se metió en problemas en la escuela y la expulsaron.

—¡Dios, Noah! Lo siento mucho. ¿Ella está bien?

Asintió con la mandíbula tensa, e incrementando la sujeción en el volante.

—¿Y qué pasará ahora?

—Viajaré esta noche con Spencer a Tennessee y traeré a mi hija casa —respondió en tono estoico, sin preocuparse por darme más detalles.



Tuve que morderme la lengua para no formular más preguntas. Quería saber por qué estaba tan molesto y a dónde me estaba llevando.

Dirigí mi mirada hacia el cielo camuflado en tonos pasteles, hacia el horizonte, donde el Sol se ocultaba detrás de la vasta llanura que se desplegaba delante de mis ojos. Transitábamos la *Ruta 35*, kilómetros y kilómetros de nada, o de muy poco. West estaba mucho de las grandes urbes. Era una pequeña ciudad anclada en el enorme estado de Texas, donde el relieve era llano y las temperaturas altas, con poca vegetación y escasa población. No había mucho a dónde ir. Y menos para alguien que nació y creció ahí.

—No sé qué hago, Audrey. No sé a dónde voy ni qué mierda es esto que siento —dijo, al cabo de varios minutos de mutismo.

Me arrimé hacia él y descansé mi mano en su nuca, acariciando el final de su cabello con mi dedo pulgar.

—Estoy aquí, mi amor. No te dejaré solo mientras me permitas estar contigo —dije como una promesa que no temía cumplir.

—Tengo miedo. Es que... yo no sé si pueda ser lo que ella necesita. No tengo idea de cómo ser un padre. —Sonaba devastado y, como admitió al inicio, asustado. Yo también lo estaba. No me encontraba preparada para afrontar lo que una chica adolescente significaría en nuestras vidas, pero tenía la disposición y el corazón abierto para recibirla.

—Nadie está listo para ser padre, Noah. Es normal sentir miedo e incertidumbre —aseveré en tono indulgente—. Y no creo que se trate de ser lo que ella necesita, se trata de intentarlo, de dar lo mejor de ti. ¿Te vas a equivocar? Sí, lo harás, porque eres humano. Pero no importa cuántas veces te caigas durante el trayecto, esos tropiezos solo significarán una cosa: que estabas caminando. Y yo estaré ahí, contigo, dispuesta a ser el brazo que te ayude a levantar, el hombro en el que te puedes apoyar, tu compañera de vida...

—Eres maravillosa, Audrey. Uno de los mayores milagros de mi vida —expresó con emoción. Lo vi en su mirada cuando abandonó por unos segundos sus ojos del camino y me observó como a una divinidad, como a un ser poderoso que sería capaz de concederle cualquier milagro.

—Tú también lo eres, mi amor. —Tomé su mano y deposité varios besos en sus nudillos, un gesto que significaba mucho para los dos. Unir nuestros

dedos era un enlace, una promesa y un te amo, todo a la vez.

## Capítulo 27

Noah se marchó rumbo a Tennessee con Spencer el lunes en la noche.

Todas las habitaciones de su casa estaban listas para ser ocupadas. Spencer se había asegurado de que así fuese. Adquirió una nueva cama para la niña, una mesa de escritorio con su silla, una cómoda de madera pulida de cuatro cajones, dos mesitas de noche, un par de modernas lámparas de pantalla y una alfombra felpuda color fucsia colocada a los pies de la cama. Las paredes fueron pintadas en dos tonos: rosado claro y blanco hueso; y bonitas cortinas blancas colgaban desde la única ventana de la alcoba. Todo lo que adquirió para la habitación de Alice corrió por cuenta de Spencer y Noah no pudo negarse a que lo hiciera. Para ella, la niña era su familia y no escatimó en costos.

En cuanto a los gastos de remodelación del ático, Noah los cubrió todos, gracias a un préstamo que papá le otorgó, algo que supe de camino esa misma noche. Giré los ojos cuando me dio la noticia. *¿Qué tenía de malo aceptar mi dinero?*, pensé. Pero bueno, el ego masculino es demasiado susceptible. Odian la idea de ser socorridos por una mujer.

En fin, volviendo a lo del “*Extreme Makeover*”, debo admitir que la *intrusa* hizo un gran trabajo, y en tiempo récord. El piso de la nueva habitación de Noah fue cambiado por completo; las tablas cubiertas de linóleo ya no crujían al andar, y las paredes de madera cobraron vida con una mano de pintura color caoba. Todo lo que una vez estuvo en la antigua habitación de Noah fue trasladado arriba y ubicado estratégicamente de la misma manera. La cama contra la pared, la cómoda a la derecha y las dos mesitas de noche a cada lado de la cama. Pero, aunque todo parecía ser igual, no era así. El techo del ático era bajo, tanto que Noah debía doblarse un poco para caminar a través de la habitación. No contaba con baño privado y mucho menos con un clóset, por lo que su ropa estaba colgada dentro de un ropero ubicado en una esquina.

La llama de los celos se transformó en una hoguera con cada minuto que pasé “apreciando” con una sonrisa fingida el *arduo* trabajo de Spencer.

Odié que tomara el control.

Odié que las pertenencias de Noah pasaran por sus manos.

Odié que ella tuviera una habitación *como Dios manda* cuando Noah debía dormir en un ático –remodelado o lo que fuera, seguía siendo eso, un espacio confinado y reducido–; una habitación que decoró a su antojo, incluyendo una cama tamaño king y una gran pantalla de televisión frente a ella. Todo el piso fue cubierto con una alfombra marfil de pelo corto, las paredes pintadas en tono coral y la ventana engalanada con finas cortinas de raso en tono crema sobre tela de seda color blanco.

La mujer estaba instaladísima en la casa de Noah, quién sabía por cuánto tiempo, y saltaba de contenta como conejita, aplaudiendo, en cada espacio que nos enseñaba, como si fuera ama y señora de la propiedad, como si la intrusa fuera yo y ella... la prometida de Noah. Pero así estaban las cosas y así serían, me gustara o no. La permanencia de Spencer garantizaba que Noah tuviera a su hija con él y esa razón bastaba y sobraba para que me tragara los celos y la rabia y curvara mis labios con una falsa sonrisa.

Después del pequeño tour, ayudé a Noah a preparar el bolso con un par de jeans, dos camisetas, ropa interior, medias y sus productos de aseo personal. Su plan era llegar a Tennessee, descansar una noche en un hotel, y retornar el miércoles en la mañana. La idea de él pasando dos días con Spencer no me agradaba nada, la mujer tenía la mano sueltcita, le encantaba toquetear los bíceps de Noah con cualquier excusa, y poseía una estúpida manía de parpadear y hacer pucheros de malcriada cada vez que le hablaba. Se comportaba como una niña mimada en lugar de una mujer de veinticuatro años.

La detestaba.

Impulsada por los celos, le di a Noah un beso de despedida épico, uno de esos que incitan a la lujuria, uno que le tomaría tiempo olvidar... Y no fue hasta que ondeé la mano como despedida, al momento que se marchaban en su auto, cuando pensé en lo que había hecho: lo envié con otra mujer, excitado, en un viaje que tomaría más de doce horas de camino.

Sentí ganas de darme cabezazos contra la pared durante los primeros minutos, cuando todavía persistía en mis labios el sabor de su boca, de su roce... Pero pronto reflexioné y me dije que él no me traicionaría, que el amor que sentía por mí era sincero, verdadero, que nunca haría nada que

estropeará nuestra relación, no de esa forma. Y mientras mi mente pugnaba con ese argumento, mi corazón se anegó con un sentimiento crudo y venenoso: culpa. No podía seguir así. Tenía que sincerarme con Aarón de una vez por todas y liberarme de la pesada cruz que limitaba mi felicidad. Mi gran dilema era ¿cómo lo hacía sin que aquello terminara en desgracia? A la vez pensé: *¿Y si estoy exagerando? ¿Y si él es capaz de seguir adelante a pesar de mí?*

—¿Por qué tan distraída? —susurró una voz áspera detrás de mí. En otro momento, me hubiera sobresaltado y preparado mis puños para atacar, pero ya había superado la fase de terror cuando escuchaba la voz de Connor.

Me giré hacia él y lo saludé con un *hola*. Todavía no me sentía cómoda ni ligada sentimentalmente a él como para hacerlo de otra forma. Connor hizo lo mismo, manteniendo la distancia, y sonrió con todos los dientes. No sabía por qué, pero ver aquella expresión en su rostro siempre me entumecía, me hacía sentir un repentino miedo que apretaba mis vísceras. Esperaba que con el tiempo eso cambiara, de la misma forma que sucedió con su voz.

—Te estuve observando desde las sombras. Parecías necesitar un tiempo a solas después de que Noah se marchara con su amiga —expuso con mala intención. Su tono al pronunciar la palabra *amiga* fue una insinuación deliberada. Creí que había dicho que le agradaba Noah ¿y ahora intentaba acusarlo? También repudié que me espicara, que me estudiara como un cazador a su presa. ¿Lo había hecho otras veces? ¿Debía estar más atenta de ahora en adelante?

—¿Cuándo llegaste? ¿Dónde está tu auto? —pregunté con aspereza. Tenía que haber estado ahí desde antes de que saliéramos de la casa de Noah. De otra forma, habría escuchado el motor; por muy absorta que estuviera, mi mente reaccionaba de forma automática a ese sonido, me llamaba.

—Vine caminando. Tengo una hora aquí, esperando que la suerte me sonriera y pudiera verte esta noche. Me he sentido muy solo, Audrey. Te he extrañado —confesó con gesto compungido.

Sentí que mi corazón se volvía un puño. ¿Cuán solitario e inseguro podía sentirse un hombre tan imponente y tenebroso como él?

—¿Por qué no me llamaste? No me hubiera negado a verte.

Un puñado de cabello había caído a mi rostro. Levanté mi mano izquierda y lo reacomodé detrás de mi oreja, movimiento que Connor siguió, notando,

por la expresión que marcó su ceño, mi anillo de compromiso.

—¿Te vas a casar con él? —Lo preguntó alzando la voz, incrédulo y sorprendido.

—Sí —afirmé, reforzando mi respuesta con un asentimiento. Era la primera persona externa a mi círculo íntimo que lo sabía. Y sentí una emoción tan grande que fue inevitable sonreír. Saber que en el futuro —esperaba que no muy lejano— sería la esposa de Noah hacía desbordar mi corazón de felicidad al punto de querer dar saltitos tontos y emocionados tal cual lo hizo la *intrusa*.

—Pero... eres muy joven, Audrey. ¿Por qué atarte a él?

Connor seguía en estado de estupefacción, como si, en lugar de admitir que me casaría, hubiera anunciado mi sentencia a muerte.

—Porque lo amo. ¿Eso no significa algo para ti?

—No —respondió. Su voz casi inexistente, sus ojos desposeídos y atormentados, como si pensar en el amor doliera. Sus ojos oscuros trasmitían una pena tan amarga que solo alguien que amó y fue lastimado profundamente podía expresar.

—Sabes, mis alacenas están vacías. ¿Quieres ir conmigo a la tienda de comestibles? Debía ir hacia días —propuse, queriendo alejar de sus pensamientos lo que lo atormentaba.

—Eso me gustaría mucho —aceptó sonriente.

La conversación que tuvimos antes, aunque breve, me resultó reveladora. Él fue herido, de ahí el motivo de su mirada sombría y de esa aura oscura y tenebrosa que me ponía los vellos de punta. Connor era un hombre lastimado. Y mi lado morboso quería saber por quién y de qué manera.

\*\*\*

A las diez de la noche, después de hacer las compras, dejé a Connor en su casa. Vivía en la mejor zona de West, en una vivienda demasiado grande para un hombre solo, que curiosamente, quedaba muy cerca de donde vivía la madre de Aarón. Sentí mi estómago hundirse cuando pasé por el frente y vi su auto estacionado fuera del garaje. La mujer había perdido todo el respeto y la admiración que alguna vez sentí por ella, con su actitud y sus venenosas palabras. Me mostró a un ser desconocido para mí, una víbora sin alma ni corazón. Sí, traicioné a su hijo y no esperaba aplausos y conmemoraciones,

pero ella fue demasiado lejos con lo que le dijo a Noah. Lo hizo con intención y alevosía. Fue cruel.

Connor me invitó a pasar cuando llegamos a su casa, parecía realmente emocionado con la idea, pero era tarde y papá estaba solo en casa. Obvio que fue una excusa, una que él no se creyó ni por asomo, pero era válida. Quería ir paso a paso, ser capaz de confiar plenamente antes de reunirme a solas con él. Y también, asegurarme de que en verdad fuera mi hermano; porque, como dijo Cris, no tenía ninguna prueba. La cuestión era ¿cómo se lo pedía sin que se ofendiera? Después de todo, había aceptado desde el inicio que era hijo de mi madre. Aunque, pensándolo mejor, no tenía necesidad de decirle. Había una forma más sutil de probarlo. Tomando su ADN de algún vaso que desechara en una de nuestras reuniones. Sí, lo haría de esa manera y despejaría mis dudas.

Resignado, se bajó del auto y se despidió de mí con un gesto de la mano. La desilusión fue evidente en su gesto desencajado y en la triste mirada que me devolvieron sus ojos. Pese a ello, hice de tripas corazón y puse el auto en marcha. No podía ablandarme a la primera de cambio. Debía ser consistente y esperar. Y también tenía que decirle a mi padre que me estaba reuniendo con Connor. Odiaba mentirle.

Minutos después, entré a casa cargando las bolsas de las compras. Papá estaba sentado en su trono viendo *Rápidos y Furiosos 2*. Veía toda la serie al menos una vez al mes, recordando por medio de ellas la época en las que, detrás de un volante, protagonizaba su propia película de acción y adrenalina. Él siempre fue un excelente conductor, ganó muchas competencias, obteniendo el reconocimiento y la admiración de todos los competidores. Lo llamaban el *Imparable Jace*.

Vacíé las bolsas y puse el contenido en las alacenas, pensando en Noah y en las horas de viaje que le esperaban hasta Tennessee. Él prometió llamarme cuando tomara un descanso y estaba ansiosa por escuchar su voz, pese a que solo habían pasado dos horas desde que se marchó. Cuando todo estuvo dentro, puse unos *snacks* en un bol de vidrio y me fui a la sala. Coloqué el envase en la mesita de madera ubicada entre el sofá y el sillón de papá y disfruté junto con él de la película.

Esa noche, no toqué el tema de Connor. Decidí esperar a la mañana para no estropear el humor de papá.

La película terminó a las once treinta y cinco. Papá se quedó dormido y armonizó el ambiente con sus ronquidos veinte minutos antes de que aparecieran los créditos. Pero entornó los ojos y dio un saltito de esos que experimentas cuando estás dormido y sientes que te estás cayendo de la cama o, en su defecto, del sillón.

—No vi el final —rechistó con gesto desdichado.

—Te lo sabes de memoria, papá —aludí con una sonrisa—. Deberías ir a la cama. Es casi medianoche.

—Sí, y tú también. Este viejo sofá no es bueno para dormir, no si quieres despertar como piñata mexicana después de ser apaleada por pequeñas bestias de un metro de estatura —bromeó.

—Niños, papá. Se llaman niños —dije en tono jocoso.

—No, cariño. Tú fuiste una niña. Los de esta generación no pueden llamarse así. —Hizo un gesto despectivo.

—¡Ujum! Ya te veré todo querendón cuando mis hijos vengan a retozar en tu casa.

—¿Nietos? —Su rostro se iluminó—. ¿Planeas darme alguno pronto, cariño?

—¿Qué? ¡No! —grité con reticencia. Un bebé no entraba en mis planes y seguro tampoco en los de Noah. Él tenía mucho en sus manos con Alice para lidiar con un bebé.

—Es una pena. Moriré sin ser capaz de sostener en mis brazos a una pequeña versión de ti y de Noah. ¿Es eso justo? —Negó con la cabeza.

—Pero, papá, si apenas hace unos segundos llamabas a los niños “pequeñas bestias”.

—Sí, al resto de los pequeños humanos, no a tus futuros hijos.

Giré los ojos a la vez que sonreí.

—Buenas noches, papá. Y no hables de la muerte, que la tuya está muy lejos aún —añadí antes de subir las escaleras y meterme a mi habitación.

Me había quedado dormida antes de que pudiera tener noticias de Noah. Su llamada me despertó a la una de la madrugada, sobresaltada, sintiendo como si mi corazón quisiera desertar de mi pecho. No supe por qué reaccioné así, yo no era del tipo de persona fatalista que en todo veía un peligro. Cuando escuché su voz, y tuve la certeza de que se encontraba bien, mis



pálpitos comenzaron a normalizarse. Me dijo que decidió alojarse en un motel para descansar y continuar con el viaje un par de horas más tarde. Era lo mejor. Él había estado despierto desde muy temprano y no había descansado durante el día.

Se despidió de mí con un *te amo*, que yo correspondí, y prometió llamarme antes de retomar el camino.

Volví a quedarme dormida sin mucho esfuerzo y me desperté a las cinco y treinta de la mañana, sintiéndome bastante descansada. Tomé una ducha, me vestí y desayuné con papá. Él, cereales con frutas y yo un *omelette* con pan tostado y jugo de arándanos.

Noah me llamó cuando lavaba los platos. Me saludó con un cariñoso *buenos días, futura señora Cohen*, y me dijo que había extrañado tenerme entre sus brazos, que su cuerpo demandaba mi presencia y sus labios ser bañados por mi calidez.

Mis mejillas, y otras partes de mi cuerpo, se encendieron. Era lógico que lo hiciera, Noah ronroneó cada palabra con intención...el muy malvado. Y, dicho sea de paso, en presencia de mi padre, quien, por suerte, tenía toda su concentración en el diario y no en mí, porque hubiera sido bochornoso que notara mi reacción.

En otras circunstancias, le habría seguido el juego, pero no era el momento ni el lugar.

Nos dijimos adiós luego de unos minutos. Él tenía que seguir con su viaje y yo ir al trabajo.

Más tarde, al salir de casa, encontré un sobre en el buzón, sin remitente ni dirección. Al inicio, pensé que era de Aarón, pero cuando lo abrí y vi la letra de Olive escrita en el papel, mi corazón se saltó un latido. ¡Al fin tenía noticias tuyas!

Ansiosa por saber qué decía, corrí a mi auto y, sentada detrás del volante, desdoblé el papel y comencé a leerla.

*Para Audrey, una de las hermanas que la vida me regaló.*

*Antes que nada, te debo una enorme disculpa por la forma en la que me marché. No estaba en mis planes hacerlo, no hubiera querido tener que irme nunca, pero tú más que nadie sabías que mis días en West estaban contados, que cada año allí fue robado, que llegaría la hora de decir adiós.*

*Quiero que sepas que estoy bien, a salvo, y que siempre, siempre, estaré*

*eternamente agradecida por tu apoyo, cariño y comprensión a través de los años, que te quiero y que ocupas una parte irremplazable en mi corazón. No puedo decirte dónde estoy ni prometer que te llamaré en algún momento o que recibirás más cartas. No sé si algún día volveré a verte ni a Brandon ni a Cris –quienes tienen sus propias cartas–, pero estaré rogando a diario por un milagro, deseando cada segundo reunirme con ustedes siendo una persona libre, sin miedos ni ataduras.*

*Vive tu vida sin miedo, sin arrepentimientos. Ama con libertad a la persona que tu corazón escogió. Sé feliz, Audrey.*

*Con amor, Olive.*

—¡Oli, por Dios! —gemí. Lágrimas amargas caían sobre el papel blanco, mojándolo.

No podía aceptar su despedida. No concebía que esas pocas líneas fueran lo último que obtuviera de mi hermana del alma, la que mi corazón adoptó. Ella no merecía el exilio ni renunciar a la felicidad a causa de un maldito hombre, de una escoria humana que merecía estar ardiendo en el infierno.

Aún llorando, doblé la carta y la metí en el sobre. Mis manos temblando de ira, mi corazón dolido por la pérdida. ¿La volvería a ver un día? ¿Por cuánto estaría a salvo esta vez?

En ese momento, *Remedy*, de Adele, comenzó a sonar. Era el tono de llama de Cris, una canción que ella amaba, no sabía por qué. La letra era corta venas.

La inflexión contrita de su voz afirmó lo que suponía: había leído la carta que le envió Olive. Apenas comprendía lo que decía entre sollozos, y tal vez no lo necesitaba, sabía cómo se estaba sintiendo.

Las dos lloramos nuestra tristeza y desconcierto a través de la línea, hasta que solo se escuchaban pequeños suspiros de resignación.

\*\*\*

Los siguientes días transcurrieron lentos y aburridamente rutinarios. Extrañaba a Noah y no me bastaba solo con escuchar su voz a través del teléfono; lo quería conmigo, sentir su piel contra la mía, besarlo, dormir pegadita a él, sintiendo el latido de su corazón en mi espalda y sus manos en mi vientre. Pero su estadía en Tennessee se había retrasado por un asunto legal que debía formalizarse antes de trasladar a su hija a West. Entre tanto,

fui a consulta con mi ginecóloga y, luego de unos exámenes de rutina y análisis de sangre, me recetó pastillas anticonceptivas. Eso haría feliz a mi prometido. ¡Vamos! A mí también.

Otro cabo suelto que até fue hablarle a papá de Connor. Me sinceré con él y le dije que estaba intentando crear lazos con mi medio hermano, que eso querría mi madre, y fue la mención de ella lo que lo ablandó lo suficiente para que gruñera un *está bien*. No le mencioné lo del asunto del ADN, y no lo haría hasta tener los resultados. Dos días atrás, luego de reunirme con Connor en *Cheo's Burger*, tomé la pajilla que usó para sorber su malteada y envié a hacer los análisis. Solo quedaba esperar.

En cuanto a Aarón, no había tenido noticias suyas en casi tres días, eso me inquietó y me hizo pensar que algo malo le había pasado. Que estuviera con Noah no significaba que no me importara el destino de Aarón; lo quería, deseaba lo mejor para él y esperaba que rehiciera su vida con una mujer que lo amara de la forma que él merecía.

—Por favor, Audrey. Di que sí. ¡Estoy desesperada! —rogó Cris con las manos juntas como plegaria.

—¡Ay, Cris! No tengo ganas de salir, ya te dije —esnifé, hastiada de su incesante súplica.

—No seas mala, Drey. Quiero ir a ese fulano bar de salsa al que te llevó Noah y echar un pie. Y quién sabe, tal vez ahí encuentre al hombre de mis sueños, el que me descalabre todos los huesos y me deje blandita, como mousse de chocolate. —Le agregó un par de parpadeos a su exagerada proposición.

—Bien —suspiré—. Hablaré con Noah a ver si es posible. Pero que conste, solo estaremos dos horas y no vas a tomar más de tres margaritas. No voy a cargar con tu trasero borracho otra vez.

—¡Gracias! ¡Te amo, mujer bendita! —Se levantó de su silla de escritorio y me abrazó eufórica.

*Mi pobre amiga...*

Tres horas después, ropa volaba por los aires en la habitación de Cris. Estaba buscando el atuendo correcto para la ocasión: sexy, pero conservador, atrevido, pero sin caer en lo corriente. Algo así como un conjunto inexistente. Yo no tuve problemas con elegir. Me puse un par de jeans, botas y una camiseta gris *sin ton ni son*, cuello en “V” de manga corta, pasé del

maquillaje y me recogí el cabello en una cola. No tenía ánimos de ir a “echar un pie”. Ni medio, si quiera. Mi único deseo era que Noah volviera a casa.

*Hablando del Rey de Roma...* El hombre en cuestión hizo las mil y un preguntas cuando le mencioné que quería ir al bar de salsa, que al final supe que se llamaba *Qué rico, Puerto Rico*, un nombre bastante particular y divertido. En fin... Noah activó su modo protector a su máximo potencial y por poco me hace jurar sobre la *Biblia* que no aceptaría bebidas de ningún extraño. Estuve a punto de colgarle y mandarlo a freír espárragos. Él llevaba cuatro días con la *intrusa*, y yo, que no hice otra cosa más que trabajar como burra y reunirme un par de veces con Connor ¿tenía que prometerle que no me dejaría cortejar por nadie? Como si me importara que un fulano me ofreciera una mierda. Antes de él, nunca le di ni la hora a ningún hombre. Pero, claro, como yo era una infiel, él tenía derecho de sospechar. ¡Y eso mismito lo dije! A lo que él reaccionó bajando la guardia y asegurándome que solo se preocupaba por mi seguridad, que no desconfiaba de mí de esa manera. Y bueno, la cosa terminó con él llamando a Mason para decirle que Cris y yo iríamos al bar.

Y ahí estaba yo, esperando que mi desquiciada amiga se decidiera por un atuendo.

—Estoy a punto de volver a casa y acostarme a dormir —refunfuñé de mala gana.

—Ya, ya. Me pondré esta falda negra, con este top rojo y un par de *Jimmy Shoes*. ¿Contenta? —enarcó las cejas.

—No, más contenta estaría acostada en mi cama, viendo alguna serie en mi *iPad* mientras como palomitas. —Lo decía muy enserio.

—¡Pero qué amargada estás! Ojalá Noah llegue pronto y te rasque donde te pica —dijo entre risitas.

Tomé uno de los zapatos que estaban regados en el suelo y lo aventé hacia ella, pegándole en la cadera. Cris se rio más fuerte y, llevándose la ropa, se refugió en el baño como una cobarde.

*Ya verá cómo me desquito.*

No más de una hora después, detenía mi camioneta delante del estacionamiento del bar de salsa. Mi pecho se llenó de una entrañable calidez al recordar la noche que Noah me llevó ahí. ¡Lo extrañaba mucho!

—¿Qué hace el *Señor Tenebroso* aquí? —preguntó Cris cuando vio a

Connor abandonando su auto. Nos estuvo siguiendo desde que salimos de su casa y ella ni lo notó.

—Yo lo invité —respondí con una sonrisa victoriosa.

Cris no iba a salir airosa después de burlarse de mí en la habitación.

—Espero que el resultado de ADN confirme mi sospecha, que ese sujeto y tú no están vinculados en absoluto. No me gusta, Drey. No me gusta nada.

—Ya sé —espeté con disgusto—, pero no lo juzgues tan duramente, Cris. Tú no sabes qué pasó en su vida para que actúe así. Te comportas de la misma forma que Oli con Noah al inicio.

—Disculpa, Audrey, pero Connor y Noah no tienen punto de comparación. Mientras este me provoca escalofríos, Noah...

—No termines esa frase si quieres preservar tu vida —advertí rabiosa.

La boca de Cris se abrió con asombro, pero en breve comenzó a reírse fuerte, tan duro que colocó una mano en su estómago y se inclinó hacia adelante.

—Dios mío, Drey. ¡En serio Noah tiene que regresar pronto! Te estás volviendo paranoica.

—¿Ah, ¿sí? ¿Acaso ibas a alabar la nobleza de su corazón? —desdeñé, asombrándome por mis celos repentinos. ¡Era Cris, por Dios! Mi amiga—. ¡Dios! Tienes razón. Me estoy volviendo paranoica. Pero es que lo extraño mucho.

—Lo sé, Drey. Pero ya vendrá. No debe tardar mucho más —dijo en tono condescendiente—. Si quieres nos vamos, ya no tengo muchas ganas de entrar —añadió, intentado salvarse de estar cerca de Connor.

—No, ya estamos aquí. Y no vas a usarme como excusa. —Me bajé del auto y caminé hacia el auto de Connor, quien me esperó pacientemente mientras Cris y yo discutíamos. Hasta pena me dio.

Cris se unió a nosotros segundos después, aunque a una distancia de no menos de un metro y cruzando sus brazos sobre su pecho de forma protectora y defensiva. Me disculpé con Connor en su nombre antes de dirigirnos a la entrada del local. Toqué la puerta como lo hizo Noah aquella noche y Mason la abrió para nosotros. Lo saludé con un gesto de la mano y una sonrisa e hice las presentaciones pertinentes. Cris estuvo encantadísima de tenderle la mano a Mason, hasta fue capaz de darle un besazo en la mejilla y tocarle el brazo sin recato. Estaba demasiado lanzada.

Avergonzada por su comportamiento, le modulé un *lo siento* a Mason y, empujando a Cris, transitamos el pasillo que nos llevó al centro del lugar; desde un escenario ubicado al fondo del local, tres niveles por encima del suelo, la música salsa era tocada por el mismo grupo de la otra noche.

—¡Quiero alcohol! —gritó Cris por encima de la música mientras movía sus hombros al son de la famosísima canción de Marc Anthony, *Valió la Pena*.

Giré los ojos y la seguí, sin muchas ganas de hacerlo. Ella parecía haber consumido tres latas de *Red Bull* y yo pastillas para dormir.

Nos ubicamos frente a la barra, en tres de los seis taburetes libres, y pedí cerveza para Connor y para mí y una margarita para Cris. El *bartender* no tardó en deslizar dos *Coronas* y una bonita copa, con su respectiva aceituna, sobre la barra de madera pulida.

—Puedes ir a divertirte, no tienes que sentarte aquí conmigo. —Le insté a Connor, hablando fuerte sobre su oído, para lo que tuve que inclinarme un poco hacia él.

—Estoy bien aquí —respondió, ladeando una sonrisa.

—¿Seguro? La chica a tu izquierda te está mirando. Deberías invitarle una copa —sugerí con buena intención. Su manzana de Adán se movió y su mandíbula se tensó—. Lo siento. ¿Dije algo malo?

—No —contestó sin mirarme—. Solo que no me interesa.

—Pero si no la has visto —repliqué, no pudiendo mantener la boca cerrada.

—Quiero decir, no estoy interesado en algo de una noche. —Llevó la botella de cerveza a su boca y se terminó el contenido en un solo trago. Yo hice lo propio y no insistí más con lo mismo. No tenía derecho a coaccionarlo.

Aparté mi vista de él y miré a un lado, donde se suponía debía estar Cris bebiendo su margarita, pero la silla estaba vacía. ¿Tan rápido encontró compañía? Claro que lo hizo, ella era hermosa, carismática y bastante atrevida.

Me giré en el asiento y observé alrededor, intentando encontrarla entre el tumulto de cuerpos que se movían al ritmo de la música, bajo las luces estroboscópicas, pero no qué va, era una misión imposible que ni el mismísimo Tom Cruise podía completar.

*Bueno, no puedo hacer más que esperar a que vuelva por alguna bebida cuando se encuentre sedienta. Y si no lo hace, entonces me aseguraré de que no salga de aquí sin ser vista.*

Le escribí un mensaje a Mason, ya que Noah me dio su número de teléfono, y le pedí que por favor no dejara salir a Cris sin darme aviso. No me fiaba de ella esa noche, parecía demasiado desesperada por atención, demasiado arriesgada y chiflada. Claro que no me opondría si quería irse con algún *Don Juan* que solo buscaba un rollito de una noche, pero antes me aseguraría de que Cris estuviera en sus cabales, sobria.

—Te debo una disculpa —dijo Connor, interrumpiendo mi tren de pensamiento, que iba a mil millas por segundos.

—No, claro que no. Soy yo quien debería disculparse. No debí asumir que eras ese tipo de hombre —razoné.

Connor giró su rostro hacia mí y me mostró una mirada oscura, tan densa como el petróleo, antes de decir con aspereza—: Soy ese tipo de hombre, Audrey, no te equivocaste al creerlo. Pero estoy intentado cambiar. Conocerme me ha hecho pensar que puedo.

—¿Por qué lo dices? —pregunté inquieta. No me gustó lo que vi en sus ojos.

—Porque deseo ganarme tu afecto, que me aceptes como tu hermano y, para que eso suceda, necesito ser el hombre que tu madre quería que fuese, el hombre que describió en el diario que dejó para mí.

—¿Ella te escribió un diario?

—Sí, un diario con consejos para cada etapa. Lo recibí muy tarde, debo decir. Caleb lo ocultó de mí y Lisa me lo entregó después de su muerte.

Nunca se refería a ellos como padre o madre. Incluso, dijo “tu madre” cuando habló de nuestra mamá.

—¡Guao! —Fue lo único que fui capaz de decir. Estaba sorprendida. Solo de imaginar a mi madre escribiendo esas líneas para un niño que no vería crecer, que no vería convertirse en adulto y formar una familia, me conmovió hasta las lágrimas.

—Nadie me ha amado de la forma que ella lo hizo —añadió, rompiendo el dique que contenía mis lágrimas. Él, al verme llorando, puso su mano en mi espalda y me consoló, pidiéndome que por favor no llorara, pero no podía parar. Sentía tanto dolor, tanta tristeza, que encontré en el llanto una forma de

desahogo—. ¿Puedo abrazarte, Audrey? —preguntó con voz trémula y temerosa.

No pensé.

No me detuve a considerar las consecuencias.

Solo asentí.

Connor se levantó del asiento y me envolvió entre sus brazos con calidez y ternura. Mi rostro quedó sobre su pecho, a nivel de los incesante y enérgicos latidos de su corazón, y retuve mis brazos sobre mis muslos, sin saber si levantarlos y envolver su torso con ellos o si dejarlos ahí, ausentes e inútiles.

Contrario a lo que creí, no me sentí incómoda con su cercanía, no experimenté escalofríos ni ningún tipo de rechazo físico. En cambio, hallé refugio y consuelo.

—¡Audrey! —aulló una voz que mi corazón reconoció antes que mi mente. La de Noah.

Me separé Connor de golpe, como si su piel salpicara veneno tóxico, y miré hacia donde se encontraba mi prometido, de pie, con los brazos cruzados, la cara roja de furia y los ojos a punto de abandonar sus cuencas.

—¡Noah! ¿Cuándo llegaste? —pregunté, porque fue lo primero que saltó a mi mente.

—¿Por qué la abrazabas? ¿Por qué mierda lo hacías? —Le gruñó a Connor, dando un amenazante paso hacia él en lugar de responder mi interrogante.

Mi medio hermano cuadró los hombros, preparándose para darle pelea. Pero eso no iba a pasar. No de nuevo.

—¿De qué lo estás acusando? ¿De qué me acusas a mí, Noah? —encaré disgustada.

La mirada que le lancé debió bajarle los sumos un par de niveles, porque suavizó sus gestos y cambió la expresión volcánica de sus ojos por una más calmada y, esperaba, sensata.

—Nos vemos después, Audrey —dijo Connor y se marchó sin mirar atrás o darme tiempo de decirle que no tenía que irse.

Di media vuelta, queriendo alejarme de Noah, pero él me estrechó a su cuerpo, tomándome por la espalda, y susurró en mi oído «*perdóname, muñeca*».



Las lágrimas reiniciaron y me sumí de nuevo al llanto, ya no solo de tristeza y dolor, también de rabia.

Rabia con Noah por ser intransigente.

Rabia porque lo había extrañado demasiado y, ahora que lo tenía cerca, no podía disfrutar de su contacto como había deseado.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué lloras así? —preguntó afligido.

Negué con la cabeza mientras intentaba dejar de llorar como idiota.

Noah me giró sobre sus pies y tomó mi mentón entre sus dedos, levantando mi rostro ante el suyo.

—¿Audrey? —insistió.

—Nunca más, Noah. Nunca vuelvas a creer que yo... que Connor y yo... —balbuceé, hipando por el llanto.

—No lo hago, muñeca. No dudo de ti —afirmó, entre tanto sus dedos secaban mis lágrimas.

Cerré los ojos y liberé un suspiro que se llevó consigo una gran parte de mi descontento. No podía estar enojada con él cuando tenía tantas ganas de refugiarme en sus brazos y de perderme en sus besos.

—Ya hablaremos después —susurré, cerrando el espacio que nos distanciaba y obteniendo de su boca lo que tanto deseaba.

Fue tocar sus labios y sentir la ansiedad abrasando cada poro de mi piel.

Nos besamos con una necesidad tan carnal y agónica que sentí mi corazón fundirse como si estuviera sumergido en un mar de lava.

—Te extrañé como un loco—dijo con un gruñido ronco que se desprendió de su pecho.

—Ya era hora de que volvieras. —Me pegué más a él mientras lo decía, rozando con intención el bulto que ajustaba sus jeans, y me impregné de su aroma, de esa mezcla a hombre, pasión y lujuria que tanto me encantaba.

—¿Pensaste en mí? —Sus manos vagaron por mis hombros, brazos y codos, hasta establecerse en mi cintura, a la misma vez que sus labios repartían besos por mi cuello, ahí, ante la vista de todos.

—¡Ummm! —gemí, embriagada de él.

—Necesito hacerte el amor. Lo necesito con urgencia —añadió, echándole más leña al fuego que ya ardía con furor.

Yo también quería. Dios, cuánto quería. Sin embargo...

—No puedo irme sin Cris.

—Lo tengo cubierto —aseguró con un guiño. Pero tenía que darme más información si pretendía que dejara a mi amiga ahí, a *la buena de Dios*. Entonces me explicó que había hablado con Mason y su amigo prometió que no la dejaría irse con cualquiera, que se aseguraría de que llegara a su casa sana y salva. Y le creí, no tenía motivos para desconfiar de su palabra, pero no me sentía tranquila con la idea de irme sin ella. ¿Y si le pasaba algo antes de que Mason pudiera verla?

Noah leyó mi expresión y murmuró, empecinado—: Bien, no nos iremos sin ella. ¿Dónde está?

—Por ahí. —Señalé con el dedo el montón de cuerpos que se meneaban a un ritmo candente y sensual. Pero, al igual que yo, Noah no pudo diferenciar entre ellos a Cristal.

—La encontraremos —dijo con determinación. Con su mano derecha sosteniendo firmemente la mía, me condujo entre la gente, zigzagueando y gritando la palabra *permiso* o *lo siento*, cuando era el caso.

No había duda, Noah quería sexo y lo quería ya. Y haría lo que fuera por tenerlo.

—¡Oh mi Dios! —dije asombrada cuando encontramos a Cris bailando, no con uno, sino con dos tipos, uno delante y otro detrás, refregando su trasero contra uno y sus pechos sobre el otro.

*¿Acaso se fumó algo antes de venir aquí?*

—La fiesta se terminó —gritó Noah y sacó a Cris del sándwich que formaba con aquellos desconocidos, tomando su muñeca y situándola entre él y yo de forma protectora.

Mi amiga se rio a carcajadas, como si lo que le pasaba le resultara un chiste, mientras que los hombres miraron a Noah como perros rabiosos a quienes les acababan de robar un hueso, pero a él le importó un cuerno. No les temía, así fueran dos contra uno. Su mirada era desafiante, llena de arrogancia y poderío, tanto, que los sujetos salieron pitando entre la gente como quien acaba de ver a la muerte en carne y hueso.

*Sí. Ese es mi hombre.*

—¡Eres un aguafiestas, Noah sexy Cohen! —Se quejó Cris con un exagerado puchero cuando estuvimos alejados del bullicio y del gentío. La tuvimos que sacar arrastras, no quería irse.

—¿Qué bebiste, Cris? ¿Esos tipos te dieron drogas o qué? —Le pregunté mientras sostenía su rostro, escrutándolo con la mirada.

—¡Shss! —chitó, poniendo un dedo entre sus labios—. Solo fue una dosis de MDMA<sup>[9]</sup>.

—¿Qué? ¡Mierda! ¡Jodida mierda! —grité llevando ambas a los costados de mi cabeza—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Porque duele demasiado, Drey. No sabes cuánto —dijo con una mirada triste, sombría, una que nubló todo el humor y la euforia de su rostro.

¿Qué era lo que dolía? ¿De qué hablaba? No me dio ocasión de preguntar, porque comenzó a llorar, a llorar con congoja y profunda tristeza.

La envolví entre mis brazos e intenté darle consuelo, aún sin saber a qué se debían sus lágrimas.

Entre sollozos, logré comprender dos frases: «lo amo» y «él la ama a ella».

Me partió el corazón. Amar sin ser correspondido debe suponer un maldito infierno. Pero, ¿a quién amaba? Me encontraba en el limbo. Nunca, en todos los años de amistad que habíamos compartido, escuché que dijera que amaba a un hombre. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Llémosla a su casa, muñeca —susurró Noah detrás de mí, posicionando la palma de su mano en el centro de mi espalda.

Asentí.

Cris necesitaba una ducha fría y dormir. Ya hablaría después con ella del hombre misterioso al que decía amar.

## Capítulo 28

Una hora más tarde, estaba acostada junto a Cris en su colchón. La había metido debajo de la ducha, puesto su pijama y acostado en su cama, todo con ayuda de Noah. Bueno, no todo, la parte de desnudarla y vestirla fue solo cosa mía. No fue nada fácil, Cris no colaboraba. Ahora ella estaba dormida y yo con los ojos de par en par, sin una pisca de sueño. Pensaba en todo lo que sucedió ese día, desde la carta de Olive, la conversación con Connor, el regreso de Noah y la situación de Cris. Una suma de acontecimientos que me tenían inquieta y pensativa.

Noah se despidió de mí una vez que Cris estuvo dormida y prometió verificar a papá por mí, de eso hacía varios minutos. Me dio un beso en la sien y me apretó con un abrazo confortable. Justo lo que necesitaba. Si me hubiera dado un beso provocador y necesitado quizás me hubiera ofendido. Pero no lo hizo, él sabía que tenía que quedarme con Cris, fue comprensivo y se marchó sin demostrar miseria por no haber podido hacerme el amor como tanto ansiaba. Mi mente ya no estaba en ello, no mientras mi hermana estuviera en ese estado. Era por eso que amaba tanto a Noah, porque me ponía a mí en primer lugar.

«Intenta descansar. Mañana será otro día. Te amo con mi vida, muñeca», escribió Noah por *WhatsApp*.

«**Lo intentaré. Te amo más**», añadí un *emoji* de un corazón palpitante.

Le tomé la palabra y encajoné mis preocupaciones en un lugar apartado de mi mente. Necesitaba descansar. El día siguiente sería importante, conocería a su hija y correría en la noche en una competencia automovilística en las afueras de West. Para correr, no necesitaba preparación, estaba más que capacitada, pero para conocer a Alice, para eso no había manera de estar lista. Solo debía ser positiva y dejar que sucediera. Afligirme sería en vano.

\*\*\*

—¡Ummm! Huele delicioso —dijo Cris mientras se sentaba delante del desayunador, sonriente, como si no me hubiera hecho pasar un jodido disgusto la noche anterior.

—Vas a decirme por qué mierda te metiste *MDMA*, Cris. —La señalé con la espátula que estaba usando para girar los *hot cakes*.

Ella miró hacia la mesa apenada y guardó un sepulcral silencio, que se extendió hasta que puse una nueva porción de mezcla en la plancha.

—Por estúpida, por eso. Pero no lo haré más, Drey. Te lo prometo. —Me miraba como un gatito asustado, hasta temblaba, y solo por eso bajé la guardia. No quería que se sintiera amenazada, sino que confiara en mí.

—¿Quién es él? ¿Cuándo pasó? —No tenía que ser específica, ella sabía a quién me refería.

—¿Él? —Esbozó una sonrisa triste—. Él lo es todo lo que quiero y todo lo que no puedo tener. Él es de ella, Drey. Nunca será mío.

—¿No vas a decirme quién es? —Fruncí el ceño.

No creí que existieran secretos entre nosotras, de mí parte no lo habían.

—¿Para qué? No vale la pena, Audrey. No tiene sentido. —Se levantó del taburete y se metió al baño, dejando en claro con su partida que no diría nada más.

Me sentí indignada y dolida por su falta de confianza, pero nada podía hacer. Si ella no quería decírmelo, no insistiría.

Terminé los *hot cakes*, metí algunos en un *tupper*<sup>[10]</sup> para llevarle a papá, y puse los de Cris en otro, colocándole encima una nota que decía: «Come, por favor. Nos vemos en el taller. Te quiero».

Cuando detuve la camioneta frente a mi casa, mi estómago dio un vuelco a causa de los nervios. En cualquier momento, conocería a Alice, la hora del temible encuentro llegaría. ¿Qué le diría? ¿Cómo me sentiría al verla? ¿Encontraría en sus facciones algún indicio de Noah? ¿Cómo me miraría ella a mí?

—No te acobardes, Audrey. Puedes con esto y más —dije, mirándome en el espejo retrovisor. Pero lo cierto era que no me sentía valiente ni fuerte. La verdad era que tenía más ganas de arrancar el auto y conducir a través de todo Texas en lugar de enfrentar ese suceso.

*¿Desde cuándo me convertí en una gallina?*

Suspiré con desánimo y abandoné el vehículo, llevando conmigo el desayuno de papá. Pero antes de que pudiera poner un pie en el pórtico, escuché a Noah llamándome a voces desde su casa. Me giré para verlo trotar todo el camino hacia mí, quedándome fascinada con su atractivo. Usaba jeans

negros, botas camperas y una camiseta naranja cuello en “V” que cubría su torso de una forma pecaminosa. Quería arrancarle la ropa y lamer su pecho hasta cruzar los linderos que me llevarían a la zona roja.

Puse el *tupper* sobre una de las sillas que había en el pórtico y, segundos después, me tomó entre sus brazos y me besó como si no lo hubiera hecho en un año.

—Buenos días, preciosa.

Se me aflojaron las piernas y, de no ser porque él me sujetaba firmemente por la cintura, hubiera terminado en el suelo, derretida como un flan.

¡Amaba sus besos!

—Vaya —farfullé—. ¿A qué se debe tal recibimiento?

—Cinco noches durmiendo sin ti, muñeca. Cinco infernales noches sin sentirte —manifestó con voz áspera, vibrante. Desplazó su nariz por mi oreja y transitó mi mandíbula hasta encontrar de nuevo mis labios, que lo recibieron de buena gana. Una vez más, me debilité entre sus brazos, embriagándome con su tacto, con sus besos, con todo él...

—Noah, tenemos que parar —musite trémula.

—No quiero. —Besó mi cuello al tiempo que metía sus manos por debajo de mi blusa holgada.

—Ni yo, pero alguien puede vernos.

Noah gruñó como malcriado y apartó sus manos de mi espalda, mostrando además con su gesto hosco cuánto le disgustaba tener que dejarme.

Tan pronto estuve libre de su cobijo, y muy a mi pesar, me alejé de él. Ese no era el lugar adecuado para demostrarnos afecto.

—Entonces... ¿Cómo te ha ido con Alice? —Fue un cambio brusco de tema, pero la curiosidad me estaba matando y él no me había mencionado nada de su hija desde que nos vimos.

Su mirada se transformó en dulzura y de sus labios brotó una sonrisa inmensa, de esas que me dejaban más inservible que motor sin aceite.

—Ella es perfecta, Audrey. Mi hija es uno de los mayores regalos que he recibido en mi vida, y han sido muy pocos, dos, para ser exactos. Ella y tú. —Lo dijo con solemnidad y emoción, mirándome como quien observa algo majestuoso, sublime, como si no pudiera ver nada más.

—¡Ains! ¡Pero qué bello eres! —No lo pude evitar, me puse delante de él

y le di un beso, uno pequeño, casto, pero lleno de amor. Ese hombre me tenía totalmente enamorada. ¿Y cómo no? Si cuando se lo proponía, era dulce y romántico.

—Bella tú, mi amor. —Acarició mi rostro con ternura—. ¿Estás lista para conocer a mi niña? —preguntó con reserva, manteniendo sus ojos en mí como si intentara leer la línea de mis pensamientos.

—Sí —contesté sin titubear, aunque en mi interior me encogí en posición fetal y dije: «No, no, no, no». Estaba aterrada—. Pero antes, tengo que llevarle los *hot cakes* a papá y darme una ducha. Llevo con esto puesto desde anoche. —Miré hacia mi ropa desaliñada. No quería que Alice me conociera luciendo como esperpento.

—Ve, pero ya él desayunó. Spencer le trajo bollos y café.

—¡Oh! Eso fue muy amable de su parte. —Fingí una sonrisa para ocultar mi indignación. No le bastaba con estar metida 24/7 en la casa de Noah ¿también tenía que tomarse la atribución de atender a mi padre? Llámenme malagradecida o lo que sea, pero estaba segura de que ella lo hacía con doble intención.

—Sí, se ha encariñado mucho con Jace —dijo, el muy inocente.

*¿Encariñado? ¡Ajá, sí! Con el único que está “encariñado” es contigo, tonto. ¿Acaso no lo ve? Spencer no es más que una loba vestida de cordero.*

Me reservé mis comentarios para no iniciar una discusión que no nos llevaría ningún destino, ya que la *mujercita* tenía un boleto seguro en la vida de Noah mientras fuera la tutora legal de Alice.

—Oye, muñeca. Hablando de esa ducha... —Su tono fue una absoluta insinuación, al igual que su peligroso acercamiento.

—Quieto, tigre, que no estoy para cacería —advertí—. Tú me esperas en la sala con papá o vienes por mí más tarde.

—Eres una chica mala. Muy mala. ¿Cómo le niegas el pan a un hambriento?

—¡Ay, Dios! Te vieras la cara. —Me reí de su expresión, aparentaba completa desdicha—. Media hora, Noah Cohen.

Entré a casa y me encaminé hacia la sala, donde sabía que se encontraría papá. Lo saludé con un abrazo y me aseguré de que hubiera tomado sus medicamentos antes de subir a mi habitación.

Antes del tiempo establecido, ya estaba bajando las escaleras, bañada,

vestida, perfumada y hasta me maquillé un poco, para dar una mejor impresión.

Noah, sintiendo mi presencia, apareció frente a mí en menos de lo que canta un gallo y me miró como si, en lugar de jeans negros y una blusa de algodón rosa de mangas cortas, estuviera desnuda.

—Para con eso. —Podía leer sus sucios pensamientos, y no me eran indiferentes, al contrario, comenzaba a tener los míos propios. Él desnudo delante de mí, mis piernas en sus hombros y toda su longitud entrando y saliendo de mi interior.

—¿Y tú? —Me lanzó una sonrisa engréida—. Más tarde, *chica traviesa* —prometió con un guiño seductor, como había hecho otras veces. Puso un beso en mi mejilla y entrelazó nuestros dedos para conducirme hacia la salida.

Más rápido de lo que hubiera deseado, nos encontrábamos en la entrada de su casa. Diez nudos, sino más, se entrelazaron en mi abdomen, entretanto mi pulso se aceleraba en buena medida, convirtiéndome en un manojito de nervios.

—Tranquila, mi vida. No hay nada que temer —expuso Noah, asimilando el temblor de mis manos como lo que era, absoluto y rotundo miedo—. Le hablé de ti en el camino, sabe que estamos comprometidos y que te amo como un loco.

—Es que... ¿Y si me desprecia? ¿Y si me ve como la madrastra mala de los cuentos?

—¡Nah! —dijo con ligereza—. Ali es una chica dulce, y tú de madrastra mala no tienes ni la pinta. Creo que te verá más como la madrastra *buena onda* que conduce autos deportivos y sabe escoger ropa sexy para desquiciar a su prometido.

—Esto no es sexy —repliqué, dándome un vistazo innecesario. Sabía de memoria cómo lucía.

—Sí, sí lo es. Me tienes jodidamente mal. Estos benditos vaqueros se ajustan tanto aquí... —Apretó mi trasero con su mano derecha, así, sin tapujos.

—Noah... —Lo reprendí. ¿En serio? ¿Justo ahora se ponía juguetón?

—Lo siento, no pude resistirme. —Me dio un beso en la boca, cortito pero beso al fin—. Y eso tampoco.



—¡Dios! Te comportas como un adolescente —dije entre risas.

—¿Ves? Eso está mucho mejor. —Me dio un nuevo beso, esta vez en mi mano, y finalmente entramos a su casa.

Spencer estaba de pie detrás de la barra de la cocina limpiando la encimera con mucha diligencia, procurando parecer casual, pero fallando en el intento. No sabía disimular. Mientras que, una chica de cabello oscuro, casi negro, ojos caoba, grandes y expresivos como los de Noah, y labios sonrosados y asimétricos, delineados y ligeramente carnosos, me observaba desde el sillón con apreciación.

—Hola, tú debes ser Aubrey. —Me saludó Alice con bastante ánimo, hasta me sonrió, demostrando que también había heredado de su padre su perfecta dentadura.

*¡Dios! ¡Ella está ahí! Es real. Y tan parecida a Noah. Sin duda alguna, esa niña es su hija.*

—Es Audrey, mi amor. Y sí, ella es —compuso Noah con ternura. Escucharlo decirle *mi amor*, y en ese tono tan dulce, provocó una extraña agitación en mi pecho—. Muñeca, te presento a Alice, mi hija. —Lo dijo con una sonrisa genuina, emocionada, orgullosa...

—Hola, Alice. Me alegra mucho conocerte al fin. —No supe ni cómo logré decir aquello, en mi interior estaba pasmada, hecha un lío. No era fácil ver en alguien más el reflejo de Noah. Ella era suya, su carne, compartían un vínculo irrompible que, sabía muy bien, se antepone a mí. ¿Para qué mentir? Sentía una mezcla de celos y ansiedad. Sus lazos jamás se romperían, pero los míos con él podían hacerlo. Yo era reemplazable en su vida, Alice no.

—Y a mí. Noah no paraba de hablar de ti en todo el camino. Y eres más bonita de lo que él dijo. Pensé que serías... menos femenina; como dijo que eras mecánica y corredora, te imaginé como Letty, la de la peli de *Rápidos y Furiosos*.

Bueno, la chica era mucho más elocuente que su padre. Debió heredarlo de su madre, porque Noah no era parlanchín.

—Sí, todos asumen que soy una mujer ruda, mal hablada, que no tiene idea que es un *outfit* o de cómo se usa una pinza para el cabello. —Me reí de buena gana. Mis nervios comenzaban a diluirse. La facilidad de palabra de Alice y su naturalidad al expresarse me dieron la confianza necesaria para dejar de cohibirme. Aunque, claro, seguía un poco desfasada por la impresión

inicial.

—Y bueno, dime qué puede hacer una chica de quince años en una ciudad como esta. ¡Dios, es tan pequeña! Créeme, por un momento pensé que no tenían servicio de internet —dijo con un gesto de pánico.

Me reí. La chica era tan gestual como Noah. Contorsionaba su rostro de la misma manera cuando algo no le gustaba.

—Sí, tenemos todos los servicios y también lugares divertidos para chicas de quince años como tú.

—¿A ver? ¿Qué es divertido según tú? Porque Noah dice que a mi edad lo único que debo hacer es estudiar. —Era la segunda vez que lo llamaba *Noah* en lugar de papá. Y bueno, quizá era demasiado pronto para que lo hiciera, pero seguramente él estaba ansiando que ese momento llegara.

—No tienes que responder a eso, Audrey —intervino Noah.

—Cobarde —rechistó ella, riéndose de lo lindo.

—¡Ali! —La retó Spencer desde la cocina, quien había estado calladita pero muy atenta a la conversación.

—Ya, ya. Solo bromeaba. ¿Puedo ir a mi habitación ahora? —Le preguntó a Spencer.

—Eso es con Noah —contestó como haría una madre, dejando la responsabilidad en el padre. Y la realidad me aplastó. Ellos ahora formaban una familia, una en la que la intrusa no era Spencer sino yo.

—¿Puedo? —Lo miró a él, batiendo las pestañas y haciendo un puchero.

—Pero Audrey está aquí —interpeló él.

Me dieron ganas de darle un guantazo en la nuca. ¿Acaso nunca fue adolescente? Si me ponía a mí como impedimento, la chica me iba a odiar.

—No, está bien. Tengo que ir al taller de todas formas. Hoy es la carrera y tengo que revisar el auto.

—¿Carrera? ¡Ay, yo quiero ir!

—Claro que no. Eso es muy peligroso.

—Pero Audrey va a participar. Si ella puede estar, yo también.

—No discutas conmigo porque no cambiaré de parecer. —Padre e hija se miraron desafiantes, ninguno quería ceder, hasta que Spencer *la salvadora* intervino.

—Ve a tu habitación, Ali.

—¡Bien! —Se levantó del sillón y enfiló a toda prisa hacia las escaleras. Fue entonces cuando vi su cuerpo bien formado, parecía de diecisiete en lugar de quince años, lo que se traducía en problemas para Noah. Ni yo a su edad tenía esa figura.

—¡Mierda! Lo hice mal de nuevo, ¿cierto? —Le preguntó a Spencer.

*¿De nuevo? ¿Qué quiere decir con eso?*

*¡Ah, claro! No tengo ni puta idea porque yo soy la que sobra.*

—No te afanes, Noah —dijo ella en tono condescendiente, mientras, deliberadamente, ponía una de sus garras en el brazo de mi hombre—. Tratar con una adolescente no es fácil. La mitad del tiempo te va a odiar, la otra mitad buscará una razón para hacerlo. Créeme, he estado ahí. Gracie pasó por lo mismo. Solo haz lo que el instinto te diga y eso será lo correcto en ese momento.

—Gracias, Spencer. Has sido de gran apoyo para mí a través de esta transición.

—Y yo estoy encantada de poder ayudarte. —Lo dijo sonriendo y sin perder la oportunidad de manosear el bíceps de Noah, ahí mismito, delante de mis narices.

—¿El toqueteo es necesario? —refunfuñé entre dientes.

—¡Oh! Lo siento —dijo ella, despegando la mano de Noah de inmediato—. No pienses mal de mí, Audrey. No tengo ningún interés en Noah. Y si lo tuviera, a leguas se nota que él te adora y jamás me metería en su relación.

*¿No? Pero sí te aseguraste de meterte en su casa.*

—No te estoy acusando de nada, pero te agradecería que mantengas tus manos lejos de Noah, es invasivo e irrespetuoso tanto para mí como para él. Y ya que Alice llegó, tratarlo de esa manera tan... cariñosa, puede darle señales confusas.

—Entiendo, pero si te preocupa tanto Alice, deberías examinar lo que haces tú en lugar de señalarme a mí.

—¿Examinarme? ¿De qué hablas? —pregunté indignada.

—No digas ni una palabra más, Spencer —amenazó Noah cuando ella comenzaba a abrir la boca.

—No, deja que lo diga. Quiero saber qué es lo que piensa de mí.

—Por favor, Audrey. No inicies una pelea ahora —procuró en tono

pausado, como si intentara amansar a una bestia.

—Esto es increíble —murmuré abrumada. No suficiente con la acusación de Spencer, ahora Noah me tildaba de alzada.

¡Todo era una absoluta mierda! Un certero puñetazo a mi ego. Y no me iba a quedar ahí para que me golpearan como a saco de box. Noah y Spencer podían irse a la jodida mierda.

Di la vuelta y procuré salir de la casa de Noah, pero antes de poder llegar a la puerta, Spencer le puso la cereza al pastel.

—Cada ladrón juzga por su condición.

—¿Qué dijiste? —Me giré de súbito, lista y dispuesta a lanzarme sobre su estúpido cuerpo menudo y romperle un par de huesos.

—Joder, Spencer. Te dije que cerraras la boca. —Le reclamó él, enfurecido, pero sin gritar.

—¿Dije algo que no sea cierto acaso? —Usó su carita de *yo no fui* para darle énfasis a su argumento.

—¿Noah? —interpelé ante su silencio—. ¡Guao! ¿Entonces estás de acuerdo con ella? —Batí la cabeza en negación. Y sin pensar ni razonar, me quité el anillo de compromiso y se lo aventé al pecho. La argolla rebotó contra sus pectorales y cayó en algún lugar de la sala—. Vete al infierno, Noah. —Le grité y salí de su casa como alma que lleva el diablo.

*Esto me los busqué yo solita. Claro que sí. Y aunque me duela admitirlo, la estúpida de Spencer tiene razón.*

—¡Audrey! ¡Detente! —demandó como si tuviera alguna autoridad sobre mí. Todos sus derechos fueron anulados cuando guardó silencio. Su persecución continuó hasta mi camioneta. Me subí en el asiento y cerré la puerta con furia, provocando un ruido ensordecedor—. ¡Joder, Audrey! No puedes dejarme. Hicimos una promesa.

—Las promesas se rompen, Noah, de la misma forma que se rompe un corazón —dije sin mirarlo, no podía, dolía demasiado—. Mierda, no tengo mis llaves —rechisté. Me bajé del auto por la otra puerta, esquivando a Noah, y me quedé petrificada cuando vi delante de mí a una persona inesperada, a alguien que sacudiría nuestras vidas como un tsunami, que con su presencia desataría el mismísimo Apocalipsis. Se veía más delgado, su piel tostada por el tiempo de exposición al sol, sus ojos grises mirándome de arriba abajo, asimilándome como si no me creyera real. ¡Era Aarón!

Mi corazón se congeló. La rotación de la tierra también pareció detenerse, pero luego comenzó a girar al sentido contrario, arrastrándome con su tracción. ¿Eso era posible? No sabía, pero eso era lo que sentía, que estaba siendo empujada en contra de mi voluntad, que el mundo se desmoronaba ante mis ojos.

—¡Princesa! —exclamó con emoción. Vestía su uniforme de combate, incluso cargaba su mochila. Detrás de él, un taxi se alejaba por la avenida.

*¡Llegó directo a verme! ¡Dios mío!*

Soltó la mochila en el suelo, vino hacia mí y me alzó en vilo, haciéndonos girar sobre su eje de esa forma ridículamente romántica que vi tantas veces en las películas. Y luego... y luego me besó, sin saber que estaba robando los besos que ya no le pertenecían. Sin saber que, detrás de nosotros, estaba el hombre que había tomado mi corazón.

Su beso no fue profundo, no involucró su lengua, y tampoco lo hubiera permitido, fue más un roce de labios, un beso muy tierno para mí.

—Bienvenido a casa, soldado —dijo Noah con voz solemne, apacible, demasiado relajada para ser él.

Aarón separó sus labios de los míos y lo observó con el gesto fruncido y los labios formando una línea.

—¿Noah Cohen? —preguntó con suspicacia—. Sí, eres tú. ¿Qué haces aquí?

Me volteé para ver a Noah. Estaba de pie contra el capó de mi *Ford*, con los brazos sobre su pecho y sus piernas cruzadas nivel de sus tobillos. Despacio, ascendí a sus ojos, que desprendían enojo y discordia, pero en sus labios había una sonrisa, no una sincera, una malévola, hipócrita y desdeñosa. Su actitud decía calma, pero estaba segura de que en su interior se había desatado el infierno.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —interrogó con una mirada penetrante y hostil.

—¿Qué está pasando aquí, princesa? ¿Qué tienes que decirme? —Aarón me miró confundido.

*¡Mierda! ¿Cómo me metí en este lío? ¿Por qué no pude mantener mis jodidas piernas bien cerraditas y evitar ese trago amargo? ¿Qué digo trago? El desastre inminente que se avecina.*

—Aarón, yo... Este... Bueno... —farfullé, demasiado nerviosa para

formar una frase completa. Demasiado temerosa por las consecuencias que traerían mis palabras.

—Audrey, mi cielo. ¿Dime qué pasa? —Tomó mi rostro entre sus manos y me miró con preocupación.

Se me escaparon un par de lágrimas y un temblor recorrió todo mi cuerpo.  
*¡Dios! Esto es muy difícil de decir.*

—¡No la toques, maldita sea! —gritó Noah, dejando salir a la bestia que mantenía encarcelada detrás de su apariencia calmada, y se aproximó a nosotros lo suficiente para sentir el furor que desprendía su piel.

—¿Qué mierda te pasa, hombre? —replicó Aarón, colocándome protectoramente detrás de él.

*Si tan solo supieras, si tuvieras una idea de que el único que necesita protección eres tú, no yo.*

—Audrey... —instó Noah, clavando sus ojazos color cielo sobre los míos, destilando desesperación y tortura.

—Noah, por favor —rogué en vano, ya el daño estaba hecho, debía asumir mi responsabilidad y sincerarme con Aarón, se lo debía. Pero no sabía cómo, no tenía el coraje para hacerle frente a las consecuencias de mis actos.

¿Cómo lo hacía?

Aarón nos observó a ambos, sumando dos más dos y obteniendo el resultado correcto. Él no era tonto, al contrario, era muy inteligente y suspicaz. Había recibido muchos méritos e insignias por su capacidad para tomar decisiones rápidas y acertadas, de dirigir una misión de rescate exitosa, sin bajas.

—¡No! —El grito se desprendió de su garganta con consternación, con ese mismo desasosiego que vi en sus ojos cuando los puso sobre los míos—. Audrey, dime que no. Dime que tú y él no... ¡Maldita sea!

—Lo siento, Aarón. Lo siento mucho —dije entre sollozos. No supe cuándo comencé a llorar, pero lo hacía, gimoteaba y temblaba por la terrible sensación que azoraba mi corazón. Y de esa forma, con un miserable *lo siento*, le partí el corazón al hombre que una vez creí amar, al hombre que traicioné vilmente de todas las formas posibles.

—No importa, Audrey, no voy a perderte por un error. Eres mía y nadie me va a alejar de ti —sentenció con la mirada clavada en Noah. Se lo decía más a él que a mí.

—¿Tuya? —Noah se rio sin gracia—. Audrey dejó de ser tuya desde hace mucho, imbécil. Ven aquí, muñeca. —Extendió su brazo hacia mí. Quería ir con él, pero me pareció injusto con Aarón. Hacerlo sería cruel y mezquino.

—No, ella no se mueve de mi lado. Eres tú el que debe irse, Cohen. Vete y no vuelvas a acercarte a ella. —Lo dijo gruñendo, ordenándole como si fuese su subordinado y le fuera a obedecer, algo muy alejado de la verdad. Noah no era manso y mucho menos su inferior.

—Audrey, ven aquí ahora —demandó, empecinado y taciturno, dejando fluir la furia que lo estaba devorando desde adentro. Lo podía ver en su mirada volcánica, en esa que destilaba odio y discordia.

Temí lo peor, temí que iniciara una lucha cuerpo a cuerpo que terminara en desgracia, por eso me aparté de Aarón y comencé a avanzar hacia Noah. Pero no contaba con la reacción de mi ex, quien, al ver que elegía a Noah, se abalanzó sobre él y le dio un certero golpe en la mandíbula.

A partir de ahí, la batalla inició.

Yo gritaba el nombre de Noah, gritaba el de Aarón, les decía que pararan, pero ninguno me escuchaba. Eran como dos animales salvajes, dos leones luchando por su leona, dos bestias que daban y recibían golpes a diestra y siniestra, ninguno queriendo renunciar a su absurda pelea, porque, por mucho que se hirieran, yo no elegiría al vencedor, fuera quien fuere.

—Noah, tienes que dejarlo —grité en mi desesperación. Lo tenía contra el capó de mi camioneta, golpeándole en la quijada con el puño una y otra vez. El rostro de Aarón estaba bañado en sangre, los nudillos de Noah también, y tenía una fea fisura sobre la ceja que le estaba supurando sangre a borbotones.

—¡Detente ya, carajo! —gritó papá y, segundos después, se escuchó la detonación de su escopeta.

Noah se detuvo y dio un paso atrás.

Aarón, tomando ventaja de su descuido, le propinó un certero golpe en la ingle que lo obligó a doblarse en sus rodillas.

—¡Te voy a matar, imbécil! —dijo entre dientes, obviamente afectado por el golpe bajo de Aarón.

—Nadie va a matar a nadie. Esta pelea se detiene aquí —sentencié—. Y lo siento mucho, Aarón, lamento haberte sido infiel, lamento no haber sido sincera contigo antes, pero la verdad es que ya no te amo. Lo nuestro se

acabó para mí desde hace mucho tiempo.

—¿Lo eliges a él? —espetó mientras se limpiaba la sangre que fluía de su sien con la manga de su uniforme.

—No elijo a ninguno, terminé con los dos. —No supe que había tomado tal decisión hasta que mis labios pronunciaron las palabras. Y aunque me dolía en el alma, era lo mejor. Las cosas no iban a funcionar con Noah, nunca dejaría de ser la mujer infiel ante él. Ese estigma nos perseguiría por siempre.

De haber esperado, de haber sido fuerte, hubiéramos tenido la oportunidad de estar juntos sin nada que lamentar, sin la perenne huella de mi falta tatuada en mi vida.

—Audrey, espera —pidió Noah, incorporándose del suelo como pudo. Aún seguía dolorido, y no era para menos. Pero más que el dolor físico, el que me destrozaba era el que veía en sus ojos. Ni en Aarón percibí tanta desdicha, quien se veía enojado, mas no herido.

—Se acabó, Noah. Nunca debió ser. —Di media vuelta y hui de la desastrosa escena que propicié por mi errada manera de actuar, por mis malas decisiones, dejando atrás a dos hombres heridos física y emocionalmente. Lidiando con mis propias dolencias.



## Capítulo 29

—Ven aquí, pequeña —dijo papá con los brazos extendidos, de pie, delante del pórtico. Caminé hacia él y me dejé estrechar entre sus brazos, buscando consuelo en su pecho como una niña—. Todo estará bien, mi amor.

—Soy una... una mala persona. —Hipé, llorando.

—No lo eres, cariño. Actuar según dicta tu corazón no te hace mala persona. Sé que no querías lastimar a nadie, te conozco bien —expuso con firmeza, pero no me bastó. Sin importar lo que me dijera, no iba a dejar de sentirme como una escoria, como la peor mujer del mundo.

—¡Jamás debiste tocar lo que es mío, maldito asesino! —gritó Aarón, enardecido.

Desde el pórtico, no podía ver a ninguno, no sabía que estaba pasando. Y sinceramente, no quería ser testigo de más salvajismo. Odiaba verlos golpeándose como energúmenos, odiaba que lo hicieran por causa mía.

—¡No te tengo miedo, pedazo de mierda inservible! —Contraatacó Noah—. Y más te vale no volver a tocar a Audrey o te arrancaré los jodidos brazos y se los echaré a los buitres. —La amenaza en su voz era evidente. Debía estar ardiendo en cólera, furioso por el beso que presencié. Herido, también.

Podía imaginar la clase de dolor que sintió cuando me vio en sus brazos. Si ver a Spencer poner una mano sobre él me enojó, presenciar un beso me partiría el corazón.

—Debería matarte aquí mismo como la basura de hombre que eres, una maldita bala en el medio de tu cabeza terminaría con tu miserable vida, pero no lo haré ¿sabes por qué? Porque Audrey volverá conmigo, le recordaré lo que era ser amada por mí, y esa será mi venganza. La tendré de nuevo, Noah, de eso no te quepa la menor duda.

—¡Hazlo! Saca tu jodida arma y mátame, si eres tan hombre. Hazlo, Aarón, mátame y termina con mi existencia. O vete y olvídate de Audrey. Ella no te ama. ¿Acaso no la escuchaste?

—¡Dios mío! ¿Aarón está armado? —Mi semblante decayó, debilitando

cada músculo de mi cuerpo, convirtiendo mis ligamentos en gelatina, y tuve que afianzarme de mi padre, quien me sostuvo, pese a sus limitaciones.

Pero pronto retomé la compostura, lo hice cuando dos preguntas alarmantes se tejieron en mi mente. *¿Y si saca el arma? ¿Y si la provocación de Noah rinde frutos?*

Me separé de mi padre y me dirigí a paso rápido hacia el par de idiotas que seguían discutiendo por mí. Y efectivamente, Aarón empuñaba un arma delante de Noah, y este lo desafiaba manteniéndose delante de él con las manos en la cadera y su cara bien en alto, dispuesto a recibir una maldita bala en el medio de la frente por su soberbia.

—¿Estás loco? Esto no es la jodida guerra. Guarda esa mierda y vete de aquí, Aarón —impuse desde mi lugar, a dos metros de ellos. Conmigo en esa posición, formábamos un triángulo. Casi me reí por la ironía—. Además, si quieres vengarte de alguien, si hay una persona que merece castigo, soy yo. Solo yo. Porque fui yo quién te traicionó, es a mí a quién debes odiar, no a él.

—No te odio, Audrey. Te amo, te amo tanto que soy capaz de perdonar tu traición. Lo haré si me eliges. Pídele a él que se vaya, échalo de tu vida y regresa conmigo, como antes, como siempre. —Seguía empuñando el arma, su mano temblaba y sus ojos parecían dos brasas ardientes, ardían con desprecio y terquedad.

—Baja el arma, por favor. Hazlo por mí, ¿puedes? —Le pedí con cautela. Temía lo peor, Aarón parecía fuera de sus cabales.

—Elígeme a mí, Audrey —insistió con vehemencia—. Vuelve conmigo y terminemos con esto.

—Eres un cobarde, usar un arma para retener a una mujer que no te ama... —Le reprochó Noah sin mostrar temor alguno. ¿En qué estaba pensando ese idiota? Arriesgar su vida así, sin considerar el dolor que sentiría si algo le pasara, sin pensar en su hija, que lo necesitaba.

—Aarón, por favor...

—¿Tienes miedo de perderlo, Audrey? ¿Lo amas? —Formuló las preguntas mirando a Noah como un predador, con un odio atroz, y lo vi venir, sabía que estaba dispuesto a dispararle, a terminar con su vida en ese mismo instante.

—Déjate de estupideces, Aarón, y vete de mi propiedad de una maldita vez, ya no eres bienvenido aquí. Perdón, debo decir, nunca fuiste bienvenido.

—Le recriminó mi padre, escopeta en mano. La sostenía con dificultad, lo noté por el temblor de sus brazos, pero tenía toda la disposición de hacer uso de ella. Él no se andaba con jueguitos.

—Está bien, me iré. —Guardó el arma detrás de la cinturilla de su pantalón y, con arrogancia y altivez, añadió—: Pero esto no ha terminado. No hasta que yo lo decida.

Declarada su amenaza, dirigió sus pasos hacia su mochila, la tomó del suelo y se marchó, permitiéndole a mis nervios tomar un descanso. Los posibles escenarios que había recreado en mi cabeza terminaban en sangre y muerte. Pero gracias mi padre, no fue así.

—Audrey... —emitió Noah con desaliento. Batí la cabeza diciendo *no* y pasé por su lado. No tenía nada de qué hablar con él, ya para mí todo estaba dicho. No había más compromiso, no más él y yo. Fin.

Llegué hasta mi padre, tomé la escopeta que reposaba contra su costado y lo dirigí de la mano hasta el interior de nuestra casa. Cargar un arma ameritó un gran esfuerzo para él, no debió hacerlo, aunque agradecí que interviniera.

Él no emitió palabra durante el trayecto y tampoco cuando estuvo sentado en su sillón, me conocía lo suficiente para saber que necesitaba espacio. Cuando quisiera hablar, iría a él. Esa era nuestra forma, así fue siempre.

\*\*\*

Me quedé en casa un par de horas, el tiempo suficiente para serenarme y pensar con cabeza fría qué haría a partir de entonces. Sin Noah a mi lado, la vida sería cuesta arriba, lo sabía, pero lo nuestro estaba condenado, lo estuvo desde el momento que le permití besarme, cruzando los límites. Pero estar encerrada en mi cuarto, dándole vueltas y vueltas al mismo asunto, no me conducía a nada, solo me hacía sentir más confundida e inquieta. Por tanto, decidí salir de casa e ir a dónde se suponía debía estar, a Gunnar's. Y justo ahí me encontraba, en el taller, enfocada en la revisión de mi *Honda* para la carrera de esa noche; porque iría, no faltaría. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí la adrenalina de la competencia recorriendo mis venas y lo necesitaba más que nunca.

Cris merodeó un par de veces alrededor de mí, curiosa por saber cómo fue el enfrentamiento entre mis ex novios —porque, a esa hora, ya todos sabían que Aarón, el hijo mimado de West, había regresado y que estuvo en una

pelea con Noah, el “*chico malo*”— pero yo no tenía ganas de hablar, y mucho menos con ella, que tenía bien guardadito el secreto de quién era el hombre que amaba, así que no, no le diría nada.

Noah brilló por su ausencia, y realmente no esperaba que se apareciera por el taller. No estaría en condiciones para trabajar con los nudillos rotos por atacar brutalmente a Aarón.

Pensar en sus heridas puso mi cabeza a volar. Imaginé a Spencer limpiando su mano, su frente, tocándolo con la misma intimidad que compartimos cuando yo lo curé en el baño de mi habitación, y los celos ardieron en mí, mezclándose como ese sentimiento de decepción que seguía anclado a mi corazón. Todavía seguía fresca en mi memoria la discusión que me llevó a romper nuestro compromiso. Recordarlo dolía, dolía mucho.

No quería pensar más en Noah, necesitaba sacarlo de mi mente de alguna manera. No podía seguir torturándome así. ¿Pero cómo lo hacía? ¿Cómo lo arrancaba de mi mente si estaba incrustado en mi corazón?

—Apártate del auto y mueve tu gordo trasero a la oficina, ahora —exigió Cris en tono autoritario.

—Eso tampoco va a funcionar —dije sin inmutarme. Era su cuarto intento por sacarme información, y de todos, ese fue el más ridículo.

—Llevas cuatro horas con la cabeza metida en ese auto, lo has revisado por completo mil veces, no has comido ni bebido en todo este tiempo, así que, te mueves o te movemos. Tengo a Alex de aliado y no me da miedo usarlo —amenazó en tono burlón.

—¡Bien! —Me aparté del auto y limpié mis manos sucias sobre mi overol—. Me moveré, pero no a la oficina. No quiero hablar, Cris.

—No tienes que hacerlo, ya hablé con Noah y me puso al tanto.

—¿Qué? —Me exalté—. ¿Lo llamaste?

—Nop —enfaticó—, él lo hizo. Quería saber de ti y yo aproveché el momento para interrogarlo, ya que tú no quisiste decirme...

—¡Eres de lo último, Cris! Ojalá y descubra quién es tu amor imposible para hacerle mi propio cuestionario.

—¿A dónde crees que vas? —gritó cuando rodeé mi auto y me subí en él.

—A dónde me dé la gana —contesté altanera y retrocedí mi *Honda* hasta el exterior. Quería alejarme de todos y de todo.

No había recorrido mucho trayecto cuando sentí mi celular vibrando en el bolsillo de mi overol. Lo saqué y contesté, sin saber quién era, no tenía registro del número que apareció en la pantalla.

—Hola. ¿Hablo con Audrey Gunnar? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—¡Oh, gracias a Dios! Me llamo Perla, mi auto se averió en medio de la nada. Alex me dio tu número y dijo que podrías socorrerme. Dime que puedes, por favor. Estoy desesperada —imploró.

—Sí, por supuesto. ¿Qué pasa con tu auto, Perla?

—Se apagó y no hay forma de que encienda. Tiene gasolina, llené el tanque temprano, y si no es eso, te juro que no tengo ni una idea de qué hacer.

—Tranquila, dame la dirección y estaré ahí en cuanto pueda.

—Estoy en *Cottonwood Rd.* Y muchas, muchas gracias.

—No es nada, estaré ahí en unos minutos.

Giré el auto y me dirigí a la dirección indicada. No me tomó más de cinco minutos hallar su auto en medio de la avenida, pero sin ver señales de Perla. Era un *Mazda 6* negro con vidrios tintados. Me pareció un poco extraño, había imaginado otro tipo de auto, quizás un deportivo, y pensé que encontraría a una desesperada chica apoyada en el capó mordiendo las uñas con nerviosismo.

Detuve mi auto detrás del suyo y me bajé para ver si Perla se encontraba dentro. Pero antes de que me acercara lo suficiente, la puerta del piloto se abrió y una chica, de no más de veinte años, con melena caoba y piel tostada, apareció delante de mí.

—Audrey, mi salvadora —dijo con una sonrisa destellante. Tenía un rostro muy bonito, casi angelical, preciosos ojos celestes, una hilera de dientes perfectos y blancos y su larga cabellera suelta, rozándole la cintura. Estaba ataviada con un vestido corto, rojo, que se ceñía a su cuerpo curvilíneo, y llevaba tacones altos escarchados en el mismo tono del vestido. No quería juzgarla, pero su pinta era bastante sugerente.

—Intentaré serlo —contesté con una media sonrisa y caminé hasta ella—. Veamos qué tiene tu auto.

—Todo tuyo. —Me dio paso hacia la puerta e ingresé al interior del vehículo para intentar prenderlo.

Cuando me recliné en el asiento, alguien con mucha fuerza puso en mi nariz un pañuelo húmedo, desprendía un olor fuerte, dulzón, un poco cítrico, que en cuestión de segundos entorpeció mi lucidez y me dejó fuera de combate.

*¡Todo fue una trampa!*

\*\*\*

Un tiempo incierto después, abrí mis ojos en medio de una temible penumbra. No era capaz de ver nada, ni mi propia humanidad, y no tenía ninguna idea de dónde me encontraba ni de quién me llevó ahí o por qué. El miedo recorrió cada poro de mi piel y se instaló en mi corazón, que latía con fuerza contra mi esternón, y mi tórax se comprimió, llevándose mi provisión de oxígeno, obligándome a jadear por aire. Estaba al borde de un ataque de pánico. Sin embargo, resistí, no me entregué por completo al terror.

Intenté moverme, pero me encontraba completamente inmovilizada. Mis manos estaban atadas detrás de mi espalda, mis piernas enlazadas firmemente hasta mis tobillos. Para colmo de males, mi boca tenía una mordaza que me impedía gritar por ayuda, si es que alguien era capaz de escucharme.

Me moví en el suelo, dando giros, para comprobar qué tan reducido era el espacio en el que me habían confinado, y descubrí que era amplio, que el piso estaba hecho de madera y que no estaba sola. Lo supe cuando choqué con un cuerpo inerte y frío, un cuerpo que estaba rodeado de un líquido viscoso y nauseabundo. ¡Sangre!

*¡Dios mío!*

Gemí y grité, ahogada. La mordaza amortiguaba mis quejidos. Y de inmediato, giré al lado opuesto del cuerpo que yacía laxo en el piso.

Lloré desconsolada, temiendo que mi final fuera similar al suyo, que mi vida terminara en ese lugar sombrío, fétido y tenebroso; que moriría sola, sin tener la oportunidad de ver una última vez a mi padre y decirle cuánto lo amaba, o de encontrarme con Noah y expresarle mis sentimientos, de manifestarle que mi corazón le pertenecía, que todo mi ser era suyo.

Estando ahí sola, sintiéndome abatida y asustada, me pregunté: ¿quién me secuestró?, ¿por qué? Cavilé en ello, le di muchas vueltas, pero no encontraba respuestas. Sin duda, era obra de alguien despiadado, cruel, inestable, sádico... Y no fue un hecho al azar, fue planeado, medido. Utilizó a Perla de

anzuelo –si era que así se llamaba– y yo, de confiada, piqué como pez. Pero ¿por qué tendría que desconfiar? No encontré nada sospechoso en esa llamada, no era la primera vez que alguien acudía a mí para que lo auxiliara.

\*\*\*

No sabía cuánto tiempo había transcurrido aislada del mundo, en esa cueva putrefacta a muerte y maldad, pero por el fuerte dolor de mi estómago vacío, asumí que habían pasado horas. Aunque, ese día, no había comido nada más desde las seis de la mañana, cuando preparé los *hot cakes* en casa de Cris. Era normal que me sintiera famélica, sedienta y urgida por hacer pis. Tenía tantas ganas que, si no me desataban en los siguientes minutos, me orinaría encima. En ese instante, una puerta se abrió, chillando tenebrosamente. La luz se coló dentro de la oscura habitación, lastimando en un primer momento mis ojos, pero yo, tercamente, agudicé la vista y vislumbré la silueta que se situaba en el umbral de la puerta. Por su anatomía, era un hombre, pero estaba muy lejos para precisar quién era o si lo conocía. Segundos después, escuché un *clic* y la habitación brilló con la incandescencia de las bombillas que colgaban del techo, enceguciéndome. Me tomó un par de minutos adaptarme a la luz, y cuando lo hice, lo primero que vi fue el cuerpo sin vida volcado de costado sobre un pozo rojo de sangre, su sangre. Era una mujer, una mujer de ojos celestes y rostro pálido que tenía incrustada una bala en medio de la frente, una mujer que conocí fugazmente como Perla.

Me horroricé.

La bilis ascendió por mi garganta por la repugnancia que me provocó tan atroz asesinato, pero tuve que tragarla, la mordaza seguía firme sobre mi boca y no había forma de expulsar mi desagrado.

Gemí, gemí con consternación y congoja, con rabia e impotencia.

Cuando logré calmarme, me removí con fuerza en suelo, sintiendo mi piel rasgarse por el roce con las sogas, lo intenté una y otra vez, pero mi esfuerzo fue en vano. Estaba atada, sometida, limitada completamente...Quería gritarle al actor intelectual y material de ese atropello. Quería tenerlo delante de mí, sin esa jodida mordaza en la boca, y decirle que era un maldito cobarde, que fuera hombre y me liberara para que viera de lo que era capaz de hacer para defenderme.

Como si lo hubiera invocado, el demonio que me tenía bajo su yugo caminó con lentitud y a paso firme hacia mí. Me mostró su rostro, un rostro que, para mi desgracia, conocía muy bien. Me miró a los ojos sin demostrar ningún sentimiento, ni bueno ni malo. Parecía que su alma lo había abandonado, que solo quedó un cascarón vacío, inerte, frío, sin corazón...

*¿Por qué tú? ¿Por qué, Noah?*

Las lágrimas se desbordaron de mis ojos y se desplazaron por mi rostro, una tras otra. Eran miles, litros y litros de devastación, de amargura, de incredulidad... Mi espíritu se fragmentó, al igual que lo hizo mi corazón, y los pedazos se clavaron en mi ser, rompiendo los restos que quedaban de mí, haciéndome añicos.

—Ya puedo dejar de fingir —enunció con parsimonia, inconexo, distante..., mostrándome a un hombre que nunca antes vi, ni siquiera aquel día en su garaje, cuando se comportó como un déspota—. Fuiste tan fácil de seducir, Audrey...

Me quejé con la boca trabada, gruñendo con dificultad, llorando a mares al mismo tiempo. No concebía el porqué de su maldad, de tan infame sometimiento. Me era imposible asimilar que el mismo hombre que me declaró su amor, que lo demostró una y otra vez, que puso su rodilla en el suelo y me pidió con sentimiento y emoción que me casara con él, fuera el mismo que orquestó tal crueldad.

—¿Sabes por qué estás aquí? ¿Sabes de quién es la culpa? —Cerré los ojos, negada a flagelarme con su mirada viciada de algo tan oscuro y siniestro que no pude ponerle nombre. Ese hombre no era mi Noah. No lo era—. Esto se lo debes a tu padre y llegó el momento de saldar nuestras cuentas.

*¿Papá? ¿Cuentas? ¿De qué está hablando? Mi padre no ha hecho más que ayudarlo e interceder por él.*

El monstruo delante de mí —porque me negaba a llamarlo por su nombre— leyó en mi expresión mi duda y esbozó una sonrisa que solo pude definir como diabólica.

—¿Por qué crees que Jace me visitaba? ¿Por qué crees que me hablaba de su preciosa muñeca? Porque quería que te amara, pensaba que de esa forma no buscaría venganza por lo que me hizo. —Fruncí el ceño—. ¿Qué hizo? ¿Eso quieres saber? Él fue quien me hundió en esa celda, Audrey. Me inculpó, protegiendo al maldito que asesinó a Dess, y todo por guardar su



sucio secreto, su jodida adicción a las drogas. Jace no quería que su niñita supiera que era un maldito drogadicto y me hundió a mí para salvarse él.

*Miente. Él miente. Mi padre jamás hubiera hecho tal baja.*

—Él ayudó al asesino de Dess y del bebé que llevaba en su vientre, que sí era mío, ella nunca me engañó, ella era perfecta, me amaba de verdad, no era una zorra como tú —espetó con desdén. Y a mí se me terminó de romper el alma, se me fracturó en millones de pedazos que flotaban en mi interior como minúsculas motitas de polvo.

Lloré ahogándome con las lágrimas, sintiendo que me desgarraba más y más a cada segundo. Pero sin importarle mi quebranto, el demonio siguió destilando su odio.

—Jace fue cómplice del maldito que provocó que mi madre se marchitara hasta la muerte, me arrebató todo, y yo le quitaré todo a él también. —Me contempló con firmeza, con esa mirada turbia y volcánica que emitía a veces, mostrándome a sus demonios, a todos, a esos que un día creí haber alejado de su alma con mi amor —¡Qué tonta de mí! —, y entonces dictó su cruda sentencia—: Va a llorar tu muerte, Audrey. Va a sufrir en carne propia lo que es perder a alguien que amas. Y como el cobarde que sé que es, terminará con su miserable vida con un tiro en la garganta.

*¡Cobarde tú, maldito bastardo!*

*Suéltame, libérame, deja que me defienda y luego hablaremos de cobardes.*

Lo desafié con la mirada. Ya me había destrozado el corazón, había roto mis ilusiones, me estaba maltratando físicamente con su sometimiento, pero no me quitaría mi voluntad. Iba a luchar, lo haría hasta mi último respiro.

En respuesta, él se postró delante de mí y acercó sus manos a mi rostro, secando con tiernas caricias las lágrimas que habían mojado mis mejillas. Permanecí quieta, mirando sus ojos, esos que tantas veces me observaron con devoción, con ese sentimiento que, en su momento, creí sincero. Buscaba en ellos algún vestigio del amor que me declaró, me aferraba a una pequeña esperanza, a esa flama que ardía cautelosa en mi interior. Pero entonces, sus manos se trasladaron a mi cuello, se cerraron en mi faringe y comenzaron a ejercer presión.

Me sacudí y moví mis manos atadas, queriendo alcanzar sus muñecas y quitarlas de mi garganta, pero mis fuerzas eran nulas y mis intentos fallidos.

Moriría. Noah Cohen me estaba matando.

Lágrimas se desbordaron de mis ojos, las más amargas que derramé alguna vez, llenas de desamor, decepción, tristeza y dolor... un dolor crudo y devastador, un dolor que jamás creí experimentar, uno que no azotaba a mi cuerpo sino mi corazón.

Lo miré, lo miré suplicándole que parase, que recapacitara, o que alguien me despertara y me dijera que estaba teniendo la más horrible y desoladora de las pesadillas. Pero no era un mal sueño, no era ficción, todo estaba sucediendo realmente. Lo que me estaba haciendo no tenía perdón ni justificación. Quitarme la vida de una forma tan cobarde, por cobrar una cuenta que no era mía, era ruin y despiadado. ¿Cómo fue capaz de fingirlo todo? ¿Cómo no me di cuenta antes?

De un momento a otro, el aire comenzó a fallarme, mis párpados se tornaron pesados y mis ojos se cerraron, trayendo más lágrimas a mis mejillas. Sentía que la vida se diluía de mi cuerpo en manos del hombre que amaba, del que creí que me amaba. Y mientras me robaba la existencia, pisoteaba los restos de mi corazón y los dejaba inservibles.

*¿Por qué, Noah? ¿Por qué?*

*Lo siento mucho, papá. No te rindas, no seas el cobarde que Noah dice que eres. Sigue viviendo, papi. Hazlo por mí. Te amo.*

—Por favor. Por favor, haz que pare. Por favor... —dijo mi verdugo con voz fracturada, dolida, desgarrada... Después escuché las palabras: «Sí, lo haría». Y luego nada, una vasta y absoluta oscuridad.

*¿He muerto en manos del hombre que amaba? ¿Me asesinó de la misma forma que a Dess? Eso es bastante retorcido ¿no? Pero si estoy muerta ¿cómo es que tengo esta conversación en mi mente? Puede que sea una fase de transición. El cielo y el infierno deben estarse debatiendo mi destino.*

# Capítulo 30

## *Noah*

**Horas antes**

—¡Dios mío! ¿Qué te pasó? —gritó Spencer cuando entré a mi casa y caminé hacia mí como si quisiera acogerme entre sus brazos.

—Estoy bien —dije entre dientes y me dirigí a las escaleras antes de que pudiera alcanzarme. Seguía cabreado con ella por su comentario, a pesar de que le dije que cerrara su jodida boca. Audrey disolvió nuestro compromiso por su culpa. Y también por la mía, por no contradecir sus palabras en cuanto abandonaron sus venenosos labios. No supe qué me pasó, por qué no reaccioné rápido y rechacé la acusación de Spencer desde el primer momento; pero ya el daño estaba hecho, ahora tenía que buscar la forma de enmendarlo.

Me encerré en el baño del pasillo y me lavé la sangre del rostro con abundante agua, no quería que Alice me viera en ese estado. Proseguí con mis nudillos, también sangrantes, y les vertí antiséptico. Dolió como la mierda, pero me aguanté. No iba a chillar ni a gemir como nenita. Me vendé ambas manos y salí del baño con destino a mi habitación. Debía cambiarme la camiseta manchada con la sangre del maldito imbécil de Aarón y luego decidir qué haría para recuperar a Audrey. No iba a perderla por un comentario malintencionado. Ella era mía y haría lo que fuera para tenerla.

Me puse una camiseta negra, saqué de mi bolsillo el anillo que Audrey que me aventó en el pecho y que recogí antes de seguirla y lo miré pensativo, haciéndolo girar entre mi pulgar y mi dedo índice.

*Debe volver al lugar al que pertenece. Audrey y yo nos vamos a casar, será mi esposa. Mía.*

—Noah ¿puedo pasar? —preguntó Spencer detrás de la puerta de mi habitación.

—No —contesté con un gruñido, no quería verla.

—Te traje unos analgésicos—insistió, pero yo no dije nada. Pasaron un par de minutos antes de que volviera a hablar—: Lo siento, Noah. Sé que hice mal al decirle todo eso a Audrey, pero es que no pude contenerme. Me enojó mucho que me acusara sin merecerlo.

No quería discutir con Spencer, la necesitaba para mantener a mi hija conmigo, y trataría de llevar nuestra convivencia en paz, siempre que ella respetara mi privacidad como yo respetaba la suya. Vivir bajo mi techo no le daba derecho de meterse en mi vida de ninguna forma y, mucho menos, de señalar e insultar a Audrey como lo hizo.

Abrí la puerta y acepté las pastillas que me ofrecía, aunque no las iba a tomar, odiaba los medicamentos, solo las metí en el bolsillo de mis jeans.

—¿Me perdonas? —preguntó con un puchero que me resultó infantil e incómodo. Los celos de Audrey no eran descabellados. Spencer me coqueteaba descaradamente y, cada vez que podía, me tocaba los brazos o la espalda y batía las pestañas de manera seductora cuando me hablaba. Era demasiado obvia.

—Eso dependerá de si Audrey me perdona a mí —repliqué en tono arisco. Ella entornó los ojos y abrió la boca con incredulidad.

—Disculpa, estoy bastante molesto con todo lo que pasó. No mereces que la pague contigo. —Debía recordar que Spencer tenía en sus manos el destino de mi hija.

—Lo entiendo —murmuró con un asentimiento—. ¿Puedo saber quién te golpeó?

—El exnovio de Audrey —mascullé con desagrado. Recordar que aquel imbécil la tocó, que puso su jodida boca en sus labios, hacía hervir mi sangre. ¡Era un hipócrita! Él la había amado primero, sus besos le pertenecieron antes que a mí, pero desde el momento en el que Audrey me entregó su corazón, dejó de ser suya.

—¡Dios! ¿Cuándo llegó? —Spencer no ocultó su asombro. Cometí el error de contarle algunos detalles de mi relación con Audrey, incluyendo la parte del jodido *marine*.

—No tengo puta idea, Spens, estaba en su traje de combate. Asumo que iba llegando. —La violencia recorrió mi torrente sanguíneo, la sentía latiendo en mi pecho. Ese idiota apareció en el peor momento, cuando mi futuro con Audrey pendía de un acantilado, y debía buscar la forma de volver a tierra

firme, de recuperarla.

—¡Uh! ¡Qué lío! Y mira cómo te dejó. —Acercó su dedo pulgar a mi sien y la tocó por encima de la fisura que provocó uno de los golpes de Aarón.

—Él quedó peor —espeté y di un paso atrás, negándole el acceso a sus dedos sobre mi piel—. Iré a hablar con Audrey, me llamas si Alice me necesita. —Pasé por su lado y salí de ahí. Cuando llegué a la casa de Audrey, abrí la puerta sin tocar y me dirigí hacia Jace; estaba sentado en su sillón reclinable, o su trono, como lo llamaba Audrey. Necesitaba de su sabiduría. Me ubiqué en el sofá a su lado, sin decir nada, mirando sin interés el partido que se disputaba frente a la televisión, pero fingiendo que sí me importaba.

—No está lista para hablar —dijo, después de varios minutos de mutismo—. Mi hija es testaruda, impulsiva y de apariencia fuerte, pero en el interior es frágil, Noah, a veces hasta insegura y sensible. No es fácil para ella afrontar esto, se siente terrible por herir a Aarón. Y contigo, no sé qué es lo que pasa. Pero en este momento, Audrey necesita estar sola.

—No lo sé, Jace. Cometí el error de no buscarla la última vez que discutimos y sé que hice mal. No quiero equivocarme de nuevo, no quiero perderla, viejo —admití sin importarme lo devastada que sonó mi voz. Audrey completaba mi vida de una forma que nadie lo hacía. La necesitaba conmigo.

—Dale un día y luego ve por ella y haz lo que tengas que hacer para recuperarla. Mi hija te ama, muchacho. Te ama como nunca pudo querer a Aarón.

Asentí, sabía que Audrey me amaba, lo sentía cuando vibraba contra mi tacto, lo veía en sus hermosos ojos grises cada vez que me miraba, lo creía cuando sus labios emitían un *te amo*. Ella me quería, ese no era problema, lo que le impedía estar conmigo era su conciencia, el estigma social que la señalaba como inmoral por engañar a Aarón. Pero yo no la veía así. Nadie puede evitar enamorarse y ella no merecía ser acusada por amarme.

—¿Qué pasó entre Aarón y tú? ¿Por qué le dijiste que nunca fue bienvenido? —La mención de él me hizo recordar sus palabras. Jace sabía algo del ex de Audrey que yo ignoraba, y quería saber qué.

Aarón llegó a la ciudad unos meses antes de la muerte de Dess y nunca me inspiró confianza. No éramos amigos ni nada parecido, solo compartimos algunas cervezas en un bar, pero no necesité hablar mucho más con él para

saber que no era de los buenos. Por eso, cuando Jace me contó que era novio de Audrey, me molestó mucho. Quería salir, buscarlo y arrancarle las extremidades para evitar que la tocara. Saber que la tenía cerca me hacía poner violento, me irritaba. Ese día supe que me importaba, estaba muy interesado en la chica que Jace me describía. Y cuando volví a verla y me di cuenta de que ya no era la niña que dejé atrás sino una mujer con todas sus letras, me enamoré de ella. Audrey se convirtió en el oxígeno que me hacía respirar, en mi energía, mi motor...

—Nunca me gustó ese chico, te lo dije muchas veces, Noah —contestó en tono áspero.

—Sí, pero nunca me diste una razón. ¿Qué no me estás contando, Jace? ¿Aarón es peligroso? —interrogué, sintiendo una extraña sensación en el pecho. Vi algo turbio en sus ojos cuando me apuntaba con su arma. Él fue entrenado para matar, acababa de llegar de un campo de batalla y, para muchos soldados, pasar largo tiempo combatiendo puede alterar su mente.

—¿Por qué crees que oculto algo, muchacho? —Me miró a los ojos, lo hizo para convencerme, pero no lo logró. Sabía leer el miedo en las personas y en sus pupilas se veía claramente reflejado el terror.

—Jace...

—Enfócate en Audrey, muchacho, y no pienses más en Aarón, él está fuera de la vida de mi hija y no va a regresar. —Volvió a mirar la pantalla, dando por terminada una conversación que para mí no había concluido, pero no quise insistir. Encontraría la forma de saber qué pasó realmente entre ellos.

Me levanté del sofá y salí de la casa, sin caer en la tentación de subir las escaleras e irrumpir en la habitación de Audrey como un intruso, como lo hice en otras ocasiones. Seguiría el consejo de Jace y le daría un día, ni más ni menos. Aunque no estaba seguro de poder soportar veinticuatro horas lejos de ella. Había dormido seis noches sin su calor, sin el dulce aroma que manaba de su piel, y estaba desesperado por sentirla, por besar sus labios, por hacerle el amor hasta caer rendido sobre su cuerpo... La espera sería una tortura.

*Esta noche iré por ella. No seré capaz de mantenerme alejado por más tiempo de Audrey, me dije mientras cruzaba la calle.*

Cuando entré a casa, escuché las risas de Alice y Spencer desde el piso

superior. Batí la cabeza y sonreí a la vez que subía las escaleras. Ese par era peligroso. Les encantaba hacer bromas y en todo encontraban diversión. Parecían más hermanas que tía y sobrina; no de sangre, porque Spencer no era hermana de Gracie, pero sí de crianza. Spencer estuvo junto a ellas desde el embarazo y tuvo el privilegio de cargar a mi hija en sus brazos cuando nació.

¡Mi hija!

Era increíble lo que sentía cuando la miraba. Fue sorprendente el primer día que la vi delante de mí, reconociendo en sus rasgos mis ojos, mi color de cabello, mi sonrisa... Supe entonces que era mía, que no necesitaba pruebas. Mi corazón también la reconoció, se llenó de amor, de esa clase de emoción que solo se puede sentir por alguien de tu carne, que vino de ti.

*La amo, amo a mi niña y la protegeré con mi vida. Le daré todo el amor que no pude con los años de ausencia, le demostraré que no está sola, que me tiene a mí. A su padre.*

—*Toc-toc* —dije tocando la puerta de la habitación de Alice, aunque estaba abierta. Mi hija se encontraba sentada en el centro de la cama, con las piernas cruzadas. Spencer a su lado en la misma posición—. ¿Qué es tan divertido? —pregunté con una sonrisa.

Ali levantó la mirada y su expresión divertida se transformó en asombro.

—¡Noah! ¿Qué te pasó? —gritó. Siempre me llamaba por mi nombre, no se sentía lista para decirme papá, y yo esperaba pacientemente hasta que lo sintiera en el corazón. Tenía la esperanza de que un día lo hiciera.

*Mierda, olvidé los golpes en mi cara.*

—Estoy bien, cariño —contesté tranquilamente.

—¿Quién te hizo eso? —interrogó, abriendo cada vez más sus ojos, hasta se le llenaron de lágrimas.

*¡Oh, mi niña!*

¿Qué decía? Ella no sabía de lo de Aarón. Y aunque no quería mentirle, tampoco quería decirle la verdad. Odiaba la idea de que pensara mal de Audrey.

—Estaba defendiendo a su novia de un idiota que quiso propasarse —respondió Spencer por mí. No me gustó que le mintiera, pero yo estaba a punto de hacer lo mismo.

—Exnovia, querrás decir. Tú misma me dijiste que le aventó el anillo en la

cara. —Miró a Spencer.

Mi corazón se estremeció. Recordar ese momento dolía. ¡Joder!, dolía mucho. Cuando puse ese anillo en el de dedo Audrey, después de obtener el sí, creí que se quedaría ahí toda la vida, porque simbolizaba el compromiso de nuestro *para siempre*. ¿Y si no me perdonaba? ¿Y si era el final? Nuestra relación desde el inicio fue inestable, volátil, discutimos muchas veces y siempre lo superábamos. Pero algo me decía que no sería tan fácil esta vez. Cuando le contestó a Aarón que había terminado con los dos, la forma de decirlo, su mirada, me advirtió que no estaba hablando por hablar, que iba en serio.

—¡Ay, lo siento, Noah! Sé que estás muy enamorado de ella y seguro debes estar triste. Pero si ella no quiere estar contigo, es una estúpida.

—¡Ali! —Le riñó Spencer.

—¿Qué? Es la verdad. Solo míralo, tía. ¿Quién terminaría con un hombre como él? —Spencer me miró de forma apreciativa y humedeció sus labios, acciones que mi hija percibió y aprobó con una sonrisa—. ¿Ves? Noah es un partidazo. Mejor que Audrey se ponga pilas antes de que una más viva se quede con el trofeo.

—No hay otra para mí, Ali. Voy a resolver las cosas con Audrey esta noche y todo será como antes. —No sabía si lo resolvería, pero de algo sí estaba seguro, mi corazón le pertenecía a ella y no sería de nadie más.

—¡Qué lindo! Quiero enamorarme de alguien como tú: guapo, dulce y protector. —Suspiró mientras abrazaba una almohada.

*¿Enamorarse, dijo? No, si está en plena pubertad. Nada de novios y amores todavía. Mi corazón no está preparado para afrontar esa etapa de su vida. Quizás cuando cumpla veinte...*

—Ya, ya, no asustes a tu padre, que se puso pálido como costal de harina —intervino Spens entre risitas—. Mejor preparemos unos aperitivos mientras llega la hora de la comida.

—¡Sí! Muero de hambre. —Celebró Ali con aplausos.

Las dos salieron de la habitación y me dejaron solo.

Estuve un rato de pie contra el marco de la puerta, pensando en lo que vendría en el futuro: chicos, fiestas, citas, alcohol, sexo... ¡Mierda! Estaba por sufrir un ataque de pánico. ¿Cómo se suponía que enfrentaría todo eso? ¿Estaría Audrey junto a mí para afrontarlas? Porque era a ella a la que quería



a mi lado, no a Spencer. Y no intentaba ser malagradecido, ella había sido estupenda con mi hija, pero no era la mujer con la que soñaba formar una familia, no era *mi muñeca altanera*.

Abandoné la habitación de mi hija y subí a la mía para tomar un descanso. El enfrentamiento que tuve con Aarón me dejó bastante molido, no lo voy a negar. El maldito me dio pelea, era fuerte y me asestó unos cuantos golpes, aunque entre los dos, el más afectado fue él. El imbécil podía ser un *marine* condecorado y toda la mierda, pero yo era un exconvicto y estar encarcelado por diez años te obliga a defenderte. Lo haces o mueres.

Saqué de mi bolsillo las píldoras que me había dado Spencer, me las tomé con un poco de agua que había en una botella sobre la mesita de noche y me tumbé en la cama. Quería recuperarme pronto para ir por Audrey más tarde. Estaba decidido a dormir esa noche a su lado, la extrañaba demasiado.

Pronto, me quedé dormido y desperté cuatro horas más tarde. Mi plan era tomar una siesta y terminé cayendo en estado de coma. Me levanté de la cama y bajé las escaleras hasta el piso inferior. Todo estaba silencioso y no había señales ni Ali ni de Spencer. Caminé hasta la cocina para ir por un vaso de agua y encontré una nota adherida a la puerta del refrigerador.

«Volveremos en unas horas, Ali estaba aburrída y decidimos dar un paseo. Te dejé comida en el microondas y tomé tu auto, espero no te enojés conmigo. Besos, Spencer».

Llamé a Ali para saber a qué hora habían salido. Eran las cuatro de la tarde y no tenía idea de cuánto tiempo llevaban fuera. Al tercer tono, me contestó con un alegre: «Hola, Noah». Mi hija siempre parecía feliz, muy pocas veces la vi triste o enojada, aunque tenía sus momentos de irritabilidad, como cualquier chica de su edad. Sabía que la muerte de su madre le dolía, lo veía en su mirada, pero ella siempre esbozaba una sonrisa, disimulando su pena. Me preocupaba que sufriera en silencio, que enmascarara su dolor, pero Spencer me dijo que solo lo ocultaba de mí, que con ella era capaz de desahogarse. Hubiera querido que confiara en mí, pero era consciente de que me tomaría un tiempo ocupar un lugar en su vida y en su corazón. Poco a poco, paso a paso, así iría forjando mi relación con mi hija.

Ali me dijo que estaban haciendo algunas compras en el supermercado y que pronto volverían a casa. Me despedí de ella con un te quiero –que no fue correspondido y que no esperaba que lo fuera– y luego llamé a Audrey, pero

no me respondió. Mi segunda opción fue Cris, una de sus mejores amigas, quien, al contestar mi llamada, me hizo una serie de preguntas que respondí brevemente; ella quería más detalles, pero yo necesitaba saber si había visto o hablado con Audrey.

—Está aquí, metida de cabeza en su *Honda* para la competencia de hoy. No ha parado ni para comer. Es muy terca —recriminó disgustada.

—¡Mierda! Tengo que hablar con ella. ¿Crees que hablaría conmigo si la pones al teléfono?

—No creo, Noah, no ha querido hablarme desde que llegó, está revisa que revisa su auto y ni agua ha tomado. Voy a intentar una vez más que se separe de su auto. Si no lo hace, tendrás que venir tú y cargarla en el hombro como cavernícola. —Soltó una risita al final de la frase.

—Iré de todas formas.

—¡Eso es! Ven aquí y demuéstrole quién tiene los pantalones—expresó con entusiasmo. Parecía bastante animada. ¿Se habría drogado de nuevo?

—Cris... ¿estás bien?

—¿Yo? Estupenda. Iré a hablar con Audrey para prepararte el camino. No metas la pata, Cohen. —Después de esa advertencia, cortó la llamada.

Guardé mi celular en mi bolsillo mientras salía de casa, pero no fue hasta que estuve fuera que recordé que Spencer tomó mi auto. ¿Cómo se suponía que iría a Gunnar's? Podía caminar, pero me tomaría al menos veinte minutos, así que decidí tomar la camioneta de Audrey. Crucé la calle y entré a su casa. Jace estaba llenando una taza de café en la cocina. Al verme, batió la cabeza y sonrió.

—Lo sabía, eres demasiado impaciente, muchacho.

—Tengo que intentar convencerla de que no compita esta noche. Hoy fue un día difícil para ella, lo sigue siendo.

—Ve por ella entonces —dijo, poniendo una mano en mi hombro.

Le expliqué lo de mi problema con el auto y no tuvo ninguna objeción con que usara la camioneta. Cuando tuve las llaves, salí de la casa y me subí a la *Ford*, pero no quiso encender. El indicador de la gasolina marcaba medio tanque, así que ese no era el problema. Me bajé de la cabina y abrí el capó para verificar qué estaba mal y descubrí que faltaba la batería. Alguien debió quitarla y estaba seguro de que no fue Audrey. ¿Para qué lo haría?

Cerré el capó y pedí un taxi. Nada me impediría llegar a Audrey.

Mientras lo esperaba, me detuve a pensar en quién pudo haber tomado la batería. Era muy extraño, West era una ciudad tranquila, con muy poca delincuencia o vandalismo, por lo que descarté el robo enseguida. Quien se la llevó, lo hizo intencionalmente. La gran pregunta era ¿por qué lo hizo?

Un taxi se detuvo delante de mí poco después de mi llamada; ocupé el puesto de atrás y le indiqué al chofer a dónde me dirigía. El hombre asintió y puso en marcha el auto. La radio estaba apagada y él no parecía ser el tipo de persona que hablaba mientras conducía. Yo tampoco era muy conversador, y mucho menos estaba interesado en decirle nada a un desconocido, por lo que agradecí que no me tocara un taxista impertinente, como el que me trasladó desde la prisión. Habló tanto que me mareó, lo hizo hasta que me preguntó qué delito había cometido. Le dije que asesiné a un hombre solo con mis manos y no dijo ni una palabra más a partir de entonces.

Cuando llegamos al taller, le pagué la tarifa al conductor y abandoné el vehículo. Caminé hacia el interior de Gunnar's, sintiéndome nervioso e inseguro, como si fuera la primera vez que le hablaría a Audrey. Peor aún, como si volviera a ser un adolescente asustadizo y tonto que temía acercarse a la chica que le gustaba.

*Vato*, de *Snopp Dogg*, sonaba en los altavoces del taller, cortesía de Alex. Había comenzado a escuchar rap luego de una nueva disputa con Miguel por el estilo de música que elegía. El primero, era joven y le gustaba el *punk-ronck*. El otro, un hombre mayor, de casi sesenta años, fanático de *The Beatles* y de todos los estilos musicales de esa época. Sus pleitos eran continuos y repetitivos.

Busqué el auto de Audrey con la mirada, pero no lo hallé, tampoco estaba estacionado fuera cuando entré. ¿Dónde estaba? Me dirigí a la oficina y no fue necesario que le preguntara a Cristal por Audrey, ella me informó junto con verme que se había ido hacía varios minutos.

Me sentí frustrado. Esperaba encontrarla y hablar con ella de lo que había pasado e intentar convencerla de que romper fue un error.

—¿Puedes llamarla? A mí no me responde, pero quizás a ti sí.

—¡Sí, ajá! —rechistó—. No quiere ni hablarme en persona, menos responderá mi llamada. Salió de aquí muy molesta, hasta me respondió con altanería cuando pregunté a dónde iba.

—¡Dios! ¿Dónde estará? —Llevé ambas manos a mi cabeza. Comenzaba

a dolerme de nuevo a causa de la preocupación. No me gustaba que Audrey estuviera conduciendo enojada, temía que algo le pasara.

—Quién sabe, Drey es bastante impulsiva. Pero tranquilo, ella no dejaría solo a Jace. Regresará —dijo con calma, sin ninguna preocupación. Y sí, sabía cómo era Audrey, pero algo me decía que debía buscarla.

—Cris, necesito que me hagas un favor. ¿Puedes prestarme tu auto?

—Sí, claro. ¿Pero qué pasó con el tuyo?

—Se lo llevó Spencer.

—¡Umm! ¿Ahora también maneja tu auto? —preguntó en tono recriminatorio.

—Escucha, no quiero ser grosero, pero en este momento no tengo tiempo para hablar de Spencer, solo quiero encontrar a Audrey y estar seguro de que se encuentra bien. No sé, pero tengo un mal presentimiento. Algo me dice que corre peligro.

—¿Por qué lo dices? —procuró nerviosa.

—Alguien tomó la batería de su *Ford* y me resulta extraño. Solo necesito comprobar si está a salvo. Necesito verla.

—¿Por qué alguien se llevaría una batería? ¿Y aquí, donde nadie le pone seguro a las puertas?

—Eso mismo pensé yo.

—Bueno, ve a buscarla entonces. Espero que la encuentres y que sean buenas noticias. —Buscó las llaves de su auto en su bolso y me las entregó —. Llámame en cuanto sepas algo de ella.

—Lo haré. Y muchas gracias por esto.

—No las des, Cohen. Es mi hermana a la que vas a buscar.

Asentí y salí de la oficina casi corriendo. Una vez afuera, me subí en el auto de Cris, un Mazda plateado que olía a flores. Los autos de Audrey no olían de esa forma, ella prefería el aroma a pino. Encendí el motor y me puse en marcha, dirigiéndome en primer lugar hacia mi casa. Pero Audrey no se encontraba ahí. Mi auto tampoco estaba en su puesto habitual, por lo que asumí que Spencer y Ali seguían en el supermercado. Ya imaginaba las bolsas de compras y el montón de golosinas incluidas. Mi hija era una adicta al azúcar, algo heredado de su madre. Yo era más de *snakcs* y palomitas. Seguí mi camino y conduje hasta *Cheo's Burger*, Audrey amaba las

hamburguesas que ahí servían y tenía la esperanza de encontrarla en una cabina engullendo una o dos. No estaba. Saqué mi teléfono de mi bolsillo y marqué su número, pero saltó directo al buzón de mensajes. Lo había apagado.

*¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Dónde estás, Audrey Gunnar?*

Giré el auto y decidí ir a Waco. Si Audrey no había comido, como dijo Cris, la opción obvia era *KFC*, o tal vez el restaurant mexicano que visitamos al día siguiente de mi propuesta. Recuerdos de ella a mi lado inundaron mi mente. La primera vez que la vi en mi garaje, luciendo como una diosa sensual con aquellos ajustados y cortos shorts que me regalaron una vista de ensueño de sus esbeltas piernas; el beso que le robé cuando la puse contra la pared, conteniendo mis ganas de desnudarla y tomarla ahí mismo; todas y cada una de las veces que mis labios se deleitaron sobre los suyos; el suave aroma a vainilla y tentación que destilaba su piel; sus manos recorriendo mi piel desnuda; sus preciosos ojos mirándome con deseo y pasión; sus te amos, sus gemidos, sus jadeos frenéticos cuando la empujaba al límite... Ella, solo ella en mi mente, en mi piel y en mi corazón.

Una hora más tarde, había recorrido todos los lugares que visitamos juntos en la ciudad vecina. Hasta pasé por el bar “Qué rico, Puerto Rico” pero el lugar estaba desértico, algo normal para esa hora.

Hablé con Cris cuando terminé mi búsqueda en Waco para saber si tenía noticias de Audrey, pero no tenía ninguna. Desesperado, llamé a Audrey, obteniendo el mismo resultado: buzón de voz. Le dejé un mensaje diciéndole que me llamara, que estaba muy preocupado por ella, que no importaba si no quería verme de nuevo, pero que por favor se comunicara conmigo. Me estaba volviendo loco de la angustia. No era normal en ella desaparecer así.

Retorné a West y pasé por Cris al taller.

Minutos después, me bajaba de su auto y me despedía de ella, prometiéndole que la llamaría en cuanto Audrey apareciera.

Mi *Torino* estaba detenido en la entrada del garaje, lo que indicaba que Spencer y Alice habían vuelto del supermercado. Crucé la calle y me dirigí hacia el garaje de la casa de Jace, esperando ver el *Honda* de Audrey en el interior. No se encontraba ahí. Ella no había regresado y Jace no sabía nada de su desaparición. Preferí mantenerlo así hasta estar seguro de que en verdad estuviera extraviada y no alarmarlo en vano. Cuando Cris planteó esperarla

en su casa, le dije que mejor no lo hiciera ya que Jace sospecharía que algo estaba pasando.

Volví a cruzar la calle y entré a casa por la puerta lateral, que comunicaba el garaje con la cocina. Todo estaba oscuro y extrañamente silencioso. Las chicas nunca se dormían tan temprano, esa era su hora de ver su serie favorita, una de vampiros y una de mierda de esas. Encendí la luz y avancé solo unos pasos antes de que mis ojos registraran el cuerpo sin vida de Spencer tumbado en el suelo sobre un enorme charco de sangre. Le habían cortado la garganta, sus ojos estaban abiertos y en la expresión de su rostro quedó marcado el terror que debió sentir momentos antes de ser asesinada.

Sentí miedo, consternación e impotencia.

*¿Quién le hizo esto? ¿Por qué? ¿Dónde está mi hija?*, me pregunté mientras contemplaba la escena que me era tan familiar, tan horriblemente familiar.

—Bienvenido a casa, Noah —dijo una voz masculina, a dos metros de mí. Levanté mi vista hacia él y lo vi. Se encontraba de pie, cerca de las escaleras. A su lado, estaba mi niña, atada a una silla, amordazada y con lágrimas en los ojos. Lloraba, todo su cuerpo temblaba, y con la mirada me suplicaba que la salvara del demonio que apuntaba un arma hacia mí.

# Capítulo 31

## Noah

—Maldito desgraciado —gruñí, apretando los puños. Quería golpearlo hasta acabar con su miserable vida, hacerle pagar por asesinar a Spencer y por el sufrimiento de mi hija, quien asumí fue testigo del acto brutal y salvaje que cometió en contra de una persona inocente.

Mi hija observaba la escena con lágrimas y terror, asustada por lo que ese demente podría hacerle.

—Cuida tu vocabulario, Cohen. Recuerda quién tiene el poder aquí —advirtió con una mirada sombría y viciada de maldad.

—Libérala, Aarón. Deja ir a mi hija y resolvamos esto sin armas, enfrentémonos cuerpo a cuerpo hasta que uno de nosotros quede sin vida —propuse, determinado a ser yo el vencedor. Ese maldito no saldría vivo de mi casa.

Aarón soltó una risa maligna.

—No seas idiota, Noah. No me interesa pelear contigo. Mejor dime algo ¿sabes dónde está Audrey? ¿La has visto en las últimas horas? —preguntó con petulancia y hasta sonrió, el muy desgraciado.

Mi corazón dio un giro en mi pecho.

¡Él la tenía!

—¿Dónde está? ¿Qué le hiciste a Audrey? —demandé impotente y furioso. Sabía que su desaparición no era normal, lo presentía, pero nunca imaginé que Aarón estaba detrás de ello y, mucho menos, que estuviera tan desquiciado.

—La perra está donde merece —espetó en tono desdeñoso, con rencor. Mi corazón se estremeció con más fuerza. ¿La había asesinado?— Tranquilo, Cohen. Sigue viva... por ahora.

—¿Qué quieres decir con por ahora? —Temía por su seguridad. Ese tipo estaba loco, era peligroso y letal.

—Paciencia, socio, ya la verás. Pero antes de ir con ella, tengo que contarte una historia. —Esbozó una sonrisa ladeada y su mirada evidenció su locura, cubriendo sus pupilas con un tono oscuro, malévolo. Era un hombre perturbado, enfermo de odio y rencor—. Diez años atrás, fuiste acusado por el asesinato de tu novia Dess. Pero tú no lo hiciste, eres inocente. ¿Sabes por qué lo sé? Porque conozco al verdadero asesino. Y no solo yo, hay alguien más que siempre supo de tu inocencia, pero calló. No, peor que eso, te implicó a ti para salvar su trasero drogadicto. —Negué con la cabeza con el ceño fruncido—. No tienes idea de quién es ¿verdad? Piénsalo, Noah. Haz memoria. Es alguien cercano a ti, alguien que de frente te apoya y de espalda te apuñala.

La única persona cercana a mí y que me apoyó a través de los años fue Jace, pero no podía ser él. No cabía en mi mente la posibilidad de que él me hubiera implicado en la muerte de Dess. Además, Jace no era drogadicto.

—El tiempo se acaba, Noah. Dame un nombre, ese que estás pensando pero que te niegas a decir. Creo que es el ganador.

Miré a mi hija en la silla y se veía más calmada, aunque seguía llorando en silencio.

No sabía qué buscaba Aarón con todo eso, pero tenía que encontrar la manera de liberar a Ali y de dar con el paradero de Audrey.

—¡Dilo, maldita sea! —gritó exasperado. Su brazo seguía extendido hacia mí, empuñando un arma larga, equipada con silenciador.

Aarón no estaba jugando. Él tenía un plan y yo debía ir con cuidado, ser cauteloso y seguir sus reglas.

—No lo sé, no sé quién pudo implicarme. Nunca supe quién asesinó a Dess ni por qué. —Me negaba a nombrar a Jace, a la única persona que me tendió la mano, que me acompañó a lo largo de aquellos terribles años, al hombre que me abrió las puertas de su casa cuando estuve en libertad, quien me confió a su hija... Él no podía ser.

—¿No lo sabes? —Se rio—. Claro que lo sabes, imbécil. Solo que no quieres decirlo. Pero no me importa, lo haré yo. Fue Jace Gunnar. Él te vendió, pagó para que todas las pruebas te acusaran, lo hizo porque el asesino de Dess era su proveedor y, si no lo hacía, iría tras Audrey y la asesinaría de la misma forma que hizo con tu novia.

—¿Por qué debería creerte? —espeté, luchando con el deseo de lanzarme



sobre él y partirle la cara con mis puños.

—Porque es cierto. Él iba a visitarte por la culpa, como expiación por haberte hundido ahí. ¿O acaso crees que te quería? —Se volvió a reír—. Solo un estúpido lo pensaría.

—¿Y cómo sabes todo esto? ¿Tú mataste a Dess? ¿Fue a ti a quién encubría Jace?

—No, no maté a tu perra infiel. —Negó con la cabeza, pensativo—. ¿Qué pasa contigo, Noah? Primero Dess, luego Audrey... ¿Tienes un fetiche por las zorras?

—¡No la llamas así, desgraciado!

—¿No? ¿Y cómo le digo entonces? La muy perra fingía amarme mientras se revolcaba contigo. ¿Crees que no lo supe desde antes? Todo lo que viste en la mañana fue una maldita actuación. Llegué aquí hace un par de días y planeé cada detalle. La guinda del jodido pastel fue esta preciosura. —Pasó su mano libre por el rostro de Ali.

Mi hija echó la cara a un lado y gimió contra la mordaza que cubría su boca.

—¡No la toques! —Me moví hacia adelante con la intención de atacarlo, pero él disparó en un punto cercano a los pies de Ali y me detuve.

—Si vuelves a moverte, el próximo será en su cabeza —advirtió, y no bromeaba—. Esto será así, irás conmigo hasta donde está la perra y harás todo lo que yo te ordene, de lo contrario, despídete de tu niñita. ¿Entiendes? Un paso en falso, y *bang*, tu dulce Ali recibe un balazo en la frente, cortesía de mi primo. Andrew, hora de dar la cara.

Escuché pasos firmes y pesados bajando las escaleras y, en breve, vi al hombre que Aarón había llamado Andrew e identificado como su primo. Era de estatura promedio, tenía ojos oscuros y profundos, abundante cabello negro peinado hacia atrás y atado con una cola de caballo baja. Los músculos de sus bíceps y pectorales estaban definidos, se marcaban por debajo de la camiseta negra que llevaba puesta, y sus extremidades superiores se encontraban cubiertas de tatuajes, no había un espacio de piel sin marcar con tinta negra. El hombre se detuvo a un lado de Aarón y me miró con el ceño y los labios fruncidos. Parecía despreciarme de la misma forma que su primo y no sabía la razón. Pero pronto lo supe.

—Te presento a Andrew, el verdadero asesino de Dess —aludió Aarón

con orgullo, como si estuviera presentando a un héroe nacional.

—Cabrón. —Le espetó—. Sabes que no fue intencional.

—¿Accidente? ¿Llamas accidente a lo que le hiciste a Dess? —discutí con el corazón latiéndome fuerte. Era difícil afrontar todo lo que estaba pasando en ese momento sin sentir ira.

—¡Jodido imbécil! Si dependiera de mí, estarías muerto y descuartizado en medio el jodido desierto. —Me dijo, mirándome con odio.

—¿Por qué? ¿Por qué la asesinaste?

—¡No lo hice! Estábamos teniendo sexo duro como a ella le gustaba, me lo pedía a gritos, y lo hice. La follé mientras apretaba su garganta y entonces dejó de respirar. Quise resucitarla, pero ya era tarde. Estaba muerta.

Pasé años pensando en lo que pudo pasar esa noche, queriendo saberlo, y sintiéndome culpable por haberme marchado esa noche. Siempre creí que pude evitarlo, que pude salvarla del predador que abusó de ella y luego la asesinó, pero no fue así. Ella no fue abusada, ella me engañaba con ese hombre. Lo supe cuando los resultados de ADN del feto no coincidieron con los míos sino con los del semen que hallaron en su cuerpo la noche de su muerte. Dess tenía dieciséis semanas de embarazo y Andrew era el padre.

—¿Por qué colgarla? ¿Por qué culparme a mí? —Quería saberlo todo. Estuve diez años esperando descubrirlo.

—Yo le dije que lo hiciera —intervino Aarón—. Me llamó desesperado y le dije que lo mejor era inculparte a ti, y así involucramos a Jace. Él ayudó a Andrew a poner a Dess en el techo y también se hizo cargo de las pruebas que necesitábamos para señalarte como culpable. Jace fue una pieza fundamental para tu encarcelamiento.

—¡No, estás mintiendo! ¡Jace nunca...!

—¿Nunca? —Andrew se rio—. Jace era un maldito adicto. Lo hizo por una línea de crack. Pero él te dirá que fue por proteger a Audrey, si es que es tan hombre como para admitirlo. Le hice una visita y se orinó en sus pantalones, el muy cobarde. —Volvió a reírse.

—Bueno, basta de confesiones. Con lo que el viejo soltó y con lo que sé, es suficiente para ir por la perra.

Apreté mis manos con firmeza, conteniendo la ira y la impotencia que sentía cada vez que se refería a Audrey de esa forma. Quería golpearlo, causarle el mayor daño posible, pero no podía hacerlo, serían dos

contra uno. Además, mi hija estaba en medio y Aarón me había amenazado con hacerle daño si me movía, y no iba a arriesgarme.

—Escucha bien lo que te voy a decir, cabrón, porque no lo voy a repetir. Vamos a salir por la puerta lateral y conducirás tu maldito auto hacia dónde yo te indique, sin intentar nada. Tu preciosa hija se quedará aquí con Andrew, y si no me obedeces, ella lo pagará con su vida. ¿Quedó claro?

—No la dejaré con él. —Me negué. No me fiaba de ese asesino, no lo quería cerca de mi hija.

—Pues qué pena porque no tienes otra opción. Pero antes, necesito que hagas una cosa. Toma el cuchillo que está ahí y empúñalo en tu mano. — Señaló hacia el cuerpo sin vida de Spencer. El maldito quería implicarme en su muerte—. Obedece, Noah. Recuerda lo que está en juego. —Pasó su sucia mano por el cabello de Ali, haciéndola temblar de terror.

—Está bien, lo haré. Pero no la toques, maldita sea. Es solo una niña. — Aarón soltó una de sus nefastas risas y movió su cabeza hacia adelante, instándome a tomar el cuchillo.

Me agaché delante del cuerpo laxo de Spencer y tomé en mi mano el objeto con el que le habían arrebatado la vida, pidiéndole perdón en mi interior mientras lo hacía. Ella solo fue un daño colateral, una inocente implicada en un demencial plan de venganza ejecutado por un enfermo.

—Bien hecho. Ahora camina, es hora de irnos. —Miré a mi hija y hallé en sus ojos terror y desesperación. Me suplicaba a través de sus ojos que no me fuera, que la rescatara. Y quería hacerlo, quería desatarla de esa silla y abrazarla hasta que mi corazón se sintiera en calma, hasta que recobrará sus pálpitos regulares. No quería dejarla con ese animal, sola y desprotegida, pero no tenía opción. No había alternativa. Si no hacía lo que Aarón me pedía, la lastimaría. ¿Pero qué me aseguraba que no lo haría de cualquier forma?

—Quiero garantías. ¿Cómo sé que no le harás daño cuando me vaya?

—No estás en posición de exigir nada, Cohen. Lo único que la mantendrá a salvo es tu obediencia.

Cerré los ojos y exhalé con fuerza. Todo mi ser gritaba: *acaba con él, asesínalo, termina con su patética existencia*, y requerí de mucho valor para no hacer justo eso. El maldito me tenía en sus manos.

—Volveré por ti, cariño. Papá vendrá por ti y todo estará bien, lo prometo.

—Mi hija asintió y dejó escapar un juego de lágrimas que me partieron el alma—. ¿Puedes aflojarle la mordaza al menos? —Le dije a Aarón.

—No hasta que esto acabe —sentenció sin lugar a réplicas. Él mandaba—. Hora de irnos. No hagas nada que no te ordene, Andrew. La chica es intocable para ti, a menos que diga lo contrario. Y eso dependerá de su papito.

—Te amo, Alice. Y volveré a ti, lo juro —dije antes de caminar hacia la salida como ordenó Aarón.

Mi corazón se quebró. Dejar atrás a mi hija con un demonio de carne y hueso, con el mismo hombre que hizo mi vida un infierno al asesinar a Dess hacía diez años, era como vivir una jodida pesadilla, la más terrible de todas, una que no estaba cerca de terminar. Ahora iría por Audrey, quién sabe a dónde, y no sabía qué iba a encontrar en el lugar en el que la tenían ni en qué condiciones.

Cuando estuvimos en el garaje, me arrojó las llaves de mi *Torino* y ordenó que me subiera en el asiento del piloto. Lo hice. Él ocupó el puesto de al lado.

Sentía tanta ira e impotencia, tanto miedo y agonía, que apenas era capaz de mantener mis manos en el volante y conducir bajo las indicaciones del imbécil de Aarón.

Ya la tarde había caído en el horizonte, el cielo estaba tintado de oscuridad y no había rastro de la Luna ni de las estrellas. El viento silbaba en mis oídos por la velocidad con la que conducía en dirección al Oeste de West. En ese camino, no había nada más que una extensa planicie inhóspita. Y el miedo debilitó aún más mi corazón. ¿Y si nuestro destino era una tumba? ¿Y si la habían asesinado y lanzado en el desierto para que las aves rapaces la devoraran?

Temblé involuntariamente y Aarón lo notó. Había estado en silencio, mirando al frente todo el tiempo y manteniendo el arma sujeta en su mano, listo para usarla si me pasaba de listo, pero me vio por el rabillo de su ojo y se mofó de mí con una risa burlona.

—Sigue viva, si eso es lo que temes. O al menos, lo estaba cuando la dejé.

—¿La lastimaste? ¿La dejaste herida? —pregunté nervioso. Odiaba la idea de encontrarla desangrada y fría. No sería capaz de soportarlo.

—No, no lo hice, aunque la perra lo merece. De los dos, ella es la que merece el mayor castigo. Ella, por ser una zorra infiel y traicionera, por sus

falsos *te amos* cada vez que la llamaba, para luego... revolcarse contigo, pedazo de mierda. Y tú lo sabes, maldita sea. Sabes lo que es sentir la traición en tu corazón, lo que es sentir tu piel desgarrarse a causa de la mujer que amas. ¿O no te sentiste así cuando descubriste que Dess llevaba el hijo de otro en su vientre? Dime que no deseaste encontrar al malnacido y arrancarle las pelotas.

—Sí, me sentí herido, no mentiré. Creí que ella me amaba, que su muerte había sido causada por alguien al azar, por un maldito violador que la asesinó a sangre fría, y resultó que me había sido infiel. Pero ni con todo el dolor que llegué a sentir, le deseé la muerte a Dess. Nunca la hubiera lastimado por venganza o rencor. El amor no se condiciona ni se obliga, Aarón. Y sé que Audrey nunca quiso lastimarte. Si te mintió, fue para protegerte, porque temía que algo te pasara estando en Afganistán. Lo hizo porque se preocupaba por tu bienestar.

—¡Y una mierda mi bienestar! Ella era mía, fui su primero, el que la hizo mujer. ¿No te lo dijo? Me la follé en la cabina de su camioneta, gritó mi nombre, el mío, y me prometió que me amaría siempre. ¿Te hizo a ti la misma maldita promesa? ¿Te embrujó con sus encantos como lo hizo conmigo? —Golpeó el tablero con el puño cerrado tres veces, desahogando su ira. Yo quería golpearlo a él hasta que robarle el último aliento—. Dime, Noah. ¿Te habló de mí? ¿Sabías que había un pobre diablo amándola con todo su jodido corazón y aun así la jodiste? ¿Te importó alguna vez? Respóndeme.

—Sí, siempre supe de ti. Jace me mantuvo al tanto de la vida de Audrey, me enseñó a quererla.

—Viejo desgraciado. Usó a su hija como chivo expiatorio —masculló entre dientes—. Y tú, jodido imbécil, no eres menos basura que Andrew. Mereces el peor de los castigos. Y ya sé cuál será —sentenció con voz siniestra y una mirada de mil infiernos.

*¡Ali! ¡Dios mío! ¡Le ordenaré a Andrew que asesine a mi hija! No debí irme. No debí dejarla.*

Un nuevo nivel de ira inundó mi interior. Nunca había experimentado tanta rabia. Si él se atrevía, si a mi hija le faltaba un cabello, lo pagaría. Me aseguraría de que su muerte fuera lenta y dolorosa. Lo haría rogar por piedad, y luego de una larga tortura, le daría fin a su patética vida.

Sentí el impulso de girar el auto y volver por mi hija, pero me contuve. No llegaría muy lejos antes de que él llamara al verdugo que la tenía y ordenara su ejecución. ¿Y qué pasaría con Audrey si lo hacía? Mi corazón estaba dividido.

—Cruza aquí a la izquierda —comandó con sus ojos clavados en mí. Me miraba como si deseara desintegrarme. Y el sentimiento era mutuo. No había dejado de sentir furia ni un momento. Estaba seguro de que, en la primera oportunidad que tuviera para atacarlo, el impacto sería fulminante. Él no solo había asesinado a Spencer, también tenía secuestrada a mi hija y a Audrey. Además, era cómplice del hombre que asesinó a Dess. Lo que me dijo de Jace seguía sin creerlo. Podía estar mintiendo y no me fiaría de él.

Seguí el camino que me indicó, obediente. No era el momento de hacerme el héroe o de buscar venganza. Debía encontrar a Audrey y ponerla a salvo, y luego a Ali. Después, dejaría salir el infierno de mí y le haría pagar a esos dos demonios por atreverse a lastimar a mi familia. Lo pagarían con sangre.

Habíamos dejado la carretera asfaltada un par de kilómetros atrás. Delante y alrededor de nosotros, solo había tierra y soledad, un espacio desierto y, en apariencia, despoblado. Pero poco después, atisé una casa oscura que se alumbró con las luces de los faros de mi vehículo. ¡Ahí debía estar Audrey! Al fin la vería. Detuve mi *Torino* al lado de un *Mazda* negro de vidrios tintados. El *Honda* de Audrey estaba al otro lado.

—Ponte esto y sigue mis instrucciones, todas y cada una, Cohen. Sin vacilar. Hazlo bien y tu niña estará a salvo. Es una promesa. —Me puse en el oído el audífono que me entregó y asentí—. Ella está en el sótano de esta casa. Hay cámaras y micrófonos por todas partes. Te estaré escuchando y observando. Si te equivocas, si cometes cualquier error, Ali lo pagará. No dirás nada que yo no te diga. No harás nada que yo no ordene. ¿Entiendes?

—Sí —gruñí con la mandíbula tensa.

—Audrey está atada y amordazada. No intentes liberarla, no te acerques a ella hasta que yo lo diga.

Apreté mis puños y mis dientes, haciéndolos crujir. La tenía sometida, igual que a mi hija. ¡Maldito bastardo!

—Quiero que la mires con desprecio, que no muestres compasión ni tristeza cuando la contemples, que ella crea cada una de tus palabras y que las compruebe en tu mirada. Actúa, Cohen. Sé el maldito demonio que todos

siempre pensaron que eras. Haz que te odie.

—¡Eres un desgraciado! —Le grité con toda la furia que habitaba en mi interior. Fui demasiado sumiso por mucho tiempo y no era capaz de soportarlo más—. Si en verdad la amaras como dijiste, no le harías esto, no la tendrías atada y amordazada en un jodido sótano.

—¿Y qué importa si la amo? Ella ya no me quiere, me lo dijo en mi cara sin demostrar remordimiento alguno. ¿Por qué tendría que compadecerla? Le di una oportunidad y la rechazó, me repudió. Lo único que quiero ahora es ver cómo le rompes el corazón de la misma forma que ella me lo partió a mí con su traición. —Su mirada reflejaba el odio que había en su corazón, estaba lleno de ira y de ansias de venganza.

Tenía que hacer algo, evitar hacerle daño a Audrey, como él pretendía, por eso propuse—: Me alejaré, me iré de aquí y no la buscaré más. Y sé que me odiará, lo hará.

—No me basta con eso. Quiero verlo, ser testigo de su sufrimiento. —Estableció sin inmutarse. Era un desalmado, un completo demente sin corazón ni sentimientos, y tenía en sus manos el poder para destruir a las personas más importantes de mi vida—. Bájate del auto y entra a la casa. Y ya sabes, no te inmutes. Mírala como si me vieras a mí delante de ti. Así mismo.

—Maldito —farfullé, sintiendo mis venas arder a causa de la ira que corría por mi sangre.

—Sí, lo soy, pero tú no eres mejor que yo, Cohen. Ni tú ni ella —inculpó—. Bájate ahora, no me hagas repetir las órdenes.

Abandoné mi auto, refunfuñando, y dirigí mis pasos hacia la vieja casa sin iluminación ubicada frente a mí. Los tablones de los escalones crujieron bajo mis pies con cada paso, al igual que el piso de madera del pórtico. La estructura estaba podrida, acabada por los años y el abandono. La puerta de madera hizo un chillido cuando la abrí. Entré y de inmediato percibí el olor a polvo y humedad, a desidia y muerte.

Detrás de mí, escuché el sonido familiar del piso crujiendo con cada paso. Era Aarón.

Mi rabia bulló. Sentirlo cerca desataba mis más terribles instintos, unas ganas irrefrenables de exterminarlo como la escoria viviente que era. Pero me contuve una vez más, no podía hacer algo distinto. Me sentí inútil, impotente.

Yo, quien en prisión era conocido como *el intocable*, como una bestia despiadada capaz de fulminar a cualquier oponente, estaba actuando como un sumiso de mierda que no era capaz de defender ni a su hija ni a su prometida.

—Y dijo Dios: Haya luz, y hubo luz<sup>[11]</sup> —citó Aarón, pulsando el interruptor que encendió una bombilla que colgaba desde el techo, iluminando así un amplio recibidor que se encontraba vacío—. Al fondo, encontrarás una puerta que conduce al sótano. El interruptor está en la pared, a tu izquierda; enciende la luz y no te sorprendas cuando veas a una puta con un tiro en la frente.

—¿La... la asesinaste? ¿Tú la...? ¡Maldito seas! —Me abalancé sobre y le propiné un puñetazo en la quijada que no pudo esquivar. Pero antes de que pudiera volver a golpearlo, puso su arma en mi frente.

—Debería ejecutarte aquí mismo, pero eso sería demasiado fácil. —Bajó el arma y llevó su mano libre a su quijada—. No te perdonaré otra, Cohen. Por cada error, tu pequeña perderá un dedito.

—No te atrevas —gruñí. La adrenalina que me provocó ese golpe tenía mi sangre corriendo a mil por horas y a mi corazón palpitando al mismo ritmo.

—¿Yo? No depende de mí. —Sonrió de forma maquiavélica y luego agregó—: Ve de una maldita vez a ese sótano y probemos si tu preciosa hija mantiene o no su cuerpo intacto.

*Te haré tragar tus amenazas. Te veré doblegado, suplicando piedad. Te haré pagar por toda la angustia que le has hecho pasar a Alice y a Audrey. ¡Lo juro, Aarón! Tus crímenes no quedarán impunes,* después de dictar esa sentencia en mi mente, di media vuelta y caminé hacia el fondo de la vieja casa. Cuando hallé la puerta del sótano, la abrí y bajé quince escalones. Al final, encontré otra puerta, una vieja, echa de hierro, que estaba cerrada desde afuera con un pasador. La destrabé y empujé la lámina hacia dentro. El interior estaba oscuro, olía a moho y a algo nauseabundo que en breve reconocí como sangre.

*¡Dios! ¿Cómo se supone que haré esto? Sé que ver a Audrey sometida me va a matar. ¿Cómo resistiré las ganas de cobijarla en mis brazos y decirle que todo estará bien?*

—Enciende la luz, Cohen. No tengo toda la noche.

Escuchar tan cerca de mi oído la voz de Aarón me provocó arcadas. Lo detestaba, lo odiaba con todo mi ser, y lo quería ver acabado, moribundo, que



en sus ojos se reflejara el mismo miedo que vi en los de Ali, que en su rostro se forjara el pánico que se marcó en el rostro de Spencer cuando la asesinó.

Encendí la luz y la habitación cobró vida. Me tomó un par de minutos mover mis pies hacia el interior. Y cuando lo hice, cuando me adentré al sótano y vi a Audrey maniatada en el suelo, inmovilizada y con la boca amordazada, mi corazón se detuvo. Quería socorrerla, liberarla, decirle que la sacaría de ahí y terminaría con la pesadilla, pero la voz de mando de Aarón derribó mis intenciones. Jugó una carta muy sucia, utilizó a Ali. Escuché sus gritos y ruegos a través del audífono, me pedía que volviera por ella, que lo hiciera pronto, y tuve que someterme a la voluntad de Aarón. Actué como él quería, dije todo lo que me dictó al oído, me comporté de la forma que quiso y fui testigo del sufrimiento de Audrey, de sus lágrimas, de su agonía..., pero no podía hacer nada para consolarla; la voz de Ali volvía a escucharse de forma intermitente, siempre gritando, llorando y suplicando que por favor regresara, que la salvara. Me torturaba de la misma forma que lo hacía la imagen de Audrey quebrantada, llorando y rogándome con su mirada que no la lastimara más, que parase.

—Ahora, quiero que te arrodilles delante de ella y la asfixies con tus manos, que seas el instrumento que acabe con la vida de esa zorra infiel, que la asesines. Es ella o tu hija, Noah. Tienes un minuto para decidir. *Tic tac. Tic tac.* El tiempo corre. Audrey o Alice. Alice o Audrey.

*¡Noooooo! ¡No, no, no! ¡Dios, no!*

Mi corazón estaba dividido, fragmentado en dos mitades desiguales. Amaba a Audrey, la amaba con todo mi ser y estaba destrozado junto con ella, pero si debía elegir, si solo podía salvar a una de las dos, tenía que ser a mi hija.

—¿Necesitas un incentivo? —preguntó, cuando me mantuve inmóvil, incapaz de ejecutar su descabellada orden.

Mi respuesta fue acuclillarme delante de la mujer que amaba y contemplarla por última antes de llevar a cabo el plan de Aarón. Y cuando estuve ahí, tan cerca de ella, viéndola desposeída, frágil e indefensa, no resistí la tentación y sequé las lágrimas que acariciaba su piel porcelana, esa que tanto adoraba, a la que le regalé besos y mimos.

—¡Papá, por favor! ¡Papá...! Ven por mí —gritó mi hija, desesperada. Era la primera vez que me decía papá, y lo hizo sintiendo terror, lo hizo sin que

podiera estar a su lado y abrazarla.

—Hazlo ahora, Noah, o esa será la última vez que escuches a tu preciosa niña. Y Andrew no solo pondrá una bala en su frente, primero la violará hasta el cansancio.

*Perdóname, Audrey. Perdóname, mi amor.*

Llevé mis manos a su cuello y lo apreté sin mucha fuerza. Esperaba que Aarón gritara *detente*, que se sintiera conforme con mi obediencia y que eso no fuera más que una prueba que debía pasar. Pero no sucedió así; en su lugar, me alentó a que continuara, a que presionara su cuello hasta la muerte.

Ejercí un poco más de presión, solo un poco más, y rogué en silencio porque perdiera el conocimiento. No podía seguir viendo sus ojos, esa mirada suplicante y esperanzada que, como yo, pedía que la pesadilla terminara. Si se desmayaba, tendría una ventaja. Si Aarón pensaba que había muerto, podría alejar mis manos de ella y darle una oportunidad de sobrevivir.

—Por favor. Por favor, haz que pare. Por favor... —rogué al momento que sus ojos comenzaban a cerrarse. Su vida se estaba yendo de su cuerpo, lo sentía, y mi corazón no lo podía soportar. No sería capaz de seguir adelante.

—¿Morirías en su lugar? ¿Dejarías que te ejecutara por salvarla a ella?

—Sí, lo haría.

—¡Oh! Pero qué romántico. Eres como el Romeo de *Shakespeare*. Es una pena que solo tengas cincuenta segundos para salir de ahí antes del *boom*. — Se rio con malicia—. Te lo dije, Cohen. *Tic Tac. Tic Tac*, la bomba va a explotar.

—¡Desgraciado!

Tomé a Audrey entre mis brazos y corrí hacia la salida lo más rápido que pude. Crucé la puerta y subí los tramos de las escaleras de dos en dos. Pero al llegar a la cumbre, no pude salir. La puerta estaba cerrada. Puse a Audrey en el suelo y pateé la puerta una y otra vez sin parar ni para tomar un respiro, no había tiempo, debía sacarnos de ahí de inmediato.

—Vamos, joder. Ábrete. —Le grité a la pieza de madera que nos mantenía cautivos en el interior de la casa.

Volví a patear, esta vez con furor y energía, y la puerta cedió. Tomé a Audrey una vez más, la cobijé entre mis brazos y emprendí una carrera frenética hacia la salida. Estaba por cruzar el umbral hacia el exterior cuando el estallido de la bomba hizo vibrar la vieja estructura y el impacto nos

expulsó dos metros hacia afuera de la casa. Apreté con fuerza a Audrey y rodé con ella por la arena al menos un metro más hasta que dejamos de girar. De inmediato, me puse en pie y levanté a Audrey del suelo. Seguía inconsciente, no sabía si estaba respirando, pero debía alejarla de ahí. Era peligroso quedarnos cerca de la casa, no sabía cuántas bombas puso Aarón, pero algo me decía que fue más de una. Corría con ella a cuestas cuando una segunda detonación se escuchó, luego una tercera y una cuarta. Miré por encima de mi hombro y vi que mi *Torino* y el *Honda* de Audrey estaban en llamas. También explotarían. Apuré más el paso y no me detuve hasta crear una brecha de diez metros. Mis piernas no daban más.

Desde la distancia, noté que el otro auto no estaba ahí; Aarón debió tomarlo para huir. ¿Iría por Ali? ¿Y si había sucedido lo que más temía? ¿Y si había ordenado su ejecución?

*¡Dios! No lo permitas*, rogué mirando al cielo. Era lo único que podía hacer.

Bajé la mirada hacia a Audrey y recordé que debía comprobar si respiraba, si no la había asesinado con mis malditas manos. Le quité la mordaza de la boca y verifiqué sus signos vitales. Liberé un gemido cuando encontré pulso en sus muñecas y percibí que estaba respirando, seguía con vida. Desaté sus manos y sus piernas, la puse en mi regazo y la abracé a mi pecho. La sentí frágil, debilitada, y mi corazón se violentó.

*¿Cómo fui capaz de poner mis manos en su cuello? ¿Cómo me atreví a lastimarla de esa manera? ¿Podrá perdonarme? ¿Lo haré yo?*

Mientras esas preguntas pugnaban en mi cabeza, Audrey abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire que la hizo toser con compulsión. Le di unas palmadas en la espalda mientras susurraba en su oído que intentara respirar lentamente, inhalando y exhalado. Al inicio, no me reconoció, estaba demasiado perturbada como para notarme; pero cuando sus ojos encontraron los míos y se descubrió en mis brazos, su cuerpo tembló y un grito de horror se produjo en su garganta.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! —gritó agitada, pataleando y braceando como si estuviera en el fondo del océano y necesitara volver a la superficie para respirar.

—Lo siento. Lo siento mucho, Audrey. No quería lastimarte, créeme. Ya pasó. Ya todo pasó. —Le decía mientras la arrullaba, ignorando el dolor que

sus arañazos le provocaban a mis brazos. Me estaba arrancado la dermis con sus uñas y no dejaba de removerse y gritar, pero no quería soltarla. No podía.

—¡Me destrozaste, Noah! ¡Me partiste el corazón en mil fragmentos! — confesó con la voz rota y dejó caer los brazos en su regazo.

—Lo sé, muñeca. Perdóname —murmuré con la voz fragmentada. Me dolía verla tan afectada, me consumía por dentro saber que le causé daño.

—¿Por qué, Noah? ¿Por qué? —gimoteó, golpeando mi tórax con sus puños. Sus golpes no me lastimaban, pero su llanto, ese me desgarraba el alma en pedazos.

—Aarón asesinó a Spencer y amenazó con hacerle lo mismo a Ali si no lo obedecía. Todo lo que dije en ese sótano fue dictado por él a través de este audífono. —Me quité el dispositivo y se lo mostré.

Ella cerró los ojos y algunas lágrimas se resbalaron por sus mejillas. Intenté secarlas, pero apartó el rostro y gimió. Me temía, estaba aterrorizada y la sentí estremecerse.

—Sabes que nunca te lastimaría, no a propósito. Pero tuve que hacerlo. Él tiene a Ali, su cómplice tiene a mi hija, y no sé si él... si ella... —No pude decirlo. Era imposible para mí pronunciar esas palabras. Perder a mi hija en manos de dos dementes me destrozaría por completo.

—¿Aarón? No, él no haría esto —negó, retomando sus intentos por separarse de mí. Arañaba débilmente mis brazos mientras gemía. Era doloroso sentir su rechazo, verla tan angustiada por encontrarse en mi cobijo.

Eso era lo que él quería, que Audrey me odiara. Ella vio mi rostro, fue mi voz la que la hirió y mis manos las que intentaron arrebatarle la vida.

—Tienes que creerme, mi amor. Por favor, créeme cuando te digo que todo lo que hice fue por proteger a Ali. Su voz suplicando se mezclaba con las demandas de Aarón. Ali me gritaba que la salvara, aterrada, con agonía, y yo... Audrey, yo... la elegí a ella. —Para el momento que confesé aquella penosa verdad, mi vista se anegó de lágrimas, liberando mi angustia, mis temores, exponiéndolos con franqueza delante de la mujer que me miraba con miedo.

—Parecía tan real, tu mirada era siniestra, malvada. Lo que dijiste, cada cosa... ¿Cómo podía Aarón saber todo eso? No lo sé, Noah. No puedo confiar en ti, aunque llores y me imploras que lo haga. Lo único que quiero de ti es que me sueltes. No soporto que me toques, no quiero que lo hagas ni

un segundo más —pronunció cada palabra entre lágrimas, que no paraban de surcar su piel.

—Audrey... —susurré con tristeza.

—Te odio, Noah. Te odio con todo mi ser. Te aborrezco. —Sus gritos estaban acompañados de un terrible y desolador llanto que se sentía en mi pecho como una jabalina que me atravesaba y abría mis carnes en dos.

Sin quererlo, la seguía hiriendo. Debía dejarla ir.

Lentamente, aflojé los brazos y los dejé caer laxos a cada lado de mi cuerpo. Audrey se apartó de mí enseguida y gateó sobre la arena por espacio de dos metros; lloraba mientras lo hacía. Cansada, se recostó a una roca, abrazó sus piernas y apoyó su rostro en sus rodillas, gimoteando como una niña indefensa.

Yo era el demonio del que huía. Temblaba y lloraba de pavor a causa de mí. ¡Supe entonces que jamás me perdonaría! ¡Que todo había terminado entre los dos!

# Capítulo 32

*Audrey*

**Tres Meses Después**

Grandes montañas tintadas de color naranja se alzaban ante mi vista mientras conducía de regreso a West desde El Paso, Colorado. Más de ochocientas millas me quedaban por transitar. Once horas, o un poco menos, y regresaría a la ciudad de la que hui con el corazón devastado. Me fui porque era demasiado doloroso seguir ahí, me torturaban los recuerdos, me torturaba la realidad.

Incluso a través de las semanas que se habían acumulado con letanía, revivía cada segundo de ese fatídico día. Escuchaba el crepitar del fuego consumiendo la madera la casa donde me tuvieron cautiva, sometida; donde el hombre que amaba me arrancó el corazón a guijarros mientras usaba sus manos para liquidarme; podía percibir el olor a humo inundando mis fosas nasales hasta penetrar mis pulmones mientras sollozaba temblorosa contra una roca anclada al suelo de aquel desierto, donde solo nos encontrábamos Noah y yo.

Recuerdo que, mientras estuve contra esa roca, abrazada a mí misma, llorando, sentía la incertidumbre de Noah, su deseo de llegar a mí y de proveerme “cobijo” entre sus brazos. Pero él ya no era mi lugar seguro, no podía serlo, no después de lo que me hizo bajo amenaza. Ahora lo sabía, no me quedaron dudas de que fue Aarón quien orquestó el plan que destruyó mi vida y la de Noah a la vez. Sin embargo, el dolor y la desilusión seguían palpitando en mi pecho. Sus palabras, su expresión y aquella facilidad con la que se arrodilló delante de mí, sin mostrar piedad ni sufrimiento, y cerró sus manos en mi cuello, hacían imposible que lo perdonara. Cómo hacerlo si ni era capaz de tenerlo cerca sin temblar de pavor.

Aarón fue la mente detrás de todo, pero, en mis recuerdos, Noah fue quien lo ejecutó. Él fue mi verdugo.

En aquel momento, mi llanto se apagó con el pasar del tiempo, pero mi sufrimiento seguía latente en mi interior, pululando entre los fragmentos de mi corazón y mi alma herida. Cuando atisbé luces rojas y azules y el inequívoco sonido de sirenas, me levanté a tropezones y corrí en dirección a los vehículos policiales que se acercaban. Noah me siguió, gritando. Decía que parase, que ellos llegarían a mí, pero no podía. No estaba en mí detenerme, y menos si él venía detrás. ¿Acaso no entendía que no lo quería cerca de mí? ¿Qué su presencia me hería? Era tanto el rechazo, que me negué a aceptar su compañía en la ambulancia.

El viaje de retorno a casa no lo recuerdo, perdí la conciencia cuando me vi a salvo, y desperté horas después en la cama de un hospital, con el típico olor a lejía ahogando mi olfato, y bajo los incandescentes focos de las luces fluorescentes. A mi derecha, se encontraba Cris dormida en un catre, cobijada con una frazada gruesa color vino. A mi izquierda, en una silla, estaba Connor, con los ojos bien abiertos. Él me ofreció una sonrisa cálida y me preguntó si tenía sed. Asentí, mi garganta se sentía árida y pastosa. Connor se levantó de la silla, llenó un vaso con agua y lo acercó a mí. Me senté sin problemas y me bebí todo el contenido en un trago largo.

Una hora después, entre evasiones y miradas tristes compartidas entre Connor y Cris, mi amiga se atrevió a darme la desoladora noticia de que mi padre fue ejecutado con un tiro en la sien en su sillón. Lloré con amargura e impotencia. Lloré por lo que pudieron ser horas. Y maldije en voz alta a causa del dolor que penetró mi corazón.

¡Mi padre había muerto! Me lo quitaron. Lo asesinaron sin ninguna piedad.

*¿Por qué? ¿Por qué él?*, gritaba incesantemente.

Tuvieron que sedarme.

Al día siguiente, más calmada, Connor me contó lo sucedido. Él me estuvo enviando mensajes esa tarde porque su auto estaba teniendo problemas mecánicos y, como no le respondí, decidió ir en persona para comprobar que todo estuviera bien conmigo. Cuando estuvo ahí, escuchó los gritos de Ali y llamó a la policía. Pero no quiso esperar e irrumpió a la casa de Noah por la puerta lateral, tomando desprevenido al cómplice de Aarón. Lo desarmó y, con un golpe efectivo en su nuca, lo dejó inconsciente. Luego, desató a Ali y usó las mismas sogas para inmovilizar al sujeto, que resultó ser

el asesino de mi padre y de la chica que usaron de señuelo para secuestrarme. Cuando la policía llegó, Ali les habló de Noah y de mí. Ellos interrogaron al asesino y lograron arrancarle la confesión a golpes. Así fue como dieron con nuestro paradero.

Fue un alivio descubrir que Noah no me había mentado, que en verdad Ali estuvo en peligro y que todo lo que hizo fue para intentar salvarla. Sin embargo, no era suficiente para permitirle la entrada a mi habitación cuando fue a verme. No estaba lista para enfrentarlo. Temblaba solo con recordarlo.

Esa misma tarde, salí del hospital y me fui a casa de Cris. No quería ir a la mía y enfrentarme a la ausencia de mi padre. La otra razón fue Noah, no estaría tranquila sabiendo que se encontraba tan cerca de mí. Le temía, aunque él no era una amenaza para mi vida, Aarón sí. Él había huido esa misma noche y nadie sabía dónde se escondía. Su madre lo negó todo y señaló a Noah como el único culpable; pero, tanto su cómplice como Ali, declararon en su contra.

Tres días después, mi padre fue sepultado junto a mi madre, como él hubiera querido. Me despedí de él en silencio y le dije que siempre lo amaría, que fue el mejor padre que la vida me pudo dar, sin importar si era culpable o no de las acusaciones que Aarón le dictó a Noah. Todos sus amigos estaban ahí... menos Noah. Le notifiqué a través de Cris que no asistiera, que respetara mi duelo y se mantuviera al margen. Lo hizo, no procuró buscarme ni llamarme ni una vez, pero sabía que Cris hablaba con él todos los días. La escuché una noche diciéndole que me había dado de comer y que me encontraba sentada en la sala viendo una película. Eso creía ella, pero no era así. Mi mente no era capaz de concentrarse en algo tan superficial como ver una película. Me agobiaba la ausencia de mi padre, me perseguían las horribles horas en ese sótano, y lo que sucedió después, cuando la luz se encendió y vi a Noah delante de mí, soberbio y malévolo, dispuesto a sacrificarme por amor a su hija. Y no, no lo juzgaba por protegerla, yo hubiera hecho lo mismo, pero no era fácil olvidar la crueldad de la que fui víctima.

Fue por eso que, una mañana, abrumada por el dolor y la desdicha, emprendí una travesía sin destino. Recorrí más de veinte ciudades del Este y Noreste del país, dejando atrás la tragedia, queriendo olvidar todo, incluyéndolo a él. Pero era momento de volver, de enfrentar la vida, pese al



miedo. No podía huir para siempre.

No sabía qué me depararía el futuro, no tenía certeza de lo que haría con mi vida a partir de entonces, pero estaba convencida de que era en West donde debía estar.

\*\*\*

—¡Dios mío! Te extrañé tanto... —dijo Cris con una sonrisa cuando me abrió la puerta de su apartamento y se abalanzó sobre mí con un abrazo feroz.

—Y yo a ti, Cris. —Le devolví el abrazo y también sonreí. Era la primera vez que lo hacía en tres meses. Fue extraño y liberador a la vez. No había hallado un motivo para sonreír en todo ese tiempo hasta ese momento.

—Vamos adentro, hay un montón de comida esperando por ti. —La seguí al interior y jadeé al ver la cantidad exagerada de comida que había en la barra de la cocina. Parecía que iba a celebrar una fiesta para veinte personas —. Sabes cómo soy. —Se excusó elevando los hombros.

—No me odies, pero comí hace menos de una hora. No hay forma de que consuma nada ahora mismo.

—¿En serio? —Hizo un puchero.

—No hubiera terminado con todo eso de cualquier forma, ¿sabes? —Cris se mordió un costado del labio inferior y asintió distraída. Sabía la razón, sentía en mis venas la inminente mención de su nombre.

—¿Estás lista? —inquirió con cautela. Pocas veces hablamos de él, quizás en dos o tres ocasiones y solo porque ella se estaba encargando de los trámites de la casa. Le había prometido a Noah que la pondría de nuevo a su nombre y cumplí con mi palabra. No estaba al tanto de nada, pero asumí que con la muerte de Spencer él necesitaba solucionar más que nunca lo de la custodia de Alice.

—No lo sé, Cris. No lo sabré hasta tenerlo delante de mí. —Me sinceré. Había pensado mucho en él, en todo lo que pasó entre nosotros, lo bueno y lo malo, y siempre experimentaba distintas emociones, desde el miedo hasta la nostalgia. Lo amaba y lo odiaba a la vez, y no estaba segura de cuál sentimiento me gobernaría cuando finalmente le permitiera acercarse a mí.

—Sabes que te amo, Audrey, que te quiero como mi hermana y que nunca haría algo que te lastimara —expresó con seriedad. Mi pecho se apretó y requerí de una bocanada de aire. Sabía que vendría algo más después de todo

eso—. Pero también aprecio a Noah, lo he apoyado a través de tu ausencia, he visto su dolor, su sufrimiento, y quiero abogar por él.

—Cristal, yo...

—Audrey, por favor. Déjame decirte esto. No me has dejado mencionarlo durante todo este tiempo, y lo respeté, pero ahora estás aquí y eso significa que has comenzado a sanar, ¿o no?

Asentí sin energía. Fue un movimiento pasivo, casi involuntario.

—Noah te ama, te ama muchísimo. Lo vi llorar como un niño aquí mismo, en ese sofá. —Señaló con el dedo.

No miré, estaba entumecida. Sentía un dolor agudo entre mi pecho y mi estómago, enlazados como uno solo. Y me fallaba el aire, me estaba ahogando con mis emociones.

—Y sé que no duerme. Se ve acabado, moribundo. Apenas subsiste porque tiene a Alice, pero no está viviendo, Audrey. No lo hace porque está torturado por lo que te hizo en ese sótano. Se odia, se odia a muerte.

—Basta —murmuré con lágrimas resbalando por mi rostro—. No digas más, no acepto que me culpes.

—No lo hago, Audrey. Nunca lo haría —dijo con una disculpa en su voz—. Solo quiero que entiendas que tú no fuiste la única herida, que él...

—¿Él? ¿Él? —grité—. Él hizo una elección, Cristal. Decidió que Ali viviría y que yo... —No pude decirlo, era demasiado doloroso de pronunciar—. Tú no entiendes. Tú no sabes lo que es sentir que la vida se te va en manos del hombre que amas. —Me quebré, dejé que el llanto me dominara, y me acurruqué en posición fetal en el sillón. Ella se acercó a mí y acarició mi espalda con parsimonia.

—Tienes razón, no lo sé, no tengo idea —susurró con la voz fracturada. Estaba llorando también. La atraje hacia mí y le pedí que me abrazara. Ella me envolvió entre sus brazos y me arrulló como una madre haría con su hija pequeña. Seguía tan rota... ¿Dejaría de estarlo algún día?

Lentamente, mi llanto se fue apagando y, junto con él, se alejó el entumecimiento que mantuve durante los últimos meses en mi estómago. Lloré antes, Cris me consoló en varias oportunidades, pero en ese momento se sintió distinto, liberador. Ella ahora sabía, Noah le había dicho lo que pasó, admitió el horror que me hizo pasar en esa casa. Yo nunca pude contarle, era doloroso de decir.

—Extraño a Oli —susurré con la voz apagada.

—Yo también, Drey. Yo también —concordó con el mismo tono nostálgico que el mío.

Un sonido en la puerta nos obligó a separarnos. Alguien estaba tocando y supuse quién era. Aparte de Cris, con el único que tuve contacto fue con mi hermano Connor. Había recibido los resultados de ADN hacía un par de meses que confirmó nuestro parentesco. Él y Cris eran la única familia que me quedaba, no tenía a nadie más. Estaban los chicos del taller, Miguel y su esposa, pero mi vínculo con ellos era más cercano. A pesar de la distancia, estuve en contacto con Connor todos los días, comencé a confiar en él y también a quererlo como a un hermano. Su sinceridad marcó la diferencia. Me dijo que papá tenía razón, que fue a West en busca de ayuda monetaria, que no le interesaba mi madre en absoluto, y que se marchó cuando obtuvo lo que quería. Pero algo le pasó, algo que le hizo abrir los ojos, y por eso regresó. En sus propias palabras: «La vida perdió sentido, necesitaba a alguien de quien aferrarme y solo te tenía a ti».

—Hola, princesa. —Me saludó desde el umbral con una sonrisa y metió las manos en los bolsillos de sus jeans mientras se balanceaba en sus pies.

También sonreí.

—Hola, Connor. Ven aquí, Cris compró comida para un batallón. —No le di un abrazo ni hubo contacto entre nosotros. Nuestra relación seguía estableciéndose. Íbamos paso a paso, sin forzar nada.

Cris ya no lo llamaba *el señor tenebroso*, se había reunido con él varias veces en mi ausencia y hasta le parecía muy divertido. Solo era cuestión de sacarlo de su caparazón.

Connor entró y se instaló en uno de los sillones de la sala. Yo me senté en el sofá. En breve, Cris llenó la mesita de centro con platos de comida y gaseosas y comenzamos a consumirla como bestias. Antes, no tenía hambre, pero después, me sentí famélica y comí hasta que mi estómago quedó sin espacio.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó Connor con reserva. Él siempre intentaba ser cauteloso, sin presionarme. Y también era muy protector. Se preocupaba por mí como lo haría cualquier hermano mayor. Siempre me preguntaba por la seguridad del lugar donde me hospedaba y decía que no tomara rutas solitarias.

Encogí los hombros y me mordí el interior de la mejilla. Mi plan era ir a casa esa noche, pero quizás era demasiado pronto para hacerlo. ¿Y si me había precipitado al volver? ¿Y si todavía no estaba lista?

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, Drey. No tienes que enfrentarlo todavía —intervino Cris.

—Quiero hacerlo, tengo que hacerlo —recité como un mantra.

Mi estómago dio un vuelco de conmoción y sentí arcadas, pero las controlé. Tenía que ser fuerte, tenía que ser capaz de enfrentar a Noah de una vez por todas.

—Está bien, Drey. Te apoyaré en lo que decidas, estaré ahí contigo. —Puso su mano sobre la mía y sonrió con condescendencia.

—Yo también. No estás sola, princesa —dijo mi hermano.

—Gracias, de verdad. No sé qué haría sin ustedes. —Esbocé una pequeña sonrisa y bajé la mirada a mis manos. Mi debilidad me hacía sentir avergonzada. Había cambiado, ya no era la Audrey fuerte y decidida de antes. Ahora era frágil, temerosa e insegura.

—Oye —instó Cris.

Alcé mi vista hacia ella y encontré en sus ojos una mirada orgullosa.

—Lo que viviste fue muy duro, devastador, pero sigues en pie, estás aquí, dispuesta a hacerle frente a tu temor, y eso habla de tu valentía, de tu fuerza. Eres una luchadora, Drey. No lo olvides nunca.

Mientras Cris hablaba, mis ojos lloraban lágrimas de agradecimiento. Sus palabras me reconfortaron, me dieron el último empujón que necesitaba.

Sequé mis mejillas y asentí.

Cris sonrió y me miró con admiración y afecto, no con lástima o pena.

—Llegó la hora. —Me puse en pie y me dirigí a la salida.

Estaba llena de determinación. Era ahora o nunca.

—Muévete, Connor. —Escuché que le dijo a mi hermano.

Salí al exterior y la luz me cegó por un momento, pero recobré la visión en breve y me subí a mi camioneta, seguida de Cris. Connor subió a su auto y pronto nos pusimos en marcha.

Mis manos temblaban sobre el volante. Mi corazón palpitaba fuerte y mi estómago hacia una danza loca que, de continuar así, me haría vomitar. Tomé inhalaciones profundas y las liberé pausadamente para intentar controlarme,

pero no fueron muy efectivas. Seguía temblando y sudaba sin control. Sentía el zumbido de mi corazón en mis oídos y la fuerza de la sangre recorriendo mis venas. Sin embargo, seguí adelante, no me detendría, hacerlo sería fracasar y no había viajado hasta West para huir de nuevo.

En cuestión de minutos, estaba deteniendo mi *Ford* delante de mi casa. Mis nervios se dispararon. No solo temblaban, también lloraba, sollozaba con agonía y temor. Mi visión se fue nublando por las lágrimas y el entumecimiento que había creído perder en casa de Cris volvió a arremeter contra mi estómago.

—No puedo hacerlo, no lo haré —murmuré entre gemidos.

—Oh, Audrey —gimió Cris y me llevó hasta sus brazos.

Me refugié en ella mientras me mecía adelante y atrás diciéndome—: Todo está bien, estoy aquí.

—No —farfullé—. No puedo, Cris.

—¡Shss! Tranquila, Audrey. No pasa nada. —Me siguió meciendo hasta que pude dejar de llorar.

—Quiero entrar a mi casa.

—¿Segura?

—Sí.

—Bien, lo haremos.

Ella miró por encima de mi hombro y asintió.

La puerta de mi lado se abrió y vi a Connor de pie, esperándome. Me aparté de Cris y me deslicé hacia afuera. Mi hermano sostuvo mi mano y me ayudó a bajar. Cuando estuve sobre mis pies, me tambaleé a un lado y él me tomó por la cintura.

—Te tengo —dijo en voz baja.

Rodeamos mi auto y caminamos de espacio hacia el pórtico de mi casa, Cris se adelantó para abrir la puerta. Fue entonces cuando sentí su mirada penetrante y su inequívoca presencia. Estaba cerca, me veía.

Temblé involuntariamente y mis rodillas flaquearon.

Connor me alzó en vilo y me puso en sus brazos. Hundí mi cara en su cuello y me aferré con dos puños a su camiseta, casi rompiéndola.

—No tengas miedo, princesa. Nadie te lastimará —prometió mi hermano con voz segura.

Un dolor agudo penetró mis entrañas, las hizo trizas, y mi corazón latió a un ritmo desahogado. Quería verlo, lo necesitaba como un sediento anhela beber agua. Pero temía hacerlo, le seguía temiendo a Noah.

—¡No! —gritó Cris desde el pórtico.

Me aferré más a Connor. Sabía lo que significaba la advertencia de Cris, Noah quería acercarse.

*¡Dios! Dame fuerza y valor,* rogué en silencio.

—¿Está bien? ¿Qué tiene? —preguntó él desde algún punto detrás de nosotros.

¡Su voz! ¡Esa era su voz!

Mi pecho vibró y mis poros se electrizaron. Sentí añoranza y temor a la vez.

—Bájame. —Le ordené a Connor. Él se detuvo y me puso con cuidado en el suelo. Mis piernas se estremecieron un poco, pero pude mantenerme erguida, aunque usando sus hombros de soporte. Él estaba delante de mí, obstaculizando mi visión hacia Noah.

Cerré los ojos e inhalé y exhalé antes de dar un paso atrás, aún con los párpados caídos, y comprobé si podía mantenerme en pie por sí sola. Todas mis extremidades temblaban, igualmente mi interior, pero mi determinación era mayor que cualquier cosa. Él estaba ahí, solo debía abrir los ojos y enfrentarlo. Podía hacerlo, era una sobreviviente.

Lentamente, separé los párpados y la luz entró a raudales en mis ojos, nublando mi vista. Cuando finalmente pude ver con normalidad, noté que Connor seguía delante de mí como un muro protector. Humedecí mis labios resecaos con la punta de mi lengua y asentí hacia mi hermano. Él esbozó una sonrisa triste y dio dos pasos a la derecha. Entonces vi a Noah a diez metros de mí, sus ojos se encontraban abiertos y sus labios formaban una línea recta. Asombro y expectativa se dibujaron en sus facciones. No se movió ni parecía que estuviera respirando. Yo no lo estaba haciendo.

Un vacío extraño se desplegó en mi interior. No era capaz de sentir, era como si mi alma se hubiera ido y mi cuerpo se convirtiera en un cascarón roto, inhabitado. Pero luego todas las emociones regresaron como una avalancha, cayeron sobre mí con la intención de sepultarme, de acabar conmigo.

—¡No! ¡No, no, no! —grité, entrando en pánico. Mis piernas se doblaron,

llevándome a caer al suelo de rodillas. Tomé un puñado de arena entre mis manos y me aferré a la tierra con ahínco. Estaba luchando por dominar mis emociones, por apartar el miedo y sacar a flote el amor que seguía sintiendo por él.

—¡Audrey! —exclamó Noah con un aullido de horror.

Alcé la mirada y lo vi emprendiendo una férrea carrera hacia mí, con una expresión de terror alzándose en sus ojos. Liberé mis manos e intenté levantarme. Sentía una inmensa necesidad de correr en su dirección, de llegar a él lo antes posible. Pero antes de que fuera capaz de ponerme en pie, o de que él llegara a mí, un fuerte rugido se desprendió desde la izquierda y vi un borrón negro que pasó frente a mí, arremetiendo contra Noah, lanzando su cuerpo por el aire hasta que cayó a muchos metros de distancia.

—¡Noaaaaah! —grité su nombre con agonía mientras mis ojos se anegaban de lágrimas y mi pecho ardía en carne viva. ¡No podía soportar tanto dolor! Era más fuerte y desolador que el que sentí cuando mi vida se apagaba. ¡No quería perderlo! Lo amaba, lo amaba más que a mi propia existencia.

Me levanté del suelo y corrí hacia él. Yacía laxo a un costado de la calle. Una de sus piernas estaba rota en dos partes, con los huesos expuestos, y sus brazos estaban extendidos en distintas direcciones. Me moví al otro lado, hacia donde miraba su rostro, y ahogué un grito cuando la vi su cara cubierta de sangre. Sus ojos estaban cerrados y sus labios separados, destilando una respiración agónica.

—Noah. Noah, soy yo, Audrey. ¿Me escuchas? —Toqué con cuidado su mandíbula.

—¡Oh Dios mío! —gritó Cris cuando estuvo a mi lado. Junto a su voz, escuché un chillido de neumáticos contra el asfalto y luego vi el auto de Connor salir disparado en la misma dirección que se fue el que atropelló a Noah.

—¡Papá! ¡Oh, no! ¡No! ¡No! —exclamó Alice con un grito ensordecedor.

—Llévatela, Cris. Y llama a urgencias —demandé con una determinación que no supe de dónde surgió.

—Ven, pequeña. —Vi que se alejaron y luego volví mi atención a Noah.

—Te perdono. ¿Me estás escuchando? Te perdono y te amo. No me dejes, no nos dejes, por favor —rogué entre murmulos y llanto.

Él respiraba forzosamente y sus pestañas revoloteaban. Intentaba abrir los ojos.

—Estoy aquí, mi amor. Estoy para ti.

—Audrey —pronunció débilmente, con dolor.

—Sí, aquí estoy.

—Cuídala.

—No, no te despidas, Noah.

—Te... amo —declaró con un último aliento.

—¡No me hagas esto! No puedes, Noah. No puedes dejarme. —Le rogué y comencé a practicarle RCP incansablemente cuando vi que la vida se iba de él, no cesé hasta que alguien me alejó de su lado, era un paramédico. Con toda la angustia que sentía, no había escuchado la sirena de la ambulancia. Pronto, Noah estuvo en una camilla y lo metían dentro de la ambulancia. Quería ir con él, pero no podía. No había espacio para mí.

*No te mueras, Noah.*

Minutos después, Cris conducía mi camioneta hacia el hospital más cercano a West, ubicado en Waco. Ali iba a mi lado, lloraba encogida en una esquina, con las piernas envueltas entre sus brazos y su cabeza hundida en sus rodillas. Sabía que debía consolarla de alguna forma, pero no podía. Me sentía entumecida, en el limbo. Estaba ahí, pero me hallaba lejos. Yo también lloraba en silencio a la vez que rogaba por Noah, le pedí a Dios una segunda oportunidad, imploré en mi interior que llegara vivo al hospital, que el tiempo y la distancia no jugaran en su contra, porque un minuto podía hacer la diferencia.

Cris se mantuvo detrás de la ambulancia lo más que pudo, ella no conducía muy rápido y la perdimos de vista minutos después; no la vimos más hasta llegar al hospital, estacionada al lado de la entrada, y Noah ya no se encontraba dentro. Me bajé de la camioneta, corrí en dirección a urgencias y entré gritando el nombre de Noah. Una enfermera me interceptó y me dijo que lo estaban operando, que sus signos vitales eran bajos, pero que seguía vivo. Me reí como demente y repetí la frase «está vivo» en voz alta mientras gritaba y daba saltos. Fue un momento tan abrumador que perdí la conciencia y, cuando desperté, me encontraba tendida en una cama.

—Noah —pronuncié con nerviosismo y me levanté sobresaltada de la camilla, junto con abrir mis ojos.



—Está en observación, salió bien de la operación, pero sigue sedado. Tuvo una fuerte contusión en la cabeza y están esperando que se desinflame antes de intentar despertarlo —respondió Ali desde una silla a mi lado.

Parpadeé un poco confundida y luego asentí. La calma se instaló en mi pecho, Noah estaba vivo.

—¿Te sientes bien? —Me preguntó con cautela. Parecía nerviosa.

—Sí. ¿Y tú?

—Ahora lo estoy. —Su gesto se suavizó y se dejó caer contra el respaldo de la silla. Ali había pasado por tanto... Su madre murió, Spencer fue asesinada, estuvo secuestrada en manos de dos dementes y por poco pierde a su padre. Y, aun así, se veía calmada. Era toda una luchadora.

—¿Y Cris?

Ali se separó de la silla y sus ojos se llenaron de tensión.

—Está con Connor en otra habitación. Él resultó levemente herido cuando chocó su auto con el de Aarón. —Su labio inferior tembló al contestar y vi el temor construirse en su mirada.

—¿¡Aarón!?! —grité, sintiendo los nervios apoderándose de mi corazón—. ¿Fue Aarón el que atacó a Noah?

Ali asintió retraída y luego añadió—: Está aquí, también sufrió lesiones, pero no tan graves. Cris me dijo que se lo llevarán a la prisión esta misma noche. Ojalá se hubiera muerto —masculló con rencor.

—Oh, Ali, siento tanto no haber estado para ti. ¿Estás bien? Digo, ¿en serio bien? Sé que no debe ser fácil para ti todo esto. ¡Dios! No es fácil para mí. Es que mírame, yo estoy aquí y tú ahí. Soy tan débil... —Me cubrí el rostro y comencé a llorar como estúpida. ¿Qué mierda pasaba conmigo?

—No, no lo eres. Te vi, te vi con mi padre en la calle. Lo mantuviste vivo, Audrey. Los médicos dijeron que, de no ser por tu RCP, él... él no lo habría logrado. —Se había levantado de la silla y estaba a mi lado. Sus ojos se tornaron brillosos por las lágrimas, pero las mantuvo a raya.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. —Sonrió y tomó mi mano—. Gracias, Audrey. Muchas gracias.

—Oh, pequeña. —La atraje hacia mí y le di un abrazo. Ella me envolvió con los suyos y lloramos como magdalenas.

Cuatro días pasaron desde el accidente, no me había alejado del hospital ni un segundo, no quería, no lo hice incluso cuando un policía me pidió que fuera a declarar en la comisaría; ya lo haría después, Aarón tenía cargos más graves que intento de asesinato, no saldría de prisión por muchos años. Noah se encontraba estable, pero seguía en coma inducido y era mantenido en la Unidad de Cuidados Intensivos y no me dejaban verlo. La angustia me estaba matando. La última vez que lo vi, estaba sangrando, herido, con las extremidades fracturadas, y no podía sacar de mi mente esa terrible imagen. Sentía un dolor constante en mi pecho, una incertidumbre tan abrumadora que por momentos creía que iba a perder la cabeza. Quería cruzar la maldita puerta que me separaba de Noah para verlo y borrar de mi mente la imagen de él tirado en el suelo, moribundo, y todo por culpa del demente de Aarón, que no conforme con todo el daño que causó, siguió con su absurda venganza y trató de asesinar a Noah. No fue fácil para mí creer en su culpabilidad, mi mente no era capaz de comprenderlo, él nunca fue alguien agresivo conmigo, aunque sí muy celoso, y eso detonó su demencia; verse reemplazado, engañado, sacó lo peor de él, un ser cruel, vengativo, malvado..., un hombre que un día amé, pero que ahora aborrecía. Por él, mi padre estaba muerto; por él, el hombre que amaba tuvo que tomar una decisión terrible que nos destruyó a los dos; por su culpa, Alice presencié la muerte de Spencer y corría el riesgo de perder también a su padre. Tanto tiempo sintiéndome culpable, pensando en mantenerlo a salvo, y resultó que era yo quien debía cuidarme, que amar a Noah me puso en peligro, nos puso en peligro a todos. Aarón tenía que pagar por lo que hizo, me aseguraría de que todo el peso de la ley cayera sobre él, que sus crímenes no quedaran impunes, ni uno solo.

Mis ojos se anegaron de lágrimas y la rabia, la impotencia y la amargura que sentía cada vez que pensaba en lo que sucedió se transformaron en un dolor punzante entre mi tórax y estómago, pero trataba de no exteriorizar mis emociones, de conservarlas para mí y demostrar delante de Alice una valentía de la que carecía. Ella estaba sentada a mi lado, no quería abandonar el hospital, aunque lo había hecho en las noches, cuando no le era permitida la estancia en la sala de espera por ser menor de edad. Cris dormía con ella en casa de Noah y Connor se quedaba conmigo. Intenté convencerlo de que estaría bien sola, pero mi hermano era igual de testarudo que yo y se quedó conmigo. Por suerte, sus lesiones eran leves, no necesitó hospitalización, solo

algunas curas. Fue muy riesgoso lo que hizo, pudo salir más lastimado o morir, en el peor de los casos, pero fue muy valiente al seguir a Aarón y evitar que huyera como el maldito cobarde que era.

—Familiares de Noah Cohen —dijo la doctora Lorentz, la especialista que llevaba el caso de Noah. Alice y yo abandonamos los asientos y nos acercamos a ella rápidamente. Connor y Cris se aproximaron segundos después y se pararon uno a cada lado de nosotras; mi hermano junto a Alice y mi amiga junto a mí—. La condición de Noah ha mejorado significativamente en las últimas horas y decidimos trasladarlo a una habitación, seguirá en coma inducido, ya que la inflamación no ha cedido por completo, pero podrá recibir visitas y tener un acompañante en las noches.

—Gracias a Dios —murmuró Alice con la voz entrecortada.

Mi piel se crispó y una mezcla de alegría y miedo recorrió mis venas. No sabía lo que iba a sentir cuando lo viera, me aterraba experimentar terror o pánico una vez que estuviera delante de él. Lo amaba, le había dicho en aquel momento, cuando lo vi al borde de la muerte, que lo perdonaba, pero sabía que mi corazón aún no sanaba, que apenas la noche anterior, antes de volver a West, me desperté sobresaltada a causa de la pesadilla recurrente de él poniendo sus manos en mi cuello, arrebatándome la vida.

—Audrey... —dijo Cris en tono demandante.

—¿Ah? —pregunté desorientada. Me había perdido en mi mente una vez más, sucedió un par de veces en los últimos días y Cris me había manifestado su preocupación, decía que debía descansar en una cama al menos una noche y no permanecer en una silla incómoda de un hospital.

—La doctora dijo que podemos esperar a Noah en la habitación. ¿Quieres estar ahí cuando lo lleven? —Me preguntó en voz baja. La doctora se había marchado para ese momento.

Miré a un lado y noté que Alice se había apartado un poco de nosotros y conversaba con Connor, sonreía mientras lo hacía. Estaba feliz de poder ver finalmente a su padre, mientras yo seguía confundida. Quería verlo, estuve esperando que sucediera los últimos cuatro días, y ahora que era un hecho, solo sentía incertidumbre.

—Tengo que estar ahí —respondí entre susurros, aún con mi atención puesta en la hija de Noah.

—No si no te sientes preparada, Drey. Nadie te va a juzgar si no puedes

hacerlo, todos aquí te apoyamos, incluso Alice lo hace. He hablado con ella y sabe lo difícil que ha sido para ti superar lo que pasó. Ella es más fuerte de lo que piensas.

—Lo es —asentí dos veces y luego miré a mi amiga—, tengo que hacerlo por ella, por Noah y también por mí. —Caminé hacia Alice y tomé su mano—. ¿Lista para ver a tu padre?

—Sí —sonrió y les dio un leve apretón a nuestros dedos entrelazados. Nos habíamos unido desde el accidente. Ella era una chica dulce y cariñosa, fácil de querer.

Una enfermera de cabello avellana se acercó a nosotras minutos después y nos guio hasta la habitación a la que trasladarían a Noah. Alice y yo la seguimos, Connor y Cris se quedaron en la sala de espera, porque no permitían a más de una persona en la habitación fuera del horario de visitas; hicieron una excepción con nosotras por la condición de Noah. La habitación quedaba en el segundo piso, era pequeña, solo había una cama, un sillón, un televisor y una mesita de noche. Alice se paró junto a la cama y yo permanecí a un lado de la puerta.

—Deben traerlo en cualquier momento —anunció la enfermera antes de abandonar la habitación. Ali y yo nos miramos en silencio, guardando nuestras emociones y temores; porque, aunque no lo dijera, sabía que tenía miedo, al igual que yo.

—Han demorado mucho —murmuró Ali, mordiéndose la uña del dedo pulgar. Siempre hacía eso cuando estaba ansiosa, a veces se mordisqueaba el labio inferior o tomaba un mechón de su cabello y lo envolvía y des envolvía una y otra vez. La estuve observando los últimos días y cada vez veía más gestos de Noah en ella. Me sorprendía cuando descubría nuevas similitudes con su padre.

—Tranquila, cariño, deben estar por traerlo —pronuncié con voz dulce y calmada, aun cuando no sentía calma alguna, al contrario, me encontraba al borde de un colapso nervioso. Mi mayor temor era no poder acercarme a Noah, sentir pánico al verlo y huir.

En ese momento, la puerta se abrió y empujaron hacia dentro la camilla en la que traían a Noah. Su rostro estaba muy golpeado, tenía muchos moretones, su pierna izquierda estaba enyesada por completo y unas piezas de metal sobresalían del yeso; estaba conectado a un respirador portátil y a un

monitor cardíaco que registraba sus signos vitales. Mis ojos se llenaron de lágrimas y no las pude contener, tampoco pude hacer nada con el sollozo que se escapó de mi boca. Noah se veía terrible.

—Papá —gimió Ali, acercándose a la camilla y tomando una de las manos de su padre.

Yo no pude moverme de mi lugar, estaba totalmente conmocionada.

—Espera un momento, cariño, debemos pasarlo a la cama —pidió una de las dos enfermeras que entraron junto con el camillero, la de cabello rubio.

Ali soltó la mano de Noah y dio varios pasos atrás. Su rostro estaba empapado de lágrimas, al igual que el mío.

La otra enfermera, una morena y delgada, ubicó los aparatos que venían junto a Noah en los soportes que se encontraban a la izquierda, y la rubia y el camillero se encargaron de trasladar a Noah de la camilla a la cama, utilizando las esquinas de la sábana para pasarlo. Una vez que estuvo en la cama, la enfermera morena colgó la solución intravenosa en el soporte mientras la otra metía la sábana debajo del colchón.

—No pueden moverlo ni tocar los aparatos, no le coloquen almohadas ni lo cubran con sábanas. Vendré cada media hora a monitorear sus signos, si los aparatos cambian de sonido, vayan por ayuda al final del pasillo. La niña puede quedarse media hora en la habitación, luego debe salir —acordó la enfermera rubia, en un tono que no aceptaba réplicas, y abandonó la habitación junto a su compañera. El camillero se había ido después de pasar a Noah a la cama.

Yo seguía al lado de la puerta, incapaz de dar un paso al frente. Me dolía el pecho y el estómago, me costaba respirar. Mi instinto gritaba huye, pero mi corazón quería estar ahí. Deseaba acercarme a Noah y tomar su mano, como hacía Ali.

—Hola, papá, soy Alice. Tengo tanto miedo... —dijo entre sollozos mientras besaba la mano de su padre—. Pero tú no vas a dejarme, ¿verdad? Te vas a recuperar y volveremos a casa. —Lloraba mientras hablaba con él y acariciaba su mano con sus dedos en un gesto cariñoso—. Te prometo que, si lo haces, haré todos mis deberes e iré a la escuela sin discutir. No insistiré más con irnos de West y asearé la casa todos los días.

Mis ojos se cristalizaron y me uní al llanto de Alice. Fue un momento emotivo y, en mi caso, lleno de emociones adversas. Sentía alegría por verlo

vivo, aunque aún un estado delicado, pero también estaba enojada por no ser capaz de acercarme a él y tocarlo como había querido desde que lo apartaron de mí en la calle. No comprendía por qué mis piernas no me obedecían, por qué permanecía a metros de él cuando quería estar a su lado. Si lo hice cuando lo arrollaron ¿qué me impedía hacerlo ahora?

—Te amo mucho, papá. Debí decírtelo antes, debí decirlo muchas veces, pero tenía miedo, sigo tan asustada... A todos los que un día amé, hoy ya no están. Mamá, Spencer, la abuela... —*¡Dios! ¿Su abuela murió? No lo sabía*—. Y si te pierdo a ti, yo... No quiero que me dejes, papá. Por favor, no me dejes sola. —Con esa última frase, se desplomó sobre el pecho de Noah y lloró como jamás había visto en mi vida. Ali estaba sufriendo y no había nadie más que yo ahí para apoyarla. Empujé el miedo a algún lugar escondido en mi ser y me acerqué a ella. Puse mis manos en sus hombros y los suavicé con mimo.

—Él estará bien, preciosa. Noah no te va a dejar. Tu padre te ama con toda su vida, Alice, y sé que está luchando por seguir aquí, contigo.

—También te ama a ti. Lo que hizo... —Negó con la cabeza y cerró los ojos—. No sabía lo que lo estaban obligando a hacer, él no me lo dijo, lo escuché cuando hablaba con Cristal, y lo siento tanto, Audrey...

—No, cariño, no te disculpes. Yo te habría elegido a ti también en su lugar.

—Pero si no hubiera estado tan nerviosa, si no hubiera gritado como lo hice...

—No es tu culpa, Alice. El único responsable de todo esto es Aarón y va a pagar por lo que nos hizo, te lo prometo. —Ali asintió y se secó las lágrimas con su mano libre, la otra la mantenía sujeta a la de su padre.

Las dos permanecemos junto a Noah hasta que la enfermera volvió y dijo que Ali debía salir de la habitación. Ella no quería apartarse de su padre y le pidió que la dejara quedarse con él, pero no hubo ruego que convenciera a la enfermera. Ali podría volver a la hora de visita, que sería en un par de horas. Nos despedimos con un abrazo y poco después se fue junto a la enfermera, dejándome sola con Noah. Me acerqué a la cama y lo miré con detenimiento, sintiendo mi corazón doler más y más con cada segundo que pasaba. La poca piel de su rostro que no estaba llena de moretones se veía pálida y sus labios se encontraban resacos y agrietados. Delante de mí, yacía un hombre de

apariencia débil, pero de espíritu fuerte, luchador, y sabía que no se iba a rendir, que saldría adelante y volvería a ponerse en pie. No tenía ninguna duda de que podría.

Respiré profundo y cerré los ojos. Quería tocarlo, hablarle, y para hacerlo, necesitaba armarme de valor. Me dolía que fuera así, pero no podía ignorar lo que había pasado, seguía latente en mis recuerdos, me atormentaba en mis noches solitarias, y tenía que ir un paso a la vez si quería volver a estar a su lado sin temor ni dudas. Lentamente, abrí los ojos y acerqué mi mano sobre la suya. Estaba temblando de pies a cabeza, mi piel se llenó de erizos y mi corazón latía a una frecuencia irregular a medida que cerraba el espacio que separaba nuestras pieles.

—Noah... —pronuncié con desaliento cuando sentí su mano fría y frágil, parecía que tocaba a un cadáver y no a una persona con vida. Lloré, llena de angustia y temor. ¿Y si él se había ido? ¿Y si nos mintieron y solo lo mantenían vivo con el respirador? El dolor en mi pecho se hizo más agudo y le declaré, con el corazón en la mano, lo que sentía por él, a pesar del horror que vivimos meses atrás.

—Te amo, Noah. Te amo, aunque un día dije odiarte. Te amo tanto que preferiría morir antes que perderte. ¿Me escuchas? Estoy aquí, regresé, y tú también debes hacerlo. Vive, Noah, vive por Ali, vive por ti, pero también vive por mí, mi amor. Regresa a mí, por favor. Por favor, no te vayas. — Acerqué mi rostro al suyo y besé su frente. Mantuve mis labios sobre su sien varios minutos y le di un y mil besos, a la vez que me aferraba a su mano.

\*\*\*

Pasaron quince días desde el accidente y Noah aún permanecía en coma, pero le habían quitado el ventilador artificial y respiraba por sí solo. Los moretones estaban casi desaparecidos y su piel había recuperado casi por completo su tonalidad normal. En los últimos electroencefalogramas que le habían practicado, detectaron actividad cerebral, pero nada era seguro hasta que lo despertaran y lo examinaran. La doctora Lorentz decidió esperar un tiempo prudencial para intentar despertarlo y, finalmente, había llegado el tan esperado día. No veía la hora de saber si Noah estaba bien o si el accidente había causado un daño mayor en su cerebro. Yo había dormido a su lado cada noche. Al inicio, en el sillón, me daba miedo lastimarlo, pero luego que le

quitaron la ventilación, me recostaba a su lado y dormía junto a él como lo hice tantas veces en el pasado. No voy a mentir, la primera noche que me acosté a su lado el miedo heló mis venas, pero respiré profundo y me dije que él jamás me volvería a lastimar, que lo que hizo fue a causa de la amenaza de Aarón. Me concentraba en las veces que me hizo el amor, en todos los momentos dulces que compartimos juntos, en sus caricias, en sus besos, y solo así pude quedarme a su lado.

Ali y yo nos encontrábamos en el pasillo con las manos entrelazadas mientras la doctora realizaba el procedimiento que sacaría a Noah del coma inducido. Estaba tan nerviosa que no paraba de temblar y Ali no hacía más que darme ánimos, repetía las mismas palabras que yo siempre le decía, que él estaría bien, que era fuerte y obstinado y que saldría adelante. Me hizo sonreír y hasta aplacó un poco mis nervios.

No sé cuánto tiempo pasó desde que la doctora ingresó a la habitación y me pidió que saliera mientras despertaba a Noah, pero me resultó eterno. Por eso, cuando la vi salir de la habitación, solté la mano de Ali y me apresuré a su encuentro.

—Noah está consciente, no presenta ningún signo de daño cerebral y pregunta por ti y por Alice —dijo con una sonrisa amplia.

Me abalancé hacia ella y la abracé con emoción. ¡Noah estaba bien! La doctora me regresó el abrazo y, cuando nos apartamos, dijo que podíamos pasar a ver a Noah, pero una a la vez.

—Tú primero —pronunciamos Ali y yo a coro.

Ambas nos reímos.

—Ve tú, preciosa. Yo entraré después de ti. —Ali sonrió y se fue por el pasillo hacia la habitación. Estuvo con Noah veinte minutos y luego volvió con una sonrisa más grande de la que tenía cuando se marchó.

—Él está bien —dijo con alegría y me dio un abrazo efusivo. Estaba tan emocionada, tan feliz, que me transmitió su energía—. Ahora ve tú. Papá está tan loco por verte...

—Sí —sonreí con nerviosismo y me dirigí a la habitación.

Un constante aleteo se instaló en mi estómago y en mi pecho a medida que me acercaba a la puerta. Sería la primera vez, en casi cuatro meses, que hablaría con Noah. Lo de antes fue distinto, él estaba herido, con los ojos cerrados y murmurando una despedida. Ahora vería sus ojos, escucharía su



voz normal, y no apagada y sin aliento como aquella tarde.

—Respira, Audrey. No entres en pánico —recité delante de la puerta. Tenía que ser fuerte por los dos. No podía flaquear.

Tomé un último respiro, empujé la puerta hacia dentro y entré a la habitación. Noah estaba recostado en la cama, sonreía con emoción y me miraba como si fuera un ángel. Mi pecho se infló con una respiración forzada y sentí mi corazón golpear mi tórax a un ritmo alarmante, casi mortal. Iba a desmayarme... o estaba cerca de hacerlo.

—Hola, Audrey —emitió con voz fuerte y clara, sin agonía, sano.

—Hola —expresé sin aliento y me mantuve inmóvil en mi lugar. Sentía las mismas ganas de dar la vuelta y correr, que de lanzarme a él y besarlo. Mi mente estaba dividida entre el amor y el horror que pasé en aquel sótano.

—¿Puedes venir aquí? —preguntó con cautela y temor. Su sonrisa se había disipado y su mirada se había llenado de duda e inquietud.

Me mordí el interior de la mejilla y asentí, pero no me moví, seguía anclada al suelo.

—Está bien, lo entiendo. —Exhaló lentamente y apartó la mirada. Mi rechazo lo estaba hiriendo—. Lo que hice, lo que te hice, no tiene perdón. Pero tienes que saberlo, Audrey, no iba a dejarte morir. Tenía un plan, sabía que primero perderías la conciencia y entonces yo...

—¿Recuerdas lo que te dije cuando estabas en el pavimento? —Lo interrumpí—. ¿Me escuchaste? —Noah alzó su rostro y sus cautivantes retinas celestes se fundieron con las mías.

—Sí, pero no sé si lo soñé. —Había fuego en su mirada, lo vi refulgir en sus pupilas. Él era una flama ardiente, olía a peligro, pero lo amaba más de lo que le temía. Mucho más.

—Fue real. —Avancé hacia él y tomé su mano, se sintió cálida, familiar, y besé uno a uno sus nudillos, cerrando los ojos. Su mano tembló y escuché un gemido brotar de su garganta. Cuando abrí los párpados, vi un juego de lágrimas mojando la piel dorada de su rostro.

Yo también lloré.

Nos miramos el uno al otro, pugnando cada uno en contra de la oscuridad que yacía en nuestras almas, hasta que sentí que algo en mí se completaba, que mi corazón se unía, fragmento a fragmento, y fue cuando repetí con voz trémula lo que dije en aquella calle, cuando creí que lo perdía, que me dejaba

—: Te perdono y te amo, Noah. ¿Me perdonas tú?

—No hay nada que deba perdonarte, mi amor. Nada —dijo conmovido.

—Sí, por una cosa —repliqué nerviosa—, por devolverte el anillo.

Su manzana de Adán se movió de arriba abajo y su mirada se llenó de brillo, de emoción.

—¿Lo quieres de vuelta?

—Sí, lo quiero. —Noah sonrió y luego me hizo otra pregunta.

—¿Puedo besarte?

—No si yo te beso primero. —Acerqué mis labios a los suyos y lo besé con cuidado. No quería lastimarlo.

—Sé que puedes hacerlo mejor, *chica traviesa* —bromeó contra mis labios.

—No hoy.

—Yo digo que sí. —Tomó mi boca por asalto y me besó con pasión y anhelo, con deseo y amor... Y yo me derretí en sus brazos. No había nada más en mi mente ni en mi corazón que felicidad. No dolor, no temor... felicidad. Una que solo podía sentir en los brazos del hombre que amaba, Noah Cohen.

# Epílogo

3 Años después

**Noah**

Abrí los ojos cuando sentí a Audrey abandonando nuestra cama. Pocas veces se despertaba antes que yo, pero ese era un día especial. Mi hija se graduaría de la escuela secundaria y ellas tenían que pasar por todo un ritual femenino del que yo no participaría. Ellas se entendían bien, yo no hacía falta.

Me apoyé en el codo y admiré a mi esposa mientras abría con sigilo uno de los cajones del buró. No quería despertarme, sin saber que ya lo estaba. Era imposible no sentir cuando ella se levantaba, dormíamos pegados uno al otro. Amaba la forma en la que nuestros cuerpos se acoplaban y cómo nuestras respiraciones se acompasaban hasta quedarnos dormidos. Solo con Audrey dormía en paz, no lo lograba sin ella. Hubo un tiempo en el que me despertaba sobresaltado, sudoroso y gritando, atormentado por la culpa. Sucedió por varios meses, después de que Audrey se fuera de la ciudad huyendo de mí por lo que le hice. Pero ella regresó, volvió a mí y me devolvió a la vida. Me perdonó lo imperdonable, lo hizo porque me amaba y nunca más me reprochó por ello. Tratábamos de no hablar de ese día, de lo que pasó, lo prometimos una vez que Aarón fue condenado a cadena perpetua por sus crímenes, al igual que su primo Andrew. La prisión era poco castigo para ellos, pero al menos no le harían daño a nadie más.

—Deja de mirar y ve a preparar el desayuno —dijo con un tono divertido.

—¿Eres bruja o qué? —rechisté, chasqueando la lengua.

—¡Ajá! —Me miró por encima de su hombro y arqueó las cejas—. Estoy hablando en serio, Noah. Desayuno. Ahora.

—¿Mi desayuno? —Me levanté del colchón y llegué a su encuentro. Puse un beso en su cuello y deslicé mis manos por su abdomen plano, haciendo mi camino hacia su punto débil.

—No, el desayuno para todos, listillo. —Intentó zafarse, pero no estaba ni cerca de huir. Tenía un asunto muy importante por resolver con ella, solo con ella, siempre con ella—. Noah, por favor. Tengo que... ¡Uh! Eres un... ¡Oh, Dios!

—¿Un qué? —pregunté entre tanto deslizaba mi pulgar por su clítoris. Mi esposa nunca decepcionaba. Era tan receptiva, siempre estaba lista para mí. Yo era su fuego, ella mi combustible; al contacto, ardíamos de forma instantánea. Éramos volátiles.

Audrey clavó sus uñas en mis antebrazos y cabalgó mis dedos, sin reprocharme nada más. Se había rendido al placer, siempre lo hacía. La giré sobre sus pies y la llevé hasta el borde de la cama para hacerlo mejor para ella. Mil veces mejor. De un tirón, rasgué sus bragas de encaje —lo único que llevaba puesto de la cintura para abajo— y separé sus piernas. Su entrada brillaba por la humedad y sus labios estaban hinchados, hambrientos de mí. Me arrodillé en el suelo y me bebí su esencia con ansiedad, desatando su frenesí. Sus gemidos sonaban amortiguados, contenidos, tenía que ser así o Ali nos escucharía.

Mi pene se tensó hasta doler. Quería introducirme en su piel, sentir el roce de nuestras carnes, amarla, amarla intensa y apasionadamente, como cada vez que nos entregábamos el uno al otro. Pero primero estaba ella, su placer, que se convertía también en el mío. Hacerla feliz era mi único propósito, no solo en la cama, porque el placer jamás se equipara con el amor, sino en todos los aspectos de la vida. Audrey lo merecía, valía cada gramo de mi esfuerzo, y mi recompensa era su sonrisa.

—Te amo, muñeca —declaré besando su vientre, escalando mi camino hacia su boca. Su respiración era errática, salvaje, y su cuerpo estaba derretido contra el colchón. Se veía preciosa, su cabello rubio estaba regado sobre las sábanas y sus hermosos ojos me miraban con fascinación.

—¿Cuánto? —preguntó con una sonrisa juguetona mientras envolvía mis caderas con sus largas piernas.

—Sin medida.

Audrey llevó sus manos a mi cuello y unió nuestros labios en un beso febril y demandante. Nuestra pasión cobró fuerza y nos fundimos el uno en el otro, sintiendo nuestro amor más allá de la piel. Podía sentirla incluso sin tocarla. Ella era mi energía, el motor que ponía en marcha mi vida. Sin ella,

no funcionaba, me apagaba como una estrella en extinción.

—¡Estoy despierta y los escucho teniendo sexo! —gritó Ali desde el pasillo.

—¡Oh mi Dios! ¿Viste lo que hiciste? —Me acusó Audrey mientras me empujaba hacia atrás, pero mantuve firme en mi posición. Estaba jodidamente cerca.

—Espera, nena. Déjame...

—¡Noah! —Me reprendió. Pero su exclamación sonó más a otra cosa que a un regaño y mi miembro lo apreció.

—¡Por Dios! —gritó Ali y se alejó dando pisotones en el piso.

—¡Se suponía que estaría con ella! Soy una pésima madrastra —resopló disgustada y me volvió a empujar.

Me hice a un lado.

Audrey se levantó de la cama y se fue corriendo al baño, semidesnuda. Mi cerebro comprendía que debía irse, pero mi miembro no, así que mantuve mi erección hasta que ella salió envuelta en una toalla y tomé mi turno en la ducha.

\*\*\*

—Lo siento —dijo Audrey, abrazándome por la espalda. Preparaba el desayuno para los tres cuando se acercó. Estuvo una hora encerrada en la habitación de Ali haciendo su magia en ella.

—No fue nada.

—No fuiste solo tú, Noah. Yo también quería.

—Lo sé. —Me reí entre dientes.

—¡Qué engreído!

—Admítelo, muñeca, siempre quieres. —La miré por encima del hombro con una ceja elevada.

Audrey sonrió de lado y negó con la cabeza.

—Eres incorregible, Noah Cohen. —Me dio un azote en el trasero y luego se alejó. Tenía que vestirse.

—¿No es por eso que me amas? —Su risa se escuchó desde la cima de la escalera. ¡Dios! ¡Cómo amaba su risa!

\*\*\*

La graduación fue muy emotiva. Ver a mi hija desde el escenario, sonriendo, con su toga y birrete mientras alzaba su diploma hacia nosotros, fue muy emocionante. Ali se veía feliz, Audrey igual, y yo no podía sentirme más orgulloso de mi hija. Obtuvo una beca universitaria y estudiaría leyes. Mi historia la inspiró, decía que todos merecían un proceso justo y que encontraría la forma de cambiar las cosas. Ali era una hija grandiosa, nunca me dio ningún problema, no iba a fiestas ni salía con nadie, no que yo supiera. No estaba interesada –sus palabras, no mías–. No sabía muy bien por qué. Según Audrey, Ali tenía el corazón roto y no había superado a ese chico, pero todo era una suposición, mi hija nunca admitió nada. Pocas veces hablaba de su pasado o de su vieja escuela y ni Audrey ni yo la presionábamos. Si quería decirnos, lo haría cuando se sintiera lista.

En la noche, nos reunimos en el patio de la casa para celebrar la graduación de Ali. Asistieron gran parte de los empleados de Gunnar's, el hermano de Audrey y algunos amigos de Ali, entre chicos y chicas. Más tarde, ella y sus amigos irían a otra fiesta, una exclusiva para ellos. Y aunque no me gustaba mucho la idea, tenía que acostumbrarme. Pronto Ali se iría a la universidad y estaría por su cuenta.

—Desearía que él estuviera aquí —dijo Audrey entre mis brazos. Miraba hacia el patio con añoranza y tristeza.

—Lo sé. —Puse un beso en su mejilla y la abracé más fuerte. Vivir bajo el mismo techo que compartió tantos años con su padre a veces era duro, pero ella lo quiso así y yo hacía todo lo que la hiciera feliz.

—Habría sido un abuelo estupendo —añadió.

Fruncí el ceño. Ese no era un comentario al azar, ahí había algo que se me estaba escapando.

—¿Audrey?

—¡Ay, no! ¿Dije eso en voz alta? No se suponía que lo hiciera así. Tenía planeado algo más bonito, con botines, una cajita y una...

—¿Me estás diciendo que lo logramos? —Ella se giró hacia mí y sonrió, y esa fue toda la respuesta que necesité.

La alcé en mis brazos y nos hice girar mientras reíamos emocionados. Habíamos intentado tener un bebé los últimos dos años y no sucedía. Cada vez que su período aparecía, Audrey lloraba y a mí se me rompía el corazón. Pero ahora lo teníamos, nuestro hijo crecía en su vientre, y yo no podía ser

más feliz.

**FIN**

## **Agradecimientos**

Cada historia es un nuevo reto, conlleva muchas horas de escritura, investigación y corrección. Escribir de Noah y Audrey fue una montaña de emociones. A veces quería tirar la toalla, pero seguí adelante, gracias a las personas que siempre me llenan de apoyo, mis hermanas, mi mamá y mis amigas, las verdaderas, la que están ahí no por interés sino porque su cariño es genuino. Gracias por ser parte de mi vida, gracias por darme ánimos, por no dejar que me rinda. Es un verdadero privilegio para mí contar con ustedes. Mis hermanas, Iris y Rossi, que más que hermanas son mis mejores amigas. Las amo. Mi mamá, mi gran amiga, mi ejemplo a seguir, quien me enseñó a ver lo positivo de la vida, a levantarme no importa cuántas veces caiga. Te amo mucho. A mis amigas y las mejores betas del mundo, Elsa, Roxy y Aryam, gracias por su gran apoyo y cariño. Las quiero mucho.

A mis lectoras, las que me impulsan a escribir nuevas historias, quienes, con sus comentarios en las redes, en Amazon y por los chats, me hacen creer que vale la pena cada minuto dedicado a la escritura. Mil gracias por leer, recomendar y adquirir mis historias, tanto en digital como en papel. Es una gran bendición contar con ustedes y poder saber, a través de sus comentarios, lo que mis letras les hacen sentir mientras las leen. Espero poder seguir trayéndoles historias que las emocionen, que para mí es lo más importante.

### Sobre la autora

Flor María Urdaneta Durán vive en Venezuela, su país de nacimiento. Es egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación Social y se dedica a la fotografía profesional. Su historia como escritora comenzó en julio de 2015 en Wattpad. Es una lectora adicta y le encantan los libros de romance, suspenso romántico y new adult. Ha escrito hasta la fecha 16 novelas del género romántico y planea seguir escribiendo durante mucho tiempo.

Flor divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y escribirse con sus amigas de WhatsApp. Está felizmente casada y tiene un hijo, que es su razón y su locura.



# Otros libros de la autora

## ***Bilogía***

*Mía esta noche*

*Mía siempre*

## ***Libros únicos***

*Mi Mejor Canción.*

*Enamorado de una Stripper*

## ***Serie Cruel Amor***

*#1 Cruel y Divino Amor*

*#2 Llámame Idiota*

*#3 Lexie*

*#4 Less*

*#5 No Debí Quererte. (La historia de Ryan Wilson)*

*#5.1 Keanton (Continuación de No Debí Quererte)*

## ***Serie Flying With Love***

*#1 Di que sí*

*#2 Pretendamos*

## ***Redes sociales***

Página Web: <http://florurdaneta87.wix.com/flor>

Facebook: [www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts](http://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts)

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/sagacrue/?fref=ts>

Twitter: @florurdaneta87

Instagram: @Flormurdaneta



---

[1] Serie televisiva.

[2] Noah cita a Dolly Parton.

[3] *Revólver fabricado por Smith & Wesson en 1988.*

[4] *Una pérdida temporal de la conciencia.*

[5] Letra de You Make It Real de James Morrison.

[6] Fragmento de Idilio de Willie Colón.

[7] Fue un [reality show](#) de la cadena [estadounidense ABC](#), ganador de un [Emmy](#), donde un equipo de diseñadores reconstruyen la casa de gente necesitada en 7 días.

[8] Serie de televisión estadounidense, basada en la organización que aparece en *Marvel Comics*.

[9] Comúnmente conocido como éxtasis, es una [droga empatógena](#) perteneciente a la familia de las [anfetaminas](#) sustituidas.

[10] se emplea para referirse a un envase que se puede cerrar herméticamente con el fin de almacenar alimentos

[11] Referencia a un pasaje de la Biblia en Génesis 1:3.